ANTONY BEEVOR

& ARTEMIS COOPER

PARÍS

DESPUÉS DE LA LIBERACIÓN: 1944-1949

Antony Beevor — Artemis Cooper

Antony Beevor, educado en Winchester y Sandhurst, fue oficial regular del ejército británico. Sus obras han sido muy difundidas y galardonadas con numerosos premios, especialmente *Stalingrado* (Crítica, 2000), *La batalla de Creta* (Crítica, 2002) y *Berlín. La caída, 1945* (Crítica, 2002). Sus últimos libros publicados en España son *El misterio de Olga Chejova* (Crítica, 2004) y *La guerra civil española* (2005), que han constituido también grandes éxitos. Antony Beevor es Caballero de las Artes y las Letras del Gobierno francés y Fellow of the Royal Society of Literature desde 1999.

Es profesor visitante en la School of History, Classics and Archaeology del Birkbeck College (Universidad de Londres). En 2003 fue nombrado presidente de la Sociedad de Autores y recibió el primer premio Longman-History Today Trustees; en 2004 recibió el título honorífico de Doctor en Letras de la Universidad de Kent. Forma parte del jurado del British Academy Book Prize y es miembro del comité directivo del Samuel Johnson Prize.

Artemis Cooper. Sus numerosas publicaciones incluyen *Cairo in the War, 1939-1945* y *Writing at the Kitchen Table*, la biografía autorizada de Elisabeth David. Su abuelo, Duff Cooper, fue el primer embajador británico enviado a París tras la guerra, y sus diarios privados y demás papeles constituyen una de las principales fuentes inéditas de esta obra.

Prefacio

Dar vida a un periodo histórico como éste requiere una cantidad poco común de recuerdos personales a fin de dotar de contenido lo que de otro modo no sería sino el esqueleto de una narración. En este sentido, hemos sido afortunados desde un primer momento al contar con la valiosísima ayuda de ciertos documentos familiares. Diana Cooper no tenía diario alguno, pero la nutrida correspondencia que mantenía con Conrad Russell contiene descripciones dignas de mención. El testimonio más importante, sin embargo, lo constituye el diario privado que llevó Duff Cooper durante cada uno de los días que vivió en Varis en calidad de embajador británico. Sus páginas nos informan de un modo incomparable acerca de las preocupaciones y cuestiones del momento, así como de los chismorreos que circulaban en torno a los personajes más relevantes de aquella época: los políticos, escritores o artistas que visitaban con frecuencia al matrimonio.

Otra fuente inédita de gran valor ha sido el minucioso diario del brigadier Denis Daly, agregado militar británico. No eran raros los días en que escribía una o más páginas para recoger lo que se decía sobre la situación política o el último escándalo de que se tenía noticia. Cuando se pretende recrear una época, los rumores tienen la misma importancia que lo que se toma por cierto tras un acontecimiento determinado. Detalles así son cruciales, por ejemplo, a la hora de dar una idea del acusado estado de nerviosismo en que se hallaba sumida la población en la primavera de 1946, tras la dimisión de De Gaulle, ante la perspectiva de un golpe de estado comunista— o de derecha.

Charlotte Mosley se ha mostrado muy generosa al permitirnos acceder a toda la correspondencia parisina inédita de Nancy Mitford. El diario de David Bruce, embajador estadounidense a la sazón, resultó a un tiempo delicioso e instructivo en lo tocante al período de recuperación de 1949. Este tipo de material proporciona una riqueza aún mayor a los fundamentos, de por sí fascinantes, que se derivan de los fondos descubiertos en los archivos estatales de Varis, Washington, Moscú y Londres. En los Archives Nationales de París puede consultarse un número considerable de testimonios, aunque muchos permanecen guardados bajo siete llaves. Afortunadamente, los documentos y la información que enviaron a las embajadas extranjeras los funcionarios franceses de la época bastan para suplir muchas de las lagunas.

Los años que van de 1944 a 1949 abarcan la alegría de la liberación, la épuration *de colaboradores llevada a cabo mediante los aparatosos procesos de los dirigentes del gobierno de Vichy, el restablecimiento de la República a manos de De Gaulle en medio de las ruinas provocadas por la guerra, su repentina dimisión en enero de 1946, el poder de que gozó en Francia el*

Partido Comunista, la etapa inicial de la guerra fría, que encontró al estado francés al borde del derrumbamiento durante el invierno de 1947, y la llegada de la ayuda ofrecida por el Plan Marshall, que logró librar al país del desastre. El año de 1949 supone un final inmejorable por muchas razones: Los empeños de los comunistas por destruir la economía habían fracasado, y de igual modo se habían desmoronado las esperanzas de regresar al poder que albergaba el general De Gaulle. Para sorpresa de casi todos, la democracia parlamentaria había sobrevivido. El dramático proceso de Kravchenko, celebrado en París, comportó el primer golpe real al mito estalinista que había brotado del movimiento de Resistencia, en tanto que el influjo del Plan Marshall dio pie a una recuperación económica que hizo que el país comenzara a restablecerse de la miseria sufrida durante el conflicto. No faltan, claro está, las superposiciones; sin embargo, en 1950 se inicia una nueva era con el prototipo del Mercado Común que constituyó la Comunidad Europea del Carbón y del Acero.

Comenzamos el libro con un breve preludio que incluye el derrumbamiento de Francia y la ocupación. Todas las narraciones elaboradas tras la liberación remiten a estos años oscuros, y resulta más fácil entender las emociones merced a un breve recordatorio de las razones que alimentaron el rencor existente entre los que siguieron el «sendero colaboracionista» del mariscal Pétain y los que optaron por resistir. Este hecho da forma de un modo inevitable al primero de los tres asuntos principales del período y también de este libro.

Desde un principio nos ha intrigado otro aspecto de esta historia: de manera casi inmediata tras la ignominia de la ocupación, y en medio de la dilapidación y la pobreza de 1945, a Varis apenas le costó difundir su posición de superioridad cultural. La agitación de las ideas provocada en Saint-Germain-des-Prés tras la represión engendró un entusiasmo extraordinario con independencia del hambre que pudiesen haber pasado durante la ocupación los habitantes del barrio. El que nos ocupa fue el período con el que aún sueña todo estudiante extranjero que pasea por el Quartier Latin, partiendo del Café Flore o el Deux Magots, mientras trata de evocar las discusiones que entablaban los existencialistas en las cafeterías o la imagen de Juliette Gréco entre el humo condensado en algún local abierto en un sótano. París era a la sazón la Meca intelectual del mundo, si bien el sentido de superioridad favoreció la aparición de una soberbia desmesurada cuando la élite intelectual progresista comenzó a considerarse una casta sacerdotal en el ámbito de la causa que defendían los teóricos de izquierda.

La tercera cuestión, estrechamente ligada a la segunda, consiste en el surgimiento de la relación de atracción y repulsión existente entre Francia y Estados Unidos. Nadie siente amor por su libertador, pero en el caso francés, las emociones resultaron ser particularmente complejas. Los jóvenes, en especial, adoraban todo lo que provenía de Norteamérica: el jazz, las películas, la ropa y los modales despreocupados de los soldados

estadounidenses representaban la libertad surgida tras la ocupación y el régimen embrutecedor del anciano mariscal. Con todo, no hubo de pasar mucho para que los intelectuales de izquierda y los tradicionalistas de derecha empezasen a temer y tomar a mal la cultura en potencia dominante de Estados Unidos. Esta «fiebre recurrente», como la llamó Jean Monnet, sigue manifestándose en nuestros días[1].

Un libro que pretenda abarcar una perspectiva tan amplia depende inevitablemente de la ayuda y la generosidad de un buen número de personas. Estamos muy agradecidos a todos los que han dedicado su tiempo a hablar con nosotros durante los últimos cuatro años y compartir sus observaciones y recuerdos acerca del período: Susan-Mary Alsop, Richard Arzt, Letitia Baldrige, Lucius Battle, el señor ministro Jacques Baumel, Muñir Benjenk, el general Pierre de Bénouville, André Bergeron, sir Isaiah Berlín, Lesley Blanch, el senador Édouard Bonnefous, Jean Borotra, William Boswell, Claude Bouchinet-Serreulles, madame Du Bouétiez, el embajador francés Rene Brouillet, Evangeline Bruce, John Bruce-Lockhart, Claus von Bülow, el barón y la baronesa De Cabrol, Francis Cammaerts, el conde Rene de Chambrun, Olivier Chévrion, sir Ashley Clarke, el profesor Richard Cobb, Roger Codou, Ethel de Croisset, el señor ministro Philippe Dechartre, el coronel André Dewavrin, sir Douglas Dodds-Parker, el señor ministro Pierre Dreyfus, el príncipe difunto Jean-Louis de Faucigny-Lucinge, Magouche Fielding, el licenciado Max Fischer, Alastair Forbes, Maurice Franck, Jean Friendly, Jean Gager, Martha Gellhorn, Frank Giles, el ilustre G. McMurtrie Godley, Walter Goetz, Juliette Gréco, la ilustre Pamela Harriman, la señora Holman, el licenciado Jacques Isorni, Joe Kingsbuy-Smith, el ilustre Ridgway Knight, el conde Totor de Lesseps, el ilustre Douglas MacArthur II, Alain Malraux, John Mowinckel, el difunto Henri Noguéres, André Ostier, Violette Palewski, Tom Pocock, Odette Pol Roger, la princesa Ghislaine de Polignac, Stuart Presión, el barón Alexis de Redé, el conde Jacques de Ricaumont, sir Brooks y lady Richards, sir Frank Roberts, Georges Roditi, Willy Ronis, la baronesa Élie de Rothschild, lady Teresa Rothschild, Jacques Rouét, el conde Jean-Louis de Rougemont, difunto general, el señor ministro Maurice Schumann, lord Sherfield, el embajador de Francia Jean-Marie Soutou, Roger Stéphane, Louis Teuléry, el comandante Desmond Thayre y señora, Denise Tual, Henry Tyler, el embajador de Francia Frangois Valéry, Mary Vaudoyer, Jacqueline Ventadour-Hélion, el general de división de la RAF mariscal segundo Paul Willert, Tom Wilson y Jean Zinenberg.

Hemos contraído una deuda enorme con aquellos que con tanta amabilidad han compartido con nosotros documentos privados: Letitia Baldrige, quien nos permitió consultar los relatos de su hermano y su padre, así como su propia correspondencia parisina; el capitán C.P.D. Berrill-Daly, que nos prestó el diario de su tío, el brigadier Denis Daly, agregado militar británico; la duquesa de Devonshire y Charlotte Mosley, que nos dejaron acceder al epistolario inédito de Nancy Mitford; la condesa de Durfort, quien hizo otro

tanto con las memorias, también sin publicar, de su padre, el general conde Jean-Louis de Rougemont, y John Julius Norwich, que compartió con nosotros los papeles de Duffy Diana Cooper.

También hemos tenido la inmensa suerte de contar con la ayuda y el consejo de conservadores y demás personal de diversos archivos, institutos y bibliotecas: en Francia, madame Chantal Bonazzi, conservatrice-en-chef *de la Section Contemporaine de los Archives Natíonales, y sus subordinados; Henri Rousso y sus colegas del Institut d'Histoire du Temps Présent; madame Catherine Trouiller, del Institut Charles de Gaulle; madame Filióles, de los Archives de la Ville de Paris, y el personal del Centre de Documentation Juive Contemporaine; en Moscú, el doctor Kyril Anderson, director del Centro para la Conservación y el Estudio de los Documentos Históricos Modernos, que nos brindó su impagable ayuda; en Estados Unidos, el personal de los National Archives and Records Administration y el de la Biblioteca del Congreso, así como Nelson D. Lankford y sus colaboradores de la Virginia Historical Society, en la que se conservan los diarios y demás papeles de David K. Bruce; en Gran Bretaña, el personal de la Public Record Office, la Biblioteca Británica y, como siempre, el director de la biblioteca de Londres y el personal a su cargo.*

Nuestros constantes viajes al extranjero se han hecho posibles —y muchísimo más agradables— merced a la generosa hospitalidad de los amigos que se han mostrado dispuestos a acogernos: en Francia, Jacques-Henri y Cécile de Durfort, Lucy Morgan-Bert, Alexander y Charlotte Mosley, Henri y Sybil d'Origny, el difunto comandante Paul-Louis Weiller; en Estados Unidos, Susan-Mary Alsop, Jean Friendly, y Martin y Julia Walker, y en Moscú, David Campbell y Tom Wilson, así como Francis y Jill Richards. El trabajo llevado a cabo en los archivos Pushkinskaya habría sido imposible sin Olga Novikova, nuestra traductora, que más tarde siguió investigando por su cuenta y descubrió para nosotros una buena cantidad de valioso material.

Los historiadores y biógrafos se han mostrado generosos en extremo a la hora de prodigarnos su tiempo, su consejo y, en ocasiones, sus propias fuentes. Se trata de Henry Amouroux, Jean-Pierre Bernard, Jean Bothorel, Philippe Buton, Stéphane Courtois, Jean Elleinstein, M.R.D. Foot, Sabine Jansen, James Lord, Patrick O'Connor, Patrick Marnham, Bernard Minoret, David Pryce-Jones, Henry Rousso y Philip Ziegler. Estamos en especial agradecidos al realizador de documentales Mosco Boucault, que puso a nuestra disposición las cintas de las entrevistas que mantuvo con miembros destacados del Partido Comunista francés y nos presentó a un buen número de informadores.

Otros a los que debemos consejo, materiales o contactos son Marina Berry, Frangois Claudel, el difunto Aidan Crawley, Rudi Fischer, Robert y Aliette Gillet, Andrew Harvey, sir Nicholas Henderson, Alain Malraux, Suzy Menkes, Eric Olivier, John e Yvonne Panitza, Irena Sjondina, Susan Train, Hugo Vickers, lady Warner y el ilustre Charles Whitehouse.

Nunca podremos agradecer lo suficiente a los que han leído el manuscrito completo o partes relevantes de él y han ofrecido sus críticas y observaciones: M.R.D. Foot, Frank Giles, Patrick Marnham, John Julius Norwich y sir Brooks Richards. Huelga decir que sobre nosotros recae toda la responsabilidad de cualquier error que pudiese haber aún.

Estamos eternamente agradecidos a nuestros agentes, Felicity Bryan y Andrew Nurnberg, y al consejo y la ayuda recibidos de nuestros editores, Kate Jones, de Hamish Hamilton, y Jacqueline Kennedy Onassis y Scott Moyers, de Doubleday. Por último, hemos de mencionar la deuda que hemos contraído con cada uno de los que han hecho de estos últimos años un período, amén de agotador, sumamente agradable.

ANTONY BEEVOR Y ARTEMIS COOPER

Primera parte Historia de dos países

1 El mariscal y el general

A la caída de la tarde del martes, 11 de junio de 1940, el mariscal Philippe Pétain y el general Charles de Gaulle cruzaron sus miradas cuando se hallaban a punto de entrar en el Château du Muguet, un mes y un día después de que se hubiese iniciado la invasión alemana de Francia. Llevaban más de dos años sin verse, y aquél iba a ser uno de sus últimos encuentros. Cada uno de ellos se proclamaría en breve dirigente del país y tildaría al otro de traidor según sus respectivas versiones del estado.

Pétain y De Gaulle habían viajado por separado por carreteras plagadas de refugiados y tropas desesperadas. Aquella mañana, el castillo, situado cerca de Briare, a orillas del Loira y al sur de París, se había convertido en la residencia provisional del general Weygand, el comandante en jefe que acababa de decidir abandonar la capital en manos de los alemanes. Se había convocado una reunión del mando supremo interaliado a fin de discutir el desastre, y se esperaba en cualquier momento la llegada de los representantes británicos, presididos por Winston Churchill. El primer ministro y sus colegas habían volado desde Inglaterra, desde donde, escoltados por un escuadrón de aviones Hurricane, habían seguido una ruta larga y tortuosa hasta aterrizar en el desierto aeródromo de Briare.

El mariscal Pétain, nacido durante el último año de la guerra de Crimea, contaba a la sazón ochenta y cuatro años. Estaba orgulloso de su aspecto, y en particular, de su bigote blanco de largas guías. Sin el quepis escarlata y dorado que cubría su cabeza, la coronilla calva le confería el aspecto de un anciano de la antigua Galia. El único rastro de color que podía vislumbrarse en su rostro marmóreo procedía de sus ojos, que, aunque acuosos, seguían mostrando un sorprendente tono azul. Los *bons yeux bleus du Maréchal* proporcionarían una de las consignas favoritas del culto personal del que serían objeto él y su régimen de Vichy.

Charles de Gaulle tenía en aquel entonces cuarenta y nueve años. Gozaba de una altura extraordinaria, y el hecho de que superase en estatura a Pétain se veía además realzado por su porte. Daba la sensación de dominar por completo sus movimientos corporales, excepto cuando hacía gestos enfáticos, para lo cual no empleaba las manos como la mayoría de los latinos, sino toda la longitud de unos brazos que semejaban interminables. Su semblante era pálido y alargado, y sus ojos escrutadores parecían atrincherados a poca distancia uno del otro, separados por una nariz que más parecía un pico despuntado.

La relación entre Pétain, defensor de la fortaleza de Verdún en 1916, y De Gaulle, partidario de la guerra blindada convertido en uno de los más jóvenes generales de brigada del Ejército, había comenzado mucho tiempo atrás. Al

graduarse en la academia de Saint-Cyr dos años antes de la primera guerra mundial, el teniente De Gaulle había pedido que lo destinasen al regimiento de Pétain. Con todo, la admiración que le profesaba quedó muy mermada durante el período de entreguerras. En su opinión, el mariscal al que idolatraban por igual veteranos y políticos había sucumbido a la influencia corruptora de las alabanzas y los honores. Por lo tanto, no resulta sorprendente la frialdad de que adolecía aquel encuentro.

—Lo han hecho general —observó Pétain, sin duda al reparar en las dos nuevas estrellas que ornaban su manga. En calidad de mariscal francés, él lucía siete—. Comprenderá que no lo felicite: ¿De qué sirve el rango durante una derrota?

—Sin embargo, mariscal —señaló De Gaulle—, fue precisamente durante la retirada de 1914 cuando le concedieron a usted sus primeras estrellas.

—No me compare usted —fue su respuesta.[2]

El primer ministro, Paul Reynaud, bien que resuelto a resistir al enemigo, se había visto sometido a una presión cada vez mayor por parte de su turbulenta querida germanófila, la condesa Héléne de Portes. Esta interfería sin recato alguno en los asuntos de estado, hasta el punto de que en cierta ocasión hubo de recuperarse de su lecho el borrador de un telegrama secreto que tenía por destinatario al presidente Roosevelt. Y lo que era aún peor: había logrado persuadir a su amante a que nombrase ministros a varios derrotistas que acabarían por provocar su derrocamiento.

Impresionado por el aplomo y la energía de De Gaulle, así como por sus predicciones relativas al rumbo que tomarían los acontecimientos, Reynaud acababa de hacerlo subsecretario de estado en tiempos de guerra a despecho de una fuerte oposición. Sin embargo, a mediados de mayo, había tenido que hacer regresar a Pétain, que ejercía el cargo de embajador en el Madrid del general Franco, para ofrecerle el de vicepresidente del Consejo de Ministros.

A pesar de su avanzada edad, Philippe Pétain seguía envuelto en la reputación que se había granjeado en Verdún. El recuerdo de su célebre grito («¡No pasarán!») bastaba para humedecer los ojos de los veteranos. Pero para esta segunda confrontación no le quedaba estómago, por lo que prefirió abogar sin ambages por un armisticio con los alemanes antes de que el Ejército francés quedase hecho añicos. Ya se habían recibido informes de soldados que se negaban a obedecer órdenes, y Weygand compartía sus mismos miedos. «¡Ah! —dicen que comentó con un suspiro—. Si al menos pudiese estar seguro de que los alemanes me van a dejar con un número de hombres suficiente para mantener el orden...»[3]

Ninguno de ellos había olvidado los motines que siguieron en 1917 a la desastrosa ofensiva del Aisne. Los comandantes franceses, alarmados ante la desintegración del Ejército zarista y la reciente revolución de Petrogrado, habían reprimido sin piedad los disturbios. Pétain había recibido entonces el cometido de reformar el Ejército y hacer que recuperase la disciplina. Sus admiradores lo veían como el hombre que había salvado Francia del

bolchevismo.

La reunión iba a celebrarse en el oscuro comedor del castillo, en el que se había dispuesto una mesa de grandes dimensiones. Reynaud, hombre de corta estatura y rostro inteligente, aunque tal vez demasiado bien alimentado para describirlo de zorruno, convocó a sus colegas en el recibidor a fin de dar la bienvenida a sus Aliados. La presión a la que estaba sometido lo hacía estar nervioso e irritable. De Gaulle, que se hallaba entre los más jóvenes de los presentes, esperaba de pie al fondo para ocupar su lugar en el extremo de la mesa cuando llegara la hora de que todos se sentasen.

Churchill había salido de Inglaterra de un humor de perros, ataviado con uno de sus vetustos trajes negros a despecho del calor estival. Sin embargo, cuando entró en la sala tenía aspecto jovial y rostro rubicundo. Lo seguían Anthony Edén, el general sir John Dill, el general de división Hastings Ismay, el secretario del gabinete de guerra y el general de división Edward Spears, quien lo representaba ante el gobierno francés. Este último pudo notar que, pese a la atenta bienvenida de Reynaud, su presencia allí era comparable a la de «los familiares pobres en una recepción fúnebre».[4]

A petición de Reynaud, Weygand dio a conocer la situación militar del momento mediante una descripción pesimista en extremo que culminaba con la frase: «C'est la dislocation!».[5] Churchill recordó en un discurso tan largo como apasionado, salpicado de alusiones históricas en su inimitable mezcla de francés e inglés, el trance similar del que se habían recuperado los Aliados durante la primera guerra mundial y tras el que habían salido vencedores de la contienda: «Seguiremos luchando *toujours*, siempre... en todas partes, *partout... pas de gràce*, sin piedad. *Puis la victoire!*».[6] Ignoraba que Weygand había decidido abandonar París, e instó a los allí reunidos a defender la capital luchando casa por casa. Pétain no pudo menos de horrorizarse aún más al oírle sugerir la necesidad de continuar la lucha con guerra de guerrilla, que constituía una de sus cuestiones favoritas. Su rostro regresó a la vida de súbito al tiempo que murmuraba hecho una furia que una cosa así equivaldría a «la destrucción del país».[7] Estaba convencido de que semejante relajamiento de la cadena de mando iba a desembocar en la anarquía que tanto temían él y Weygand.

El general Weygand, también airado, intentaba, presa del desconcierto, alejar del Ejército francés la responsabilidad de la humillación que estaba sufriendo el país. El y los suyos culparon de tal situación a todo aquello que más odiaban: el gobierno del Frente Popular de 1936, los liberales, los comunistas, el anticlericalismo, la francmasonería y, además, al parecer, a sus aliados, por haber empezado la guerra. En ningún momento se aceptó crítica alguna al estado mayor general francés.

El comandante en jefe eludió la cuestión de proseguir la lucha por otros medios: repitió que se hallaban «en el último cuarto de hora» de la batalla e insistió en exigir hasta el último de los escuadrones de cazas británicos disponibles.[8] Los británicos no estaban en condiciones de trasladar más

aviones Hurricane ni Spitfire de los destinados a la defensa nacional, sobre todo teniendo en cuenta que dudaban de la voluntad de los dirigentes militares franceses. Pronto quedó claro que su negativa proporcionaría a los derrotistas una excusa para buscar una paz por separado con los alemanes.

Con todo, no puede decirse, en absoluto, que todos los hombres que tenían enfrente fuesen *capitularás*: al menos ocho de ellos mostraban una firme oposición a la posibilidad de un armisticio. La delegación británica quedó impresionada en particular por Georges Mandel y De Gaulle. El primero, valeroso ministro del Interior de origen judío que moriría en 1944, asesinado por miembros de la milicia de Vichy, se había asegurado de que no quedara en París ningún político dispuesto a pactar con los alemanes, en particular el gran oportunista Pierre La-val. Asimismo, creía en la necesidad de proseguir la lucha desde las colonias norteafricanas de Francia en caso de que cayese la metrópoli. De Gaulle, entre tanto, respaldaba la idea de convertir Bretaña en el último bastión de la Resistencia, de tal manera que tras el encuentro se dispuso a preparar la defensa de la citada península del noroeste francés. Sin embargo, contra la resolución de hombres como éstos se erigían la magnitud del desastre y las desvergonzadas maniobras de sus oponentes. Cuando el primer ministro británico y sus acompañantes despegaron a la mañana siguiente para regresar a Londres, temían que se hicieran realidad los peores pronósticos.

El gobierno francés se trasladó a Burdeos dos días más tarde, movimiento que constituyó el último estadio de su retirada. Los ministros hallaron la ciudad en el estado caótico al que la habían llevado a partes iguales el pánico y la apatía. Los que estaban bien relacionados habían requisado habitaciones en los hoteles Splendide, Normandie o Montré y se habían procurado una mesa en el restaurante Chapón Fin, donde la escasez extrema no *había* hecho mermar la soberbia calidad de la cocina. Spears y el ministro británico, Oliver Harvey, echaron un vistazo a los diputados y senadores de las otras mesas. El primero llegó a la conclusión, «con cierto enojo, dada mi condición de conservador», que los únicos políticos que contaban con la preparación suficiente para proseguir la lucha contra Alemania eran «socialistas en su mayoría».[9] Con todo, quien acaparaba la mayor parte de su odio era el tránsfuga Pierre Laval. El aspecto de este último (un hombre achaparrado de rasgos de sapo, dientes cariados y cabello grasiento), no hacía difícil sentir antipatía por su persona.

Los funcionarios que salían de sus hoteles se veían acosados por toda una muchedumbre de refugiados ansiosos por saber del avance alemán o de los parientes que tenían en el Ejército. Entonces podían oírse voces que los acusaban de incompetencia, cobardía e incluso traición: la frase que resumía el sentimiento que comenzaba a generalizarse era: *Nous sommes trahis*! El consulado británico se hallaba sitiado por los que buscaban refugio, entre los que había muchos judíos desesperados por huir. Circulaba un rumor que no

tenía nada de falso y que aseguraba que los aviones alemanes habían lanzado minas magnéticas sobre el estuario de Gironda, con lo que habían aislado prácticamente el puerto de Burdeos.

El domingo, 16 de junio, Reynaud hubo de admitir que resultaba casi imposible mantener la resistencia ante los *capitularás*. Resultaba difícil para un político civil desafiar la opinión de los dirigentes militares, y además, en aquel estadio no contaba con el respaldo de De Gaulle, puesto que lo había enviado a Londres para que completase cierta misión. El mariscal Pétain disponía de un ingente número de seguidores en el país, y era bien consciente de la fuerza de su posición.

Enseguida pudo comprobarse que toda esperanza resultaba vana. Se había pedido la ayuda del presidente Roosevelt, aunque el llamamiento demostró ser optimista hasta rayar en la ridiculez. Reynaud pensaba que la idea propuesta por Churchill a última hora, relativa a una unión anglo-francesa, que contaba con la aprobación de De Gaulle, podría salvar la situación. Los seguidores de Pétain lo consideraban una maquinación de Gran Bretaña que no perseguía otra cosa que convertir Francia en otro más de sus dominios[10]. Uno de los ministros que apoyaban a Pétain, Jean Ybarnegaray, espetó: «Mejor ser una provincia nazi; al menos, ya sabemos lo que quiere decir», a lo que respondió Reynaud: «Yo prefiero colaborar con mis aliados antes que con mis enemigos». El propio mariscal desestimó hecho una furia la idea, que describió como equivalente a «casarse con un cadáver».

Los oponentes de Reynaud pasaron entonces a respaldar la propuesta de otro ministro, Camille Chautemps, que abogaba por solicitar de Hitler una serie de condiciones y considerarlas. Chautemps, que en 1933 era primer ministro y había visto su reputación empañada a raíz del escándalo Stavisky, era uno de los más conocidos de entre aquellos políticos de la Tercera República que trataban a su país «como si fuera una compañía comercial que afrontaba una liquidación».[11] Reynaud no dudó en presentar su dimisión al presidente Albert Lebrun. Después, Pétain se acercó a aquél y, tendiéndole la mano, le transmitió sus deseos de que siguiesen siendo amigos. Reynaud se dejó engañar por sus modales, y decidió quedarse en Francia por si el presidente Lebrun le pedía que formase un nuevo gobierno. En aquella noche, a las diez, De Gaulle, que había regresado directamente a Burdeos desde Londres en un aeroplano proporcionado por Churchill, aterrizó en el aeropuerto de Mérignac todavía henchido de esperanzas relativas a la unión anglo-francesa. Aún no sabía cómo habían ido las cosas en el Consejo de Ministros. Un oficial que lo esperaba en la pista de aterrizaje lo puso al corriente de la dimisión de Reynaud, y media hora más tarde llegaron noticias de que el presidente Lebrun había nombrado primer ministro al mariscal Pétain. No es difícil imaginar la conmoción que esto supuso. De Gaulle cesó en cuanto ministro para regresar, al menos en teoría, al rango de general de brigada. De cualquier modo, el nombramiento de Pétain, que suponía la victoria de los derrotistas, eliminó cualquier duda que pudiese albergar en su mente: independientemente

de cuáles fueran las consecuencias, debía regresar a Inglaterra a fin de proseguir la lucha.

Había de andar con cuidado si quería salir de Francia sano y salvo: Weygand lo odiaba, tanto en lo político como en lo personal, y cualquier intento por parte de un oficial de continuar la batalla que el comandante en jefe se había mostrado tan dispuesto a abandonar se consideraría un motín. Weygand no tardaría en hacerle un consejo de guerra con la satisfacción que sólo puede reportar la indignación moral.

Reynaud, aliviado en muchos sentidos al verse libre de una terrible carga, hizo que De Gaulle se reafirmase en la idea durante el breve encuentro que mantuvieron antes de la medianoche. Haciendo caso omiso del hecho de que ya no era primer ministro, proporcionó pasaportes y fondos reservados a fin de cubrir los gastos inmediatos del general que partía investido de una dignidad comparable a la de un caballero andante.

La madrugada del día siguiente, lunes, 17 de junio, De Gaulle, acompañado de su joven ayudante militar, Geoffroy de Courcel, se reunió con el general Spears en el vestíbulo del hotel Normandie. Este último había recibido una llamada en su habitación poco antes. Se trataba del duque de Windsor, que solicitaba que se enviase un buque de guerra para recogerlo en Niza. El antiguo rey recibió la respuesta, firme aunque cortés, de que no quedaba embarcación alguna disponible, si bien no había duda de que la carretera que llevaba a España estaría abierta a los automóviles en caso de que no deseara hacer uso del único barco del puerto: un carbonero.

La reducida expedición formada por Spears, De Gaulle y De Courcel se dirigió a Mérignac por carretera para embarcar en un aeroplano de cuatro plazas proporcionado por Churchill. Se hallaba en medio de lo que semejaba un depósito de chatarra militar. Tras el angustioso retraso, debido a una serie de maniobras efectuadas en la pista de despegue, el avión se elevó en el aire, y no tardó en sobrevolar los deprimentes escenarios que recordaban a los pasajeros la realidad militar que se extendía a sus pies. De los almacenes en llamas se elevaban vastas columnas de humo, aunque la peor vista fue la de un buque de transporte, el *Champlain*, que había estado evacuando a dos mil soldados británicos y se hundía en esos momentos en las aguas del mar.

La decisión tomada por el general de resucitar la bandera de batalla francesa desafiando a su propio gobierno lo había convertido en un amotinado. Al cruzar su Rubicón particular, el canal de la Mancha, había iniciado una rebelión tanto política como militar. Años después, André Malraux le preguntó acerca de lo que había sentido durante aquel viaje del 17 de junio. «¡Oh, Malraux! —respondió tomando entre las suyas las manos del escritor —. Fue terrible.»[12]

2 Los senderos del colaboracionismo y la Resistencia

El anuncio de que el mariscal Pétain pretendía formar su propio gobierno dio pie a un profundo sentimiento de alivio en una aplastante mayoría de la población. Lo único que deseaba el pueblo era que terminasen los implacables ataques, como si las cinco últimas semanas no hubiesen sido sino un injusto combate de boxeo cuyo inicio nunca debía haberse permitido. El discurso radiado que dirigió al país y en el que declaraba que «la lucha debe cesar» se emitió el 17 de junio, al mismo tiempo en que el modesto aeroplano de De Gaulle estaba a punto de aterrizar en Heston, cerca de Londres.

El día 21, Hitler orquestó la rendición francesa en el vagón de tren del mariscal Foch, situado en el bosque de Compiégne, e invirtió así la humillación a que se había visto sometida Alemania en 1918. El general Keitel presentó las condiciones del armisticio sin permitir discusión alguna, y los *capitularás* hicieron lo posible por convencerse de que resultaban menos severas de lo que habían esperado. Asimismo, necesitaban creer, junto con los millones de personas que respaldaban su iniciativa, que la decisión de proseguir la guerra en solitario tomada por los británicos era una locura: Hitler los vencería en cuestión de semanas, de manera que prolongar la resistencia iba en contra de los intereses de todos.

Una vez que los alemanes definieron cuál era la «Francia no ocupada» (es decir, el bloque central y meridional, a excepción de la costa atlántica), el nuevo gobierno de Pétain tomó por base el balneario de Vichy, elección influida en parte por el número de hoteles vacíos que podían hacer las veces de oficinas gubernamentales.

Allí, el 10 de julio, los senadores y diputados de la Asamblea Nacional otorgaron por votación plenos poderes a Pétain y acordaron la suspensión de la democracia parlamentaria. No tenían demasiadas opciones, aunque todo apunta a que la mayoría acogió ésta con agrado. Con todo, hubo una minoría de ochenta hombres arrojados que, encabezada por Léon Blum, se opuso a la moción. Al día siguiente nació el estado francés del mariscal Pétain, que tenía a Pierre Laval por primer ministro. El nuevo presidente consideró oportuno felicitarse de que, al fin, el país dejase de estar «podrido por la política».

Puede decirse que el apoyo más incondicional del que gozó el régimen de Pétain surgió de una cuestión de prejuicio provincial. La *vieille France* (esa «vieja Francia» conservadora en extremo y simbolizada por un clero promotor de una fiera oposición al liberalismo y una *petite noblesse* tan empobrecida como rencorosa) no había dejado de maldecir los principios de 1789. Cierto número de ellos aún lucía clavel blanco en la solapa y corbata negra el día del

aniversario de la ejecución de Luis XVI y pegaba cabeza abajo la Marianne de los sellos, personificación de la república, cada vez que enviaba una carta. A su entender, entre los demoníacos sucesores de la Revolución Francesa se hallaban los comuneros de 1871, todos los que habían respaldado a Dreyfus frente al estado mayor, los amotinados de 1917, los dirigentes políticos del período de entreguerras y los trabajadores industriales que se habían beneficiado de las reformas llevadas a cabo por el Frente Popular en 1936. La derecha estaba persuadida de que habían sido éstas, y no las acciones de un estado mayor general pagado de sí mismo, las que habían arrastrado al país a la derrota. Esta teoría de una conspiración era análoga a la de la «puñalada por la espalda» surgida en Alemania tras la primera guerra mundial, y no estaba menos impregnada de antisemitismo. El 3 de julio, Gran Bretaña se unió a las figuras más odiadas por el gobierno de Vichy cuando el escuadrón naval francés de Mazalquivir fue destruido por la marina real tras rechazar un ultimátum que lo exhortaba a navegar fuera del alcance de los alemanes.

En octubre se definió el carácter de la ocupación alemana en la pequeña ciudad de Montoire, en Touraine, donde se detuvo el tren de Hitler para mantener una reunión con Pierre Laval. Éste recibió al Führer con gran efusividad antes de prometer que persuadiría a Pétain de que debía acudir a aquella población cuarenta y ocho horas más tarde. Concluido el encuentro, el tren prosiguió su viaje nocturno a fin de llegar a Hendaya, ciudad situada en la frontera con España en la que iba a reunirse el dirigente alemán con el general Franco.

El tren regresó entonces a Montoire, donde llegó el 24 de octubre el mariscal Pétain tras viajar en secreto desde Vichy. El contraste entre la decadencia y el moderno poder militar no podía haber sido mayor: aquella reducida estación provincial acogía el tren especial de Hitler, una bestia deslumbrante blindada de acero y dotada de un vagón de cola armado de cañones antiaéreos. Los andenes estaban custodiados por un destacamento numeroso de su guardia personal de las SS. El *chef de cabinet* del mariscal Pétain, Henri du Moulin de Labarthéte, quedó sorprendido por el parecido que guardaba Hitler con sus fotografías: «la mirada fija y severa; el sombrero con visera, demasiado alto y demasiado grande».[13] El anciano mariscal, embutido en una gabardina ajada, incapaz de hacerse cargo de la situación, dio la bienvenida al Führer con la mano extendida «d'un geste de souverain».

Pétain pensaba haber logrado lo que buscaba de aquel encuentro, dado que Francia había conservado su imperio y su flota, amén de obtener garantías en lo referente a la zona no ocupada. Haciendo caso omiso de lo sucedido durante los seis años anteriores, trató a Hitler como a un hombre de palabra. Tras la reunión de Montoire, los seguidores del mariscal fueron más allá, hasta el punto de convencerse de que el anciano había logrado, de algún modo, superar en astucia al Führer. De hecho, sus principales apologistas llegaron a conocer este acuerdo como «el Verdún diplomático». Sin embargo, el «sendero colaboracionista» en el que se había embarcado con las fuerzas de

ocupación ofrecía a Hitler ni más ni menos que lo que éste deseaba: un país que prometía someterse a sí mismo a una estrecha vigilancia en beneficio de los nazis.

El engaño al que se habían querido someter los seguidores de Pétain se hizo evidente en un mensaje de Año Nuevo dirigido a los «Messieurs et tres chers collaborateurs» por el obispo de Arras, monseñor Henri-Édouard Dutoit. La formulación pseudocartesiana de este clérigo no hizo sino atraer más aún la atención hacia lo falso de la base de su razonamiento: «Yo colaboro y, por lo tanto, he dejado de ser el esclavo al que se le ha prohibido hablar y actuar, el que sólo sirve para obedecer órdenes. Colaboro y, por lo tanto, tengo derecho a contribuir con mi propio pensamiento y mi esfuerzo individual a la causa común».[14] [15]

Esta autonomía imaginaria descrita por el obispo resultó ser tan importante para el régimen de Vichy que, hasta 1942, los alemanes necesitaron poco más de treinta mil hombres (menos del doble de los efectivos con que contaban las fuerzas policiales parisinas) para mantener el orden en toda Francia. El gobierno de Vichy se desvivió por ayudar al ocupante, una política que llevaron a extremos atroces al ayudarlo con la deportación de judíos a Alemania.

El régimen de Pétain ya había introducido medidas antisemíticas sin necesidad de que lo exhortasen los alemanes. Tres semanas exactas antes del encuentro de Montoire se habían introducido por decreto documentos especiales de identidad para judíos y se había ordenado la elaboración de un censo. Se creó entonces un Commissariat General aux Questions Juives. Los negocios pertenecientes a judíos tenían que identificarse de un modo claro, de tal manera que el estado francés pudiese confiscarlos a su antojo.

La operación más infamante de todas sería la *grande rafle*, la redada que se llevó a cabo en París. Reinhard Heydrich visitó la capital francesa el *5* de mayo de 1942 para entablar una serie de discusiones generales acerca de la puesta en práctica de la deportación de judíos a Alemania. Adolf Eichmann llegó el 1 de julio a fin de planear la operación. Al día siguiente, Rene Bousquet, jefe de policía de Vichy, ofreció a sus hombres para realizar tal labor. La noche del 16 de julio de 1942, la policía francesa detuvo en cinco distritos a unos trece mil judíos, incluidos cuatro mil niños que aun los nazis estaban dispuestos a dejar en libertad. Los transportaron al Vélodrome d'Hiver. Más de un centenar de ellos acabó por suicidarse, y casi todos los demás sucumbieron más tarde en campos de concentración alemanes.

Es de suponer que la atmósfera de París resultaba asfixiante; sin embargo, la mayor parte de los franceses consideraba que Vichy era mucho más claustrofóbica.

La moralidad del régimen era muy severa. Una mujer acusada de haber procurado un aborto fue sentenciada a trabajos forzados de por vida. A las prostitutas (*o femmes d'une mauvaise vié*) se las reunía para enviarlas a un

campo de internamiento en Brens, cerca de Toulouse.[16] Por otra parte, no hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que el régimen tuviera su propia policía política. El Service d'Ordre Légionnaire, organización que incluía a los secuaces del coronel De la Rocque, procedentes de la Croix de Feu de preguerra, acabó por convertirse en la Milice Nationale en enero de 1943. Cada uno de sus miembros había de formular el siguiente juramento: «Prometo luchar contra la democracia, la insurrección de los seguidores de De Gaulle y la lepra judía».[17] Los funcionarios y oficiales militares debían hacer un voto personal de lealtad para con el jefe de estado, al igual que sucedía en la Alemania nazi. Con todo, el régimen que, según se suponía, iba a poner fin a las maquinaciones de una política putrefacta se hallaba escindido por causa de los celos faccionarios.

El culto que se había creado en torno a la persona del mariscal lo presentaba como un hombre ajeno por completo a estas cuestiones. Se vendieron cientos de miles de ejemplares enmarcados de su retrato: era casi obligatorio que todo comerciante tuviese uno colocado en el escaparate de su establecimiento. De cualquier manera, estas imágenes no eran simples amuletos para alejar las sospechas políticas, sino que también podían verse colgadas en miles de hogares a modo de iconos domésticos. En ocasiones, los adultos coloreaban por sí mismos los «bondadosos ojos azules» del retrato, como si hubiesen vuelto a la infancia. Por todos lados había carteles del hombre que se veía a sí mismo como el impasible abuelo de Francia. En ellos podía leerse la consigna que proclamaba los sencillos pilares de su devoción: *Travail, Famille, Patrie*, con los que la revolución nacional había sustituido la trinidad republicana de *Liberté, Egalité, Fraternité.*

Todo parece indicar que la idea constituyó una verdadera barrera psicológica contra los empeños de De Gaulle por que los franceses hicieran caso omiso del armisticio y siguiesen luchando. Emmanuel Le Roy Ladurie, que a la sazón contaba doce años, pudo oír a una mujer afirmar indignada: «Ese general se atreve a ofenderse por lo que hace el mariscal Pétain».[18]

El 18 de junio de 1940, un día después de haber llegado a Londres, Charles de Gaulle pronunció su famoso discurso retransmitido por la BBC. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico se había opuesto a emitir una alocución abocada a provocar al nuevo gobierno de Pétain mientras quedasen sin resolver la cuestión de la flota francesa y otros asuntos. Sin embargo, Winston Churchill y su ministro de Información francófilo, Duff Cooper, lograron ganarse al gabinete. La breve arenga en la que De Gaulle pedía a los franceses que se unieran a su causa resultó ser poderosa en extremo. A pesar de que en Francia fueron pocos los que la oyeron, no tardó en correrse la voz.

El general no era un hombre complaciente y, a diferencia de Napoleón, no hacía gran cosa por fomentar la cordialidad y la lealtad si no era en su entorno inmediato. Con todo, era éste precisamente el lugar de donde emanaba su fuerza. Su llamamiento eludía, al igual que el de Pétain, las posturas políticas y los sectarismos que habían constituido la maldición de Francia. Spears había

observado que los principales derrotistas eran conservadores, aunque no toda la *vieille France* se había rendido con facilidad: valga como ejemplo al respecto la defensa que llevó a cabo la escuela de caballería en Saumur cuando un grupo de subalternos poco armados logró contener a una unidad de *Panzer* hasta quedar sin munición. Por otra parte, no fueron pocos los miembros de la aristocracia que demostrarían durante los años siguientes, al servir a las órdenes de De Gaulle o en la Resistencia, que valoraban el honor por encima de la política. Decisiones como éstas acabaron por desmembrar un buen número de familias.

De Gaulle había logrado un primer paso de vital importancia: granjearse el reconocimiento y el respaldo de Churchill. El 27 de junio, éste lo invitó a acudir a Downing Street y le dijo: «¿Está usted solo? Bueno; en tal caso, ¡lo reconozco solo!».[19] Al día siguiente, De Gaulle recibió un mensaje por mediación de la Embajada Francesa de Londres —que a la sazón se hallaba en un curioso interregno— por el que se le exhortaba a presentarse en Toulouse en condición de arrestado en el plazo de cinco días. Posteriormente, un consejo de guerra celebrado en Clermont-Ferrand lo condenó a muerte *in absentia* por desertar y entrar al servicio de una potencia extranjera. De Gaulle respondió con una comunicación en la que rechazaba la sentencia por considerarla nula y se mostraba dispuesto a discutir el asunto «con los hombres de Vichy tras la guerra».

Entre los pocos que siguieron a De Gaulle se encontraba André Dewavrin, quien no tardó en organizar el Servicio de Inteligencia del general, el BCRA (Bureau Central de Renseignements et d'Action). Hay quien afirma que había sido militante del Comité Secret d'Action Révolutionnaire, cuyos integrantes, los *cagoulards* o «encapuchados», estaban consagrados a aplastar el comunismo, aunque fuera por mediación del asesinato. Empleaban por sobrenombres las denominaciones de las distintas estaciones del metro parisino, y el de *Passy* que usaba Dewavrin para sus actividades clandestinas con De Gaulle se cita como prueba de su pasado de *cagoulard*. Con todo, esta conexión dista mucho de ser concluyente, y el propio afectado siempre la ha negado de forma tajante.

Fuera como fuere, lo cierto es que el coronel Passy —Dewavrin— reclutó a dos integrantes de la Cagoule: el capitán medio ruso Pierre Fourcaud y Maurice Duelos. (La organización se escindió en tres en 1940 para formar un grupo pronazi, otro antigermánico pero a favor de Pétain y uno más reducido en apoyo a De Gaulle.) La presencia de *cagoulards*, por pocos que fuesen, entre las filas del general rebelde dio origen a no pocas sospechas entre los liberales, socialistas y, como no podía ser menos, comunistas. Asimismo, existían muchas historias —de las cuales ninguna llegó a confirmarse por completo ni a refutarse de un modo satisfactorio— que presentaban a los subordinados de Passy empleando métodos brutales con todo aquel del que sospechaban que trataba de infiltrarse en la organización gaullista.

La otra figura importante que declaró su lealtad a De Gaulle en aquel tiempo fue Gastón Palewski, quien más tarde sería su *chef de cabinet* y el asesor más digno de su confianza. Miembro sobresaliente del estado mayor del mariscal Lyautey en Marruecos, el joven Palewski había conocido al general, que a la sazón era coronel, en 1934, y quedó tan impresionado por aquel soldado extraordinario que tomó la resolución de entrar a su servicio en cuanto él se lo pidiera.

Los que respaldaban a De Gaulle, por extraordinarios que fueran su coraje y su talento, seguían siendo muy poco numerosos. La única figura militar de relieve que se unió a él durante el verano de 1940 fue el general Catroux. Por su parte, las tropas de la Francia Libre no ascendían a más de un par de batallones, constituidos en su mayoría por evacuados de Dunkerque o miembros de la fuerza expedicionaria enviada a Noruega. Cierto número de oficiales y marinos había logrado escapar a la Francia metropolitana, de forma individual o en pequeños grupos. A pesar de que el goteo de voluntarios no cesó nunca, la única esperanza que tenía De Gaulle de formar un ejército se encontraba en el extranjero, en las fuerzas coloniales del Levante mediterráneo, el África occidental francesa y el norte del continente, lo cual no deja de ser significativo, ya que era allí donde se iba a decidir el futuro liderazgo de Francia.

Al igual que sucedía en el caso de los colaboracionistas, la Resistencia que fue creciendo en Francia poseía varios grados de compromiso y tomaba formas muy diversas. Bajo tal denominación se incluía todo acto que fuese desde esconder a judíos o aviadores aliados, distribuir octavillas y periódicos clandestinos, escribir poemas o llevar a cabo actos menores de sabotaje, hasta participar en actos militares tales como las violentas batallas que entorpecieron el avance hacia el norte efectuado por la división Das Reich contra la cabeza de puente de Normandía en junio de 1944.

En la mayor parte de los casos, hombres y mujeres se unían a la causa a raíz de una experiencia particular que les abría los ojos a la realidad de la ocupación nazi. Jean Moulin, que acabaría por convertirse en el mártir más importante de la Resistencia, había sido prefecto del departamento de Eure-et-Loire en 1940. En la época de la derrota, dos soldados alemanes que se apoderaban de una casa en la aldea de Luray dispararon a una anciana por haberles gritado agitando el puño en actitud amenazante. Ataron su cadáver a un árbol y dijeron a su hija que debía permanecer allí a modo de advertencia. Entonces, Moulin telefoneó al cuartel general local de los alemanes desde su despacho de Chartres para exigir que se hiciera justicia.

Aquella noche, recibió una citación para presentarse en el cuartel. Un oficial le pidió que firmase una declaración oficial en la que se afirmaba que un grupo de soldados de infantería franceses de Senegal había perpetrado una terrible masacre en la zona, donde había violado y asesinado a mujeres y niños. Consciente de que, en caso de que hubiera ocurrido un incidente de tal magnitud, habría llegado sin duda a sus oídos, Moulin pidió que le

presentaran pruebas al respecto. Su insistente negativa a firmar el documento hizo que lo golpearan de un modo brutal con las culatas de sus fusiles y lo arrojaran a una celda. Temeroso de ceder ante sesiones de tortura más violentas, trató de suicidarse cortándose la garganta con un trozo de cristal. Un guardia lo encontró cubierto de sangre, y los alemanes consideraron que debían enviarlo al hospital.

El número de organizaciones de la Resistencia era elevado: algunas se dedicaban a dar refugio a aviadores o a presos fugados, mientras que otras reunían información para los Aliados. El coronel Rémy (nombre de guerra de Gilbert Renault, director de cine que había defendido a De Gaulle) estableció una red de espionaje por demás efectiva conocida como la Confrérie de Nôtre-Dame. La organización Alliance, que la Gestapo conocía como el «Arca de Noé», por cuanto cada uno de sus miembros se apodaba según el nombre de un pájaro u otro animal, fue obra del antiguo asistente militar del mariscal Pétain, Georges Loustaunau-Lacau, que tras su arresto a manos de la Gestapo fue sustituido por Marie-Madeleine Fourcade. Ésta había sido la secretaria de Loustaunau-Lacau en la revista de extrema derecha que él había dirigido antes de la guerra. Con el nombre en clave de *Erizo*, Fourcade siguió extendiendo, con una valentía asombrosa, una red de información nacional en colaboración con el Servicio Secreto de Inteligencia británico.

El Partido Comunista francés no carecía de experiencia en lo referente a la clandestinidad, dado que había estado proscrito desde 1939. Con todo, había quedado profundamente desorientado a raíz del pacto nazi-soviético de agosto de 1939. En aquel momento habían causado baja del partido veintisiete miembros de la Asamblea Nacional. Al año siguiente, los comunistas apenas supieron cómo actuar ante la invasión de Francia. Molotov, el ministro soviético de Asuntos Exteriores, envió a Hitler un mensaje de felicitación por la caída de París, y no faltaron los leales del partido que dieron la bienvenida a los conquistadores.

Cuando Hitler invadió la Unión Soviética en junio de 1941, la noticia supuso casi un alivio: los nazis volvían a ser el enemigo. No obstante, la aflicción no desapareció por completo. Se hizo circular una lista negra de traidores del partido con órdenes de que fueran asesinados. Cierto número de los que la integraban se había unido abiertamente al gobierno de Vichy, si bien muchos se hallaban luchando con valentía en la Resistencia: su único crimen consistía en haber criticado sin tapujos el pacto nazi-soviético en 1939 y 1940. Estos renegados —a los que se acusó en falso de ser «agentes de la Gestapo»— hubieron de andarse con cien ojos ante los alemanes, los integrantes de la Milice y también los asesinos enviados por la cúpula estalinista, que acostumbraban ser jóvenes militantes fanáticos montados en bicicleta y armados con un revólver.

En las organizaciones de la Resistencia comunista era donde más difícil les resultaba infiltrarse a la Abwehr y la Gestapo, lo que en parte se debía a su estructura, basada en células de tres hombres. De cualquier manera, la

innovación más importante la constituía una serie de implacables medidas de seguridad establecidas por el joven Auguste Lecoeur, quien, al igual que el dirigente del partido, el ausente Maurice Thorez, era un minero enérgico e inteligente de los yacimientos de carbón meridionales. Sólo nos es dado suponer el número de hombres y mujeres inocentes que debieron de ser asesinados o sacrificados para mantener la seguridad de los comunistas durante aquellos años de existencia clandestina.

Fueran o no los comunistas los primeros en atentar abiertamente contra los alemanes —cuestión que aún no está del todo clara—, lo cierto es que el partido se atribuyó las primeras víctimas. Los mártires se convirtieron en un elemento de suma importancia para la propaganda: el Partido Comunista francés se arrogó más tarde el nombre de Le Parti des Fusillés y dijo haber sufrido un número de setenta y cinco mil bajas, una cifra que resulta por demás exagerada.

Los primeros asesinatos de oficiales alemanes tuvieron consecuencias impredecibles y de gran alcance. El 21 de agosto, dos meses después de la invasión alemana de Rusia, cierto militante comunista que se convertiría más adelante en el coronel Fabien, dirigente de la Resistencia, mató de un disparo a un jovencísimo oficial de la Kriegsmarine llamado Moser en una estación de metro de París. El hecho hizo que se aprobase con carácter retroactivo un decreto por el que se convertía a todo prisionero, con independencia de cuál fuese el crimen por el que cumpliese condena, en un rehén susceptible de ser ejecutado. Con el fin de apaciguar a las autoridades alemanas, se sentenció a muerte a tres comunistas que no tenían relación alguna con el ataque y que murieron en la guillotina una semana más tarde, en el patio de la prisión de La Santé. Pierre Pucheu, ministro del Interior de Vichy, que desestimó su recurso de apelación, se consideró el principal organizador.

No mucho después murió abatido otro oficial alemán en las calles de Nantes. Veintisiete comunistas fueron ejecutados el 22 de octubre, y al día siguiente se fusiló a veintiuno en Cháteaubriant. El 15 de diciembre, los alemanes abatieron a Gabriel Péri, miembro de la Asamblea Nacional comunista. En su última carta aseguraba que el comunismo representaba la juventud del mundo y que estaba preparando «des lendemains qui chantent».[20] Su ejecución llevó al poeta laureado del partido, Louis Aragón, a escribir una balada de quince estrofas. Péri se convirtió en uno de los principales mártires del partido, y la frase «mañanas henchidos de canciones» pasó a simbolizar todas las esperanzas revolucionarias que prometía el día de la liberación.

3 La Resistencia del interior y los hombres de Londres

Las acciones de la Resistencia lograban poca cosa, en tanto que la ocupación alemana y el régimen de Vichy parecían inquebrantables. Con todo, la situación comenzó a cambiar de un modo drástico a finales de 1942, cuando siguieron a la batalla de El Alamein los desembarcos aliados en el norte de África de la operación Antorcha y la batalla de Stalingrado, decisiva desde un punto de vista psicológico. Todo esto hizo saltar en pedazos el mito que presentaba el Eje como algo invencible.

Los desembarcos de Argelia y Marruecos demostraron ser un doble golpe para el régimen de Pétain: a raíz de ellos, Vichy perdió las colonias norteafricanas, mientras que la invasión de la zona meridional destruyó los pilares del acuerdo alcanzado en Montoire. La justificación de que se había servido el mariscal para seguir el «sendero colaboracionista» había acabado por desmoronarse. De cualquier modo, la mayoría de sus seguidores esperaban que el anciano escapase de quien lo había engañado y huyera al norte de África. Sin embargo, él optó por tragarse la humillación. Esto hizo que perdiera la confianza y el respeto de muchos que lo habían respaldado fielmente hasta entonces. El único jefe del Ejército que trató de oponerse a la toma del poder por parte de los alemanes fue el general De Lattre de Tassigny, que hubo de ocultarse para ser recogido más tarde por un avión Hudson que lo llevó a Inglaterra. Cuando se disolvió lo que se había conocido como el «Ejército del armisticio» de Vichy, muchos de sus oficiales se unieron a la Resistencia.

Tal vez el aspecto más asombroso de la operación Antorcha sea que logró provocar cierta sorpresa. Durante varios meses, todo el proyecto había sido objeto de numerosos acercamientos a los leales de Vichy dentro de la zona no ocupada y en el norte de África. Con todo, y ante su indignación, De Gaulle y sus seguidores se vieron excluidos de toda participación.

Las relaciones del general con Churchill habían empezado a deteriorarse con gran celeridad tras la funesta expedición organizada para arrebatar Dakar al gobierno de Vichy en septiembre de 1940. Los británicos, persuadidos de que se había filtrado información del cuartel general de De Gaulle, se negaron a advertirlo de operación alguna que concerniese al territorio francés. El objetivo del gobierno estadounidense, por su parte, consistía en evitar el peligro que suponía el Ejército colonial francés norteafricano que resistía a los desembarcos de la operación. Robert Murphy, representante personal de Roosevelt, había buscado, en consecuencia, un dirigente al que pudieran dar el visto bueno los principales oficiales destinados allí y favorables al régimen de

Vichy. Se tuvieron en cuenta varios nombres, incluido el del general Weygand, y se llegó a negociar con algunos de ellos, aunque los resultados apenas fueron satisfactorios. Entonces apareció un candidato que parecía ser ideal: el general Henri Giraud.

Giraud había alcanzado la dignidad de héroe en Francia tras escapar de la fortaleza penitenciaria alemana de Kónigstein. Como buen soldado, se dirigió a Vichy para informar al mariscal Pétain; aunque este hecho no hizo sino enturbiar las relaciones del régimen con Alemania. Los estadounidenses lo reclutaron y lo evacuaron en submarino.

Entonces hizo su aparición el almirante Darían, comandante en jefe de todas las fuerzas de Vichy. Tras verse excluido del cargo de primer ministro en favor de Laval el 17 de abril de 1942, había llevado a cabo cautelosos acercamientos a la Resistencia y las autoridades estadounidenses. (El veterano político Edouard Herriot había dicho de él poco después del armisticio: «El almirante sabe nadar bien».)[21] Darían voló a Argel desde Vichy el 5 de noviembre, dos días antes de la invasión estadounidense, para ver a su hijo, que se hallaba hospitalizado. Su llegada provocó una gran confusión en el campamento americano, pues sus integrantes ignoraban si tenía intención de servir a sus propósitos o de oponerse a los desembarcos. Mientras tanto, su dirigente electo, Giraud, que a la sazón se encontraba en Gibraltar, comenzó a cambiar de parecer en el último momento, lo que causó una confusión aún mayor.

Los desembarcos que tuvieron lugar dos días más tarde pudieron llevarse a cabo con éxito debido en gran medida a que el almirante Darían y el general Juin lograron un alto el fuego en Argel. El acuerdo al que llegaron entonces los estadounidenses con el primero, que seguía dispuesto a permanecer leal al mariscal Pétain, resultó satisfactorio desde un punto de vista puramente militar, pero desencadenó una tormenta política en Estados Unidos y en Gran Bretaña. No es extraño que entre los más enojados se hallasen la Francia Libre, en Londres, y la Resistencia del interior.

De Gaulle, que no había recibido información alguna acerca de los desembarcos del 7 de noviembre, montó en cólera al conocer la noticia la mañana siguiente. «¡Espero que los de Vichy los echen al mar! —bramó—. ¡Francia no se consigue con artes de ladrón!» Cuando más tarde quedó claro lo que suponía el trato de los estadounidenses con Darían (que Roosevelt no sentía escrúpulos de ningún tipo a la hora de emplear a seguidores impenitentes de Pétain), dio la impresión de que De Gaulle se enfrentaba al olvido político. El nuevo régimen del norte de África recibió el sobrenombre de *Vichy á l'envers*, toda vez que Darían apenas había mudado el pelaje... y mucho menos las costumbres: en ningún momento había dejado de reconocer al anciano mariscal en cuanto su dirigente, aún tenía prohibida la cruz gaullista de Lorena y obligaba a los judíos a llevar la estrella amarilla. Sin embargo, la balanza del poder en lo referente a los asuntos franceses estaba destinada a cambiar en la Nochebuena de 1942, cuando un joven defensor de

la monarquía, el alférez Fernand Bonnier de la Chapelle, asesinó al almirante Darían.

El drama shakespeariano de la muerte de Darían, que no carecía de ciertos componentes de traición y de ambiciones encontradas, ha suscitado una gran fascinación durante mucho tiempo. No faltan las teorías que hablan de una conjura cuyos detalles han sido objeto de numerosas discusiones. Con todo, los testimonios generales disponibles sugieren de forma poco menos que incontestable la existencia de una conjura de gaullistas y realistas, confabulados en cierta medida con los británicos y respaldados por la aprobación de la Oficina de Servicios Estratégicos, cuyos miembros estaban exasperados por la tolerancia que profesaba su propio presidente al régimen de Vichy.

El organizador de la operación fue Henri d'Astier de la Vigerie, hermano de Emmanuel, dirigente del movimiento de resistencia Liberation. D'Astier, oficial de inteligencia militar, formaba parte de un grupo realista en estrecho contacto con el conde de París, pretendiente al trono de Francia. En realidad, se trataba de un «monarco-gaullista», combinación menos paradójica de lo que pudiera parecer, pues muchos veían a De Gaulle como el regente llamado a propiciar la restauración de la familia real francesa.

Apenas cabe poner en duda que los oficiales gaullistas, y tal vez, por ende, el propio general, estaban informados de la operación e implicados en ella. Un tercer hermano de los D'Astier, el general François d'Astier, que había protagonizado no hacía mucho una defensa de De Gaulle, entregó al grupo de Bonnier, según se supo, dos mil dólares durante una breve misión en Argel. La pista de los billetes llevaba a una transferencia en Gran Bretaña de fondos reservados al Comité National gaullista de Londres. Los argumentos empleados por De Gaulle para negar su implicación, que casi podrían motejarse de deíficos, resultaron muy poco convincentes, más aún cuando todos sabían que la muerte de Darían había reavivado sus esperanzas políticas.

La única persona que podía sustituir a Darían con el beneplácito de Roosevelt era el ilustre, bien que muchísimo menos astuto, general Giraud. De Gaulle no tuvo mucho que decir al respecto: debió de pensar que no sería difícil hacer a un lado a aquel «soldadito de plomo» si lo manejaba del modo correcto. En ningún momento fue capaz de reconocer que, fueran cuales fuesen sus motivos, la política del presidente estadounidense pudo haber redundado en su propio beneficio. El respaldo brindado por Estados Unidos a Darían y más tarde a Giraud había servido de puente entre el régimen de Vichy y la Francia Libre, y por consiguiente, había alejado el peligro de una guerra civil en el África septentrional francesa.

La invasión alemana de las zonas no ocupadas había cambiado las cosas en otros sentidos. Cuando se disolvió el «Ejército del armisticio» de Vichy, la Resistencia tuvo a su disposición, de súbito, una ingente cantidad de armas. Muchos de sus oficiales se Unieron a grupos pertenecientes a la ORA

(Organisation de Résistance de l'Armée) o formaron los suyos propios. Se mostraban reacios a respaldar a De Gaulle, pero estaban dispuestos a reconocer la autoridad del general Giraud.

El efecto más importante de la ocupación fue, sin embargo, moral. El apoyo que había prestado Laval a la Alemania nazi sin ningún tipo de tapujos al enviar a voluntarios franceses vestidos con uniforme de la Wehrmacht al frente ruso se destacaba aún más en cuanto acto de traición. Con todo, la peor forma de vasallaje fue la que representaba el Service de Travail Obligatoire. Esta entidad echó por tierra todo lo que hubiese podido haber de verdad en la idea de que el «sendero colaboracionista» de Pétain había salvado a Francia de correr la misma suerte que otros países ocupados. Los llamados a hacer el servicio militar obligatorio fueron remitidos a Alemania para realizar trabajos forzados en unas condiciones terribles. Muchos evadieron esta recluta escondiéndose o engrosando las filas de la Resistencia.

Esta última contaba ya con una mezcolanza política y social nada despreciable (en algunos grupos luchaban codo a codo oficiales regulares, socialistas, estudiantes —tanto de izquierda como católicos— y republicanos españoles); sin embargo, a medida que se hacía más probable la perspectiva de la liberación, y con ella las implicaciones políticas de un nuevo orden de posguerra, las ideas de los principales movimientos se tornaban más definidas. De Gaulle mostraba una clara aversión frente a la conciencia política y la actividad partidista. Las luchas por el poder podían desembocar, a la hora de liberar el país, en el surgimiento de disturbios o incluso en la guerra civil, lo que daría a los estadounidenses y británicos la excusa perfecta para imponer en Francia su gobierno militar.

Un peligro como éste sólo podía evitarse reuniendo a los diferentes movimientos de resistencia bajo su propio mando apolítico. Esta unidad se logró en gran parte debido a los empeños y la personalidad de Jean Moulin.

En 1941, Moulin había decidido viajar a Inglaterra para ver a De Gaulle tras consultar con Henri Frenay, dirigente del movimiento de resistencia Combat. Se había abierto camino a través de España y Portugal disfrazado. A diferencia de muchos de los primeros miembros de la Resistencia, Moulin no tenía miedo de que De Gaulle se erigiese en dictador militar en un futuro: a su entender, aquélla se tornaría *émiettée* («desmigajada») sin su presencia unificadora.[22]

Tras llegar a Bournemouth, lo abordó Maurice Buckmaster, director de la sección F de la SOE (Special Operations Executiva o «Ejecutiva de Operaciones Especiales»), quien lo arrastró consigo con la intención de reclutarlo en cuanto coordinador en potencia de sus grupos en Francia. Sin embargo, él insistió en presentarse ante el general De Gaulle. Passy lo vio primero, y enseguida se dio cuenta de que Moulin era el hombre ideal para unificar la Resistencia bajo el control de la Francia Libre. Passy estaba ya planeando su propia organización: el Bureau Central de Renseignements et d'Action (BCRA), que vendría a ser para la Francia Libre algo análogo a la

SOE británica. Los informes recibidos de las redes gaullistas, como el enviado por Rémy, lo habían persuadido de que los grupos de resistencia del interior podían resultar tan importantes para la lucha como las fuerzas convencionales de la Francia Libre que trabajaban desde el exterior. Asimismo, desempeñarían una función de gran relevancia en la batalla política que seguiría de manera irremediable a la liberación.

El día de Año Nuevo de 1942, Moulin descendió en para-caídas sobre Provenza, acompañado de un pequeño grupo de enlace y armado de la autoridad de De Gaulle y un equipo de radio, desde un bombardero Whitley de la RAF. De allí se dirigió a Marsella para encontrarse con Frenay. El entusiasmo inicial que sentía este último ante la idea de una coalición se enfrió una vez que estudió con más detenimiento las instrucciones procedentes de Londres. Todo parecía apuntar a que De Gaulle y Passy estaban esperando que los grupos de resistencia formasen ante ellos en filas regulares y en posición de firmes. No obstante, tras sopesarlo todo, Frenay hubo de reconocer que lo mejor que podían hacer los principales movimientos de centro y centro izquierda (Combat, Liberation y Franc-Tireur) era unirse donde les fuera posible.

Como parte de su proyecto de crear una única organización efectiva, Moulin reclutó a Georges Bidault, católico de centro izquierda, en cuanto director del Bureau d'Information et de Presse, organismo de la Resistencia al cargo de la información pública.

Otra de sus iniciativas consistió en establecer algo semejante a un grupo de expertos constitucionales, el Comité General d'Études, a fin de que preparasen la estructura gubernamental de la Francia de posguerra y sus relaciones con los Aliados. Entre los miembros de dicha comisión, abogados en su mayoría, se incluían varios futuros ministros: François de Menthon y Pierre-Henri Teitgen —los dos primeros ministros de Justicia de la Francia liberada—, Alexandre Parodi y Michel Debré, futuro primer ministro.

El avance más importante, empero, se dio en septiembre de 1942, cuando se agruparon las brigadas militares de Combat, Liberation y Franc-Tireur para formar la Armée Secrete, proyecto que contó enseguida con el beneplácito de De Gaulle. A sus ojos, el Ejército Secreto constituía un paso fundamental para situar a la Resistencia dentro del marco de un servicio armado regular reconstituido. El que los diversos grupos de resistencia francesa hubiesen trabajado con los británicos desde muy temprano era, a su entender, algo que rayaba en la traición.

Los británicos, por otra parte, se mostraron aliviados ante el hecho de que la Resistencia hubiese crecido en tres direcciones diferentes: los grupos respaldados por la SOE y el Servicio Secreto de Inteligencia, los gaullistas y los comunistas, pues estaban convencidos de que esto reducía las posibilidades de una guerra civil entre los dos últimos grupos. Gran Bretaña podía proporcionar equipos de radio y medios de transporte, ya fuese haciendo aterrizar aviones Lysander sin más luz que la de la luna, ya dejando

caer paracaídas. Por ende, los malentendidos, las sospechas y el resentimiento que estaban condenados a surgir entre *les gens de Londres* y *les gens de l'interieur* no llegaron nunca a desembocar en una ruptura irremediable de relaciones entre ambos. El mayor resquemor que profesaban a los gaullistas londinenses los que habían quedado atrás surgía de la idea de que permanecer en Francia en 1940 había representado una falta al deber.

En noviembre de 1942 creció sobremanera la posibilidad de que trabajasen juntos los comunistas y los seguidores de De Gaulle dado el enojo que en ambos había despertado el pacto de los estadounidenses con Darían. Ni Bogomolov, embajador de Stalin en los gobiernos exiliados en Londres, ni el ya mayor Georgi Dimitrov, director del Komintern, consideraron que la decisión tomada por los franceses de firmar un acuerdo con los gaullistas fuese «una buena idea».[23] Sin embargo, habida cuenta del poco interés que había mostrado Stalin por Francia, y dado que las comunicaciones dentro del territorio ocupado por el enemigo distaban mucho de ser sencillas, Dimitrov estimó conveniente dejar las cosas como estaban.

Poco después, la organización militar del Partido Comunista, Franc-Tireurs et Partisans Francais, decidió asociarse con el Ejército Secreto, lo que implicaba su reconocimiento, al menos en teoría, de la autoridad militar del general De Gaulle. Para los comunistas, ésta era también la única manera de recibir las armas que lanzaban los británicos, y su insistencia en este punto desembocó en no pocas disputas.

En la conferencia de Casablanca, celebrada en enero de 1943, los estadounidenses promovieron, incitados por Churchill, una «boda de penalti» entre De Gaulle, «la novia», y Giraud, «el novio». Roosevelt, sin embargo, no estaba interesado en reconocer otra cosa que no fuera un liderazgo militar simbólico.

Para él, Francia no existiría en cuanto entidad política hasta que se celebrasen por fin elecciones en todo su territorio. Además, seguía sospechando que De Gaulle albergaba ambiciones dictatoriales.

Al igual que Churchill, el presidente estadounidense no fue capaz de darse cuenta del modo en que estaban cambiando las cosas en la Francia ocupada. La drástica transformación que se había producido en favor del general francés vino a confirmarse el 10 de mayo de 1943 —día en que se celebraba el tercer aniversario de la invasión alemana—, cuando se creó el Consejo Nacional de la Resistencia, que reconocía el liderazgo de De Gaulle.

Pese al orgullo que le inspiraban su mostacho, propio de un soldado de caballería, y las hechuras de su uniforme, el general Giraud carecía por completo de ambición personal. El carácter básico de su formación política no pasó inadvertido a Jean Monnet, a quien Roosevelt había enviado para afianzar su posición frente a De Gaulle. Sin embargo, Monnet, uno de los pocos franceses que contaban con la completa confianza del presidente estadounidense, era mucho más realista que éste, e hizo lo que estaba en sus

manos por allanar el terreno a una transición metódica de poder en favor de De Gaulle.

Este último llegó a Argel el 30 de mayo. Giraud lo esperaba en la pista de aterrizaje, con una banda de música que tocaba para él la *Marsellesa* a modo de bienvenida. Los representantes estadounidenses y británicos permanecían en un segundo plano. No obstante, los días que siguieron iban a estar marcados por furiosas maniobras, que llegaron incluso a despertar rumores de proyectos de golpes de estado y secuestros. Todas estas maquinaciones llevaron al general De Bénouville a afirmar que «no había nada que se pareciese tanto a Vichy como Argel».[24]

La inflexibilidad de De Gaulle, arraigada en su implacable sentido del deber, demostró, una vez más, ser indomable ante cualquiera que tuviese una voluntad menos poderosa. El 3 de junio se constituyó el Comité Francais de la Liberation Nationale, siguiendo casi por completo los dictados de De Gaulle. Giraud hubo de ceder ante cada una de las decisiones. Una de las más significativas fue la de legalizar el Partido Comunista.

Este cambio radical equivalía a admitir la importancia que tenía en el movimiento de resistencia, y llevó a que los beneficiados reconociesen a De Gaulle en cuanto dirigente del gobierno por venir.

Cuando los miembros del recién legitimado Partido Comunista supieron en Argel que su más encarnizado enemigo, Pierre Pucheu, se había presentado en Marruecos, apenas pudieron dar crédito a una acción tan temeraria ni al golpe de suerte que se les había presentado.

Pucheu se había retirado de la política de Vichy después de la sustitución del almirante Darían por Pierre Laval, ocurrida el 18 de abril de 1942. Un año más tarde, decidió unirse a los «vichistas arrepentidos» del norte de África (lo que cierto dirigente de la Resistencia había descrito como «Vichy á la sauce américaine»).[25] Giraud le proporcionó un salvoconducto a condición de que se mantuviese alejado de la política, y él aceptó, bien que incapaz por completo de comprender el odio que había generado en calidad de ministro del Interior ni hasta qué punto había cambiado en el África meridional la balanza del poder desde el asesinato de Darían.

Fue arrestado el 14 de agosto. Durante los meses siguientes se aprobó una nueva legislación que regulaba el modo en que debía tratarse a los miembros del gobierno de Vichy. Giraud, que había firmado el pase de Pucheu, se vio atacado por dos frentes distintos: los colonialistas de derecha, que habían secundado el régimen de Vichy, se preguntaban qué valor tenía su firma en un salvoconducto si no servía para salvar al portador, en tanto que los comunistas pedían su cabeza por haber protegido a Pucheu.

De Gaulle estaba interesado en Pucheu por otra razón: condenarlo a él era sentenciar al gobierno de Vichy. En marzo de 1944 se celebró un juicio por el que se ponía en juego su vida y la reputación del mariscal. Demostrar el carácter criminal de un régimen, tal como pretendía hacer el citado proceso,

no era necesariamente lo mismo que probar su ilegalidad; sin embargo, no dejaba de constituir un acto eficaz de guerra psicológica.

En París, Simone de Beauvoir oyó por casualidad a dos colaboradores que hablaban del juicio en un café. «Nos están juzgando a nosotros», afirmó uno de ellos, a lo que el otro se mostró de acuerdo.[26] Aquel proceso hizo también que muchos otros, entre los que destaca el escritor Pierre Drieu la Rochelle, parasen mientes en que el bando que habían seguido tenía muchas posibilidades de perder.

Pucheu se convirtió en el primer colaborador que se enfrentó a la justicia oficial de los vencedores. Murió en actitud desafiante, por cuanto insistió en ser él mismo quien diera la orden de disparar al pelotón de fusilamiento. De cualquier modo, los documentos descubiertos tras la liberación demostraron sin lugar a dudas que había sido culpable de designar a los rehenes que debían ser ejecutados.

La operación Antorcha, que siguió a la batalla de El Alamein y precedió a la de Stalingrado, resultó en extremo alentadora para los grupos primitivos de resistencia: *les gens de Londres*, gaullistas que tenían su base en la capital inglesa, y *les gens de l'intérieur*, que hubieron de soportar la ocupación desde el principio hasta el fin. No obstante, durante 1943 se sucedieron varios contratiempos de consideración dentro de las fronteras francesas, donde la lucha entre la Gestapo y la Milice Nationale, por una parte, y la Resistencia, por la otra, se fue tornando cada vez más violenta.

Jean Moulin, tras lograr en mayo su objetivo de unificar la Resistencia, se dio cuenta de que la Gestapo se hallaba cada vez más cerca de él. Ya había advertido al BCRA londinense de la necesidad de contar con alguien que estuviese dispuesto a reemplazarlo. La respuesta a su petición de un sustituto la dio Claude Bouchinet-Serreulles, ayudante militar del general De Gaulle, que se presentó voluntario y se lanzó en paracaídas para ir a su encuentro. Estableció contacto con él el 19 de junio, en Lyon. Sin embargo, dos días más tarde, Moulin cayó en una trampa tendida por los alemanes en el barrio de Caliure, situado en la falda de la colina. Las circunstancias que hicieron posible a la red de agentes y traidores de Klaus Barbie capturar al jefe de la Resistencia han sido objeto de controvertidos debates durante muchos años, y distan aún de estar resueltos por completo. Lo cierto es que Moulin murió tras una cruel tortura supervisada por Barbie.

A pesar de encontrarse en una posición poco menos que imposible, Serreulles no tardó en volver a establecer el contacto con los dirigentes de los diversos movimientos que conformaban el Ejército Secreto.

La preocupación que más apremiaba a De Gaulle no era la Resistencia, sino su relación con los dos dirigentes anglosajones. Roosevelt, asesorado aún por el almirante Leahy, antiguo embajador suyo en el régimen de Vichy, que defendía la idea de que Pétain era el único hombre capaz de unificar el país,

prosiguió los preparativos para la administración del territorio francés como si no existieran el gobierno en espera de De Gaulle ni la Resistencia. En Charlottesville (Virginia) se estaba ya formando a una serie de funcionarios para que trabajaran a las órdenes del acrónimo más temido y odiado por el general francés: el AMGOT, Allied Military Government for Occupied Territories («Gobierno Militar Aliado para los Territorios Ocupados»).

Pese a la ira que lo invadía, De Gaulle no perdió su capacidad de calcular probabilidades. Amenazó con cesar todo tipo de cooperación en caso de que se impusiera el AMGOT a la Francia liberada. Los estadounidenses que se hallaban en el escenario europeo, incluido Eisenhower, sabían que toda pretensión de introducir un gobierno militar contra la voluntad del pueblo estaba abocada al desastre.

Tres días antes del Día D, el 3 de junio de 1944, el Comité de Liberación Nacional francés en Argel se erigió en gobierno provisional de la República francesa. De Gaulle y su estado mayor se dirigieron entonces a Inglaterra, donde aterrizaron a la mañana siguiente para oír que los Aliados habían entrado en Roma y que la invasión de Francia era inminente.

A pesar de estar decidido a mantener un comportamiento magnánimo ante De Gaulle, Churchill se hallaba en un estado de exaltación contenida a la espera de la invasión. Dando muestras de una desastrosa falta de tacto, le refirió que lo había hecho llamar para que se lo transmitiera a Francia. Aun Eisenhower, que gozaba de un carácter más diplomático, volvió a adoptar, bajo la presión renovada de Roosevelt, la posición estadounidense que consideraba a De Gaulle y sus colaboradores un cero a la izquierda hasta que se celebrasen elecciones. La mañana de la invasión, Churchill se enteró de que De Gaulle se había negado a informar por radio al pueblo francés al respecto y a proporcionar oficiales de enlace que acompañaran a las fuerzas aliadas, y se apoderaron de él el resentimiento y la frustración. Acusó al general de traición a la causa y aseguró hecho una furia que lo devolvería encadenado a Argel. Los funcionarios estadounidenses y británicos sintieron verdadero terror ante la posibilidad de que las volubles relaciones existentes entre los dirigentes nacionales saltasen por los aires en aquel momento. «Esto se ha convertido en un pandemonio», anotó en su diario un diplomático francés veterano.[27] Por fin, Edén logró calmar a Churchill, en tanto que Viennot, embajador gaullista, y Duff Cooper persuadieron al general de enviar a los oficiales de enlace que se le solicitaban.

El 14 de junio de 1944, De Gaulle cruzó el canal de la Mancha en el destructor francés *Combatíante*. Entre sus acompañantes se encontraban Gastón Palewski, el embajador Pierre Viennot y los generales Koenig y Béthouart. Uno de ellos le comentó, con la esperanza de animarlo: «General, ¿ha caído usted en la cuenta de que hace exactamente un año que los alemanes entraron en París?». «¡Vaya! ¡Pues cometieron un error!», fue la inimitable respuesta.[28]

De Gaulle tan sólo pudo relajarse una vez que el grupo hubo aterrizado y

visitado la caravana del general Montgomery. Entonces fue a encontrarse con sus compatriotas civiles en suelo francés, algo que no hacía desde 1940. Aquellos aturdidos ciudadanos conocían su voz merced a las emisiones radiofónicas nocturnas, aunque ninguno reconoció su rostro: el régimen de Vichy nunca había permitido que se publicase su fotografía. Las noticias, de cualquier modo, corrieron como la pólvora. El padre París, párroco local, acudió a lomos de su caballo para reprender al general por no haber ido a estrechar su mano. De

Gaulle bajó de un salto del Jeep en que se hallaba. «*Monsieur le curé* —le respondió al tiempo que abría los brazos—, no pienso darle la mano, sino abrazarlo.»[29] En ese momento aparecieron dos gendarmes montados en sendas bicicletas que se bamboleaban mientras trataban de saludar. Los enviaron a Bayeux para que hicieran las veces de profetas de la llegada del general.

Allí, la reacción emocional ante la aparición de De Gaulle no respondió al carácter reservado de los normandos. Una anciana, sin embargo, confundida por el entusiasmo del momento, exclamó: «Vive le Maréchal!». Se dice que De Gaulle, al oír esta nota discordante, murmuró: «Otra que no lee el periódico». Gastón Palewski supo con toda certeza que habían ganado la batalla al saber que el obispo de Bayeux y Lisieux había querido saludar al libertador, pues «el clero nunca corre riesgos».[30]

Asimismo, salió a darles la bienvenida el subprefecto nombrado por Vichy, luciendo el fajín rojo, blanco y azul propio de su cargo. No obstante, el cambio de régimen había sido demasiado abrupto para él: recordó de súbito el retrato del mariscal Pétain que engalanaba la *salle d'honneur* y desapareció a fin de descolgarlo. Habían pasado cuatro años y tres días desde que el general y el mariscal se encontraron en los escalones del Château du Muguet.

4 Objetivo: París

El 31 de julio, el 3.er ejército del general Patton comenzó, en Avranches, la salida de Normandía. Su ala derecha envolvió a las fuerzas alemanas desde el oeste y llevó a los Aliados a Argentan, a 167 kilómetros de París.

Al parecer del general De Gaulle, existía una sola formación que mereciese el honor de liberar la capital de Francia: la Deuxiéme División Blindée, la 2.ª División blindada francesa, a la que se conocía como la «2e DB». Estaba al mando del general Leclerc, nombre de guerra de Philippe de Hauteclocque.

La 2e DB era mucho más numerosa que la mayoría de las divisiones, pues contaba con dieciséis mil hombres, equipados con uniformes, armas, camiones semioruga y tanques Sherman (todo proporcionado por los estadounidenses). Estaba constituida en su mayor parte por hombres que habían seguido a Leclerc desde Chad y habían cruzado el Sahara para sitiar la guarnición italiana acantonada en Koufra y unirse por último a los británicos. Entre sus filas había miembros regulares del Ejército metropolitano, incluidos soldados de caballería de Saumur, espahíes, marinos sin embarcación, árabes del África meridional, senegaleses y colonos franceses que nunca habían pisado con anterioridad el suelo de Francia. Una de sus compañías, la 9.ª, recibía el nombre de *la nueve*[31] porque estaba llena de republícanos españoles, veteranos de batallas aún más cruentas. El batallón, como no podía ser menos, estaba capitaneado por el comandante Putz, el más respetado de todos los mandos de batallón con que contaban las Brigadas Internacionales. La división de Leclerc constituía una mezcla tan extraordinaria de gaullistas, comunistas, monárquicos, socialistas, giraudistas y anarquistas unidos por una misma causa, que el general De Gaulle no pudo menos de concebir una visión optimista en exceso del modo en que se unificaría la Francia de posguerra en torno a su liderazgo.

Cuando De Gaulle regresó a Francia desde Argel el 29 de agosto, hubo de afrontar una noticia sumamente inquietante: en París se había iniciado un levantamiento, de inspiración sobre todo comunista, y los ejércitos aliados no estaban en situación de acudir en su apoyo.

El 15 de agosto, la decisión tomada por las autoridades alemanas de desarmar parte de las fuerzas policiales parisinas dio lugar a una huelga. A mediodía, la radio anunció los desembarcos aliados en la costa mediterránea, cerca de Saint-Tropez, lo que hizo más fuerte la resolución. Los comunistas, que pretendían incrementar la presión en favor de un alzamiento, habían comenzado a infiltrarse en la policía y a ganar adeptos entre sus miembros en cuanto les había sido posible. Muchos de los integrantes del cuerpo, avergonzados ante un historial de servilismo a las órdenes dictadas por los

alemanes, consideraron que la pertenencia al Partido Comunista constituía un buen seguro de vida. Ese mismo día se publicó en el periódico del partido, *L'Humanité*, una llamada a «l'insurrection populaire».

Dos días más tarde, el Consejo Nacional de la Resistencia y el COMAC (Comité Militaire d'Action) estudiaban la llamada a las armas. Pese a la presidencia del democristiano Georges Bidault, la primera de estas organizaciones estaba tan dominada por los comunistas como la segunda. El general Jacques Chaban-Delmas, jefe de la Resistencia gaullista que contaba a la sazón veintinueve años, había regresado de Londres el día anterior, después de completar en bicicleta el último tercio del viaje a través de las líneas alemanas. Esta visita clandestina a Inglaterra tenía el propósito de alertar a los Aliados del carácter inevitable de una insurrección prematura en París. De cualquier modo, hubo de regresar con la inoperante orden del general Koenig, jefe de estado mayor de De Gaulle, según el cual no habría levantamiento alguno sin que él lo dispusiese. Koenig había sido nombrado comandante de todas las Forces Francaises de l'Intérieur (FFI), conocidas por el sobrenombre, a un tiempo afectuoso y despectivo, de *les fifis*; aunque hasta entonces su autoridad no pasaba de ser teórica.

Chaban-Delmas había comunicado a las autoridades militares de Londres que, frente a los dieciséis mil hombres de la guarnición alemana —que contaba además con la posibilidad de recibir los refuerzos de otra división—, la Resistencia en París contaba con menos de quince mil voluntarios de las FFI y con armas para tan sólo dos mil, una cifra que no deja de resultar incluso optimista. Lo más que podía esperar la Resistencia parisina eran algunos fusiles del Ejército escondidos desde 1940, escopetas y revólveres robados en muchos de los casos de armerías, unas cuantas metralletas que los Aliados habían lanzado en paracaídas en algún lugar de Francia y una serie de armas arrebatadas a los alemanes a la fuerza. Cierto grupo juvenil comunista del 18.° *arrondissement* («distrito»), por ejemplo, enviaba a las muchachas de la agrupación a seducir a los soldados enemigos por la zona de Pigalle y atraerlos a un callejón en el que esperaban jóvenes camaradas varones que los molían a palos para después quitarles las armas.

Un grupo de los Francs-Tireurs et Partisans (FTP) comunistas logró incautar una tonelada de explosivo de la Poudrerie Sevran. Sin embargo, eran pocos los voluntarios que contaban con la experiencia suficiente al respecto, bien en el Ejército, bien en la Resistencia. El coronel Rol-Tanguy, el comunista que se hallaba al mando de las FFI de París y sus alrededores, hubo de confesar a Louis Teuléry, comandante del Service B (organización comunista de contraespionaje) que, a despecho de toda la propaganda, los FTP tan sólo contaban con un total de seiscientos hombres en todo París antes del desembarco de Normandía. Las verdaderas oleadas de voluntarios tuvieron lugar más tarde.

Treinta y cinco jóvenes de la Resistencia cayeron de cabeza en una trampa al dejarse engañar por un *agent provocateur* que trabajaba para la Gestapo y

prometió que les proporcionaría una remesa de armas. Cuando llegaron al lugar de encuentro se vieron rodeados por el enemigo, que los sometió a una brutal tortura en el cuartel general de la Gestapo, sito en la rué des Saussaies, antes de ejecutarlos.

De cualquier modo, el coronel Rol-Tanguy no se dejó impresionar por quienes le aconsejaban actuar con prudencia. Aquel día, los FTP dieron órdenes de requisar vehículos y blindarlos, como si el París de 1944 pudiese compararse con el Madrid o la Barcelona de julio de 1936. Al día siguiente se sembró la ciudad de carteles que llamaban a la huelga general y «l'insurrection libératrice».

El 17 de agosto llegó en secreto Charles Luizet, a quien De Gaulle había designado jefe de policía, para convertirse en parte del equipo fundamental de administradores, que contaba con Alexandre Parodi, delegado general de De Gaulle, como miembro de mayor experiencia.

Aquel día fue también testigo del éxodo cada vez mayor de alemanes y colaboradores que el inimitable Jean Galtier-Boissiére describió en su diario como «la grande fuite des Fritz». Su altura colosal, el mostacho militar de la primera guerra mundial, el sombrero de paja al estilo de un viajero Victoriano y el paraguas de puño de marfil convertían la suya en una curiosa figura, no exenta de contradicciones. Anarquista divertido y entrañable de la *grande bourgeoisie*, había fundado su publicación satírica *Le Crapouillot* (nombre en jerga del mortero de trinchera) siendo cabo en primera línea de frente. En aquel momento, describía los atascos que formaban los vehículos en su huida y que la *Feldgendarmerie* alemana trataba de dirigir con discos provistos de empuñadura. «Por la calle Lafayette pasan pulquérrimos torpedos procedentes de los lujosos hoteles que rodean l'Étoile. En su interior llevan generales de rostro lívido, acompañados por elegantes mujeres rubias, que tienen el aspecto de estar dirigiéndose a algún lugar de moda.»

Haciendo caso omiso de las objeciones de Pierre Laval, el embajador alemán, Otto Abetz, ordenó evacuar la administración de Vichy a Belfort, a pocos kilómetros de la frontera con Alemania. Los intentos llevados a cabo por Laval durante los últimos días para convocar a parlamentarios como Édouard Herriot, presidente de la Asamblea Nacional, no lograron otra cosa que enfurecer al general Oberg, jefe de las SS en Francia.

Mientras se preparaban para partir, los alemanes hubieron de soportar las miradas tan directas como desdeñosas de los grupos de parisinos que habían pasado cuatro años fingiendo no verlos. Sin embargo, cierto destacamento de soldados no dudó en abrir fuego contra la multitud que se burlaba de sus integrantes en el bulevar Saint Michel. Sylvia Beach, fundadora de la librería Shakespeare & Company, describió a los parisinos que, jubilosos, agitaban a su paso escobillas de retrete.

No fueron pocos los casos en los que quienes hacían las maletas aprovechaban para perpetrar algún saqueo de última hora. La Gestapo irrumpió en el apartamento de la rué Christine en que vivían Gertrude Stein y

Alice Toklas. A la llamada de un vecino acudieron veinte agentes de la policía que, respaldados por la mitad de los habitantes de la calle, exigieron ver la autorización de la Gestapo. Los oficiales de ésta hubieron de salir de allí, si bien no dejaron de proferir amenazas.

Un grupo de soldados, siguiendo tal vez las órdenes de uno de sus jefes, se dedicó a cargar en una serie de camiones el contenido de las bodegas de vino del Cercle Interallié, un importante club privado. Otros vehículos militares y civiles, entre los que había incluso ambulancias y un coche fúnebre, acabaron hasta los topes de todo lo que pudiese tener algún valor: mobiliario de estilo Luis XVI, medicinas, obras de arte, piezas de maquinaria, bicicletas, alfombras enrolladas y alimentos.

Todo apunta a que el viernes, 18 de agosto, surgieron de todas partes ráfagas de armas de fuego tras la aparición de los carteles comunistas. Al día siguiente apareció la tricolor en varios edificios públicos, entre los que destaca la Prefecture de policía, situada en la isla de la Cité. Desde las siete de la mañana comenzaron a llegar agentes de los que estaban en huelga en protesta por la intención de desarmarlos que tenían las autoridades alemanas. Seguían una llamada de sus comités de resistencia, y su número era cada vez mayor. Los gaullistas, dirigidos por Parodi, no tenían por entonces otra alternativa que aceptar el rumbo que estaban tomando los acontecimientos y unirse al levantamiento. Charles Luizet se introdujo en la Jefatura de Policía y asumió el puesto de su predecesor, nombrado por el gobierno de Vichy y arrestado por uno de sus propios subordinados.

Todo parisino que cometía la imprudencia de colgar de su balcón una bandera tricolor a imitación de las que habían surgido en los edificios públicos corría el riesgo de que pasase por allí una patrulla de las fuerzas de ocupación y descargara sus fusiles a través de la ventana. A la hora del almuerzo llegaron a la jefatura los tanques y camiones de infantería alemanes a fin de aplastar la rebelión, pero los primeros tan sólo contaban con proyectiles concebidos para perforar superficies blindadas, por lo que abrían agujeros sin llegar a derribar los muros.

También se dieron violentos tiroteos en otras partes de París: las fuerzas de la Resistencia tendían emboscadas a los vehículos de la Wehrmacht, y sus ocupantes respondían al ataque. En la margen izquierda del río, frente a la isla de la Cité, la lucha se tornó en particular encarnizada. En total hallaron la muerte cuarenta alemanes aquel día, en tanto que setenta fueron heridos; los parisinos pagaron con ciento veinticinco muertos y casi quinientos heridos.[32] La Resistencia había empezado la batalla con tan poca munición que apenas si les quedaban reservas a la caída de la tarde.

La situación en el interior de la Jefatura sitiada se tornaba crítica. El cónsul general sueco, Raoul Nordling, logró acordar una tregua con el general Von Choltitz, comandante alemán de París y sus alrededores.

El alto el fuego no se respetó, debido en parte al caos en que se hallaban sumidas las comunicaciones; aunque el edificio resistió, de algún modo, durante dos días merced a la tolerancia o la deferencia del general alemán. Los insurgentes, llevados de un peligroso optimismo, consideraron este hecho equivalente a una prueba de la victoria. Los continuos ataques no sólo provenían de grupos demasiado exaltados de jóvenes comunistas: los gaullistas, en su empeño por restaurar la «legalidad republicana», necesitaban tomar tantos edificios como les fuera posible. El 20 de agosto, los dirigentes del Consejo Nacional de la Resistencia se apoderaron del ayuntamiento, en el transcurso de una operación que dejó fuera a los comunistas de manera deliberada.

Durante los cuatro días que siguieron, los alemanes acribillaron los muros de la Casa Consistorial con fuego de ametralladora; pero en ningún momento llegaron a efectuar un ataque decidido, lo que hubieron de agradecer los insurgentes, por cuanto no contaban más que con cuatro ametralladoras y un puñado de revólveres.

El 21 de agosto se reunió el Consejo Nacional de la Resistencia para hablar de la tregua en una sesión tensa y amarga en la que prevaleció la opinión de los comunistas. Al final se decidió cancelar el alto el fuego al día siguiente, y los gaullistas se vieron de nuevo obligados a seguir a los comunistas con tal de evitar una guerra civil.

Desde la llegada de las primeras noticias del levantamiento en París dos días antes, al general Leclerc le había resultado difícil reprimir su impaciencia y su frustración. Sus comandantes estadounidenses no daban muestras de estar dispuestos a avanzar en dirección a la ciudad. Eisenhower pretendía dejar la capital francesa en manos de los alemanes durante algunas semanas más, lo que permitiría a Patton perseguir al enemigo derrotado a través de la Francia septentrional, y tal vez incluso atacar a la derecha hasta llegar al Rin aprovechando su desorganización momentánea. Si los norteamericanos debían liberar París y responsabilizarse por ende de alimentar la ciudad, no dispondrían ni del combustible ni de los transportes necesarios para respaldar el avance de Patton. No obstante, para De Gaulle y Leclerc, París constituía la puerta del resto de Francia, y un levantamiento encabezado por los comunistas podría desembocar, según temían, en una nueva Comuna de París, lo que llevaría a los estadounidenses a intervenir para imponer su AMGOT a la nación.

La primera llamada a la insurrección por parte de los comunistas franceses de París se había producido dos semanas antes de que el general Bor-Komorowski hubiese iniciado el malhadado levantamiento de Varsovia ante los avances del Ejército Rojo. Con todo, el apremio por hacer la revolución surgido en Francia durante el verano de 1944 se originó como una reacción espontánea en el interior de las filas comunistas, y no como realización de un plan trazado por el Kremlin. La cúpula política oficial del Partido Comunista

francés perdió toda autoridad sobre los acontecimientos. Maurice Thorez se hallaba en Moscú, y su lugarteniente, Jacques Duelos, escondido en el campo, ejercía muy poca influencia sobre el brazo armado del partido, los FTP. Paralizado por la ineficacia de las comunicaciones y por las propias medidas de seguridad draconianas de los comunistas, Duelos se vio incapaz de controlar a Charles Tillon y los otros dirigentes de los FTP, que como la mayoría de sus seguidores, tenían la intención de transformar la resistencia en una revolución.

Leclerc decidió al fin, desde su cuartel general, cerca de Argentan, enviar un reducido destacamento hacia Versalles la noche del 21 de agosto; y lo hizo sin el permiso de su comandante de cuerpo estadounidense. Este acto menor de insubordinación militar acrecentó las sospechas que albergaba una serie de oficiales de Estados Unidos de que los gaullistas estaban haciendo su propia guerra por Francia y no la de los Aliados contra Alemania.

Leclerc no había conseguido ponerse en contacto con De Gaulle, quien no había regresado de Argel sino el día anterior; pero escribió para hacer comprender al dirigente del gobierno provisional la necesidad de persuadir a Eisenhower a cambiar sus planes sin más dilación. Los mensajeros que habían partido de París para advertir de que la ciudad sería destruida si los Aliados no la capturaban en breve no obtuvieron demasiado éxito.

El coronel Rol-Tanguy, comandante comunista de las FFI encargado de la capital y sus alrededores, reanudó la lucha a la mañana siguiente, la del día 22 de agosto. Por toda la ciudad había carteles que proclamaban su grito de guerra: *Chacun son boche*!, consigna que poco después se vio seguida de una llamada a las armas aún más atávica: *Tous aux barricades*!, que recordaba las revoluciones decimonónicas fallidas y hacía pensar en el viejo mito que presentaba París como la Jerusalén roja.[33] El coronel ordenó a toda la población de la capital, hombres, mujeres y niños, a disponer barricadas allí donde pudiesen con objeto de impedir a los alemanes cualquier movimiento, lección aprendida en Barcelona al principio de la guerra civil española.

En los distritos más distinguidos —el 7.°, 8.° y 16.° *arrondissements*— apenas se erigieron barricadas; la mayor parte se hallaba en los barrios situados al norte y al este de la ciudad, que habían votado de un modo aplastante al Frente Popular en 1936. Las que contaban con una ubicación más eficaz se encontraban en la zona sureste de París, en la que las FFI estaban al mando del coronel Fabien, el comunista que había asesinado al joven oficial de Marina alemán tres años antes.

En las calles y los vecindarios comenzaron a formarse equipos de un modo espontáneo. Los jóvenes de mayor fuerza arrancaban adoquines y los pasaban a una cadena humana —constituida por mujeres en su mayor parte— que se encargaba de hacerlos llegar a los que construían la barricada con verjas, armazones de camas de hierro, un plátano de sombra derribado y tendido de una acera a otra, coches volcados e incluso, en un caso, un urinario público o

vespasienne. En lo más alto solía izarse una bandera tricolor. Las mujeres, mientras tanto, cosían para los hombres brazaletes blancos de las FFI, que por lo general no llevaban más que las iniciales en negro, pero a los que en ocasiones añadían trozos de tela roja o azul para convertirlos una enseña nacional. París, a la sazón, se sustentaba de rumores: nadie sabía a qué distancia se hallaban los Aliados ni si había refuerzos alemanes en camino. Todo esto creaba una atmósfera de tensión que afectaba por igual a defensores y espectadores.

«Llego a un pequeño emplazamiento de las FFI cercano a la plaza de Saint-Michel —escribió en su diario Galtier-Boissiére—. Sobre la acera han dispuesto una ametralladora que cubre el puente de Saint-Michel; el encargado de hacerla disparar es un hombre alto, rubio y bien vestido. A ambos lados del bulevar hay unos diez jóvenes en mangas de camisa con un *brassard* alrededor de sus bíceps, carabina en mano o blandiendo pequeños revólveres. Algunos llevan cascos del Ejército. Alrededor de estos combatientes hay unos cincuenta observadores que esperan a que ocurra algo. En cuanto aparece un vehículo sobre el puente, todos los mirones echan a correr hacia la primera puerta que encuentran.»[34]

Los ciudadanos ayudaban en lo que podían. Los que más valor demostraban eran los grupos de camilleros, que recogían a cientos de heridos de las calles rociadas de balas con la única protección de una bandera de la Cruz Roja. El profesor Joliot, físico galardonado con el premio Nobel y comunista consagrado, organizó una cadena de montaje de cócteles Molotov en la Sorbona. Entre Saint-Germain-des-Prés y la plaza de Saint-Michel, Zette Leiris, que dirigía una célebre galería de arte, instituyó un comedor para miembros de las FFI en la calle Saint-André des Arts. Los porteros, por su parte, limpiaban la sangre del pavimento.

Tal como observó Galtier-Boissiére, la lucha en la ciudad revestía un carácter mucho más civilizado que en las zonas rurales, por cuanto los combatientes tenían la posibilidad de irse a comer con el fusil a cuestas. Contaban, además, con otra ventaja: «Todo el vecindario te observa y aplaude desde las ventanas».[35] No faltaban, empero, los que no hacían ningún caso de los tiroteos que los rodeaban. Algunos tomaban el sol sobre el dique de piedra del Sena, en tanto que los golfillos se sumergían en sus aguas para combatir el calor. Asimismo, podían verse insólitas figuras sentadas inmóviles sobre sillitas de lona, pescando en el río al tiempo que los carros alemanes atacaban la Jefatura de Policía a unos centenares de metros, en la isla de la Cité, atraídos por la comida gratis que representaba una perca sacada del Sena. La escasez de provisiones era tal que cuando alguna bala perdida abatía a un caballo, las amas de casa no dudaban en salir corriendo a la calle con fuentes esmaltadas y cortar tajadas de carne de su cuerpo sin vida.

Dado el carácter de París, los edificios emblemáticos vinculados a la vida cultural de la ciudad tenían tanta importancia como los ministerios o las comisarías de policía a la hora de hacer una revolución. Para los que estaban

vinculados a las artes escénicas, el primer lugar que había que liberar (lo que no quiere decir que hubiese alemanes en el recinto) era la Comédie-Francaise. Yves Montand, quien no hacía mucho que se había establecido como cantante en la capital, se presentó para hacer las veces de centinela. Cierta actriz había telefoneado a Edith Piaf, amante y mentora de aquél durante las dos últimas semanas, para comunicarle que necesitaban más voluntarios, y Montand, que a la sazón contaba veintitrés años, se alistó para ser admitido en el teatro de Moliere.

Los actores y las actrices se saludaban como si aquélla fuese la mayor fiesta de estreno de sus vidas. Julien Berthau, que se había erigido en su líder, los espoleó con un discurso apasionado que remató con el grito del momento: *París sera liberé par les Parisiens*! La compañía al completo, en un arrebato de emoción, entonó la *Marsellesa* —a pesar de que estaba prohibida— en posición de firmes. Sin embargo, cuando Berthau dio la orden de distribuir las armas se creó cierta atmósfera de decepción. A pocos centenares de metros de donde estaban ellos se encontraban los tanques alemanes, a la espera del primer signo de desorden. Para enfrentarse a ellos, la Comédie-Francaise no contaba sino con cuatro escopetas y dos revólveres de atrezo.

El día sería recordado como una jornada de valentía colectiva, algo tan contagioso como la cobardía colectiva. En el 17.° *arrondissement* ya se habían dado casos de cuadrillas de jóvenes que habían entablado batalla con varias patrullas alemanas con tan sólo un puñado de armas. Los heridos se negaban a que los llevasen al hospital, y en cuanto los vendaban insistían en regresar a su barricada. Se produjeron numerosos ataques a convoyes enemigos a manos de *corps-francs* de las FFI, sobre todo en la orilla izquierda del Sena. Algunos eran víctimas de emboscadas que les tendían desde los tejados o las ventanas con cócteles Molotov y granadas de mano. También hubo grupos que atacaron camiones de aprovisionamiento de la Wehrmacht procedentes de la estación de Austerlitz.

Cualquier soldado alemán que cometiese la imprudencia de salir en solitario o en pareja acababa muerto o rodeado. El objetivo primordial consistía en incautar armas y vehículos. Cierto joven audaz llegó incluso a apoderarse del Horch descapotable del embajador alemán ante su propia residencia, situada en el número 78 de la calle de Lille.[36] Los ataques provocaban a menudo brutales reacciones por parte de las fuerzas de ocupación. Del palacio del Luxemburgo partieron resueltamente cinco vehículos blindados alemanes, respaldados por miembros de la infantería, y recorrieron la calle Soufflot con la intención de atacar la *mairie* del 5.° *arrondissement* en la plaza del Panteón. En todos lados se dieron demostraciones de fuerza, pero por regla general se logró disuadir a los alemanes de moverse por la ciudad.

El padre Bruckberger, capellán general castrense de las FFI parisinas, perteneciente a la orden de Santo Domingo, se dirigió montado en su bicicleta de una zona de combate a otra, «con el hábito blanco manchado del humo de la batalla», para supervisar el cuidado médico que se brindaba a los heridos y

administrar los últimos sacramentos a los caídos.[37] En las iglesias se iban amontonando los ataúdes, pues las víctimas entre la población civil eran numerosas y los enterramientos se hacían imposibles en tales circunstancias. En consecuencia, algunos cadáveres se habían colocado en los congeladores del mercado de Les Halles —que por aquel entonces se encontraban vacíos— con objeto de preservarlos del calor de agosto.

En los Campos Elíseos no se veía un alma, lo que resultaba inquietante. Los cafés de las aceras, que pocos días antes habían estado llenos de alemanes con uniformes de color gris de campaña bebiendo *bocks* de cerveza, se hallaban completamente desiertos. Para los tanques alemanes apostados en la plaza de la Concordia, la suave pendiente que describía el terreno hasta llegar al Arco de Triunfo ofrecía un campo de tiro inmejorable. Sin embargo, esta parte de París daba una impresión de calma que resultaba engañosa. En el resto de la ciudad, la confusión se veía agravada por rumores que surgían de las esperanzas o los miedos del pueblo y que aseguraban que los estadounidenses se aproximaban desde el suroeste; que desde el norte había llegado una nueva división *Panzer*; que no quedaban municiones; que los alemanes habían minado todos y cada uno de los puentes del centro de la capital, o que los *fifis* se las habían agenciado para cortar los cables de los detonadores. Nadie sabía a ciencia cierta qué estaba ocurriendo.

Aquel 22 de agosto comenzó a transmitir una nueva estación emisora, la Radiodiffusion de la Nation Francaise, que debía hacer las veces de portavoz de la Resistencia. Se leyeron proclamas de los diversos grupos, seguidas a menudo de la *Marsellesa*, que había estado prohibida durante los cuatro años anteriores. Durante la emisión, los ciudadanos subían el volumen de sus receptores y abrían las ventanas para asegurarse de que todo el que pasara por la calle la oía también.

La nueva estación no tardó en advertir a los parisinos de la conveniencia de evitar ciertas zonas de la ciudad. La rué de Seine, en Saint-Germain-des-Prés, resultaba peligrosa en particular, toda vez que los alemanes podían disparar desde el puesto fortificado del palacio del Luxemburgo. La plaza de Saint-Michel, situada al final del bulevar, entrañaba tal peligro que no tardó en ser conocida como *le carrefour de la mort*. No obstante, por valiosas que fueran dichas emisiones, la población tan sólo podía oírlas durante los breves períodos en que se restablecía el suministro eléctrico.

Llegó un momento, aquella noche, en que se desvaneció el sonido de los disparos. «Fritz y *fifis* se fueron a cenar», señaló Jean Galtier-Boissiére. Los curiosos no tardaron en salir para examinar los daños.

Los alemanes siguieron aumentando sus puestos fortificados en el centro de París: el cuartel del Prinz Eugen, cercano a la plaza de la República; el palacio del Luxemburgo (el Senado); el palacio Borbón (la Asamblea Nacional); la École Militaire; Les Invalides, y el hotel Majestic, sito en la avenida de Kléber. El hotel Meurice, en la calle de Rivoli, donde tenía el general Von Choltitz su cuartel general, constituía un baluarte menos inexpugnable.

Fue allí donde el comandante de París y sus alrededores recibió del cuartel general de Hitler la orden formal de defender la capital francesa hasta el último hombre y convertir la ciudad en «un montón de escombros». Choltitz no tenía ningún deseo de acatarla, actitud que le mereció el eterno agradecimiento de los parisinos; pero necesitaba que los Aliados llegasen pronto si quería rendirse a las fuerzas regulares. Si se demoraban y el Führer descubría hasta qué punto estaba aplazando la ejecución de sus instrucciones, no dudaría en hacer entrar en acción a la Luftwaffe.

Finalmente, aquella noche hubo un cambio de planes en el campo aliado. Un mensajero logró convencer a los oficiales del estado mayor del general Eisenhower de que sólo llegando a París de modo inmediato conseguirían evitar una terrible masacre y la posible destrucción de la ciudad. Eisenhower, que había desestimado el llamamiento de De Gaulle dos noches antes, acabó al fin por convencerse. Poco antes del anochecer, Leclerc recibió órdenes procedentes del general Ornar Bradley de avanzar cuanto antes hacia París. Los alborozados gritos de: *Mouvement sur París*!, supusieron una electrizante carga de ardiente dicha.

Al amanecer del día siguiente, miércoles, 23 de agosto, la 2e DB se puso en marcha, en dos columnas que seguían rutas paralelas y con la mayor velocidad que le permitía la intensa lluvia, en dirección este, desde Normandía hacia la Ile-de-France. El calor estival había cesado en el peor momento, y los tanques y camiones semioruga de la división se deslizaban en el firme resbaladizo de las carreteras. Leclerc iba en cabeza; le quedaban ciento cuarenta kilómetros para alcanzar Rambouillet, población situada en las cercanías de una línea de frente muy poco definida.

Al llegar allí esa misma tarde, los oficiales de su división se encontraron con una curiosa colección de soldados irregulares, de entre los cuales el más pintoresco era Ernest Hemingway. Oficialmente, Hemingway se encontraba en Francia en calidad de corresponsal de guerra de la revista *Collier's*, aunque estaba más interesado en representar el papel de soldado profesional. Se hallaba rodeado de algunos rufianes bien armados reclutados en la zona, y daba la impresión de querer recuperar las oportunidades que había perdido en España siete años atrás.

En el hotel del Grand Veneur, a la espera de que la 2e DB recorriese el último tramo que la separaba de la capital, se encontraban el coronel David Bruce, de la OSS (Office of Strategic Services), que en 1949 fue nombrado embajador de Estados Unidos en Francia; John Mowinckel, procedente de una unidad de operaciones del Estado Mayor de Inteligencia Secreta, y un alto cargo del servicio de espionaje gaullista, Michel Pasteau, cuyo nombre de guerra era *Mouthard.*

Hemingway y su grupo de *fifis* irregulares habían estado haciendo un reconocimiento de las rutas que llevaban a París durante los últimos días, bien

que sirviéndose de métodos muy poco sutiles. Los hombres, triunfantes, llevaron al hotel a un grotesco soldado alemán de corta edad, un rezagado capturado en un tramo no muy distante de carretera al que habían atado las manos a la espalda. Hemingway pidió a Mowinckel que lo ayudase a subir al prisionero a su habitación, donde podrían interrogarlo con facilidad al tiempo que se tomaban otra cerveza. «Voy a hacer que hable», aseguró. Llegados al dormitorio, el novelista pidió a su compañero que lo arrojase sobre la cama y añadió: «Quítale las botas. Vamos a chamuscarle los dedos de los pies con una vela».[38]

Mowinckel lo mandó a hacer puñetas antes de liberar al soldadito. Hemingway, sin embargo, sí que prestó a Mouthard una pistola automática para ejecutar a un traidor.

Otro de los que llegaron allí fue el comandante Airey Neave, del MI9, que tenía la intención de llegar a París cuanto antes para llevar a cabo una misión de castigo.[39] Buscaba a Harold Colé, sargento del Ejército británico que había desertado en la Francia septentrional en 1940. Más tarde se había unido a la Resistencia francesa y revelado al enemigo su principal vía de escape. A resultas de su traición, los alemanes arrestaron a ciento cincuenta personas, de las cuales fue ejecutado un tercio aproximadamente. Tras haber proporcionado este notable tanto a la Abwehr, Colé fue trasladado a la Gestapo de París, donde aún se las ingeniaba para atrapar a más miembros de la Resistencia.

Irwin Shaw, que más tarde escribiría *The Young Lions (El baile de los malditos)*, se presentó con su destacamento de fotógrafos de guerra, perteneciente al servicio de transmisiones del ejército. Shaw había presentado a su amante, Mary Welsh, a Hemingway poco antes del Día D, un encuentro que hizo que ella acabase convirtiéndose en la cuarta señora de Hemingway. (La tercera, la periodista y escritora Martha Gellhorn, había hecho que su marido montase en cólera al desembarcar en Normandía mucho antes que él.)

Los siguientes en llegar fueron un grupo de corresponsales de guerra estadounidenses. Sus componentes se mostraron resentidos al saber que Hemingway actuaba de comandante local de Rambouillet. Cuando el periodista de Chicago Bruce Grant hizo un comentario muy poco complaciente acerca de «el general Hemingway y sus maquis» el aludido no dudó en dirigirse a él para derribarlo de un golpe.[40]

Aquella tarde a las seis, el general De Gaulle se unió a Leclerc en el Château de Rambouillet, antigua residencia de los reyes de Francia. Mientras los soldados de la 2e DB se afanaban en el bosque guisando el rancho y, convencidos de que al día siguiente estarían en París, afeitándose con un esmero rayano en lo ritual, su comandante exponía su plan de ataque al jefe del gobierno provisional en uno de los salones del castillo. Acabada la explicación, De Gaulle reflexionó durante unos instantes para mostrarse al fin de acuerdo con sus propuestas. «Es usted un hombre afortunado», le aseguró, con la mente puesta en la gloria que tenían por delante.[41]

A la mañana siguiente, la del jueves, 24 de agosto, París comenzó su último día de sometimiento a la ocupación, mientras las dos columnas avanzaban para encontrarse con el enemigo. Varias figuras cruciales de la futura administración recibieron instrucciones de presentarse para trabajar. Jacques Charpentier, dirigente del cuerpo francés de abogados, emprendió el incierto camino que lo llevaba al Palacio de Justicia de la isla de la Cité a través de las barricadas y las baterías que atestaban la ciudad. Por el camino se topó con un golfillo de doce años que llevaba con aire ufano una pistola automática y unas botas arrebatadas a un oficial alemán muerto. El crío se convirtió en su guía y lo llevó de barricada en barricada hasta completar una ruta compleja pero efectiva.

El valor demostrado por los ciudadanos durante los días anteriores no disminuyó en absoluto. El pueblo respondió de inmediato cuando la radio anunció que la *mairie* del 11.er *arrondissement* estaba siendo víctima de un violento ataque a manos de los alemanes y que los defensores apenas contaban con munición, de tal manera que todo el que tuviese un arma debía acudir en su ayuda. Gracias a la infatigable labor de los trabajadores de las principales centrales telefónicas, el pueblo se vio en condiciones de hacer circular las noticias. Algunos soldados de la avanzada de Leclerc pedían a quienes encontraban en su marcha a través de aldeas o barrios periféricos de la capital que llamasen a los familiares que pudieran tener en París para ponerlos al corriente de su inminente llegada. Los habitantes de un distrito mantenían a los amigos que vivían en otro informados de todo lo que sucedía en el preciso momento en que ocurría. Las ventanas se habían convertido en palcos de teatro, si bien mucho más peligrosos, dado que muchos de los que se asomaban morían por causa de una bala perdida o al ser confundidos con francotiradores. En muchas ocasiones, si vivían solos, sus cadáveres permanecían en el suelo de sus casas para ser descubiertos tan sólo cuando el hedor de la descomposición alertaba a algún vecino.

Los que luchaban en París por la resistencia empezaron a oír los cañones de los carros de combate aliados. El grupo del capitán Dronne, una formación de tanques Sherman del 50l.er regimiento blindado y los camiones semioruga de *la nueve* habían llegado al barrio de Fresnes, desde donde se divisaba ya la torre Eiffel. Con todo, el combate había sido penoso debido a los cañones antiaéreos hábilmente camuflados que habían burlado a los exploradores de Hemingway y que causaron numerosas víctimas en las emboscadas que tendían a los carros Sherman de Leclerc.[42]

Tras dejar fuera de combate al destacamento alemán que tenía en su poder la prisión de Fresnes, Dronne recibió del coronel Billotte órdenes de retirarse y volver a unirse al eje principal del avance. Hecho una furia, el capitán hizo retroceder a su diezmado grupo. De camino, se encontró con el general Leclerc.

—¡Dronne! ¿Qué diablos está usted haciendo aquí? —quiso saber éste.

—*Mon general*, estoy siguiendo órdenes de replegarme.

—No, Dronne; diríjase a París y entre en la ciudad. No deje que nada lo detenga. Tome la ruta que quiera y diga a los parisinos y a los miembros de la Resistencia que no pierdan las esperanzas: mañana por la mañana estará con ellos la división al completo.

Dronne informó al punto a los comandantes de sus vehículos (tan sólo le quedaban tres tanques Sherman y once camiones semioruga) y emprendió la marcha.

Aquella misma tarde, el comandante estadounidense de Leclerc (montando en cólera al saber que la división francesa había cambiado el empuje principal de su avance a la derecha, donde estaba previsto que avanzaría para respaldarla la 4.ª División de Infantería de Estados Unidos) transmitió la orden dictada por el general Ornar a las tropas americanas para que se apresurasen a entrar en París, hubiesen llegado o no los franceses antes. Era evidente que ni De Gaulle ni Leclerc estaban dispuestos a reconocer el hecho de que la 2e DB se hallaba sometida a las órdenes de los Aliados.

Dado que contaba con el visto bueno de Leclerc, Dronne, guiado además por militantes de la Resistencia parisina que habían reconocido las rutas de acceso a la ciudad, estaba en condiciones de avanzar con rapidez a través de una red de calles secundarias y evitar así los puntos de resistencia de los alemanes. La pequeña columna de tanques Sherman, camiones semioruga y vehículos todoterreno necesitó una hora y media para alcanzar la plaza del Ayuntamiento (donde llegaron cuando estaban a punto de dar las nueve y media). Dronne descendió de su Jeep y echó un vistazo alrededor. Los alborozados defensores de la casa consistorial no dudaron en asirlo e introducirlo triunfantes en el edificio, entre gritos de: *Vive la France*!, y *Vive De Gaulle*! En el interior lo abrazó Georges Bidault, presidente del Consejo Nacional de la Resistencia.

Antes incluso de que Dronne cruzase el Pont d'Austerlitz en dirección a la margen derecha del Sena, los ciclistas se habían encargado de propalar la noticia de su llegada. La radio emitió un llamamiento a los sacerdotes para que comenzasen a doblar las campanas de sus iglesias. Un grupo de campaneros comenzó a tañer la de mayor tamaño de Nôtre-Dame. Entonces se fueron uniendo las demás, una tras otra, hasta que quedaron repicando las de toda la ciudad. Después de cuatro años de silencio, aquél se convirtió, para muchos, en el sonido más memorable de toda la guerra. El estampido ocasional de algún cañón pesado y las ubicuas notas de la *Marsellesa*, bien emitidas por la radio, bien cantadas de forma espontánea por los viandantes, hicieron que la liberación de París comenzara a sonar como la obertura *1812*.[43]

En los distritos más sofisticados, el alborozo resultaba menos espontáneo, lo que no sólo es aplicable a los apartamentos de los seguidores de Pétain que aguardaban sumidos en un lúgubre silencio los sucesos por venir, ni a los escondrijos cerrados a cal y canto de los que abogaban por un Nuevo Orden europeo pero habían decidido quedar rezagados y escuchaban en aquel

momento el regocijo del exterior preguntándose cuál era la suerte que les estaba reservada. Otro tanto puede decirse de quienes no habían abandonado en ningún momento una vida muy semejante a la que hacían antes de la ocupación, ajenos casi por completo a los avatares de la política. Si habían mantenido relaciones muy diversas con los alemanes durante aquel tiempo, éstas habían sido meramente sociales, y apenas habían pensado en ello.

Al oír las campanas, el general Von Choltitz telefoneó a su superior, el general Speidel, y sostuvo el receptor ante la ventana abierta de modo que pudiera hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo.

Mientras seguían golpeando los badajos, Albert Camus redactaba, en las oficinas del diario de la Resistencia *Combat*, rodeado por «un desorden y un júbilo enormes», un editorial que alcanzó gran fama: «la grandeza del hombre... radica en su decisión de ser más fuerte que su condición».[44]

Muchos pasaron la noche entusiasmados y expectantes. Las mujeres no dudaron en rizarse los cabellos y planchar sus vestidos. La mayoría tenía la intención de llevar la enseña tricolor de un modo u otro, ya en tablillas prendidas a las faldas, ya incluso en los pendientes. Otras confeccionaban banderas a partir de telas usadas con objeto de dar la bienvenida a sus libertadores franceses y estadounidenses a la mañana siguiente. Una amiga del escritor Julien Green pasó toda la noche trabajando en la elaboración de una bandera estadounidense, lo que, según decía, «no le resultó nada fácil debido a las estrellas que hubo de recortar de un vestido».[45]

A primera hora del día de la liberación, el viernes, 25 de agosto, comenzaron a agruparse multitudes de ciudadanos ante la Porte de Saint-Cloud. Había vuelto el buen tiempo. Un destacamento al mando del comandante Jacques Massu había tomado el Pont de Sévres durante la víspera, poco después de que Dronne llegara al ayuntamiento. Todo estaba listo para que el coronel Paul de Langlade avanzase a través del 16.° *arrondissement* hasta la plaza d'Étoile y la sede de la administración alemana, situada en el hotel Majestic.

El grupo del coronel Billotte fue el primero en entrar en París, y se encaminó a la Jefatura de Policía. Mientras tanto, el del coronel Dio se dirigía a la Porte d'Orléans. Tenía por objetivo los puestos fortificados de la Ecole Militaire, Les Invalides y el palacio Borbón, que albergaba la Chambre des Députés.

Cuando los ciudadanos vieron aparecer por vez primera los carros Sherman, los camiones semioruga, los GMC y los todoterreno de color verde oliva, dieron por hecho que los ocupantes eran estadounidenses. Luego pudieron ver que los vehículos llevaban la cruz de Lorena pintada sobre la silueta de un mapa de Francia y, si bien algunos de los soldados tenían cascos del Ejército de Estados Unidos, otros llevaban quepis, boinas negras francesas, cascos de piel propios de la dotación de un tanque o gorras cuarteleras de color negro azulado. Se sacó de los hospitales a ancianos y enfermos de tal modo que no se perdieran la liberación, y los padres levantaron a sus hijos en alto para que

pudiesen ver y no olvidaran nunca aquel día. Mientras la muchedumbre agitaba los brazos por darles la bienvenida desde las aceras, las jóvenes se encaramaban a los vehículos a fin de besar a sus libertadores. En muchos casos, las columnas habían de detenerse prácticamente ante el temor que invadía a los conductores de aplastar a la población civil bajo las ruedas. De cualquier modo, la dotación de los vehículos no veía razón alguna que le impidiese aceptar los besos o la desconcertante variedad de alcohol que se les ofrecía para celebrar la ocasión.

Poco después de las nueve, Jean Galtier-Boissiére recibió de súbito, en su librería de la plaza de la Sorbona, la noticia de la llegada de las tropas de Leclerc. Entonces corrió afuera con su esposa. «Una multitud vibrante rodea los tanques franceses envueltos en banderas y cubiertos de ramos de flores. Sobre cada carro, sobre cada coche blindado, al lado de los miembros de la dotación, vestidos con monos de mecánico de color caqui y gorras rojas de tamaño reducido, pueden verse arracimados muchachas, mujeres, niños *y fifis* con brazaletes. Los que abarrotan las calles aplauden, lanzan besos, saludan con el puño en alto y, a voz en cuello hacen partícipes a los vencedores del gozo de su liberación.»[46]

Cuando los vehículos se detuvieron en el *quai* fue mayor el número de mujeres jóvenes que subieron para besar a los soldados. Poco después llegó el momento de lanzar el ataque contra los puntos de resistencia alemanes dispuestos alrededor del palacio del Luxemburgo. Sonó un silbato; poco después lo siguió un grito: *Allons les femmes, descendez... On attaque le Sénat*! Las interpeladas descendieron, los artilleros y cargadores volvieron a introducirse en las torretas de los tanques Sherman, y la columna emprendió la marcha a través del bulevar Saint-Michel. Detrás caminaba toda una multitud de espectadores, que no perdía detalle mientras los carros tomaban posiciones. Entretanto, desde la otra dirección avanzaba, procedente de la estación de metro de Port Royal, el capitán De Boissieu, que acaudillaba el escuadrón de defensa del cuartel general de división. A él se unió el «batallón Fabien», integrado por los FTP que se habían prestado voluntarios para formar parte de su infantería. De Boissieu, joven oficial de caballería que diecisiete meses más tarde iba a contraer matrimonio con una de las hijas del general De Gaulle, nunca se había imaginado al frente de una unidad comunista. De cualquier modo, no tenía demasiado tiempo para pensar en semejante paradoja: había que detener el fuego de mortero procedente de los jardines del Luxemburgo con que el enemigo estaba atacando el bulevar Saint-Michel. Era evidente que los alemanes poseían un puesto de observación en la torre del reloj del Senado. Dos tanques giraron hacia ella sus cañones; instantes después de que dispararan, pudo ver a los observadores alemanes saltar en el aire para caer sobre el tejado.

A las dos y cuarto, los bomberos de París colgaron una colosal bandera tricolor del Arco de Triunfo, en la margen derecha del Sena, en tanto que la

columna blindada del coronel De Langlade llegaba a la plaza d'Étoile a través de la avenida Victor Hugo, perteneciente al 16.° *arrondissement*, haciendo sonar sus cadenas con gran estrépito. La muchedumbre que se agolpaba para presenciar el ataque al hotel Majestic de la avenida Kléber alentaba a sus miembros a gritos. Yves Montand y Edith Piaf se hallaban entre los que hubieron de echar cuerpo a tierra o refugiarse tras un árbol cuando comenzaron los disparos.

El asalto del Majestic fue algo casi mecánico, aunque no dejó por ello de ser confuso. Los defensores no eran precisamente tropas de élite, si bien, al igual que ocurrió con la mayor parte de la guarnición del Gross-Paris, los soldados se vieron «abandonados por sus oficiales ante una misión suicida».[47] La rendición estuvo envuelta en el caos: el pastor Boegner, líder protestante, vio a cuatro soldados alemanes con la cabeza descubierta, las chaquetas color gris de campaña desabotonadas y las manos levantadas y unidas en la nuca conducidos a punta de pistola a la plaza d'Étoile. Se decía que uno de ellos había disparado a un oficial francés después de que se hubiese izado la bandera blanca. Los cuatro fueron fusilados. «Chose atroce!», apuntó el religioso, quien no pudo hacer nada por salvarlos. Poco después, Edith Piaf detuvo a un joven *fifi* que se disponía a lanzar una granada al interior de un camión lleno de prisioneros alemanes.

Tras la caída del Majestic, que quedó envuelto en llamas, la multitud se congregó en el Arco de Triunfo para cantar la *Marsellesa* bajo la enseña tricolor de los bomberos. La lucha y el ambiente propio de una celebración del Catorce de Julio se hallaban «mezclados de un modo deslumbrante», anotó Boegner.[48]

Muchos de los soldados de Leclerc regresaban a su hogar después de haber pasado cuatro años alejados de sus familias. Una joven vislumbró de súbito a su esposo sobre un camión semioruga, pero quedó muda por la emoción. Afortunadamente, él la vio, aunque apenas podía creerlo. Marido y mujer corrieron a abrazarse, mientras los camaradas del primero, que como él estaban sucísimos y sin afeitar, se arracimaban a su alrededor para compartir la dicha de su reencuentro.

El objetivo más importante consistía en forzar la rendición del general Von Choltitz. Sólo entonces podría ponerse fin a la lucha en otras partes de París. El general se había negado a aceptar un mensaje en el que se exigía que se sometiera.

A la misma hora aproximada en que las tropas del coronel De Langlade lanzaban su ataque contra el Majestic, el grupo del coronel Billotte cerraba contra el hotel Meurice. Cinco tanques Sherman y una fuerza de infantería iniciaron la marcha a través de la calle de Rivoli hacia el edificio, cercano a la estatua dorada de Juana de Arco situada en la Place des Pyramides. A medida que se acercaban a su objetivo, comenzaron a avanzar hacia la columnata de la citada calle. La multitud los alentaba envuelta en una atmósfera de carnaval, que se trocó de un modo abrupto en cuanto empezó la lucha. Los

tanques alemanes de las Tullerías y la plaza de la Concordia fueron aniquilados, bien que en el intento cayeron cuatro carros Sherman. Tras una breve batalla cesó la oposición alemana. Dos oficiales franceses subieron a la habitación del general Von Choltitz y lo conminaron a rendirse.

La muchedumbre se abalanzaba hacia el coche en el que lo conducían a la Jefatura de Policía, donde había de firmar las capitulaciones, y algunos le lanzaban escupitajos. También fueron víctimas de agresiones los soldados alemanes que salían del cuartel general con las manos en alto, a quienes los circunstantes —sobre todo mujeres— hacían pedazos las ropas, las gafas y los relojes.

El acto formal de la rendición tuvo lugar en la sala de billar de la jefatura, ante la cúpula militar de la Resistencia. El coronel Rol-Tanguy anunció su voluntad de firmar, en calidad de comandante de las FFI parisinas, el documento junto con Leclerc. Su petición fue secundada por otros dirigentes, incluidos los no comunistas Chaban-Delmas y el coronel Lizé; de modo que Leclerc se vio obligado a acceder. Además, debido a una confusión, su firma quedó por debajo de la de Rol.

Tras la ceremonia, Leclerc se trasladó, acompañado de la mayoría de los que se hallaban presentes, incluido el general Von Choltitz, a la estación de ferrocarril de Montparnasse, donde había acordado encontrarse con De Gaulle. El dirigente del gobierno provisional llegó a las cuatro aproximadamente, mientras se preparaban las órdenes de Von Choltitz para que cesara el fuego en los últimos reductos alemanes. De Gaulle montó en cólera cuando le mostraron el acta de rendición y pudo observar la firma del coronel Rol-Tanguy estampada en el documento y, además, en primer lugar. Lo que más lo irritaba no era que Rol fuese comunista, sino que no tuviese un puesto oficial en el gobierno provisional ni en sus fuerzas armadas. Con todo, este hecho no le impidió felicitarlo por la actuación de sus hombres. Conocía de sobra el valor del mito que había surgido con el levantamiento.

Para el general, el simbolismo tenía una importancia crucial aquella tarde victoriosa. No se apresuró en absoluto a encontrarse con Bidault y los dirigentes de la Resistencia en el Ayuntamiento. Tras abandonar Montparnasse, lo primero que visitó fue el Ministerio de Defensa, sito en la calle Saint-Dominique, que había pertenecido a sus propios dominios en 1940, antes de que interviniera la usurpación de Pétain y sus seguidores. Sus memorias describen lo poco que había cambiado el lugar desde entonces: «No se había modificado un solo mueble, ni tan sólo un tapiz o una cortina. El teléfono seguía en el mismo lugar del escritorio en que lo había dejado, y bajo los botones podían verse los mismos nombres, sin que hubiese cambiado uno solo».

Entonces se dirigió a la Jefatura de Policía para ver a Alexandre Parodi y a Charles Luizet. Fue recibido por una nutrida concurrencia y la banda del cuerpo de bomberos de la ciudad, que tocaba, bajo la dirección del tambor

mayor, himnos patrióticos. Finalmente, poco después de las ocho de la tarde, cruzó a la margen derecha, al Ayuntamiento, donde lo esperaban Georges Bidault y el Consejo Nacional de la Resistencia.

Allí, en la gran sala, pronunció uno de los discursos más emotivos de su vida: «¡París! París ultrajado, París destruido, París martirizado...; pero París... ¡liberado! Liberado por sí mismo, liberado por su pueblo, *con* [la participación del Ejército de Francia, con el respaldo y] la participación de toda Francia; es decir, de la Francia que lucha; es decir, de la verdadera Francia, de la Francia eterna».[49]

Con todo, muchos miembros de la Resistencia sintieron que había un aspecto en el que el general no se había mostrado lo bastante conmovedor. «Se echa en falta un mayor grado de comprensión —escribió en su diario uno de ellos—. Este discurso [resulta] breve, autoritario e impecable. Muy bien elaborado, perfecto; de cualquier manera, tenía que haber dado las gracias al CNR y a Alexandre [Parodi], que tanto han dado de sí mismos.»[50]

Cuando De Gaulle puso punto final a su intervención, Bidault le pidió que proclamase la república ante la muchedumbre que lo esperaba abajo; pero el general se negó a hacerlo. Debida en buena medida a su deliberada *hauteur*, esta conversación se ha descrito a menudo como un crudo desaire a Bidault y los demás dirigentes de la Resistencia. El propio Bidault contribuyó más tarde a crear el mito de una gran escisión.

En realidad, lo único que deseaba De Gaulle era recalcar de nuevo su convencimiento de que el régimen de Pétain había constituido una aberración ilegal. Rene Brouillet, *chede cabinet* de Bidault, que se hallaba de pie detrás de otras dos personas cuando se hizo el famoso ruego, recuerda claramente el enfrentamiento: «La petición de Georges Bidault era la propia de un profesor de historia que tuviese impresa en su memoria la proclamación de la república desde el balcón del *hotel de ville* en 1848 y 1870. En consecuencia,... solicitó con toda naturalidad al general De Gaulle que hiciera otro tanto, y el general, con no menos desenvoltura, respondió: "Pero ¿por qué tendríamos que proclamar la república si no ha dejado de existir en ningún momento?"».[51]

Sea como fuere, lo cierto es que De Gaulle consistió en dirigirse al pueblo. El «balcón» del ayuntamiento es más bien una imponente balaustrada que añade importancia a la ventana principal. El general salió al exterior y levantó sus interminables brazos para hacer el signo de la victoria a la multitud congregada al pie del edificio. La respuesta fue tumultuosa.

El general Koenig, nuevo gobernador militar de París, invitó a los oficiales de la 2e DB a cenar en Les Invalides. Antes de que entrasen, detuvo al capitán De Boissieu en el patio y le comunicó con un gesto amplio: «¿No es extraordinario, Boissieu, haber liberado París sin destruir sus maravillas? Todos los puentes, los grandes edificios y los tesoros artísticos de la capital están intactos».

El último invitado en llegar fue el comandante Massu, que aún llevaba el uniforme sucio de la batalla, lleno de manchas grasientas. Sacó su pañuelo, lo

agitó, lo extendió con cuidado sobre su asiento tapizado del siglo XVII y se sentó a la mesa.

Por todo el centro de París había libertadores reunidos en torno a una mesa para celebrar la victoria con una cena. Cuando el coronel David Bruce y Ernest Hemingway entraron en el vestíbulo del Ritz seguidos del Ejército privado, el hotel tenía el aspecto de estar desierto; sin embargo, no hubo de pasar mucho tiempo antes de que apareciese Claude Auzello, su director. Enseguida reconoció a los dos recién llegados de los días de preguerra. Bruce, que contaba a la sazón cuarenta y seis años y había entablado amistad con F. Scott Fitzgerald en Princeton, había pasado buena parte de su juventud en Europa, desde que prestó servicio militar en Francia a finales de la primera guerra mundial hasta 1927, año en que regresó a Estados Unidos.

El «imperturbable» monsieur Auzello quiso saber qué podía hacer por ellos, y ellos volvieron la vista para contar por encima a los hombres que se agolpaban a sus espaldas y respondieron que querían cincuenta cócteles martini. Según reflejó Bruce en su diario, «no eran del todo buenos, ya que el *barman* había desaparecido; pero la cena que los siguió era soberbia».[52]

Todo parece indicar que aquella noche, por una vez en la historia, los soldados se divirtieron más que sus oficiales. Lo que Simone de Beauvoir describió como «une débauche de fraternité» durante el día se tornó *une débauche tout court* tras la caída de la tarde.[53] Pocos fueron los soldados que durmieron solos aquella noche.

El comandante Massu escribiría más tarde que prefería correr un velo sobre lo que se encontró al regresar de la cena celebrada en Les Invalides para encontrarse de nuevo con su batallón, acampado alrededor de la tumba del soldado desconocido del Arco de Triunfo. De hecho, eran tantos quienes se entregaban a los actos sexuales que cierto grupo católico comenzó a distribuir panfletos impresos a toda prisa y dirigidos a las jóvenes parisinas: «No malgastéis vuestra inocencia llevadas del regocijo de la liberación: pensad en vuestra futura familia».

De cualquier manera, no todo el mundo se hallaba en las calles con la intención de saborear una nueva era de libertad: a través de una ventana abierta, el pastor Boegner pudo ver a una vecina, una dama anciana, sentada a su mesa mientras jugaba, como cada noche, al solitario.

5 París liberado

París amaneció con un extraño aire de calma el día que siguió a la batalla. Para los que salieron temprano con la intención de inspeccionar la ciudad (pertenecientes sobre todo a la generación de edad más avanzada, por cuanto los jóvenes dormían la resaca provocada por los excesos de la noche, al tiempo que descansaban de la fatiga acumulada durante la última semana), los vestigios del enfrentamiento daban fe, a ojos vistas, de la realidad de la situación.

Durante la toma del hotel Meurice, la grandiosa fachada del Ministerio de Marina, situado en el lado septentrional de la plaza de la Concordia, había perdido algunas de sus gigantescas columnas. La extensión de la plaza hacía que incluso los tanques calcinados pareciesen pequeños. Poco más allá, en los jardines de las Tullerías, podía verse la carrocería carbonizada y aún humeante de un tanque Tiger.

Al otro lado del río, en el exterior del Ministerio de Asuntos Exteriores, descansaba otro carro de combate quemado (un Sherman de la 2e DB, en esta ocasión), en cuyo lateral podía leerse, escrito con tiza: *leí sont morts trois soldáis Français*. Sobre su renegrida estructura se habían depositado ya algunas flores, que tampoco tardaron en aparecer en las esquinas de las calles o el exterior de las *portes cocheres* allí donde las víctimas no habían logrado ponerse a salvo. Al pasar por allí, los transeúntes se detenían a menudo para rodear el lugar con cuidado como acostumbra hacerse en los cementerios. Se trataba de un recordatorio a aquellos que no habían vivido para ver París libre de nuevo.[54]

Eran muchas las zonas que habían sufrido las consecuencias de la batalla: el palacio del Luxemburgo y sus alrededores, el Campo de Marte, el palacio Borbón, la isla de la Cité y la plaza de la República. No obstante, tal como observó el general Koenig, el azar había querido que la destrucción de los edificios resultase increíblemente limitada. El Grand Palais, aquella ballena varada de la *belle époque*, quedó reducido a poco más que su esqueleto; pero el resto de los edificios principales de la ciudad pudo ser restaurado.

En los cafés del bulevar Saint-Michel, los cristales quebrados por agujeros de bala quedaron sin reparar a causa de una mezcla de orgullo y economía. Los escaparates de los comercios que habían resultado dañados en la contienda no habían tardado en taparse con tablas, y, de cualquier modo, los habitantes comenzaban a retirar las celosías de cinta adhesiva que cubrían sus propias ventanas con el convencimiento de que había pasado el peligro de que las rompiera una explosión, a pesar de que la artillería alemana, apostada en Le Bourget, las tenía a tiro.

Muchos, y sin lugar a dudas los libertadores del día anterior, se encontraban

mareados por haber estado copulando o bebiendo al son de incansables brindis. David Bruce anotó que había sido imposible rehusar las botellas que les ofrecía una población civil que las había atesorado casi como reliquias en espera del momento de la liberación. «La combinación bastaba para destrozar la constitución de cualquiera —escribió—. En el transcurso de la tarde, bebimos cerveza, sidra, burdeos y borgoña, blancos y tintos, champán, ron, coñac, armagnac y calvados.»[55]

Si el día de la liberación había pertenecido a las FFI y a los hombres de Leclerc, el sábado, 26 de agosto estaba destinado a ser el del triunfo de De Gaulle.

El general Gerow, superior estadounidense de Leclerc, puso, sin embargo, la nota discordante. Aún estaba furioso con la forma en que habían hecho caso omiso de sus instrucciones los franceses durante los días anteriores, por lo que emitió una orden por la que prohibía a la 2e DB que participase en las celebraciones de la victoria. Con todo, la ciudad aún no estaba por entero libre del enemigo; por ende, De Gaulle necesitaba a los hombres de Leclerc a fin de garantizar la seguridad y el orden público. Los *miliciens* de Vichy no atendían al alto el fuego del general Von Choltitz, y siempre quedaba la posibilidad de un contraataque lanzado desde el norte por otras fuerzas alemanas.

A primeras horas de la tarde convergieron en el centro de París nutridos grupos de civiles a pie, de los cuales muchos procedían de los barrios periféricos de la capital, y en algunos casos habían recorrido distancias de más de una docena de kilómetros. La multitud que se congregó bajo el sol a ambos lados del camino que llevaba del Arco de Triunfo a Nôtre-Dame superaba en gran medida el millón de personas.[56] A fin de obtener mejores vistas, la gente se había arracimado en las ventanas de los edificios que flanqueaban aquella ruta. Los jóvenes, por su parte, no dudaban en subirse a los árboles o las farolas. Ni siquiera los tejados se libraban de la aglomeración. París no había visto nunca semejante afluencia. Muchos de sus ciudadanos lucían enseñas tricolores de fabricación casera.

A las tres llegó De Gaulle al Arco de Triunfo, donde lo esperaban todas las figuras de mayor relevancia: Parodi, Luizet, Chaban-Delmas, Bidault y los demás miembros del Consejo Nacional de la Resistencia: el almirante D'Argenlieu y, por supuesto, los generales Juin, Koenig y Leclerc.

El dirigente del gobierno provisional respondió al saludo del Régiment de Marche du Tchad, cuyos militantes se hallaban de pie en sus vehículos, detenidos en la plaza d'Étoile. Bajo el Arco de Triunfo, volvió a encender la llama que había ardido sobre la tumba del soldado desconocido hasta junio de 1940, cuando los alemanes entraron en la ciudad. Entonces, precedido de cuatro de los tanques Sherman de Leclerc, echó a caminar por los Campos Elíseos en dirección a la plaza de la Concordia.

Detrás del grupo oficial, henchido por numerosos funcionarios que ansiaban demostrar su pertenencia al conjunto de los resistentes, se arracimaba un nutrido grupo de la milicia de las FFI y de espectadores que habían decidido

unirse a ellos, cantando y repartiendo abrazos a medida que avanzaban.

De cuando en cuando, De Gaulle levantaba los brazos para agradecer los vítores, que a cierta distancia sonaban como el rugido atronador del mar que se estrella contra las rocas. «En aquel momento —escribió en sus memorias— tuvo lugar uno de esos milagros de conciencia nacional, uno de esos gestos de la propia Francia que en ocasiones han venido a iluminar nuestra historia a través de los siglos.»[57]

Sin embargo, no todos aclamaban a De Gaulle: en la multitud debía de haber también seguidores de Pétain, dada la cantidad de personas que habían ovacionado al mariscal hacía tan sólo cuatro meses. Por su parte, los comunistas no podían contener un esporádico: *Vive Maurice*!, en honor a Thorez, quien se hallaba aún en Moscú, donde había permanecido desde el momento en que desertó del Ejército francés por orden de Stalin al estallar la guerra. Simone de Beauvoir, que había acudido al Arco de Triunfo con Michel Leiris, puso, más tarde, especial cuidado en el modo en que describió las muestras de aprobación que dio aquel día: «Mezclados entre la ingente multitud, no aclamábamos un desfile militar, sino un carnaval popular, tan desorganizado como magnífico».[58] Jean-Paul Sartre esperaba, en un lugar mucho más avanzado de la marcha, para observar el acto desde un balcón del hotel del Louvre.

La escolta de De Gaulle, precedida a buena distancia por coches de policía y por cuatro tanques más cercanos, se incrementó por la acción de grupos de las FFI que en buena parte se habían agregado por iniciativa propia. En la plaza de la Concordia se unió a ellos un pelotón del grupo de resistencia conocido como «ejército judío». Sus miembros vestían uniformes tomados de la Milice a los que, para contrarrestar, habían añadido brazaletes tricolor. Poco después de que De Gaulle hubiese subido a un coche abierto a fin de recorrer los últimos dos kilómetros que lo separaban de Nôtre-Dame se inició el tiroteo. Hasta el día de hoy, nadie sabe si fue un intento serio de asesinato, una provocación o tan sólo el resultado de tal aglomeración de personas armadas, demasiado tensas y con poca experiencia.

En la plaza de la Concordia y la calle de Rivoli, la multitud se lanzó a tierra o se parapetó tras los vehículos blindados de la división de Leclerc. Un hombre llegó incluso a levantar su bicicleta por encima de la cabeza a modo de escudo. Nadie sabía de dónde procedían los disparos, lo que hizo que cundiera el pánico. *Los fifis* comenzaron a disparar a los tejados y las ventanas. A Jean-Paul Sartre, asomado al balcón del hotel del Louvre, le llegó la bala de *un fifi* irreflexivo que lo tomó por un francotirador de la Milice. (Jean Cocteau, que observaba la escena desde una ventana del hotel Crillon, aseguró de modo muy poco convincente que un disparo partió «por la mitad» el cigarrillo que tenía en la boca.)[59] El funcionario más veterano del Ministerio de Hacienda murió abatido en la ventana de su despacho. En los alrededores de la plaza de la Concordia y la calle de Rivoli cayó al menos una docena de personas.

Durante el resto del día se enseñorearon de la zona vehículos Citroën negros de tracción delantera con las iniciales de las FFI embadurnadas en el techo y los laterales, que recorrían el lugar a una velocidad suicida y se detenían tan sólo para disparar a tejados y ventanas. Otros automóviles requisados por la Resistencia llevaban hombres provistos de fusiles tumbados en el guardabarros o de pie en los estribos. «Los héroes se multiplicaban —escribió Galtier-Boissiére—. El número de los que se habían alistado a la Resistencia a última hora, armados de pies a cabeza y cubiertos de cananas al estilo mexicano, no era nada despreciable.»[60]

De Gaulle, mientras tanto, fingía no oír los disparos. El coche abierto en que se encontraba siguió avanzando por la calle de Rivoli hasta el Ayuntamiento, donde esperaba la Garde Républicaine, a la que habían hecho formar en orden de revista. Tras una breve pausa, cruzó el Pont d'Arcole en dirección a Nôtre-Dame.

En el exterior de la catedral se echaba en falta, entre los congregados para darle la bienvenida, a monseñor Suhard. Había querido estar presente, pero su persona no era precisamente bien recibida entre los gaullistas y la Resistencia: en agosto de 1942, durante la ceremonia de bendición, había insistido en dar la absolución en la ceremonia de bendición al cuerpo de voluntarios franceses que partió para respaldar a la Wehrmacht en Rusia. En abril de 1944 dio la bienvenida a Pétain cuando éste visitó París, y a tan sólo dos meses de la liberación había honrado el funeral de Philippe Henriot con gran pompa y ceremonia. El difunto, asesinado por la Resistencia, había sido ministro de Información del régimen de Vichy al tiempo que un activo propagandista de la causa nazi.

El tiroteo se reanudó en el preciso instante en que De Gaulle entró en Nôtre-Dame. Los grupos de las FFI que se hallaban en el exterior comenzaron a disparar a las torres. Los miembros del pelotón judío se centraron en la septentrional, mientras que, en el interior, los policías y soldados que trataban de proteger al general levantaban sus armas para apuntar a los huecos y las bóvedas de la catedral. Se produjeron algunos disparos, que desprendieron trozos de piedra. Los presentes, que se habían lanzado al suelo, intentaron esconderse tras los pilares e incluso tras los bancos. De Gaulle se desentendió de la confusión y avanzó por el pasillo central en dirección al altar mayor, en el que debía celebrarse la misa.

Malcolm Muggeridge, oficial del Servicio de Inteligencia británico que había llegado a París a altas horas de la noche anterior, describió así el conjunto de lo sucedido: «El efecto fue fantástico. Quienes componían la numerosa congregación, de pie minutos antes, se lanzaron de bruces al suelo, con la sola excepción de una figura solitaria, semejante a un gigante recoleto. Se trataba, claro está, de De Gaulle. Desde entonces, fue así como lo vi en todo momento: altísimo y solo, con los demás postrados ante él».[61] Hubo otros que permanecieron en pie, como es el caso de Alexandre Parodi; sin embargo, todas las miradas estaban clavadas en el general, que se mostraba

majestuoso, calmado e intocable.

El incidente hizo a De Gaulle reafirmarse en su determinación por desarmar a las FFI en cuanto se presentara la menor oportunidad: era imposible dudar de que representaban para la seguridad pública un peligro mayor que lo que pudiese quedar de cualquier «quinta columna» o grupo de *miliáens*. Este tipo de disturbios suponía una doble amenaza. «El orden público es una cuestión de vida o muerte —hizo saber pocos días después a cierto visitante que había acudido a la calle Saint-Dominique—. Si no lo restablecemos por nosotros mismos, acabarán por imponérnoslo los extranjeros.»[62] Da la impresión de que, en aquellos momentos, las fuerzas armadas estadounidenses y británicas se consideraban más «extranjeras» que aliadas.

A las once y media, en el transcurso de una segunda noche de celebración, sonaron las sirenas antiaéreas: la Luftwaffe pretendía desquitarse atacando la ciudad y bombardeándola al azar. En la incursión resultó seriamente dañado un hospital, así como los almacenes de licor de Les Halles des Vins. El resplandor naranja que se recortaba sobre el cielo nocturno podía verse desde cualquier punto de París.

El día de la liberación parecían haber convergido todos los comunistas franceses en la sede del partido, situada en el número 44 de la calle de Pelletier y conocida en todo momento como «le 44». Los que habían salido de prisión merced a los libertadores se presentaron en el edificio de seis plantas en busca de noticias, y muchos de ellos acudieron a uno de los cafés cercanos con la esperanza de descubrir quién había sobrevivido a aquellos años terribles y quién no. La entrada estaba cubierta de sacos terreros que constituían el legado de los últimos ocupantes de aquella construcción: la Milice.

Seis días más tarde, Jacques Duelos, diputado y suplente de Thorez, convocó una reunión del comité central del partido.

Aquella noche tan sólo acudieron veinte miembros, entre los que se incluía el profesor Joliot, el científico que había fabricado los cócteles Molotov en la Sorbona. Se habían dispuesto cuatro mesas formando un rectángulo, «como en un banquete de bodas», presididas por el comunista veterano Marcel Cachin. Tras su cabeza se hallaba una lista, ornada de forma ostentosa con banderas tricolor, de los miembros del comité que había «muerto por Francia». Desde otra pared los observaba una fotografía de Stalin.[63]

Los que compartían con Duelos el triunvirato del Partido Comunista francés durante la guerra eran Benoít Frachon, que demostraría ser un hábil dirigente del movimiento sindical durante la posguerra, y Charles Tillon, hombre inflexible e ingenioso que había ejercido de cabecilla real de la Resistencia comunista durante la ocupación. Duelos tenía miedo de la influencia de este último, por lo que no descansó hasta convertirlo en uno de sus ministros en el gobierno de De Gaulle: esto limitaría su libertad de acción al tiempo que lo desplazaba del verdadero centro de poder en el interior del propio partido.

Al enfrentarse a sus colegas, Duelos se encontró en una posición embarazosa. Ahora sabemos que fue él quien dirigió en 1940 el acercamiento a las autoridades alemanas para apelar al pacto nazi-soviético y negociar así la reaparición de *L'Humanité*, periódico del partido, y la liberación de prisioneros comunistas. A cambio, había ofrecido hacer que Francia funcionase de nuevo. Tillon se había burlado a la sazón de la idea de que los comunistas franceses fuesen a recibir un tratamiento preferente: «¡Maldita sea! ¿De verdad crees que en París os van a considerar rusos los alemanes?».[64]

Duelos era un hombre pequeño, casi risible a los ojos de alguien como Tillon. Las gafas redondas que sostenía su redondo rostro lo hacían parecer un pequeño burgués complaciente; aunque su impenetrable sonrisa y sus ojillos inteligentes daban a entender el porqué de su formidable condición de superviviente: sabía bien que quien siguiese de un modo fiel la línea del partido acabaría por ganar, y Stalin no deseaba que la liberación desembocara en una revolución.

Duelos no podía imponer la disciplina del partido hasta que De Gaulle garantizase a Thorez una amnistía por haber desertado en los albores de la guerra y le permitiera regresar de Moscú. Por el momento, el general ni siquiera se molestaba en responder a los telegramas de Thorez y se limitó a hacerle llegar un mensaje a través de su representante en la capital soviética por el que aseguraba que cualquier retraso era responsabilidad de los británicos.

La razón que llevaba a Stalin a aplicar en Francia una política no revolucionaria era bien sencilla: no quería problemas con los estadounidenses ni los británicos, cuyo respaldo material al Ejército Rojo seguía siendo vital hasta la derrota final de Alemania.

En tanto que Tillon y sus seguidores querían mantener la resistencia armada a modo de herramienta de cambio político, Duelos aceptaba la política del Kremlin en lo referente a evitar choques con De Gaulle y los Aliados. El partido, empero, podía aún aumentar su poder instalando a sus propios candidatos en puestos clave siempre que fuera posible. Un modo de conseguirlo consistía en encabezar el llamamiento en favor de la justicia popular contra los traidores para después, en el transcurso de las purgas resultantes, acusar de colaboradores a personajes anticomunistas y sustituirlos por miembros del partido. Cada vez llegaban de toda Francia más informes de masacres de última hora perpetradas por los alemanes, y aunque también se habían dado casos de oficiales de la Wehrmacht que habían dejado libres a los prisioneros políticos, éstos recibieron una atención menor en una época de noticias espeluznantes.

El 1 de septiembre, la prensa francesa y extranjera recorrió las cámaras de tortura que la Gestapo había instalado en la rué des Saussaies, inmediatamente detrás del Ministerio del Interior, situado en la plaza Beauvau. *L'Humanité* lanzó una campaña implacable en la que hizo cuanto estaba en sus manos por

explotar al máximo diversos relatos de masacre y tortura. En ellos se daba a entender que el régimen de Vichy y sus funcionarios habían estado implicados en cada uno de los crímenes, de un modo directo, indirecto o bien por asociación.

Los que llegaban al París liberado se disponían a buscar a sus viejos amigos. Uno de los primeros lugares que visitó Hemingway fue el domicilio de Sylvia Beach, sito en el número 12 de la rué de l'Odéon. La tristeza lo invadió al saber que los alemanes la habían obligado a cerrar para siempre su librería, Shakespeare & Company, lo que había puesto fin a una parte relevante de la vida de la orilla izquierda expatriada. Con todo, ella al menos había logrado sobrevivir después de pasar seis meses en un campo de internamiento.

Los parroquianos de los cafés de Saint-Germain-des-Prés ponían en común las experiencias vividas durante la guerra o se informaban de acontecimientos a los que no habían podido acceder por acción de la censura o la distancia. Raymond Aron describió el bombardeo de Londres, aunque aún habían de desenterrarse historias mucho peores, como la de la sublevación de Varsovia o los primeros rumores acerca de los campos de la muerte.

Algunos reaparecieron encarnando papeles que resultaban, cuando menos, asombrosos. Así, no faltaban los antisemitas de derecha a los que sobraban los relatos acerca de judíos o comunistas a los que habían librado de la Gestapo. Entre los miembros de lo que se conoció en tono burlón como los RMA (Resistentes del Mes de Agosto) se encontraban personajes que, tras haber denunciado a sus conciudadanos ante los alemanes, hacían otro tanto con sus compañeros colaboracionistas con tal inquina que pocos eran los que se atrevían a alzar la voz en su contra.

Aquél fue un tiempo propicio para entablar nuevas amistades. Camus presentó a Sartre y a Simone de Beauvoir al padre Bruckberger, capellán de las FFI, al que encontraron ataviado con su hábito blanco de dominico, fumando en pipa y bebiendo un ponche corrosivo en la Rhumerie Martiniquaise. También conocieron al escritor Romain Gary y a Lise Deharme, poetisa cuyo salón frecuentaba lo que quedaba del movimiento surrealista. Los soldados negros estadounidenses eran objeto de calurosas bienvenidas en Saint-Germain por parte de parisinos hambrientos de jazz, y el calor del recibimiento llevaba a muchos de ellos a plantearse la posibilidad de permanecer en Europa en lugar de regresar a Estados Unidos.

Aquélla fue también una época favorable al debate, las ideas y la conversación. Jean Cocteau y sus amigos concedían audiencia en el bar del hotel Saint-Yves, sito en la calle Jacob, donde el primero, al igual que Picasso, era célebre por sus monólogos. «[L]a palabra hablada era su lenguaje, y la usaba con la virtuosidad de un acróbata.»[65]

Asimismo, fue un tiempo de banquetes y hambruna. Las ansias de tabaco, apenas mitigadas por los paquetes de Camel que lanzaban los Jeep al pasar, resultaban más evidentes que la visión de un tórax esquelético. El pueblo

desenterraba boquillas de los años veinte a fin de poder fumar sus cigarrillos hasta el último miligramo de nicotina. La fotografía que hizo Brassaí de Dora Maar, musa de Picasso durante la guerra, muestra la ceniza de su pitillo a tan sólo un milímetro de la boquilla. El mercado negro aprovechó la situación para hacer su agosto. Por la noche, la estación de metro de Strasbourg-Saint-Denis se encontraba «llena hasta la bandera de tipos que te susurraban con la boca torcida cuando pasabas a su lado:" ¿Chocolate? ¿Tabaco? ¿Gauloises? ¿Cigarrillos ingleses?"».[66]

A despecho de la destrucción de Les Halles des Vins, aún quedaba disponible una milagrosa reserva de alcohol barato que permitió que la liberación se viese seguida de toda una serie de celebraciones frenéticas. *Les Lettres Françaises*, publicación surgida en respuesta a la toma por parte de la derecha de la gran revista literaria *La Nouvelle Revue Française*, organizó un cóctel presidido por la «pareja real» comunista: Louis Aragón y Elsa Triolet. Las Éditions de Minuit, que habían sido objeto de gran admiración por la publicación de libros como *El silencio del mar*, de Vercors, y el *Cahier noir* de Frangois Mauriac, ofrecieron una fiesta en Versalles, donde se representó una obra de La Fontaine. Pocos de los invitados llevaban ropas elegantes, tanto por necesidad como por una cuestión de gusto. Simone de Beauvoir tenía un sencillo vestido negro reservado para las grandes ocasiones, pero Sartre raras veces se desprendía de su ajada chaqueta de leñador.

Lo que, sin embargo, recordaban con más claridad de París los soldados estadounidenses eran las jóvenes que montaban en bicicleta haciendo bailar sus breves faldas. Galtier-Boissiére no pudo menos de percatarse de que «las cortas faldas ribeteadas dejaban generosamente al descubierto muslos rosados».[67] Estas prendas cortas y holgadas para montar en bicicleta estaban confeccionadas de retales, bien que incluso éstos podían variar en calidad. Así, Simone de Beauvoir observó que «*les elegantes* usaban pañuelos de rica seda, mientras que en Saint-Germain-des-Prés nos las arreglábamos con estampados de algodón».[68]

El cabello largo recogido en alto, por encima de la frente, constituía una respuesta a las restricciones de luz, toda vez que los cortes eléctricos constantes hacían que el ramo de la peluquería recurriese a menudo a los peinados hacia atrás. Lee Miller fotografió a un par de ciclistas que pedaleaban con furia en un tándem conectado a una dinamo a fin de proporcionar corriente a los secadores del piso de arriba. Más ingeniosos aún resultaban los zapatos de suela de madera, con tapas articuladas para evitar la rigidez propia de los zuecos. (Los alemanes habían requisado las existencias de cuero para proveer a la Wehrmacht.) El ruido que producía el calzado al golpear el pavimento se convirtió en uno de los sonidos más evocadores de los años de guerra. Una de las canciones de Maurice Chevalier se titulaba precisamente *La symphonie des semelles de bois.*

Durante la liberación, Chevalier centró todos sus esfuerzos en *Fleur de París*, pieza impregnada de un patriotismo sentimental que el cantante

esperaba a todas luces que lo ayudase a *se dédouaner* (pasar la «aduana» en forma de comités de depuración) por haber actuado para Radio-Paris, emisora dirigida por los alemanes, entre otras acusaciones.[69] Tanto él como Charles Trenet y Suzy Solídor, propietaria de sala de fiestas, formaban parte de la lista negra, en tanto que Tino Rossi se encontraba encerrado en la prisión de Fresnes. Suzy Solidor se dedicó a visitar a los editores de diarios para convencerlos de que había trabajado para la Resistencia y que contra ella no pesaba más acusación que la de haber cantado *Lili Marlene* en una época en la que constituía un gran éxito entre las tropas británicas.

Ni siquiera Edith Piaf se libró de ser sospechosa, por cuanto, al igual que Chevalier, había ido a Alemania a cantar a los prisioneros franceses. De cualquier modo, en ningún momento había respaldado el régimen de Pétain, a diferencia de aquél, que se había quitado el canotier para beberse una botella de

Vichy a modo de muestra de lealtad ante los periodistas en la sesión fotográfica más insensata de toda su carrera.

El historial de Joséphine Baker, sin embargo, era impecable en este sentido. De Gaulle llegó incluso a escribir el prefacio del libro que acerca de sus hazañas escribió el comandante Jacques Abtey: *La Guerre Secrete de Joséphine Baker*. El general asistió asimismo al primer concierto que dio en París tras la liberación. La bailarina había regresado a Francia con el 1.er ejército del general De Lattre y se dirigió a París con la intención de ver a sus amigos y demostrar que los informes que la daban por muerta eran prematuros. En noviembre celebró en el Paramount una gala para la organización benéfica de las fuerzas aéreas francesas. Allí interpretó *Parts chéri*, una de las últimas canciones que había escrito para ella Vincent Scotto. De la música se encargó la orquesta de Jo Bouillon, con quien la Baker se casaría poco después.

Malcolm Muggeridge acudió de uniforme con un hermano suyo oficial a un cabaré bien diferente de la orilla izquierda, atestado de gente y cargado de humo. «El diminuto escenario estaba iluminado por la sola luz de algunas velas temblorosas. Allí recitaba un hombre calvo por completo y con el rostro ancho y triste de un payaso un monólogo en el que repasaba todas las calamidades por las que había pasado desde la llegada de los alemanes a París. "Et maintenant —concluyó con un gesto de infinita aflicción que luchaba por dar paso a una sonrisa sarcástica—. Et maintenant, nous sommes liberes!" La concurrencia expresó su aprobación con un rugido al tiempo que nos miraba a Tevor y a mí con curiosidad. De alguna manera, se trataba del comentario más perfecto que podía hacerse sobre la situación.»[70]

6 La odisea de los exiliados

La sonora aclamación con que fueron recibidos De Gaulle y la liberación del país ayudó a pensar que la Francia de Vichy se había desvanecido, casi como si no hubiese existido nunca. La capital vivía un final propio de cuento de hadas para una historia desagradable, que contribuyó a aplacar las profundas heridas sufridas por el orgullo nacional y a promover la idea de una legitimidad republicana.

La lenta muerte del régimen de Vichy no fue más que la grotesca realización de su autoengaño. Los patriotas que habían secundado al anciano mariscal en 1940 se dieron cuenta en 1944 de que su sendero de colaboracionismo había sido el sendero del deshonor y la humillación a manos de la potencia ocupante, en tanto que las facciones germanófilas en liza —las de Pierre Laval, Marcel Déat, Jacques Doriot y Joseph Darnand, jefe de la Milice— descubrieron al fin que distaban mucho de disfrutar de igualdad con respecto a sus coligados del Nuevo Orden europeo. Los nazis los habían despreciado al usarlos simplemente para sus propios fines. Cuando los Aliados irrumpieron en Normandía, el éxodo de los que eran vulnerables a las represalias de la Resistencia se sumó a la huida de los funcionarios alemanes del 17 de agosto. El diario colaboracionista *Je Suis Partout* («Estoy en todas partes») pasó entonces a conocerse con el burlesco *Je Suis Partí* («Me he ido»).

Los odios y sospechas mutuos que se profesaban los miembros de la extrema derecha francesa y germana se tornaron más ponzoñosos a medida que se acercaba la derrota de la Alemania nazi. Una de las primeras víctimas fue Eugéne Deloncle, jefe de la Cagoule de preguerra. El 7 de enero de 1944 llegó la Gestapo a su apartamiento con la intención de arrestarlo. Persuadido de que se trataba de «terroristas» de la Resistencia que pretendían asesinarlo, Deloncle les disparó antes de caer fulminado de inmediato por los alemanes. Después, mientras unos saqueaban su domicilio, el resto se dispuso a detener a su familia. A uno de sus hijos lo golpearon hasta que entró en coma. A su esposa y su hija Claude, por otro lado, las condujeron a la prisión de Fresnes, donde las recluyeron junto con militantes de la Resistencia.

En agosto de 1944, Joseph Darnand, jefe de la Milice, ordenó a los grupos dispersos de hombres que se hallaban bajo su mando que se retiraran en dirección este. En París, Jean Galtier-Boissiére los vio abandonar el Lycée Saint-Louis en un convoy de camiones.

De toda Francia salieron, aguijados por el temor a las represalias, milicianos acompañados de sus familias en dirección a una Alemania cada vez más sitiada. Los que procedían del suroeste habían de cruzar una vasta extensión de territorio hostil en grupos tan pequeños como vulnerables.

El anciano mariscal elaboró una protesta formal ante la orden de abandonar

Vichy que le fue dictada. El ministro Von Renthe-Fink, sustituto de Otto Abetz, lo escoltó a Belfort, localidad de la frontera oriental francesa. El 7 de septiembre llegó a Sigmaringen, castillo y ciudadela que Hitler había designado en cuanto capital de la Francia exiliada.

El castillo de Sigmaringen, a orillas del Danubio, fue supuestamente la cuna de la dinastía Hohenzollern. En calidad de *Crepúsculo de los dioses* del fascismo francés, su posición, su historia e incluso su nombre cuasiwagneriano constituyen una ironía más que apropiada. Con todo, la realidad distaba mucho de la propia de la gran ópera: a lo sumo, aquellas riñas claustrofóbicas se asemejaban más a una parodia de la antesala del infierno que presenta Sartre en *A puerta cerrada*, obra que se había estrenado en París unos diez días antes del Día D. Louis-Ferdinand Céline, escritor de una brillantez rayana en la locura, fue, dado el ojo infalible que poseía para lo grotesco, el perfecto cronista del lugar, y en su novela *De un castillo a otro* describió las inútiles rivalidades como «un ballet de cangrejos».

Pétain gozaba de grandes privilegios como prisionero. Así, contaba con menús especiales, propiciados por las dieciséis cartillas de racionamiento que le habían asignado los alemanes, y se le permitía salir al campo con escolta. Su estancia se hallaba en la planta séptima. Tal como describe Henry Rousso en *Un Cháteau en Allemagne*, la jerarquía descendía a medida que se bajaba de planta. En la sexta se alojaban Laval y los ministros. El primero se quejó del lecho con dosel de su dormitorio: «Je suis un paysan, moù». Pasaba las primeras horas de la mañana en un estudio forrado de seda azul en el que preparaba —y practicaba— su defensa para el día del juicio secular en el que se enfrentaría al Tribunal Superior de Justicia de De Gaulle acusado de traición. Laval había retirado veinte millones de francos destinados a los gastos menores del gobierno que los bancos alemanes se negaban a cambiar.

El dirigente nominal de la administración no menos nominal de Sigmaringen era Fernand de Briñón, aristócrata fracasado a cuya esposa, de origen judío, habían nombrado «aria honorífica». Briñón había sido embajador de Vichy en París, lo que no deja de ser una paradoja a un tiempo extraordinaria y significativa del estado francés de Pétain. Sobre el castillo se izó la enseña tricolor al toque de tambores alemanes mientras presentaba armas una guardia de honor de la Milice. El estado francés intercambió entonces embajadores con otro teatro de marionetas del absurdo: la República de Saló de Mussolini.

Al general Bridoux, que ejercía un cargo equivalente al de ministro de Defensa, le fue encomendada la misión de reclutar a prisioneros franceses dispuestos a luchar en las SS. El «ministro de Información» era Jean Luchaire, magnate del ámbito periodístico, que estaba acompañado por varias amantes y sus tres hijas, una de las cuales era la estrella de la pantalla Corinne Luchaire. En la biblioteca se reunían para entablar discusiones intelectuales de extrema derecha como Alphonse de Cháteaubriant y Lucien Rebatet. Céline hacía lo

posible por evitarlos. Había logrado alojarse junto con su esposa, Lucette, en la ciudad, donde reanudó su profesión de médico.

La ofensiva lanzada en diciembre sobre las Ardenas dio origen a un arrebato de optimismo en el castillo que lindaba en la histeria. No faltó quien se declarara dispuesto a seguir al Ejército alemán en su regreso a París en Año Nuevo, sin saber que los tanques del mariscal de campo Von Rundstedt se habían quedado sin combustible. Cuando se conoció la magnitud del desastre no quedó más esperanza que la que ofrecía la promesa de las armas secretas de Hitler. La pesadilla que acosaba a los más realistas era la de caer en manos de las tropas coloniales francesas, las senegalesas o los *goums*. El desprecio que sentía por todo lo que lo rodeaba llevó a Céline a dirigirse hacia el norte acompañado de su esposa para, después de viajar por la tremebunda agonía de la Alemania nazi, alcanzar Dinamarca, donde lo hicieron preso.

La suerte de las mujeres e hijos de los *miliciens* que habían buscado refugio en Alemania no fue mucho mejor. Lejos de ser tratados como aliados, hubieron de sufrir reclusión en condiciones comparables a las de los peores campos de internamiento. En Siessen murieron de desnutrición sesenta niños. Los hombres menos capacitados sufrían condena de trabajos forzados, mientras que a los dos mil quinientos restantes se les destinó a la ostentosa división Carlomagno de las Waffen SS. En febrero de 1945 se envió a un tercio del contingente francés a Pomerania a fin de que luchase en el grupo de ejércitos del Vístula, que se hallaba bajo el mando de Himmler. Sin embargo, éste sucumbió ante el brutal ataque de los rusos en su primer encuentro.[71]

Esta espantosa historia se prolongó hasta el final. Lo que quedaba del batallón de Fenet, que no llegaba a cien hombres, fue trasladado a Berlín. En abril de 1945 arrostraron, junto con algunos daneses y noruegos de la división Nordland, el asalto final del Ejército Rojo en el paisaje difícil de reconocer de lo que había sido la avenida Unter den Linden. El día 29, en vísperas del suicidio de Hitler, se celebró, a la luz de las velas, una breve ceremonia en una estación de metro mientras la batalla seguía bramando en la superficie. El general Krukenberg, de las SS, otorgó la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro al ex *milicien* Eugéne Vanlot por haber destruido seis vehículos blindados soviéticos. Pocos de estos últimos defensores de la Nueva Europa regresaron a sus hogares.

7 Turistas de guerra y Ritzkrieg

Durante las semanas que siguieron a la liberación, París experimentó una afluencia procedente del mundo anglosajón que sobrepasó ampliamente la experimentada durante la conferencia de paz de Versalles. Entre los primeros en llegar había oficiales del Servicio de Inteligencia, expertos en contraespionaje y periodistas. Después de una o dos semanas, sin embargo, aumentó la proporción de los que habían partido de Londres con la única intención de «dar una vuelta», lo que era aplicable también a las esposas —o futuras esposas— de los que ya se hallaban en la capital francesa.

Mediado el mes de septiembre comenzó a congregarse una población de carácter más permanente, compuesta de oficiales destinados a la ciudad para resolver asuntos gubernamentales, adscritos bien a las diferentes embajadas, bien al SHAEF (Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas). Dadas las bandas rojas que llevaban alrededor las gorras de sus uniformes de diario, los comunistas franceses confundían a los oficiales de estado mayor británicos con oficiales soviéticos. Para su humillación, los aclamaban con el puño en alto y prodigaban fervientes muestras de admiración hacia el Ejército Rojo.

El primer oficial británico que entró en París fue el teniente coronel lord Rothschild. En calidad de artificiero en el Ejército, Victor Rothschild se introdujo en la capital al frente de su unidad y se dirigió de inmediato a la casa de la avenida de Marigny que había pertenecido a su familia con la intención de requisarla para su propio equipo antisabotaje antes de que la tomaran los estadounidenses.

La primera misión de su grupo consistía en localizar posibles trampas explosivas y cargas de demolición dejadas por los alemanes e inutilizarlas. El resto de la unidad, que incluía a Tess Mayor, su futura esposa, llegó poco después a fin de colaborar con el Deuxiéme Bureau francés en la búsqueda de armas y arsenales de explosivos que pudiesen ser útiles a una quinta columna.

Muggeridge se unió a Rothschild en la avenida de Marigny, toda vez que los Services Spéciaux a los que estaba adscrito no contaban aún con una sede establecida. Tras un almuerzo nada despreciable decidieron hacer oficial su posición con las autoridades militares británicas y se dirigieron al edificio Roger & Gallet, sito en la rué du Faubourg Saint-Honoré, donde sabían que se había instalado el cuartel general de las fuerzas de Gran Bretaña. El general de brigada ante el que se presentaron, ataviado con su impoluto uniforme de presillas rojas, tomó a la desaliñada pareja por impostores. Con todo, tan pronto como se percató de que estaba hablando con lord Rothschild adoptó una actitud en extremo deferente, comportamiento que el noble inglés abominaba.

Victor Rothschild era un hombre tan polifacético como paradójico. Además de científico, académico y asesor gubernamental de profesión, era también, en lo privado, socialista, millonario y pianista de jazz, amén de un miembro de la Cámara de los Lores que odiaba los privilegios tanto como disfrutaba de ellos. Los sirvientes de la residencia de la avenida Marigny, encabezados por el *maitre d'hótel*, monsieur Félix, eran muy conscientes de sus manías. Apenas podían creer lo exiguo de las raciones del Ejército británico, y dado que Victor Rothschild se negaba a comer mejor que sus soldados, Muggeridge se vio obligado a sablear a los estadounidenses para conseguir alimentos.

Los ocupantes alemanes habían conservado la casa en perfectas condiciones. El recargado mobiliario y la decoración al «estilo Rothschild» de los años sesenta del siglo XIX se hallaban intactos. Muggeridge preguntó a monsieur Félix qué había llevado, en su opinión, a cuidar así aquel lugar al general de la Luftwaffe que lo había ocupado. «Los Hitlers van y vienen, monsieur —le contestó—; pero los Rothschild no cambian nunca.»[72]

Entre los periodistas que comenzaban a llegar entonces a París había pocos que conociesen la ciudad tan bien como Lee Miller, que entre 1929 y 1932 había sido musa, amante y aprendiz del fotógrafo surrealista Man Ray. En esta ocasión se hallaba allí en calidad de fotógrafa bélica de la revista *Vogue*, una ocupación tan original como espléndida. Vestida con el uniforme de corresponsal de guerra estadounidense, se dirigió enseguida a la plaza de l'Odéon. Allí se encontró con el pintor y escenógrafo Christian Bérard y su amante, Borís Kochno, quienes la llevaron al estudio de Picasso en la rué des Grands Augustins. Ella había posado antes de la guerra para el malagueño, y éste la abrazó, le aseguró que era el primer soldado aliado que veía y le comunicó sus deseos de pintarla de nuevo, aunque en esta ocasión vestida de uniforme. Juntos fueron a Le Catalán, el *bistro* que él frecuentaba, situado en su misma calle, y Lee sacó la ración militar que llevaba a fin de hacer más copioso el almuerzo. Pasó los días siguientes localizando a otros amigos de los tiempos del surrealismo, como Jean Cocteau o Paul Eluard y su esposa Nusch, que estaba adquiriendo el aspecto propio de un esqueleto.

«París estaba liberado —declaró más tarde Picasso a su amigo Brassai, el fotógrafo—, pero yo seguía sitiado, y no he dejado de estarlo.» Daba la impresión de que todo el mundo quisiese visitarlo en su estudio.[73]

Cleve Gray, joven pintor estadounidense alistado en el Ejército de su país, anhelaba conocer a Picasso. Tras hacer acopio de coraje, se dirigió a la puerta de su estudio y llamó. Jaime Sabartés, amigo y factótum general del artista, asomó la cabeza por una de las ventanas del piso superior para echar un vistazo. «¿Quién hay ahí?», preguntó, dada su aguda miopía. «Soy un pintor estadounidense —gritó el soldado por respuesta— que desea conocer a Picasso.»

A pesar de que no era temprano, el artista se disponía a salir de la cama sin otra indumentaria que la ropa interior. La escena que siguió en aquella habitación de paredes exentas por completo de cuadros constituía una versión

bohemia del *lever du roi*. Picasso se hallaba de pie ante un lateral del lecho, sosteniendo en una mano el periódico comunista *L'Humanité* mientras alargaba la otra para que Sabartés la introdujese por una de las mangas de la camisa. Luego se cambió el diario de mano para que su amigo hiciese otro tanto con la otra manga. El pintor estaba a punto de afiliarse al Partido Comunista.

En ese momento entró Daniel-Henry Kahnweiler, su representante. Era la primera vez que se veían en cuatro años, por lo que se saludaron con gran cordialidad y efusión (pese a que al recién llegado lo irritó a todas luces el hecho de encontrar a alguien más en el cuarto).

Todos subieron en pandilla al estudio, una sala larga y espaciosa con vigas añosas y recias y suelo de gastadísimas losetas hexagonales cubierto por una alfombra diminuta. Los cuadros que había acabado durante la ocupación se hallaban apoyados contra la pared, incluidos los que estaba a punto de exhibir en la primera exposición celebrada tras la victoria de la Resistencia. La colección de marcos y caballetes, unida a la colosal escalera de tijera con plataforma que empleaba el pintor para trabajar en lienzos de gran tamaño, confería a aquel lugar un extraño aspecto de cuarto trastero. Casi tan fascinante como las esculturas de Picasso resultaba la enorme estufa de hierro colado y los tubos bulbosos que de ella ascendían semejantes a los pilares de un templo jainí.

Picasso señaló las botas de Gray y observó: «Miradlas. ¿Verdad que son extraordinarias?». El estadounidense no sabía qué hacer, y se preguntaba si no debería seguir la costumbre árabe de quitárselas de inmediato para ofrecérselas a modo de obsequio. Tal vez el artista llegase incluso a inmortalizarlas mediante un estudio. Mas, si lo hacía, ¿cómo iba a explicar la desaparición al regresar a su unidad? Eran propiedad del gobierno, por lo que se enfrentaría a serias acusaciones por haberlas vendido.[74]

Charles Collingwood, reportero de la CBS de célebre apostura, recorrió Montparnasse con Pamela Churchill, quien tenía la intención de abrir un establecimiento para los soldados británicos de permiso. Collingwood, empero, tenía razones para sentir cierta vergüenza y no desear que lo reconociesen: a fin de adelantarse a sus rivales, había grabado con antelación un reportaje en el que anunciaba la liberación de París, aunque se había emitido por error cuarenta y ocho horas antes de que las tropas de Leclerc llegasen a la ciudad. Los parisinos, por ende, habían oído tan airados como incrédulos la información ofrecida acerca de celebraciones en todo el mundo mientras seguían rodeados por el fragor de la batalla.

Casi todos los habitantes de Londres que contaban con una buena excusa se aseguraron de viajar a París cuanto antes tras la liberación. Al igual que muchos otros de la OSS londinense, Evangeline Bruce —que con el tiempo asumiría el cargo de embajadora, aunque a la sazón era responsable de la elaboración de historias personales para los documentos falsos empleados por los agentes secretos— no dudó en aceptar una vuelta por el centro de la

capital francesa montada en la parte trasera de una motocicleta de la organización.

Mary Welsh, que había trabajado durante la guerra para la agencia londinense de *Time, Life* y *Fortune*, se las ingenió para llegar a París a tiempo para informar del triunfo del general De Gaulle en los Campos Elíseos. Una vez presentado el reportaje, se dirigió a la plaza Vendóme para subir a la habitación que tenía Hemingway en el Ritz.

Marlene Dietrich usaba también una habitación del Ritz a modo de cuartel general parisino cuando viajaba de un lado a otro del frente para cantar ante las tropas estadounidenses. Hemingway la había conocido diez años antes, y ambos seguían siendo íntimos amigos (ella acostumbraba introducirse en el cuarto de baño de su habitación para charlar con el escritor mientras él se afeitaba), aunque el novelista dejó bien claro que nunca se había acostado con ella.

Hemingway no sólo se alojaba en el Ritz, sino que usaba también el hotel Scribe, situado cerca de la Ópera, que habían tomado los Aliados para usarlo de centro de corresponsales de guerra. Las filas de coches oficiales de color verde aceituna y Jeep con grandes estrellas blancas del Ejército estadounidense hacían que el lugar se asemejase a un cuartel general, impresión que reforzaba el enjambre de banderas aliadas que ondeaba a la entrada. Los parisinos envidiaban las raciones privilegiadas de que disfrutaba el edificio. Así, Simone de Beauvoir escribió en tono de desaprobación al visitar el hotel con un periodista francés de *Combat*: «Se trataba de un enclave estadounidense en pleno corazón de París: pan blanco, huevos frescos, jamón, azúcar y carne de cerdo en conserva».[75]

El hotel Scribe no tardó en convertirse en un elemento importante del folclore de la ciudad. Las habitaciones estaban atestadas de impedimenta militar: bidones de gasolina, paquetes de raciones, cantimploras, armas y munición. Uno de los que lo visitaron recordó haber visto en cada una de las ventanas del patio de luces central un periodista en camisa del Ejército y un cigarro colgando del labio que escribía a máquina con furia.

En el transcurso de aquel otoño y aquel invierno, el hotel albergó a Robert Capa, William Shirer, Bill Paley, Sam White, Cy Sulzberger y Harold Callender, del *New York Times*; William Saroyan; Helen Kirkpatrick, del *Chicago Daily News*; Janet Flanner, enviada del *New Yorker* en París desde 1925; Virginia Cowles, que había informado en 1940 de la caída de Francia, y su amiga Martha Gellhorn.

George Orwell, que llegó mucho más tarde, estaba encantado de hallarse en París de uniforme. Había oído decir que Hemingway, a quien no conocía en persona, se alojaba también en el Scribe, por lo que no dudó en buscar su habitación y llamar a su puerta.

—Soy Eric Blair —anunció vacilante.

Hemingway estaba haciendo el equipaje. Levantó la mirada e hizo un gesto de disgusto al ver a un corresponsal de guerra de Gran Bretaña: estaba

pasando por una etapa de repulsión extrema ante los británicos.

—¿Qué demonios quiere?

—Soy George Orwell.

—¿Por qué diablos no lo has dicho antes? —preguntó el norteamericano con un rugido mientras echaba a un lado las maletas. Tras desaparecer bajo la cama, volvió a asomar con una botella de whisky escocés—. Tómate un trago. Doble. Solo o con agua, porque no hay soda.[76]

El haber tenido el mismo tutor en Eton y su atracción por la obra de Dickens, Kipling y Hopkins no era lo único que tenían en común Orwell y el filósofo AJ. Ayer, también presente en París a la sazón. Freddie Ayer, autor de *Lenguaje, verdad y lógica*, había sido oficial de la SOE y tenía carta blanca para investigar en cualquier lugar de la Francia liberada. Dada la naturaleza de su misión, había adquirido un Bugatti —con chófer— en el que instalar su radio transmisor militar. En aquel momento se hallaba de nuevo en la capital para trabajar como agregado en la Embajada Británica, donde dejó impresionados a invitados de renombre al ser capaz de explicar lo que era el existencialismo.

En enero de 1945, Hemingway recibió la visita de Sartre y Simone de Beauvoir. Lo encontraron en cama, aquejado de un tremendo resfriado, y con una visera verde de periodista.

Hemingway agarró a Sartre de la mano con gesto impetuoso. «Vous étes un general! —exclamó entusiasmado al tiempo que lo abrazaba—. Moi, je ne suis qu'un capitaine: vous étes un general!»[77] Dicho esto, sacó varias botellas de whisky escocés y se pusieron a beber. Más tarde, Sartre admitió que aquélla fue una de las pocas ocasiones en que perdió el conocimiento por causa del alcohol. Volvió en sí a las tres de la mañana y, tras abrir un ojo, pudo ver, lleno de asombro, a Hemingway recorriendo la habitación de puntillas mientras recogía las botellas vacías a fin de esconderlas del personal del hotel.

Los oficiales aliados se beneficiaban en París de privilegios que podrían calificarse de «extraoficiales». Los diversos establecimientos de la capital, incluida la totalidad de las *bonnes adresses* de la ocupación, mostraban ante ellos una generosidad compulsiva. Así, por ejemplo, podían cenar gratis en la Tour d'Argent; Guerlain los obsequiaba con perfume para sus esposas, y los camiseros competían por ofrecerles precios tan especiales que sus productos acababan por rozar la gratuidad. Ni siquiera las grandes instituciones veían con malos ojos un poco de seguridad política en aquellos tiempos de incertidumbre.

El Jockey Club, sito en el número 2 de la calle Rabelais, se desvivió por abrir sus puertas a toda una serie de jefes estadounidenses y británicos. El brigadier Denis Daly, agregado militar de Gran Bretaña, no pudo menos de recibir «la impresión de que los miembros del Jockey Club habían respaldado, casi con toda certeza, el régimen de Pétain» y que pensaban que sería

«inteligente contar con el apoyo de británicos y estadounidenses durante los meses venideros». En cierta ocasión, mientras almorzaban, el duque de Doudeauville lo acosó con preguntas acerca de la amenaza que suponía el Ejército Rojo. Cuando Daly repuso que la guerra no habría podido ganarse sin la participación de los rusos y que, desde una «perspectiva realista», los Aliados deberían estar agradecidos en consecuencia, el noble francés se mostró «considerablemente conmovido».[78]

La situación tan ventajosa en que se hallaban los oficiales aliados no tardó en quedar limitada de uno u otro modo. Así, por ejemplo, se dejó de permitir a los mandos británicos que entrasen en los restaurantes de uniforme, por cuanto la mayor parte de los establecimientos de calidad debía sus existencias al mercado negro. A fin de salvar este obstáculo, se tomó el Maxim's para convertirlo en un club de oficiales, y Albert, el *maître d'hotel* que había acompañado con una reverencia a casi todos los oficiales alemanes —incluido el *Retchsmarschall* Goering— a las mesas del establecimiento, acabó por hacer otro tanto con los enemigos de éstos. El Ejército francés, que no estaba dispuesto a ser menos, tomó Ciro's con iguales intenciones. Charles Trenet y Edith Piaf cantaron allí.

El gran número de oficiales británicos y estadounidenses ávidos de probar la cocina de París hizo que los restaurantes volvieran a abrir sus puertas a una velocidad inusitada. El Prunier y la Méditerranée, situados en la plaza de l'Odéon, no tardaron en servir a los oficiales de mayor poder adquisitivo marisco fresco gracias al triunfo del contrabando sobre las pésimas comunicaciones. Lucas Cartón, en la plaza de la Madeleine, era tal vez el mejor restaurante de toda la ciudad, y poseía una destacada ventaja sobre sus rivales: al haber emparedado sus bodegas —que se extendían bajo la propia plaza de la Madeleine— en el mismo instante en que entraron en París los alemanes en 1940, podía aún ofrecer a sus clientes las cosechas de mayor calidad.

La vida nocturna de París contaba con una gran demanda, sobre todo entre los que llegaban de servicio desde el frente. Al menos un 60 por 100 de los que asistían a Les Folies Bergére vestía de uniforme. Los soldados se veían atraídos a los *bals pu-blics* o las salas de baile, que, prohibidos durante toda la ocupación, se retomaron tras la liberación. Los establecimientos más populares se hallaban en la calle de Lappe, cerca de la plaza de la Bastilla y los numerosos *bals musettes* que se celebraban en los aledaños de la ciudad. Los músicos eran aficionados y trabajaban a tiempo parcial, lo que daba pie a enardecedoras versiones de temas populares interpretadas con acordeón e instrumentos de percusión.

En el siguiente escalafón, *les dancings*, se incluían las salas de baile y los locales nocturnos más sofisticados, desde el Moulin de la Galette a algunos de los lugares más elegantes de los Campos Elíseos, en los que trabajaba casi la totalidad de los mil quinientos *musiciens de danse* con que contaba la capital. En lo más alto se hallaban establecimientos como el Monseigneur, en la rué

d'Amsterdam, un local recargado y oneroso, al estilo de Bielorrusia, con violinistas cíngaros que amenizaban las comidas. Tal como señala uno de los personajes de Martha Gellhorn en la colección de cuentos *The Honeyed Peace*, uno no iba a Monseigneur si no estaba «iniciando un romance».[79]

El resurgimiento de los bailes públicos fue, sin embargo, algo efímero. A finales de octubre, el gobierno provisional volvió a prohibirlos, de resultas de una campaña periodística que afirmaba que había demasiadas familias de luto para que se permitiese una frivolidad como aquélla. El 16 de enero se clausuraron también los cabarés y demás locales nocturnos.

El Syndicat des Artistes Musiciens de París denunció la medida por considerarla «una gazmoñería alejada por completo de la virilidad que exigía la guerra». Aducían que en Londres nunca se había prohibido bailar durante el Blitz o los ataques con cohetes Vi, ya que las autoridades se daban perfecta cuenta de la importancia que tenía tal actividad sobre la moral. Las salas de baile usaban menos electricidad, dado que a los que las frecuentaban no les gustaba que hubiese demasiada luz. Además, lograban mantener la alegría en la capital: «Afín que París reste Paris!».[80] Con todo, las protestas no sirvieron para nada: no se permitió de nuevo bailar en lugares públicos hasta abril de 1945, poco antes de la rendición alemana, y aun entonces se opusieron las organizaciones que representaban a los deportados y prisioneros de guerra.

Muchos de los clubes nocturnos más caros hicieron caso omiso a la prohibición de enero, aunque fueron objeto de un duro golpe una noche después de que entrara en vigor, cuando la policía llevó a cabo una redada en seis establecimientos y sacó a un total de trescientos parroquianos para encerrarlos en celdas de comisaría desprovistas de calefacción. Uno de los locales elegidos fue precisamente el Monseigneur. Los desdichados que habían elegido el miércoles, 17 de enero, para comenzar un romance hubieron de soportar un inicio algo frío.

8 La épuration sauvage

Al liberar una ciudad o una aldea en el transcurso de su avance por la Francia septentrional, los Aliados se encontraban a menudo con que las primeras víctimas de la purga extraoficial a la que se asignó el nombre de *épuration sauvage* eran los miembros más vulnerables de la comunidad. «Ayer, en Saint-Sauveur-le-Vicomte —escribió en su diario David Bruce—, los habitantes afeitaron la cabeza a doce mujeres que habían estado durmiendo con oficiales y soldados alemanes. En adelante, deberán andar a escondidas por la aldea. Los franceses que nos acompañan lo consideran un castigo adecuado y beneficioso.»[81] Seis semanas tarde pudo comprobar que en la Jefatura de Policía de Chartres se había montado una cadena de producción para rapar cabezas en cuanto los alemanes se habían visto rodeados.

Entre las acusadas había mujeres casadas cuyos maridos se encontraban en Alemania en calidad de prisioneros o de reclutas del Servicio Obligatorio de Trabajo. En su caso, la llamada *collaboration horizontale* parecía una doble traición; sin embargo, acostarse con un alemán podía haber sido el único modo a su alcance de evitar la muerte por inanición de sus hijos.

A algunas se las sometía a una degradación aún mayor. Existen fotografías de mujeres a las que se ha desnudado para pintarles cruces gamadas con brea y obligarlas a hacer el saludo nazi antes de hacerlas desfilar por las calles, con sus hijos ilegítimos en brazos, a fin de vejarlas. Tampoco faltan, en algunas zonas, informes de mujeres torturadas e incluso ejecutadas en el transcurso de estos rituales bárbaros. En el 18.° *arrondissement*, distrito obrero, mataron a patadas a una prostituta que había trabajado para clientes alemanes. Las víctimas, sin embargo, no sólo eran mujeres de clase trabajadora. El pastor Boegner hizo constar el caso de mujeres rapadas en el 7.° *arrondissement*, y también hubo algunos de mujeres distinguidas que recibían un tratamiento similar, incluidas la mujer de un príncipe y la hija de otro (Jacqueline de Broglie, hija de Daisy Fellowes, a cuyo esposo, el austríaco Alfred Kraus, habían acusado de traicionar a miembros de la Resistencia).

Se dice que cierto conde famoso enamorado de los atractivos marciales de los conquistadores hubo de soportar asimismo que le afeitasen la cabeza. Con anterioridad había sido arrestado por la *Veldgendarmerie* por haber tentado a los soldados alemanes a abandonarse a la *Unzucht zwischen Mannern* («impudicia entre hombres»); sin embargo, cuando el prisionero adujo que esta tendencia sexual no sólo estaba bien vista entre los antiguos griegos, sino que la practicaba el propio Führer, sus captores acabaron por lanzarlo de nuevo a la calle consternados.

No faltaron los dirigentes de la Resistencia dispuestos a acabar con la práctica de rasurar cabezas. El coronel Rol Tanguy, comandante militar

comunista, hizo imprimir y pegar carteles que advertían de los castigos que se infligirían a quienes protagonizasen incidentes de ese tipo. Otro de los dirigentes, Rene Porte, que debía a su fuerza buena parte del respeto que se le profesaba en su barrio, hizo entrechocar las cabezas de un grupo de jóvenes a los que encontró afeitando el cráneo a una mujer. De otra se dice que gritó a los que trataban de trasquilarla: «Mi culo es internacional, pero mi corazón es francés».[82]

Una voluble mezcla de indignación moral, rabia contenida, celos y culpabilidad parece haber sido el detonante de una histeria que por lo demás fue pasajera. Eran demasiados los casos en que las mujeres se convertían en el chivo expiatorio de toda una comunidad. Sigue siendo una cuestión difícil de resolver si los hombres que habían colaborado recibieron un trato más benigno en consecuencia.

La mayor parte de los soldados aliados parece haber quedado conmovida o asqueada a raíz de los incidentes de rapamiento; aunque en el campo de batalla, la ejecución de traidores sin mediación de juicio alguno daba pie a un número mucho menor de objeciones. Los miembros de las fuerzas estadounidenses, británicas y canadienses tenían la convicción de que, al no haber sufrido lo traumático de la derrota y la ocupación, no tenían derecho alguno a juzgar la agonía privada de Francia.

La pasión política no admite actitudes tibias, bien que, durante los cuatro años de ocupación, Francia había podido contemplar cualquier paradoja imaginable, desde antisemitas que salvaban a judíos hasta antifascistas conservadores que los traicionaban; desde distribuidores de productos de mercado negro que ayudaban a la Resistencia hasta héroes de ésta que se adueñaban de las «expropiaciones». Tampoco faltaban ejemplos de virtuosa abnegación junto con casos de las más ruines canalladas, aunque estos dos extremos representan casos muy minoritarios, a los que los extremistas no dudaban en aferrarse a fin de demostrar sus teorías.

El filósofo Isaiah Berlin, que visitó Francia en muchas ocasiones durante el período de inmediata posguerra, sugirió una definición, informal aunque práctica, de conducta aceptable durante la ocupación. Para sobrevivir, uno debía hacer negocios con los alemanes, ya trabajara de camarero, zapatero, escritor o actor; sin embargo, no podía «mostrarse acogedor con ellos».[83]

Muchos consideraban imposible la existencia de un alemán bueno, en tanto que —sobre todo para los del Partido Comunista— pensar en un pétainista bueno era en sí mismo un acto de traición. Todos los crímenes perpetrados en Francia por los alemanes se achacaban al gobierno de Vichy, lo que no hacía sino enturbiar aún más una cuestión que ya era complicada de por sí. La ira de los comunistas era a un tiempo auténtica y artificial. No cabía dudar de la sinceridad de la rabia que les producía la selección de rehenes del partido llevada a cabo por el régimen para ejecutarlos, o la estrecha colaboración que mantenía éste con la Gestapo y el envío de trabajadores franceses a la

esclavitud a que eran sometidos en Alemania. En cambio, tras su condena de Vichy se esconde asimismo un propósito político deliberado, dado que cuanto mayor fuese la purga de cualquier sector de la administración que hubiese continuado su labor bajo el régimen de Pétain —de la policía al servicio de correos—, más oportunidades tendrían los comunistas de controlarlo tras la guerra.

Tal vez podamos definir el comportamiento aceptable y el inaceptable durante la ocupación enemiga, pero resulta muy difícil determinar grados de culpabilidad o idoneidad de los castigos en medio de las fuertes emociones de aquel período. De cualquier modo, parece haber existido un consenso general acerca del imperdonable delito que constituía el denunciar a un compatriota francés ante los alemanes.

La prensa de la Resistencia se alimentaba de las noticias de las masacres más recientes de prisioneros políticos perpetradas por las fuerzas alemanas justo antes de su retirada y los detalles de las brutales torturas cometidas por la Gestapo, y enardecían así el acuciante deseo de venganza.

Por otra parte, la Resistencia atraía a jóvenes de escasa formación dispuestos a unirse a cualquier grupo, sin importarles su ideología, siempre que se les proporcionasen armas. También hizo otro tanto con los que se convertían a última hora: colaboradores ávidos por borrar un pasado sospechoso, lo que los llevaba a ser *plus résistants que les résistants*, y oportunistas que no pensaban dejar pasar la ocasión de saquear cuanto pudieran. A pesar de que constituían una minoría despreciable, sus crímenes, junto con los excesos de algunos resistentes auténticos, empañaron la reputación del movimiento en su conjunto. En el valle del Loira, donde se hallaba destinado Michel Debré en calidad de comisario de la república, actuaba una de las cuadrillas de bandidos más célebres de la época, que contaba con ciento cincuenta hombres. Habían colaborado con los alemanes para combatirlos tras la liberación. A principios de otoño de 1944 siguieron dedicados al pillaje y al asesinato hasta la detención de su cabecilla, lo que debió mucho a los empeños de Debré.

Además de las rapaduras y las ejecuciones sumarias, la *épuration sauvage* incluía sentencias dictadas por tribunales militares de las FFI y por comités de liberación, actos de saqueo disfrazados de registros y linchamientos de prisioneros puestos en libertad por juzgados convencionales. Muchos de los ajusticiados habían cometido crímenes atroces. Con todo, y habida cuenta de que los alemanes y la mayor parte de los *miliciens* responsables de los delitos más execrables habían salido del país, los que sólo eran culpables de un modo marginal e incluso algunos desdichados inocentes se convirtieron en el recipiente de toda la ira y la frustración acumuladas. Tampoco faltaron casos de soldados alemanes y colaboradores salvados por la intercesión de franceses veteranos de la primera guerra mundial que, armados de un valor nada despreciable, hacían ver a los aspirantes a ejecutores que no tenían derecho alguno de matar a nadie sin que mediara un juicio.

Los empeños del gobierno provisional por dotar al estado de una armazón administrativa a fin de restaurar la ley y el orden fueron impresionantes; pero un comisario de la república recién nombrado no podía esperar ejercer su autoridad desde el primer momento. Por más que los gaullistas pretendiesen mantener la ilusión de estar introduciendo de nuevo la «legalidad republicana» sin más, lo cierto es que, en muchos lugares, el sistema hubo de reconstruirse casi de la nada. Los comités locales de liberación se limitaban a menudo a hacer caso omiso de la autoridad de los representantes del gobierno provisional.

El 26 de agosto, el mismo día en que el general De Gaulle recorría triunfal los Campos Elíseos, un grupo de las FFI arrestó en su domicilio al cónsul general de la República de San Marino y lo llevó, sin más explicaciones, a su cuartel general improvisado del Lycée Buffon. Cabe la posibilidad de que los milicianos de las FFI confundiesen la vieja República de San Marino con la república marioneta establecida por Mussolini en Saló. Sea como fuere, lo cierto es que despojaron al cónsul general de su dinero, sus joyas y su coche antes de trasladarlo a la prisión de Fresnes, de donde fue excarcelado el 7 de noviembre sin que se hubiera presentado cargo alguno en su contra.

Uno de los grupos de las FFI invitó a Malcolm Muggeridge a acompañar a sus hombres durante las purgas que llevaban a cabo cada noche. Se trataba de gentes «muy jóvenes, dotadas de ese curioso aspecto de animal acosado que proporciona la vida en la calle». Lo llevaron a su base, un apartamiento de la avenida Foch ocupado anteriormente por la Gestapo, tal como daban a entender las «botellas vacías de champán y colecciones eróticas desechadas».

Se jactaron de las ejecuciones que habían llevado a cabo, y sacaron pitilleras, joyas y dinero que registraron antes de guardar en una caja fuerte con intención de entregarlos más tarde. Sin embargo, nunca llegó a revelarse lo que sucedió con el botín después de aquello. «A pesar de su juventud —escribió Muggeridge—, se comportaban con un grado atroz de insensibilidad, arrogancia y brutalidad.»[84] No lo sorprendió en absoluto el saber, pasado el tiempo, que habían arrestado a su cabecilla, de quien se demostró que había sido colaboracionista.

El falso resistente de mayor fama fue el doctor Marcel Pétiot. Entre 1942 y 1944 estableció su propia vía de escape. A él se dirigían judíos, miembros de la Resistencia e incluso bandidos a los que buscaba la policía, pues aseguraba poder organizar viajes seguros a Argentina. Entonces, con la excusa de que las autoridades del país exigían a quienes pretendiesen entrar que estuvieran vacunados, inyectaba cianuro a sus clientes para después verlos agonizar. Pétiot se deshacía de los cadáveres con gran eficiencia, cuando menos al inicio de su espeluznante carrera: los disolvía en cal viva e incineraba los restos en la caldera.

Otra forma de represalia eran las palizas brutales propinadas a modo de

justicia improvisada. Los ferroviarios franceses, o *cheminots*, habían representado un papel tan valeroso como importante en la Resistencia al sabotear los movimientos de los trenes alemanes. Muchos estaban afiliados al Partido Comunista, y no eran pocos los que habían sido fusilados a raíz de sus actividades. No resulta, por ende, sorprendente que tratasen de forma brutal a los colegas sospechosos de ser colaboradores. Durante el otoño de 1944, se «incapacitó para trabajar» a setenta y siete directores, jefes de estación e ingenieros superiores. Ninguno de ellos, empero, consta como ajusticiado.[85]

Las FFI no eran la única organización que maltrataba a los arrestados. Las viejas Brigades de Surveillance du Territoire, que volvieron a movilizarse tras la liberación y se encargaron de llevar a cabo las depuraciones del cuerpo de policía, empleaban métodos más que controvertidos. Se dice incluso que se llegó a torturar a mujeres en el campo de concentración de Queueleu, cerca de Metz. «El BST de Metz no se avergüenza —según el informe de un abogado— de emplear los mismos métodos por los que se ha condenado a la Gestapo: inmersiones prolongadas en una bañera, congelación, la tortura del tablón, palizas a bastonazos, etc.»[86]

En París, aquellos a los que acusaban de colaboración los grupos de la Resistencia o denunciaba escudado en el anonimato un vecino o su portero sufrían arresto, por lo general, a primerísima hora de la mañana, antes de que hubiesen tenido siquiera la oportunidad de vestirse.

Uno de los grupos de las FFI irrumpió en el apartamiento del escritor Alfred Fabre-Luce con la intención de arrestarlo, pero éste logró escapar por la puerta de servicio. (La desventura de Fabre-Luce fue doble, pues su condición de seguidor de Pétain no le impidió ser encarcelado por los alemanes a consecuencia de un libro que había publicado en contra del régimen nazi.) Al no hallar a quien pretendían prender, los *fifis* se llevaron con ellos al anciano mayordomo.

Charlotte, esposa del escritor, se puso en contacto con su hermano, el príncipe Jean-Louis de Faucigny-Lucinge. Éste echó a correr hacia el número 42 de la calle de Bassano, donde se había improvisado un tribunal revolucionario. El príncipe pudo ver, a través de una puerta con paneles de cristal, al mayordomo y también a la duquesa de Brissac, con el cabello despeinado y un abrigo de pieles sobre la ropa interior por única vestimenta.

En cuanto supo Alfred Fabre-Luce que se habían llevado al mayordomo en su lugar, se dirigió también a la calle Bassano con la intención de entregarse. La duquesa, cuyas amistades románticas con oficiales alemanes eran de sobra conocidas, fue conducida a la Conciergerie, «igual que María Antonieta». Lucinge telefoneó a su esposo para ponerlo al corriente de lo ocurrido. El duque le dio las gracias, aunque no volvió a mencionar jamás el episodio. La mayoría de los acusados, empero, fueron trasladados a comisarías de policía o a la *mairie* del distrito. El pianista Alfred Cortot fue liberado después de pasar tres días con sus noches en el banco de una comisaría.

El siguiente paso consistía en trasladarlos a la Jefatura de Policía de la isla

de la Cité. Muchos llegaron allí temblando literalmente de miedo. También los hubo que entraron con la cerviz bien alta. El conde Jean de Castellane, hermano menor de Boni de Castellane, prominente currutaco finisecular a quien describieron en sus mejores años como un hombre «podrido de elegancia», demostró estar a la altura de las tradiciones de su familia. Uno de los guardias le ordenó quitarse los cordones de los zapatos y los tirantes, procedimiento habitual para evitar que los prisioneros cedieran a la tentación de colgarse. Castellane lo observó con gesto atónito al tiempo que le contestaba: «Si me quita los tirantes, me iré de aquí de inmediato».[87]

Tras un lapso de tiempo que podía variar de un par de horas a algunos días, se llevaba a los prisioneros a la vetusta Conciergerie, edificio de piedra ennegrecida y torres cilíndricas erigido sobre el Quai de l'Horloge. Desde allí, tras algunas horas, días o incluso semanas, se trasladaba a algunos al campo de concentración instalado en el Vélodrome d'Hiver, estadio de atroz memoria en el que habían internado a los judíos tras «la gran redada». Desde allí podían mandarlos a la prisión de Fresnes, o bien al campo de concentración de Drancy, lugar en el que con anterioridad se había retenido a los judíos antes de obligarlos a subir a camiones de ganado destinados a Alemania. Algunas prisioneras fueron enviadas a la fortaleza de Noisy-le-Sec. También se retenía a un número ingente de reclusos en la prisión de La Santé («salud, sanidad»), un nombre muy poco afortunado, por cuanto tan sólo contaba con doce duchas para una población que por entonces rondaba los tres mil encarcelados.

La administración del campo de concentración de Drancy se debió por completo a las FFI durante las primeras semanas que siguieron a la liberación, para gran frustración de las autoridades. El jefe de policía no tenía ningún control al respecto, y los visitantes no eran bien recibidos. El pastor Boegner, que se las ingenió al fin para que lo dejaran entrar el 15 de septiembre, descubrió celdas de tres metros y medio por uno y tres cuartos en las que se hacinaban seis personas y que no contaban con más de dos colchones. Luizet logró al menos un objetivo, y lo hizo con bastante rapidez: el 20 de septiembre se «liberó» Drancy de las manos de los *fifis* para restaurar en él un servicio penitenciario regular.

La prisión más importante para los acusados de colaboracionismo era Fresnes. Alojaba a tantas celebridades que cierto interno privilegiado que ayudaba con la comida acostumbraba llevar su libro de autógrafos consigo en el momento de servirla. Había allí muchos miembros de *le Tout-Paris de la collaboration*, como la estrella de cine Arletty y el actor y dramaturgo Sacha Guitry, que se habían conocido en las fiestas de Hanesse, general de la Luftwaffe, o en el salón de Otto Abetz. Albert Blaser, jefe de comedor de Maxim's, estuvo también, aunque brevemente, en Fresnes, al igual que el cantante Tino Rossi y el editor Bernard Grasset. Rossi no corrió en ningún momento peligro de ser ejecutado, si bien eso no impidió que una de sus admiradoras se ofreciese para ser ajusticiada en su lugar.

Jean de Castellane se alegró por demás de encontrarse en Fresnes con Sacha Guitry. El primero hablaba por los codos, y dado que el segundo compartía su gusto por los juegos de palabras, los dos pasaban el día haciendo chistes acerca de las insalubres condiciones y de la suerte que con toda probabilidad les esperaba. Según contó Guitry más tarde, existía la creencia de que las camas que habían estado ocupadas por prisioneros liberados de forma inesperada traían buena suerte, por lo que los internos se peleaban por conseguirlas.

Muchos presos trataban de presentarse a sí mismos como víctimas de un nuevo Terror. Sin embargo, por salvaje que fuese la *épuration* en algunos lugares, resulta difícil compararla con septiembre de 1793. La indignación que sentían ante el modo en que estaban siendo tratados no llevó a muchos, empero, a preguntarse cómo habían sido los campos de concentración y las prisiones del gobierno de Vichy. Cierta mujer bien vestida a la que habían proporcionado un jergón de paja solicitó uno más. Cuando le comunicaron que a cada prisionero le correspondía tan sólo uno, repuso que lo necesitaba para su criada, que debía reunirse con ella para cuidarla. Emmeline de Casteja, hija de Daisy Fellowes, cumplió cinco meses de condena en Fresnes encerrada con prostitutas cuyo principal entretenimiento consistía, según refirió más tarde a un amigo, en sacudir sus pechos desnudos ante los reclusos del bloque de enfrente.

Antes de la guerra, Fresnes apenas tenía un preso por cada una de sus mil quinientas celdas. En los tiempos que nos ocupan contaba con cuatro mil quinientos internos. El *bloc sanitaire* estaba aún más repleto que el *bloc pénitentiaire*, por cuanto no eran pocos los que se veían incapaces de soportar los rigores de la vida de presidiario. Había recluido un número considerable de ancianos, poco acostumbrados, además, a la dieta de verduras secas y fideos.

En un primer momento, los prisioneros no tenían derecho a un abogado. Los guardias leían sus cartas, sin importar quién fuera el remitente, y se aseguraban, las más de las veces, de que no llegasen a su destino. El único contacto que tenían los reclusos con el mundo exterior se debía a la mediación de cuatro representantes de la Cruz Roja francesa, cuatro damas a quienes abrumaba el trabajo. Siempre que podían obtenían la dirección de cada uno de los presos y un número de teléfono para contactar con su familia y poder así informar a sus miembros. En muchos casos, los familiares no habían tenido noticia alguna al respecto, y habían quedado sumidos en la miseria al ser arrestado quien los sustentaba en lo económico.

La labor de la Cruz Roja francesa contó con el firme respaldo del jefe de policía, Charles Luizet, que anhelaba recuperar el control de Fresnes. Había logrado sacar de Drancy a los guardias del FFI tres semanas después de la liberación y pretendía depurar el centro de Fresnes de guardias «auxiliares». Se dice que durante los primeros días de la liberación se sacó de sus celdas a

cierto número de presos en medio de la noche para fusilarlos o matarlos a golpes; pero, dado que los guardias se negaron a hacer públicos los nombres de los reclusos, resulta imposible calcular cuántos murieron en estas condiciones.

El Ministerio del Interior, aguijado en parte por una campaña de la prensa comunista que aseguraba que los traidores vivían a cuerpo de rey, encargó un informe sobre el penal. «Debe reconocerse —escribió el inspector general de prisiones— que los auxiliares nos han defraudado por completo.»[88] Habían sustraído joyas y dinero de los reclusos y organizado un floreciente mercado negro. Los guardias cobraban a los prisioneros trescientos francos por un paquete de cigarrillos, que se convertían en tres mil si era por una botella de alcohol, y les vendían ropas de abrigo cuando llegaba el frío. También aceptaban sobornos por hacer la vista gorda durante las visitas de los abogados.

Escoffier, director de la prisión, intentó apelar a la honradez y el patriotismo de los guardias, pero sus empeños sirvieron de bien poco, «por cuanto el tráfico continuó con igual intensidad durante los meses siguientes». El jefe de policía envió entonces a algunos de sus hombres disfrazados, aunque no tardaron en ser descubiertos y hubieron de salir de allí antes de poder hacer nada útil. En total se arrestó tan sólo a diez guardias en más de seis meses.

Habida cuenta del estado caótico en que se hallaban los registros y expedientes, muchos presos eran retenidos durante meses para después ser liberados por falta de pruebas. «Muchos de los expedientes estaban vacíos —recordaba el jurista Charpentier—. Otros no contenían más que denuncias anónimas. Aún peor era que no hubiese expediente alguno.» Sin éste, ni siquiera podía llevarse el caso ante un juez de instrucción.

El 21 de septiembre, el general De Gaulle comunicó a Boegner que habían tenido lugar seis mil arrestos en París, aunque esta cifra bien puede haber representado tan sólo a los que se habían tramitado a través de la Jefatura de Policía. En toda Francia se abrieron más de trescientos mil expedientes relativos a acusaciones. Parece ser que el principal cúmulo de prisioneros no procesados, y en particular de personas que, para empezar, no tenían por qué haber sufrido arresto, comenzó a despejarse cuando tocaba a su fin el año de 1944. El pastor Boegner se estremeció a raíz del descenso del número de prisioneros que tuvo lugar en enero de 1945. No obstante, la puesta en libertad no implicaba necesariamente el fin del problema.

Algunos relatos son tan terribles que resultan difíciles de creer. Roger Codou, comunista veterano de las Brigadas Internacionales, llegó a Lyon en octubre de 1944. El partido le había rogado que regresase de Argelia, para trabajar —según la versión oficial— en el gabinete del ministro comunista Charles Tillon, aunque también con objeto de que colaborase en la instalación en París de una fábrica en la que elaborar documentos falsos. En Lyon lo atendió un comandante de los FTP. Durante el tiempo que pasaron juntos, llevó a Codou al aeródromo militar de Bron. En agosto, los alemanes habían

masacrado a ciento nueve reclusos del penal de Montluc en la pista de aterrizaje. Cuando ambos la visitaron estaba ocupada por los bombarderos encargados de sobrevolar el territorio enemigo que se extendía ante el 1.er ejército de De Lattre. Uno de los pilotos preguntó: «¿Nos ha traído algún cliente esta noche?». El comandante explicó entonces a Codou que, a fin de evitar que los traidores quedasen sin castigo, secuestraban a todo prisionero pétainista absuelto por los tribunales de Lyon y lo llevaban al aeródromo al caer la noche, atado y amordazado, para meterlo en el compartimiento de las bombas de uno de los aviones, encima de los proyectiles, y dejarlo caer sobre «sus amigos» durante la siguiente incursión. Casi cincuenta años más tarde, Codou seguía sin saber si se trataba de una horrorosa revelación o de una invención concebida para impresionarlo.[89]

La magnitud y naturaleza de la *épuration* siguen siendo en nuestros días objeto de encendidas controversias. Hace ya mucho que se desacreditaron las cifras más extravagantes, que hablaban de unas cien o ciento veinte mil víctimas durante la ocupación y tras la liberación. Con todo, y a pesar de que la diferencia entre las diversas estimaciones se ha reducido de un modo considerable (unas diez mil ochocientas, según el Instituí de l'Histoire du Temps Présent, y de catorce a quince mil en opinión de Henri Amouroux), aún siguen provocando marcadas discrepancias, que reflejan las posturas enfrentadas de dos generaciones: los de mayor edad, que experimentaron aquellos dilemas e hicieron lo posible por justificar muchas de las soluciones, y los más jóvenes, que se negaron a perdonar la ayuda prestada por Vichy para la deportación de judíos a Alemania.

Existe, de cualquier modo, un consenso general a la hora de situar en torno a los treinta mil la cifra de franceses ejecutados durante la ocupación, de los cuales la Milice debió de ajusticiar a dos o tres mil, lo que supone un décimo del total, si no menos. Esta organización fue responsable sin duda de buena parte de las demás muertes, dada sobre todo la cantidad de información que proporcionó a los alemanes. No obstante, nadie ha sido capaz aún de dar una idea precisa de cuántos franceses y francesas fueron delatados por compatriotas afines al régimen de Vichy o bien por simples vecinos rencorosos.

Los frentes de este debate se han concentrado por lo general en el número de personas muertas a manos de la Resistencia, lo que no hace sino suscitar el enorme problema que supone la definición de todo el proceso. Así, cabe preguntarse si deben incluirse las cifras obtenidas de relatos privados o las víctimas de cuadrillas criminales que operaban haciéndose pasar por miembros de la Resistencia.

En ciertas áreas siguen aún debatiéndose las cifras. La mayor población corresponde al *département* del Sena, que incluye la ciudad de París. Con todo, el Institut d'Histoire du Temps Présent ofrece una lista de tan sólo doscientos ocho asesinatos perpetrados por miembros de la Resistencia durante la guerra, de los cuales cincuenta y siete tuvieron lugar después de la

liberación. Y, si bien es cierto que en la capital no se dieron matanzas masivas, hubo incontables muertes en circunstancias sospechosas durante los dieciséis meses que siguieron al fin de la ocupación. Así, por ejemplo, desde septiembre de 1944 se produjo un marcado incremento en el número de decesos registrados como «muerte violenta de naturaleza indeterminada».[90]

Desde agosto de 1944 hasta finales de año habían ascendido a cuatrocientos veinticuatro, mientras que en los cinco meses anteriores a la liberación los casos no pasaban de doscientos cincuenta y nueve. El asesinato con armas de fuego se multiplicó por más del doble al pasar de cuarenta y dos casos en 1943 a ciento siete en 1944.

Sigue siendo difícil, verbigracia, clasificar el caso del editor Denoél, personaje perteneciente a la lista negra, quien en 1932 había sacado a la luz el *Viaje al fin de la noche* de Céline y, de forma más reciente, la obra del polemista pronazi Lucien Rebatet. Denoél, de nacionalidad belga, fue hallado muerto al lado de su coche en diciembre de 1945. Bien es cierto que pudo haberse tratado de un crimen común, habida cuenta de los muchos que se produjeron aquel invierno; pero no debemos desestimar la posibilidad de un móvil político.

La *épuration sauvage* que se llevó a cabo en toda Francia no fue un fenómeno que se extinguiese un par de meses después de la liberación. En enero y febrero de 1945 se dio otro aumento de los asesinatos, influido quizá por los temores suscitados a raíz de la ofensiva de las Ardenas. De cualquier manera, fue mayor la oleada que tuvo lugar en junio del mismo año y que siguió a la conmoción producida por los deportados que regresaban de la prisión, los trabajos forzados y los campos de concentración. Muchos de ellos tenían cuentas que ajustar, lo que ponía en peligro a casi todos los funcionarios del gobierno de Vichy, por indirecta que fuese su implicación en el envío de trabajadores o prisioneros a Alemania. A otros se les consideraba a menudo culpables en igual grado por el mero hecho de haber respaldado a un régimen capaz de condenar a hombres y mujeres de Francia a una suerte como aquélla.

Según los escasos archivos de los Renseignements Généraux, el número de asesinatos «de carácter político» no comenzó a descender hasta la segunda mitad de agosto de 1945.[91] Entre el 3 de julio y el 13 de agosto se habían producido cuatrocientos diez asesinatos en un total de doce *départements*. Más tarde, en octubre, se registró un resurgimiento de tales crímenes. Sin embargo, las estadísticas más asombrosas son las que revelan las cifras detalladas de la semana del 13 de agosto de 1945. De treinta y siete homicidios, treinta y tres se cometieron por mediación de explosivos. Por desgracia, ésta es la única semana que cuenta con un desglose tan pormenorizado. Sea como fuere, quien se acerque a estos informes debe andar con extremada cautela a la hora de concederles demasiada importancia, si bien no dejan de arrojar luz sobre el número curiosamente elevado de personas cuya muerte se registra como debida a «explosiones de gas».

En los Archives de la Ville de Paris se desglosan de un modo muy esmerado las estadísticas referentes a las causas de mortalidad de la metrópoli, bien que las categorías no siempre resulten coherentes. Las víctimas de explosiones de gas aumentan de un modo radical a partir de septiembre de 1944. En 1942 murieron por esta causa 184 personas en los meses de septiembre, octubre y diciembre. En 1943, la cifra fue de 183 durante el mismo período. Sin embargo, en 1944, el número de muertos no bajó de 660. Ni siquiera teniendo en cuenta las tuberías fracturadas durante la lucha y las frecuentes interrupciones del suministro de gas resulta fácil explicar un incremento como éste. Debe reconocerse la posibilidad de que se empleara parte de las cargas de demolición alemanas, descubiertas coincidiendo con la rendición del general Von Choltitz, en actos de «justicia popular» o de venganza privada, mediante explosiones que los funcionarios se encargarían más tarde de clasificar en la categoría más conveniente.

Alfred Fabre-Luce escribió que «Francia es un país donde, en tiempos revolucionarios, la histeria queda templada por la corrupción».[92] Pese a ser en parte cierta respecto de muchas convulsiones sociales, esta afirmación resulta cínica en exceso si se aplica a la Francia de 1944. La moderación de la histeria provino casi por entero de los ejemplos de valor físico y moral presentados por hombres y mujeres que no dudaban en levantarse para afirmar que era del todo errado castigar a una persona sin la mediación de un proceso justo.

La verdadera discusión posible en el debate histórico consiste en esencia en una cuestión de grado: se trata de determinar cuan brutal fue la *épuration sauvage* en su contexto. Si se compara la reacción surgida tras la ocupación de Francia con las que tuvieron lugar en los demás países ocupados de la Europa del noroeste (Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega), «la depuración francesa fue moderada», en palabras de Jean-Pierre Rioux.[93] Su colega Henry Rousso ha argumentado, por otra parte, que si se compara el número de ejecuciones con el de franceses que llegaron a vestir uniforme alemán, la única conclusión posible es que fue más severa que en ningún otro lugar.[94] Las cifras exactas relativas a las atrocidades cometidas resultan, huelga decirlo, de vital importancia; pero el debate que inspiran corre el riesgo de convertirse al punto en un atolladero moral.

Segunda parte L’État, cest De Gaulle

9 El gobierno provisional

La eufórica acogida dispensada al general De Gaulle el día que recorrió los Campos Elíseos parecía confirmar el carácter indiscutible de su autoridad. Sin embargo, aún estaba por resolver cuál sería la relación entre el gobierno provisional y la Resistencia. Los comunistas franceses habían sospechado durante la ocupación, no sin fundamento, que su política consistía en «deformar», con la ayuda de los británicos, la naturaleza popular de la Resistencia y «evitar a cualquier precio una verdadera insurrección nacional».[95] Dieron incluso a entender que los Aliados se habían mantenido alejados de París en agosto de 1944 con la esperanza de que los alemanes aplastasen una insurrección inspirada en gran medida por los comunistas, lo que no dejaba de ser un intento desvergonzado de contestar a las críticas que se habían vertido sobre el fracaso deliberado del Ejército Rojo a la hora de acudir en la ayuda de los nacionalistas polacos durante la sublevación de Varsovia.

De Gaulle estaba persuadido de que los comunistas habían pretendido hacerse con el poder poco antes de que llegasen a la capital las tropas de Leclerc. Tal como lo expresó Georgi Dimitrov en un informe dirigido a Molotov y Stalin, el general «teme a los comunistas franceses y considera que sus actividades constituyen una amenaza a su autoridad; pero se ve obligado a tener en consideración el poder que han alcanzado durante el período de lucha clandestina».[96]

La autoridad del gobierno provisional siguió siendo vaga aun después del triunfo de la liberación, sobre todo en las provincias, aisladas de la capital a causa de la destrucción de carreteras, puentes y líneas ferroviarias. De Gaulle tampoco ignoraba que, si Francia quería tener derecho a sentarse junto a estadounidenses, británicos y rusos en la mesa de negociaciones, debía hacer que todas sus tropas disponibles, tanto del Ejército regular como de los grupos recién formados de las FFI, debían contribuir de forma visible al esfuerzo bélico que implicaba el continuar el avance sobre Alemania. Por ende, no podía retener el avance de las tropas regulares a fin de garantizar la ley y el orden. Este hecho implicaba, asimismo, dejar donde estaba al resto de las FFI y las «milicias patrióticas», que a menudo incluían a los elementos menos dignos de confianza.

Viajar por Francia no era fácil, ni siquiera para un funcionario del gobierno que poseyera coche, cupones de gasolina y cualquier pase imaginable. En las pequeñas ciudades y las aldeas no era extraño que los vehículos hubiesen de detenerse ante milicianos de una especie de «comité de seguridad pública», que, lejos de limitarse a examinar los documentos de todos los pasajeros con gran detalle, los sometían a menudo a una prueba de patriotismo. Al igual que

el Madrid de 1936, París poseía tal vez una gran importancia simbólica; pero los decretos que allí se promulgaban apenas tenían peso en la zona rural, en especial la del suroeste.

El general De Gaulle y su entorno habían previsto mucho antes de la invasión de Normandía cuáles serían los principales problemas a los que habrían de enfrentarse. Varios meses antes del Día D habían comenzado a seleccionar a hombres capaces de sustituir a los funcionarios de Vichy en las diversas provincias y restablecer la legalidad republicana antes de que la usurpasen los comités revolucionarios.

El gobierno provisional no podía soñar siquiera con crear un aparato estatal nuevo y sin corromper que pudiesen establecer en toda Francia. Debían conformarse con las instituciones que ya existían, la mayor parte de las cuales estaba comprometida. A fin de frenar los excesos de la justicia popular, era necesario dotar las calles de gendarmes, aun cuando hubiesen colaborado con los alemanes. La inmensa mayoría de los magistrados que habían jurado lealtad al mariscal Pétain habrían de regresar a sus salas de justicia. Se pidió a los funcionarios que habían servido fielmente al régimen de Vichy que regresasen a sus puestos, y a fin de reavivar la economía, a la sazón extenuada, se hacía necesario volver a poner en marcha las fábricas cuyos directores habían colaborado con los alemanes. Los agentes al cuidado de un proyecto tan complejo recibieron el nombre de «comisarios de la república». Cada uno de ellos era responsable de una región.

La labor más acuciante consistía en proporcionar alimento y servicios esenciales a la población. Claude Bouchinet-Serreulles, que permaneció con el Ministerio del Interior en calidad de comisario de la república en general, hizo hincapié en esta prioridad en cuanto llave de casi todo lo demás. Sin ella, el orden público se desmoronaría.

En muchas zonas no existían ni la ley ni el orden durante los primeros meses de la *épuration*. En noviembre, verbigracia, irrumpió en un penal una veintena de antiguos miembros de la Resistencia. Capturaron a un coronel que había encabezado una expedición de represalia contra los maquis y, sin importarles un ardite que De Gaulle le hubiese condonado la pena de muerte, lo fusilaron en un campo cercano. Louis Closon, por otra parte, hubo de enfrentarse en el norte de Francia a la amenaza de treinta mil prisioneros de guerra del Ejército Rojo liberados que mostraban «una actitud provocadora, como si se hallasen en territorio conquistado».[97] De cualquier modo, la situación más caótica de todo el país se daba probablemente en el suroeste, cerca de Toulouse.

«En tiempos de la liberación —escribió el filósofo A J. Ayer, que se hallaba por el suroeste de viaje semioficial de la SOE—, toda la zona estaba en manos de una serie de señores feudales que poseían un poder y una influencia extrañamente similares a la de los que habitaban Gascuña en el siglo XV.»[98]

Uno de los más poderosos de entre estos barones modernos era el coronel

George Starr, oficial veterano de la SOE en el sureste francés. Se trataba de un hombre duro en extremo, un ingeniero de minas que había demostrado ser un dirigente militar sólido y cuya popularidad había aumentado de forma incalculable tras lograr proveer a la mayor parte de los maquis de la zona de las armas que lanzaban en paracaídas aviones procedentes de Inglaterra. Otro era el coronel Serge Ravanel, alpinista, comunista y graduado de la Ecole Polytechnique, que había demostrado, a la edad de veinticinco años, ser uno de los luchadores más inspirados de la Resistencia francesa.

En la propia ciudad de Toulouse existía un buen número de bandas armadas que contaban en sus filas con un número de extranjeros nada despreciable, en su mayoría republicanos españoles, aunque también desertores georgianos del ejército de renegados del general Vlassov. Los comunistas españoles, entre tanto, planeaban la invasión del valle de Aran, que se produjo en octubre. Unos tres mil guerrilleros organizados en doce brigadas cruzaron la frontera con la esperanza de provocar un levantamiento en todo el país; pero no duraron mucho una vez que las autoridades enviaron a la legión extranjera a luchar contra ellos.

«Toulouse era el zoco de todo tipo de aventureros», según señaló Jacques Baumel, miembro del movimiento de resistencia Combat.[99] No todos los grupos eran de izquierda. Cierto coronel de extremadas opiniones anticomunistas intentó tomar la región fronteriza para unirse a las fuerzas del general Franco. De él se decía que era el principal organizador del *maquis blanc*, que debían lealtad al conde de París.

Pierre Bertaux, comisario de la república a cargo de la región, conocía bien la zona, pues había sido profesor universitario antes de la guerra. Se encontró sentado en una prefectura vacía, sin que nadie le hiciese caso aparte de algunos *naphtalinés* (nombre que recibían, entre otros, los oficiales del ejército de Pétain que se habían unido a la Resistencia en el último momento, ataviados con uniformes que olían a alcanfor). El coronel Starr fue a visitarlo, aunque tan sólo para dejar bien claro que seguía órdenes de la cadena de mando aliada y no de un gobierno provisional aún sin reconocimiento.

A mediados de septiembre, De Gaulle recorrió diversas capitales de departamento (Lyon, Marsella, Toulouse, Burdeos...) a fin de establecer su autoridad tras la liberación. Era evidente que para él Toulouse era el lugar en el que se enfrentaría a la Resistencia.

El avión en el que viajaba —y que llevaba en su exterior la cruz de Lorena— aterrizó en el aeródromo de Blagnac la mañana del 16 de septiembre. Se había hecho muy tarde, y el comité de recepción de los dirigentes del maquis, formado por unas ciento cincuenta personas que esperaban frente al gélido viento, comenzaba a impacientarse. Se animaron al ver abrirse la puerta del aparato, convencidos de que De Gaulle les ofrecería un breve pero cálido discurso de felicitación por todo lo que habían hecho por la liberación de Francia. Sin embargo, lo único que recibieron fue un rápido apretón de manos acompañado de frías inclinaciones de cabeza, tras lo cual el visitante no tardó

en marcharse. El séquito que acompañaba al general había tomado formidables precauciones de seguridad para la ocasión, que incluían la presencia de escoltas en coche y motocicleta.

Pierre Bertaux acompañó a De Gaulle a Toulouse. El joven comisario de la república cometió el error de intentar entretenerlo con una relación de la visita del coronel Starr a su despacho, en la que éste había anunciado que, dado el respaldo de sus setecientos hombres armados, tan sólo había de dar un golpe en la mesa para resolver cualquier problema. Al oír estas palabras, el general montó en cólera y quiso saber por qué Bertaux no había arrestado a aquel inglés. El comisario hubo de admitir que no sólo no lo había detenido, sino que lo había invitado a almorzar aquel día para que conociese al presidente del gobierno provisional. Este le ordenó enseguida que cancelara la invitación.

Al llegar a las afueras de Toulouse, De Gaulle hizo que el conductor detuviera el automóvil, pues tenía la intención de dirigirse a pie a la prefectura. Pretendía, una vez más, poner de relieve su autoridad en aquella ciudad de guerrilleros beligerantes igual que había hecho durante el tiroteo de Nôtre-Dame. No hizo nada por disimular su convencimiento de que aquel joven comisario de la república necesitaba con urgencia una lección del arte del liderazgo. Sin embargo, para alivio de Bertaux, no hubo disparos —ni tampoco multitudes entusiastas— para recibir el decidido avance de De Gaulle. Habida cuenta de la profunda decepción que había supuesto aquel ejercicio, el general decidió no perder más tiempo y dejar que Bertaux volviese a recurrir a la escolta motorizada.

Starr recibió el mensaje de que habían anulado su invitación y de que De Gaulle deseaba que se presentara aquella misma tarde en el despacho del prefecto. A pesar de que no le resultó del todo inesperada, la noticia tampoco hizo nada por mejorar su humor. Ravanel, cabecilla de los maquis, no salió mejor parado, aun cuando debía su nombramiento al general Koenig. Había viajado en el otro coche junto con André Diethelm, ministro de Defensa, que se negó a reconocer siquiera su presencia. Ravanel sí participó en el almuerzo, pero la actitud de De Gaulle para con él y sus oficiales fue de claro desdén. Preguntó a cada miembro de su «belle brochette de colonels» cuál había sido su rango durante el servicio militar, una afrenta a las graduaciones de los resistentes por parte de un oficial de carrera que el general hizo aún mayor durante el discurso que pronunció ante el pueblo al hablar tan sólo de las fuerzas armadas francesas regulares sin mencionar a la Resistencia.[100]

Cuando Starr se presentó en uniforme británico en el despacho del prefecto, la cólera del general volvió a avivarse ante la sola idea de que un inglés fuese tan influyente en territorio francés. Llegó a decir incluso que Starr y sus seguidores no eran más que una cuadrilla de mercenarios. El aludido, conteniendo su ira, indicó que entre sus subordinados había oficiales regulares del Ejército francés, lo que puso al general más furioso todavía y le hizo conminarlo a abandonar Toulouse de inmediato. El inglés repuso que se hallaba allí por orden del cuartel general de las fuerzas aliadas y no del

gobierno provisional, por lo que no dejaría su puesto a menos que aquél se lo ordenase. Si el general De Gaulle quería arrestarlo, era responsabilidad suya.

A sus palabras siguió un silencio insoportable. De Gaulle hubo de reconocer al fin la realidad de la situación: la popularidad de que gozaba Starr en la región era tal que su arresto no podría sino provocar serios desórdenes, amén de graves problemas con los Aliados. El general tuvo el sentido común de ponerse en pie y, sobreponiéndose a sus emociones, rodear el escritorio para estrechar la mano del oficial británico.

Así y todo, Starr se vio obligado a abandonar Toulouse poco después, bien que De Gaulle acabó por reconocer que debía recibir la Croix de Guerre y la Legión d'Honneur por sus servicios.

El enfrentamiento del presidente con la Resistencia de Toulouse, en parte un acto simbólico, constituyó también un experimento previo a su conato de efectuar el decisivo movimiento de abolir las milicias patrióticas que habían surgido de aquélla. Los maquis del suroeste se hallaban entre los más volubles del país.

El 24 de octubre, el general decidió jugar su mejor carta. Había hecho caso omiso de la campaña de mítines y marchas orquestada con todo detalle por el Partido Comunista en favor de *le retour de Maurice Thorez* tanto como de los telegramas que le había enviado éste desde Moscú. Thorez era el rehén de De Gaulle, y había llegado el momento de hacer un intercambio (tal como había sospechado el propio Thorez, a juzgar por la carta enviada a Dimitrov tres semanas antes). El 28 de octubre, el representante de De Gaulle en Moscú informó al dirigente comunista francés de que se le iba a conceder la amnistía, bien que no podía decir nada hasta que se publicase el decreto en el *Journal Officiel*. Dimitrov envió al punto un comunicado a Stalin para ponerlo al corriente del asunto.

Aquel día, De Gaulle convocó un Consejo de Ministros. Todos los presentes sabían que pretendía exigir una contrapartida por permitir el regreso de Maurice Thorez. Se propuso a cada uno de ellos la disolución de las milicias patrióticas, aunque todos los ojos estaban puestos en los ministros comunistas: Charles Tillon, ministro del Aire, y François Büloux, ministro de Sanidad. Estaban atrapados entre De Gaulle y la oposición del Kremlin a una revolución en Francia. En consecuencia, ni siquiera Tillon, destacado dirigente de los FTP, tuvo nada que objetar cuando le llegó el turno de hablar.

La gran mayoría de los comunistas franceses, que desconocía por completo la política de Stalin al respecto, quedó trastornada por este golpe sufrido por la Resistencia. Durante los diez días siguientes, el partido hubo de soportar gestos de protesta en forma de mítines y discursos incendiarios; aunque en ningún momento se habló de un enfrentamiento al gobierno. Duelos y los demás dirigentes comunistas distaban mucho de estar contentos con la situación, pero, al igual que había sucedido con el pacto nazi-soviético, hubieron de aceptar que los intereses de la Unión Soviética eran lo primero.

Los militantes de base estaban resueltos a no entregar unas armas que en ocasiones habían logrado con gran riesgo durante la resistencia, dada la escasez de los envíos por paracaídas procedentes de Inglaterra. En toda Francia se limpiaron con aceite armas de todo tipo para envolverlas con primor en hule y enterrarlas en jardines u ocultarlas bajo suelos. Es imposible calcular cuántas se escondieron. En diciembre, el destacamento de la *gendarmerie* de Valenciennes descubrió un arsenal constituido por tres ametralladoras de aviación, dos fusiles, tres fusiles antitanque, un revólver, ocho granadas, quince granadas de mano, dos cajas de detonadores, diecinueve mil cartuchos de munición y seis sillas de caballería. Los antiguos miembros de los FTP que se habían incorporado al Ejército y que se hallaban en el cuartel de Rouzier, no lejos de allí, amenazaron enseguida con atacar a la *gendarmerie* si se efectuaban más registros.

En muchas partes del país hubo maquis que se negaron a someterse a las órdenes de la capital, y el comisario local de la república decidió esperar el momento propicio sin importarle lo que hubiese decretado el Ministerio del Interior. Aun así, ya se había dado el primer paso, y el que el estado volviese a establecer en toda Francia su monopolio de fuerza era tan sólo cuestión de tiempo.

El discurso pronunciado por De Gaulle en Toulouse había puesto en evidencia la antipatía que profesaba a la guerra irregular. El texto, además, estaba impregnado de su concepción casi monárquica de la legitimidad y la sucesión. La liberación era una restauración, no una revolución, y Charles de Gaulle no era tanto un presidente de gobierno como un monarca republicano. El dirigente comunista Jacques Duelos acostumbraba referirse a él como *Carlos XI.*

El que hubiese elegido para trabajar su despacho de preguerra, sito en el número 14 de la calle Saint-Dominique, dentro del Ministerio de Defensa, reflejaba su determinación por reconstruir Francia sobre elementos del pasado. El Ejército constituía una base sólida; sin embargo, no opinaba lo mismo acerca de la industria. La alocución dirigida a la ciudad de Lille el 1 de octubre, durante la segunda etapa de la vuelta a Francia que efectuó tras la liberación, prometía elaborar un programa de nacionalización en términos que podrían haber salido de la boca de un socialista adepto al dirigismo, si no de un comunista.

De Gaulle no parecía dispuesto a relajarse sino ante miembros de confianza de su estado mayor. Claude Bouchinet-Serreulles, uno de los jóvenes ayudantes con que contaba en Londres y que saltó en paracaídas a Francia para encontrarse con Jean Moulin, no olvidó nunca su «grande courtoisie». El general siempre se levantaba para estrechar su mano cuando le entregaba los informes a primera hora de la mañana. Nunca comía solo: se llevaba con él, por norma, a uno de sus jóvenes colegas, y aprovechaba esta oportunidad para formular sus ideas ante un público así. Durante los días de guerra hablaba siempre del futuro, y nunca del pasado, a pesar de poseer profundos

conocimientos de historia. Sin embargo, con la liberación había llegado el futuro, y no resultaba precisamente cómodo. Uno de los principales problemas a los que se enfrentaba era el carácter limitadísimo de su círculo de compañeros en un momento en que se habían multiplicado los asuntos sobre los que debatir.

Los colegas más cercanos a él, que en muchas ocasiones carecían de un conocimiento especializado, eran las únicas personas capaces de influir en sus decisiones, dado que cuando se reunía con los ministros era habitual que hubiese tomado una decisión por adelantado. Su *chef de cabinet*, Gastón Palewski, que tenía a su cargo la labor de controlar el acceso a un De Gaulle por lo general sobrecargado de trabajo, se granjeó, de manera inevitable, la enemistad de la mayoría. En particular fue objeto del resentimiento de los oficiales superiores del Ejército francés. Su poder se mitificó hasta tal punto que el pueblo dio en atribuir a las iniciales GPRF (Gouvernement Provisoire de la République Francaise) que lucían los coches oficiales el significado de «Gastón Palewski, Regente de Francia».[101]

Los miembros del gobierno constituido durante la segunda semana de septiembre iban a llevarse un buen número de sorpresas que a menudo tenían que ver con sus nombramientos. Georges Bidault fue el primero en admitir lo extraordinario de su elección como ministro de Asuntos Exteriores. «Aquélla fue una aventura inesperada —escribió— y tenía mucho de paradójico.»[102] Como quiera que había llevado una existencia clandestina desde el inicio de la ocupación hasta la época en que fue designado para presidente del Consejo Nacional de la Resistencia, no tenía la menor idea de lo que sucedía en el mundo exterior.

Pierre-Henri Teitgen, en otro tiempo profesor de Derecho en la Universidad de Montpellier y miembro del Comité General des Etudes de la Resistencia, se encontró asombrado con que lo habían puesto al frente del Ministerio de Información. Requisó un magnífico edificio de la avenida de Friedland que la Wehrmacht había convertido en un cine y pidió a dos conocidos de confianza que fuesen su secretario general y su *chef de cabinet.*

Teitgen, que empezaba desde cero, hubo de arrostrar un número menor de dificultades que algunos de los que estaban al frente de ministerios mejor establecidos. El tanque calcinado seguía bloqueando la entrada del Ministerio de Asuntos Exteriores cuando llegaron a él Rene Massigli y Hervé Alphand, expertos diplomáticos del general De Gaulle, el 29 de agosto. La escalera principal estaba manchada de sangre. Asimismo, había jirones desgarrados de camisas del Ejército alemán que se habían empleado para limpiar fusiles antes de ser abandonados en los rincones de las salas de visita vacías, por las que campaba el eco. Finalmente hicieron acto de presencia unos cuantos funcionarios timoratos que habían trabajado para el régimen de Vichy, sin saber si los iban a fusilar, encarcelar o rehabilitar.

Aparte de los pocos que secundaban a De Gaulle, el Quai d'Orsay seguía estando, tal como escribió Alphand, «peuplé de Vichy».[103] En 1940, la mayor

parte de los funcionarios había seguido trabajando por lo que ellos pensaban que era el gobierno de Francia. Este hecho predispuso casi con toda seguridad a De Gaulle en contra del Quai d'Orsay en cuanto institución. Dos días antes del Día D, el general había reconocido ante Duff Cooper que el hombre al que más difícil le resultaba perdonar era Roland de Margerie, que había sido el representante de Vichy en Shanghai. «Me podría haber ayudado tanto... Habría evitado que cometiera muchos de los errores que cometí. Si hubiese venido entonces, ahora sería ministro de Asuntos Exteriores.»[104]

Lo que recordaba Alphand con mayor claridad de aquellas primeras semanas en el Quai d'Orsay era la figura de Georges Bidault, arrebujado en su abrigo frente a una candela encendida con maderos en una de las salas de visita, tan inmensa como vacía. Los alemanes se habían llevado todos los archivos importantes a Berlín durante su retirada, y otro tanto podía decirse de las máquinas de escribir y los archivadores, botín que acabó siendo trasladado a Rusia en 1945 tras la caída de Berlín.

La mayoría de los ministerios se hallaban en un estado similar. La escasez de papel era tal que se hizo necesario emplear el que quedaba con membrete de Vichy: tan sólo había que tachar el «État Francais» del encabezado para mecanografiar debajo: «République Francaise». Las autoridades de algunos departamentos se vieron obligadas a continuar con esta embarazosa práctica hasta el verano siguiente, en que se celebró el juicio al mariscal Pétain.

Con todo, no eran sólo los ministerios gubernamentales los que carecían del equipo esencial. En los hospitales escaseaban los termómetros, amén de los fármacos y los vendajes. Durante el terrible invierno de 1944-1945 apenas si quedaba en París la escayola necesaria para soldar los huesos que, frágiles por causa de la desnutrición, se partían con gran facilidad debido a los resbalones propiciados por las calles heladas.

La racha de frío iniciada durante la ofensiva de las Ardenas a principios de enero, que se prolongó durante casi todo el mes, fue una de las peores que había sufrido Francia en mucho tiempo. El 20 de enero de 1945, el embajador estadounidense envió a Washington el siguiente telegrama: «El suelo ha estado 17 días cubierto de nieve. Récord anterior: 10 días. Sigue nevando. Plantas hidroeléctricas con agua congelada. Rompehielos incapaces de abrirse camino entre capas de 20-30 cm que cubren canales procedentes de minas. Hay 70.000 toneladas de carbón inmovilizadas en gabarras por el hielo. Llegadas diarias han descendido en un tercio hasta 5.000 toneladas para todo París. 66 trenes congelados.»[105]

De cualquier modo, la primera preocupación del gobierno, aún más prioritaria que ésta, seguía siendo el suministro de alimentos. El pan blanco había aparecido poco después de la liberación, merced a la harina proporcionada por los estadounidenses, bien que no tardó en desaparecer de nuevo en cuanto el gobierno provisional hubo de depender de sus propios recursos. La escasez llegó a tal extremo que el pueblo empezó a decir que había estado mejor bajo el dominio alemán, aunque estas quejas pasaban por

alto el hecho de que el sistema de transportes hubiese quedado destruido a raíz de las batallas. Tras la liberación fueron varias las líneas principales que quedaron inservibles durante muchas semanas, y una vez que los alemanes se retiraron, llevándose consigo la mayor parte de los vehículos, el transporte rodado dependía de un número muy limitado de camiones de gasógeno. El problema fundamental, según la Sûreté Nationale, radicaba en los agricultores que se resistían a *la collecte*, la compra obligatoria de alimentos según unos precios fijos. El campesinado reaccionario de la Vendée era, al parecer, el peor en este sentido. En octubre de 1944 se entregaron menos de cuatro toneladas de mantequilla en todo el *département*. Durante el mismo mes, el de Paso de Calais, que contaba con pocas cabezas más de ganado lechero, produjo trescientas cincuenta y cinco toneladas para el mercado oficial.[106]

El dinero parecía no tener política alguna en aquellos tiempos. El duque de Mouchy era alcalde de la aldea del mismo nombre, donde los campesinos votaban en su mayoría a los comunistas. Su pueblo lo quería y confiaba en él, hasta el punto de que un anciano granjero llegó a pedirle que comprara un anillo de diamantes para su hija la próxima vez que fuese a París. El noble así lo hizo, pero cuando regresó con él, el granjero le hizo saber enseguida que no era lo bastante grande. A la semana siguiente, por ende, el duque se dirigió a Chaumet, la joyería situada en la plaza Vendóme, con los trescientos cincuenta mil francos que le había dado el anciano en una bolsa de papel y compró un anillo enorme. En esta ocasión, el hombre quedó encantado, y aseguró al aristócrata que aún le quedaban siete millones de francos escondidos en su despensa.

François Mauriac escribió que los empeños llevados a cabo por el gobierno a fin de evitar el mercado negro se asemejaban a los de «el niño que vio san Agustín en la playa y que quería vaciar el mar con una concha».[107] Paul Ramadier, ministro de Abastecimiento, exhortó a la Sûreté Nationale a iniciar «la plus active repression». Dada la escasez de alimento, recaía sobre él el peso de la impopularidad del gobierno. No tardó en recibir el sobrenombre de *Ramadán*, en tanto que las raciones diarias comenzaron a conocerse como *Ramadiéte*. Su ministerio se convirtió en blanco de las manifestaciones de las diversas comisiones de amas de casa, cuya organización se debía por lo general a los comunistas. Cuatro mil mujeres coreaban ante el Ayuntamiento la consigna: «¡Nuestros hijos quieren leche!».[108] En una populosa concentración celebrada en el Vélodrome d'Hiver, la multitud gritaba: *A mort*!, cada vez que se mencionaba el nombre de Ramadier.

El jefe de policía recibió órdenes de actuar con contundencia. Durante la segunda semana de marzo se establecieron controles en todas las carreteras que llevaban a la capital, operación que pronto fue conocida como el Sitio de París.[109] Sin embargo, lo más acuciante era cortar el tráfico de provisiones, introducidas por «maleteros» que compraban alimentos —de forma tan directa como ilegal— a los granjeros normandos. En los trenes, el Camembert fermentado, a razón de veinte piezas por maleta, y la sangre de las

articulaciones de animales recién muertos, que goteaba desde el portaequipajes, desprendían un olor tan penetrante que ni siquiera la proverbial obsesión de los franceses respecto a las corrientes de aire podía impedir que se abriesen de par en par las ventanillas de los vagones.[110]

Luizet organizó durante dos días una operación a gran escala con sus agentes de policía en la estación de Montparnasse a fin de registrar las maletas de todos los viajeros que regresaban de las fértiles regiones del noroeste francés. Sin embargo, tal medida sentó tan mal entre los usuarios que poco faltó para que acabase por desembocar en una verdadera revuelta. «Ante tales circunstancias —informó Luizet al ministro del Interior—, me veo obligado a dar a mis hombres la orden de detener esta especie de operación de control.»[111]

En tanto que en las ciudades pequeñas y grandes continuaba la lucha cotidiana por la supervivencia, la labor de reconstrucción de Francia resultaba abrumadora para una economía en bancarrota, y se mantenía a flote tan sólo gracias a las ayudas y préstamos de Estados Unidos. Las fábricas habían sido destruidas o desmanteladas por los alemanes, y los principales puertos habían quedado reducidos a escombros y fragmentos retorcidos de acero por la acción de las bombas. Aún quedaban millones de minas por desactivar. Según datos del SHAEF, el número de edificios destruidos ascendía a 1.550.000, cifra que doblaba casi con exactitud la de la primera guerra mundial. Asimismo, el país se enfrentaba a una grave escasez de madera y otros materiales de construcción, dado que buena parte de las existencias disponibles la habían empleado las fuerzas aliadas.

La falta de carbón era tal que mucho antes de que entrase el invierno comenzaron a recibirse en el Ministerio del Interior telegramas urgentes de los distintos prefectos que advertían de las consecuencias. El 29 de octubre llegó a la plaza Beauvau un comunicado que aseguraba que Ruán tan sólo contaba con provisiones para menos de cuatro días. El tren que esperaban no había llegado aún, y cuando lo hiciera, se iban a necesitar tres días para descargarlo. En las provincias se sospechaba que París estaba siendo objeto de un tratamiento privilegiado. «Nos llena de infelicidad —escribió al ministro del Interior el alcalde ruanés— ver que en París siguen en plena actividad los teatros, el cine y el metro, que aún funciona mucho después de las horas laborables de sus ciudadanos, mientras que Ruán sufre entre sus ruinas sin recibir ayuda alguna.»[112]

Uno de los detalles más llamativos de la multitud de datos proporcionados por los sondeos de opinión que se llevaron a cabo durante el período que siguió a la liberación fue el hecho de que los encuestados considerasen que la confiscación de ganancias ilícitas constituía la labor más prioritaria de los ministros, aun por encima del abastecimiento de comida.

Los comunistas, que seguían la teoría estalinista de sabotaje (según la cual todo fracaso debía de ser obra de una quinta columna), tenían muy claro a qué había que achacar la culpa: «El carácter insuficiente de la depuración ha

dejado el control de la industria y los departamentos gubernamentales en manos de los que colaboraron con el fascismo antes de la ocupación y durante ésta».[113] Incluso el gobierno, que necesitaba mantener en sus puestos a los administradores con experiencia, se vio obligado a reconocer en privado la permanencia de ciertas injusticias. El ministro que en un principio se había responsabilizado de la reconstrucción admitió que el gobierno se enfrentaba a «un probléme délicat».[114] Las compañías que habían trabajado con los alemanes eran las mejor equipadas —tanto en lo financiero como en lo referente a mano de obra y materias primas— para abordar las abrumadoras tareas que arrostraba Francia. Muchas de las compañías constructoras más grandes ni siquiera existían al principio de la guerra, y en aquellos momentos iban a asumir «une importance anormale». Por el contrario, las empresas «patrióticas» que se habían negado a colaborar con los alemanes eran considerablemente débiles.

Las amenazas de represalia contra los industriales colaboracionistas proferidas por el Partido Comunista habían comenzado mucho antes de la liberación, y se repitieron en *L'Humanité* cuando los Aliados se hallaban cerca de París. «Los directores de las fábricas Renault habrán de pagar por las vidas de los soldados aliados muertos como consecuencia de su avidez por equipar al enemigo.»[115] A Louis Renault lo arrestaron y sentenciaron el 23 de septiembre por haber vendido material por más de seis billones de francos al Ejército alemán. El industrial, que contaba a la sazón setenta y siete años, murió un mes más tarde en la prisión de Fresnes. Su esposa aseguró que lo habían asesinado, aunque según los médicos falleció de un ataque de apoplejía. Marius Berliet, presidente de los fabricantes de camiones, fue encarcelado junto con sus hijos en Lyon sin que mediara juicio alguno, bien que su delito no había sido el más grave: entre Renault, Citroën y Peugeot habían manufacturado para la Wehrmacht casi noventa y tres mil vehículos, mientras que la producción de Berliet se limitaba a 2.239. El banquero Hippolyte Worms era otra de las personalidades arrestadas. Con todo, la inmensa mayoría de los industriales que habían trabajado para los alemanes, incluidos los constructores de la Atlantic Wall, no se vieron afectados en absoluto.

Se confiscaron y nacionalizaron muchas compañías, unas porque habían colaborado de verdad y otras porque la inevitable colaboración brindaba la excusa perfecta para socializar las industrias clave.

Acosados por la retórica revolucionaria y la amenaza de la nacionalización, los industriales y grupos de patronos —que recibían el nombre genérico de *patronat*— hizo llegar a De Gaulle un comunicado de protesta por la campaña. El patronato insistía en que había «satisfecho su deber para con la nación al mantener los medios de producción en suelo francés mientras llevaba a cabo una resistencia administrativa a una escala que aún no ha sido reconocida. Por lo tanto, considera que es su deber protestar ante el mito de que la salvación de Francia se debe en exclusiva a la clase obrera».[116] De

cualquier modo, estos argumentos tenían mucho de solapado. Sólo fue una minoría distinguida de directores la que saboteó el trabajo, y la justificación por mantener la producción comportaba que los intereses a largo plazo de Francia dependían de una ocupación alemana continuada más que de la liberación final.

En el clima del momento, en el que se consideraba a la derecha en bancarrota moral tras el período de Vichy y la ocupación, la opinión pública se había volcado en favor del cambio por el cambio. Los logros de la Resistencia y la fraternidad que había propiciado la liberación podían avanzar aún más durante la paz a fin de conseguir una sociedad más justa. Este instinto o emoción de carácter político se describió como *progressisme*, palabra que convenía tanto a los comunistas que no querían alarmar a los potenciales compañeros de viaje como a los socialistas de derecha que temían los planes de aquéllos pero no se atrevían a expresarlo de un modo abierto.

Para los que tanto habían perdido en toda Europa, el progresismo parecía ofrecer el único camino hacia delante tras dejar atrás las ambigüedades morales de la guerra y la miseria de la depresión de los años treinta. Así y todo, los conservadores y los librepensadores políticos que cuestionaban estas suposiciones lo consideraban un tobogán hacia el comunismo. Desde Estados Unidos, y ante la visión de una Europa destrozada, el británico Aldous Huxley albergaba esperanzas de que la *Pax Soviética* se extendiese por todo el continente. Al igual que muchos otros, temía que fuese imposible «volver a unir los trozos de Humpty Dumpty» si no era «bajo una forma totalitaria y depauperada propia de una pesadilla».[117]

10 Corps Diplomatique

El acceso de cólera que sobrevino a De Gaulle en Toulouse contra el coronel Starr no había sido otra cosa que un estallido de resentimiento frente al liderazgo aliado. Su obstinación y la facilidad con que se ofendía no habían disminuido con el triunfo de la liberación. Pese a que los franceses lo habían aclamado en masa como su dirigente, los Aliados seguían sin reconocer formalmente el gobierno provisional. Este retraso se prolongó, ante la insistencia de Roosevelt (aconsejado a su vez, casi con toda seguridad, por el almirante Leahy, antiguo embajador suyo en el gobierno de Vichy), dos meses casi después de la liberación de París. El hecho de que los embajadores de los «Tres Grandes» se hallasen ya en su lugar no hizo sino irritar más aún a De Gaulle.

El de Gran Bretaña, Duff Cooper, a quien ya conocía el general de Argel, llegó al aeropuerto de Le Bourget en un Dakota el 13 de septiembre tras atravesar el canal de la Mancha custodiado por no menos de cuarenta y ocho aviones Spitfire. Una vez allí, una escolta de motocicletas lo acompañó junto con la caravana de automóviles que lo seguían hasta el Arco de Triunfo, donde depositó una corona de flores sobre la tumba del soldado desconocido. Entonces se unió en el hotel Berkeley a los subordinados que se habían adelantado. La Embajada Británica, establecida en el palacio de Pauline Borghese, edificio de piedra color miel erigido en la rué du Faubourg Saint-Honoré, se hallaba intacto; no obstante, carecía de agua y electricidad, y las salas de visita seguían atestadas de muebles pertenecientes a las familias que habían huido de París en junio de 1940.

A la mañana siguiente, Duff Cooper fue a ver a Bidault al Quai d'Orsay y recogió la visita en su diario: «Tenía un curioso aspecto juvenil y cierto aire que hacía pensar que lo abrumaban las responsabilidades, como si reconociese que no sabía nada ni tenía experiencia alguna. En general, me resulta simpático, aunque me cuesta no poner en duda que vaya a demostrar ser lo bastante fuerte para desempeñar el cargo».[118]

No hubo de pasar mucho tiempo para que Duff Cooper se encontrase en una posición que ya conocía bien de Argel: entre la espada de Churchill y la pared de De Gaulle. Uno de los primeros mensajes que recibió del Ministerio de Asuntos Exteriores lo avisaba de la intención que tenía el primero de hacerle una visita transcurridas unas tres semanas. La respuesta indicaba que el primer ministro no debía hacer dicho viaje hasta haber reconocido el gobierno de De Gaulle y recibir la debida invitación del propio general. Churchill seguía considerando Francia como parte de la zona de guerra aliada y no en cuanto estado soberano.

El gobierno de Estados Unidos dio muestras de una falta de diplomacia

semejante. Duff Cooper supo a título privado en el Quai d'Orsay que los estadounidenses habían nombrado al embajador en Francia sin ni siquiera solicitar el consentimiento del gobierno provisional, lo que había hecho que Bidault se sintiera ofendido en lo más profundo.

Hasta que Roosevelt quisiera reconocer de forma oficial su gobierno, De Gaulle no estaba dispuesto a encontrarse ni con el embajador estadounidense, Jefferson Caffery, ni con Duff Cooper, a pesar de que su propio embajador en Londres, Rene Massigli, había sido recibido por el rey e iba a permanecer con Churchill en el país. El propio general francés estaba retrasando el proceso de legitimación al negarse a aceptar una división temporal de Francia entre una zona de guerra, bajo la autoridad del SHAEF, y la zona del interior.

Por fin, tras una agitada confusión de última hora, se retiraron las últimas barreras, y a las cinco de la tarde del lunes, 23 de octubre, Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia y Canadá reconocieron de modo simultáneo la legitimidad del gobierno provisional. «¡Por fin! —observó sir Alexander Cadogan, ministro británico de Asuntos Exteriores—. ¡Vaya un revuelo el que se ha montado por tan poca cosa! Y todo por esa abuelita rencorosa de Leahy. ¡Espero que esté mareado de lo lindo!»[119]

Aquella noche, Duff y la señora Diana Cooper estaban invitados a cenar con el general. El matrimonio llevó con ellos a Beatrice Edén, la esposa del ministro de Asuntos Exteriores. Entre los demás convidados a la residencia del general en el Bois de Boulogne se hallaban Bidault, el general Juin, François Mauriac y Gastón Palewski. La atmósfera de la velada fue por completo deprimente, y la conversación, escasa. De Gaulle se negó a responder cuando Duff Cooper mencionó el reconocimiento del gobierno provisional, y cuando el embajador insistió y expresó al general sus esperanzas de que estuviese contento por el final del proceso, el general se limitó a encogerse de hombros y le indicó que nunca verían dicho final. Cooper se hallaba sentado junto a la señora De Gaulle, que en ningún momento despegó sus ojos de su esposo ni dijo nada en toda la noche.

Esta «ocasión en extremo fría y aburrida, peor aún de lo que suelen ser sus recepciones... debía haber sido una fiesta de gala —escribió Duff Cooper en su diario—; pero *gala* no es una palabra que incluya el vocabulario del general De Gaulle».[120]Mientras regresaban a casa en coche tras la velada, Beatrice Edén observó que, por lo general, nada de lo que uno teme acaba siendo tan malo como se espera, pero que aquella noche había resultado ser mucho peor de lo que ella había temido. Cuando Duff vio a Massigli en Londres pocos días después y le describió la cena, su homólogo estalló en carcajadas. Los dos sabían bien por experiencia que el genio de De Gaulle se tornaba insoportable cuando el general se disponía a curar su orgullo herido. A esto se sumaba, para colmo de males, su convencimiento de que hablar poco no era ninguna incorrección. La explicación de todo esto radicaba tal vez, según hizo saber a Duff un miembro veterano del Quai d'Orsay, en su excesiva timidez.

De Gaulle se había visto obligado a participar en la vida social, aunque esta actitud era por completo ajena a su naturaleza. Diana Cooper ya había notado en Argel que la conversación del general durante las cenas «era tan fluida como la goma arábiga». El matrimonio Cooper lo apodaba *Charlie Wormwood* («Carlitas el Bilioso»). La casa del general era célebre por su austeridad, y las esposas de los embajadores sentían terror ante la idea de tomar té con Yvonne de Gaulle, cuya conversación era aún más parca que la de su marido. De todos era conocido el carácter puritano de «la tía Yvonne». Según se decía, la sola idea de reunirse con una mujer divorciada le producía migraña.

Al embajador estadounidense, Jefferson Caffery, que llegó a París el 12 de octubre, no le fueron de gran ayuda los relatos «desalentadores» que habían hecho circular otros compatriotas acerca de su persona. Él no era un diplomático nato, y raras veces parecía estar relajado. Siempre iba vestido con una pulcritud impecable, si bien caminaba con rigidez y ayudándose de un bastón. En ocasiones se mostraba incapaz de expresarse debido a un defecto de habla, y en otras lo hacía de un modo directo y brusco; aunque cuando se hallaba relajado podía ser una compañía excelente. Era valiente y generoso, y llevaba con discreción su homosexualidad. Sin embargo, su amante, uno de sus propios subordinados en la embajada, no parecía tan precavido a la hora de mantener el secreto de su relación. Su esposa, Gertrude, era mayor que él, y sabía conducirse con protocolo, a pesar de que en el fondo tenía un corazón bondadoso. Era evidente que no le gustaba más que a su marido tener invitados, pero se esforzaba por sobreponerse. Sin embargo, ambos brillaban por su ausencia en las recepciones diplomáticas con bastante asiduidad.

A pesar de que Caffery no conocía bien Francia, no faltaban en su plantilla quienes supliesen esta deficiencia. Su asesor político, Douglas MacArthur II —sobrino del general y yerno de un antiguo vicepresidente—, había estado en la Embajada de París antes de la guerra y había trabajado para el almirante Leahy en Vichy. Ridgway Knight, que había sido uno de los vicecónsules de Robert Murphy en el África septentrional, demostró ser uno de los integrantes mejor informados de la Embajada, merced a los contactos de que disponía al haberse criado en Francia y ser totalmente bilingüe. En lo referente al Servicio de Inteligencia, Caffery contaba con Charles Gray, jugador de polo acomodado y hombre de mundo conocedor de los lugares de moda, que había vivido en la capital francesa en el período de preguerra, y con el capitán David Rockefeller, quien ocupaba el cargo oficial de asistente militar agregado, puesto que gozaba de reconocimiento internacional por ser para la labor de información lo que la hoja de parra para las esculturas clásicas.

Gray, personaje tranquilo y encantador, miembro del Travellers' Club y también del Jockey Club, tenía poco en común con su embajador. Cierto día que se hallaba en la primera de estas asociaciones después de almorzar, levantó la mirada del tablero de *backgammon* para encontrarse con dos

miembros de la segunda con guantes blancos y en posición de firmes. Habían ido a retarlo a un duelo en nombre de un amigo que se había sentido insultado por él. Monsieur Gray elegía el arma. ¿Sería tan amable de hacer llegar a aquél su respuesta?

Las noticias de este desafío se extendieron con tal velocidad que, al regresar a la Embajada, Charlie Gray se encontró con una nota en la que se solicitaba su presencia en el despacho del embajador. Caffery le comunicó, con toda la severidad de que fue capaz, que cualquiera de sus subordinados que se viese envuelto en un duelo habría de dimitir de inmediato. El interpelado quedó abatido: adoraba su trabajo, pero si se negaba a luchar, nunca más podría levantar cabeza en la sociedad parisina. De pronto, le vino al pensamiento la solución perfecta. Escribió una nota por la que aceptaba el reto e informaba a los padrinos de que las armas elegidas eran carros de combate... del alcance, eso sí, que ellos estimasen oportuno.

El cuerpo diplomático que se congregó en París pareció dividirse de forma automática —lo que tal vez era inevitable, dado el lugar y la época— entre hedonistas y puritanos. El general Georges Vanier, embajador canadiense, era un católico incorruptible. En un principio se alojó en el Ritz, mientras se acondicionaba la Embajada; pero, a decir de su agregado militar, «salió de allí indignado, pues el lugar estaba, al parecer, lleno de logreros de guerra que bebían champán como esponjas».[121]Vanier se negó también a tener calefacción en su despacho, toda vez que los franceses carecían de combustible para sus propios hogares; en consecuencia, se sentaba ante su escritorio enfundado en su abrigo militar.

El nuncio papal, monseñor Roncalli, futuro papa Juan XXIII, no era un soldado anacoreta como Vanier. En las fiestecillas que organizaba a la hora de almorzar nunca faltaban el buen vino ni los alimentos de calidad; sin embargo, este tipo de reuniones se llevaba a cabo con gran discreción. Tal como refirió el pontífice en cierne a Jacques Dumaine, jefe de protocolo del Quai d'Orsay, consideraba que lo más sabio era pasar inadvertido, pese a que Georges Bidault y otros ministros católicos hacían que el gobierno de De Gaulle se mostrase menos hostil para con la Iglesia que muchos otros del pasado.

El embajador suizo, Cari Burckhardt, había sido comisario de la Liga de las Naciones en Danzig y después, durante la guerra, presidente de la Cruz Roja internacional. Su legación era el Hotel de l'Abbé de Pompadour, sito en el número 142 de la calle de Grenelle. Había caído en manos helvéticas a finales del siglo XVIII al pertenecer a Besenval, capitán de la guardia suiza de Luis XVI y autor de un divertido diario sobre la vida cortesana.

Burckhardt, historiador y humanista, era digno sucesor de Besenval, si bien algo más serio. Era una persona alta y apuesta, y podía llevar su conversación a cotas de una gran intelectualidad. «Me veo siempre inmersa en una constante agonía por no entenderlo», escribió Diana Cooper, con quien tuvo una aventura a finales de la década de 1930. Los Cooper y los Burckhardt

siguieron siendo grandes amigos, y él la obsequiaba con todas las historias turbulentas que circulaban en torno a ella y la Embajada Británica.

La residencia del embajador británico era, sin lugar a dudas, un lugar muy poco austero, no tanto por una cuestión de lujo —si bien la bebida y la comida eran siempre de buena calidad— como por la negativa de sus ocupantes a adoptar posturas morales poco abiertas. Duff Cooper era de la opinión de que lo pasado, pasado está. No tenía intención alguna de invitar a ningún colaborador de relevancia (para ello, Gastón Palewski se encargaba de revisar en privado las listas de convidados), pero tampoco perdía el tiempo con chismorreos ponzoñosos y a menudo poco veraces. Los escritores de la Resistencia como Vercors y el comunista Paul Eluard no tenían ningún problema a la hora de comer allí con Cocteau y Louise de Vilmorin, que recibieron numerosas críticas tras la liberación. Ni siquiera los enemigos acérrimos rehusaban una oportunidad así de reunirse en suelo neutral. Así, el poeta Louis Aragón, comunista, no se retiró al encontrarse con André Malraux, cuyas ideas habían tomado un giro cada vez más decidido hacia la derecha.

Diana Cooper sabía cómo mezclar invitados de forma imprudente y salirse con la suya. En cierta ocasión hizo acudir a Daisy Fellowes y a la marquesa de Bath, dos de las mujeres más mundanas que puedan imaginarse, a un almuerzo en honor del embajador de Tito y de Marcel Cachin, decano del Partido Comunista francés. El que la primera, que durante mucho tiempo fue considerada la mujer mejor vestida de todo el mundo, ocupase el asiento situado frente al de la señora Cachin, quien tenía «el aspecto de una portera anciana», no pareció incomodar a nadie, ni de un bando ni del otro. La señora Cachin «demostró poseer un elevado nivel cultural, así como profundos conocimientos de arte», lo que la hizo merecedora de la total aceptación del resto.[122]

La Embajada Rusa, situada en la calle de Grenelle, había sido un edificio hermoso hasta el momento en que le habían instalado puertas de hierro con mirillas y demás dispositivos de seguridad de todo tipo imaginable. Las recepciones se celebraban en salas doradas, resplandecientes por la acción de una poderosa luz eléctrica, y una ruidosa radio sustituía, desde un aparador, a la orquesta de cuerda. Todo esto hacía de aquel lugar el escenario idóneo para el representante de Stalin, Sergei Bogomolov, el más hedonista de todos los embajadores... si tal carácter se mide por el consumo de alcohol.

Una noche, después de que los embajadores de los Tres Grandes hubiesen presentado una minuta conjunta en el Quai d'Orsay, Bogomolov pidió a Caffery y a Duff Cooper que lo acompañaran a la Embajada Rusa. «Había allí dos mesas —registró en su diario este último—, una para los tres embajadores y otra para los tres secretarios, Eric [Duncannon, futuro conde de Bessborough], MacArthur y Ratiani.» En el centro de la mesa se dispusieron platos con lonjas de esturión, tarros de caviar, huevos y sardinas a fin de acompañar la bebida. Bogomolov comenzó la velada proponiendo unos

quince brindis, todos con vodka. Se daba por hecho que los otros dos embajadores habían de seguir su ejemplo.

El primero en sucumbir fue el propio secretario de Bogomolov, Ratiani, que cayó al suelo mareado; y no hubo de pasar mucho tiempo antes de que tuvieran que acompañar a sus coches al resto de diplomáticos presentes. Ni Caffery ni el mismo Bogomolov se dejó ver hasta bien entrada la tarde del día siguiente. Por su parte, tanto Duff Cooper como MacArthur cayeron seriamente enfermos y hubieron de guardar cama durante varios días.

En otra ocasión en que se celebraba una cena *á quatre*, la señora Bogomolov puso fin, por fortuna, a la «competición alcohólica» cuando su marido comenzó a proponer una retahíla de «ingeniosos brindis, tales que parecía poco cortés, poco patriótico, ingrato o grosero no aceptarlos». La esposa del anfitrión llegó incluso a reprenderlo por interrumpir a sus invitados, pero no sirvió de mucho. Mientras el representante de Stalin «recitaba un monólogo plagado de estadísticas acerca del número de mujeres que se había matriculado en cada una de las repúblicas soviéticas y se jactaba de la capacidad de los científicos y astrónomos soviéticos», la señora Bogomolov confesó a Diana Cooper que llevaba semanas sin ver una pastilla de jabón. La crisis saponaria soviética fue enmendada al día siguiente por medio de un mensajero portador de varias pastillas a modo de obsequio de agradecimiento.[123]

La celebración de la Revolución rusa del 7 de noviembre resultó tan poco proletaria como igualitaria. «El tráfico de la rué de Grenelle se hallaba inmerso en un verdadero caos —observó Duff Cooper—: tardamos una media hora en llegar al edificio. Todos los miembros de la Embajada estaban ataviados con sus elegantes uniformes, en tanto que la señora Bogomolov vestía un traje de noche con todos sus complementos. Por todos lados había luces y operadores de cine. A todos nos fotografiaron al entrar y una vez que llegábamos al piso de arriba para estrechar la mano del embajador y la embajadora. A mí me llevó un joven del personal a una habitación especial, dispuesta aparte para los invitados más privilegiados, en la que no escaseaba el vodka ni el caviar, mientras que al resto sólo le proporcionaron emparedados de mala calidad y apenas si les sirvieron bebida.»[124] Para quien esto escribía, sin embargo, la velada resultó ser memorable en otro sentido (una vez que logró abrirse paso por entre la aglomeración de la sala exterior), toda vez que fue aquella noche cuando se enamoró de la escritora Louise de Vilmorin.

Si Duff Cooper se divertía cada vez que De Gaulle se conducía de un modo particularmente intratable o grosero, Georges Bidault había de sufrir las consecuencias del carácter impredecible de su jefe de estado. El general, que raras veces consultaba a su ministro de Asuntos Exteriores o lo mantenía siquiera al tanto de sus gestiones privadas, convertía la política en algo «difícil de llevar y aun de formular».[125]

En el transcurso de los quince meses siguientes, Bidault no hizo otra cosa que disculparse en privado ante los embajadores de Gran Bretaña y Estados Unidos por las provocaciones de De Gaulle. Éstos, por su parte, no podían menos de compadecer lo complicado de su posición. Caffery refirió una serie de quejas que había formulado Bidault en relación con el general, y aseguró que el ministro de Asuntos Exteriores había añadido que «no hay, en absoluto, nadie más de quien se pueda echar mano, y hay que reconocer que De Gaulle ama a Francia, a pesar de que no le gusten los franceses».

Bajo tanta tensión, Bidault comenzó a beber demasiado (en los círculos diplomáticos, no tardó en hacerse merecedor del sobrenombre de *In Bido Veritas),*[126] [127]de tal manera que, en noviembre, De Gaulle estuvo a punto de negarse a que acudiera con él a una importante misión en el extranjero.

La proverbial lentitud del servicio diplomático francés tampoco contribuyó a hacer más fácil la vida del ministro de Asuntos Exteriores. El Quai d'Orsay aún no había logrado ponerse al día en lo referente al cambio que había supuesto el establecimiento de un nuevo orden mundial. Así, mientras que a Londres llegaban tres valijas diplomáticas a la semana, a Washington tan sólo se enviaban tres al mes. Los representantes franceses también se hallaban ajenos a todas luces de lo que ocurría en su propio país. Sin embargo, nadie podía poner en duda su erudición. Se trataba de un servicio en el que la composición elegante de un informe parecía ser mucho más importante que su contenido.

El Quai d'Orsay había mantenido siempre una relación tan estrecha como distinguida con la literatura. Alexis Léger, que escribió poesía de exóticas meditaciones bajo el pseudónimo de Saint-John Perse, había sido embajador y secretario general de dicha institución antes de la guerra. En 1940, Pétain lo despojó de toda distinción. Aun así, durante su posterior exilio en Estados Unidos no abandonó nunca su actitud de visceral oposición a De Gaulle, y se negó a regresar a Francia hasta 1958, dos años antes de recibir el Premio Nobel. Paul Claudel había trabajado allí desde la última década del siglo XIX en calidad de cónsul, y más tarde, de embajador por todo el mundo, desde Suramérica hasta Tokio, su último destino, que le fue asignado antes de la guerra. Por su parte, el dramaturgo Jean Giraudoux acostumbraba dejar el sombrero y el bastón colgados en su despacho a fin de camuflar sus ausencias mientras escribía sus obras en casa. Paul Morand había sido ministro de Vichy en Bucarest antes de trasladarse a Suiza, en tanto que Jacques Maritain, filósofo religioso, fue nombrado en 1945 embajador en la Santa Sede.

François Mauriac expresaría más tarde sus temores de que la constelación literaria de «Claudel, Alexis Léger, Giraudoux y Morand haya creado una especie de calambre cerebral, de tal manera que, después de ellos, la máquina diplomática ha sufrido de una anemia intelectual que no tiene más cura que la de una transfusión de sangre procedente de la Ecole Nórmale Supéneure».[128]

Tras la liberación, los puestos administrativos más importantes recayeron en el puñado de diplomáticos de carrera de talento sobresaliente que no habían

colaborado con Pétain, como era el caso de Hervé Alphand. El escalafón inferior fue objeto de purga y se repobló con aquellos que habían logrado una buena hoja de servicios en la guerra, hombres como Romain Gary, aviador de la Francia Libre y novelista.

Los embajadores extranjeros veían su labor obstaculizada en gran medida por la interferencia de la vida social. Los almuerzos oficiales y semioficiales acaparaban buena parte del día, por cuanto podían llegar a los siete u ocho platos, aun en un tiempo de desesperada escasez. En el transcurso de una comida interminable, Duff Cooper no pudo menos de dar la razón ajean Monnet, sentado a su lado, que «se mostró indignadísimo ante lo extenso del menú y observó que festines como ése eran lo que hacía que los que visitaban París se llevasen una idea tan falsa de la situación real».[129]

En el otoño de 1944, el visitante que más preocupaba a Duff Cooper era Winston Churchill. De nuevo se horrorizó al conocer la propuesta del primer ministro de llegar a la capital francesa sin decir una palabra a De Gaulle de antemano. Hasta hubo de rogarle que no fuera a ver al general Eisenhower al SHAEF, ya que, sin una invitación del gobierno provisional, su llegada a suelo francés podría tomarse como un nuevo insulto. Por fin, y gracias a la ayuda de Massigli y Bidault, se persuadió a De Gaulle a aceptar la visita del primer ministro británico el 10 de noviembre, de tal manera que estuviese en París para celebrar la conmemoración de la primera guerra mundial del día 11.

Churchill llegó en plena forma a Le Bourget, donde fue a recibirlo el ministro comunista del Aire, Charles Tillon, para llevarlo a los aposentos reservados en el Quai d'Orsay a los huéspedes del estado. Al primer ministro británico le hizo ilusión saber que tenía una bañera de oro, mientras que la de Anthony Edén no era sino de plata.

La presencia de Churchill en París se había mantenido en secreto, aunque la noticia se propaló con una rapidez asombrosa la mañana del Día del Armisticio, cuando salió del Quai d'Orsay en un coche de techo descubierto para encontrarse con De Gaulle. El primer ministro británico vestía un abrigo de la RAF abotonado hasta arriba para protegerse del frío y sonreía bajo la gorra del uniforme. Una vez que los dos dirigentes partieron de la calle Saint-Dominique en dirección al Arco de Triunfo, «la recepción fue tal que había de verse para creerlo —escribió Duff Cooper en su diario—. Nunca he visto otra tan multitudinaria. Todas y cada una de las ventanas estaban llenas de gente, que se apiñaba incluso en las terrazas de las casas más elevadas y aun en los tejados. Se hace difícil pensar en una aclamación más estruendosa, espontánea y genuina».

Mientras Churchill y De Gaulle depositaban coronas de flores en la tumba del soldado desconocido, los miembros de su séquito levantaban la vista al grupo de aviones Spitfire que sobrevolaba la capital a fin de proporcionarle cobertura aérea frente a una posible incursión de bombarderos alemanes. La multitud se arracimaba en filas de más de diez en fondo cuando los dos

dignatarios recorrieron los Campos Elíseos en dirección al estrado desde el que habían de saludar a las masas, que repetían al unísono: *Vive Churchill! Vive De Gaulle*! El general francés levantaba ambos brazos, y Churchill desató un rugido aún mayor de aprobación al hacer el signo de la victoria. Los dos hacían «una pareja curiosa —en palabras de Malcolm Muggeridge—: uno tan voluminoso y vivaracho, y el otro tan alto y grave. Parecían el señor Pickwick y don Quijote».[130]

El desfile estaba presidido por el general Koenig; lo acompañaba una banda de la brigada de guardias tocando *The British Grenadiers*. Tampoco faltaban gaiteros canadienses ataviados con falda escocesa, *goums* de la cordillera del Atlas, un destacamento de la marina de guerra británica y la Garde Républicaine vestida con uniforme de coraceros y montada sobre corceles negros.

Casi tan importante como el entusiasmo del pueblo resultaba la relajación de las tensiones existentes entre los dos jefes de estado. Ambos se hallaban «de un humor excelente».[131] Tras un banquete para sesenta personas celebrado en la calle Saint-Dominique, se dirigieron al piso de arriba para discutir. De Gaulle, Palewski y Massigli, así como Coulet y Chauvel, del Quai d'Orsay, tomaron asiento a un lado de la mesa, frente a Churchill, Edén, Duff Cooper y Alee Cadogan, del Ministerio de Asuntos Exteriores, sentados al otro lado. La conversación duró «unas dos horas. Winston pasó la mayor parte hablando en su francés desinhibido y bastante inteligible. Habla extraordinariamente bien, pero entiende muy poco. No se pronunció una sola palabra enojosa, a pesar de que se trataron casi todos los asuntos pendientes, incluido el de Siria».[132] Con todo, y pese a que no faltaron momentos de verdadera calidez —semejante al afecto que se profesa una pareja de separados ante el alivio de poder arreglar sus desavenencias—, De Gaulle estaba a punto de avanzar en una dirección diferente.

Tres días antes de la llegada de Churchill a París, el general francés había puesto a Bogomolov al corriente de sus deseos de visitar la Unión Soviética a fin de discutir su relación con el mariscal Stalin. De Gaulle sabía que estadounidenses y británicos no tardarían en discutir con los rusos la situación de posguerra, y no quería que Francia quedase excluida de las negociaciones [133]

El 24 de noviembre de 1944, un día después de que entrase en Estrasburgo la 2." División blindada del general Leclerc en medio de escenas idénticas a las ocurridas en París en agosto, despegó hacia Moscú el avión de Charles de Gaulle. Entre sus acompañantes se hallaban Gastón Palewski, Georges Bidault y el general Juin, así como una serie de funcionarios superiores del Quai d'Orsay.

Su lento avance a lo largo del África septentrional y a lo ancho de Oriente Medio hasta Bakú supuso en cierta medida una humillación, por cuanto el antiquísimo bimotor del jefe de gobierno se estropeó con una frecuencia

vergonzosa. De Gaulle y su comitiva dejaron el avión en la citada ciudad a causa, sobre todo, del mal tiempo. Desde allí emprendieron un viaje aún más tardo hacia el norte a través de las estepas en el vetusto tren del gran duque Nicolás, comandante en jefe zarista, en dirección a Moscú. En cada una de las etapas se les agasajaba con un banquete a despecho de la gran miseria que los rodeaba y de los atroces daños provocados por la guerra en los distintos lugares por los que pasaban. En las ruinas de Stalin-grado, los rusos seguían exhumando cadáveres del suelo helado dos años después de la batalla. Cierto día, tras observar a través de la ventanilla de su compartimiento el interminable paisaje invernal, De Gaulle comentó que el viaje se estaba haciendo tan largo que esperaba que no se produjese una revolución en su ausencia.

Las descripciones que se hacían de Stalin en aquella época se centraban en su frente inclinada y rectangular, su tez pálida y unos ojos grandes, almendrados y brillantes. Por otro lado, el modo en que se tensaba su piel a la altura de las mejillas cuando sonreía hacía aún mayor la impresión que daba de llevar una máscara. De Gaulle lo pintó de forma memorable como un «comunista vestido de mariscal de campo, un dictador oculto tras sus maquinaciones, un conquistador con aire de afabilidad».[134]

El festín celebrado en el Kremlin no fue, con todas sus evidentes muestras de ostentación, un acontecimiento alegre. Estuvieron presentes unos cuarenta funcionarios rusos, la delegación francesa, el encargado de negocios de la Embajada Británica y Averell Harriman, embajador estadounidense. Stalin propuso una serie interminable de brindis, empezando por algunos que halagaban a sus invitados y a los que siguieron unos treinta más en honor a sus subordinados rusos: Molotov, Beria, Bulganin, Voroshilov... y así hasta la base de su jerarquía.

Cada vez que levantaba su vaso al final de uno de sus breves discursos, gritaba: «¡Acércate!», a lo que el destinatario del brindis en cuestión había de rodear la mesa a la carrera a fin de hacer chocar su vaso con el de Stalin. El resto de los circunstantes permanecía sentado, sumido en un silencio sepulcral. El mariscal levantó su licor y, con un tono de voz tan suave que resultaba desconcertante, se dirigió al jefe del estado mayor del aire soviético para amenazarlo acto seguido en un alarde brutal de humor de verdugo.

En determinado momento, Stalin se volvió hacia Gastón Palewski para indicarle con una maliciosa sonrisa de desdén (sin duda porque la delegación francesa había eludido la cuestión de reconocer el gobierno títere que pretendía asignar a Polonia): «Uno nunca deja de ser polaco, monsieur Palewski».[135]

Entre los objetivos principales del viaje de De Gaulle se hallaba el de resucitar la tradicional alianza de Francia y Rusia frente a Alemania (su sentido de la historia hizo que nunca olvidara que la segunda había salvado a la primera en 1914), aunque para él no era menos importante aliarse con Stalin con el fin de crear un contrapeso ante el poder de Roosevelt y

Churchill. Asimismo, necesitaba asegurarse de que el Partido Comunista francés no sacara los pies del plato.

No debería subestimarse la sensación que tenía De Gaulle de haber sufrido una injusticia a manos de Roosevelt y Churchill. La indignación que le había provocado el que no contasen con su opinión en 1942 llegó a tales extremos que hizo incluso que se planteara romper todo tipo de relaciones con ambos. En Londres había pedido al ubicuo embajador Bogomolov que descubriese cuáles eran las condiciones que pretendía imponer Stalin a cambio del reconocimiento de la Francia Libre. Y en los albores de 1943, un grupo de cazas de esta organización se dirigió a Rusia con objeto de respaldar al Ejército

Rojo. Era conocido como el regimiento Normandie-Niemen, y algunos de sus aviadores —pese a ser más gaullistas que comunistas— alcanzaron la distinción de héroes de la Unión Soviética.

Resulta evidente que De Gaulle albergaba muchas menos ilusiones acerca de Stalin que Churchill y Anthony Edén, quienes daban muestras de una asombrosa inclinación a creer en su buena fe. El dirigente francés, por su parte, había actuado desde un principio en sus relaciones con la Unión Soviética llevado de una cautela que raras veces había demostrado hacia sus aliados anglosajones. Jamás había criticado abiertamente a Stalin, a los comunistas franceses o incluso el pacto nazi-soviético. De hecho, tenía una buena razón para guardar silencio al respecto de este último.

Stalin despreciaba a los franceses. La caída de Francia en 1940 había minado el propósito principal de su pacto con Hitler. Él había albergado la esperanza de una larga guerra de desgaste en el frente occidental entre la Alemania nazi y las democracias capitalistas, y el armisticio del mariscal Pétain había permitido al Führer arremeter contra la Unión Soviética con las fuerzas intactas y una movilidad aún mayor, merced a los vehículos capturados al Ejército francés. En el congreso de Teherán, celebrado en 1943, Stalin declaró que «Francia debe pagar por su colaboración criminal con Alemania».[136]

El dirigente soviético se mostraba mucho más desconfiado ante británicos y estadounidenses. El pacto que había hecho Eisenhower con el almirante Darían en 1942 lo persuadió hasta tal punto de que Estados Unidos pretendía llegar a algún tipo de acuerdo con Alemania que Roosevelt y Churchill se vieron obligados a asegurarle por medio de una declaración que no aceptarían otra cosa que no fuese la rendición sin condiciones. Aun así, Stalin seguía sin dar crédito a sus palabras. De Gaulle, por su parte, parecía no cejar en su convicción de que Alemania debía fragmentarse en estados diminutos una vez privada de toda su capacidad industrial. En consecuencia, su oferta consistía en lo único que podía interesar a Stalin: un comodín en el ámbito de la Alianza occidental.

Finalmente, Stalin acabó por abordar la cuestión del regreso a Francia de Maurice Thorez. Debió de haber apreciado el modo sutil en que De Gaulle

había creado un vínculo invisible entre el retorno de Thorez y la disolución de las milicias patrióticas. Sin embargo, el general no hizo nada por ocultar su irritación cuando Stalin sacó a colación sin ninguna diplomacia y sin más ambages el primero de estos asuntos.

—No tome a mal mi indiscreción —refirió a De Gaulle en tono confidencial—; sólo estoy diciendo que conozco bien a Thorez y que, en mi opinión, es un buen francés. Si yo estuviese en el lugar de usted, no lo encarcelaría. —Dicho esto, entrecerró los ojos con una sonrisa al tiempo que añadía—: ¡Al menos, de momento!

—El gobierno francés —repuso De Gaulle en ademán arrogante— trata a sus ciudadanos según lo que espera de ellos.[137]

Treinta y seis horas antes de que Thorez partiese hacia París, Stalin lo hizo acudir al Kremlin para recibirlo en audiencia, la segunda que concedía al dirigente del Partido Comunista francés en cinco años. A modo de consejo de despedida, le recordó —tras advertirlo de la naturaleza reaccionaria y dictatorial del general De Gaulle— el carácter primordial de la unidad nacional de Francia a fin de propiciar la caída de Hitler. El mensaje subyacente era obvio, y Thorez, en actitud servil, tomó buena nota.

Al dirigente soviético no sólo le preocupaba el que Estados Unidos pudiera dejar de suministrarle provisiones si los comunistas franceses comenzaban a causar problemas. Por otra parte, una revolución comunista en la retaguardia brindaría también a los estadounidenses la excusa perfecta para acordar con el estado mayor general alemán una paz por separado o incluso materializar su peor pesadilla: la firma de una alianza militar en contra de la Unión Soviética.

El tratado franco-soviético se firmó por fin a las cuatro de la madrugada, una vez que las dos partes lograron alcanzar un acuerdo en lo referente al gobierno títere de Stalin en Polonia. Hubieron de reanimar a la carrera a Bidault, que había perdido el conocimiento en el banquete a causa del alcohol, para hacer que los dos ministros de Asuntos Exteriores estamparan su firma en el documento bajo la atenta mirada de Stalin y De Gaulle, de pie tras ellos. «Il faut féter cela!», apremió Stalin, y enseguida sirvieron más comida y más vodka.

Durante la visita a Moscú se habían producido varias mete-duras de pata, como, por ejemplo, la mención que hizo De Gaulle del pacto sellado por Pierre Laval con Rusia en 1935. Tampoco faltaron las provocaciones por parte de los soviéticos. Uva Ehrenburg, a instancias de Stalin seguramente, obsequió a De Gaulle con un ejemplar de su novela *La caída de Varis*, que giraba en torno a los acontecimientos de 1940. Con todo, cuando la delegación regresó a la capital francesa una semana antes de Navidad, todos parecían convencidos de que el viaje había sido un gran éxito, aun a pesar de que, para regocijo de Hervé Alphand, las versiones divergiesen por completo.

De Gaulle se mostraba mucho más optimista. El acuerdo firmado en Moscú bien pudo no haber impresionado demasiado en el ámbito internacional, y sin

duda no había logrado el respaldo que esperaba Francia en lo tocante a su reivindicación de la margen izquierda del Rin; pero el general apenas podía haber imaginado una póliza de seguros nacional más efectiva. Maurice Thorez, que había regresado a Francia durante su ausencia, no estaba llamando al Partido Comunista francés a las barricadas, sino exigiéndole sangre, sudor, una mayor productividad y la unidad nacional. Los comunistas de la Resistencia apenas si podían dar crédito a sus oídos; sin embargo, al día siguiente, sus palabras recibieron la confirmación de la prensa del partido, que hacía hincapié en lo dictado por el Kremlin.

La idea de una revolución en Francia se hizo aún menos probable durante las dos semanas siguientes. El 17 de diciembre, día en que regresó De Gaulle de Moscú, llegó a París la noticia de la ofensiva que había llevado a cabo sobre las Ardenas el mariscal de campo Von Rundstedt.

La mayor parte del pánico se debía a las historias que hablaban de comandos de alemanes anglohablantes que estaban sembrando el caos muy por detrás de las líneas de combate. Los documentos de identidad ya no bastaban en los puestos de control. A todo aquel que llevaba uniforme estadounidense se le formulaban preguntas sobre béisbol, en tanto que a los que vestían uniforme inglés se les planteaban retos como: «¿A cuánto equivale una pinta?», o: «¿Qué significan las siglas LBW?».[138] [139]

Ante la posibilidad de un ataque de paracaidistas, París se llenó de soldados dispuestos a defender los edificios públicos. Asimismo, se impuso el toque de queda desde las ocho de la tarde hasta las seis de la mañana. Por toda la ciudad se extendió sin control el rumor de que el enemigo había vuelto a tomar Estrasburgo, e incluso de que se hallaba más allá de Sedan, un nombre que traía terribles recuerdos de 1870. Para los franceses, el temor de otra invasión alemana no tenía tanto que ver con su propia seguridad —si bien algunos refugiados abandonaron la capital— como con la rabia que les producía la idea de que los colaboradores se salieran con la suya. El regocijo de los reclusos germanófilos de la prisión de Fresnes que creían que no tardarían en ser liberados demostró ser por demás precipitado: eran demasiados —y no sólo antiguos miembros de las FFI— los que estaban resueltos a hacer que los colaboradores no viviesen para volver a dar a los alemanes la bienvenida a París.

La Navidad de 1944 no fue una época dichosa, dados los tres millones de personas muertas, desaparecidas o confinadas aún en campos de concentración alemanes. «París es una ciudad lúgubre, fría; diríase vacía, sin una alma —escribió Hervé Alphand—. Me recuerda en parte a la Viena de finales de la última guerra: un decorado magnífico sin gente ni luces.»[140]

De Gaulle quedó horrorizado, y con razón, al saber que Eisenhower estaba considerando la posibilidad de retirarse de la recién liberada ciudad de Estrasburgo a fin de enderezar su línea de combate. Afortunadamente, Churchill, que se encontraba en Francia el 3 de enero, se reunió con ambos en

el cuartel general del SHAEF en Versalles para respaldar un acuerdo según el cual debían quedar dos divisiones francesas con objeto de defender la capital de Alsacia. El general francés sintió tal alivio ante el resultado de dicho encuentro que quiso hacer público un jactancioso comunicado. Palewski presentó primero el borrador en la Embajada Británica, y Duff Cooper le hizo ver que no haría sino empeorar la situación. «Daba a entender que De Gaulle había convocado una reunión militar a la que se había permitido asistir al primer ministro y a Eisenhower.»[141]

Ni siquiera cuando se desmoronó la ofensiva alemana y Estrasburgo se vio fuera de peligro tuvo De Gaulle razones para estar optimista. Francia se hallaba inmovilizada prácticamente por el frío. Aquel enero sin combustible alcanzó unas temperaturas tan bajas que el pastor Boegner llegó a escribir en su diario: «Siento que mi cerebro es cada vez más lento. Tengo la extraña impresión de no ser capaz de elegir mis palabras a la velocidad acostumbrada».[142] De cualquier modo, lo que más dolió a De Gaulle fue el hecho de que Francia no fuese invitada a participar en las conversaciones celebradas en Yalta durante la primera quincena de febrero.

Roosevelt no había olvidado la antigua antipatía que profesaba al dirigente galo, y Stalin tampoco había cambiado de actitud a raíz de lo acordado en Moscú. El Kremlin seguía convencido de que habían sido los estadounidenses y los británicos quienes habían «expulsado a los alemanes y liberado el país, y no los ejércitos franceses».[143]

La actuación de los dirigentes británicos a la sazón distaba mucho de ser digna de encomio. Edén, en particular, parecía albergar un temor casi morboso de irritar a Stalin de un modo u otro. Aun así, la totalidad de los pactos más tristemente célebres, desde el «acuerdo de los porcentajes» al que llegaron Churchill y Stalin en octubre de 1944 hasta la traición de Polonia, se han sacado de contexto con demasiada frecuencia. Y la idea de que la presencia de De Gaulle en Yalta podría haber salvado a la Europa central de casi cincuenta años de tiranía no puede ser más infundada, pues no tiene en cuenta que lo acordado allí constituyó en muchos sentidos un sello político colocado sobre una realidad surgida como consecuencia de la estrategia que se había decidido adoptar en la conferencia de Teherán. Ningún gobierno occidental estaba en situación de pedir a unos soldados que anhelaban la desmovilización que se preparasen para enfrentarse al aliado ruso, más aún tras los elogios en que se había envuelto al Ejército Rojo por el sacrificio realizado.

No es difícil entender el enojo que sentían los franceses ante el hecho de que se estuviese parcelando Europa sin la intervención de un solo representante continental, a pesar de que su resentimiento estuviese mal dirigido. Por desgracia, la situación empeoró más aún cuando el presidente Roosevelt invitó a De Gaulle a reunirse con él en Argel a su regreso de Yalta para ponerlo al corriente de lo que allí se había acordado. De Gaulle montó en cólera al ver que el dirigente estadounidense trataba Argel, que formaba parte

del territorio francés, como si fuese de su propiedad, por lo que rechazó al punto la invitación. Entonces se corrió la voz de que Roosevelt lo había motejado de quisquilloso, hecho que no hizo sino inflamar aún más su ira.

El sentimiento de los franceses, empero, experimentó un cambio a principios de la primavera de 1945, cuando el Ejército Rojo comenzó a avanzar a paso agigantado. «Las autoridades francesas están aterrorizadas», según informó Caffery a Washington. Bidault había exclamado: «¿Quién va a detener a Atila? Cada día es mayor el territorio que recorren». El propio De Gaulle hubo de admitir que Francia necesitaba con desesperación la ayuda de Estados Unidos. Caffery no podía dejar pasar esta oportunidad. «Me di cuenta —escribió— de que algunos de los funcionarios del gobierno francés actuaban en ocasiones como si no compartiesen esta opinión. Respondían enumerando las quejas que tenían en nuestra contra, y yo les pagaba con la misma moneda. Al final, sin embargo, hubimos de acordar que no había tiempo para discusiones.»[144]

De Gaulle tenía un magnífico sentido de la historia; con todo, le resultaba difícil soportar el hecho, tan vulgar, de que un país sin dinero no pudiese ser una potencia mundial. La grandeza de Francia y la de Gran Bretaña estaban llamadas al fracaso, tanto como sus imperios, que se habían repartido buena parte del mundo a lo largo de los dos últimos siglos. En adelante iban a dominar el continente europeo dos superpotencias diferentes, y esta perspectiva suponía una amarga humillación que no estaban dispuestos a aceptar ni él ni la mayoría de sus compatriotas. Este hecho acarreó unas consecuencias desastrosas, pues dobló su determinación de no renunciar a las posesiones coloniales. Asimismo, los volvió susceptibles a lo que en ocasiones daba la impresión de ser una nueva ocupación de Francia, llevada a cabo en esta ocasión por el Ejército estadounidense.

11 Uniformes caqui y banderas tricolor

Durante cierto período de tiempo, después de la liberación e incluso del final de la guerra, hubo apostados en la plaza de la Concordia policías militares de casco blanco que detenían el tráfico para dar prioridad a los vehículos estadounidenses que se dirigían a la embajada de su país.

Eisenhower, su comandante supremo, no era ningún déspota insensible, a pesar de que sus relaciones con el gobierno provisional se veían afectadas por la desconfianza surgida entre el presidente Roosevelt y De Gaulle durante la contienda. El plan de instaurar el dominio aliado como si Francia fuese territorio enemigo conquistado estaba condenado a envenenar cualquier coalición.

Las fuerzas aliadas que desembarcaron en Normandía estaban muy bien preparadas. La «Guía de Francia n.° 16, III parte» contenía, supuestamente, «Información local y de personalidades administrativas»; pero en realidad no era sino una relación de los prostíbulos parisinos, *arrondissement* por *arrondissement*. Se había elaborado en mayo de 1944, es de suponer que a partir de la información proporcionada por los servicios de inteligencia aliados, y amén de reconocer que no tenía «por qué ser exhaustiva», advertía de que, «debido a la escasez de todo tipo de suministros médicos», el país había experimentado «un incremento considerable del número de enfermedades venéreas».

Resulta difícil precisar si el hecho de conocer de antemano lupanares como el de Aux Belles Poules, sito en la calle Blondel, el establecimiento del número 4 de la rué des Vertus («calle de las Virtudes»), que carecía de nombre, o la Casa de las Naciones, instalada en la calle Chabanais, aceleró el avance estadounidense hacia la capital. De lo que no cabe dudar es de que los soldados hicieron buen uso de la abundante información que les habían proporcionado sus comandantes, toda vez que, en el transcurso de un año, las autoridades militares de Estados Unidos se vieron obligadas a fijar carteles en las paredes de los cuarteles que proclamaban: «Gonorrea. ¿Quieres formar una *familia*? El doce por 100 de los hombres que contraen gonorrea quedan estériles. Regresa sano a casa».

El general Montgomery, hombre muy puritano, prohibió a los soldados británicos la entrada a los burdeles y envió a miembros de la policía militar a los barrios de prostitución. Estas medidas no lograron acabar con el negocio, por cuanto, a despecho de las tormentas de verano, se empleaban con este fin los campos anejos a los campamentos militares.

Para gran consternación de los patriotas franceses, la exuberancia de la liberación no tardó en empañarse por casos de robos y por las actividades del

mercado negro. Para muchos se trataba de una cuestión de supervivencia, tal como había sucedido durante la ocupación. El propio Yves Farge, futuro ministro de Abastecimiento, reconoció que había gente «condenada a traficar o perecer».[145] Así y todo, el mercado negro se consideró en un primer momento una vergüenza para Francia, opinión que compartían tanto los Aliados como los mismos franceses.

Los primeros carteles distribuidos por el gobierno provisional se centraban en lo que tenía este hecho de amenaza para el patriotismo galo: «Ningún francés tiene derecho a hacer que sus conciudadanos pasen hambre». «Los oficiales y soldados de nuestros aliados se asombran de los precios que han de pagar en ciertas tiendas y restaurantes.» Sin embargo, no hubo de pasar mucho tiempo para que las autoridades civiles y militares cayesen en la cuenta de que los miembros de las fuerzas aliadas se estaban aprovechando de la situación de un modo no menos vergonzoso. De hecho, no eran pocos los que sospechaban que el mercado negro había aumentado su actividad con la complicidad de oficiales de intendencia y jóvenes empresarios resueltos a amasar una fortuna antes de regresar a Estados Unidos.

Dado que las tiendas francesas se encontraban prácticamente vacías, casi todos los artículos proporcionados por la cornucopia militar estadounidense (café, gasolina, neumáticos, cigarrillos, botas, jabón, munición, morfina, carne de cerdo en conserva o whisky) acababan por venderse en el mercado negro. De este modo se introducía con descaro un capitalismo nada moderado en un país que intentaba introducir un socialismo de guerra efectivo.

El 13 de enero de 1945, los diarios difundieron una proclama firmada por el gobernador militar de París y dirigida a la población: «Todo aquel que sea hallado en posesión de gasolina, armas, munición, maquinaria o cualquier otro material bélico será sometido a un consejo de guerra».[146] Sin embargo, este tipo de advertencias no surtió demasiado efecto. El robo y la venta de las reservas de combustible en bidones comenzó incluso a poner en peligro el ataque a Alemania.

Tampoco sirvió de mucho colorear la gasolina, ni siquiera los consejos de guerra celebrados contra soldados estadounidenses, algunos de los cuales fueron objeto de sentencias severas en extremo. Los beneficios que podía reportar tal actividad eran tantos y tan fáciles de obtener que los traficantes de droga franceses acabaron por abandonar su ocupación para sumarse al estraperlo, a veces en connivencia con militares estadounidenses. Fue ante todo la osadía de los comerciantes clandestinos lo que arrastró al gobierno al borde de la desesperación. En cierta ocasión, el ministro de Abastecimiento cursó la orden de «incautarse de tres camiones franceses que transportan alimento y viajan con documentos firmados por Eisenhower».[147]

El gobierno francés pudo comprobar con gran exasperación que existían otras maneras de que los soldados estadounidenses ganasen una fortuna a su costa. Todas las fuerzas de Estados Unidos se hallaban exentas de los controles de cambio franceses y derechos de importación. Esto quería decir

que los militares podían trocar en dólares la paga que recibían en francos al tipo de cambio oficial. Muchos de ellos volvían a cambiar estos dólares por francos en el mercado negro, con lo que conseguían unas ganancias elevadas. Más tarde surgió otra forma de hacer dinero a expensas del gobierno francés: «Me han dicho —indicó Caffery en un informe enviado a Washington— que hay un buen número de empresas neoyorquinas que remiten cigarrillos americanos y medias de nailon a direcciones [del servicio postal del ejército] de aquí. Gran parte de estas mercancías la canjean o la venden los compradores estadounidenses que se benefician de la exención del control de aduanas francés que brinda nuestro servicio de correos».[148]

Lo cierto es que las medias de nailon podían no estar destinadas al estraperlo, por cuanto para los soldados estadounidenses constituían el cebo más obvio de que disponían para persuadir a las jóvenes francesas a salir con ellos. En conjunto, lo más probable es que de la explotación de estos bienes se beneficiasen por igual los de uno y otro bando. «El deporte favorito de Lise tras la liberación —escribió Simone de Beauvoir acerca de una joven que se alojaba en su mismo hotel— consistía en lo que ella llamaba "la caza del americano"», es decir, engatusar a los soldados para que se desprendiesen de sus cigarrillos y raciones, mercancía que ella luego se encargaba de revender.[149]

A las atractivas *midinettes* (las jóvenes parisinas que trabajaban en la industria de la moda) no les faltaba nunca un soldado estadounidense con un permiso de setenta y dos horas, dólares ahorrados y muchas ganas de ver París. Ellos quedaban atónitos ante estas modistillas de brillante inventiva a la hora de vestir y, sobre todo, de tocarse con sombreros elevados al estilo de Carmen Miranda. «Los sombreros de París son fabulosos —escribió uno de ellos en una carta a su familia—: muy altos y, por lo general, semejantes a una papelera vuelta del revés y llena de plumas y flores.»[150]

La acogida brindada a los soldados había sido genuina, lo que se debía en buena medida a lo que éstos representaban. «Los modales relajados de los jóvenes norteamericanos —escribió Simone de Beauvoir— los convertían en la libertad personificada... de nuevo nos estaba permitido cruzar los mares.»[151]

Los jóvenes franceses, empero, no coincidían precisamente con los eufemismos empleados por la Embajada de Estados Unidos, que describía a sus soldados como «fervorosos y a menudo muy emprendedores» en lo relativo a la búsqueda de mujeres.[152] De hecho, no son pocos los informes que sugieren que durante los meses que siguieron a la liberación, y sin duda en el transcurso de la primavera de 1945, el ardor estadounidense ya no gozaba de una buena acogida entre las muchachas de París, que se sentían incómodas con la arrogancia que traía consigo. Cierta joven a la que llamó un soldado con un silbido para ofrecerle un paquete de Lucky Strike se ganó la ovación de los franceses que observaban la escena al tomar un cigarrillo del yanqui, lanzarlo al suelo y aplastarlo con el pie.

Esta frialdad llegó acompañada de otro hecho que avergonzó y conmovió a

las autoridades militares estadounidenses. Según un informe del SHAEF, había empezado a merodear los alrededores de los campamentos de su ejército un buen número de muchachas de muy corta edad que se ofrecían a los soldados. Resulta difícil determinar si se trataba de casos de prostitución juvenil incitada por las penalidades o de niñas perturbadas por la guerra que buscaban emociones. Los estadounidenses presentaron varias propuestas, como la imposición de un toque de queda para las que no llegaban a los dieciséis años y el incremento de la edad a la que se permitían las relaciones sexuales de los trece a los quince años; pero el gobierno francés solía mostrar una gran falta de interés frente a cualquier indicio de interferencia por parte de su aliado.[153]

Ante el escaso número de francesas dispuestas a salir con soldados, el comportamiento de éstos comenzó a ser problemático. La conducta de las tropas estadounidenses aerotransportadas que se hallaban en Nancy, ciudad designada en cuanto zona de descanso del frente, provocó todo un aluvión de quejas. Lo que los oficiales norteamericanos consideraban muestras de regocijo naturales en sus hombres suponía a menudo para los franceses un comportamiento insultante.

El hotel Meurice hacía las veces de comedor para los oficiales del SHAEF destacados en París. El estado mayor se alojaba asimismo en el Crillon, pero los que se hallaban en el Meurice recuerdan el olor a botas de piel gruesa y engrasada de la Wehrmacht que impregnaba los armarios. La sucursal del banco Morgan's de la plaza Vendóme fue tomada en calidad de oficina del SHAEF en París, aunque la mayor parte del multitudinario Tribunal Militar de Eisenhower se hallaba en Versalles.

El SHAEF estaba dominado por los estadounidenses. Eisenhower tenía por jefe de su estado mayor al general Walter Bedell Smith. Sin embargo, los británicos también gozaban de una buena representación: el subordinado inmediato de Bedell Smith era el general Freddie Morgan, principal planificador del Día D. Así y todo, los dos administradores más importantes eran el general Lewis y su homólogo británico, el general Dixie Redman. Éste no vivía ajeno a la moda, y se había enseñoreado del apartamento de lady Mendl, más conocida en cuanto decoradora de Elsie de Wolfe. Allí agasajaba a sus visitas con un suministro ilimitado de whisky, ginebra y emparedados de pan y salmón enlatado procedentes de los economatos de las fuerzas armadas.

El SHAEF se había convertido, de manera casi inevitable, en un estado dentro de otro estado, y lo que preocupaba a Duff Cooper era que «todos [sus] generales... profesan una violenta antipatía a los franceses, a excepción de Morgan».[154] Así, por ejemplo, el general Kenneth Strong, oficial jefe del servicio de información de Eisenhower, se mostraba dispuesto a enseñar sus informes a los embajadores británicos y estadounidenses a condición de que no pusieran al corriente a los franceses. Se sospechaba, a todas luces, que los diplomáticos simpatizaban demasiado con ellos. Strong llegó a referir incluso a algunos colegas británicos que los oficiales estadounidenses del SHAEF «no

tenían un gran concepto del señor Caffery», y que lo más probable era que el embajador estuviese «subordinado al general Eisenhower mientras éste se encuentre en Francia».[155]

El SHAEF se servía del hecho de estar luchando en una guerra para hacer cuanto le venía en gana, haciendo caso omiso de los diplomáticos aliados y del gobierno provisional francés.

En otoño de 1944, verbigracia, obstruyó el regreso de oficiales franceses de Argel a París y la llegada a Francia de periodistas británicos. Los compatriotas de estos últimos se quejaban asimismo de que París estuviese «lleno de hombres de negocios estadounidenses vestidos de uniforme», mientras que a los negociantes británicos se les negaba el permiso necesario para viajar.[156] De cualquier modo, se diría que el SHAEF reservó para el final de la guerra sus planes peor intencionados. De pronto decidió destruir toda la maquinaria alemana que no necesitaban los estadounidenses y se negó a cederla a los franceses. «Resulta difícil de creer», escribió Duff Cooper al enterarse de la noticia. Un mes después, el SHAEF fue aún más lejos al ordenar a los franceses que entregasen todas las armas y la maquinaria capturadas al enemigo para destruirlas. «Los franceses se han negado, lo que no deja de ser una actitud muy prudente», reza el diario del embajador británico en su entrada del día 13 de junio.[157]

Los diplomáticos estadounidenses mostraron, por las trazas, una mayor condolencia por el sufrimiento de Francia. Cuando su embajador acudió a visitar «a título personal y sin ostentaciones algunos de los llamados "suburbios rojos" de París», quedó «conmovido y preocupado por la pobreza» que vio allí, a la par que sorprendido por la calma con que contemplaban sus habitantes la terrible destrucción provocada por los bombardeos de los Aliados sobre los campos de maniobras. En uno de los lugares por los que pasó había muerto más de un millar de personas.

«Resulta obvio que esperan la ayuda pertinente de Estados Unidos», observó en un informe enviado a Washington. Con todo, ni siquiera los telegramas de la Embajada Estadounidense lograban sustraerse a la exasperación.[158]

Los franceses, por su parte, se sentían despreciados por la actitud que mostraban los norteamericanos ante su historial bélico. Los oficiales superiores galos habían empezado a quejarse sin tapujos de que aquéllos estuviesen «suministrando a las fuerzas armadas francesas tanques vetustos y de mala calidad, amén de otros materiales en condiciones semejantes».[159] Sin embargo, una de las causas más relevantes de su resquemor era la sospecha —por lo general justificada— de que los estadounidenses preferían los alemanes a los franceses. En el país de estos últimos, los norteamericanos decían no oír otra cosa que quejas y excusas, mientras que en Alemania se encontraban con una población agradecida por haber sido salvada de la ocupación por el Ejército Rojo.

Incluso los desfiles militares y las celebraciones de victoria sentaban mal entre los Aliados. Durante la primavera y los albores del verano de 1945, De Gaulle organizó al menos cinco paradas dignas de consideración en poco más de tres meses. Los diplomáticos y oficiales aliados, en especial los estadounidenses, se sentían cada vez más exasperados ante la idea de tener que permanecer de pie durante horas mientras observaban el lento pasar de *sus* tanques en desfiles triunfales, carros de combate que consumían su gasolina mientras los franceses se quejaban de la escasez de combustible.

A las celebraciones de la victoria que tuvieron lugar en mayo siguió, el 18 de junio, el mayor de estos desfiles con ocasión del aniversario de la proclama que emitió De Gaulle desde Londres. En él participaron cincuenta mil hombres, encabezados por la 2.ª División blindada al completo. El carácter extraordinario de esta exhibición se vio reforzado por la actuación de las fuerzas aéreas francesas, que sobrevolaron la zona dibujando en el aire la cruz de Lorena. «Uno no podía menos de pensar —señaló Duff Cooper, que por lo general adoptaba una actitud comprensiva para con los franceses— en el origen angloamericano de [los aviones y vehículos], así como de gran parte de las armas. Sin embargo, no se desplegó una sola bandera inglesa o estadounidense. No hubo señal alguna de gratitud, y daba la impresión de que Francia se estaba vanagloriando en voz demasiado alta cuando no tenía gran cosa de que jactarse.»[160]

El SHAEF tenía otra razón para no aprobar las celebraciones: las vacaciones extraordinarias que había anunciado el gobierno para todo el país. La producción de carbón francés cayó en un 80 por 100 durante la semana del Día de la Victoria en Europa, precisamente en un momento en el que Francia exigía más mineral procedente del Ruhr aparte de las cincuenta mil toneladas que ya se le habían asignado. «No llevan trazas de ir a adoptar ninguna medida activa para solucionar los problemas de su propia nación», concluía el informe elaborado al respecto por el SHAEF.[161] Este hecho provocó —como no podía ser de otro modo— una nueva comparación negativa con la determinación de reanudar el trabajo de que daban muestras los alemanes.

El Partido Comunista francés no dudó en explotar la inquina que sentía el pueblo ante los estadounidenses. Lo absurdo de algunos de los rumores que se divulgaron no fue óbice para que muchos los creyeran a pie juntillas. El ministro comunista François Billoux aseguró que, durante la lucha, las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos habían efectuado bombardeos de gran intensidad «como parte de un plan premeditado de debilitar Francia».[162] Otro de los infundios que se había hecho circular afirmaba que los estadounidenses se habían sentido tan airados a raíz del pacto franco-soviético firmado en Moscú que habían permitido que el ataque alemán a las Ardenas penetrase hasta Francia con la sola intención de sobresaltar a sus habitantes. Otros rumores, que sí poseían una mayor base real, tenían que ver con la oleada de crímenes protagonizada por soldados y desertores de Estados Unidos.

Tal como lo expresó Galtier-Boissiére, «parecen ser desertores estadounidenses que juegan, ametralladora en mano, a las películas de Chicago».[163] Si a los alemanes se les había asignado el apodo de *les Fridolins*, los estadounidenses recibieron el de *les Ricains*.

Durante una cena celebrada en la Embajada Británica, el general Legentilhomme, gobernador militar de París, presentó a la comensal inglesa que se hallaba sentada a su lado una terrorífica descripción de los soldados estadounidenses, «más bárbaros aún que los rusos. No puede usted imaginar siquiera, *che-re madame*, lo atroz de la situación».[164] Un diplomático británico que regresaba en coche con su esposa de un banquete se topó con una calle acordonada por hombres armados con metralletas, dispuestos a asaltar a los ocupantes del primer vehículo que pasase por allí. Movido por un rápido reflejo, aceleró y los obligó a ponerse a cubierto de un salto.

Resulta imposible determinar si esos atracos eran obra del personal militar o de civiles que se habían hecho con algunos uniformes (en este sentido, el más solicitado era el traje de la policía militar). No cabe duda de que en estos ataques debían de estar también implicados desertores franceses y antiguos *fifis*. El director general de la Sûreté Nationale describió este «aumento de las agresiones armadas» en una enérgica misiva destinada al ministro del Interior.[165] En el transcurso de una sola noche se habían cometido en la capital siete robos a mano armada, de los cuales dos se debían a soldados de Estados Unidos.

La generosidad de que dieron muestra los franceses para con los estadounidenses y británicos había sido ilimitada durante los albores de la liberación, e iba más allá de las botellas de champán que habían tenido escondidas hasta entonces. «Os hemos estado esperando tanto tiempo...», les repetían sin cesar, embargados de una emoción sincera. Pero más tarde, tal como observó Malcolm Muggeridge, todo el mundo acabó odiando a sus libertadores. El escritor Alfred Fabre-Luce describió «un ejército de conductores, sin distintivo alguno que indicase su graduación, que lanzaba cigarrillos a los circunstantes como si se hallaran ante una muchedumbre africana».[166]

Lo cierto es que los franceses se sentían como los familiares pobres. El número de vehículos con que contaban era ya un penoso asomo de lo que había sido su ejército en 1940, un residuo que avanzaba lentamente hacia la guerra tras ser transportado hasta una estación terminal en vagones de ganado. Al Ejército estadounidense, por el contrario, parecía que no le faltaban el combustible ni las alubias en salsa de tomate, el café, los cigarrillos o los paquetes de todo lo que uno pudiera imaginar. También tenían galletas, caramelos y preservativos, así como sobres de patatas en estofado o puré, permanganate para esterilizar el agua, latas de manteca de cacahuete y leche condensada, máquinas de hacer rosquillas montadas en camiones del Ejército y, por supuesto, raciones militares de alimentos concentrados. Los niños

franceses se arracimaban alrededor de sus vehículos para pedirles goma de mascar, de tal modo que los conductores no tardaron en pintar en las puertas traseras de sus camiones: *No Gum Chum* («No hay chicle, amigo»).

La influencia estadounidense se tornó inconfundible en París. Algunos bares típicos franceses sufrieron una gran transformación en un intento por atraer a los acaudalados libertadores. Se oscurecieron los escaparates, se cambiaron las sillas de hierro por otras más cómodas, tapizadas, y se sustituyó a los camareros de chalecos negros y largos mandiles blancos por sonrientes muchachas. A modo de toque final, se bautizó a estos locales remozados con nombres como New York o The Sunny Side of the Street.

A muchos no les gustaba el modo en que parecía haberse encaprichado la juventud francesa con todo lo estadounidense: las historias de detectives, las películas, la ropa, el jazz, el bebop, Glenn Miller... Esta fascinación se debía tanto al anhelo de escapar de la pobreza y el deterioro que los rodeaba como a la atracción que ejercía sobre ellos la informalidad norteamericana tras la rigurosa moral del gobierno de Vichy. Pero este fenómeno tenía una explicación más profunda, relacionada con la leyenda del nuevo mundo que ofrece su visión al antiguo. «¡Estados Unidos simbolizaba tantas cosas! —escribió Simone de Beauvoir—. Había logrado estimular a nuestra juventud y se había convertido en un mito: un mito intocable.»[167]

12 Escritores y artistas en la línea de fuego

Cuando los Aliados desembarcaron en Normandía, Alfred Fabre-Luce describió sus lanchas como barcos vikingos que protagonizaban una nueva invasión. Junto con otros escritores, periodistas, actores y artistas que corrían el riesgo de ser acusados de colaboracionismo, Fabre-Luce hubo de decidir entre quedarse o huir; pero, al parecer, él estaba más relajado que la mayoría. En el transcurso de un funeral literario celebrado durante el difícil interregno de aquel verano, mientras los intelectuales de la Resistencia regresaban a París, notó que «uno podía ver juntos a Frangois Mauriac, "recién llegado" y a Drieu la Rochelle, "aún sin partir"».[168]

La tensión se hizo mayor entre finales de julio y principios de agosto. El actor y dramaturgo Sacha Guitry comenzó, al igual que otros que se hallaban en la misma situación de riesgo, a recibir amenazas de muerte garabateadas a toda prisa. El embajador español, José Lequerica, le ofreció durante una cena celebrada el 17 de agosto un visado para España, e hizo otro tanto con Drieu la Rochelle. No obstante, ambos declinaron la oferta: Drieu, porque estaba persuadido de que su destino se encontraba en París, y Guitry, porque pensaba que su popularidad lo protegería (guiado de un optimismo excesivo, a juzgar por el sondeo de opinión elaborado por el IFOP en el que el 56 por 100 de los encuestados se mostraba a favor de que fuese castigado).

Algunos buscaron refugio en el extranjero a semejanza de escritores como Céline y Lucien Rebatet, que huyeron a Sigmaringen. El anciano Alphonse de Cháteaubriant, que había recibido el premio Goncourt en 1911, decidió llevar una vida de ermitaño en un bosque del Tirol austríaco. Se hallaba en la lista negra de la Resistencia por haber pertenecido al comité central para el reclutamiento de la legión de voluntarios franceses. Charles Maurras, demagogo ultrarreaccionario de Action Francaise, se ocultó bajo pseudónimo en Lyon. Por su parte, Georges Simenon, el creador de origen belga del inspector Maigret, temía que lo encarcelasen a causa de las dos o tres versiones de sus libros que había producido la compañía cinematográfica alemana Continental. En enero de 1945 lo pusieron bajo arresto domiciliario durante tres meses, transcurridos los cuales lo dejaron en libertad sin cargos.

La mayor parte de los escritores comprometidos prefirió quedarse en la capital sin dejarse ver, a pesar de que la Resistencia había amenazado con hacer justicia con todo aquel que hubiese contribuido con la propaganda del enemigo. La naturaleza de dicha justicia estaba sin definir, pero el asesinato de Philippe Henriot, ministro de Propaganda del último gobierno de Laval, perpetrado el 28 de junio, bastaba para advertir que tanto las palabras como las obras podían constituir un delito capital.

Drieu la Rochelle y Jacques Benoist-Méchin se encontraban entre los que se

quedaron atrás. El segundo era el que tenía más razones para estar asustado, por cuanto no sólo había escrito en favor del Nuevo Orden europeo, sino que había trabajado en calidad de subsecretario para la administración de Vichy, amén de participar de un modo apasionado en la recluta de la legión antibolchevique enviada al frente ruso.

Drieu había firmado la intransigente declaración redactada por la derecha el 9 de julio de 1944 en favor de un nuevo gobierno y la institución de penas más severas, incluida la capital, para todos aquellos que fomentasen la guerra civil o comprometieran «la posición europea de Francia».[169] Esto habría sido suficiente para que fuese ajusticiado, pero había muchos dispuestos a pedir clemencia si se daba el caso, ya que, merced a su encanto y su talento, se había granjeado la amistad de no pocos integrantes de la izquierda a despecho de sus opiniones.

Obsesionado desde la adolescencia con la muerte y el suicidio, Drieu intentó sin éxito quitarse la vida el día antes de que doblasen en París las campanas de las iglesias. «Ha tenido tan poco éxito con su muerte como con su vida», fue el veredicto del periódico de la Resistencia *Franc-Tireur.*[170] Aún necesitó dos conatos más antes de lograrlo al año siguiente. Aldous Huxley, viejo amigo de Drieu, escribió tras su defunción: «La moraleja de toda esta angustiosa historia es que la mayoría de los intelectuales de hoy en día reconocen la existencia de tan sólo dos alternativas para su situación, y optan por una o por la otra, que resultan ser siempre negativas aun cuando se deciden por el bando victorioso».[171]

También permanecieron en la capital Jean Giono, Fabre-Luce, Henry de Montherlant, Paul Chack y Robert Brasillach, fascista exaltado y antiguo editor de la virulenta publicación *Je Suis Partout*. Escondidos en varios apartamentos tras postigos cerrados a cal y canto, todo lo que pudieron hacer durante la última semana de agosto fue escuchar los sonidos de la liberación y esperar a que aporreasen su puerta.

El 14 de septiembre, Brasillach acabó por entregarse tras pasar veinticuatro días oculto en la habitación de un ático. Después de mirar por última vez a las márgenes del Sena que se extendían frente a Nôtre-Dame («París resulta hermoso cuando uno está a punto de abandonarlo», escribiría más tarde en la cárcel), se presentó por la tarde en la Jefatura de Policía, cuyos agentes lo condujeron sin esposas a la Conciergerie, en el Quai de l'Horloge.[172]

Las figuras eminentes en el ámbito de las artes interpretativas constituían objetivos más visibles que los escritores, si bien eran pocos los que se habían dejado llevar por el tipo de idealismo temerario de que se había contagiado Brasillach. Quienes habían colaborado sólo a medias no eran culpables de traición, sino de pretender continuar sus vidas como si no hubiese cambiado nada. Jean-Louis Barrault argumentó que seguir trabajando y hacer caso omiso de los alemanes no era sino una actitud positiva, amén de la única que podía adoptar una persona si no participaba de forma activa en la Resistencia.

Esta teoría resultaba lo bastante válida dentro de sus límites; sin embargo, a muchos les resultó muy difícil mantener la rectitud moral durante toda la ocupación. También era tentador para los que se dedicaban a las artes de la interpretación considerar que los alemanes de París no eran ni más ni menos que una nueva élite cultivada. A los que asistían a las fiestas organizadas por Otto Abetz, francófilo entusiasta, en la Embajada Alemana, sita en la calle de Lille, les resultaba difícil recordar que aquélla era la cara civilizada de un enemigo tan brutal como tiránico.

Donde quedaba tal vez mejor ilustrado el atractivo superficial de la ocupación era en las fiestas del general Hanesse, oficial de la Luftwaffe, que había convertido en su residencia oficial la casa de los Rothschild de la avenida de Marigny. Allí organizaba magníficas recepciones —en honor de Goering, entre otros— que atraían a toda una serie de estrellas de la escena francesa. Árletty tenía una razón más poderosa para asistir a tales ocasiones. Su amante, con quien se alojaba en el Ritz, era uno de los oficiales de Hanesse. Sus invitados, de cualquier manera, no sólo eran célebres artistas de cine. A su regreso del campo de prisioneros en el que estuvo confinado, el barón Elie de Rothschild comentó a Félix, el anciano mayordomo de la familia, que la casa debía de haber sido muy tranquila durante la ocupación del general Hanesse.

—Al contrario, monsieur Élie: no ha pasado una noche sin que se celebre una recepción.

—Pero... ¿quién venía?

—Los mismos, monsieur Élie; los mismos que antes de la guerra.[173]

Sacha Guitry, cuyo talento como dramaturgo y actor suscita comparaciones con Noel Coward,[174] fue arrestado cierto día a primera hora de la mañana, sin que siquiera hubiera podido vestirse. Lo sacaron a empellones de su domicilio ataviado con un pijama de flores amarillas, escarpines de piel de cocodrilo color verde jade y un sombrero panamá para conducirlo a la *mairie* del 7.° *arrondissement*. Cuando el magistrado que lo interrogaba le preguntó por qué había aceptado conocer a Goering, él respondió: «par curiosité». Añadió que le habría interesado en igual medida cenar con Stalin, algo que probablemente era cierto.

Guitry recordaba en sus memorias que cuando las tropas de Leclerc se estaban acercando a la ciudad, Arletty lo había telefoneado presa de una gran agitación, pues no ignoraba que era un objetivo evidente para la *épuration*. Cuando la detuvieron a principios de septiembre se extendió por todo París el terrible rumor de que le habían cortado los pechos. No resultó ser sino un bulo grotesco, pero bien podría ser que le afeitasen la cabeza. Su peluquera recuerda con claridad el turbante con que se tocaba, y también que le encargó una peluca. Se cuenta que Arletty gritó a sus acusadores: «¿Qué tipo de gobierno es éste, que se preocupa tanto por nuestra vida sexual?».[175] Su propia narración resta importancia al capítulo de su arresto: «Vinieron a buscarme dos caballeros muy discretos». Según la actriz, la llevaron en coche,

sin esposas. La dejaron incluso salir de la prisión bajo custodia para que pudiese asistir al rodaje final de *Los niños del Paraíso*, que se estrenó el 15 de marzo de 1945. Una de sus intervenciones rezaba: «Soy víctima de una injusticia».[176]

Gabrielle Coco Chanel era de origen pobre, igual que Arletty; pero superó su situación hasta convertirse en la fundadora de una de las casas de moda más prósperas de París. También ella se había ido elevando de la nada y desdeñaba lo que pudiesen pensar los demás. «¡Francia tiene lo que se merece!», declaró durante un banquete celebrado en la Costa Azul en 1943.[177]Baba, la esposa del príncipe Jean-Louis de Faucigny-Lucinge, quedó tan escandalizada por el comentario que, al cruzarse con Coco al día siguiente, le volvió la cara. (Poco después, cuando la policía fue a arrestar a Baba Lucinge por su procedencia judía —su apellido de soltera era D'Erlanger—, Johnny Lucinge expresó sus sospechas de que había sido Chanel quien la había denunciado a las autoridades alemanas.)

De entre las coincidencias que unían a Arletty y a Chanel, la más llamativa era que ambas habían tenido amantes alemanes y se habían alojado con ellos en el Ritz. Arletty tenía a su «beau Fridolin» de la Luftwaffe, como lo llamaba Galtier-Boissiére, en tanto que Chanel —que a la sazón contaba sesenta años — compartía su vida con un apuesto alemán llamado Hans Gunther von Dincklage y conocido como *Spatz* («Gorrión»), que bien pudo haber sido espía de la Abwehr.

Se cuenta que, durante la liberación, la célebre diseñadora regaló cientos de frascos de Chanel N.° 5 de su establecimiento de la calle Cambon a los soldados estadounidenses a modo de seguro de vida. Sin embargo, ninguno de ellos acudió en su ayuda cuando la arrestaron en el Ritz a principios de septiembre. De cualquier modo, lo cierto es que no tardaron en dejarla en libertad. Aseguró haber estado implicada en una misión secreta llevada a cabo en España a fin de propiciar las conversaciones de paz entre Aliados y miembros del Eje, y dio a entender que Winston Churchill —con quien tenía amistad desde la época en que había sido amante de Bendor, segundo duque de Westminster— había intervenido en su favor. Fueran las que fuesen las razones por las que quedó en libertad, acabó por abandonar París en actitud resentida y se reunió en Suiza con Spatz —que había salido de Francia tras la liberación— para no volver a su país sino en contadas ocasiones durante los ocho años siguientes.

Colette había aumentado sus ingresos durante la ocupación escribiendo para el periódico colaboracionista *Le Petit Parisién* (y llegó incluso a firmar un artículo para el filogermánico *La Gerbe*) al mismo tiempo que ocultaba a su esposo, el judío Maurice Goudeket, quien había escapado de un campo de prisioneros y no salió de su apartamento del Palais Royal hasta la liberación.

Jean Cocteau, vecino de Colette en el Palais Royal, exageró los insultos y agresiones de que lo hicieron objeto los fascistas durante la ocupación por ser escritor de vanguardia y homosexual. En cuanto minoría perseguida, tuvo

mejores oportunidades de cubrir las apariencias en el salón de Otto Abetz, en la Embajada Alemana.

A Serge Lifar, protegido de Diaghilev, que había sido durante la ocupación director de la Ópera de París por nombramiento del gobierno de Vichy y había hecho giras por Alemania, se le prohibió en un principio pisar un escenario francés de por vida, aunque la pena quedó finalmente en tan sólo un año de suspensión. Repuso que, en lugar de condenarlo, debían haberle rendido homenaje por haber salvado la Opera de los alemanes; pero lo cierto es que eran raras las veces en que el bailarín se hallaba en contacto con el mundo real.

Los colaboracionistas del ámbito de las artes plásticas se hallaban entre los que asistieron en mayo de 1942 a la inauguración en la Orangerie de la exposición de esculturas de Arno Breker, que contaba con la aprobación de las autoridades nazis, y entre los que habían aceptado una gira oficial por Alemania patrocinada por Berlín.

La exposición de Breker, cuyos ingresos se destinaron a la beneficencia de la Wehrmacht y de cuyo discurso de apertura se encargó el escultor Aristide Maillol, atrajo a muchos de los que se hallaban en una posición cercana al colaboracionismo. Guitry llegó incluso a argumentar en sus memorias que, habida cuenta de que Breker había pedido a Maillol que inaugurase la muestra y lo presentó ante una fila de generales alemanes en posición de saludo como «mon maître veneré», todo el acontecimiento simbolizaba la supremacía francesa sobre Alemania en el ámbito de las artes y, por ende, sirvió para lavar la infamia que había supuesto la derrota de 1940. Guitry olvidaba mencionar que un año más tarde se destruyeron públicamente «obras de arte degenerado» de Max Ernst, Léger, Miró, Picabia y Picasso en el exterior del Jeu de Paume.

Entre los pintores que habían participado en la gira patrocinada por Alemania se hallaban Paul Belmondo, André Derain, Dunoyer de Segonzac, Kees van Dongen y Vlaminck. Éste, amigo de Simenon y acerbo enemigo de Picasso, hubo de ocultarse durante la liberación. Sin embargo, las sanciones impuestas a los pintores no eran muy severas: la Escuela de Bellas Artes recomendó que se les hiciese crear una obra de relieve para el estado a modo de castigo, y sus lienzos quedaron excluidos del Salón de la Liberation.

«Resulta evidente —escribió Galtier-Boissiére en su diario dos semanas después de que fuese liberada la capital— que la mayoría de nuestras estrellas tiene alguna mancha en su historial... pero en las campañas que empiezan a tomar fuerza puede percibirse un claro tufo de envidia.» Aun tras la muerte de Arletty, ocurrida durante el verano de 1992, se publicaron en los diarios cartas de protesta por lo empalagoso de los obituarios. No presentaban ninguna objeción ante la «colaboración horizontal» que había mantenido con un oficial alemán, sino acerca del hecho de que hubiese estado cenando en el Ritz mientras el resto de Francia comía en condiciones penosas.

La mayor parte de los directores y las estrellas de cine había trabajado con la compañía Continental, dominada por los alemanes. Henri-Georges Clouzot había dirigido *El cuervo*, una de las películas más notables de la guerra. Los alemanes albergaban serias dudas acerca del largometraje, en el que una serie de anónimos ponzoñosos sumerge a los habitantes de un pueblo en una confusión de odio y sospecha. A pesar de que no fueron pocos los que la consideraron una crítica velada de la ocupación, a Clouzot se le prohibió trabajar en Francia tras la liberación. En cuanto lo supo, el realizador se trasladó a Hollywood.

Robert Brasillach llegó a la prisión de Fresnes una semana después que Benoist-Méchin, aunque al principio ninguno de los dos sabía que el otro se hallaba allí encarcelado, a pesar de ser compañeros en aquel mundo extraño marcado por el resonar de pisadas, el tintineo de llaves y el ruido que hacían las puertas de hierro al cerrarse. Benoist-Méchin describió la imagen de las figuras trémulas en la penumbra neblinosa como «una hilera de condenados en espera de cruzar el río Estigio».[178]

En los pocos momentos que encontraban para conversar, lo que sucedía por lo general en el espacio destinado al ejercicio, discutían acerca de sus abogados y de los magistrados que habían presidido su proceso, pero nunca de las posibilidades que tenían de ser absueltos, sino de las que tenían otros. Los juicios a escritores y propagandistas comenzaron ese mismo otoño.

El último día de octubre se celebró el de un viejo escritorzuelo de panfletos fanáticos, el conde Armand de Chastenet de Puységur, que se describía a sí mismo en lo profesional como «antisemita, antimasón, antiburgués, anticapitalista, anticomunista, antidemócrata y antirrepublicano», según rezaba su tarjeta de visita.[179] Cuando oyó dictar la sentencia de muerte, extendió el brazo a la manera del saludo nazi para exclamar: «Vive la France!». Los antisemitas de la vieja Francia no habían olvidado nada ni perdonado a nadie. Cuando Charles Maurras, dirigente de Action Francaise, fue condenado a cadena perpetua pocos meses antes, exclamó desde el banquillo: «¡Se están vengando de Dreyfus!». Maurras perdió su asiento en la Académie Francaise.

Céline, encarcelado en Dinamarca, fue acusado *in absentia* de colaboracionismo por el artículo 75. Su respuesta, tan sarcástica como cabía esperar, consistió en afirmar que apenas si había llegado a vender los planos de la Línea Maginot. Asimismo, envió la siguiente diatriba desde Copenhague: «Nunca he puesto un pie en la Embajada Alemana. Nunca me reuní con Otto Abetz antes de la guerra. Abetz siempre me ha detestado. Me encontré con Abetz durante la guerra dos o tres veces, durante algunos minutos. Las actividades políticas de Abetz me han parecido siempre tan grotescas como desastrosas, y él, una criatura terriblemente vanidosa: un payaso turbulento».[180]

La purga de escritores no fue tan sólo un asunto judicial: acabó por

convertirse en una cuestión de conciencia profesional o de política. Durante la ocupación se había instituido el Comité Nacional de Escritores en calidad de asociación intelectual de resistencia. Tenía por vocero *Les Lettres Françaises*, revista literaria de la Resistencia, fundada por Jacques Decour (a quien más tarde ejecutaron los alemanes en el fuerte de Mont-Valérian) y Jean Paulhan, escritor y editor de Gallimard. La publicación constituía un provocador desafío ante la toma de *La Nouvelle Revue Française* por parte de Drieu la Rochelle.

El 9 de septiembre, es decir, dos semanas después de la liberación, se publicó el primer número fuera de la clandestinidad. En él se recogían no sólo artículos de Mauriac, Sartre y Paulhan, sino también un «Manifiesto de los escritores franceses» firmado por unos sesenta intelectuales de entre los más importantes. El documento exigía, entre otras cosas, que se sometiese a «un castigo justo a usurpadores y traidores». El siguiente número contenía una lista negra elaborada por el Comité Nacional de Escritores y constituida por noventa y cuatro nombres. En el del 21 de octubre se amplió esta relación a ciento cincuenta y seis.

Jean Paulhan —*Paulhan le juste*, como acostumbraba llamarlo Galtier-Boissiére— se mostró en un principio inquieto ante estos arranques justicieros, a los que más tarde se opuso con toda firmeza.[181] Galtier-Boissiére también sentía desconfianza y aversión ante esta fiebre acusadora. «Los nazis —escribió— nos han dejado su impronta de autoritarismo y afán persecutorio.»[182]

Louis Aragón, surrealista convertido al estalinismo cuyos cabello argénteo y mirada glacial hacían de él el Robespierre de los intelectuales, trató de extender el ataque a los escritores que odiaba el Partido Comunista. Así y todo, no mantenía una actitud tan sanguinaria en relación a sus colegas de derecha como se ha dado a entender a menudo. De hecho, respaldó a Drieu la Rochelle y a su antiguo editor, Robert Denoél.

Los procesos de periodistas y escritores se prolongaron durante diciembre de aquel año y enero de 1945. Pierre-Henri Teitgen, que se convirtió en el siguiente ministro de Justicia de De Gaulle, explicó así la celeridad de estos juicios: «[E]stos "intelectuales" habían proporcionado a la acusación todos los argumentos necesarios para su propio proceso durante la ocupación. Bastaba con releer sus artículos y otras obras publicadas para establecer, sin más razonamiento, el veredicto que merecían antes de enviarlos ante los tribunales».[183] En consecuencia, los escritores fueron juzgados cuando los gritos de venganza eran más intensos.

El 29 de diciembre, empero, el pueblo se estremeció al saber de la condena a muerte de Henri Béraud, editor de *Gringoire*. Béraud era de derecha y antisemita, y odiaba a los británicos; pero nunca había escrito en favor de los alemanes. Muchos sospechaban que la envidia había tenido un peso considerable en aquel caso, pues el sueldo de seiscientos mil francos que

ganaba al año había convertido al condenado en el periodista mejor pagado de Francia. Por otra parte, cuando sentenciaron a trabajos forzados de por vida al secretario de Jean Hérold-Paquis (locutor de Radio-Paris que había sido ejecutado en octubre) se escandalizó incluso la prensa de la Resistencia.

Dos días más tarde, el 4 de enero, François Mauriac publicó en *Le Fígaro* su artículo «En torno a un veredicto». En él argumentaba que no había motivo alguno para condenar a Béraud por colaborar con el enemigo.

Su intervención persuadió casi con certeza a De Gaulle a conmutar la sentencia. En la campaña que llevó a cabo en *Le Fígaro* contra las iniquidades de la *épuration*, Mauriac llegó al extremo de afirmar que a la gente debería permitírsele tomar una elección política equivocada, posición valerosa en aquellos tiempos que le reportó no pocas enemistades. El semanario satírico *Le Canard Enchainé* bautizó a este católico sin pelos en la lengua con el apodo de *Saint-Frangois des Assises*, «san Francisco de la sala de lo penal». Camus arguyó en *Combat* que la compasión mostrada para con los asesinos negaba a sus víctimas todo derecho a la justicia, y que los crímenes del fascismo debían quedar desacreditados para siempre. Mauriac no dudó en publicar una respuesta en *Le Fígaro*, con lo que inició una larga partida de tenis de argumentación moral.

Antes aún de que se diese comienzo al juicio de Robert Brasillach, lo cual sucedió el 19 de enero de 1945, se tenía la impresión de que constituiría el punto culminante de la purga intelectual. François Mauriac y Paul Valéry presentaron alegatos en su favor. Por otra parte, la reacción de su compañero de prisión Jacques Benoist-Méchin («no se mata a un poeta») se hacía eco de la creencia arraigada en el carácter sacrosanto de los vates, que los hacía semejantes a sacerdotes seculares.[184] Era el mismo sentimiento que había recorrido Europa en 1936 cuando el bando nacional ejecutó a Federico García Lorca en la guerra civil española. El que Brasillach fuese juzgado no por su literatura, sino por su periodismo denunciatorio, no cambiaba nada.

El día del proceso amaneció con temperaturas bajísimas. París llevaba quince días nevado y no había combustible, por cuanto las gabarras de carbón se hallaban atoradas en los canales a causa del hielo. La pobre iluminación de la sala del tribunal no impedía ver condensarse el aliento de quienes hablaban por la acción del gélido ambiente.

Los diversos puntos del sumario, que en un principio estaban claros, cuando menos en apariencia, tomaban forma o la perdían a medida que intervenía cada una de las partes. El abogado de Brasillach, Jacques Isorni, quien siete meses más tarde adquiriría gran fama en calidad de elocuente defensor del mariscal Pétain, aseguraba que un error de juicio político no constituía un acto de traición. Si Brasillach había respaldado a los alemanes, lo había hecho con la intención de convertir Francia en una nación más poderosa.

La cuestión primordial radicaba en los artículos que había publicado en *Je Suis Partout*, y aquí Isorni pisaba un suelo mucho más quebradizo: las

palabras de Brasillach habían quedado fijadas en el papel, y lo que la defensa calificaba de «erreurs tragiques» iba más allá de lo que el pueblo entendía por colaboración. El escritor había concedido su beneplácito a la invasión alemana de la zona no ocupada, llevada a cabo en noviembre de 1942, en aras de la reunificación de Francia. Había pedido la pena de muerte para políticos como Georges Mandel, ministro del Interior de Reynaud en 1940, asesinado por los *miliciens* poco antes de la liberación de París. A pesar de no haber denunciado a nadie de manera formal, lo había hecho en sus escritos. Al igual que Drieu, había firmado en el verano de 1944 el documento por el que se solicitaba la ejecución sumaria de todos los miembros de la Resistencia. Con todo, su comentario más revelador fue: «Debemos deshacernos de los judíos en conjunto, sin exceptuar a sus hijos».[185] Brasillach aseguró que, a pesar de su carácter antisemítico, nunca había abogado por la violencia colectiva contra los judíos. Tal vez ignoraba la existencia de los campos de la muerte cuando escribió estas palabras; de cualquier modo, aun cuando se estuviese refiriendo a una deportación masiva a la Europa oriental, no deja de resultar horripilante.

A pesar de la importancia del caso abierto en su contra, Brasillach analizó de forma minuciosa y confiada los argumentos de la acusación en interés del rigor histórico. Se defendió «con elocuencia y habilidad», en palabras de Alexandre Astruc, aprendiz de cineasta, que informó del caso al diario *Combat*.[186] Al jurado, sin embargo, sólo le llevó veinte minutos fallar el veredicto. «C'est un honneur», fue el único comentario de Brasillach al conocer la sentencia de muerte, después de que algunos de quienes lo respaldaban hubiesen protestado en su favor a voz en cuello.

Mauriac decidió hacer cuanto estuviese en sus manos por salvar la vida de Brasillach. Mientras tanto, se presentó una petición de clemencia. La firmaron algunos resistentes auténticos, muchos neutrales y una serie de escritores y artistas que habían caído ya en desgracia. Otros, como Jean Cocteau, se adhirieron convencidos de que se estaba convirtiendo a los escritores en chivos expiatorios de otros colaboracionistas de relieve, en especial industriales que, según se alegaba, habían asesinado a un número mucho mayor de personas al ayudar a la maquinaria bélica alemana.

Pero la petición de clemencia atormentó muchas conciencias, y la de Camus fue en este sentido la peor parada. Cierto número de escritores temía que su firma pudiese dar a entender que condonaban lo que había hecho Brasillach.

Al mediodía del 3 de febrero de 1945, De Gaulle recibió a François Mauriac en la calle Saint-Dominique con gran cortesía, aunque, tal como pudo observar, ése no era un indicio fiable de lo que pensaba el general. Isorni pudo hacerse una idea mucho más clara aquella noche en la residencia privada que ocupaba De Gaulle en el Bois de Boulogne, adonde lo llevaron en coche oficial tras atravesar una serie de barreras sometidas a una intensa vigilancia. A pesar de todos sus argumentos, el general decidió rechazar la apelación.

Isorni tenía la impresión de que el dirigente del gobierno provisional no

quería que los comunistas lo motejasen de benévolo. Por otra parte, hay una frase en las memorias de Palewski que dice mucho acerca de su influencia: «En lo personal, me arrepiento de no haber insistido en que se concediese un indulto a Brasillach».[187]

El escritor fue ajusticiado el 6 de febrero. Ese día se cumplía el undécimo aniversario de los disturbios de la derecha y el intento de asaltar la Asamblea Nacional a través del puente de la Concordia, acontecimiento que desembocó, dos años más tarde, en el gobierno del Frente Popular. El 20 de abril de 1945, mientras el Ejército Rojo se abría camino hacia el centro de Berlín, se trasladó al cementerio de Pére-Lachaise el féretro de Brasillach.

El proceso de su amigo Jacques Benoist-Méchin no se celebró hasta que hubieron transcurrido más de dos años y medio, un retraso que, sin duda, le salvó la vida. Lo condenaron a muerte el 6 de junio de 1947, pero la sentencia fue condonada al punto y sustituida por una pena de trabajos forzados de por vida. Fue liberado en 1954, después de que sus lecturas carcelarias hubiesen despertado en él una gran fascinación por el islam. Este hombre extraordinario adquirió un conocimiento tal de la materia que el propio De Gaulle recurrió a él con discreción, tras alcanzar la presidencia en 1958, para que hiciera las veces de asesor especial en cuestiones concernientes al mundo árabe.

Céline, juzgado finalmente *in absentia* en 1950, fue objeto de una sentencia que habría resultado suave hasta lo indecible tan sólo un lustro antes: un año en prisión y una multa elevada.

La depuración no hizo sino acrecentar las tensiones políticas en el mundo de las letras y las artes. A decir del padre Bruckberger, imponente capellán de las FFI, él y Camus dimitieron del Comité Nacional de Escritores debido a la presión cada vez mayor que ejercían los comunistas por mediación de Aragón y Elsa Triolet. Mauriac, que no renunció a su pertenencia, acorraló más tarde a Camus con la intención de persuadirlo a regresar.

—¿Por qué has dimitido? —le preguntó.

—Soy yo el que debería preguntarte a ti por qué no has dimitido —contestó Camus—. Y te voy a decir por qué no lo has hecho: porque tienes miedo.

—Tienes mucha razón —reconoció Mauriac.[188]

Este último era demasiado honesto para hacerse ilusiones. En una cena con el pastor Boegner, describió el Frente Nacional —organización a la que pertenecía y que estaba dominada por los comunistas— como «la pantalla tras la que lleva a cabo sus maquinaciones el comunismo. Lo sé porque soy parte de ella».[189]

Jean Paulhan montó en cólera ante la toma de *Les Lettres Françaises*. Se mofó sin ambages de aquellos de entre los simpatizantes del comunismo que se jactaban de ser más papistas que el Papa y del Comité Nacional de Escritores, que Aragón y Triolet querían convertir en un sindicato de escritores ligado estrechamente al Partido Comunista.

El plan de Aragón, que sin duda se había elaborado en la sede del partido,

consistía en la clásica táctica estalinista de extender la depuración a fin de incluir a todo el que mantuviese una actitud crítica frente a la organización comunista. El 25 de noviembre lanzó una invectiva contra André Gide en la que lo comparaba con Hérold-Paquis, el locutor de propaganda fascista de Radio-Paris. El verdadero objeto de su diatriba no era el Gide que había escrito, durante un breve período de tiempo, para la *Nouvelle Revue Française* de Drieu, sino el impenitente autor de *Regreso de la URSS*, el libro más vilipendiado por los estalinistas en época de la guerra civil española. Roger Martin du Gard, amigo de Gide, mostró su indignación ante «la mala fe y las deshonestas razones de Aragón», y advirtió a aquél en Argel que tuviese cuidado al volver a Francia. «Piénsate seriamente si vale la pena llegar a París —lo previno—: ¡El suelo está minado!»

El partido también pretendía destruir la reputación del novelista Paul Nizan, el amigo más antiguo con que contaba Sartre, que había muerto en la evacuación de Dunkerque en 1940. Nizan había sido leal al comunismo hasta el pacto nazi-soviético de 1939. Cuando se publicó su escueta carta de dimisión, los comunistas, enfurecidos, hicieron circular alegaciones maliciosas, y Maurice Thorez lo motejó de «espía policial».[190]

Acabada la guerra, Louis Aragón repitió a Sartre el infundio como parte de una renovada campaña de difamación contra Nizan. Sartre, que pertenecía al Comité Nacional de Escritores, elaboró una declaración de protesta contra tal vilipendio y persuadió a André Bretón, Albert Camus, Jean Paulhan, Julien Ben-da y François Mauriac de estampar también su firma en el documento. El existencialista era lo bastante poderoso para hacer frente a la rabia que contra él dirigía el Partido Comunista, aunque los bulos siguieron circulando durante años.

La política se vio también complicada por los miembros del *establishment* literario que tenían algo que ocultar. El veterano Paul Claudel, vate católico, presentó un poema a la gloria del general De Gaulle, leído en una gala celebrada en honor a la Resistencia en la Comédie-Francaise unas diez semanas después de que se hubiese liberado la capital. No obstante, a la mañana siguiente, las lenguas afiladas se ocuparon de recordar al pueblo que Claudel había escrito una composición de asombroso parecido en alabanza del mariscal Pétain.

Algunos editores arrostraron problemas aún más peligrosos. Una semana después de la liberación, la prensa de la Resistencia exigió la creación de una lista negra de editores acusados de colaboración, entre los que no faltaban Gastón Gallimard, Bernard Grasset y Robert Denoél. Grasset sufrió arresto y fue encarcelado en la prisión de Fresnes, pero a Gallimard no llegaron a tocarlo. Éste había permitido que Drieu la Rochelle se hiciese con el dominio de la *Nouvelle Revue Française*, pero, como quiera que también había ayudado a Jean Paulhan a lanzar *Les Lettres Françaises*, revista con la que contraatacó la Resistencia, se había cubierto las espaldas de un modo

brillante. «¡El viejo no tiene un pelo de tonto!», comentó Galtier-Boissiére con cínica admiración.[191]

Gallimard tenía otro factor a su favor: su editorial, que dominaba el panorama literario francés, podía preciarse de tener entre sus autores a muchos de los miembros del Comité Nacional de Escritores. Había sido escrupuloso, y aun pródigo, a la hora de expedir cheques en concepto de derechos de autor durante los difíciles años de la ocupación, de tal manera que tan sólo un escritor descortés en extremo podía no estarle agradecido. El mismísimo Aragón estaba a punto de ver su última novela, *Aurélien*, publicada por Gallimard, después de haber abandonado a Denoél.

Nadie ignoraba que Gastón Gallimard había colaborado con los alemanes. Había respetado la «lista de Otto» (llamada así por Otto Abetz), en la que se recogían obras proscritas por los nazis; había ejercido cierta autocensura en los libros publicados por su editorial durante la ocupación, y había asistido a las recepciones organizadas en el Deutsche Institut. Nadie dijo nada, aunque André Malraux no olvidó: para vengarse de Jean-Paul Sartre unos cuatro años más tarde, chantajeó a Gastón Gallimard con la amenaza de sacar a la luz su historial de guerra.

13 El regreso de los exiliados

El flujo constante de exiliados que regresaban a París entre 1944 y 1945 estaba formado por gentes de todas clases y de diversas nacionalidades. Muchos trabajadores, junto con sus familias, habían buscado refugio con parientes campesinos después de hallarse en un estado cercano a la inanición en la ciudad. Retornaban con sus pocas posesiones metidas en maletas de cartón, tras haber subido a vehículos de todo tipo impulsados por la energía obtenida de la combustión de madera o a trenes una vez reparadas las vías. Siempre que podían, llevaban con ellos uno o dos costales de harina, bien por venderlos, bien con la intención de guardarlos para los meses venideros. Pocos prestaron excesiva atención a su llegada en medio de tanta convulsión. Sin embargo, sí que hubo una serie de exiliados cuyo regreso no olvidarían los parisinos en toda su vida: la de los deportados que volvieron de Alemania durante la primavera de 1945.

El término *deporté* se empleaba libremente para designar tres categorías diferentes de prisioneros: judíos y otras minorías raciales enviadas a los campos de exterminación, miembros de la Resistencia confinados en campos de concentración y reclutas destinados a trabajos forzados por el gobierno de Vichy desde 1943. Los prisioneros de guerra franceses capturados durante la derrota de 1940 no recibieron un trato diferente del dispensado a británicos, holandeses o belgas.

Los ejércitos que avanzaban en abril de 1945 se encontraron liberando un campo de concentración tras otro. Los comandantes tenían la mente puesta en acabar la guerra cuanto antes, y no estaban preparados para enfrentarse al problema de alimentar y cuidar a cientos o miles de ciudadanos, de los cuales eran muchos los que estaban al borde de la muerte. Con demasiada frecuencia se limitaban a darles bolsas de raciones e indicarles que debían valerse por sí mismos hasta que hubiese acabado la lucha.

A los familiares que esperaban en París noticias suyas les resultaba muy difícil sobrellevar la mezcla de esperanza y miedo que les producía esta situación. A menudo venía acompañada de una náusea febril. Dormir era imposible. La novelista Marguerite Duras se sentaba al lado del teléfono, convencida de que su marido, Robert Antelme, se hallaba entre los que habían sido ejecutados por las SS en el último momento, antes de la llegada de los Aliados. Cada vez que sonaba era para traer del otro lado la voz de algún amigo que preguntaba: «¿Se sabe algo?».[192]

Aun cuando se organizó por fin el transporte para facilitar la repatriación, el proceso siguió siendo lento. El viaje de regreso a Francia podía durar cinco días. (En cuanto acabó la guerra, en el mes de mayo, los estadounidenses destinaron la mayor parte de sus aviones de pasajeros a transportar a los

prisioneros, con lo que la operación se aceleró de un modo incalculable.) Algunos atravesaban Suiza para entrar en Francia por Ginebra, donde era cónsul Pierre de Gaulle, hermano del general, de cuya solidaridad no cabía dudar. Pierre Daix, joven comunista que había sobrevivido a Mauthausen, se sorprendió al verse abrazado a él de modo espontáneo.

El 14 de abril de 1945 se congregó en la Estación de Lyon un comité oficial de bienvenida —formado por el general De Gaulle, Henri Frenay, François Mitterrand y los dirigentes comunistas Jacques Duelos y André Marty entre otros— para recibir al primer grupo femenino que regresaba a París, compuesto de 288 mujeres.[193] Muchos de los presentes llevaban lilas a modo de obsequio, mientras que las mujeres que esperaban en el andén habían preparado barras de labios y polvos de tocador para distribuirlos entre las recién llegadas. Suponían que las prisioneras llegarían delgadas y cansadas a raíz de lo vivido, pero no demasiado. Francia se había visto protegida en parte de la terrible verdad, dado que el ministro francés responsable de los prisioneros, deportados y refugiados había hecho lo posible por ocultar toda información relativa a los campos de concentración en el mismo momento en que el general Eisenhower reclamaba la presencia en Alemania de todos los periodistas disponibles a fin de que se hicieran eco de sus horrores.

Pocos habían imaginado la realidad de aquellos esqueletos vestidos de espantapájaros que bajaron de los vagones. «Tenían el rostro entre gris y verdoso, con círculos de color pardo rojizo alrededor de unos ojos que parecían mirar sin asimilar lo que veían», escribió la periodista norteamericana Janet Flanner.[194] Galtier-Boissiére, por su parte, describe a los deportados como gentes de «complexión glauca, cérea, y rostro consumido, semejante al de esas cabecillas humanas reducidas por tribus primitivas».[195] Algunas estaban demasiado débiles para permanecer erguidas, pero las que podían, no dudaron en plantarse ante el comité de bienvenida en posición de firmes y entonar la *Marsellesa* con voz quebrada. Los allí presentes estaban destrozados.

Este tipo de escenas se repitió en muchas ocasiones. Louise Alean, superviviente de Birkenau y Ravensbrück de treinta y cuatro años, describió así su propia llegada: «Estación del Este. Ocho de la mañana. Una multitud tras las barreras. Cantamos la *Marsellesa*. La gente nos mira y rompe a llorar».[196]

Los pocos judíos galos que volvieron de los campos de la muerte se alinearon junto a sus compatriotas. Vichy los había despojado de su nacionalidad para entregarlos a los alemanes, pero no por ello eran menos franceses: también ellos entonaron la *Marsellesa* y el *Chant du Départ*, el himno de guerra durante la Revolución Francesa. Sólo regresó un porcentaje ínfimo de los casi ochenta mil «deportados raciales»; más de un cuarto de la población total de judíos franceses había muerto. El régimen de Vichy había entregado asimismo a cuarenta mil semitas extranjeros que habían buscado asilo en Francia. A estas cifras hay que añadir las de los cien mil prisioneros

políticos y los seiscientos mil destinados a trabajos forzados, muchos de los cuales habían perecido mientras construían fábricas subterráneas diseñadas para evitar los bombardeos aliados. Se calcula que, de un total de 820.000 deportados franceses, murieron unos 222.000.

El primer punto de atención a los recién llegados se estableció en la Estación de Orsay. El general Dixie Redman llevó allí a su ayudante militar, Mary Vaudoyer, y le dijo: «Vas a ver algo que nunca podrás olvidar».[197] Se hallaban de pie, mirando por una ventana a un espacio enorme por el que caminaban cientos de hombres completamente desnudos, cubiertos de polvo contra los piojos y DDT, pues el temor al tifus era extremo.[198] Tenían el rostro hundido, la cabeza calva —ya por estar afeitados, ya por haber sufrido alopecia a causa de la desnutrición— y los ojos deprimidos. Ninguno de ellos hablaba. Tanto Redman como su ayudante quedaron horrorizados ante aquella última humillación por la que obligaban a pasar a todas aquellas personas. Cuando se consideraba que estaban desinfectados, los vistieron con ropas de batalla excedentes de los británicos, toscas, cálidas en exceso y a menudo varias tallas mayores que las que necesitaban, y pesadas botas militares.

Desde la Gare d'Orsay se condujo a los deportados al hotel Lutetia, que había sido el cuartel general de la Abwehr durante la ocupación. El edificio estaba rodeado de familiares desesperados por saber de los suyos. Los periódicos estaban plagados de pequeños anuncios que solicitaban información relativa a parientes desaparecidos o comunicaban las muertes que se habían confirmado. Tales eran la confusión y la magnitud de la labor, que algunas familias hubieron de esperar aún varios meses.

El esposo de Marguerite Duras se salvó de milagro gracias a su determinación. François Mitterrand, dirigente del grupo de resistencia de Antelme, formaba parte de la comisión francesa semioficial enviada a Alemania. Logró entrar en Dachau, sellado por el Ejército estadounidense a fin de evitar que se extendiese el tifus. Una voz lo llamó: «¡Frangois!». En un principio no fue capaz de reconocer a aquel cadáver viviente: hubo de ser su compañero quien identificase a Robert Antelme, y aun así, tan sólo por sus dientes.

Mitterrand telefoneó a Duras, que se hallaba en París, y le dijo que enviase a dos miembros del grupo a su despacho, donde había dispuesto pases y tres uniformes. Empleando un coche y combustible proporcionados por aquél, los dos amigos viajaron durante toda la noche para alcanzar Dachau a la mañana siguiente. Vistieron al esqueleto andante con el uniforme que habían introducido a escondidas en el campo de concentración y lo sacaron de allí sujetándolo entre los dos para que pasase erguido ante el puesto de guardia. Por fortuna, los centinelas estadounidenses tenían tanto miedo de los posibles contagios que llevaban máscaras antigás y apenas podían ver con claridad. Los rescatadores de Antelme lo colocaron en el asiento trasero del coche y lo llevaron a París. El viaje de regreso fue tres veces más largo que el que los había llevado a Alemania. Ninguno de ellos pensaba que fuese a sobrevivir;

sin embargo, aún vivía cuando llegaron a la calle Saint-Benoít. A pesar de que ya la habían advertido de lo radical del cambio, Duras estuvo en un tris de sufrir una crisis nerviosa y hubo de ser reanimada con el ron proporcionado por un vecino. La portera, que había decorado la entrada a fin de darle la bienvenida, se encerró en su garita y lloró de rabia.

En el Lutetia se hizo todo lo posible por los deportados. En señal de deferencia por cuanto habían padecido, se les consideró «los mejores de los franceses».[199] No había nada que no se les concediese: ternera, queso y café de verdad, que sólo era posible conseguir en el mercado negro. Sin embargo, a menudo las mejores intenciones no traen consigo un tratamiento adecuado. Los deportados necesitaban ingerir alimentos sencillos y en cantidades muy pequeñas. Sus estómagos no estaban preparados para un cambio así, lo que les provocó fuertes vómitos. También necesitaban paz y tranquilidad, y no el pandemónium que se había organizado alrededor del Lutetia. «Nos sentíamos como marcianos», escribió Daix.

Algunos habían sobrevivido a la pesadilla del modo más sorprendente. Entre los que habían sido trasladados en avión desde Alemania se hallaba la condesa de Mauduit, de nacionalidad estadounidense, que había ocultado a pilotos aliados en su castillo de la Bretaña francesa hasta que la denunció una de sus criadas. Bessie de Mauduit llegó de Ravensbrück «vestida aún con el andrajoso uniforme de los prisioneros, aunque sin haber perdido su elegancia». Puso al corriente a Jean y Charlotte Galtier-Boissiére de lo que le había sucedido. «No he llorado una sola vez durante los dos años de cautiverio —concluyó con una sonrisa orgullosa—, pero sí al volver a ver París.»[200] Pocos días después, Galtier-Boissiére supo que Bessie de Mauduit había logrado permanecer tan elegante con su uniforme porque se lo había arreglado otra prisionera, una oficiala de Schiaparelli.

Los que mejor sobrevivieron a la larga fueron los resistentes, en tanto que la tasa de supervivencia de *kapos*[201] y colaboracionistas fue —por lo que puede considerarse con mirada retrospectiva como justicia moral— la más baja. Los que habían intentado destruir su propia individualidad con la intención de hacerse invisibles ante los *kapos* o los guardias de las SS tal vez sobrevivieron mejor a corto plazo; pero el hecho de anular la mente con el fin de convertirse en autómatas impávidos —conocidos como *musulmanes* en los campos de concentración— hacía casi imposible la posterior recuperación.[202] En total murieron seis mil deportados poco antes de ser liberados, de los cuales no eran pocos los que pertenecían a este grupo.

La dificultad de regresar a la vida que habían llevado antes era común a todos. Les resultaba imposible dormir en una cama blanda. Tenían pesadillas y falta de confianza. Lo peor, en cierto sentido, era la decepción que suponía su regreso al hogar: a sus familias les era muy difícil sobrellevar sus depresiones, causadas en gran medida por el síndrome de la culpabilidad del superviviente. «No podíamos sentirnos felices —escribió Daix— porque

habíamos traído demasiados muertos con nosotros.»[203]

Toda la relación que habían mantenido con el mundo real se vio distorsionada por completo a raíz de su reciente inmersión en la pesadilla del «univers concentrationnaire».[204] Charles Spitz, *résistant-déporté* que había trabajado en el túnel de Dora, pudo comprobar que los hábitos adquiridos en el campo de concentración tardaban en desaparecer. Dos meses después de que hubiese regresado a París, su esposa sugirió que salieran a cenar a un restaurante. «Me había comprado toda la indumentaria del hombre civilizado, incluidos la cartera y el monedero. Sin embargo, y sin que ella lo supiese, yo aún conservaba en el bolsillo la cajita de madera que me había confeccionado un camarada en Dora. Contenía trozos de cuerda, alfileres y otros tesoros que resultaban de gran valor en el campo de concentración... Cuando llegó el momento de pagar la cuenta, y ante la mirada estupefacta de todos, abrí mi caja de forma automática y vacié su contenido sobre la mesa.»[205]

A los prisioneros de guerra se les atendió en el cine Rex y en el Gaumont. A cierto prisionero que acababa de llegar de Alemania le preguntaron dónde residía en Francia, a lo que respondió que era de Oradour. El encargado de entrevistarlo se desmayó, incapaz de transmitirle que la aldea había quedado destruida con casi todos sus habitantes a manos de la división Das Reich de las SS. A todos los esperaban numerosas tragedias, de mayor o menor magnitud. No faltaron casos en los que el prisionero llegaba a su apartamento para enterarse por un vecino de que su esposa se había ido a vivir con otro hombre. Uno de ellos se encontró en su casa con un niño de cuya existencia no le había hablado nadie. Su esposa no estaba, pues había salido a comprar. Los celos del recién llegado estallaron después de cinco años de confinamiento en un campo de prisioneros, hasta tal punto que acabó con la vida del crío antes de entregarse a la policía. Sin embargo, la víctima no era ningún hijo que hubiese tenido su mujer con otro hombre: para conseguir algún ingreso económico, ella se había ofrecido a cuidar niños en su propia casa.

La Ejecutiva de Operaciones Especiales (SOE), cuyos agentes especiales habían sido enviados a campos de concentración, consagró grandes esfuerzos a encontrarlos entre la muchedumbre de la Gare d'Orsay. Los equipos *áefanys* (las jóvenes del First Aid Nursing Yeomanry o «Cuerpo de Voluntarias Enfermeras de Primeros Auxilios») se turnaban con la intención de localizar a supenivientes cuyo aspecto había mudado hasta tal extremo que resultaba casi imposible reconocerlos. Esta tarea resultaba tan angustiosa que algunas llegaron a sufrir una crisis nerviosa.

La SOE ya había establecido una base en París, para lo que había tomado el hotel Cecil, de la calle Lauriston, y hacía todo cuanto estaba en sus manos por auxiliar con alimentos procedentes de las raciones del Ejército estadounidense a sus agentes, a las familias de éstos y a los que habían colaborado con ellos de cualquier otro modo. Este tipo de ayuda debía prestarse de forma discreta,

ya que contravenía por entero el reglamento. Con este fin, los invitaron a comer al Cecil y después los alentaron a llevarse todo cuanto pudieran.

Aparte de sus propios refugiados, Francia hubo de responsabilizarse de otros cien mil desplazados de cuarenta y siete nacionalidades en julio de 1.945. Entre ellos se incluían 30.000 rusos —de los que 11.800 eran prisioneros de guerra—, 31.500 polacos y 24.000 yugoslavos.

Desde mucho antes de la primera guerra mundial, París se había constituido en refugio de expatriados de toda Europa que huían de regímenes autocráticos, pogromos o nacionalismos violentos. El bolchevismo y, más tarde, el fascismo en todas sus formas incrementaron sobremanera el flujo de exiliados. Desde 1900 habían crecido en la capital francesa comunidades de extranjeros formadas por armenios que escapaban de las masacres turcas, bielorrusos que huían de la revolución y la guerra civil, polacos, en su mayoría judíos, exiliados del régimen de Pilsudski, etc. También llegaban fugitivos políticos de la Italia de Mussolini y las dictaduras balcánicas, así como judíos, izquierdistas y liberales procedentes de la Alemania de Hitler y los demás países ocupados por los nazis. Por último, en 1939 irrumpió la mayor oleada de todas cuando cruzó los Pirineos más de medio millón de republicanos españoles derrotados que huían de los pelotones de fusilamiento franquistas.

En el 20.° *arrondissement*, al noroeste de Pére-Lachaise, se había establecido el mayor gueto judío, *le village Yiddish de Belleville*. El más antiguo se encontraba en el Marais, aunque las clases profesionales judías estaban repartidas por todos los distritos parisinos de clase media. Quienes habían vivido los tormentos más atroces debían aprender de nuevo a ser médicos, maestros, abogados y hombres de negocios, y el único modo que tenían de hacerlo consistía en encerrar bajo llave el pasado en lo más hondo de sus conciencias para no aludir nunca a él. Richard Arzt, que creció en el seno de una familia judía cuando tocaba a su fin la década de los cuarenta, decía que en su casa se limitaban a no mencionar nunca el holocausto y el sufrimiento de los judíos. Cuando una de sus primas se prometió con un alemán muchos años después, Arzt quedó pasmado ante las hondas muestras de rencor y dolor que provocó el anuncio.

Otros exiliados extranjeros que regresaban a París parecían habitar un mundo diferente por completo, tuviesen su domicilio en la orilla izquierda o en los *beaux quartiers*. Gertrude Stein y Alice Toklas, protegidas al parecer por su inocencia o por un ángel de la guarda, habían logrado vivir durante la guerra en las estribaciones alpinas de Saboya. Nunca habían imaginado que pudiesen hallarse en peligro por ser judías. En la zona había soldados alemanes acantonados, pero jamás habían parado mientes en que ni Stein ni Toklas eran francesas, y habían observado las obras de Picasso que colgaban de sus paredes sin llegar a comprenderlas. Por fortuna, el amable alcalde no había incluido sus nombres en el registro.

Su regreso a la calle Christine resultó muy conmovedor: «Todos los cuadros se hallaban allí, y el apartamento estaba tan limpio y hermoso como antes. Lo estábamos contemplando sin más cuando entró corriendo todo el mundo: el portero, el marido de la lavandera de abajo, la secretaria de nuestro casero, el encuadernador. Vinieron todos a la carrera para saludarnos e informarnos de la visita de la Gestapo, cuyo sello seguía en la puerta».[206]

Si Gertrude Stein se encontró con que su apartamento se hallaba protegido, a Nancy Cunard la sorprendió a su regreso un panorama devastador. Había conocido París durante los días en que los surrealistas se reunían en el café Cyrano, de la Place Blanche. En aquella época había sido amante de Louis Aragón. Su mayor logro lo había constituido la Hours Press, que publicó obras originales —sobre todo en verso— de Ezra Pound, Richard Aldington, Robert Graves, Harold Acton y Samuel Beckett.

Nancy Cunard llegó a París a finales de febrero de 1945. Lo primero que hizo fue abrazar a un perplejo mozo de estación vestido con su mono de trabajo, el representante de la clase trabajadora de la ciudad que halló más a mano. Durante los días siguientes recorrió la ciudad de cabo a rabo, observándolo todo y recordando, y vio a amigos del pasado, como Janet Flanner o Diana Cooper, a las que había conocido antes de la primera guerra mundial. Sin embargo, al regresar a su domicilio de Réanville, en Normandía, se lo encontró saqueado y profanado, no por los alemanes, sino por los vecinos que había considerado amigos suyos. La Hours Press había sufrido daños considerables, y otro tanto podía decirse de sus estatuas primitivas. Entonces no le quedó duda alguna de hasta qué punto habían desaprobado en secreto los de aquella zona sus ideas de izquierda y también a sus queridos, en especial a su amante negro, Henry Crowder.

Samuel Beckett regresó del escondrijo en que se hallaba en Provenza y en el que había disfrutado a menudo de la música compuesta por Henry Crowder interpretada en un piano vertical. Nancy Cunard pensaba que se parecía a «una águila azteca», y que su presencia le resultaba semejante a «la sobriedad del desierto».[207] Peggy Guggenheim, con la que tuvo un breve romance poco después de la guerra, lo describió, en términos más prosaicos, bien que no menos exactos, como «un irlandés larguirucho de unos treinta años con enormes ojos verdes que nunca miraban a quien tenía enfrente».[208] Su modestia era tal que tras la guerra fueron pocos los que sabían que le habían concedido la Croix de Guerre y la Médaille de la Résistance.

Hubo otros que tardaron más en volver a sus hogares. Julien Green reservó su viaje de regreso a través del Atlántico en el *Erickson*, un antiguo buque de transporte que conservaba la mayor parte de las incomodidades de este tipo de embarcaciones. Sin embargo, los poemas de John Donne mitigaron cualquier inconveniencia. Aun a pesar de que ya no existía el peligro que suponían los submarinos, en el canal de la Mancha quedaban aún minas flotantes. Con todo, lo que más lo conmovió fue el consejo que le dieron al llegar a París y querer saber de sus amigos: «Es mejor no preguntar por determinadas

personas».[209]

André Gide, a quien fue a ver, no se mostró mucho más alentador en otro sentido diferente: le dijo que moriría de hambre y frío en París y que, para escapar a tal suerte, él mismo pensaba trasladarse a Egipto.

14 Los grandes juicios

A principios de 1945, la Alemania nazi se desmoronaba, y Francia se sabía incapaz de enfrentarse al mundo de posguerra sin haber ajustado cuentas con el mariscal Pétain y Pierre Laval. Sin embargo, ambos seguían en suelo alemán.

Entre tanto, el juicio de los traidores que habían delatado a la Resistencia proporcionaba una garantía poco menos que falsa de que las cuestiones básicas hubiesen quedado claras. La mayor parte del público seguía con entusiasmo lo sucedido en los tribunales a través de la prensa. El juicio que preocupó a todos durante los primeros once días de diciembre de 1944 fue el de la tristemente célebre banda de Bonny y Lafont, conocida también como la «Gestapo francesa».

Lafont, criminal de medio pelo antes de que estallase la guerra, no dudó un instante en ofrecerse para servir a los ocupantes alemanes. Así, se hizo miembro de la Gestapo y adoptó la nacionalidad alemana en 1941. Su mano derecha era un ex policía llamado Bonny que se había visto envuelto en varios escándalos en el período prebélico. Junto con sus secuaces, organizaron una de las gavillas más odiadas de París. La Gestapo los empleó y les brindaba su protección. A cambio, ellos actuaban de informadores y siguieron y denunciaron a cientos de personas, amén de hacerse ricos mediante el chantaje, el robo, las mafias y el terror. En su cuartel general de la calle Lauriston torturaban y aun mataban en ocasiones a sus víctimas.

En la turbia sociedad del París colaboracionista, Lafont llegó a ser un personaje de cierta distinción. Llegó incluso a adquirir una casa en Neuilly en la que recibía a sus amigos de buena familia y a sus amantes, sin que faltase entre sus invitados Bussiéres, el jefe de policía al que sustituyó Luizet tras la liberación. Se relacionaba con el periodista Georges Suarez y con Jean Luchaire, magnate del ramo de la prensa y, más tarde, «ministro de Información» en Sigmaringen. Se decía que Maurice Chevalier había sido también amigo suyo, aunque éste no tardó en hacer pública una declaración en la que afirmaba haberse encontrado con él una sola vez. Lafont, por su parte, llegó incluso a jactarse de haber actuado de intermediario entre Laval y Otto Abetz.

Lo delató durante la liberación uno de sus propios seguidores, un tal Joanovici, que se unió a la Resistencia en el último momento a fin de salvarse y llegó incluso a proporcionar armas a la policía que defendía la Jefatura de la isla de la Cité. Joanovici, que se alió con el nuevo entorno comunista de la policía francesa, causaría la perdición de éste dos años después, cuando el gobierno contraatacó ante su invasión.

Los doce miembros más importantes de la «Gestapo francesa» fueron

juzgados de forma simultánea. Los cargos presentados contra ellos ocupaban ciento sesenta y cuatro páginas, y leerlos llevó tres horas. En determinado momento del proceso, Lafont se quejó de haber sido víctima de una paliza mientras se hallaba en prisión preventiva, lo que reportó a la policía una ensordecedora aclamación por parte de los presentes en la sala del tribunal. Todos los acusados menos dos fueron sentenciados a muerte. Muggeridge, que había entrevistado a su dirigente, no pudo menos de imaginar la guillotina rebanando «su cabeza pulcra, de rostro cetrino y mediterráneo» como si fuese la de un cardo.[210] En realidad, Lafont murió ante el pelotón de fusilamiento el 26 de diciembre, ante la mirada de su abogado defensor, y mantuvo hasta el final una actitud arrogante.

Las razones que movieron a los demás traidores enjuiciados difieren entre sí, aunque no demasiado. Jacques Desoubrie, fanático simpatizante del nazismo que delató la red Comete en junio de 1943, proclamó su fe en el nacionalsocialismo ante el Tribunal de Justicia de Lille y murió ejecutado. Sin embargo, la mayor parte de los traidores carecía del coraje suficiente para asumir su propia condena. Prosper Desitter, espía reclutado por los alemanes y conocido como «el hombre sin un dedo», y su amante, Flore Dings, fueron también sentenciados a muerte por ayudar a la Gestapo a destruir la red Comete. Según se decía, Desitter aulló de terror en su celda la víspera de su ejecución.

«Los juicios de depuración acapararon nuestro interés durante todo aquel año —escribió Susan Mary Patten—, y la incoherencia con la que se imponía justicia contribuyó en gran medida a la *crise morale*, la crisis de conciencia surgida entre los franceses.»[211] El estado de ánimo del pueblo no era lo único que obstaculizaba entonces la celebración de un proceso justo para los acusados de colaboracionismo. Los tribunales de justicia instituidos por el gobierno provisional eran, por irónico y triste que pueda parecer, una nueva interpretación de las *cours spéciales* de Vichy. El problema radicaba en que nadie había sido capaz de concebir una versión de Francia que comportase un tipo diferente de juicio por traición, de manera que la ley más importante que se aplicaba a los colaboradores era el Artículo 75 del Código Penal, que atañía a la «complicidad con el enemigo».

El gobierno provisional estimaba más conveniente adolecer de imperfecciones jurídicas que carecer por completo de tribunales. Tal como lo expresó uno de los miembros del entorno del general De Gaulle, «no era posible administrar justicia con serenidad» en la situación existente tras la liberación.[212] Si no se juzgaba y sentenciaba a los colaboradores, el pueblo *acabaña* por tomarse sin más la justicia por su propia mano por mediación de tribunales revolucionarios y linchamientos. Sin embargo, el ministro de Justicia no debió haber permitido jamás un sistema en el que los miembros del jurado fuesen militantes de la Resistencia o familiares de los que habían estado en campos de concentración alemanes.

Los procesos de periodistas y escritores habían demostrado que el momento

en que se celebrase el juicio podía determinar la suerte del reo en igual medida que las pruebas presentadas en él. La falta de una coherencia cronológica en lo referente a los juicios de funcionarios superiores de Vichy fue aún más evidente. «Cada vez resulta más obvio —escribió en su diario el pastor Boegner durante el del almirante Esteva, celebrado en marzo de 1945 — que debería juzgarse al mariscal antes que a los hombres que se limitaban a obedecerlo.»[213] Esta diferenciación entre quienes daban las órdenes y quienes las acataban puso en evidencia defectos fundamentales de la nueva legislación. El artículo 3 del Decreto del 28 de noviembre de 1944 reconocía la ausencia de crimen alguno en el caso de que el acusado estuviese siguiendo órdenes («la stricte executivo exclusive de toute initiative personelle»), pero en otro lugar de la legislación se estipulaba que ninguna de las órdenes procedentes del «llamado gobierno del estado francés» tenía validez.[214]

Las glicinias, los castaños y las lilas florecieron temprano la primavera de 1945, lo que hizo muy hermoso el inicio de la estación. Aun así, casi todos los extranjeros que se hallaban entonces en París quedaban conmovidos por los rostros tristes, atormentados y a menudo resentidos con que se cruzaban por las calles de la capital. La visión de los primeros deportados y prisioneros provenientes de los campos de concentración alemanes había supuesto una tremenda sacudida, que más tarde se vio aumentada por las imágenes de campos de exterminio liberados, tales como Belsen y Dachau, que se proyectaban en las salas de cine. Pierre-Henri Teitgen, ministro de Justicia, describió los asaltos a las prisiones de Diñan y Cusset protagonizados por la multitud con el objeto de linchar a varios colaboradores.

La conmoción se renovaba cada vez que se veía a un deportado en París. No era difícil reconocerlos de inmediato: Liliane de Rothschild los recordaba encorvados y consumidos hasta extremos grotescos. Tenían los dientes negros por la caries y la piel cetrina, fría y siempre envuelta en sudor. En el metro, aun las señoras de mayor edad se levantaban «en silencio cuando entraba en el vagón uno de estos esqueletos para cederle su asiento».[215] El estado de ánimo de los parisinos había cambiado desde la liberación de un modo gradual, aunque no por ello menos asombroso. En septiembre de 1944, la proporción de los encuestados por el IFOP que habían expresado su convencimiento de que Pétain debía ser castigado no superaba el 32 por 100, del que tan sólo un 3 por 100 abogaba por que fuese condenado a muerte. Cuando comenzó el juicio del mariscal once meses más tarde eran más del doble (un 76 por 100) los que querían que fuese castigado, mientras que los que pedían la pena capital para el anciano dirigente habían pasado a constituir un 37 por 100.[216]

El Partido Comunista, sabedor de que podía explotar esta ira y de que el resto de partidos no tendría más opción que respaldarlo, comenzó una campaña tan intensa como sostenida en pos de la ejecución de Pétain. Se organizaron mítines, en los que participaban oradores destacados como Louis Aragón, con el objetivo aparente de conmemorar la Resistencia; con todo, el propósito real resultaba evidente.

A principios de abril de 1945 se inició el proceso contra el mariscal Pétain, ausente en Alemania. Al enterarse por la radio de la noticia en Sigmaringen, el encausado escribió a Ribbentrop para pedirle que le permitiera regresar a Francia y presentarse ante sus acusadores. No recibió respuesta alguna.

El 20 de abril llegó a la Selva Negra el 1.er ejército del general De Lattre de Tassigny. A la mañana siguiente, antes del amanecer, se trasladó a Pétain del castillo de Sigmaringen a Wangen y a un nuevo castillo a fin de que escapase al avance de las tropas. Los alemanes que lo escoltaban hubieron de admitir que lo más sensato era cruzar la frontera e introducirlo en Suiza por Bregenz, de modo que decidieron actuar por cuenta propia.

Para contento y alivio de Pétain, las autoridades suizas le permitieron entrar en el país y dirigirse desde allí a Francia para entregarse a la jurisdicción del Tribunal Supremo. El 26 de abril, tras ser recibido por una guardia de honor suiza, el mariscal cruzó la frontera por Verriéres-sous-Jougne en una limusina. Entre quienes constituían el comité de recepción que lo esperaba en el lado francés se encontraban el general Koenig y el comisario local de la república. Pétain alargó la mano, pero Koenig, en actitud inflexible, se negó a estrechársela aun cuando aquél volvió a intentarlo en otras dos ocasiones.

Impasible ante tales muestras de desafecto, el mariscal habló en tono relajado, informal, y felicitó a Koenig por su historial bélico. Éste estaba «furioso con De Gaulle por haberlo enviado a encontrarse con Pétain», lo que no hizo sino empeorar cuando la prensa de la Resistencia mostró su enojo por que se hubiese dignado siquiera saludarlo.[217]

También levantó ampollas el que se concediese prioridad al coche cama en que se devolvió a París al nuevo prisionero sobre los vagones mucho menos lujosos en los que se repatriaba a los deportados después de que hubiesen sido enviados a Alemania en vagones para ganado. Con todo, cualquier comodidad de que hubiese podido disfrutar el mariscal se vio perturbada por las manifestaciones organizadas por el Partido Comunista a lo largo de todo el trayecto. En Pontarlier se congregó una multitud de dos mil personas para lanzar piedras a su compartimiento con gritos de: «¡Que fusilen al viejo traidor! ¡Pétain al paredón!».

A su llegada, el mariscal fue conducido al fuerte de Montrouge, a las afueras de la ciudad. Allí se había dispuesto a la carrera una serie de celdas para él y su esposa. A modo de detalle humillante, se había colocado un retrato del general De Gaulle rodeado de una cinta tricolor en la pared del cuarto principal.

El *bátonnier*, Jacques Charpentier, presidente del cuerpo de abogados de la capital, recibió una petición en la que se le solicitaba que eligiese a un abogado defensor para el juicio. En consecuencia, Charpentier visitó a Pétain a fin de tratar aquel asunto. El mariscal daba muestras de una gran lucidez a la hora de hablar de cuestiones triviales; sin embargo, cuando se trataba de su defensa, saltaba a la vista que había perdido todo contacto con la realidad.

«¿Por qué no lleva usted mi caso?», le preguntó de improviso. «Porque estoy en contra de su gobierno», le respondió Charpentier. Pétain quedó asombrado: no podía creer que un hombre razonable pudiese hacer algo así.

La coraza de autocomplacencia del mariscal, reforzada por la facilidad con que pueden aislarse del mundo los ancianos, resultó sobrecogedora a su visitante.[218]

El regreso de Pétain fue origen de un profundo malestar en París, por cuanto actuaba como incómodo recordatorio de que el grueso de la población lo había considerado su salvador en 1940. En aquel momento, su presencia se consideraba una amenaza para la unidad nacional. El centro derecha y la derecha temían que su juicio sirviese a los comunistas para fustigar al conjunto de los conservadores, fueran cuales fuesen sus diversas posturas, en tanto que los periódicos de la Resistencia de centro izquierda, como *Franc-Tireur*, veían el retorno de Pétain como un arma secreta de Alemania contra Francia. La mayoría tenía miedo de los trapos sucios que estaban a punto de sacarse a relucir. Sólo los que ansiaban la «justicia popular» parecían disfrutar.

El torrente de insultos que inundó la campaña de prensa comunista no amainó jamás. De cualquier modo, el incidente que mejor reflejó el estado de ánimo del momento sucedió durante la tercera semana de junio de 1945 en el congreso de la Unión de Mujeres Francesas, organismo dominado por los comunistas. Allí se propuso una resolución que exigía la muerte de Pétain y que fue recibida con un fervoroso aplauso. Sin embargo, llegada la hora de votar, un puñado de mujeres del democristiano MRP se mostró contrario a tal medida.[219]

«La asamblea montó en cólera —refirió en un informe enviado al Kremlin pocas semanas después la camarada Popova, dirigente de una delegación de mujeres soviéticas—. Exigía que quienes se oponían a la moción saliesen a la tribuna y expusiesen las razones que las habían llevado a votar en contra, estuviesen movidas por su propia opinión o por la de su delegación. A una de ellas la subieron allí a la fuerza. "Pétain es muy mayor", dijo. "¿Qué sentido tiene que lo matemos? Él no es el único culpable y, como católica, me opongo a su asesinato." La asamblea estaba indignada, y los ánimos sólo se calmaron cuando alguien se puso a cantar la *Marsellesa.*»[220] [221]

El 23 de julio, bajo un calor asfixiante, comenzó el juicio del mariscal Pétain en el Palacio de Justicia. En el interior y los alrededores del edificio se habían apostado varios cientos de policías. La sala del tribunal tan sólo tenía capacidad para seiscientas personas, un número muy inferior al de los que querían asistir al proceso. En consecuencia, en los cafés de los alrededores no cabía una sola alma. El jurado estaba constituido por doce militantes de la Resistencia y otros tantos de la Asamblea Nacional que se habían negado a votar en favor de conceder plenos poderes a Pétain en 1940.

El reo de noventa años entró acompañado de dos guardias, vestido de uniforme a fin de dejar bien claro que seguía siendo mariscal de Francia.

Llevaba tan sólo una condecoración: la Médaille Militaire. Su rostro marmóreo «hace pensar —al parecer de Galtier-Boissiére— en la efigie de cera que lo representa en el museo Grévin». Tras los comentarios iniciales del presidente, Pétain leyó una declaración de tres páginas en voz alta, clara y firme.

Comenzó poniendo de relieve que hablaba para el pueblo de Francia, que no estaba representado por el Tribunal que se había reunido para juzgarlo y que, una vez leída su exposición, guardaría silencio durante el resto del proceso. Alegó que en todo lo que había hecho se había guiado por los intereses de Francia. Si el Tribunal lo declaraba culpable, sus integrantes estarían condenando a un hombre inocente, y deberían por ende responder ante el juicio de Dios y el del futuro. Tras la vista, dijo a su carcelero: «He pronunciado un discurso excelente».[222]

Sus palabras no tuvieron gran repercusión en el veredicto del jurado. Para sus miembros, su culpabilidad era evidente. Cuando la defensa recurrió a su derecho al veto en lo tocante a la constitución de éste, uno de los muchos comunistas descartados señaló a gritos que su exclusión no iba a «salvar a Pétain de las doce balas que le tiene reservadas el pelotón de fusilamiento». Otros integrantes aludieron, al parecer, al carácter inevitable de la pena capital en este proceso.

Pierre-Henri Teitgen, ministro de Justicia, tenía una idea bien clara del modo en que debía presentarse el caso contra Pétain: la acusación había de evitar por completo las cuestiones de la derrota de Francia, el ascenso de Pétain a la jefatura de estado y el armisticio para centrarse en las acciones llevadas a cabo por el mariscal tras los desembarcos del África septentrional, ocurridos en noviembre de 1942. Desde ese momento, en el que había dado órdenes de disparar a las fuerzas aliadas y no se había opuesto a la invasión alemana de las zonas no ocupadas, podía demostrarse el desmoronamiento de la defensa de Pétain, que consistía en afirmar que había actuado en favor de los intereses de Francia. Teitgen había presentado a Jefferson Caffery, el embajador estadounidense, un esbozo de este plan durante una reunión celebrada el 27 de junio. De cualquier modo, y a juzgar por cómo se desarrollaron los acontecimientos, la idea fue desestimada por De Gaulle, para quien el proceso de Pétain debía demostrar que el de Vichy había sido un régimen ilegal cuyo mayor crimen había consistido en deshonrar a Francia. No era la primera vez que De Gaulle se equivocaba de medio a medio en algo que concernía tan de lleno a sus sentimientos.[223]

El encargado de la acusación era André Momet, fiscal del Tribunal Supremo, que había logrado la pena de muerte para Mata Hari en un consejo de guerra celebrado en aquel mismo edificio ocho años antes. Este juicio había constituido una injusticia tan brutal como incompetente. El de Pétain habría de ser menos brutal, pero más incompetente si cabe. Dada la probable interferencia de De Gaulle en el proceso, no debe achacarse toda la culpa a

Mornet. En cualquier caso, lo cierto es que la causa quedó estancada de manera inevitable en los acontecimientos de 1940.

«Lo que están juzgando es el armisticio —escribió Charpentier en tono cáustico—. La acusación parece convencida de que el mariscal perdió la guerra con la intención de derrocar la República... En ningún momento ha abordado de frente el verdadero crimen de Vichy; es decir, la terrible ambigüedad que, encubierta por el inigualable prestigio del jefe de estado, llevó a tantos franceses a caer en la traición.»[224]

El juicio consistió en una serie de interminables discursos de contenido irrelevante las más de las veces y sembrados de digresiones que Mongibeaux, el presidente del Tribunal —quien, al igual que la mayor parte de la judicatura, había jurado lealtad a Pétain— no parecía dispuesto a encauzar. Los políticos, que fueron los primeros en ser convocados, se hallaban más interesados en defender su propia reputación que en condenar al mariscal. El único que intervino de un modo digno de admiración fue el dirigente socialista Léon Blum, que había visto acrecentada su autoridad moral tras su confinamiento en Alemania. A decir de éste, Pétain había asegurado al pueblo de Francia que el humillante armisticio «no constituía un acto deshonroso, sino que estaba en consonancia con los intereses del país». Y dado que el mariscal habló, siendo quien era, en nombre del honor y de la gloria, el pueblo no pudo menos de creer sus palabras. «Sí: estoy convencido de que esta reprobable estafa moral debe considerarse un acto de traición.»[225]

A los políticos siguieron los diplomáticos y generales, aunque no fueron muchos los que subieron a la tribuna con algo específico que decir. Se dieron casos en los que la defensa —y en especial el miembro más joven y brillante del equipo, Jacques Isomi— logró poner de relieve que los testigos de la acusación eran tan culpables como el anciano que se sentaba en el banquillo, si no del delito de traición, sí al menos de haberse dejado llevar por la estulticia.

A medida que se sucedían los monótonos testimonios de los diversos declarantes, y en tanto que Pétain permanecía sentado en silencio, el público hervía de impaciencia: lo que quería ver no eran políticos y oficiales, sino las víctimas de Vichy, y en particular, los deportados. El primero en aparecer, sin embargo, distaba mucho del arquetipo que estaban esperando. Se trataba de Georges Loustaunau-Lacau, esquelético a raíz de su estancia en Mauthausen e incapaz de caminar sin la ayuda de unas muletas. Había sido ayudante de campo del mariscal Pétain y había permanecido leal a éste. Loustaunau-Lacau, fundador junto con Marie-Madeleine Fourcade de la red de espionaje conocida como «Arca de Noé», constituía una rareza en el contexto de la Resistencia, dada su condición de anticomunista a ultranza. Sin apartar su iracunda mirada del tribunal, desacreditó por igual el proceso y a sus testigos. «No debo nada al mariscal Pétain —afirmó—, pero eso no impide que me sienta asqueado ante la visión de quienes se encuentran en esta sala e intentan achacar sus propios errores a un anciano.»

Hubo que llamar a declarar al pastor Boegner, presidente de la Federación Protestante de Francia, para que saliera a la luz uno de los hechos de mayor importancia: Pétain había estado informado de las atrocidades e injusticias cometidas por el régimen de Vichy. Boegner había criticado desde un principio las leyes raciales y las deportaciones, y no había cejado en sus protestas. Había hecho saber al mariscal que Francia estaba extraditando a judíos alemanes que habían buscado refugio en el país durante la década de los treinta, y el 22 de agosto de 1942 le había escrito para ponerlo al corriente de la deportación de niños judíos desde la estación de Venissieux, cerca de Lyon. Boegner atestiguó que Pétain había mostrado siempre horror e indignación ante tales noticias, pero que jamás había movido un dedo por frenar estos actos criminales.

Como es de suponer, la acusación no fue la única parte que presentó sus testigos. Así, se solicitó el testimonio de muchísimos generales, leales en su mayoría al antiguo dirigente. Para vergüenza de la Embajada Estadounidense, el abogado Isorni leyó una carta en la que el almirante Leahy, embajador de Roosevelt en Vichy, expresaba su convencimiento de que Pétain había tenido siempre presente cuáles eran los intereses de Francia. Con todo, los observadores extranjeros no parecían satisfechos por la forma en que se estaba desarrollando un juicio en el que cualquiera de los presentes, incluidos los miembros del jurado, tenía derecho a hacer comentarios, e incluso proferir insultos, sin ser amonestado por el presidente de un tribunal que aceptaba incluso rumores como prueba. Caffery informó en un comunicado dirigido al secretario de estado de Washington acerca de la opinión de los estadounidenses con conocimientos de legislación que habían seguido el proceso. A su entender, cualquier tribunal de Estados Unidos habría desestimado la gran mayoría de las pruebas presentadas hasta entonces.

El punto culminante lo supuso la aparición de Pierre Laval el viernes, 3 de agosto, durante la segunda semana del juicio. Los espectadores estaban fascinados ante la idea de ver de nuevo juntos a Pétain y Laval, pues cada uno de ellos había motejado al otro de «montón de estiércol». La entrada de Laval, sin embargo, no resultó demasiado impresionante. Parecía estar incómodo, lo cual no era propio de su persona; sostenía contra su pecho un portafolios marrón y se mostró indeciso a la hora de elegir el asiento que debía ocupar. Llevaba aún sus dos prendas distintivas: sombrero de fieltro gris y corbata blanca, semejante a la de un gánster. Aun así, fue precisamente el cambio sufrido por su aspecto físico lo que más llamó la atención de la concurrencia. «Ha desaparecido por completo lo que tenía de rollizo su rostro —escribió Janet Flanner, enviada del *New Yorker*—. Su cabello, aceitoso y moruno, se muestra ahora seco y gris, mientras que su bigote ha adquirido el color del jugo del tabaco. Los dientes, torcidos y manchados, proporcionan a sus grandes labios un oscuro fondo cavernoso... [El] traje arrugado, a rayas grises y blancas, le quedaba tan grande que parecía prestado.»[226]

A pesar de que en un primer momento parecía intimidado y nervioso, el

propio sonido de su voz le fue devolviendo el aplomo. Habló con brillantez, si bien todo lo que dijo estuvo dirigido al público y los periodistas. En esencia, se limitó a poner de relieve la indignación que le producía el verse presentado como la cara oscura de la moneda de Vichy. Recordó al Tribunal la declaración que hizo Pétain cinco días antes del desembarco de Normandía: «Monsieur Laval y yo trabajamos codo a codo. Entre él y yo existe una igualdad completa de pensamiento y obra». Sin embargo, Laval no contestó una sola pregunta de forma directa.

Su presencia puso fin al prolongado silencio de Pétain. El anciano describió el horror que sintió al oír a Laval anunciar por la radio, el 22 de junio de 1942: «Espero que la victoria sea de Alemania, pues, de lo contrario, el comunismo no tardará en extenderse por toda Europa». El aludido respondió que había presentado al mariscal el bosquejo del discurso, aunque a esas alturas ninguno de los presentes en la sala sabía a quién debía creer.

El jurado sentenció a muerte a Pétain, si bien no por la aplastante mayoría que se había esperado. La incompetencia de la acusación —y también la actuación de Jacques Isorni— había hecho dudar a los más decididos. El jurado, además, solicitó que se conmutase la pena de muerte por un encarcelamiento de por vida. Isorni asegura que se hizo con la intención de evitar que De Gaulle se llevase el mérito de condonar al anciano, que permanecería en el presidio de la isla de Yeu hasta su muerte, acaecida en 1951.

El proceso no logró penetrar el enigma del mariscal Pétain y determinar si creía de verdad que había burlado a Hitler con un «juego doble», o que había colaborado con la causa de los Aliados, tal como afirmaba, aun cuando daba la orden de contraatacar el desembarco estadounidense en el norte de África o escribía a Hitler tras la incursión protagonizada en Dieppe por ingleses y canadienses para felicitarlo por limpiar el suelo de Francia. ¿Creía todo esto, o había logrado convencerse de lo que necesitaba creer?

El mariscal Pétain describía en una carta enviada a Laval el 6 de agosto de 1944 (dos meses antes de que los Aliados desembarcasen en Normandía) el horror que había sentido ante los relatos que había estado oyendo «durante varios meses» acerca de los crímenes de la Milice, entre los que se incluían violaciones, asesinatos y robos. A continuación expresó su consternación por el «deplorable efecto logrado» por la citada organización al entregar «a sus propios compatriotas a la Gestapo y mantener con ella una estrecha cooperación».[227]

Joseph Darnand, jefe de la Milice, replicó a la reprimenda de Pétain de forma muy elocuente: «He estado recibiendo de usted parabienes y muestras de aliento durante cuatro años, y ahora que los estadounidenses están a las puertas de París, empieza a presentarme como una mancha en la historia de Francia. Debería uno haberse decidido un poco antes».[228] Quien esto afirmaba no se mostró menos directo en su propio juicio: «Yo no soy de los que os van diciendo que llevó a cabo un doble juego: yo fui siempre en línea recta, desde

el principio hasta el final».[229]

El principal método empleado por Pétain para evadir la responsabilidad en lo referente a la actuación de su régimen consistió en presentarse como prisionero de los alemanes. «Día tras día luchaba, con una daga en la garganta, en contra de las exigencias del enemigo», repuso durante su proceso.[230] Sin embargo, si lo que afirmaba era cierto, cabe preguntarse por qué seguía pidiendo al pueblo francés que lo siguiera durante el discurso pronunciado en Nancy a finales de mayo de 1944: «Creed-me: tengo cierta experiencia y sé que he apuntado en la dirección correcta».[231] No rechazó en modo alguno el régimen sobre el que más tarde afirmó no haber tenido ningún control, ni hubo tampoco un asomo de arrepentimiento en relación con lo que había hecho Vichy en su nombre.

El 2 de mayo, poco después de que Pétain atravesase Suiza, Pierre Laval había logrado escapar en un avión trimotor Bunkers 88 del espantoso caos en que se vio envuelto el desmoronamiento de Alemania. Con objeto de evitar que lo arrestasen, había sobrevolado Francia para aterrizar en Barcelona. El gobierno del general Franco, que de ningún modo pretendía provocar a los Aliados, se negó a ofrecer asilo político al antiguo primer ministro de Vichy; aunque tampoco quería entregarlo directamente a los franceses.

Por fin, tras casi tres meses de tortuosas negociaciones por mediación del embajador de Estados Unidos en Madrid, se trasladó a Laval a la zona de Austria ocupada por los norteamericanos en el mismo Junkers 88 que lo había llevado a España, no sin antes eliminar los distintivos nazis del aparato. En Linz se encargó de custodiarlo el Ejército estadounidense, que el 31 de julio, ocho días después de que se hubiese iniciado el juicio de Pétain, lo entregó a las autoridades militares francesas. Al día siguiente lo hicieron volar hasta París para recluirlo en el penal de Fresnes.

Durante todo el proceso del mariscal, la defensa había intentado hacer recaer en Laval, y no en el reo, la responsabilidad por los crímenes de Vichy. La participación del primero en calidad de testigo no había hecho gran cosa por mitigar esta impresión, a despecho del exagerado respeto que profesaba a Pétain y la insistencia con que negó haber tomado decisión alguna de relieve sin la aprobación de éste.

Cuando Laval llegó a Fresnes, Benoist-Méchin pudo verlo desde su celda, y quedó también impresionado ante la cantidad de peso que había perdido aquel auvernés bajito y recio desde su último encuentro. El cáncer que padecía no era óbice para que Laval siguiese fumando cinco paquetes de cigarrillos al día. Le resultaba divertido que los *gamins* («chiquillos») de la celda situada sobre la suya le pidiesen las colillas, que izaban una a una atadas a una cuerda.

Aún quedaba un puñado de incondicionales, entre los que destacaban su esposa y su hija Josée, que creían a pie juntillas cada una de sus palabras. El conde Rene de Chambrun, su yerno, consagró su vida a lavar su nombre. En

cierta ocasión en que le preguntaron qué era lo que más admiraba de su suegro, respondió que era «incapaz de hablar en falso, ni siquiera para decir una mentira piadosa».[232]

Laval dormía poco y fumaba sin cesar, y su nerviosismo se había visto incrementado al negársele el acceso a los documentos que con tanto esmero había conservado y anotado en Alemania. Hubo de preparar su defensa de memoria, ayudado tan sólo por unos cuantos ejemplares del *Journal Officiel.*

Tampoco se le permitió ponerse en contacto con ningún posible testigo, y la investigación relativa a su causa, que debía haber consistido en veinticinco «interrogatorios» diferentes, se cerró de improviso tras el quinto. Esto se debió a que el gobierno provisional, consciente de que su proceso iba a acaparar sin duda toda la atención de la prensa, pretendía que hubiese concluido para el referéndum del 21 de octubre.

El juicio comenzó el viernes, 5 de octubre, y constituyó un híbrido de auto de fe y tribunal del Reinado del Terror parisino. De nuevo se llenó la sala a rebosar, y no había un solo espectador que no tuviese la mirada fija en el procesado. Éste entró agarrado a su maletín, en el que podía leerse: «Pierre Laval, Président du Conseil». Se presentó solo, sin sus abogados. El presidente, Mongibeaux, leyó en voz alta un escrito de éstos por el que declaraban que su ausencia no era sino una protesta por la súbita interrupción de las averiguaciones relativas a su caso.

«El proceso de indagación no se ha visto acelerado —repuso Mornet, letrado principal de la acusación—. Comenzó hace cinco años, el día que Pierre Laval se hizo con el poder junto con Pétain.»[233] En este momento, el acusado estampó ambos puños contra la mesa y, con el rostro contorsionado por la ira, exclamó: «¡Todos ustedes estaban bajo órdenes del gobierno! ¡Y usted también, señor fiscal del Tribunal Supremo! Condénenme sin más, y todo quedará más claro».

Las cosas fueron de mal en peor, y los que en teoría debían dirigir el juicio acabaron por desempeñar un papel secundario en su desarrollo. Laval nunca respondía de forma directa las preguntas que le formulaban. Su defensa se basaba en la afirmación de que había seguido un doble juego a fin de engañar a Alemania y proteger a Francia. Aseguró que su famosa declaración («Espero que la victoria sea de Alemania») pretendía infundir a los ocupantes una falsa sensación de seguridad. Este supuesto proporcionaba una excusa para casi todo lo que se le imputaba: el respaldo que prestó al Nuevo Orden europeo de Hitler y el envío de la legión de voluntarios franceses en uniforme alemán al frente ruso. Aun la deportación de judíos a los campos de concentración y de otros ciudadanos franceses para que llevasen a cabo trabajos forzados en Alemania podía explicarse en cuanto estratagema que permitiría salvar a muchos más de seguir una suerte similar. Asimismo, se las ingenió para dar a entender que la celebración de un juicio tan apresurado se debía a que conocía una verdad que los más poderosos tenían miedo de que revelara.

De cualquier modo, el jurado ansiaba su cabeza, y no hizo nada por

disimularlo. No prestó la menor atención a sus argumentos, profirió todo tipo de insultos y lo amenazó con «una docena de balas bajo el pellejo», frase de moda durante la *épuration*. En ocasiones, el juicio degeneró hasta convertirse en una violenta riña entre los miembros del jurado y el reo, protagonizado precisamente por los parlamentarios, y no por los elegidos de entre los integrantes de la Resistencia.

El *bâtonnier* Charpentier describió a Laval como un toro herido en medio de una arena innoble. «Al modo de los golfillos andaluces que saltan al ruedo, los integrantes del jurado insultaban al acusado e interrumpían el proceso.»[234] «El juicio de Laval constituye un escándalo que escapa a toda descripción posible», confió a su diario el pastor Boegner.[235] Charpentier fue aún más lejos: en su opinión, toda la maniobra se había convertido en algo contraproducente, de tal modo que «se ha convertido en víctima a un hombre odiado por todos, cuya condena no habría suscitado un solo murmullo de desaprobación en caso de haber seguido a un juicio celebrado como era menester».

No hubo apelación posible: las decisiones de aquel tribunal tenían carácter definitivo. Laval se dio cuenta de que no tenía posibilidad alguna de salvarse, de tal modo que a partir del tercer día se negó a comparecer en la sala, y permaneció en su celda hasta el final del proceso. Escribió a Teitgen, el ministro de Justicia, para quejarse de manera tan elocuente como amarga por la forma en que se le estaba tratando. Este, por su parte, advirtió a los abogados de Laval que su defendido acabaría por ser condenado si no lo exhortaban a regresar a la sala del Tribunal.

El procesado hizo caso omiso del consejo de Teitgen. Convencido de que al no asistir a su propio juicio impediría de manera irremediable su continuación, persuadió a sus abogados —que hacía tiempo que habían sucumbido a su hechizo— de lo acertado de su postura. Envuelto en una nube de autoengaño tan espesa como el humo de cigarro que llenaba su celda, trabajó febrilmente en la nueva defensa de que pretendía servirse en un segundo juicio. El 9 de octubre, empero, supo, presa de la estupefacción, que el tribunal lo había condenado a muerte.

Cuatro días después, el pastor Boegner acudió a la calle Saint-Dominique a fin de solicitar una conmutación de la sentencia del condenado, toda vez que su proceso no había sido más que una parodia de justicia. «Si se ejecuta a Laval después de todo lo que ha ocurrido —dijo a De Gaulle—, ¿será de verdad un ajusticiamiento?»[236] Boegner observó con detenimiento su reacción, pero en el semblante del general no se movió un solo músculo. Los abogados del reo tuvieron una experiencia muy similar: su defendido bien podía estar ya muerto. François Mauriac escribió también a Teitgen para solicitar la celebración de un nuevo juicio, si bien no recibió respuesta alguna.

Aunque la mayoría de las ejecuciones tuvo lugar en el fuerte de Montrouge, a Laval lo fusilaron en Fresnes. Los testigos oficiales —entre los que se encontraban el fiscal del Tribunal Supremo, el juez que había presidido su

juicio y Charles Luizet— llegaron al presidio poco después de las ocho y media, y se dirigieron a la celda del condenado, situada en la planta baja del edificio. Laval, sin embargo, se mofó en el último momento de quienes lo perseguían al ingerir una dosis de cianuro que debía de tener escondida entre sus ropas. Casi de inmediato comenzó a experimentar convulsiones, lo que provocó el pánico de los recién llegados, que no sabían qué hacer. El médico principal de la prisión buscó una bomba gástrica. Céline observó más tarde (como doctor Destouches) que lo más probable era que el cianuro estuviese corrompido por causa de la humedad, en tanto que otros son de la opinión de que Laval olvidó agitar el frasco.

Hicieron falta dos horas para reavivar a Laval lo bastante para ejecutarlo. Lo sacaron casi en brazos, descalzo, y lo ataron a una silla. Al parecer, trató de ponerse en pie cuando el pelotón de fusilamiento lo apuntó con sus armas. Benoist-Méchin aseguró que los soldados estaban ebrios a causa del ron que les habían suministrado para aplacar sus nervios durante la espera. Cuando los ruidos de la desigual descarga llenaron el interior del penal, los reclusos montaron en cólera y, golpeando las puertas de sus celdas con los zapatos, comenzaron a gritar: *Bandits! Salauds! Assassins*!

El gobierno trató de mantener al público ajeno a los detalles más espeluznantes de la historia de Laval, pero las noticias al respecto se propalaron con gran rapidez. Francia quedó dividida entre los que opinaban que merecía la suerte que había corrido, con independencia del modo en que se hubiesen desarrollado los hechos, y los que repudiaban los vergonzosos episodios que se habían sucedido durante el juicio y después de éste. La cuestión llegó incluso a provocar discusiones en el seno de algunas familias. «La única vez que he golpeado a mi marido —señaló Liliane de Rothschild, cuyo esposo, Élie, acababa de regresar de un campo alemán de prisioneros— fue cuando dijo que habían tratado mal a Laval.»[237]

A principios de noviembre de 1945 se organizó una subasta en el hotel Drouot a fin de dar salida a las joyas y las pieles confiscadas a especuladores y colaboradores. Los precios que se alcanzaron superaban en gran medida lo que podía esperarse en aquellos tiempos de penuria. Así, se vendió un anillo de diamantes amarillos por cuatro millones de francos (ochenta millones de dólares, a la sazón). La concurrencia estaba constituida por una mezcla extraordinaria de gente pobre que había ido a ver impartir una forma insólita de justicia y de «reinas del mercado negro» vestidas con los nuevos modelos de Lucien Lelong[238]

Este acontecimiento dice mucho del espíritu de una época en la que nadie estaba satisfecho, a excepción de los que habían sacado tajada de la situación y habían escapado a las consecuencias de sus actos. La *épuration* fue tan severa por una parte como débil por la otra. El que quedasen sin perseguir algunos de los mayores criminales, y en particular los responsables de las deportaciones de judíos —lo que se hizo con el doble fin de reescribir la historia y cerrar la puerta del pasado— fue origen de no pocos problemas en

los años siguientes. Más de un cuarto de siglo después, una nueva generación comenzó a sacar a la luz los reprobables secretos de la época de Vichy.

15 La sed de novedades

Tras la ocupación, a una sociedad cerebral como la francesa le resultó imposible sustraerse al deseo de expresar sus ideas. A Galtier-Boissiére le llamó la atención el repentino desbordamiento de la prosa escrita por autores franceses que se habían negado a trabajar para la prensa colaboracionista. Surgió entonces un asombroso número de periódicos y revistas literarias dispuestos a aplacar la citada sed ideológica. El mayor problema a este respecto era la escasez de papel. Este hecho había obligado a reducir *Le Monde* al formato propio de un tabloide, por lo que no tardó en conocerse por *Demi-Monde*. La falta de papel, con todo, no fue óbice para que *Les Lettres Françaises* alcanzara una tirada de más de cien mil ejemplares a finales de 1944.

De cualquier modo, la mayor parte de las quejas que provocó este diluvio de material impreso se debió a la reducida variedad de posturas políticas a la que servía de vehículo. Aun la revista *Esprit*, publicada por Emmanuel Mounier, propagaba una forma de socialismo cristiano que pretendía superar el abismo que se abría entre las ideologías católicas y las comunistas. Como otros muchos de los que compartían los ideales de la Resistencia, Mounier creía entonces que la revolución constituía una renovación vital del organismo, lo que lo llevó incluso a aceptar la brutal transformación de la Europa ocupada por los soviéticos como un hecho natural dadas las circunstancias.

La liberación sumió a los jóvenes en un estado de gran entusiasmo. «Tener veinte o veinticinco años en septiembre de 1944 —escribió Simone de Beauvoir— se consideraba un tremendo golpe de suerte, pues ante los de esa edad se abrían todos los caminos posibles. Los periodistas, escritores y cineastas en cierne discutían, hacían planes, tomaban decisiones con espíritu apasionado, como si el futuro dependiese de ellos por entero... Yo ya era vieja: tenía treinta y seis.»[239]

«¡Oh prodigio! —escribió Emmanuel le Roy Ladurie al ver por vez primera el bulevar Saint-Michel tras la guerra—. Me sorprendió la extraordinaria concentración de jóvenes, la mayor de toda Francia por kilómetro cuadrado, y en una nación que parecía ser un país de ancianos.»[240]

La juventud parisina no había sido dócil durante la ocupación. Su respuesta a la consigna de «Trabajo, Nación, Familia» defendida por Pétain no había sido otra que: «Resistencia, mercado negro, y *surprise-parties*»[241] Muchos habían actuado de mensajeros o de repartidores de panfletos y periódicos clandestinos; otros hacían tratos al filo del mercado negro, actividad que, por el solo hecho de estar prohibida, se hallaba envuelta en un fascinante halo de rebelión. Por su parte, las *surprise-parties* representaban su modo de sublevarse ante un régimen que se les hacía semejante a practicar escultismo

con botas de agua.

Algunos se hacían *zazous*, miembros de un movimiento anárquico y antiheroico hasta la desvergüenza basado en el desprecio de Vichy, los alemanes y todos los valores militares, cualquiera que fuese su procedencia. No falta quien haya considerado a los *zazous*, dadas sus largas melenas grasientas, como los precursores de la generación Beat; aunque la inclinación que mostraban los jóvenes por las chaquetas largas de cuello alto y las muchachas por las faldas cortísimas les confería un aspecto más cercano al de los *teddy boys* de los años cincuenta, en tanto que el sistema de valores antiviril de los primeros se asemejaba más al de los *hippies* de los años sesenta. A fin de eludir el servicio militar, acostumbraban aplastar tres aspirinas e introducirlas en un cigarrillo para fumárselo una hora antes del examen médico al que los sometía el Ejército. Sin embargo, los *zazous* corrían también un riesgo cada vez que aparecían en público, dado que los grupos de jóvenes fascistas pertenecientes al Parti Populaire Francais que se cruzaban en su camino no dudaban en propinarles una paliza o, en el caso de que la víctima fuese una muchacha, torturarla sin piedad.

La mayoría de los *zazous* pertenecían a la clase media acomodada. Organizaban sus *surprise-parties* (conocidas también como *potlucks*, ya que los términos estadounidenses estaban muy de moda) en los apartamentos de aquellos cuyos padres se hallaban temporalmente ausentes y con la comida y la bebida que aportaban los amigos y los que se presentaban sin haber sido invitados. En esencia, estas fiestas constituían una respuesta a las leyes dictadas por Vichy en contra del jazz y el baile, de tal manera que si alguien poseía discos de Duke Ellington o Glenn Miller, no tardaba en correrse la voz. A causa del toque de queda, no era extraño que estas reuniones durasen toda la noche. Tras la liberación, la verdadera moda *zazou* acabó por extinguirse, si bien el término permaneció como sinónimo de «abuso» en boca de puritanos de izquierda y derecha.

La liberación hizo que todo cambiase para los jóvenes —o los J3, como a menudo se les llamaba a raíz del nombre dado a la categoría de racionamiento que iba de los quince a los veintiún años—. La desaparición del toque de queda les permitió saborear la libertad que ofrecían las calles por la noche, aun cuando eso conllevara morirse de frío en las esquinas cercanas a los clubes de jazz de Saint-Germain-des-Prés. El hecho de pasar toda la noche fuera conservaba aún la emoción de lo ilícito, mientras que la escasez de alimentos propiciaba una continua sensación de mareo que en ocasiones resultaba vertiginosa. Hacían caso omiso del último metro, el de las once —para el que muchos ni siquiera tenían dinero—, y dormían en los portales para volver a casa andando al amanecer. Los más afortunados podían permitirse cruzar medio París en patines.

Podían comprar ropa —nada menos que auténtica ropa estadounidense, en muchos casos— a precios irrisorios en el mercadillo de Saint-Ouen, en el que se vendían prendas enviadas por la comunidad judía de Nueva York a fin de

ayudar a sus correligionarios. De este modo, al pelarse unos a otros a imitación de los soldados yanquis y vestirse con camisas a cuadros de segunda mano, pantalones tan cortos que llegaban a la mitad de las espinillas, calcetines a rayas y zapatillas de deporte, los antiguos *zazous* crearon un nuevo estilo.

Los estudiantes parecían vivir de energía nerviosa e ideas. No había nada que ansiasen más que la lectura, a pesar de que había muy poco tiempo y mucho que leer: Aragón, Camus, Sartre y De Beauvoir, así como Apollinaire, Lautréamont, Gide y, además, todas las novelas estadounidenses cuyas traducciones proliferaban entonces, como las de Hemingway, Steinbeck, Damon Runyan, Thornton Wilder y Thomas Wolfe. Había que ver todo lo que antes había estado prohibido, tanto las obras de teatro de García Lorca como las películas de Buñuel. No era necesario ser estudiante de filosofía para tener la obligación de ser capaz de discutir sobre el paradigma hegeliano del amo y el esclavo, las obras completas de Karl Marx y la sucesión existencialista nada apostólica que va de Soren Kierkegaard y el fenomenólogo Edmund Husserl hasta Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty, sin olvidar a Martin Heidegger.

Beaufret, profesor de filosofía de Emmanuel le Roy Ladurie, gozaba de un inmenso prestigio entre los estudiantes por el hecho de haber conocido personalmente a Heidegger. Los jóvenes estudiantes comunistas, crecidos a causa de la importancia de su histórica misión, no se dejaban impresionar. A los ojos del partido, Heidegger no era más que un nazi, y el existencialismo, una doctrina decadente.

Los liceos y las facultades universitarias de París se hallaban muy politizados, una situación que había sido peor durante la ocupación, cuando la Milice había reclutado a estudiantes de derecha para que espiasen a sus compañeros. Tras la liberación, eran los comunistas quienes pretendían ejercer su hegemonía política e intelectual. El blanco de sus acciones lo constituían en primer lugar los estudiantes católicos, aunque apenas había que manipular los hechos para considerar «objetivamente» marxista a todo aquel que, aun siendo de izquierda, no mostrase una decidida actitud de compromiso para con lo que el Partido Comunista definía como *progressisme*. Emmanuel le Roy Ladurie metió la pata hasta el corvejón al confesar ante un comunista la impresión que le había producido la lectura de *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler. No hubo parcela alguna del arte que escapase a la implacable crítica marxista-leninista. Admitir que se había disfrutado con *El gran Meaulnes*, de Alain-Fournier, era dar muestras de un sentimentalismo tan lamentable como pasado de moda, así como de tendencias reaccionarias.

Antoine de Saint-Exupéry había escrito en 1940 *Piloto de guerra*. La liberación logró en un principio unir a la mayoría del país bajo la bandera del progresismo, tal como demostraron los sondeos de opinión, que dieron a conocer el colosal respaldo popular a la nacionalización de los bancos y la

industria pesada. Simone de Beauvoir escribió acerca de París en el «año cero», y de hecho, los comunistas y sus simpatizantes tenían la impresión de estar avanzando codo a codo con la historia. Otro hecho que refleja de un modo inmejorable el espíritu de la época, tal como señaló Galtier-Boissiére, fue el que la revista *Vogue* —y no otra— publicase un poema de Eluard y un retrato de Marcel Cachin, comunista veterano.

La muerte del gran Paul Valéry a la edad de setenta y cuatro años parecía subrayar el final de una época. El poeta, que había pronunciado el discurso de bienvenida a Pétain cuando éste fue elegido miembro de la Académie Francaise, falleció el 20 de julio de 1945, tres días antes de que comenzara el juicio del mariscal. Se le ofreció un funeral oficial: se llevó el féretro en procesión por las calles de París, acompañado de un cuerpo de guardias que marchaban al compás de tambores sordos. El ataúd se depositó justo por debajo del Trocadéro, en un catafalco dorado iluminado con antorchas. Duff Cooper, gran admirador del respeto que profesaba la República francesa a los hombres de letras, reflexionaba compungido acerca de la diferencia con su propio país: «Sólo tenemos que imaginar la actitud con que recibiríamos la sugerencia de que la Brigada de Guardias marchase ante el féretro de T.S. Eliot».[242]

La reaparición del periódico satírico *Le Canard Enchainé* proporcionó a la prensa francesa la dosis de humor que tanto necesitaba. El semanario había dejado de editarse el 11 de junio de 1940. Tras la caída de Vichy se había incrementado sobremodo el apetito de manifestaciones irreverentes, y el *Canard* no tenía escrúpulos en lo tocante al buen gusto. Muestra de ello fue, verbigracia, una viñeta publicada a raíz de la muerte de Hitler en la que se representaba al Führer en el cielo colocando a Dios una estrella de David. Por otra parte, la publicación poseía su propio código de valores. Así, se negó a atacar a los colaboracionistas durante los momentos más exaltados de la *épuration*. De Gaulle se equivocaba de medio a medio cuando la consideró una de las revistas caídas en manos de los comunistas durante la liberación.

Los de derecha incurrían en un error no menos grave al considerar el existencialismo en cuanto otra forma de marxismo. El Kremlin definió esta corriente como «filosofía burguesa reaccionaria», lo que se debió al carácter anticolectivista de una teoría que declaraba que era el hombre en su carácter de individuo (y no la sociedad ni la historia) el responsable de definir su propia vida.[243]

Resulta difícil acusar a Sartre de seguir las modas. Tras la liberación, en un momento en que elogiar a la Unión Soviética resultaba obligatorio en los círculos progresistas, había mantenido el recelo que profesaba al estalinismo para acabar por respaldarlo en los albores de la década de los cincuenta, cuando los escritores franceses ajenos al Partido Comunista habían empezado a juzgarlo por lo que era. Su libro *El ser y la nada* se publicó por vez primera en Gallimard el año 1943. AJ. Ayer, escéptico, pensaba que, aparte de algunas buenas ideas filosóficas, se trataba de «una pretenciosa tesis metafísica». En

resumen, para él el «existencialismo se basaba sobre todo, a juzgar por esta muestra, en un uso erróneo del verbo *ser*».[244]

Si Sartre no hubiese sido más que un filósofo, pocos habrían oído hablar de él fuera de un reducido grupo de intelectuales. Sin embargo, al dar forma a sus ideas y cuestiones filosóficas mediante novelas y obras teatrales (y sobre todo, al crear para éstas antihéroes condenados al fracaso, como el Antoine Roquentin de *La náusea* o el Matthieu de *Los caminos de la libertad*), despertó en la juventud una honda sensación de pesimismo de un modo nunca imaginado desde la insólita oleada de suicidios provocada entre los espíritus poéticos europeos por el *Werther* de Goethe. El renombre de Albert Ca-mus también debe mucho a Mersault, el antihéroe de *El extranjero*, y hoy en día se recuerda más el existencialismo en cuanto movimiento literario que como una tendencia filosófica duradera.

El grupo de los existencialistas, que dominó la vida artística del París de posguerra, había comenzado a tomar forma durante el invierno anterior a la liberación. Sartre conoció a Albert Camus en 1943, cuando este último fue a ver los ensayos de *Las moscas*, obra teatral del primero. Simone de Beauvoir se reunió más tarde con ambos en el Café de Flore para descubrir en Camus «un encanto basado en una feliz mezcla de indiferencia y ardor».[245]

Los integrantes de este grupo de amigos cada vez más numeroso vivían en la zona de Saint-Germain-des-Prés, en hoteles baratos que cambiaban de cuando en cuando. Se encontraban —más por casualidad que por haberse citado— en sus cafés habituales, de entre los que destacaba el Flore —donde pasaban seis horas escribiendo Sartre y De Beauvoir—, bien que tampoco hay que olvidar el Deux Magots. Por su parte, la Brasserie Lipp, situada frente a éstos, cayó en desgracia durante algún tiempo, por cuanto sus especialidades alsacianas habían atraído a demasiados oficiales alemanes durante la ocupación. En ocasiones se unían a Picasso y a Dora Maar en Le Catalán, sito en la rué des Grands Augustins, que constituía casi una prolongación del estudio del pintor.

El círculo de intelectuales que se congregaba en torno al autor de *La náusea* recibió el vago sobrenombre de *la famille Sartre*, de igual manera que los jóvenes que se reunían alrededor de Jacques Prévert eran conocidos por *la bande Prévert*. Este último, célebre en cuanto guionista, trabajó entre 1936 y 1946 en una serie de películas del cineasta Marcel Carné *Les Visiteurs du Soir* y *Los niños del Paraíso*, entre otras). Sin embargo, no tuvo demasiado éxito como poeta hasta 1945, año en que Gallimard publicó *Palabras*. Sus versos límpidos, irreverentes y frívolos irrumpieron en el París de posguerra como un soplo de aire fresco. No faltó quien les pusiera música ni quien los cantara en la calle, de tal modo que, en el plazo de pocos años, Gallimard logró vender más de cien mil ejemplares. Paul Boubal, *patrón* del Flore, era de la opinión de que Prévert y sus amigos habían plantado la simiente del fenómeno Saint-Germain (al menos en su propio café); pero la actitud de Simone de Beauvoir hacia *la bande Prévert* era más bien de censura, dada la falta de compromiso

político demostrada por el grupo.

Mientras esperaba la liberación, Simone de Beauvoir organizaba modestas cenas cocinadas de cualquier manera en su habitación de hotel de color «rosa dentífrico», en las que al menos la mitad de los invitados había de sentarse en el borde de la cama. Sartre hablaba de fundar una revista con ella, Camus y Merleau-Ponty, proyecto que acabó por tomar forma en otoño de 1945 con la publicación del primer número de *Les Temps Modernes.*

A despecho del carácter sombrío de su filosofía, Sartre podía resultar muy atractivo. Alguien que lo conoció muy bien durante aquella época lo describió como una persona «rebosante de encanto; en pocas ocasiones he conocido a alguien tan divertido, agradable y generoso».[246] Era siempre el primero en defender una buena causa y ayudar a los artistas con dificultades. Organizó una velada benéfica en favor de Antonin Artaud, amén de proporcionarle dinero personalmente. A menudo se las ingeniaba, por no herir el orgullo de aquellos a los que socorría, para hacerles llegar los fondos de un modo indirecto. Así, las ayudas económicas que dispensaba a la novelista Violette Leduc llegaban siempre por mediación de Gallimard, que las hacía pasar por derechos de autor de sus obras.

La relación de Simone de Beauvoir y Sartre resultaba mucho más agotadora en lo emocional de lo que ella se atrevió nunca a admitir. Él la llamaba *Castor*, mientras que otros se referían a ella con el apodo de *Nôtre Dame de Sartre* o *la Grande Sartreuse*. Conservaba aún cierta belleza, mas su seriedad y su ansiedad reprimida en lo referente a Sartre comenzaban a hacer mella en su rostro y lo trocaban en el de una criada entrada en años. El siempre la había dominado y le había hecho soportar su carácter de tenorio compulsivo (lo que ella llamaba sus «désordres amoureux»).[247] Tal como indicó a una amiga, «Sartre tenía una faceta casi diabólica: conquistaba a las jovencitas exponiéndoles su alma».[248]

Al parecer, las fiestas y la bebida no impidieron que la mayor parte de quienes integraban *la familie Sartre* estuviese a punto de acabar su propio libro, destinado a publicarse tras la liberación. La sala de arriba del Café de Plore daba a menudo la sensación de haberse transformado en una aula, algo que se acentuó durante el invierno de 1943 y 1944. En una mesa trabajaba Sartre en *Los caminos de la libertad*; De Beauvoir escribía *Todos los hombres son mortales*; Mouloudji, *Enrico* y Jacques-Laurent Bost, *Le Dernier des Métiers*. Se leían los manuscritos unos a otros, y por lo general se prestaban la atención que merece la obra de un amigo.

Merleau-Ponty, sin embargo, quería que Sartre leyese el suyo en calidad de filósofo, y no de amigo. Se lo dejó sin apenas articular palabra, y Sartre, que por lo general se hallaba muy ocupado, lo hojeó antes de emitir un sonido que pretendía ser una felicitación, algo que, sin duda, no bastó a su autor. Sartre recordaba así el incidente: «Descubrió mi escondrijo, y se encaró conmigo allí. De súbito me lo encontré ante mí, sonriendo mientras me ofrecía el

manuscrito. "Estoy de acuerdo con todo lo que dices", farfullé. "Me alegro mucho —dijo él sin siquiera moverse—. De todos modos, deberías leerlo", añadió con paciencia. Lo leí, asimilé su contenido y quedé fascinado con lo que leía».[249]

Raymond Queneau, poeta, novelista y filólogo, era junto con Merleau-Ponty uno de los miembros más distinguidos del círculo de Sartre. Este editor veterano de Gallimard, llevaba una vida de erudición oprimida por la más profunda de las desesperaciones. Aun así, todo indica que esto no afectó jamás a su espíritu sociable, su risa contagiosa, su pasión por el jazz o la fascinación que sentía por la lógica y las matemáticas.

Michel y Zette Leins formaban asimismo parte del grupo. El primero era novelista y etnólogo, en tanto que ella regentaba la galería de su cuñado, Daniel-Henry Kahnweiler, marchante de Picasso, quien vivió con ellos de forma clandestina durante la ocupación. Su apartamento, que había servido a menudo para ocultar a otros judíos y militantes de la Resistencia, se hallaba en el Quai des Grans Augustins y tenía vistas al Sena. Sus paredes estaban decoradas con óleos de Picasso, Miró y Juan Gris colgados por encima de un mobiliario de buena calidad propio de la Francia burguesa. Contaban con muchos amigos entre los artistas de la orilla izquierda, incluidos André Masson, Giacometti y Picasso, cuyo estudio se hallaba a la vuelta de la esquina. De hecho, fue precisamente en su domicilio donde se representó por vez primera la obra teatral *El deseo atrapado por la cola*, del pintor malagueño, durante un recital celebrado el 19 de marzo de 1944, más de tres años después de ser escrita.

Camus hizo las veces de presentador, provisto de un largo bastón con el que golpeaba el suelo a fin de indicar los cambios de decorado mientras los describía. La obra evocaba las «de vanguardia de los años veinte», tal como muestra la relación de personajes. Michel Leiris representaba el papel principal, el de Gros Pied. Entre los otros lectores se hallaban Jean-Paul Sartre, que hacía de Bout-Rond; Raymond Queneau, de l'Oignon; Jacques-Laurent Bost, de le Silence; Zanie de Campan, de la Tarte; Dora Maar, de l'Angoisse Maigre, y Simone de Beauvoir, de la Cousine. Picasso y sus amigos la pusieron en escena por entretenimiento propio, pero la flor y nata de la intelectualidad parisina apenas podía contener su emoción ante la idea de un acontecimiento de tal envergadura. Tanto fue así, que a las siete, en el salón de los Leiris ya no cabía una sola alma.

La pequeña comedia de Picasso, que constituía casi un mero ejercicio de nostalgia, no hizo sino subrayar lo que ya era obvio a todos: el surrealismo, en cuanto movimiento, estaba prácticamente extinguido antes de la guerra, tras agotar casi por completo su capacidad de subvertir el pensamiento establecido y ser víctima de la escisión política cuando Aragón, Eluard y otros se convencieron de que la única respuesta se hallaba en el comunismo. Cierto día, en el Flore, Sartre preguntó a Queneau, antiguo surrealista, qué pensaba que había quedado del movimiento. «La impresión de haber sido joven», fue

su respuesta.[250]

En mayo de 1944, poco antes de la liberación, Sartre y Simone de Beauvoir se encontraban sentados en el Café de Flore cuando oyeron una voz que preguntaba: «C'est vous, Sartre?». Ante ellos vieron a un personaje recio, con la cabeza afeitada y la nariz rota. Se trataba de Jean Genet, a quien su biógrafo describe como «el Proust del París marginal».[251] Tal vez poseyera un «aspecto desconfiado y aun agresivo» a resultas de la difícil vida que había llevado en varios reformatorios, en la calle, donde se prostituía, y en la cárcel; sin embargo, «sus ojos sabían sonreír, y su boca era capaz de expresar el asombro de la niñez».[252]

Durante el otoño de 1945, Simone de Beauvoir conoció en la cola de un cine de los Campos Elíseos a «una mujer alta, rubia y elegante, de rostro mal parecido, aunque lleno de vida».[253] Dio por hecho que no era más que una persona a la moda, pero en realidad se trataba de la novelista Violette Leduc, que aún no había visto publicada ninguna de sus obras y que vivía de su ingenio y de la fuerza que le permitía trabajar de «maletera», llevando a París pesadas valijas llenas de mantequilla y carne procedentes de Normandía para vender a los restaurantes que se surtían del mercado negro.

Pocos días después, Violette Leduc fue a ver a Simone de Beauvoir en el Café de Flore con el manuscrito de su novela, *L'Asphyxie*. Cuando ésta le aconsejó que cambiase el final, desapareció para hacer exactamente lo que le había dicho. De Beauvoir quedó tan impresionada con el resultado que enseñó la obra a Camus, quien pertenecía a la sazón al comité editorial de Gallimard y dio de inmediato su visto bueno para publicarla. El único inconveniente era que Leduc se había encaprichado por completo con su mentora, quien se dio cuenta de que tendría que establecer una serie de normas muy estrictas si pretendía que su amistad no se fuese al traste.

Violette Leduc trabó una relación inmejorable con Jean Genet, y los dos extraños suscitaron en Sartre y sus amigos el interés propio de un mirón. La única persona con la que tuvo

Leduc un enfrentamiento temperamental fue Nathalie Sarraute, la novelista que había ocultado a Samuel Beckett durante la ocupación. La recién llegada hizo lo posible por congraciarse con esta última, pero la incompatibilidad casi visceral que las separaba no hizo sino empeorarse a causa de los celos, dado que Sarraute era sin duda la protegida de Sartre, en tanto que la posición de que gozaba Leduc con respecto a Castor distaba de ser segura.

El otoño de 1945 fue testigo del gran apogeo del existencialismo, si bien Sartre y De Beauvoir no pudieron menos de mostrar su irritación ante el hecho de que se aplicase de forma automática esa etiqueta a todo lo que escribían. En septiembre, ella gozó de un gran éxito, tanto comercial como de crítica, a raíz de la publicación de su novela de Resistencia: *La sangre de los otros*. Durante los dos meses siguientes vieron la luz otros tantos volúmenes de *Los caminos de la libertad* y el primer número de *Les Temps Modernes*. El 29 de octubre de 1945, Sartre dio una conferencia con el título de

«L'Existentialisme, est-il un Humanisme?» en una sala llena a rebosar. Fueron cientos los que hubieron de quedarse fuera por la falta de espacio, y algunas mujeres se desmayaron a causa de la aglomeración.

Les Temps Modernes ejerció una tremenda influencia. El nombre de la publicación se inspiraba en parte en la película *Tiempos modernos*, de Charlie Chaplin; aunque pretendía sobre todo hacer hincapié en la era de cambio intelectual que se abría ante ellos. Su comité editorial constituía por sí solo una garantía de calidad, por cuanto incluía a Sartre, De Beauvoir y Camus, a Merleau-Ponty como editor de filosofía, y a Michel Leiris y Raymond Queneau al cargo de la poesía y literatura en general, amén de a Raymond Aron y el gramático Jean Paulhan, que era el único que contaba con cierta experiencia en la dirección de una revista literaria. Invitaron a Malraux a unirse a ellos, pero él rehusó, lo que es de suponer que se debió en parte a que estaba abandonando la actitud radical de su juventud. Habida cuenta de la antipatía que le profesaba De Beauvoir («se tiene al mismo tiempo por Goethe y Dostoievski»), fue toda una suerte que se mantuviese al margen.[254]

Gastón Gallimard se mostró dispuesto a respaldar la publicación y ofrecerle sus oficinas. No en vano pertenecían tres de sus editores —Paulhan, Camus y Queneau— al propio comité editorial de Gallimard, por no hablar del resto, cuyas obras publicaba la misma casa. El primer problema radicaba en asegurarse una cantidad de papel suficiente. De Beauvoir y Leiris fueron a ver a Jacques Soustelle, el ministro de Información de De Gaulle, que se mostró reacio a prestarles su ayuda, dada la pertenencia a su comité de Raymond Aron, quien se había vuelto en contra del general. En realidad, Aron no tardaría en dimitir a resultas de una disputa ideológica.

Simone de Beauvoir consideraba que *Les Temps Modernes* constituía el punto culminante de lo que ella llamaba el «ideal sartreano». Sin embargo, apenas tardó en encontrarse rodeada de manuscritos y sitiada por escritores noveles de serias ambiciones. Daba la impresión de que la mitad de los jóvenes de la orilla izquierda hubiesen estado trabajando en novelas pseudo-existencialistas de Resistencia, a cuál más oscura y deprimente, porque no era menos lo que se esperaba de ellos.

El teatro francés había demostrado con creces su vitalidad durante los dos últimos años de la ocupación, aun a pesar de que muchos de sus principales representantes se encontrasen en situaciones más bien poco claras durante la liberación.

El público parisino había aprendido a apreciar las vanguardias en la década de los veinte, y durante los años que precedieron a la guerra, los dramaturgos Anouilh, Giraudoux, Salacrou y Cocteau ya habían preparado el terreno para lo que se considera el teatro posterior a la liberación.

La primera obra teatral de Sartre, *Las moscas*, se representó por vez primera en 1943. Otro tanto sucedió con la *Sodome et Gomorrhe* de Giraudoux, bien que hubo de montarse sin la participación del más insigne director dramático

de Francia, Louis Jouvet, que se había embarcado junto con su compañía en un exilio trashumante por Suramérica. Uno de los mayores éxitos había sido el montaje que había hecho Jean-Louis Barrault de *El zapato de raso*, de Paul Claudel; sin embargo, ni

Sartre ni De Beauvoir se sintieron capaces de juzgar la obra desde un punto de vista objetivo, dada la repulsión que les había provocado la *Ode au Maréchal*. A principios de 1944 apareció la *Antígona* de Anouilh, y poco antes de la invasión de Normandía se representó en el Vieux-Colombier *A puerta cerrada*, de Sartre. Esta obra acerca del infierno, que fue a ver Brasillach antes de desaparecer en su escondrijo, resultó ser la más influyente de todas. La idea de que «El infierno son los otros» tuvo enseguida una gran aceptación en todo el mundo.

Durante los dos años siguientes se sucedieron más obras dramáticas escritas por integrantes del grupo existencialista. En 1945, el público no escatimó alabanzas para el *Calígula* de Albert Camus, en tanto que consideró demasiado mecánica *Las bocas inútiles*, de De Beauvoir. Al año siguiente, Sartre regresó con *Muertos sin sepultura* y *La puta respetuosa*, estrenadas en el Théátre Antoine, donde iba a representarse su drama político más importante: *Las manos sucias*. No obstante, mientras que Sartre regresaba a un realismo sembrado de dilemas morales, el «teatro del absurdo» estaba a punto de tomar una dirección bien diferente de la mano de Arthur Adamov, Eugéne Ionesco y Samuel Beckett, autores todos influidos por Pirandello.

No cabe duda de que la obra que gozó de mayor éxito en el ámbito teatral de los primeros años de la posguerra fue *La loca de Chaillot*, de Jean Giraudoux, estrenada en el Théátre de l'Athénée. Había sido escrita durante la ocupación, poco antes de la muerte de su autor, ocurrida en los albores de 1944, y debía su montaje a Louis Jouvet, que acometió la empresa a finales del año siguiente. Aun a pesar de que la historia pueda parecer hoy en día una pieza radical de fantasía elegante —una demente inspirada se las ingenia, en una especie de corte de los milagros moderna, para engañar a los explotadores de París aprovechándose de su avaricia y los encierra en el alcantarillado de la ciudad—, la dirección de Jouvet, los decorados de Christian Bérard y la interpretación de los actores fueron soberbias. Cuando se estrenó la obra en diciembre de 1945, y durante mucho tiempo, el reducido teatro se vio atestado de público perteneciente tanto al *beau monde* como a la bohemia.

El mundo de la pintura y la escultura se hallaba también en un período de agitación intelectual y política. Cuando se inauguró, el 6 de octubre de 1944, el Salón d'Automme, recibió el nombre de «Salón de la Liberation». Se prohibió la participación de todos los pintores considerados colaboracionistas, incluidos Derain, Van Dongen, Segonzac, Despiau, Belmondo y Vlaminck.

Se creó una sección especial titulada «Hommage á Picasso», una muestra sin precedentes de respeto hacia un pintor extranjero compuesta de cuatro óleos y cinco esculturas. La mañana del *5* de octubre, en vísperas de la exposición, la portada de *L'Humanité* no estaba consagrada, como de

costumbre, al avance del Ejército Rojo. En lugar de esto podía leerse un titular que encabezaba un artículo a cinco columnas y declaraba:

> *PICASSO,*
> *el más insigne de todos los artistas con vida,*
> *se ha unido al partido de la Resistencia francesa*

La toma de conciencia política de Picasso fue objeto de hilaridad y cinismo en los ámbitos no comunistas. Muchos consideraban que su decisión de afiliarse al partido constituía una especie de póliza de seguros concebida para salvaguardar su fortuna, que, según se decía, ascendía a seiscientos millones de francos. Cocteau escribió en su diario que aquél había sido el «primer gesto antirrevolucionario» del pintor.[255]

Durante la inauguración del acto, un grupo de tradicionalistas y amigos de los artistas excluidos organizó una manifestación en el interior. «¡Que los descuelguen! ¡Que los descuelguen!», gritaban ante los cuadros de Picasso, quien, al parecer, montó en cólera. Algunos jóvenes de derecha llegaron incluso a recorrer París para convertir la consigna de *Vétain au poteau* («Pétain al paredón»), escrita con tiza por los comunistas en las paredes de la capital, en *Picasso au poteau*. La intensidad de los sentimientos no disminuyó un ápice: todo el mundo era *picassiste* o *anti-picassiste* a ultranza. Un año más tarde, en el ballet del Théâtre des Champs-Elysées, gran parte de la concurrencia dedicó un sonoro abucheo al telón que él había diseñado.

El hecho de que Picasso se comprometiera con la causa tuvo para el partido un efecto semejante al de una intensa campaña de reclutamiento. El pintor llegó incluso a escribir en *L'Humanité*: «Mi adhesión al Partido Comunista es parte de la progresión lógica que ha experimentado toda mi vida, toda mi obra... ¿Qué podía haberme hecho dudar? ¿El miedo de verme envuelto en la lucha? Lo cierto es que me siento mucho más libre, mucho más satisfecho».[256]

No hay duda de que la postura del malagueño inspiró a los artistas que tenían interés en ser considerados resistentes. Cuando cierto grupo de la Resistencia pidió a los pintores que donasen un cuadro a fin de venderlo para la beneficencia, Derain y Segonzac, acusados de colaboracionismo, no dudaron en aportar sendos lienzos. Sin embargo, el propio Picasso, al saber que los organizadores contaban también con su contribución, se negó a dar un óleo: en lugar de eso, ofreció una suma de doscientos mil francos. Entonces surgieron de inmediato otros pintores que amenazaban con boicotear la exposición si no se retiraban las dos obras de Derain y Segonzac. Los organizadores se vieron obligados a ceder, aunque, dado que los lienzos de éstos eran mucho más valiosos que los de los artistas que protestaban contra ellos, acabaron por venderlos por mediación de varios marchantes, sin que los dos autores recibiesen siquiera una palabra de disculpa.

La dictadura de la clase intelectual progresista de posguerra constituye un fenómeno fácil de explicar, pero difícil de justificar. Desde que los enciclopedistas de mediados del siglo XVIII alentaron la idea de que los pensadores debían guiar a las masas a la salvación, las posturas revolucionarias y anticlericales han generado su propia forma de arrogancia espiritual. El jacobinismo, verbigracia, no sólo ensalzaba la convulsión política y dotaba así a la violencia de cierto halo romántico, sino que consideraba la Revolución como una entidad con vida propia: un monstruo terrible al que había que adorar.

La exaltación de la teoría sobre la moral burguesa cobró fuerza durante la Resistencia. La naturaleza implacable de los comunistas, unida al enaltecido profesionalismo del partido, atrajo a muchos de los que se avergonzaban del derrumbamiento sufrido por Francia en 1940 y el colaboracionismo de Vichy. Estaban resueltos a no dejar jamás que la derecha que había traicionado al país volviese a hacerse con el poder; Europa no debía permitir nunca que se repitiesen los horrores de la dominación nazi. Sólo había un país lo bastante fuerte y decidido para oponerse al regreso del fascismo: la Unión Soviética.

Los comunistas no cesaban de reivindicar enérgicamente su carácter materialista, a pesar de que la ceguera de que daban obstinadas muestras en relación con la realidad que se vivía en la Unión Soviética resulta impensable si no es en el contexto de un fervor religioso incondicional. El embajador británico tomó conciencia de la faceta espiritual del comunismo al recibir en Argel la visita de un joven religioso a principios del verano de 1944. «Aquel demacrado sacerdote —escribió Duff Cooper en un informe dirigido al sucesor de Churchill, Clement Attlee—, en cuyos ojos refulgía el Juego del fanatismo religioso, me aseguró que, después de ser testigo de la muerte de los comunistas al lado de los católicos, no podía menos de creer que los primeros irían también al cielo, por cuanto, a su parecer, habían muerto como mártires de su propia fe.»[257]

El servilismo entusiasta de los intelectuales y su deseo de ser guiados quedan ilustrados de forma vivida en una misiva enviada por el diputado comunista francés de la XV Asamblea Nacional, Alain Signor, a Stepanov, miembro de la sección internacional del Kremlin, en la que se describe una reunión del comité central. «Debo decirte —escribió— que nunca había estado tan seguro del poder con que cuenta nuestro partido. La intervención de Jacques [Duelos] fue soberbia... André [Marty] afianzó la argumentación de Jacques, que ya de por sí resultaba muy convincente. Y por último, Maurice [Thorez] demostró con su contribución hasta dónde llega su grandeza en cuanto guía de nuestro partido, dada su condición de sabio estratega y verdadero estadista a un tiempo... Debemos trabajar con ahínco. Debemos hacer cuanto esté en nuestras manos por situarnos a vuestro mismo nivel.»[258]

Tras la liberación, algunos de los intelectuales comunistas más frívolos bromearon en círculos privados acerca de los lugares comunes de que se

hallaba sembrado cada uno de los artículos y panfletos: «deber sagrado... la función conductora del Partido... la gloriosa Unión Soviética, con el camarada Stalin a la cabeza...». Sin embargo, la cúpula del partido no tardó en reprimir estas actitudes irreverentes toleradas durante la Resistencia. La pregunta clave que se formulaba durante la entrevista a la que se sometía a todo aquel que pretendía afiliarse era: «¿Cuál fue tu reacción ante el pacto que firmaron en 1939 la Unión Soviética y Alemania?». Sólo había una posible respuesta: «Deposité toda mi confianza en el partido».[259] Todo aquel que dijera haberse declarado en contra se convertía de inmediato en sospechoso. No se trataba de estar equivocado o en lo cierto, sino de someterse a la disciplina.

El mayor acto de humillación ante la autoridad del partido lo constituía la obligación que tenían todos sus miembros de redactar su *bios*, una detallada autobiografía en la que habían de incluir aun las faltas más insignificantes que hubiesen cometido en sus vidas. Esta confesión escrita demostraba, en teoría, la confianza que el individuo tenía depositada en el partido; sin embargo, la verdadera intención consistía en dotar a éste de un dominio total sobre cada uno de sus integrantes.

La sensación de camaradería que iba ligada a la pertenencia a una célula se veía fomentada por la ceremonia de iniciación más emotiva de todas: la asistencia a un mitin multitudinario. Para muchos intelectuales, ésta suponía su primera comunión con el proletariado. Otra ocasión nada desdeñable a este respecto la constituía la Féte de *L'Humanité*, celebrada en Vincennes al aire libre durante uno de los primeros fines de semana de septiembre. El espectáculo no podía ser más adecuado: los estudiantes del Quartier Latín podían vagar de un lado a otro, observarlo todo tras sus antiparras, disfrutar del olor de la hierba pisada y del sonido de los acordeones, comer, beber y mezclarse con los habitantes de la *ceinture rouge* —el «cinturón rojo», constituido por los suburbios de la clase obrera, tales como Aubervilliers, Bagneux, Gennevilliers, Ivry, Montreuil,

Saint-Denis o Vitry—. El partido no se cansaba de elogiar el sustento vital que suponía para él el proletariado de esta zona, aunque en realidad eran pocos los intelectuales con carné que la habían visitado alguna vez en su vida. Estaban más interesados en discutir de literatura y política, y ambicionaban por encima de todo codearse con las principales figuras intelectuales del partido.

Louis Aragón y Elsa Triolet formaban una pareja leal. No obstante, muchos de los que se sentían atraídos por la personalidad de él profesaban una honda desconfianza a Triolet, de quien sospechaban que trabajaba como espía para la KGB. Ella, sin embargo, tenía en Aragón a su más ferviente defensor. En cierta ocasión en que lo invitaron sin ella a un almuerzo oficial en el Quai d'Orsay, no dudó en telefonear a Jacques Dumaine, jefe de protocolo, presa de una gran indignación. Cuando éste le explicó que la práctica usual cuando se llevaba a cabo este tipo de actos a mediodía consistía en invitar al hombre y

no a su mujer, el literato le respondió: «Sepa usted, señor mío, que Elsa Triolet no es ni hombre ni mujer, sino una gran escritora francesa; por lo que a mí respecta, poseo mis propios valores morales, y no tengo intención alguna de tolerar las prácticas de un gobierno que se llama a sí mismo "provisional"».[260]

Tal vez lo que más suscitara la susceptibilidad de Aragón durante la segunda mitad de 1945 fuese lo referente a la reputación de Elsa Triolet como escritora, ya que no eran pocos los que habían hecho públicas sus sospechas relativas al modo en que había ganado el premio Goncourt el 2 de julio con su novela *El primer desliz cuesta doscientos francos*. Se decía que, dada la fama de tres de los miembros de la Academia Goncourt, entre los que se incluía Sacha Guitry, el único modo de hacer que el galardón literario más importante de Francia recuperase el respaldo del público consistía en elegir un libro que contase con el total beneplácito del Partido Comunista. Los críticos señalaron que Dorgelés, el presidente del jurado, se había puesto en contacto con Aragón algunos meses antes de que se efectuara la votación, y que éste había publicado un artículo del primero en *Les Lettres Françaises*, El asunto en general desprendía un claro tufillo de trato sellado a fin de escapar de la depuración.

Triolet y Aragón, *le couple royal* de las letras comunistas, recibían a sus invitados en las fastuosas instalaciones de que se había apoderado el Comité Nacional de Escritores en el palacio Élysée, y convidaba a los más privilegiados a su apartamento, donde tomaban té rodeados de las obras de arce que habían reunido. La novelista Marguerite Duras, por otra parte, se movía en un ambiente mucho más informal. Su domicilio de la calle Saint-Benoít no tardó en convertirse en centro de reunión casi permanente de los intelectuales comunistas, más a la manera de un club privado que a la de un salón. Entre sus amigos se hallaban el poeta Francis Ponge, Maurice Merleau-Ponty, Clara Malraux (que se había separado de André durante la guerra), el escritor comunista español Jorge Semprún, Jean-Toussaint Desanti, Dominique, la esposa de éste, y André Ulmann, editor de la *Tribune des Nations*. El escritor Claucle Roy comparaba el apartamento de Duras con los lugares en que solía reunirse la intelectualidad rusa finisecular.

La agitación que siguió a la liberación y a la rigidez del gobierno de Vichy se debió tanto a un choque generacional como a uno político. Un sociólogo contrastó «el teatro burgués de la generación de nuestros progenitores, con sus historias bursátiles y financieras, sus cálculos relativos a ingresos y dotes», con el nuevo teatro, «en el que todos proclaman el desprecio que profesan a la riqueza, la impotencia del sistema financiero, lo aburrido de la vida de la clase media. Los personajes de Anouilh hablan de "vuestro sucio dinero”"».[261]

Saint-Germain-des-Prés no tiene parangón con ningún otro lugar de la Europa de posguerra. En Londres, Edmund Wilson pudo constatar la existencia de un clima de depresión y negatividad. Graham Greene le aseguró

haber sentido incluso «cierta nostalgia del silbido propio de un proyectil teledirigido».[262] Sin embargo, en París, la liberación había proporcionado a la clase intelectual un poderoso símbolo de esperanza, aun a pesar de que el país se encontraba en ruinas. Del mismo modo que la doctrina defendida en 1914 por Grandmaison había representado el convencimiento apasionado de que el *élan* francés podría vencer a la artillería alemana, los intelectuales de después de la liberación tomaban como artículo de fe el triunfo final de las ideas sobre el «sucio dinero».

16 Comunistas en el gobierno

La tarde del lunes, 7 de mayo de 1945, corrió por todo París la voz de que la guerra había acabado tras la rendición de Alemania. Todos esperaban volver a oír tañer las campanas, mas sólo los periódicos, salidos a toda prisa de las prensas, confirmaron la noticia.

Jean Galtier-Boissiére había esperado que las calles se llenasen de gente después de cenar; sin embargo, lo único que hacía pensar en una celebración a esas horas era el ocasional paso de un todoterreno a gran velocidad, conducido por un soldado estadounidense y atestado de jóvenes francesas que agitaban con desesperación banderas aliadas. Galtier-Boissiére se dirigió con algunos amigos a la vieja sala de fiestas Le Boeuf sur le Toit, donde Moyses, el dueño del establecimiento, les ofreció gratis una botella de vino («une bouteille de la Victoire») para festejarlo. Entonces se les sumó el pintor Jean Oberlé, y juntos oyeron a la orquesta tocar *Tipperary* y *Madelon* mientras los oficiales estadounidenses, británicos y franceses coreaban la letra en voz alta.

Todo el mundo estaba exultante. Sin embargo, a las tres de la mañana más o menos tuvo lugar un curioso incidente: Oberlé se negó a estrechar la mano de un hombre que se había acercado a él, y éste, con el rostro encendido por la ira, quiso saber por qué. El pintor respondió que no estaba dispuesto a dar la mano a alguien que había sido locutor en Radio-Paris, emisora dominada por los alemanes. El recién llegado comenzó a lanzar bravatas y a asegurar que había estado encarcelado y que, durante su reclusión, alguien se había hecho pasar por él. Los que se encontraban en las mesas de alrededor se unieron a la discusión. De súbito, uno de los camareros extendió un dedo acusador al tiempo que gritaba:

—¡Yo he visto a ese tipo cenar con oficiales alemanes!

Esta afirmación suscitó un gran alboroto, hasta que levantó la voz un individuo de cabello largo y aspecto de *zazou* para defender al acusado.

—¿Y usted quién es? —preguntaron al punto varios de los presentes.

—Soy inspector de policía —repuso mientras, pagado de sí mismo, se ponía en pie.

Su intervención provocó una homérica carcajada general. Acto seguido, Rene Lefévre, uno de los amigos de Galtier-Boissiére, comenzó a discutir con el policía de paisano y lo derribó de un golpe. Cuando el agredido se levantó, Lefévre lo llevó a rastras hasta la puerta y lo sacó a la calle a patadas. El cielo había comenzado a iluminarse al este de París: había amanecido el día de la victoria en Europa.[263]

La mañana que tanto tiempo habían esperado todos resultó soleada, aunque, por curioso que pueda parecer, las calles de la ciudad permanecieron desiertas hasta después de mediodía. Alrededor de las tres de la tarde comenzaron a

llenarse de gente la plaza d'Étoile (en la que ondeaban enormes banderas tricolor bajo el Arco de Triunfo), los Campos Elíseos y la plaza de la Concordia. Apenas había edificios ni vehículos que no estuviesen decorados con la enseña nacional. Los todoterreno llenos de soldados y muchachas se veían obligados a detenerse ante la juventud parisina (la mayor parte de los ciudadanos ancianos y de mediana edad había preferido quedarse en casa). La tarde se llenó de ruidos: los automóviles hacían sonar sus bocinas, los aviones Flying Fortress sobrevolaban la ciudad, la artillería disparaba salvas, las campanas de las iglesias doblaban y las sirenas que anunciaban los ataques aéreos daban la señal definitiva de cese de peligro.

La radio emitió el comunicado del general De Gaulle a la nación, en el que concedía gran importancia al hecho de que Francia hubiese estado representada en la ceremonia de rendición y fuese una de las naciones vencedoras. Acabado el discurso, la plaza de la Concordia se llene) aun más. Tal era el gentío que los cascos blancos de la policía multar norteamericana habían de abrir a empellones un pasillo para permitir el acceso a la embajada de Estados Unidos. En determinado momento salió al balcón un hombre de uniforme caqui e hizo el saludo de la victoria, y la muchedumbre lo recibió con una gran aclamación, convencida de que era Eisenhower. En realidad, se trataba de William Bullitt, embajador estadounidense antes de la guerra.

Cuando cayó la noche, se iluminaron por vez primera desde el principio del conflicto armado los monumentos más famosos del centro de París: el Arco de Triunfo, la plaza de la Concordia, la Madeleine y la Opera. Las luces que alumbraban esta última eran rojas, blancas y azules. Asimismo, se volvieron a conectar e iluminar las fuentes.

La policía parisina luchaba por contener a la multitud de la calle Royal para dar paso a la presentación ceremonial de la Gar-de Républicaine a caballo, que acudía al trote desde la Madeleine. De cualquier numera, su llegada resultó tan caótica como las escenas que se sucedían a su alrededor. El uniforme de gala, formado por relucientes armaduras y cascos del cuerpo de dragones dotados de largas colas de caballo a modo de penacho, quedaba deslucido de forma drástica por el hecho de que casi todos los soldados llevasen «al menos una muchacha montada a la grupa del caballo, aferrada al traje napoleónico y dando gritos».[264]

A medida que avanzaba la noche se fue levantando una fuerte brisa que hizo que se rasgasen muchas de las banderas que ondeaban sobre los edificios públicos. La multitud que se había congregado debajo seguía entonando la *Marsellesa, Madelon*, el *Chant du Départ* y las canciones propias de la Resistencia. Los oficiales del Ejército Rojo, a los que era fácil reconocer por sus gruesas hombreras, eran objeto de calurosas felicitaciones; pero cuando un amigo bielorruso de Simone de Beauvoir se acercó a un grupo de soldados soviéticos para departir con ellos en su propia lengua, éstos le preguntaron con aire severo qué estaba haciendo en París y por qué no estaba en la madre patria.

Castor se dirigió con un par de amigos a Montmartre a fin de terminar la noche en la Caballe Cubuine. Después, los acercaron a casa en un todoterreno. Se sentían ligeramente abatidos. «Aquella victoria había tenido lugar muy lejos de nosotros; no la habíamos estado esperando como había sucedido con la liberación, con cierta angustia febril debida a la impaciencia.»[265] A medianoche sonó un toque de trompetas del cuerpo de bomberos de París que anunciaba el alto el fuego. Con todo, De Beauvoir no era la única que opinaba que aquella celebración tenía mucho de artificial, lo que la distinguía de la que tuvo lugar tras la liberación, y esto se debió en parte a que todos se hallaban «demasiado cansados para aplaudir ante un final que habíamos esperado durante demasiado tiempo», aunque también a que el hincapié que había hecho el general De Gaulle en la gloriosa participación de Francia no había sonado nada convincente.[266] El pueblo no tenía la impresión de haber vencido.

Los únicos que tenían posibilidades de sentirse vencedores eran los comunistas, que disfrutaban de forma indirecta de la gloria del Ejército Rojo y de la convicción de que el partido acabaría por asumir el poder en un futuro no muy lejano.

En 1945, el Partido Comunista francés era la formación política más poderosa de todo el país. De él dependía, además, una serie de organizaciones fachada: el Frente Nacional, la Unión de Mujeres Francesas, la Unión de Jóvenes Republicanos Franceses, una asociación de veteranos y la mayor parte de los sindicatos más importantes de la CGT (Confédération General du Travail). No obstante, adolecía de algunos puntos débiles difíciles de pasar por alto, en especial en París y sus alrededores, donde el número de miembros no había logrado alcanzar los niveles de 1938. Benoít Frachon, secretario general del movimiento sindical de la CGT, señaló en un informe: «la razón principal... radica en una cierta decepción pasajera entre los trabajadores. Los obreros daban por hecho que se produciría una revolución fundamental en Francia y que a la expulsión de los alemanes seguiría, de forma inmediata, la liberación social».[267] Sea como fuere, Frachon no menciona que el número de trabajadores de los suburbios que habían perdido para la causa era más grande de lo que se había reconocido. En parte lo habían camuflado merced a la cantidad de intelectuales que se afiliaron al partido en la capital.

Muchos obreros se habían unido al comunismo durante la Resistencia convencidos de que la victoria desembocaría en la revolución. No fueron pocos los que hubieron de hacer un gran esfuerzo por contener el estupor y la indignación cuando Maurice Thorez —quien en 1939 había sido el desertor más célebre del país— pidió al regresar a Francia que se aumentase la producción y se creara un ejército francés poderoso.

Nada de esto, claro está, quería decir que el Partido Comunista francés se hubiese convertido en una entidad burguesa, aun a pesar de que algunos de sus dirigentes, en especial el propio Thorez, se habían dejado llevar a un

cierto *embourgeoisement* debido a todo lo que conlleva el poder. Sin embargo, su política seguía teniendo dos vertientes, al menos hasta que llegaron de Moscú instrucciones distintas. Por una parte, el partido estaba consolidando su posición en el interior del sistema de democracia parlamentaria con el fin de colocar a tantos integrantes como le fuera posible en puestos importantes. Como quiera que su voto se elevó a casi un tercio del total, la posibilidad de hacerse con el poder por vías constitucionales no era desdeñable. Mientras tanto, por otra parte, se mantenía la moral revolucionaria por mediación de los ataques a los colaboracionistas y a «la quinta columna fascista de Vichy».

La persistente obsesión por la quinta columna estaba inspirada en parte por la campaña concebida para eliminar a más miembros de la oposición —adaptación del clásico método estalinista consistente en justificar todo contratiempo achacándolo a la incompetencia de otros—, si bien el convencimiento de que existía un cuerpo de saboteadores pétainistas tenía también mucho de genuino.

A pesar de que la tensión entre el partido y el general De Gaulle era cada vez mayor, los ministros comunistas no abandonaron el gobierno, y Thorez demostró ser un aliado útil en extremo. El 21 de julio de 1945, en Waziers, sorprendió a su público al advertirle que debía poner fin a la caza de colaboracionistas y llamar la atención sobre el elevado número de huelgas que se estaba produciendo. El 1 de septiembre, Duelos proclamó que el discurso de Thorez había logrado incrementar la producción de carbón. «Debemos agradecer al Partido Comunista —añadió— el que la población cuente con combustible este invierno.» El gobierno y sus funcionarios apenas podían creer la suerte que estaban teniendo con la nueva postura responsable de Thorez; aun así, preferían no hacerse ilusiones en lo referente a los esfuerzos simultáneos que estaba llevando a cabo el partido a fin de infiltrarse. Cierto funcionario muy veterano del Ministerio del Interior, responsable de la red de información extendida por todo el país (no en vano hacía gala de tener cinco mil agentes repartidos por toda Francia para vigilar de cerca las actividades comunistas), informó a la Embajada Estadounidense de que el partido estaba depositando sus mayores empeños en colocar a sus miembros allí donde pudiesen ejercer alguna influencia. En las fuerzas armadas estaban teniendo un éxito mucho menor del esperado, pero se las habían agenciado para dominar casi por completo el movimiento sindical de la CGT. «Cada semana que nos respaldan —señalaba sin embargo— es para nosotros tiempo ganado y refuerza nuestras posiciones.»[268]

Para ser un partido materialista, y para el gran cinismo de que había dado muestras en cuestiones de *realpolitik*, el comunista consagraba una parte asombrosamente grande de sus esfuerzos —y de politiqueo despiadado— al cultivo de mitos y símbolos heroicos. En enero de 1945, el partido había lanzado una campaña para que se enterrase en el Panteón a Romain Rolland,

el escritor más emblemático con que había contado en los años anteriores al conflicto bélico. Asimismo, presionaba para introducir a miembros del partido en la Académie Francaise. Sin embargo, en nada había sido tan avispado como a la hora de hacer que se volviesen a nominar calles y estaciones de metro con el nombre de los héroes comunistas de la Resistencia.

A la manera del modelo estalinista, se desarrolló un culto personal en torno a la figura de Maurice Thorez. Con independencia de lo que pueda opinar cada uno acerca de su modo de hacer política, lo cierto es que Thorez era un hombre de un talento formidable. Quizá sus enemigos viesen en su rostro musculoso, de tez semejante al caucho, una máscara del engaño: sin embargo, dada su condición de estalinista devoto, creía en la mentira como en algo necesario. Minero de nacimiento y oficio, había sabido superar su falta de formación a costa de una gran fuerza de voluntad que le permitió desarrollar un formidable poder de concentración.

El Partido Comunista francés lo proclamó «el hijo del pueblo», expresión que da título a su autobiografía oficial y que le confería una dignidad cercana a la del Cristo del proletariado. Con todo, y como si se hubiese querido demostrar cuál era el lugar que le correspondía dentro del universo comunista, cuando pidió en Moscú permiso a Dimitrov para ser entrevistado por un periodista, su requerimiento recibió una negativa tan fría como la que podría haber esperado un oficinista que solicita unas vacaciones extraordinarias.

En su quincuagésimo cumpleaños, los escolares dieron en cantar: «Nuestro Maurice cumple cincuenta. / ¡Feliz, feliz cumpleaños, / para Jeannette, para sus hijos, / para su madre!». A Jeannette Vermeersch, su compañera y madre de su descendencia, se la describía en cuanto modelo de valor proletario. Se narraba la pobreza de su infancia como el equivalente estalinista de un relato bíblico. Ella tampoco se abstenía de cultivar la leyenda, y basaba su exaltacia oratoria en la de la Pasionaria, a quien profesaba gran admiración.

La otra paradoja, que tal vez no resulte tan sorprendente, radicaba en el imperio comercial del Partido Comunista. Las oportunidades de expansión se habían visto aumentadas en gran medida con la liberación, que había permitido expropiar los edificios pertenecientes a los colaboracionistas. El diario del partido, *L'Humanite*, verbigracia, se apoderó de las instalaciones de la rué d'Enghien que habían correspondido al periódico populista *Le Petit Parisién.*

El Partido Comunista poseía su propio banco, el Banque du Nord, y una empresa naviera, France Navigation, con la que se habían hecho durante la guerra civil española y que, casi con toda certeza, habían comprado con parte de las reservas de oro de la República española, empleadas para comprar suministros militares procedentes de la Unión Soviética.

El imperio editorial del partido tampoco era desdeñable, ni en París ni en las provincias, por cuanto contaba con doce diarios y cuarenta y siete semanarios. A estos últimos venían a sumarse los diecisiete que publicaba el Frente Nacional, coalición dirigida por los comunistas, quienes ejercían un control

férreo sobre todas sus publicaciones. No había día en que no se diesen a todos los periódicos provinciales de su organización fachada instrucciones relativas a la «orientación política» que debían seguir.

El buque insignia del imperio mercantil del partido era «Le 44», el ciclópeo cuartel general de ladrillo situado en la calle Le Peletier. Se hallaba estrechamente custodiado por un número de guardias de seguridad que nunca bajaba de la media docena. Lo integraban miembros escogidos, listos para contrarrestar un ataque sorpresa llevado a cabo por una facción de la quinta columna.

Los dirigentes del partido contaban también con que se producirían atentados. Thorez acudía todos los días a «Le 44» en una limusina blindada acompañado de guardaespaldas. En el preciso instante en que llegaba al exterior del edificio, los integrantes de la escolta formaban junto con los miembros de seguridad del interior una pantalla humana de tal modo que él pudiese entrar sin peligro alguno. En el domicilio de Thorez, un palacete de Choisy, los guardaespaldas servían la mesa para después comer en la cocina. Uno de sus visitantes describió el lugar como «tristement petit-bourgeois».[269] Contaba con una sala de proyección privada, por cuanto los dirigentes comunistas (a excepción de Laurent Casanova) no se atrevían a salir a lugares públicos. La casa poseía también una irregular colección de arte. Todas las piezas que la integraban habían sido donadas y dedicadas a *le camarade Maurice* por sus autores, militantes del partido.

En 1945, el Partido Comunista francés, que se hallaba a la sazón en su apogeo, decidió poner en marcha su estrategia más ambiciosa: apoderarse del Partido Socialista mediante una fusión. La cuestión de la unidad de la clase obrera resultaba muy atractiva en aquel tiempo a la mayoría, y en especial a los jóvenes, que no sabían por experiencia lo despiadados que podían llegar a ser los comunistas en su búsqueda de poder.

Jacques Duelos declaró que sólo los enemigos del pueblo podían oponerse a la unificación de la clase trabajadora: los socialistas reticentes no eran más que «separatistas». Sin embargo, los veteranos, como el dirigente socialista Léon Blum, tenían demasiado presentes los empeños del Partido Comunista de España por absorber al PSOE llevados a cabo en 1936, a principios de la guerra civil, así como la apropiación de la federación sindical de la CGT en nombre de la unidad de la clase obrera.

La Embajada Estadounidense seguía de cerca todos estos acontecimientos. El capitán David Rockefeller, ayudante militar agregado, se mantenía en contacto con los miembros de los Renseignements Généraux, uno de los servicios secretos de la policía de que disponía el Ministerio del Interior. Sus oficiales lo persuadieron de que el mejor baluarte con que contaban los socialistas para resistir al asedio comunista era la Union Démocratique Socialiste de la Résistance, que se había sometido a una reciente reforma. Bien que se trataba de un organismo de izquierda, había dado muestras de una

tenaz postura anticomunista al expulsar a Pierre Villon, militante del partido. Rockefeller previo que, en caso de que los socialistas y sus aliados se mantuviesen firmes, a los comunistas no les quedaría otra alternativa que retirarse del gobierno y dedicarse a sabotear todos los «intentos de alcanzar la recuperación económica».[270]

Blum y sus colegas de la cúpula de su partido se sentían intranquilos: los comunistas parecían persuadidos de que iban a salirse con la suya de un modo u otro. Si la mayoría de los socia listas se mostraba de acuerdo con la unificación, aquéllos podrían hacer uso sin escrúpulos de la superioridad de su organización para apoderarse de cualquier puesto de relevancia y quedarse al mando. Por otra parte, aun cuando Blum y quienes lo secundaban se las ingeniasen para que se votara en contra de la fusión, el Partido Socialista seguiría estando sometido al peligro de la escisión a raíz de las disputas que propiciaría el sufragio, tal como había sucedido en España nueve años antes. Los comunistas no tendrían entonces dificultad alguna en convencer al ala izquierda del partido y a la mayor parte de los jóvenes que lo integraban. Puestas así las cosas, no les quedaba más remedio que tratar de ganar tiempo.

Los conatos que habían llevado a cabo los comunistas por instaurar su monopolio en lo referente al liderazgo de la clase trabajadora se vieron dañados por hechos procedentes de una dirección inesperada por completo. El elemento más sólido de la propaganda de 1945 era el heroísmo del Ejército Rojo. Sin embargo, cuando el partido se esforzó por atraerse a los prisioneros de guerra y deportados que acababan de regresar, descubrió que muchos habían vuelto horrorizados por las violaciones, saqueos y asesinatos presenciados en la zona soviética de la Alemania ocupada. Sus relatos no tardaron en difundirse, lo que puso fuera de sí a los dirigentes comunistas de París. «¡No debemos permitir que se diga una sola palabra en contra del Ejército Rojo!», exclamó a voz en cuello André Marty durante un mitin público.[271] Entonces aparecieron carteles en los que se vilipendiaba a aquellos «cínicos secuaces de Hitler» que se habían infiltrado a fin de «propagar calumnias antisoviéticas» contra «los soldados del glorioso Ejército Rojo que han salvado al mundo civilizado».[272]

El Kremlin, por su parte, no manifestó preocupación alguna. La falta de interés de que daba muestras Stalin en lo referente a Francia no disminuyó tras la guerra. Una vez que se hizo ondear la bandera roja sobre las ruinas de Berlín, centró su atención en el establecimiento de un cordón sanitario de estados satélites controlados por el Ejército Rojo. Estaba resuelto a no volver a ser vulnerable a un ataque sorpresa de Alemania.

Uno de los indicios más claros de hasta qué punto se habían distanciado el Kremlin y el Partido Comunista francés lo constituye el testimonio que se recoge en la relación taquigrafiada de un encuentro de la sección internacional celebrado el 15 de junio de 1945. Stepanov, funcionario al cargo del partido galo, opinaba que los dirigentes de éste habían comenzado a desorientarse. «Durante todo el período de la liberación —refirió a Ponomarev y su comité

— saltaba a la vista que el Partido Comunista estaba actuando de un modo muy inteligente: en ningún momento se dejó aislar del resto del movimiento de Resistencia ni de los otros partidos...! Sin embargo, se diría que el partido, a pesar de estar actuando de forma correcta desde el punto de vista táctico, no posee ninguna perspectiva ni ningún objetivo en lo referente a la estrategia.»

Ponomarev discrepaba a este respecto: Fhorez tenía razón al «evitar acciones prematuras y cualquier otro elemento que corra el riesgo de provocar conflictos CHIC acabarían por hacer el juego a las fuerzas internacionales de reacción en conjunción con fuerzas externas encarnadas por ingleses y estadounidenses. La situación del Partido Comunista francés es, por lo tanto, mucho más complicada que la que se presenta a los partidos comunistas en los que se encuentra presente nuestro Ejército Rojo y en los que tenemos la posibilidad de propiciar cambios democráticos. La proximidad de la Unión Soviética desempeña un papel nada desdeñable, y a ella se unen otras circunstancias no menos importantes: pero el factor decisivo es la presencia del Ejército Rojo».[273] Al igual que Stalin, Ponomarev se centraba por encima de todo en el cordón sanitario que habían impuesto a punta de pistola. Con tocto, en 1447, el fracaso del Partido Comunista trances acabaría por demostrar que la teoría de Stepanov era la más acertada

17 La abdicación de Carlos XI

Los problemas a que se enfrentaba la cúpula del gobierno francés se resumían en las pintadas que podían verse en las paredes de París: «De Gaulle tiene la cabeza en las nubes y los pies en la mierda». Duff Cooper lo expresó de un modo algo más suave: «Se responsabiliza a De Gaulle de una serie de dificultades internas de las que en realidad no tiene ninguna culpa, en tanto que, en lo tocante a los asuntos exteriores, su *politique de panache* y otras resultan bastante populares.»[274]

La segunda mitad de 1945 no proporcionó demasiados motivos de alegría. En una época en la que Francia no mostraba signo alguno de ir a recuperarse de su pobreza material, algunos de los comentarios del general estaban impregnados de una fatuidad harto extemporánea. «Cuando le pregunté acerca de las recientes elecciones municipales —señaló Jefferson Caffery en un informe enviado a Washington el 15 de junio—, me dijo que el pueblo había votado a tal partido o a tal otro, pero que todos habían votado a De Gaulle. Entonces pasó a referirse a la notable recepción que se le había brindado en Normandía para añadir acto seguido: "Como sucede siempre, vaya donde vaya".»[275]

La mayoría solía culpar de esta situación a los que rodeaban a De Gaulle, y en especial a Gastón Palewski. Otros, empero, opinaban que eso era cometer una injusticia. Según Claude Bouchinet-Serreulles, De Gaulle conocía bien todas estas críticas, y acostumbraba decir al respecto: «Cuando la gente está descontenta, siempre es culpa de los que lo rodean a uno».[276] Léon Blum, que sentía gran admiración por el general, definió el problema de un modo diferente. En su opinión, De Gaulle era un «solitario hipersensible, y quienes integran el círculo de sus allegados deben de tener miedo de confiarle lo que piensan».[277]

El general había empezado asimismo a perder la confianza de los industriales y las profesiones liberales, en parte debido a su obsesión antiestadounidense, aunque también por su negativa a abordar el problema de la economía. Monick, director del Banco de Francia, refirió a un diplomático extranjero que Bélgica estaba llevando sus asuntos mucho mejor que su propio país. El grupo de los que respaldaban a De Gaulle se estaba viendo limitado a los leales comprometidos desde la guerra, los elementos más reaccionarios del Ejército y —lo que puede parecer una ironía propia de la *guerre franco-française*— los que siempre habían apoyado al mariscal Pétain, que veían en De Gaulle un baluarte frente a los comunistas.

En mayo, los disturbios de Siria amenazaron la posición de Francia en el Levante mediterráneo. De Gaulle estaba seguro de que el general Spears, quien hasta hacía poco había ejercido de ministro británico en el Líbano y

Siria, había inspirado una conspiración para expulsar a los franceses. Cierto es que Spears había mantenido durante la guerra una actitud provocadora, así como que el resto de funcionarios británicos de la región hizo poco por apaciguar la situación. No obstante, y aunque a éstos les hubiera gustado sustituir a Francia en aquella zona antes de que se iniciase el conflicto, en 1945 Londres no veía que hubiese allí ningún futuro. Ante el temor de que los esfuerzos llevados a cabo por los franceses a fin de volver a imponer su dominio soliviantase al resto de Oriente Próximo, el gobierno británico dio un ultimátum a las tropas francesas destacadas en Siria para que regresasen a sus cuarteles.

De Gaulle, impotente ante el potencial militar con que contaban los británicos en el lugar, acabó por convencerse de que éstos estaban resueltos a minar su poder por otros medios. Llegó incluso a asegurar que, al mismo tiempo que preparaba «el golpe decisivo en el Levante mediterráneo», Inglaterra aguijaba a «Washington para que riña con París».[278]

Bien a raíz de la frustración surgida de los acontecimientos de Siria, bien debido a un intento —sin conexión alguna con lo anterior— de incrementar el territorio francés durante la conferencia de paz, De Gaulle había trasladado a sus tropas al Val d'Aosta a través de la frontera con Italia. Esta vez tampoco informó a su ministro de Asuntos Exteriores. Bidault no pudo menos de enfurecerse y avergonzarse ante una empresa tan incierta e inútil acometida ante las propias narices de los estadounidenses. El 6 de junio, el presidente Truman envió un mensaje por el que exigía en tono airado la retirada de todas las tropas francesas y la interrupción del suministro militar. Los diplomáticos de París, convencidos de que De Gaulle había emprendido un camino que no podía desembocar sino en su propia destrucción, comenzaron a referirse a él como *Charles le Temporaire*. Una semana más tarde, el general se vio obligado a efectuar una humillante retirada.

Al día siguiente estaba previsto que otorgase la Cruz de la Liberación al general Eisenhower; pero en el último momento se informó a éste de que no podía llevar a ningún oficial británico a la ceremonia, debido a la disputa del Levante mediterráneo. El condecorado repuso que pensaba, como comandante supremo de las fuerzas aliadas, hacer que lo acompañase el mariscal Tedder, de las fuerzas aéreas, y el general Morgan, dos de sus subordinados inmediatos, y añadió que, si al general De Gaulle no le parecía bien, su respuesta consistiría en no acudir a la ceremonia. El dirigente francés no pudo hacer otra cosa que ceder.

Palewski, actuando al parecer en nombre de De Gaulle, envió a Duff Cooper un mensaje a través de Louise de Vilmorin por el que ambos lamentaban que «su relación con la Embajada Británica no sea, a raíz de los últimos acontecimientos, tan cordial como en el pasado»; aunque, según rezaba la nota, querían que el embajador supiera que seguían albergando hacia su persona los más afectuosos sentimientos. El destinatario no se mostró impresionado. «Me parece un procedimiento sumamente extraordinario, y me

sorprende que De Gaulle se haya prestado a algo así.»[279]

El general comenzó a darse cuenta de que sus esperanzas se habían frustrado en lo referente a la Francia de posguerra, tanto desde dentro como desde fuera del país. Cuando la Asamblea Consultiva debatía la crisis del Levante mediterráneo el 17 de junio, quedó horrorizado al saber que la mayor parte de las críticas no tenía por objeto a los británicos, sino a su propio gobierno y a la política tradicional que había puesto en práctica Francia en aquella región. La noche del día 26 confió al general Pierre de Bénouville, héroe de la Resistencia, que «pretendía retirarse por completo de la política». De Bénouville repitió esta información a Louise de Vilmorin «en el más estricto de los secretos» pero ella se lo comunicó a su amante, el embajador británico.[280]

De Gaulle tenía razones mucho más serias para preocuparse que el asunto del Levante mediterráneo o su desastrosa incursión en el Val d'Aosta. Así, por ejemplo, la situación de los suministros de alimentos era tan desesperada que el ministro del Interior envió un telegrama secreto el 7 de julio de 1945 al gobernador general de Argelia para solicitar de forma urgente dos barcos cargados de ovejas a fin de evitar una nueva crisis. También se recibieron cargamentos de judías y lentejas desde Suramérica, aunque el suministro de cereal de que disponía el país no daría para dos semanas. Y aún estaban en verano: el invierno sería mucho más duro.

La economía francesa se hallaba en un estado desastroso; sin embargo, De Gaulle prestaba poca atención a las cuestiones financieras. La pregunta de si pronunció de verdad la famosa afirmación: «l'intendance suivra», es una cuestión académica; pero no cabe negar que refleja de forma veraz cuál era su actitud al respecto.[281] Cuando Pierre Mendés-France y Rene Pleven, sus dos ministros responsables de asuntos económicos, se enfrentaron durante el invierno de 1944, De Gaulle los había convocado a su residencia del Bois de Boulogne un domingo por la tarde a fin de discutir sus puntos de vista. Pleven se oponía a una política fiscal estricta por las penalidades a que daría pie a corto plazo. En menos de media hora expuso su teoría de un modo sencillo y convincente. Mendés-France, más diestro que él con diferencia, desarrolló durante más de dos horas su argumentación, según la cual el gobierno francés no lograría superar nunca el estado de indigencia en que se hallaba el país a menos que tuviese el valor de dejar de pagar acuerdos salariales inflacionarios. Como resultado de esta reunión, De Gaulle no volvió a permitir jamás que nadie le hablase de economía durante tres horas.

El plan de Mendés-France era del todo correcto en términos fiscales, pero ni el país ni la coalición gubernamental podrían haber resistido los efectos políticos de la miseria que habría causado. Al igual que sucedía con el resto de Europa, la salvación financiera de Francia no se hallaba en sus propios recursos, sino en la generosidad o el interés de naciones más ricas. No obstante, el objetivo primordial del siguiente viaje que efectuó De Gaulle al extranjero no fue el de lograr un préstamo, sino el de persuadir a los

estadounidenses a que concediesen a Francia la margen izquierda del Rin y le permitiesen participar en el reparto internacional del Ruhr.

Bidault refirió a Duff Cooper que, «habida cuenta de cuál es el estado de ánimo de De Gaulle en estos momentos, cuantos menos viajes haga el general al extranjero, mejor»[282] Sin embargo, la visita que efectuó a Estados Unidos, al menos, no resultó ser un desastre.

El 21 de agosto, una vez superado el proceso del mariscal Pétain, De Gaulle partió hacia Washington acompañado por Bidault, el general Juin y Gastón Palewski. La paz futura de Europa estaría garantizada, según hizo ver al presidente Traman, si se reducía Alemania a una serie de estados menores restringidos a la actividad agrícola, en tanto que Francia se fortalecía en calidad de coloso industrial europeo. El general desechó la teoría de Truman, según la cual el problema a la hora de establecer la paz era en esencia económico. El presidente lo escuchó con cortesía, y aun soportó el pequeño discurso de De Gaulle en torno al tema de «por qué Francia concebía el mundo de un modo menos simplista que Estados Unidos».[283]

El jefe de gobierno francés podría haber seguido un argumento ligeramente distinto en caso de haber sido consciente del documento que se había proporcionado a Truman antes de la reunión que mantuvieron ambos. Este informe —si podemos llamarlo así— exponía en una serie de toscas caricaturas la actitud que seguía prevaleciendo en los círculos gubernamentales estadounidenses y, por ende, presentaba la siguiente descripción de Francia: «Un país en el que todos, desde el más alto cargo del gobierno hasta el más pobre de los campesinos, esperan sentados a que ocurra algo; una nación sin conciencia alguna de la solidaridad y la ayuda de Estados Unidos y en la que el coste de la vida hace que tan sólo sean capaces de subsistir los ricos; un país en el que los jóvenes, tanto los de buena familia como los de la clase más desfavorecida, viven y prosperan gracias al mercado negro; un país con tal complejo de inferioridad que hace difícil, si no imposible, cualquier intento de discusión; un país convencido de que Estados Unidos y Rusia tendrán que enfrentarse a muerte en una guerra que se desarrollará en un futuro inmediato, y de que, en el ínterin, serán los comunistas quienes dominen Europa». La diatriba se extendía hasta ocupar tres páginas. Recomendaba «devolver [a De Gaulle] a Francia con la impresión de haber logrado una asombrosa victoria diplomática, a la que se dará una gran publicidad, de tal manera que asegure la continuidad de su gobierno», siempre que accediese a aceptar ciertos compromisos y que «se mantengan en Francia unas fuerzas armadas estadounidenses lo bastante numerosas para proteger las líneas de comunicación y suministros que tenemos establecidas con nuestra fuerza de ocupación en Alemania».

«Conclusión: El estado de desesperación y desánimo en que se encuentran hoy los franceses los hace asemejarse de un modo aterrador a los alemanes de hace doce años. Otro invierno pésimo podría hacer que los Aliados nos

encontrásemos con que han sustituido la cruz doble de Lorena por la torcida de Múnich. Tal vez De Gaulle no desee que suceda esto... pero puede que los acontecimientos acaben por obligarlo. Debemos actuar de forma rápida y enérgica.»[284]

El presidente Truman, por suerte, no se dejó influir por la proverbial antipatía que abrigaba Roosevelt contra el general francés, por lo que, en conjunto, los encuentros que celebraron transcurrieron sin ningún problema. Sin embargo, había en el citado documento algo con lo que Truman se mostraba de acuerdo por entero: la necesidad de proteger las líneas militares de comunicación. Un año más tarde, demostraría ser capaz de trasladar tropas a Francia a fin de proteger la retaguardia de las tropas estadounidenses apostadas en Alemania sin informar siquiera al gobierno galo hasta el último momento.

Las elecciones «plenas y libres» para las que Roosevelt había querido en un principio esperar hasta reconocer a De Gaulle se celebraron finalmente el domingo, 21 de octubre de 1945. Junto con los comicios por la Asamblea Constituyente se llevó a cabo un referéndum para la creación de una nueva Constitución. Sólo los radicales estaban a favor de mantener la desacreditada Tercera República. Por lo demás, la principal cuestión que había que dirimir en relación con la futura Cuarta República era si debían conferirse a la asamblea poderes plenos, según pedían en especial los comunistas, o restringidos, tal como instaba De Gaulle.

Las predicciones acerca del resultado de la elección a la asamblea eran variadas: muchos esperaban que la clase media votase a los socialistas, lo que para ellos constituía la mejor manera de tener a raya a los comunistas. Sin embargo, el voto de los conservadores tenía otro objetivo: el Mouvement Républicain Populaire (MRP), encabezado por Maurice Schumann. A pesar de contar con un historial impecable en cuanto liberal y miembro de la Resistencia, el católico MRP no escapaba a las burlas de los que lo consideraban una *Machine a Ramaser les Pétainistes*, ya que tras el derrumbamiento del régimen de Vichy no había quedado ningún partido de derecha digno de crédito, deficiencia que desfiguró desde un principio el abanico político de posguerra.

El MRP obtuvo muy buenos resultados en zonas de tradición conservadora, como Bretaña, Normandía o Alsacia, y se benefició del voto de la cantidad nada despreciable de pétainistas con que contaba París. Éstas fueron las primeras elecciones generales en las que se concedió a la mujer el derecho a votar, un hecho que favoreció sin duda al MRP, por cuanto el sector femenino era, tal como mostraban los sondeos de opinión, más conservador y piadoso que el masculino.

Los resultados finales dejaron a los comunistas con 159 escaños, a los socialistas con 146 y al MRP con 152. Los dos primeros partidos podían haber formado una coalición para obtener la mayoría absoluta; pero el socialista

había rechazado en el congreso celebrado en agosto las propuestas en favor de una fusión, e instó —con gran sensatez— a la creación de una alianza tripartita en cuanto única solución para el país. Pudieron incluso alegar en su favor que tal medida no hacía sino seguir el espíritu de los estatutos del Conseil National de la Résistance, henchidos de generalidades bienintencionadas en relación con la unidad y el *progressisme.*

Pese a que todo se desarrolló sin ningún contratiempo, De Gaulle quedó desencantado por el regreso del sistema de partidos. No le convencía en absoluto el mecanismo del gobierno constitucional, y más aún dado el impresionante respaldo con que contaba el Partido Comunista (cinco millones de votos, lo que suponía poco más de un 26 por 100 del total) y que lo convertía en el más popular de Francia. Los comunistas habían triplicado con creces los resultados de 1936, por lo que, como cabe suponer, esperaban obtener un nivel de representación en el Consejo de Ministros coherente con tales cifras.

La sesión de apertura de la Asamblea Constituyente tuvo lugar el 6 de noviembre de 1945 en el hemiciclo del palacio Borbón. Una semana más tarde, la Asamblea había de votar la reelección de De Gaulle en cuanto jefe de gobierno. Aquel día coincidió con la invitación que hizo éste a Winston Churchill para comer. El político británico hacía escala en París durante su visita a la Francia meridional, donde pensaba tomarse unas vacaciones tras haber sido derrotado por los laboristas. En el almuerzo participaron el matrimonio De Gaulle, Palewski y el capitán Guy; Churchill y su hija Mary, y Duff y Diana Cooper. «Nunca he sentido tanta simpatía o admiración [por De Gaulle] —señalaba Duff Cooper en su diario—. Estaba sonriente, cortés, casi encantador. En aquel momento (casi a aquella misma hora) su futuro pendía de un hilo; no obstante, él mostraba una actitud de completa serenidad, hasta tal punto que cualquiera habría podido pensar que se trataba de un señor rural que vivía lejos de París. No hubo interrupción alguna: ni una llamada de teléfono, ni mensajes, ni secretarias entrando y saliendo... En definitiva, nada hacía suponer que estuviese ocurriendo algo importante, a pesar de que Winston insistía en quedarse hasta las tres y media para hablar del pasado cuando la reunión de la Asamblea estaba programada para las tres.»[285]

Tal como se demostró más tarde, De Gaulle no tenía mucho de que temer. La Asamblea lo votó jefe de gobierno por unanimidad, y acompañó su elección con una moción según la cual «Charles de Gaulle a bien mérité de la patrie», un honor muy poco frecuente en la historia de Francia. Éste constituyó, al menos en teoría, el punto culminante de sus logros durante la guerra: hizo que la subsiguiente crisis resultase más drástica que nunca.

Dos días más tarde, el general recibió a Thorez y se negó a concederle los cargos ministeriales que solicitaba, para lo cual alegó que era él, Charles de Gaulle, quien formaba el gobierno, y no el Partido Comunista. Thorez escribió y publicó entonces una réplica en la que afirmaba que De Gaulle había

insultado «le caractére national de nôtre parti et de sa politique», así como la memoria de sus «75.000» mártires.[286] (Según lo expresó Galtier-Boissiére, de los veintinueve mil franceses de ambos sexos ejecutados durante la ocupación, setenta y cinco mil habían sido comunistas.)

Al día siguiente, 16 de noviembre, el general hizo correr el rumor de que estaba a punto de dimitir. Sin embargo, no fue capaz de planear esta acción tan temeraria con el detenimiento que requería, de manera que acabó por verse acorralado. El día 17 pronunció un discurso radiado en el que afirmaba no tener intención alguna de confiar el Ministerio del Interior a los comunistas y concederles de este modo el control sobre cuestiones de seguridad. Tampoco pensaba ponerlos al cargo de la política exterior ni de las fuerzas armadas. Los funcionarios superiores quedaron consternados ante esta provocación sin sentido.

Dos días más tarde, François Mauriac subrayó en *Le Fígaro* que, sin De Gaulle al frente del gobierno, Francia acabaría por caer bajo la influencia de los anglosajones o de la Unión Soviética. Aquel mismo 19 de noviembre se manifestaron ciertos grupos gaullistas en el bulevar Raspail bajo la siguiente consigna: «¡Necesitamos a De Gaulle! ¡Abajo Thorez!».[287] El palacio Borbón quedó sellado por un cordón militar, en tanto que la policía estableció controles en buena parte de la ciudad. El Partido Comunista, por su parte, parecía haber ordenado a sus integrantes guardar la máxima discreción, tal como informó Luizet al ministro del Interior.

Tras el cordón de soldados, el debate de la Asamblea Nacional se centraba en contra de De Gaulle. A despecho de las diversas muestras de admiración hacia el general, el mensaje era evidente: debía aceptar una división equitativa de carteras ministeriales entre los tres partidos más importantes.

Aquella noche, Gastón Palewski apareció abatido en la Embajada Británica, persuadido de que todo acabaría en un par de días. Duff Cooper le preguntó si de verdad resultaba tan peligroso dejar a los comunistas al mando del Ministerio de Defensa durante seis meses, y el recién llegado se mostró convencido de que el partido acabaría por soliviantar al Ejército y dar un golpe de estado.

El hablar de una sublevación se tornó en algo contagioso. Durante la mañana siguiente se extendió el rumor de que era De Gaulle, y no los comunistas, quien planeaba hacerse con el poder absoluto respaldado por el Ejército. El Partido Comunista se limitó a quejarse con vigor ante la negativa expresada por el general de conceder la cartera del Ministerio de Defensa a uno de sus miembros y a advertir que De Gaulle no hacía bien al «tratarnos como franceses de segunda categoría». Como candidato habían presentado al general Joinville, oficial procedente de las FFI, conocido simpatizante comunista a quien los integrantes del Ejército regular profesaban una gran aversión.

Aquél fue un día de negociaciones en la calle Saint-Dominique, adonde fueron llegando los diversos dirigentes políticos, solos o en grupo, en

respuesta a la citación del general. Mientras tanto, los diputados del palacio Borbón esperaban torturados por la impaciencia, los rumores y la especulación. Todo el país se hallaba sumido en un hondo estado de desasosiego. Muchos temían que De Gaulle hubiese aprovechado mal su baza y se viera obligado a ceder ante todas y cada una de las exigencias presentadas por los comunistas. La dirección de los Renseignements Généraux proporcionaba informes actualizados acerca del estado de ánimo del pueblo con intervalos de pocas horas.

Cuando De Gaulle salió por fin aquella noche para dirigirse a su domicilio, hubo de afrontar un alud de preguntas relativas a si se constituiría o no un gobierno al día siguiente. Él se limitó a una de sus herméticas evasivas diciendo: «Uno tiene derecho a esperar que así sea».

De todos los políticos que visitaron la calle Saint-Dominique aquel día, los menos comunicativos fueron los dos dirigentes comunistas, Maurice Thorez y Jacques Duelos. A la mañana siguiente, un espía de la policía infiltrado en el cuartel general del Partido Comunista —identificado en los informes de los Renseignements Généraux como XP/23 sin más— oyó a Duelos decir a un colega de camino a una reunión del Politburó: «Ayer nos engañaron como a chinos, y hoy no nos queda otra cosa que intentar conseguir un ministerio más que los socialistas».[288] Los comunistas estaban furiosos porque el Partido Radical no los había respaldado como esperaban.

Al final se llegó a un acuerdo: los comunistas no obtuvieron ninguna «cartera decisiva» (ni el Ministerio del Interior, ni el de Asuntos Exteriores o el de Defensa), pero Charles Tillon fue nombrado ministro de Armamento. Maurice Thorez recibió la vice-presidencia del Consejo de Ministros, un cargo de subordinado inmediato del primer ministro sin importancia real. Además, se concedieron a los comunistas otros tres ministerios: el de Producción Industrial, el de Economía Nacional y el de Trabajo. A decir de Bidault, los militantes del partido se mostraron entonces muy dispuestos a cooperar. Con todo, este reparto abrió una brecha entre De Gaulle y el MRP, agrupación a la que el general se negó a perdonar que hubiese respaldado la solicitud de uno de los tres ministerios clave hecha por los comunistas.

El invierno no mejoró la situación. En los círculos gubernamentales se tenía la sensación de que el país se estaba dirigiendo a cámara lenta hacia un desenlace catastrófico. A partir del 10 de diciembre, París quedó sin suministro eléctrico tanto por la mañana como por la tarde. En ocasiones faltaba también caída la noche, lo que dejaba a oscuras las celebraciones e impedía el funcionamiento de los ascensores.

André Malraux, a quien De Gaulle había nombrado ministro de Información del nuevo consejo, profetizó durante un almuerzo celebrado en cierta embajada el 3 de diciembre «que los comunistas tratarían de hacerse con el poder mediante la fuerza en el transcurso de los doce meses siguientes, aunque no lo lograrían».[289]

Las ideas del general no eran muy divergentes. En este sentido, resulta

significativa la conversación que mantuvo con Jefferson Caffery el 6 de diciembre, por cuanto revelaba el carácter erróneo de su pensamiento, algo que habría de persistir durante algunos años.

—Hoy en día existen tan sólo dos fuerzas reales en Francia: los comunistas y yo. Si ganan ellos, Francia se convertirá en una república soviética; si gano yo, seguirá siendo independiente.

—¿Y quién va a ganar? —quiso saber el embajador estadounidense.

—Si se me da la más mínima oportunidad, sobre todo en el ámbito internacional, ganaré yo. Si cae Francia, caerán con ella todos y cada uno de los países de la Europa occidental, y todo el continente acabará por ser comunista.[290]

Por paradójico que resulte, durante este período de deriva se produjo uno de los acontecimientos más decisivos de la historia de la Francia de posguerra. Se debió a Jean Monnet, el menos pretencioso de entre los grandes hombres.

Monnet procedía de una familia próspera de productores de coñac y, a pesar de que sus raíces se hallaban asidas con firmeza al ámbito rural, creía de forma apasionada en la modernización industrial. Este «padre de la Comunidad Económica Europea» fue el planificador más admirado e influyente del siglo, si bien no poseía título oficial alguno. Al estallar la guerra, se había unido al comité de compra de armas. Tras la caída de Francia lo reclutó Churchill para llevar a cabo una labor análoga en Estados Unidos, donde llegó a ser el principal autor del plan de la victoria de Roosevelt, concebido para propiciar una abrumadora producción de material militar.

Monnet sabía ganarse la confianza de todo aquel que lo conocía. De este modo entabló amistad con los principales banqueros, industriales, administradores y diplomáticos de todos los países occidentales de relieve, en el transcurso de discretas cenas privadas en las que la conversación giraba en torno a la reconstrucción de Europa tras la guerra.

Pese a no poseer ningún talento en cuanto orador público, Monnet tenía el raro don de saber encontrar el argumento más efectivo para cada uno de sus contertulios. «Usted habla de grandeza —había dicho a De Gaulle cuando la guerra tocaba a su final—, pero los franceses no son más que pigmeos en estos momentos. No habrá grandeza hasta que el pueblo francés no alcance la estatura suficiente para justificarla. Por esa razón es tan necesario modernizar el país: porque los franceses no son modernos.»[291]

Durante la segunda mitad de 1945 volvió a tratar la misma cuestión: Francia había de transformarse si pretendía infundir algún respeto en el mundo moderno. De Gaulle le encargó la elaboración de una serie de recomendaciones detalladas, animado por la idea de una estrategia que tuviese por objetivo convertir Francia en el gigante industrial de Europa, en sustitución de Alemania. El 6 de diciembre, Monnet le presentó un memorándum de cinco páginas, que el Consejo de Ministros aprobó el 3 de enero de 1946. El decreto estaba refrendado por nueve ministros, entre los que

se incluían cuatro del Partido Comunista. El brillante borrador de Monnet permitía a casi todas las partes —desde industriales hasta comunistas— ver reflejada en el plan su propia política y mostrarse de acuerdo con sus objetivos.

Enseguida se constituyó un Commissariat General du Plan, que contó con la ayuda de Gastón Palewski. A fin de evitar celos y maniobras departamentales, Monnet trabajó bajo las órdenes directas del primer ministro, y contó con un personal poco numeroso y de estilo apenas ministerial. Se crearon dieciocho comisiones de modernización, aunque lo primordial, al parecer de Monnet, era la producción de acero. Aún quedaban por superar las cotas alcanzadas en 1929, y él tenía por objetivo igualarlas en 1950 para poder rebasarlas enseguida en un 25 por 100. De Gaulle soñaba con lograr la dominación de Francia sobre el resto de industrias europeas mediante el uso de carbón extraído de la región del Ruhr, pero los estadounidenses se oponían de plano a una nueva versión de las reparaciones que habían hecho resentirse a Alemania tras la primera guerra mundial.

El plan resultaba más que ambicioso dada la catastrófica escasez de combustible, materias primas y piezas de repuesto de que adolecía el país. Por otra parte, se hacía impensable desde el punto de vista político favorecer, por ejemplo, el suministro de armas frente al de alimentos cuando la inmensa mayoría de la población vivía en la miseria. De cualquier modo, la infraestructura de Monnet estaría lista en 1947, cuando el Plan Marshall ofreciera a los franceses la oportunidad de reconstruir su futuro.

Dos días después de Navidad, el franco sufrió una drástica devaluación. El precio oficial, que se había mantenido desde la liberación a 50 del dólar estadounidense y a 200 de la libra esterlina, cayó en picado a 120 de aquél y 480 de ésta. Jacques Dumaine pudo comprobar con pesar que, comparando el suyo con otros sistemas monetarios, Francia era a la sazón ochenta y cuatro veces más pobre que en 1914.

El de Año Nuevo de 1946 fue un hermoso día de sol invernal en París, bien que su luz fría y quebradiza no favoreciese a los principales participantes de la recepción que daba De Gaulle a los integrantes del cuerpo diplomático. Muchos estaban aquejados de gripe. A decir de un espectador, el general «parecía estar enfermo, y el aspecto de Palewski era aún peor».[292]

Los dos tenían buenas razones para estar agotados, y las del segundo radicaban en sus empeños por calmar al primero. La víspera, los socialistas habían comenzado por exigir un recorte del 20 por 100 en el presupuesto de defensa, petición que coincidía con el envío por parte del gobierno de refuerzos a Indochina a raíz de la retirada de las tropas británicas.

De Gaulle hizo ver la indignación que le provocaba el que los partidos políticos hubiesen recuperado «sus juegos de antaño».[293] Para confirmar sus peores sospechas, la comisión constitucional del palacio Borbón estaba resuelta a asegurarse de que el presidente de la Cuarta República dependiese

en absoluto de la Asamblea Nacional. De Gaulle, por consiguiente, «se sentía atado como Gulliver entre los liliputienses».[294]

Dos días más tarde, el 3 de enero, el general no pudo menos de relajarse por causa de la boda de su hija Elisabeth y el comandante Alain de Boissieu, antiguo integrante de la 2e DB de Leclerc. Tras la celebración, los padres de la novia se tomaron unas vacaciones en la casa de campo que el hermano de Yvonne de Gaulle tenía en el cabo de Antibes, donde el general dedicó su tiempo a leer y pasear por los pinares que rodeaban la villa. De cualquier manera, no podía alejarse demasiado, por cuanto los periodistas habían dado con su pista y hacían cuanto estaba en sus manos por lograr una instantánea.

De Gaulle, al parecer, refirió a su anfitrión y cuñado, Jacques Vendroux, que se había retirado a aquel lugar para asegurarse de que, en caso de dimitir, el país no pensara que había tomado la decisión de improviso.

«El 20 de enero —escribió Duff Cooper—, víspera del aniversario de la ejecución de Luis XVI, el general De Gaulle se decapitó a sí mismo para sumirse en la penumbra en lo que a actividad política se refiere.»[295] El mal humor del embajador era doble, dado que había desautorizado los rumores de una inminente dimisión cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores de su país le había preguntado directamente si eran o no ciertos. Se había negado a creer que De Gaulle pudiese considerar siquiera esa posibilidad cuando Francia estaba negociando la concesión de un préstamo de gran importancia por parte de Estados Unidos.

El anuncio del general, sin embargo, fue del todo típico de él. Convocó a sus ministros a la calle Saint-Dominique, y sin esperar siquiera a Bidault, que llegó algo tarde, les comunicó: «Caballeros, he decidido dimitir. Hasta la vista, y que tengan un buen día». En ese momento apareció Bidault, y De Gaulle se limitó a decirle: «Adiós, Bidault. Que le cuenten los demás por qué les he pedido a todos que vengan».[296]

En la reacción de los que se hallaban en torno al general se mezclaban el horror, la perplejidad, el pesar y la rabia. No fueron pocos los que expresaron su determinación de seguir luchando. André Malraux fue a almorzar a la Embajada Británica dos días después de la dimisión. Su visita «resultó muy interesante, como de costumbre, aunque también alarmante en cierta medida —escribió Duff Cooper—. Está convencido de que Francia está abocada a una dictadura, y me da la impresión de que este hecho no le produce pesar. La pregunta es si la instaurarán los comunistas o De Gaulle, aunque para él está claro que se impondrá a la fuerza. Dice que la dimisión de De Gaulle no es el final, sino el inicio del gaullismo, que se convertirá en un gran movimiento extendido por toda Francia».[297]

Al principio, los estadounidenses quedaron alarmados por la brusca partida del general. Caffery temió «una crisis política de gran magnitud», en la que los comunistas acabarían por aumentar su dominio merced a una coalición con los socialistas.[298] Sin embargo, enseguida se dieron cuenta de que los

comunistas no debían de estar dispuestos a que los asociaran al fracaso económico cuando no gozaban del poder absoluto. La población de Francia en general tomó estos trastornos con mucha más calma de lo que se había esperado. Según informó Caffery, la decisión de De Gaulle «apenas si ha provocado un murmullo».[299] En París, la noticia se aceptó con cierta indiferencia no exenta de hastío, mientras que en las distintas provincias, la idea de que «el gran hombre había sido víctima de intrigas políticas de base» fue a confirmar las sospechas que se abrigaban allí acerca del carácter inicuo de la capital. A juzgar por los informes remitidos por los prefectos al Ministerio del Interior, los habitantes se mostraban mucho menos perturbados que durante la crisis política de noviembre. Los comunistas, conscientes de cuál era el espíritu imperante, «hicieron patente su satisfacción de forma discreta».[300] Marcel Cachin afirmó que se habían desembarazado del general sin tener que horrorizar a las masas.

Las pertenencias de De Gaulle no tardaron en retirarse de la calle Saint-Dominique, en tanto que sus archivos personales quedaron amontonados en una habitación que se le había cedido. El único guardapolvo que pudo encontrarse para proteger los muebles fue una enorme bandera nazi de color escarlata con una cruz gamada en el centro que había ondeado en el hotel Continental antes de que fuese ofrecida a modo de obsequio al general tras la liberación.

Una semana más tarde, un edecán del general entregó una carta de éste al embajador británico. La letra era propia de una mano temblorosa. La señora Diana Cooper quiso saber cómo estaba De Gaulle. «No muy bien —fue la respuesta—. Ni siquiera duerme.»

El general De Gaulle se retiró al refugio cinegético de Marly, lo único que quedaba de los dominios de Luis XIV. Sin embargo, De Gaulle prefirió compararlo, llevado de una visión dramática de sus propias circunstancias, con Longwood, la casa que habitó Napoleón en Santa Elena.

Habían transcurrido unas seis semanas de su dimisión cuando Hervé Alphand fue a ver al ex gobernante al lugar que había elegido para su exilio voluntario. La nieve cubría el parque y el bosque de los alrededores. Para sorpresa del visitante, no había en el lugar ningún guardia armado. Abrió el portillo de madera de la valla, y hubo de llamar al timbre de la puerta principal durante diez minutos antes de que el capitán Guy, fiel ayudante de campo, fuera a recibirle y lo dejara pasar a la casa.

De Gaulle, que estaba trabajando en un estudio del siglo XVIII, se puso en pie para saludar al recién llegado. Éste lo encontró mucho más relajado que durante los meses anteriores. Si tenía algún pesar, era evidente que no lo revelaba.

Alphand lo advirtió de que Estados Unidos quería construir una Alemania nueva a partir de las zonas occidentales a modo de baluarte frente a Rusia. Los estadounidenses, y en especial Robert Murphy y el general Lucius Clay,

que dirigían su gobierno militar desde Frankfurt, estaban ejerciendo una gran presión sobre los franceses. «No puede imaginar cómo nos están apretando: nos chantajean al amenazarnos con cortar las provisiones destinadas a nuestra zona si no accedemos a seguirlos, y proclaman por todos lados que no nos hacemos en absoluto cargo de la situación, que confundimos 1946 con 1919 y que mañana el enemigo no será la Alemania que pretendemos mantener a raya, sino la Unión Soviética, contra la que debemos unir todas nuestras fuerzas, incluidas las de la Alemania resucitada.»[301]

La noticia hizo estallar el resentimiento que profesaba De Gaulle a Estados Unidos: «Los estadounidenses han estado equivocándose con nosotros durante cuatro años». Sólo cuando los rusos invadiesen París se darían cuenta del «grave error que han cometido al querer reconstruir Alemania y no Francia». Sin embargo, al igual que todos los gobernadores exiliados, el general no podía hacer otra cosa que enfurecerse en privado.

Malcolm Muggeridge, que regresaba a París en calidad de periodista tras haber servido durante la guerra en el Servicio Secreto, concertó una entrevista con De Gaulle. Apenas si encontró competencia: la suerte del general se hallaba en un punto tan deprimido que todos los corresponsales extranjeros en París habían acabado por darle de lado en cuanto persona carente de interés.

Muggeridge se dirigió al despacho de De Gaulle, donde lo encontró sentado tras un escritorio que distaba mucho de quedarle pequeño. El aire era denso por causa del humo que desprendía su puro, y el general no tenía buen aspecto. «Su barriga comenzaba a sobresalir de un modo considerable, su complexión era terrosa y tenía mal aliento. Con todo, y como siempre, encontré su persona henchida de nobleza, indiferencia e incluso una especie de irracionalidad sublime... La conversación se inició con una de sus diatribas en torno a la podredumbre de la política francesa y finalizó cuando le pregunté qué pensaba hacer ahora, a lo que me respondió con un mayestático: "J'attends!".»[302]

Gastón Palewski se mudó al número 1 de la calle Bonaparte, lo que lo convirtió, más adelante, en vecino de Nancy Mitford —que vivía en el número 20 y estaba encantada con tenerlo tan cerca—, y también de Jean-Paul Sartre, a quien estuvo a punto de declarar la guerra dieciocho meses más tarde, cuando él y Simone de Beauvoir atacaron en un programa de radio a De Gaulle y su entorno.

Palewski se había servido de su encanto y su tacto para tratar por todos los medios de persuadir al general a que adoptase una postura más flexible, aunque en ningún momento se había detenido a examinar con seriedad las potenciales imperfecciones de que adolecía la concepción del mundo que tenía De Gaulle. André Dewavrin, a quien aún llamaban por su nombre en clave, *coronel Passy*, parece haber sido el único miembro de su antiguo equipo londinense que lo hizo.

«Passy alegaba —según un informe del agregado militar británico remitido a la dirección del servicio de inteligencia militar de Londres— que la política

exterior de De Gaulle estaba errada desde un principio porque era una paradoja. Sentía una aversión temperamental por los anglosajones, lo que lo llevó a creer que Francia debía ligar su destino al de Rusia si quería seguir siendo una gran potencia, aun a pesar de su violento anticomunismo. Al final, acabó por pensar que podía construir un puente que uniese a anglosajones y a soviéticos.»[303] Resulta difícil encontrar una valoración más certera al respecto.

Tercera parte Camino de la guerra fría

18 Sombras chinescas de conspiraciones y contraconspiraciones

La institución a la que más preocupó la dimisión del general De Gaulle fue el cuerpo de oficiales: ya no quedaba nadie para defender a las fuerzas armadas de los recortes en el presupuesto militar, y no eran pocos los oficiales que temían que el general De Lattre de Tassigny pudiese sacar provecho de la situación. Los Aliados habían oído también rumores de que éste se consideraba sustituto de De Gaulle.

De Lattre era un personaje controvertido. El estilo propio de un virrey de que dio muestras cuando comandaba el 1.º ejército de Lindau en el lago Constanza, donde su cuartel general no carecía de ciertos detalles más propios de un Versalles, lo hizo merecedor de los apodos de *le roijean* y *le general soleil*. Sus aires extravagantes, en conjunción con su recién adquirida afinidad con los escritores de izquierda (Aragón, Elsa Triolet, Claude Roy y Roger Vailland recibieron invitaciones para visitarlo en Alemania) dieron pie a otro de sus sobrenombres: *général le Théâtre de Marigny.*

Pese a su carácter intolerante e impaciente, De Lattre era sin lugar a dudas un gran líder militar. Su extraordinaria aptitud para las imitaciones hacía de él una compañía excelente, y su esposa se atraía la admiración y el respeto de todos. Siempre pretendía que todo se hiciese con la mayor rapidez, lo que a menudo le provocaba espectaculares arrebatos de ira. Sin embargo, el lado histriónico de su carácter tenía quizá más que ver con su naturaleza bisexual. Algunos oficiales se referían a él como *cette fenime*. El general Du Vigier respondió cuando el agregado militar canadiense quiso saber cómo se llevaba con De Lattre: «Muy bien, la verdad: sé cómo tratar a las mujeres».[304]Con todo, a decir del pastor Boegner: «Los severos juicios que se han formulado sobre él no le impiden resultar interesante hasta extremos prodigiosos».[305]

Los temores de los oficiales franceses conservadores y los Aliados se centraban en la ambición de De Lattre) su promiscuidad política, que lo había llevado de militar en la extrema derecha antes de la guerra a convertirse en sospechoso de simpatizar con los comunistas tras ella. Por otra parte, el resentimiento que le había provocado el verse privado de su mando en Alemania a cambio del cargo vacuo de inspector general parecía aumentar el riesgo. Durante un almuerzo celebrado en Estrasburgo en noviembre de 1945, se había quejado hecho una furia al embajador británico de estar *en chómage* («en paro») y no contar siquiera con un despacho. «Medio en broma, le respondí —reza el diario de Duff Cooper— que había oído que últimamente no se llevaba mal con los comunistas. Lejos de negarlo, me aseguró que, con ellos, al menos uno sabía dónde estaba.»[306] Un funcionario superior del

Ministerio del Interior refirió a la Embajada Estadounidense que De Lattre se había unido de forma oficial al Partido Radical, entidad que los comunistas pretendían absorber. Corría el rumor de que Thorez le había ofrecido el Ministerio de Defensa, pero que el general Revers lo había disuadido de aceptarlo. En diciembre de 1945, el agregado militar canadiense refirió a su homólogo británico que «el Partido Comunista había satisfecho las deudas de De Lattre, que ascendían a unos dos millones de francos. Según él, De Lattre es extravagante a más no poder, lo que le ha supuesto serias dificultades financieras».[307] Los rumores tomaron fuerza tras la dimisión de De Gaulle. El 20 de marzo, De Lattre fue a ver al embajador británico para informarlo de que corría la voz en París de que la Embajada poseía un carné del Partido Comunista con su nombre. Duff Cooper le garantizó que de allí no había surgido tal rumor, y se comprometió a desmentirlo.

Al igual que muchos asuntos políticos, éste se debía a un conflicto de personalidades más que de ideologías. Los generales Juin y De Lattre se habían profesado odio mutuo desde que ambos se hallaban en la Ecole de Guerre, y éste codiciaba el puesto de aquél en el estado mayor general de defensa nacional. Por otra parte, los dos rivales estaban de acuerdo a la hora de oponerse a los recortes presupuestarios que se habían propuesto en relación con el gasto militar. De Lattre hizo saber al brigadier Daly lo orgulloso que estaba de haber «conservado todo el mobiliario de buena factura de la residencia militar, a pesar de la pérdida de algunas alfombras y óleos de calidad». Durante ese mismo encuentro sostuvo una conversación telefónica con el comandante de la Academia Militar de Saint-Cyr. «¿Cuántos alumnos tiene en su escuela en estos momentos? —quiso saber De Lattre—. Mil ochocientos, ¿no? Redúzcalos de inmediato a mil doscientos. Quiero que al final queden tan sólo seiscientos estudiantes: los mejores; así que vaya reduciendo la cifra desde este momento. Por ahora, deshágase de seiscientos; dígales que deben marcharse por su propio interés. ¿Que no me ha oído bien? Bueno, pues deshágase también de su oficial de comunicaciones por tener los teléfonos en tan mal estado.»[308]

El general De Lattre demostró no estar atado a los dictados del Partido Comunista al oponerse en redondo a sus exigencias de una milicia popular encabezada por un cuadro muy reducido de regulares. Con todo, los rumores que se habían desatado en torno a su persona supusieron para el SHAEF la confirmación de lo acertado de su reticencia a confiar a los franceses cuestiones de inteligencia militar. Así, se les había mantenido al margen de la «decimotercera carta» (espionaje extremo, basado en la interceptación del tráfico alemán de señales), aun a pesar de que habían participado en gran medida en los empeños iniciales por descifrar el código empleado por los alemanes con la máquina Enigma.[309]

La primavera de 1946, la que siguió a la dimisión de De Gaulle, fue un tiempo de profunda intranquilidad. Al nuevo primer ministro, Félix Gouin, se le hacía incómodo vivir con la presencia amenazadora del general en

Colombey-les-deux-Églises. Gouin, abogado socialista marsellés, había defendido a Léon Blum cuando Vichy lo juzgó en 1942. Tras la liberación había obtenido el puesto de presidente de la Asamblea, y su reputación de conciliador había hecho que el Partido Comunista no se opusiese a nombrarlo candidato a la Jefatura del Gobierno. De Gaulle lo despreciaba por considerarlo un cero a la izquierda, y acostumbraba referirse a él como *le petit pére Gouin.*

Durante los seis meses siguientes, la administración de Gouin desmanteló una serie de creaciones del general para seguir el programa socialista surgido de la liberación. Así, se votó por la nacionalización de la industria minera en hora y media, bien que la de los bancos más importantes llevó todo un día. Con él se inició la era del *tripartisme*, el frágil reparto del poder entre comunistas, socialistas y democristianos del MRP, y el principal objetivo político de la izquierda consistió en aprobar un borrador de Constitución para la futura Cuarta República.

Los socialistas, influidos en parte por su hondo anticlericalismo tradicional en materia de educación, se alinearon con los comunistas frente al MRP. Éste fue un movimiento peligroso, más aún si se tiene en cuenta que aún trataban de establecer su independencia del Partido Comunista. A raíz de esto, el referéndum que debía celebrarse el 5 de mayo de 1946 tuvo una significación mucho mayor que lo que en él se decidía, y el imprevisto resultado influyó sobremanera en los subsiguientes comicios, programados para el 2 de junio. El país, al igual que los propios comunistas, comenzó a ver este plebiscito como un voto de confianza al Partido Comunista francés.

La primavera de 1946 fue testigo de un aumento considerable de actividad por parte de la derecha. En una fecha tan temprana como la del 4 de febrero, el general Billotte acudió a Duff Cooper con la esperanza de que el gobierno de su majestad se mostrase de acuerdo en respaldar un «nuevo movimiento político, una especie de partido de centro llevado del objetivo principal de combatir el socialismo».[310] El empleo que hacía Billotte de la expresión «partido de centro» forzaba más bien su significado usual.

Los representantes de los partidos de derecha también se apresuraron a visitar la Embajada Estadounidense. «Tengo el honor de notificar —escribió Caffery con cierto asomo de mordaz fruición— que la Embajada ha recibido a varios grupos que, a decir de sus representantes, están enamorados de Estados Unidos. Sin embargo, en todos los casos ha resultado en el transcurso de la conversación que lo que tenían en mente no era otra cosa que conseguir, de un modo u otro, una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores.»[311]

En términos electorales, los nuevos partidos de derecha no eran muy numerosos. El mayor era el Parti Républicain de la Liberté, concebido como «vehículo anticomunista» para reunir a miembros de la derecha de preguerra y partidarios del mariscal Pétain. En París contaba con cierto número de seguidores, pero fuera de la capital eran muy pocos quienes lo respaldaban.

En una época en la que, en palabras de Caffery, la situación se estaba tornando «favorable al caos y a los hombres a caballo», los realistas vieron muy aumentadas sus esperanzas.[312] El conde de París creía poder unificar la nación, y no tardaron en aparecer carteles en las paredes de la capital que rezaban: *Le ROI... Pourquoi pas*?, un mensaje que parecía reflejar una falta de confianza curiosa en un tiempo de pasión política.

El coronel Passy era totalmente contrario a la idea de que los estadounidenses o los británicos respaldasen a los grupos de derecha. Durante un almuerzo con el general de brigada Daly identificó correctamente al Partido Socialista como la fuerza política que más posibilidades tenía de oponerse a los comunistas. Sin embargo, en lo que respecta a otros asuntos se mostró menos clarividente. El principal peligro al que se enfrentaba la Francia de entonces consistía en golpes de estado por parte de la derecha que, por desmañados e ineficaces que fueran, corrían el riesgo de jugar en favor de los comunistas.

A principios de abril de 1946, el brigadier Daly recibió al conde Guy de Maillé, quien decía actuar en nombre de un comité de cinco personas que representaba a los principales movimientos políticos anticomunistas.

El asunto se tornó más complicado con la participación de Kenneth de Courcy, fanático anticomunista británico. De Courcy dijo a Daly que estaba trabajando codo a codo con *C* (sir Stewart Menzies, director del Servicio Secreto), aunque eso no era cierto; al parecer, sus principales asociados eran Pierre de Werne, el duque Pozzo Di Borgo y el archiduque Otto von Habsburg. De Courcy mantenía una relación bastante estrecha con el duque de Windsor, pero resulta difícil determinar si el antiguo rey estaba implicado en su extravagante conspiración.[313]

Con la intención de implicar en sus planes a las autoridades británicas, Kenneth de Courcy llevó al general de brigada Daly a comer a la magnífica casa de campo que poseía Pozzo Di Borgo en el número 51 de la rué de l'Université. Daly ignoraba por completo que este último hubiese sido militante destacado de la Cagoule, arrestado en 1937 junto con su dirigente, Eugéne Deloncle, por conspirar contra la República.

Otto von Habsburg alegó que los rusos, ayudados por una serie de levantamientos comunistas producidos en diversos países, acabarían por invadir la Europa occidental, lo que supondría una amenaza seria para el Imperio británico. Los comunistas respaldarían a los nacionalistas árabes del norte de África y cortarían así la ruta que unía a los británicos con su Imperio al este de Suez. Habsburg presentó asimismo un informe relativo a la policía parisina, según el cual, de un total de veinte mil agentes, seis mil eran comunistas. Se quejaba de que, a su parecer, los estadounidenses no fueran conscientes de la amenaza. Junto con Pozzo, estaba convencido de que el general De Lattre de Tassigny preparaba un golpe de estado de izquierda.

No tardó en salir a la luz que el candidato que proponían en cuanto dirigente

de Francia era el príncipe Napoleón, tataranieto del rey Jerónimo, que a la sazón contaba treinta y dos años. Este joven oficial recién retirado de casi dos metros de estatura había servido con tal valentía en la legión extranjera que De Gaulle no había dudado en concederle la residencia en Francia. El vizconde de Ramolino, intermediario y asesor de Napoleón, había acudido al embajador británico un año antes para evaluar la posibilidad de un enlace matrimonial con la princesa Isabel o Margarita Rosa. Cuando Duff Cooper le comunicó el carácter imposible de tal propuesta, Ramolino propuso a la hija menor del primer ministro, Mary Churchill. Su padre no pudo menos de encontrar muy divertida semejante idea.

Daly se dio cuenta enseguida del peligro que corría su embajada de verse envuelta en algún asunto turbio cuando De Courcy reveló que planeaba financiar a la derecha francesa con parte del activo de la Anglo-Persian Oil Company. El agregado militar consideró todo lo expuesto «altamente peligroso en lo que a nosotros atañe».[314]

El 8 de mayo, Daly decidió interrumpir todo contacto con De Courcy, a quien hizo saber su resolución por mediación de Ninette de Valois, que se hallaba de visita a fin de reclutar personal para su ballet. Sin embargo, su decisión llegó demasiado tarde, al menos en un sentido: alguien había hecho circular pruebas fotográficas falsas que pretendían mostrar que Daly había concedido trescientos millones de francos al derechista Parti Républicain de la Liberté. John Bruce-Lockhart, jefe de sección del SIS, pensó que debía de tratarse de un ardid soviético concebido para rebatir las acusaciones de que Moscú estaba financiando al Partido Comunista francés.

Haciendo acopio de coraje, Daly confió el problema al ministro de Asuntos Exteriores británico, socialista veterano, que a la sazón se alojaba en la embajada. «Acaban de acusarme, señor Bevin —le anunció—, de financiar a la extrema derecha francesa.» «Pensaba que todos los oficiales de su regimiento se hallaban en la bancarrota», respondió Ernest Bevin antes de soltar una sonora risotada. Aquella noche, el agregado militar escribió aliviado en su diario: «Me pregunto si sabía de verdad a qué regimiento pertenecía yo. De cualquier modo, ha sido una buena respuesta».[315]

El principal peligro de que acabaran por desbordarse asuntos triviales radicaba en el hecho de que, en Francia, todo aquel que perteneciese a los círculos militares o funcionariales parecía estar obsesionado con el espionaje, actitud heredada de la época de la ocupación y la Resistencia. «C'est la clandestinité qui méne l'affaire», reconoció cierto alto cargo del Servicio de Inteligencia francés a un homólogo británico.

Con todo, los problemas reales a los que se enfrentaban los servicios de información británicos se hallaban en Londres. En 1944 se puso a Kim Philby —que más tarde resultó ser uno de los mejores espías de la Unión Soviética— al cargo de un nuevo departamento antisoviético del SIS. Cuando Muggeridge envió a Londres un informe, entregado por un tal «coronel A» (tal vez el coronel Arnault), relativo a la infiltración comunista en el gobierno francés,

Philby le hizo llegar la orden de hacer caso omiso de cualquier material proporcionado por una fuente que consideraba poco digna de confianza. Asimismo, remitió a Muggeridge un cuestionario relativo a las medidas que estaban tomando los franceses contra la infiltración soviética. Por irónico que resulte, la organización de Passy, que a la sazón estaba siendo atacada en cuanto bastión anticomunista, estimó más juicioso no cooperar. De cualquier modo, Passy consideraba que la mayor parte de las preguntas era tan sencilla que rozaba el ridículo, dado que muchas de las respuestas, a su parecer, podían encontrarse en la guía de teléfonos. Él y Soustelle sospechaban de un doble farol por parte de los británicos.

Philby viajó a París en no menos de dos ocasiones. La primera vez fue durante el invierno de 1944 y 1945, cuando visitó a Muggeridge y se alojó con él en la avenida de Marigny, y volvió a la capital en mayo de 1946. «Philby, miembro del MI6 especializado en comunismo, vino a verme —anotó Duff Cooper—, pero no me dijo gran cosa que yo ya no supiera.» El doble agente, sin embargo, volvió a enredar las cosas. Marie-Madeleine Fourcade, que había reavivado parte de su red de espionaje de tiempos de la Resistencia (el Arca de Noé) para emplearla en contra de los comunistas, se había mantenido en contacto con el representante del SIS en París. Le había mostrado la transcripción de lo tratado en las reuniones más recientes del Politburó del Partido Comunista francés antes de explicarle que necesitaba una suma sustancial de dinero cada mes si no quería perder aquella fuente. El representante del SIS estaba persuadido de que las transcripciones eran auténticas, y el director superior de Londres, Kenneth Cohén, que había supervisado las operaciones efectuadas por Marie-Madeleine durante la guerra, también lo creía. Sin embargo, la decisión final correspondía al director de la sección encargada del comunismo internacional: Kim Philby. Este declaró que los documentos eran falsos, para lo que se basó sobre todo en lo que aseguró que era fraseología marxista-leninista muy poco convincente. Como quiera que él era el experto, los jefes del SIS de Londres no se atrevieron a contradecir su opinión. Afortunadamente, Marie-Madeleine había mantenido bien en secreto el nombre de su confidente, por lo que Philby no tuvo ninguna posibilidad de delatarlo.[316]

A los estadounidenses no les fue mucho mejor durante la primavera de 1946. El aluvión de rumores hizo imposible identificar las verdaderas amenazas. Llegó a circular incluso un informe que afirmaba que los rusos estaban dispuestos a invadir Francia sirviéndose de cuerpos de paracaidistas, acción que comenzaría el 26 de marzo. Al mismo tiempo, el general Revers advirtió al agregado militar británico que «los comunistas van a crear incidentes en la frontera con España» a fin de provocar una guerra con Franco y hacer que intervengan los rusos.[317] Revers, anticomunista fanático, pudo haber sido también el causante del bulo que se extendió más adelante acerca de una serie de brigadas internacionales que se estaban entrenando cerca de

los Pirineos para combatir en la guerra civil griega, cuando, en realidad, el peligro que se cernía sobre aquella zona provenía de la facción opuesta: elementos de extrema derecha pertenecientes al Ejército francés albergaban la esperanza de que las tropas españolas cruzaran la frontera para arremeter contra los grupos de maquis comunistas.

El embajador estadounidense hizo llegar estas historias a Washington en tono hastiado. «La circulación de informes alarmistas —escribió— se ve impulsada aún más por el hecho de que el francés medio, tras los años de ocupación, tiende a creer y repetir a pie juntillas casi cualquier rumor, por fantástico que pueda parecer. Tanto es así que desde la liberación han corrido infundios, más o menos intensos según los casos, que afirman que "se está planeando un golpe de estado comunista para el mes que viene". En ocasiones, llegan incluso a mencionarse fechas concretas.»[318] El personal del servicio de información militar estadounidense en París se mostraba, con la honrosa excepción de Charlie Gray, mucho menos escéptico.

Poca duda cabe de que el Servicio de Inteligencia estadounidense en Europa adolecía de una total falta de información. Un documento relativo a «Clement *[sic]* Fried, el principal agente con que cuenta Stalin en Francia», advertía de que el sujeto del informe seguía siendo muy esquivo. «Antes de la guerra apenas dormía en el mismo domicilio unas cuantas noches seguidas ni era conocido de más de ocho o diez miembros del Partido Comunista francés.»[319] Lo cierto es que Fried había sido interventor del Komintern en el Partido Comunista francés y mentor de Maurice Thorez; pero la esquivez que se le atribuía en 1946 tenía una razón palmaria: hacía tres años que la Gestapo lo había ejecutado en Bélgica.

El que hubiese seguido descartando de forma resuelta los rumores cada vez más numerosos acerca de un inminente golpe de estado comunista antes del referéndum del 5 de mayo es algo que honra sobremodo a Jefferson Caffery. «En tanto que resulta difícil determinar con exactitud el origen y la intención de tales informes, lo cierto es que quienes los están propagando entre los militares estadounidenses y por otros círculos son elementos franceses anticomunistas.» Con demasiada frecuencia, quienes hacían correr estos bulos «se dirigían después a nosotros de manera informal para obtener ayuda financiera o de cualquier otro tipo con vistas a las próximas elecciones».

Más adelante alegaba que «no parece probable la posibilidad de un levantamiento armado de los comunistas en un futuro inmediato, toda vez que se arriesgan a perder mucho más de lo que podrían ganar con una aventura como ésa». Por otra parte, los comunistas se habrían beneficiado sin duda de un «conato abortivo» llevado a cabo por «los extremistas lunáticos de derecha», lo que los habría hecho pasar por «los defensores de la democracia frente a los intentos de establecer una dictadura».[320]

Por desgracia, el Ministerio de Defensa se negó a prestar atención a las advertencias del embajador, que aconsejaba hacer caso omiso de los rumores

previos al plebiscito del 5 de mayo. La sobredicha entidad había recibido un informe según el cual los comunistas planeaban efectuar un golpe de estado tras fomentar una serie de alteraciones del orden un día después de las votaciones, el lunes, 6 de mayo.

Durante la madrugada del viernes, 3 de mayo, el Ministerio de Defensa estadounidense envió un mensaje en el más alto secreto al general MacNarney —comandante en jefe de las fuerzas de Estados Unidos destacadas en el teatro europeo, con cuartel general en Frankfurt—, a fin de concederle la autoridad formal necesaria «para trasladar tropas a Francia si se producen en la zona serios disturbios y si en su opinión es esencial enviar un contingente para garantizar la seguridad, repito, la seguridad de las fuerzas estadounidenses o proteger los suministros esenciales para las mismas».[321] Por otro lado, se permitió llevar a cabo un reconocimiento por parte de una serie de oficiales selectos antes del referéndum del 5 de mayo.

Cierto oficial de transmisiones de Washington, consciente de la naturaleza potencialmente explosiva del telegrama, se puso en contacto con la sala de codificación del Ministerio de Asuntos Exteriores con la intención de sugerir la necesidad de que descifrasen allí el mensaje. Los expertos del departamento europeo John Hickerson y James Bonbright convocaron una reunión urgente y llevaron a los representantes del Ministerio de Defensa a ver a Dean Acheson, viceministro de Asuntos Exteriores. Estos le recordaron que, dijeran lo que dijesen los rumores que se habían desatado en Francia, era de todo punto improbable que se produjese un golpe de estado comunista.

Acheson y sus colegas dejaron bien claro que «no debería concederse al general MacNarney autoridad discrecional para trasladar tropas a Francia». Señalaron que «el traslado de tropas a lugares muy dispersos de Francia en caso de agitación civil podría entenderse de manera equivocada, dar pie a incidentes y, peor aún, proporcionar incluso una excusa a los comunistas para recurrir a la Unión Soviética a fin de que enviasen ayuda para contrarrestar una intervención estadounidense».[322] Ni siquiera Acheson y sus subordinados del Ministerio de Asuntos Exteriores estaban, por las trazas, al corriente de los artículos 3 y 4 del pacto franco-soviético firmado por Bidault y Molotov en diciembre de 1944, por los que se obligaba a cada una de las partes a adoptar, en caso de peligro, «todas las medidas necesarias para eliminar cualquier nueva amenaza procedente de Alemania». La nacionalidad de la amenaza, sin embargo, no se especificaba.

El equipo enviado por el Ministerio de Asuntos Exteriores esbozó una serie de instrucciones alternativas para presentarla en la reunión con el estado mayor conjunto que iba a celebrarse a la una y media de la tarde. Estos últimos tan sólo pudieron hacer modificaciones sin importancia a las órdenes originales destinadas al general MacNarney. Ninguna de las partes parecía dispuesta a comprometerse más, de manera que aquella misma tarde, el almirante Leahy, antiguo embajador del mariscal Pétain, presentó ambos esbozos al presidente para que expresase su decisión. Presa de la incredulidad

y el horror, Acheson pudo comprobar cómo Truman respaldaba al Ministerio de Defensa.

Acto seguido, Acheson determinó enviar un telegrama a París para advertir a Caffery de la situación y ponerlo al comente de su fracaso a la hora de intentar anular la orden del Ministerio de Defensa. Sin embargo, acabó por cancelar el envío, un hecho que no deja de ser sorprendente, toda vez que, para consternación del Ministerio de Asuntos Exteriores, la potestad de que gozaba MacNarney para enviar tropas a Francia no perdió su vigencia, ni siquiera después de que el lunes, 6 de mayo, transcurriera sin alteración alguna del orden público. Si Caffery llegó a conocer la orden del Ministerio de Defensa, bien por mediación de Acheson, bien por cualquier otra fuente, lo cierto es que no dijo nada al respecto a los de su entorno. La única satisfacción que pudo obtener el Ministerio de Asuntos Exteriores de un episodio tan preocupante como éste debe encontrarse en una comunicación posterior por la que se desacreditaban las falsas alarmas propagadas por Alemania que habían desembocado en una situación tan extraordinaria. El *5* de junio se envió un mensaje secreto a Robert Murphy, comisionado del presidente en Alemania, que rezaba: «Como ya sabrá, la información filtrada... es por demás falsa. La fuente pertenece a un grupo francés de resistencia de extrema derecha que desea sembrar la alarma y obtener armamento y financiación estadounidenses».[323]

19 Política y cartas

En los días previos al referéndum del *5* de mayo de 1946, bien podía decirse que «todo vale en la guerra y en política». Los de derecha aseguraban, sin proporcionar prueba alguna, que el Kremlin estaba financiando al Partido Comunista. El Parti Républicain de la Liberté hizo correr la voz de que el dirigente de aquél, Maurice Thorez, tenía una aventura con Marie Bell, de la Comédie-Francaise, a quien enviaba gigantescos ramos de orquídeas por valor de cincuenta mil francos. A Galtier-Boissiére no lo convencía el rumor: le costaba imaginar «al ojito derecho de la nación, a quien tanto empeño pone el partido en vigilar, haciendo la corte a una dama ante la atenta mirada de seis guardaespaldas armados con metralletas».[324]

El cardenal Suhard pidió a sus fieles: «Votad, y votad bien», contra una Constitución anticlerical y de izquierda. Su mensaje se repitió desde los pulpitos de las catedrales y las iglesias de toda Francia. El arzobispo de Burdeos declaró sin ambages que los católicos debían negarse a ratificar la Constitución. Todo esto hizo temer a los de centro que la intervención de la Iglesia pudiese hacer el caldo gordo a los comunistas.

La muestra más ingenua de propaganda ilegítima se debió a los propios comunistas, que poco más de dos semanas antes de las elecciones se las ingeniaron para que uno de sus dirigentes sindicalistas más célebres fuese arrestado a raíz de una serie de cargos que en un principio le imputó el gobierno de Vichy. El Ministerio del Interior no tuvo nada que ver con esta detención: según una «fuente fiable», la llevaron a cabo oficiales de la Jefatura de Policía, en la que había comunistas infiltrados.[325]

Tal como cabía esperar, la prensa del partido no dudó en protestar al respecto, y asegurar que aún había en el poder reaccionarios de Vichy y que el régimen de Pétain estaba actuando después de muerto. El éxito de la operación fue completo, para frustración de Édouard Depure, ministro socialista del Interior, a quien odiaban los comunistas. Henaff, el dirigente sindicalista, quedó en libertad ante calurosas muestras de triunfo, en tanto que Depreux obtuvo cierta fama de pétainista. Mas no hubo de pasar mucho para que comenzase a tramar su venganza.

Los comunistas pedían el voto favorable al borrador de la Constitución, aunque permitieron que el referéndum de mayo se convirtiese en un «plebiscito en favor o en contra del comunismo», actitud a la que más tarde dieron pábulo ellos mismos.[326] Algunos *paniquards* acomodados llegaron a planear huir del país si ganaban. El embajador estadounidense criticó con sorna la suposición fatalista de que «los cosacos no tardarán en llegar a la plaza de la Concordia».[327]

De Gaulle fue uno de los poquísimos que predijeron el fracaso de los

comunistas a despecho de lo que afirmasen los sondeos de opinión. Refirió a su secretario, Claude Mauriac, hijo de Frangois, que aquéllos habían cometido un error mayúsculo al permitir, llevados de un exceso de confianza en sí mismos, que acabasen por volverse las tornas. Hasta entonces, la izquierda se las había agenciado para manipular y definir todo asunto en términos de fascismo y antifascismo. Sin embargo, por vez primera se hablaba de comunismo y anticomunismo. «Y éste es un paso de vital importancia para el futuro», aseguró el general, henchido del aire satisfecho propio de un hombre que acaba de trazar un plan astuto. «He logrado atarles una buena cacerola a los tobillos con el referéndum», dijo.[328] Ésta fue una de las pocas medidas electorales que había conseguido llevar a cabo en contra de la Asamblea Constituyente.

La semana anterior al plebiscito, las paredes de París estaban llenas de pintadas de tiza que rezaban *Oui o Non* y que a menudo habían sido tachadas por activistas del bando contrario.

En el 16.° *arrondissement* podía verse a niñas bien vestidas y armadas de cepillos y cubetas para borrar los síes. En una parte menos elegante de la ciudad, un urinario público de metal verde servía de soporte a una consigna de corte más anarquista:

> *Voter oui, voter NON*;
> *Vous serez toujours les CONS*!
> (*«Votéis lo que votéis,*
> *gilipollas seréis.»*)

Ningún Primero de Mayo podía estar completo en París sin el aroma de los lirios de los valles. Los comerciantes llegaron aquella mañana a la ciudad con grandes cestas colgadas del brazo y llenas de ramilletes de flores, y todo el mundo llevaba una ramita en el ojal. Tras el desfile, que partió de la plaza de la República para acabar en la plaza de la Nación, se celebró a las seis un mitin comunista en la plaza de la Concordia. Thorez no sabía que lo observaban desde arriba mientras se dirigía a la multitud congregada bajo el sol de la tarde. El barón Elie de Rothschild y otros amigos habían llevado a tal objeto prismáticos a una fiesta en la terraza del ático que tenía Donald Bloomingdale en el hotel Crillon, a pocos metros de distancia.

«No me cabe duda de que ganará el sí —escribió Dufí Cooper en su diario el domingo, *5* de mayo, día de la votación—. Mis amigos de derecha aseguran que será el final de Francia, lo que no deja de ser una tontería.»

A la mañana del día siguiente, 6 de mayo, fecha en que los estadounidenses estaban listos para enviar sus tropas a Francia, se confirmó la ajustada victoria del no. Dado el empeño que habían puesto los comunistas en el referéndum, el resultado se consideró un gran revés en su contra. «De Gaulle tenía razón», anotó Claude Mauriac en su diario.

La delegación que había enviado Estados Unidos a la conferencia de paz de París, ya en marcha por entonces, no hizo nada por ocultar su alegría durante un almuerzo celebrado en el Quai d'Orsay. Jacques Dumaine no pudo, a pesar de sentirse también aliviado por los resultados, menos de observar que sus integrantes no sabían pensar si no era en blanco y negro. «Imaginan que Francia está dividida en dos bandos, de los cuales uno acabará venciendo al otro»; por ende, olvidan «la refriega heterogénea que caracteriza a la política francesa».[329] Sin embargo, también en Francia, al igual que en la mayoría de los países del mundo, estaba la política condenada a concentrarse en dos polos opuestos a raíz de la guerra fría.

Simone de Beauvoir había quedado para almorzar aquel día con Merleau-Ponty en el Petit Saint-Benoit con el fin de hablar sobre el referéndum. Sin embargo, por la noche, la *famille Sartre* se olvidó de la política para reunirse en torno a Jean Genet, que estaba pasando por la peor pesadilla que puede vivir un autor: al parecer, Gallimard había perdido el único manuscrito de que disponía, lo que dio pie a todo un rosario de enfrentamientos entre el dramaturgo y el hijo de Gastón Gallimard, Claude.

La otra noticia que hubo de digerir el pueblo aquel día tenía relación con un escándalo en el ámbito de los servicios de información. Durante la víspera, poco antes de que acabase la votación, la Agence France-Presse anunció la detención del coronel Passy. Aún no está claro qué fue lo que hizo que se hiciese público en aquel preciso momento. Cabe la posibilidad de que, alarmado por el trastorno de las elecciones, el gobierno de Félix Gouin hubiese filtrado la noticia en un intento tardío de alterar el resultado o a fin de advertir a De Gaulle, que vería aumentar su prestigio a causa de los resultados. El escándalo provocado por la noticia convirtió el arresto de Passy en un asunto turbio del que el gobierno salió desacreditado.

El 4 de mayo se convocó a Passy a las instalaciones de la organización que él mismo había establecido en un principio en Londres y que había acabado por convertirse en el SDECE. [330]

«Hemos descubierto algunas irregularidades —le comunicó el nuevo jefe—. ¿Dónde están los fondos reservados?»[331] A pesar de que no se le imputó cargo alguno, se acusó a Passy de malversación de fondos pertenecientes al Servicio de Espionaje y se le mantuvo incomunicado. Su esposa, que ignoraba lo sucedido, estaba frenética. Una de las razones por las que se anunció de modo súbito su detención la noche del 5 de mayo fue la dificultad de mantener el secreto durante más días.

El Servicio Secreto estadounidense, al que tal vez confundieran representantes del gobierno, informó de que las irregularidades financieras se conocían desde hacía un tiempo. La verdadera razón del arresto de Passy era, según declaró, que había estado intentando sabotear los esfuerzos llevados a cabo por Léon Blum por conseguir de Estados Unidos un préstamo que necesitaba con urgencia el partido. Los socialistas y sus compañeros de

coalición se mostraron a un tiempo airados y alarmados.

En ningún momento se planteó que Passy hubiese malversado fondos para uso personal, y la acusación principal de irregularidades en Londres resultaba ridícula. El BCRA había tenido tanto miedo de las posibles infiltraciones pétainistas que apenas había conservado documentos escritos. Lo que es muy probable que hubiese intentado hacer Passy era establecer un fondo de emergencia en Suiza, de tal manera que, si los comunistas se hacían con el poder en Francia, la resistencia gaullista no hubiese de mendigar ante británicos ni estadounidenses.

Passy fue encarcelado sin que mediase forma alguna de juicio ni se le permitiera hablar con un abogado. Las condiciones de su reclusión eran pésimas, y sus carceleros lo drogaron. Cayó gravemente enfermo, perdió veintitrés kilos y su presión arterial descendió de un modo alarmante. Cuando su esposa logró por fin que lo trasladasen al hospital del Val-de-Gráce, el facultativo que lo atendió le comunicó: «Ha sido usted envenenado». Cuando el enfermo quiso saber cuál había sido el tósigo empleado, la lacónica respuesta fue: «Lo sabremos después de la autopsia».[332]

Estando aún en prisión, Passy hizo llegar a los estadounidenses un mensaje que aseguraba que el gobierno de Gouin lo estaba sometiendo a chantaje para que les entregase cualquier orden escrita de De Gaulle en relación con lo que había de hacer con el dinero. Una prueba así habría permitido a Gouin y a su gobierno mancillar la reputación del general y dar al traste con sus esperanzas políticas; pero eso era algo que no estaba dispuesto a hacer Passy. Lo que resulta evidente es que el gobierno no quería que se celebrase un juicio público. «Parece que cuanto más se ahonda en la investigación —refirió Caffery en un informe enviado a Washington—, más salta a la vista que toda una serie de políticos importantes, pertenecientes a diversos partidos, se han manchado las manos o han recibido dinero de fondos reservados.»[333]

A finales de agosto se desposeyó al coronel Passy de su rango, de la Legión de Honor y de la Orden de la Liberación por orden del Consejo de Ministros, que mandó también la confiscación de sus propiedades personales por valor de la suma exportada. (Más tarde se le devolvió la mayor parte de sus distinciones, incluida la Legión de Honor.) Hecho una furia y cargado de razón, el detenido alegó que el Consejo de Ministros no era ningún Tribunal de Justicia: si había de ser juzgado, debía ser ante un tribunal constituido según mandaba la ley. El propio Teitgen, ministro de Justicia, expresó en privado el pesar que le producía el modo en que se estaba llevando aquel asunto.

Por más que el escándalo Passy se hubiese convertido en la comidilla de París, todo apunta a que no tuvo gran repercusión en Saint-Germain-des-Prés. Simone de Beauvoir se hallaba más ajetreada que nunca, tal como muestra la entrada correspondiente a la tarde del viernes, 10 de mayo. Aquel día se dirigió, tras almorzar en la Brasserie Lipp, a las instalaciones de *Les Temps*

Modernes, cedidas por Gastón Gallimard, que recibían la visita de Vittorini, militante del Partido Comunista italiano. Éste hizo patente su disgusto al saber que tanto ella como Sartre iban a convertirse en huéspedes de «un éditeur réactionaire» durante el viaje que tenían planeado a su país.

Luego llegó Gastón Gallimard, y Simone de Beauvoir entró en su despacho. En su interior se encontró con André Malraux y Roger Martin du Gard. Incómoda por el hecho de hallarse de pronto ante un enemigo político, no tuvo más remedio que estrechar la mano de Malraux. Luego hubo de oír la explicación de Gallimard acerca del manuscrito perdido de Genet antes de poder escapar. Al regresar a su propio despacho, la abordó un joven novelista con un original mecanografiado para que lo leyese. Con aire ingenuo, el recién llegado le preguntó si Sartre votaría en su favor como parte del jurado del Prix de la Pléiade. Después de esto mantuvo una breve charla con Michel Leiris, y llevó a Jean Paulhan el manuscrito de la novelista Nathalie Sarraute. Él le mostró la obra de pequeño formato de Wols —pintor a quien también Sartre profesaba una gran admiración— que acababa de comprar. Por último, a las siete de la tarde salió del despacho y fue a encontrarse con Raymond Queneau en la cafetería del hotel Pont-Royal.

Aquel día fue sencillo en comparación con otros, y no cabe dudar de que Castor agradecía en el fondo la actividad maniática que se desarrollaba en derredor, por cuanto debió de ayudarla a olvidar sus miedos en un momento en el que Nathalie Sarraute intentaba ocupar su lugar en calidad de compañera intelectual de Sartre.

El 12 de mayo hubo una ceremonia en el Arco de Triunfo para conmemorar la victoria del año anterior. Félix Gouin «pronunció un buen discurso —recordaba Duff Cooper—, pero tiene un aspecto por demás insignificante en ocasiones como ésta. Su generosa alusión a De Gaulle fue recibida con una sonora aclamación».[334] De cualquier manera, el general había declinado la invitación de Gouin y, en lugar de asistir al acto, se dirigió a la Vendée con el propósito de rendir homenaje a la tumba de Clemenceau aquel mismo día, en que se conmemoraba a Juana de Arco.

Pocos días antes, Claude Mauriac le había preguntado si no pronunciaría un discurso durante su visita. «Sí, tal vez diga algunas palabras —contestó—, pero no debemos decírselo a nadie.»[335] La respuesta tenía mucho de solapado, pues Claude Guy, su ayudante de campo, estaba ya organizando una recepción para los periodistas.

La alocución pronunciada sobre la tumba de Clemenceau sería el primero de una serie de discursos que, pese a estar supuestamente destinados a conmemorar un acontecimiento o aniversario particular, tenían un propósito político definido. Sabedor de que su prestigio se hallaba de nuevo en alza, De Gaulle no había dudado en preparar el terreno para la fundación de todo un movimiento político de adhesión. André Malraux aseguró a Louise de Vilmorin que el general «será presidente de la República en septiembre, y él,

Malraux, será ministro del Interior».[336]

La multitud que esperaba al general en la tumba de Clemenceau no era escasa. Claude Mauriac se sentía inquieto ante los gritos de: *De Gaulle au pouvoir*!, y avergonzado por el aspecto ligeramente fascista del acto. La visita, que se suponía modesta, fue objeto de un amplio seguimiento por parte de la prensa francesa e internacional, a la que había informado un miembro del personal gaullista.

Al día siguiente, empero, se prestó poca atención al discurso de la Vendée en el restaurante Casque d'Or, donde almorzaban Simone de Beauvoir y el escultor Alberto Giacometti en compañía de algunos amigos. La conversación giró en torno al modo en que se recibiría a André Bretón —uno de los pocos surrealistas que acabaron por denunciar al estalinismo— a su regreso de Estados Unidos.

Como cabe suponer, los comunistas habían quedado escarmentados por el resultado del referéndum de mayo. El revés había resultado embarazoso por partida doble para la cúpula del partido, por cuanto Molotov se hallaba a la sazón en París, donde debía reunirse con otros ministros de Asuntos Exteriores.

En 1946, la mayor parte de las agencias de espionaje contaban con una información muy escasa acerca de los objetivos comunistas. En París se intentó por varios medios penetrar en el corazón del Partido Comunista francés, aunque la única operación de éxito fue, al parecer, la puesta en marcha por la antigua dirigente de la Resistencia, Marie-Madeleine Fourcade. Si Kim Philby había rechazado sus informes, parece ser que tuvo mejor suerte a la hora de hacer que los aceptase Estados Unidos.

El primer sumario procedente del Servicio de Inteligencia Militar del Ejército estadounidense se centraba en una reunión del Politburo celebrada el 16 de mayo y presidida por Marcel Cachin. En ella se trataba con consternación del contratiempo sufrido por Molotov durante el encuentro de los Cuatro Grandes en París. La firmeza de James Byrnes y Ernest Bevin, ministros de Asuntos Exteriores estadounidense y británico, había sorprendido a la delegación soviética.

Allí, Thorez, escaldado a raíz del fracaso del plebiscito del 5 de mayo, puso de relieve el pesimismo con que afrontaba la llegada de las elecciones del 2 de junio. El Partido Comunista francés tendría que decidir si permanecía en el gobierno o pasaba a formar parte de la oposición. El dirigente temía que se diese una «actividad anticomunista intensiva en Francia».[337] Se sentía furioso con Blum por haberse opuesto al proyecto comunista de «liquidar al Partido Socialista francés mediante una fusión o cualquier otro medio». Si dejaban pasar de manera definitiva la oportunidad de hacerse con los votos de los socialistas, debían «reflexionar seriamente antes de recurrir a cualquier acto violento». La diplomacia soviética necesitaba paz, y no podía correr riesgo alguno al respecto.

Otro informe llegado a manos de los estadounidenses afirmaba que Molotov estaba «mortificado en lo más hondo» por los resultados del referéndum y había advertido con ahínco a la cúpula del Partido Comunista francés de lo inconveniente que podía resultar atacar a Léon Blum y los socialistas. Algo así no haría sino obligarlos a aliarse con otros partidos de centro-izquierda y «empujarlos aún más en dirección al gobierno laborista británico. Esto, a su vez, traería como consecuencia un pacto franco-británico que constituiría la base de un bloque occidental».[338]

En otra reunión del Politburó, celebrada el 20 de mayo, se hicieron más intensas las peleas relativas a la toma de poder. Laurent Casanova defendía la idea de hacer uso de la acción armada en un futuro inmediato, pues si los comunistas fracasaban durante los siguientes comicios, el nuevo gobierno purgaría todas y cada una de las partes de la administración. Este hecho constituiría «la peor catástrofe que podía arrostrar el Partido Comunista de Francia». Advirtió que, si se veían obligados a provocar un levantamiento armado, no podrían contar con el respaldo de Moscú durante «al menos treinta días». En resumen, opinaba que sería «un grave error salir del gobierno para pasar a la oposición».[339]

Estos informes resultan verosímiles a juzgar por otras pruebas, entre las que destacan los documentos contemporáneos de la sección internacional del Kremlin. El Partido Comunista francés no recibía a la sazón instrucciones detalladas.

Para las elecciones de principios de junio, los comunistas adoptaron una posición discreta, y se centraron más en campañas de murmuraciones en los cafés y las colas que en una propaganda estridente. Este hecho no fue óbice para que el Partido Comunista de Francia afirmase que habían salido de los puertos del mar Negro en dirección a Francia trescientas cuarenta mil toneladas de cereal ruso, del que aún quedaban por llegar en el futuro ciento sesenta mil toneladas. La Embajada de Estados Unidos estaba furiosa, toda vez que no se habían mencionado si quiera los siete millones de toneladas de provisiones que había enviado su país desde marzo de 1945.

Cuando se anunciaron los resultados el 3 de junio, los comunistas se encontraron con que no habían salido tan mal parados como temían. En esta ocasión fueron los socialistas los frustrados, lo que en parte se debió a la política imprudente que pusieron en práctica durante el referéndum. Así, perdieron a la mayor parte de los que, sin ser socialistas, habían votado a su partido por mantener a raya a los comunistas. Estos votantes tácticos pasaron en los comicios siguientes a respaldar a los democristianos del MRP, que, para irritación de los comunistas, los reemplazaron en calidad de primer partido de Francia.

En un primer momento, los comunistas se opusieron a la idea de trabajar para un gobierno encabezado por Georges Bidault, e hicieron lo posible por resucitar una nueva administración Gouin. Sin embargo, los socialistas preferían dejar en manos de otros la responsabilidad de enfrentarse a una

economía al borde de la bancarrota. Los comunistas, al ver que si se negaban a respaldar a Bidault acabarían con el *tripartisme*, no dudaron en secundarlo, y el tantas veces humillado ministro de Asuntos Exteriores de De Gaulle acabó por alcanzar el puesto que tanto ansiaba.

El acontecimiento más importante que siguió a las elecciones fue el regreso del general De Gaulle al escenario político. Su prestigio había ido en aumento durante los dos últimos meses de incertidumbre, y las noticias de que había rechazado la invitación de Gouin para celebrar el aniversario de la alocución que él mismo había pronunciado desde Londres, unido a su estrategia de hablar en Bayeux dos días antes, provocó un gran interés.

El discurso de Bayeux, según un informe del embajador estadounidense, «provocó por todo el país una respuesta mayor de lo que hacía pensar la recepción que le brindó la flemática concurrencia normanda».[340] El encuentro tuvo lugar bajo una intensa lluvia, y el general llevaba la cabeza descubierta y un uniforme sin condecoración alguna. Advirtió a los franceses del peligro que comportaba la poco acertada inclinación que mostraban a dividirse en diferentes partidos; de cualquier manera, el acto estuvo revestido de un marcado aire de movimiento militar, dada la presencia, entre los que acompañaban a De Gaulle, del almirante Thierry d'Argenlieu y los generales Juin y Koenig —todos de uniforme—, junto con Malraux, Palewski y Soustelle.

El discurso no estuvo exento de importancia. De Gaulle hizo pública su idea de cómo debería ser la Constitución de la República francesa. En muchos sentidos, se trataba del anteproyecto de la Quinta República, la que acabó por establecer tras regresar al poder en 1958.

De Gaulle siguió siendo sospechoso a los ojos de muchos de sus potenciales seguidores, en particular de los que habían respaldado al mariscal Pétain, ya que había hecho pactos con el demonio comunista durante la guerra y había accedido a viajar a Moscú para firmar un trato con Stalin. Esta actitud se aplacó un año más tarde, cuando el general adoptó una postura abiertamente anticomunista. Desde ese momento, y a pesar de la antipatía que profesaba al establecimiento de dos bloques en derredor de sendas superpotencias, De Gaulle hizo cuanto estuvo en sus manos por obligar a la política francesa a entrar en el marco de la guerra fría.

20 El campo de batalla diplomático

Por segunda vez en treinta años, París se encontró albergando una versión moderna del Congreso de Viena. En primer lugar se celebró el encuentro de los ministros de Asuntos Exteriores de los Cuatro Grandes en mayo de 1946, y a éste siguió la conferencia de paz, en la que participaron dieciséis países y que prosiguió a trompicones desde agosto hasta mediados de octubre.

El Quai d'Orsay y las embajadas se hallaban inmersas en un constante ajetreo. Jacques Dumaine hubo de hacer incontables salidas a los aeropuertos de Le Bourget y Orly a fin de recibir a los visitantes ilustres. El jefe de protocolo resumió la competición diplomática del momento comparándola con una partida de póker: «No sabemos si Stalin está jugando con buenas cartas y fondos ilimitados, pero sí que sus oponentes estadounidenses les siguen el juego y que los británicos no pueden doblar la apuesta». Su esposa estaba a punto de dar a luz, por lo que no podía menos de preocuparse por lo que depararía la vida a su hijo en un futuro «lleno de malos augurios».[341]

El día 24 de abril, Dumaine se encontraba en Orly, donde debía recibir al secretario de estado James Byrnes y al resto de la delegación estadounidense, incluidos los senadores Tom Connally y Vandenberg. «Habían logrado, tras veinticuatro horas de avión, mantener el aspecto normal y alegre de costumbre, y llegaban bien afeitados, en tanto que sus esposas se mostraban más lozanas que nunca con sus orquídeas.»[342] Aquella tarde, Dumaine hubo de esperar en Le Bourget a Molotov, que llegó «limpio y restregado como un médico rural. Su expresión parece indecisa y relativamente amable, pero sus movimientos son desconfiados y amenazadores».

Ernest Bevin llegó a la mañana siguiente, y el primer encuentro de los Cuatro se celebró avanzada la tarde, en el palacio del Luxemburgo, que a la sazón estaba restaurado casi por completo.

La conferencia se inició con mucha más desenvoltura de la que había esperado la mayor parte del público, aunque apenas hizo falta una semana para que se atascase como de costumbre. Algunos asuntos resultaban muy interesantes, como el de determinar lo que debía hacerse con las antiguas colonias italianas, incluidas Libia y Cirenaica. Bevin quería que se les concediera la independencia total, pero los franceses se alarmaron ante las consecuencias que podía suponer este hecho con respecto a sus propias colonias norteafricanas. Entonces Molotov se desdijo del acuerdo al que había llegado en septiembre en relación con Italia, lo que hizo a Byrnes montar en cólera. Como quiera que se hallaban en la festividad del Primero de Mayo, Bevin, haciendo las veces de presidente, insistió en que se hiciera un descanso. «El próximo punto —anunció— es una breve vacación que se aprobará por unanimidad.»[343]

Aquel respiro no hizo gran cosa por aliviar el atolladero de diferencias al que habían llegado. «Al menos, se ha logrado llegar a un acuerdo en cierta materia —recordaba el embajador británico en tono acre al día siguiente—: el futuro de las islas Pelagosa y Pianosa, que contienen un faro y cero habitantes.»[344] El mal humor de Duff Cooper se debía sobre todo a la precipitada partida de su nuevo amor, Gloria Rubio, que acababa de tomar un avión hacia Nueva York casi sin avisar. Por otra parte, mantenerse despierto tras los copiosos almuerzos oficiales era una labor rayana en lo imposible. Al ver que Cooper se había quedado dormido durante una de las sesiones, Bevin observó: «Díganle a Duff que prometo llamarlo si sucede algo —tras lo que añadió en voz lo bastante alta para que lo oyesen los que se sentaban a su alrededor—: Es el hombre más sensato de la sala: todo esto es una pérdida de tiempo».[345]

La ronda de banquetes oficiales acabó tan entumecida como las reuniones, pese a que, al igual que la conferencia, había comenzado bien. Félix Gouin dio una comida en honor de las tres delegaciones que resultó tener gran éxito. «Thorez sonreía de oreja a oreja, dejando ver los hoyuelos de sus mejillas —señala Dumaine—, mientras tomaba a Molotov del brazo y le daba golpecitos en el hombro con un humor excelente, pese a que tanta familiaridad habría resultado impensable tres años antes en Moscú.»[346] Duff Cooper, sentado al lado de Thorez, apuntó más tarde que no pudo evitar sentir simpatía por él.

La Embajada Británica agasajó con un almuerzo a los dos senadores pelicanos: el tejano Tom Connally, que vestía corbatín, y el poderosísimo Arthur Vandenberg. James Byrnes celebró un cóctel en la Embajada Estadounidense, y todos coincidieron en que los emparedados eran excelentes. Sin embargo, Ernest Bevín cometió el error de ofrecer un bufé en el hotel George V, práctica que los franceses aborrecían.

«Ernie sabe ser basto de un modo que roza la agresividad —escribió Diana Cooper a un amigo—: más que tres Budas sin acabar de tallar. En él (siempre con el cigarrillo pendiente del labio caído) no hay un solo vestigio de buena educación. Ríe con gran estrépito, y resulta por demás ingenuo y desinhibido.»[347] Durante un almuerzo celebrado en la Embajada Británica en honor de Bevin, Jacques Dumaine lo observó con cierta estupefacción. «El whisky mejoró su humor y lo animó a contar interminables anécdotas acerca de borrachos y clérigos. Se relajó hasta tal extremo que no dudó en entonar alguna que otra canción antigua acompañado al piano por Ashley Clarke [ministro de la Embajada], en tanto que la señora Bevin cloqueaba y repetía: "Cántanos otra, Ernest". Lady Diana observaba la escena con una sonrisa cariñosa. El salón de Paulina Borghese se impregnó de la atmósfera cómica de cordialidad acogedora que uno espera encontrar alrededor de una tetera o un fuego de carbón.»[348]

La verdadera pesadilla de este tipo de conferencias la constituían los colosales ágapes, como el que se ofreció a los delegados en la Sorbona. La disposición de los asientos parecía estar concebida para garantizar que

muchos de los invitados estuviesen rodeados de comensales con los que no compartían ninguna lengua. La señora Bidault hubo de conversar con Molotov con la ayuda de un intérprete que se sentó entre ambos. «A mi izquierda —escribió Duff Cooper— se encontraba madame Duhamel, con quien siempre resulta agradable conversar. Ella, a su vez, tenía sentado a su izquierda a Guroff, embajador ruso en Londres, que tiene rudimentos de inglés, pero no habla francés, por lo que no pudieron intercambiar una sola palabra... La señora Bevin, sentada frente a mí, se hallaba entre el doctor Roussy, rector de la Sorbona, y Thorez, y ni uno ni otro eran capaces de articular palabra alguna que ella pudiese entender.»[349]

Asimismo, se daban celebraciones semioficiales, a semejanza de las oficiales y debidas en parte al elevado número de propietarios y editores de periódicos que acudían a la llamada de París. Algunos gozaban de una enorme influencia, aunque a menudo no sabían cómo emplearla del modo correcto. Henry Luce, fundador de la revista *Time*, era un hombre tímido, intranquilo y sentimental. «Luce es un pollo raro —escribió David Bruce en otra ocasión—. Da la impresión de que se está empapando de todo lo que uno dice sin que su mente llegue a mojarse. Su juventud misionera y sus colosales influencia y opulencia posteriores han complicado, junto con otros factores, su personalidad. La ambición y el fanatismo parecen conducirlo a juicios extremos.»[350] En la Embajada Británica conoció a Louise de Vilmorin y quedó al punto «locamente enamorado de ella».[351]Duff Cooper se divirtió mucho, aunque le inspiraba más simpatía Henry Luce que su esposa, Clare. Caffery fue a llevarla a la Embajada Británica después de comer cierto día del primer invierno que siguió a la liberación. «Está tan guapa como siempre —escribió a la sazón—, e igual de pagada de sí misma... e igual de tonta.»[352] Dedicó mucho más tiempo a la señora Ogden Reid, esposa del propietario del *New York Herald Tribune* y quien dominaba en realidad el diario. «La señora O.R. es una mujer muy sensata y equilibrada. Es lo mejor que puede ofrecer Estados Unidos en este momento, lo que no es poco. Su marido no es más que un asno borracho, a juzgar por sus rebuznos.»[353]

Las idas y venidas no se redujeron siquiera durante la suspensión de la conferencia. El almirante lord Louis Mountbatten llegó a París para recibir la Grande Croix de la Legión d'Honneur. Diana Cooper describió así a sus invitados de la Embajada: «Dicky [Mountbatten], hombre fornido, aún apuesto, pero exento de encanto; Edwina, marchita como la momia de Rameses, con grandes ojos azules en forma de escarabajos y apenas un mechón de verdad asomando bajo su sombrero de Saint John».[354] El general Juin le entregó el galardón en Les Invalides, y aquella noche se celebró un generoso ágape en la Embajada. En él, «Edwina estaba igual que Gandhi con sari». Después cantó Suzy Solidor. Al día siguiente, Mountbatten pronunció un discurso en francés en el Ayuntamiento. «Esto impresionó a la concurrencia sobremodo —escribió Duff Cooper—. El que un inglés sea capaz de hablar francés ya resulta de por sí sorprendente, pero que lo haga un

almirante con tanta perfección es, cuando menos, pasmoso.»[355]

En la mesa de negociaciones, cada uno de los bandos suscitaba en el otro sospechas que apenas tardaban en confirmarse. Cada vez que los estadounidenses plantaban cara a Stalin en lo referente a alguna brecha en el acuerdo de Yalta, éste temía que cifrasen la seguridad en sí mismos en un plan secreto para usar la bomba atómica, haciendo caso omiso de la desmovilización masiva de sus efectivos que estaban llevando a cabo en todo el mundo.

Por su parte, los estadounidenses subestimaban el carácter paranoico de Stalin y, en consecuencia, interpretaban mal su obsesión por establecer un cordón protector alrededor de la Unión Soviética. Daban por hecho que todos los movimientos que efectuaba a fin de dominar los países de la Europa central y los Balcanes ocupados por el Ejército Rojo se debían tan sólo a un afán de imperialismo ideológico. Cuando se negó a retirar el 1 de marzo sus tropas del norte de Irán, que tenían a tiro los yacimientos petrolíferos, lo hizo como táctica defensiva, lo que hay que entender en el contexto de su mentalidad paranoica.

Cinco días después de la fecha límite del 1 de marzo, Churchill pronunció en Fulton, Misuri, el discurso en el que se habló por primera vez del «telón de acero». La reacción de la prensa y el público estadounidenses, empero, no fue favorable a la sazón. Truman se negó a que lo arrastrasen al debate que siguió, a pesar de que él y los funcionarios superiores del gobierno de su país habían empezado ya a pensar en términos similares, influidos en buena medida por George Kennan, «kremlinólogo» de la Embajada en Moscú. Éste les había hecho llegar un extenso telegrama en el que analizaba la amenaza soviética y que se convirtió en el preludio de la política de contención que elaboraría al año siguiente.

En París, el embajador turco, observador astuto, indicó que el negarse a evacuar Persia según lo pactado «ha sido un error irreparable [por parte de los rusos], por cuanto ha propiciado el que los estadounidenses desarrollen una nueva política exterior».[356] Tal vez aún no la habían desarrollado, pero no cabe duda de que se habían propuesto hacerlo. Esto desembocaría en la denominada «Doctrina Truman» durante la primavera de 1947, cuando Estados Unidos asumió la responsabilidad de la defensa de Grecia y Turquía al derrumbarse el dominio británico sobre la región.

Existen razones mucho más poderosas para localizar el origen de la guerra fría en Alemania, que, a despecho de su condición de país en ruinas y ocupado, seguía siendo el centro de las pesadillas de Stalin. George Kennan reconoció que los temores de Rusia eran comprensibles, habida cuenta de las invasiones que había deparado la historia al país a manos de mongoles, polacos, suecos y franceses, sin olvidar las dos oleadas de ocupación alemana que había sufrido durante los treinta años anteriores.

Duff Cooper, quien compartía el miedo que profesaban los franceses a Alemania (similar por fuerza al que albergaba la Unión Soviética), no pudo

menos de alarmarse al saber, a finales de mayo, que los jefes de estado mayor británicos pretendían lograr «una Alemania poderosa capaz de enfrentarse a Rusia».[357]Dos años antes, estando aún en Argel, había presentado un plan para la creación de un bloque europeo formado por Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Había defendido la idea con uñas y dientes, pero Anthony Edén, aterrorizado ante la perspectiva de disgustar a Stalin, se había opuesto. Cooper alegó que al final de la guerra, lo que preocuparía a los rusos no sería un bloque occidental europeo, sino un bloque occidental dominado por los estadounidenses y ligado a una Alemania reconstruida.

Los franceses habían comenzado, no exentos de razón, a abrigar sospechas de que los jefes de las fuerzas armadas estadounidenses y británicas aspiraban a fortalecer a Alemania. El resquemor se hizo aún mayor en junio de 1946, a raíz de una serie de artículos escritos por Walter Lippman y un discurso de Ernest Bevin. Los franceses se hallaban muy intranquilos por lo que estaba sucediendo en Alemania. No hacía mucho que los Renseignements Généraux habían informado de «une certaine nervosité» entre los anglosajones y los rusos en Berlín.[358]

La Unión Soviética observaba aún más de cerca lo que ocurría en las tres zonas occidentales de Alemania. A este respecto se concedió una responsabilidad especial al departamento de Ponomarev. De un documento que éste envió a Molotov y Malenkov sobre el particular se desprende una cuestión que resulta sorprendente: el Partido Comunista francés sólo interesaba por aquel entonces por la influencia que podía ejercer sobre los acontecimientos de Alemania. El Kremlin se quejaba de que, pese a tener ocho miembros con cargos en el gobierno, el partido no hubiese «dado ningún paso para cambiar la política de las autoridades francesas de ocupación» que «protegen a elementos fascistas y reaccionarios».[359] A todas luces, el máximo organismo soviético no había parado mientes en el hecho de que los comunistas galos apenas tuviesen potestad alguna sobre el Ejército francés.

La conferencia de ministros de Asuntos Exteriores se reanudó a mediados de junio. James Byrnes se hallaba alojado en el Meurice, y Ernest Bevin, en el George V. El pánico se enseñoreó de la reunión debido a los informes que llegaron de Washington y que aseguraban que el Ejército Rojo iba a tomar Trieste para avanzar después hacia el oeste a través de la Italia septentrional en dirección al mediodía francés. Aun el mismo Bevin se inclinó a creer el rumor, dado el extraño humor que había mostrado Molotov aquel día. Este estado de nerviosismo coincidió con el discurso que pronunció De Gaulle en Bayeux.

A pesar del carácter dramático de este inicio, las perpetuas evasivas de Molotov hicieron interminables las reuniones, hasta que Bevin y Byrnes pusieron en práctica una táctica de guillotina con la intención de poner fin a los circunloquios. La idea consistía en que Byrnes hiciera de presidente e insistiera en la resolución inmediata de cada una de las cuestiones pendientes o, en su defecto, en su aplazamiento hasta la conferencia de paz. Pese al

escepticismo de muchos, el plan trazado por Byrnes y Bevin para acelerar el proceso funcionó, de manera que pudieron enviarse invitaciones a las dieciséis naciones que iban a reunirse en la conferencia definitiva en agosto.

Durante aquel verano diplomático, el centro de París había comenzado a perder el aspecto que le habían conferido las privaciones de la guerra. Los *vélotaxis*, accionados por bicicletas, se habían convertido en un vehículo del pasado ante los cinco mil taxis de cuatro ruedas con que contaba entonces la capital francesa. Además, si antes podían usarlos tan sólo quienes poseyeran un pase del gobierno o un certificado médico, en aquel momento estaban disponibles para todo aquel que pudiera permitirse pagar las elevadas tarifas del gremio. En los jardines de las Tullerías, los niños se divertían montando en burro o en carretas tiradas por cabras con arreos de cascabeles. Asimismo, habían vuelto a aparecer los cochecitos de niño, después del trote que habían recibido durante la ocupación, cuando se empleaban para transportar todo tipo de artículos, desde troncos y carbón hasta nabos.

Aquélla fue la temporada en que triunfó el musical *Auprés de ma blonde*, con Yvonne Printemps y su marido, Pierre Fresnay. Se trataba de una sofisticada comedia familiar de costumbres (con lujosos vestidos de Lanvin) que retrocedía en el tiempo desde los años treinta hasta la *belle époque* de la última década del siglo XIX.

A medida que se acercaba el mes de agosto se iba vaciando el centro de la ciudad a causa de la salida de los setecientos cincuenta mil parisinos que pasaban fuera las vacaciones de verano, lo que no era sino otro indicio del paulatino regreso a la normalidad. La afluencia de extranjeros, por otra parte, no se debía por entero a la conferencia: en abril se había restablecido el servicio del tren Golden Arrow, que conectaba la Victoria Station londinense con la Gare du Nord, y se había abierto una terminal aérea en Les Invalides que anunciaba una nueva era en el ámbito de los viajes.

La gran asamblea de diplomáticos y periodistas de todo el mundo no sólo proporcionaban ingresos a hoteles, restaurantes y locales nocturnos: Nancy Mitford refirió en una carta a una de sus hermanas: «Me han dicho que los *maquereaux* («chulos») abordan a quienes participan en la conferencia de paz nada más salir del Luxemburgo para ofrecerles *¡Amour Atomique*. ¿No son un encanto?».[360]

Entonces se retomaron los actos sociales entre los diplomáticos. El 9 de agosto, Bogomolov organizó una fiesta para Molotov con «más diferenciación entre clases que nunca». Se hizo pasar a los treinta invitados distinguidos a «una sala semejante a un callejón sin salida, sin comunicación alguna con el resto de habitaciones». Molotov, los estadounidenses y los británicos contaban «chistes relativos al vodka», como si fueran miembros de «un exclusivo club de caballeros», hasta que Vyshinsky estropeó el cuadro al emborracharse hasta lo indecible.[361]

Al día siguiente, Cy Sulzberger ofreció un almuerzo en honor del senador

Tom Conally en una sala privada de LaRue. Al pedir a la señora Conally que le sugiriera ideas acerca de los posibles menús, pudo comprobar que, al parecer, tan sólo había uno: vermú seco con ginebra, filetes y patatas fritas. Sulzberger invitó asimismo a Raymond Offroy, del Quai d'Orsay. «El viejo "Chom" se animó un poco con los cócteles —escribió más tarde el anfitrión—. Sin embargo, seguía algo malhumorado, aunque tenía un aspecto impresionante con su corbatín negro y su blanca melena.» Cuando vio llegar «un filete de verdad... se tornó mucho más efusivo. Tras dar algunos bocados a las viandas, se volvió hacia mí con aire solemne y me preguntó:

»—Cy, ¿dónde está Westfalia?

»—¡En Alemania, senador!

»—Allí firmaron un tratado, ¿no es verdad?

»Offroy lo observaba, fascinado, a la espera de alguna muestra de prudencia y sabiduría estadounidenses.

»—Sí, señor: el Tratado de Westfalia. Puso fin a la guerra de los Treinta Años en 1648.

»—¡Aja! —dijo Chom—. Ahí fue donde le dieron para el pelo a Napoleón.

»Offroy tragó saliva.»[362]

El otro gran senador, Arthur Vandenberg, logró causar una impresión similar en otro funcionario superior del Quai d'Orsay. «El senador Vandenberg, sentado a mi lado —escribió Jacques Dumaine tras un almuerzo ofrecido por el Conseil Municipal de París—, repetía sin poder apartar la mirada del radiante rostro de Maurice Thorez: "No entiendo cómo puede ser comunista un hombre de aspecto tan saludable".»[363]

La brillante imitación que hacía Hervé Alphand de Byrnes, Bevin y Molotov hacía que banquetes como los de la duquesa de Windsor se convirtieran en una sucesión de carcajadas. Ésta demostró ser una habilidad de doble filo. Duff Cooper, amigo de Alphand, escribió en su diario: «Resulta curioso el modo en que Alphand despierta antipatía y desconfianza entre los ingleses. Creo que se debe al hecho de que, no obstante su condición de funcionario de sorprendentes cualidades y de *inspecteur de finances*, tenga traza de actor y se comporte como tal. Es imposible convencer a ningún funcionario inglés de tomar en serio a Noel Coward.»[364]

La conferencia de paz contó con un número sorprendente de adeptos a despecho de su naturaleza tediosa. Haciendo caso omiso del «tiempo propio de un baño turco», Momo Marriott, una de las hijas de Otto Kahn, asistía a diario a las sesiones como si se tratara de un fascinante proceso por asesinato. De cualquier manera, se hacía difícil pensar en un juicio que durase tanto. Los cinco tratados de paz con Italia, Rumania, Hungría, Bulgaria y Finlandia no se firmaron hasta el 10 de febrero de 1947. El acto duró todo un día, de tal manera que Duff Cooper pudo leer *Una pistola en venta*, de Graham Greene, durante los intervalos. La ceremonia final tuvo lugar en el salón de l'Horloge del Quai d'Orsay, sobre la mesa en la que había yacido herido Robespierre antes de ser guillotinado.

Pese a que aquel verano todo parecía indicar un regreso a la normalidad, en otoño de 1946 volvió a extenderse una sensación general de inquietud. Así y todo, la obsesión por el espionaje y el temor del comunismo dieron pie a algunos momentos de comicidad. Los Windsor, según escribió Nancy Mitford a Evelyn Waugh, iban contando a todo el mundo que Francia se hallaba «al borde de una revolución comunista, por lo que harían bien en poner sus joyas en un lugar seguro».[365] También en octubre corrió la voz de que Bogomolov, el embajador soviético, no sólo mostraba una gran admiración por la princesa Ghislaine de Polignac, sino que estaba manteniendo una aventura con ella. El rumor divirtió mucho a la aludida, sobre todo cuando fue a visitarla Eric Duncannon para pedirle que espiase a Bogomolov de parte del Servicio de Inteligencia británico.[366]

El nombramiento del general Petit, simpatizante del comunismo, en cuanto vicegobernador militar de París hizo saltar la alarma en los círculos más susceptibles. El general Revers, fuente no del todo fiable a juzgar por su condición de anticomunista a ultranza, aseguraba que era Thorez quien lo había organizado.

Los ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores londinenses se opusieron constantemente a llevar a cabo negociaciones en lo tocante al personal durante todo este período, para exasperación de Duff Cooper. Las sospechas relativas a la incapacidad de mantener una seguridad efectiva de que daban muestras los franceses se remontaban a la desastrosa expedición a Dakar de 1940 y se habían agravado sobremanera a consecuencia de los temores exagerados de la infiltración de agentes comunistas entre los oficiales de las FFI.

En otoño de 1946, el Ministerio de Asuntos Exteriores británico pretendía instalar transmisores inalámbricos ocultos en los diversos consulados de Francia «por si surgían complicaciones», como un golpe de estado o una invasión a manos del Ejército Rojo. El embajador se opuso en redondo a tal sugerencia, presentada por William Hayter, a la sazón presidente del comité conjunto de inteligencia, llevado del convencimiento de que una medida así sólo conseguiría irritar a los franceses.

La incipiente guerra fría había empezado también a afectar a la vida literaria. Arthur Koestler, que vivía en Gales por aquel entonces, llegó a París el 1 de octubre de 1946 para asistir a los ensayos de su *Twilight Bar*, dirigido como *Bar du Soleil* por Jean Vilar en el Théâtre de Clichy.

Un día, muy poco después de su llegada, fue a visitar el hotel Pont-Royal y se dirigió a la cafetería de la planta baja para presentarse a Sartre. «Bonjour, je suis Koestler.» *La famille Sartre* lo acogió en cuanto persona llena de vida e interesada en todo (en especial cayó en gracia al propio Sartre), aunque su engreimiento competitivo —aún mayor a raíz del clamoroso éxito de *Oscuridad a mediodía*, del que se habían vendido casi doscientos cincuenta mil ejemplares en Francia— resultaba fastidioso a sus componentes.[367] Simone de Beauvoir no tardó en encontrar otra razón para sentirse irritada con

él cuando, tras una de las muchas noches en las que se excedía con la bebida, se despertó en el lecho de Koestler.

Ella y Sartre compartieron algún tiempo después otra noche impredecible con Koestler. El 31 de octubre, él y Mamaine Paget, su hermosa compañera, con quien contraería matrimonio poco más tarde, los llevó a cenar a un *bistro* árabe junto con Albert y Francine Camus. Sartre había de dar una conferencia en la UNESCO al día siguiente, por lo que confiaba en poder acostarse temprano. Sin embargo, tras la cena fueron a «un pequeño *dancing* con luces de neón azules y rosa y hombres con sombrero que sacaban a bailar a muchachas de falda minúscula». Mamaine describió «el atractivo espectáculo» que ofrecía Koestler «llevando casi a rastras a Castor (que, a mi entender, no ha bailado mucho en toda su vida) de un lado a otro de la sala», en tanto que Sartre, quien adolecía de una falta de experiencia similar, «arrastraba a la señora Camus».

Koestler los instó a visitar el Schéhérazade, local nocturno bielorruso que había gozado de una gran aceptación entre los oficiales alemanes durante la ocupación. La mezcla de música cíngara, una oscuridad casi total, vodka, champán y *zakuski* hacía que los parroquianos olvidasen los compromisos contraídos para el día siguiente.

Todo parece indicar que Koestler consideró que el Schéhérazade era un buen lugar para sumergirse en una diatriba antisoviética, y cuanto más discutían, más bebían él y sus acompañantes. No hubo de pasar mucho tiempo para que tan sólo quedasen relativamente sobrios Camus y Mamaine Paget; los demás, y en especial Sartre, estaban como cubas. A las cuatro de la mañana, Koestler los persuadió a que fueran a un *bistro* de Les Halles, en el que tomaron *soupe a l'oignon*, ostras y vino blanco. Sartre bebió más aún y se dedicó a verter sal y pimienta sobre una serie de servilletas de papel que después «doblaba varias veces antes de echarse al bolsillo».

A las ocho de la mañana, cegados por la luz del sol, Simone de Beauvoir y Sartre se hallaban en un estado lamentable, llorando lágrimas diluidas en vodka sobre uno de los puentes del Sena y preguntándose en voz alta si debían arrojarse a sus aguas. Con todo, y tras sólo dos horas de sueño, Sartre logró escribir y dar su conferencia.

Koestler se sentía amenazado a la sazón. Se había convertido en una de las figuras más odiadas por los estalinistas, y al igual que todos los miembros del partido renegados, era víctima de una campaña difamatoria más intensa aún que la que podía sufrir un fascista comprometido. Regresó a Gales muy poco después de la noche del Schéhérazade, y no hubo de pasar mucho antes de que *Les Temps Modernes* publicara la invectiva que contra él escribió Maurice Merleau-Ponty con el título de «Le Yogi et le Prolétaire». En ella, el autor, profesor de filosofía en la Ecole Nórmale Supérieure, se propuso justificar los juicios organizados en Moscú en 1936 con fines propagandísticos alegando que la Unión Soviética, aislada y amenazada como estaba, tan sólo podía salvar su revolución a costa de una firmeza monolítica; «desde un punto de

vista objetivo», en el sentido marxista-leninista del término, la oposición era un modo de traición. «Subordinaba la moral a la historia de un modo mucho más resuelto que cualquier otro existencialista —escribió Simone de Beauvoir en un pasaje muy revelador—. Nosotros dimos con él ese salto (sin que aún hayamos cambiado de parecer), conscientes de que la moralización era la última defensa del idealismo burgués.»[368]

Camus no pudo menos de indignarse por el artículo y por el hecho de que el comité editorial hubiese decidido publicarlo. Esto dio pie a una riña durante una fiesta ofrecida por Boris Vian, escritor y músico de jazz, y su esposa Michelle. Camus se presentó tarde, hacia las once de la noche, recién llegado del sur de Francia. De inmediato se enzarzó en una invectiva a Merleau-Ponty por su artículo y lo acusó de justificar los juicios propagandísticos de Moscú. El atacado se defendió, ayudado por el respaldo de Sartre. Entonces, Camus se fue horrorizado dando un portazo. Sartre echó a correr tras de él y lo alcanzó ya en la calle. Allí intentó persuadirlo a que regresara a la fiesta, pero Camus se negó.

A partir de este altercado comenzó a agriarse la relación entre ambos escritores, una situación que culminó pocos años después, en el célebre intercambio de correspondencia publicado en *Les Temps Modernes*. La amistad de Camus con Simone de Beauvoir, por otra parte, nunca había sido excesivamente afectuosa. Ella llevaba sospechando de la ambivalencia política de él desde la crisis ministerial de noviembre de 1945, cuando Camus había defendido la postura de De Gaulle. Al igual que el Koestler de aquellos tiempos, Camus no era gaullista, aunque a los ojos de De Beauvoir había puesto de relieve sus convicciones anticomunistas.

Sartre y Castor comenzaron también a separarse de Raymond Aron en otoño de 1946. La obra de teatro que había escrito el primero acerca de la Resistencia, *Muertos sin sepultura*, se estrenó por las mismas fechas en que Jean-Louis Barrault montaba Leí *Nuits de la Colére*, drama de Salacrou sobre el mismo tema (de la que se dice que Sartre comentó que su autor conocía a sus *collabos* mejor que a sus *résistants*). La noche del estreno de *Muertos sin sepultura*, las escenas de tortura resultaron —a pesar de que se representaban fuera del escenario— demasiado duras para la esposa de Aron, que se mostró indispuesta. El la llevó a casa, pero Simone de Beauvoir se negó —con más firmeza aún que Sartre— a aceptar que la enfermedad de ella constituyese una excusa válida para abandonar la sala.

Al margen de cuál fuera la postura de Simone de Beauvoir en estos casos, no debe olvidarse que Sartre era aún objeto de la desconfianza, y aun de la enemistad, de los comunistas. Así, por ejemplo, cuando coincidió con él durante un almuerzo literario, Uya Ehrenburg lo criticó con dureza por haber representado a los militantes de la Resistencia como «cobardes e intrigantes», a lo que Sartre repuso diciendo que no le cabía duda de que no había leído la obra en su totalidad. Sus creaciones anteriores también habían sido objeto de críticas por razones similares. En *La puta respetuosa*, verbigracia, no había

presentado a la víctima negra como «un luchador de verdad».[369] Por otro lado, su siguiente obra de gran envergadura, *Las manos sucias*, acabó por convertirlo en blanco de todos los insultos del (hay que decir que más bien limitado) diccionario de vilipendios estalinistas.

Durante los años siguientes, con el estallido de la guerra fría, Sartre comenzó a modificar su postura en lo referente a la política y las manifestaciones artísticas. «Los comunistas están en lo cierto —escribió más tarde, haciendo uso de una fórmula de compromiso que resulta sorprendentemente breve desde el punto de vista del rigor filosófico—. Yo no estaba equivocado: para quienes están aplastados y agotados, la esperanza siempre es necesaria. Ya han tenido demasiadas ocasiones de desesperarse. Sin embargo, uno también debe esforzarse por trabajar sin ilusiones.»[370]

21 Historia de dos ciudades

La visión que tenían los comunistas de París no era tan sólo la de una ciudad de marcados contrastes, sino la de dos ciudades diferentes yuxtapuestas. «Está el París de los bancos, los consejos directivos, los ministerios, el cine estadounidense, los insolentes soldados del Ejército de Estados Unidos, los coches yanquis de la Embajada a la que se ha anexionado el gobierno; es el París del lujo nauseabundo, de las casas señoriales de ciudad habitadas por ancianas viudas ricas que se pierden en sus dédalos de habitaciones.» Por otra parte, había «el otro París... a un tiempo mucho más antiguo y mucho más joven», el París obrero de «Belleville, La Chapelle, la rué Mouffetard, Charonne, Ménilmontant...».[371]

Retórica política aparte, la cruda visión de un París dividido en *beaux quartiers y quartiers pauvres* procedía en gran medida de la drástica reforma de la ciudad llevada a cabo por el barón Haussmann durante el Segundo Imperio. Los populosos barrios bajos del centro fueron entonces arrasados después de que se desahuciase a la fuerza a sus habitantes, y los estratégicos bulevares que había concebido y que constituían un inmejorable campo de tiro frente al populacho revolucionario dieron pie a un auge dorado de especulación inmobiliaria sin restricciones. La máxima de Haussmann según la cual «la arquitectura no es más que administración» convirtió la planificación urbana en algo semejante a una campaña militar acometida en nombre de una burguesía que triunfaba de un modo avasallador. No cabe duda de que, tal como expuso en 1946 el sociólogo J.F. Gravier, la limpieza de los estratos sociales más bajos del centro de París efectuada por Haussmann «fortaleció sobremanera la conciencia de clase».[372]

Este cambio en lo concerniente a la población dio lugar a nuevos barrios desfavorecidos en las zonas septentrional, oriental y meridional del perímetro de la capital francesa, bautizadas en los años treinta como *ceinture rouge*, aun cuando nunca llegó a rodear por completo la ciudad. Los pobres desarraigados y las sucesivas oleadas de inmigrantes que llegaban a la capital se vieron obligados a vivir en casas de vecinos construidas con pocos recursos que no tardaron en empezar a desmoronarse. Cuando terminó la guerra, más de un sexto de todos los edificios parisinos se hallaban en un serio estado de decrepitud, proporción que se elevaba a mucho más de un cuarto en los distritos obreros. El problema fundamental era que los alquileres estaban sometidos a un control tan excesivo y eran tan bajos (en 1945 suponían tan sólo un cuatro por 100 del presupuesto familiar, frente al casi 19 por 100 de 1908) que los propietarios no gastaban nunca en reparaciones y mucho menos en mejoras de sus inmuebles. Cerca de una cuarta parte de las casas y apartamentos dependían de un grifo situado en el patio o en el rellano de las

escaleras, y apenas la mitad contaba con un lavabo en el interior. La falta de higiene se extendía al acto de cocinar, que se hacía peligroso dadas las condiciones de hacinamiento en que vivían los inquilinos. El prefecto del Sena hablaba en un informe remitido al Consejo Municipal de «barrios bajos que arruinan la salud y la moral de los trabajadores de nuestra ciudad».[373]

Unas cuatrocientas cincuenta mil personas —lo que suponía aproximadamente una décima parte de la población de París y sus alrededores— podían englobarse bajo el eufemismo burocrático de *les plus défavorisés*. Lo peor de todo eran *les ilots insalubres*, las barriadas de callejuelas estrechas a las que no llegaba el sol, formadas de apartamentos miserables, en las que vivía un total de 186.594 personas repartidas en 4.290 edificios a razón, muy a menudo, de cuatro o cinco por habitación. De éstos, hasta un 30 por 100 sucumbía de tuberculosis, una proporción tan escalofriante como la de 1918. En cierto barrio, la tasa de defunciones se elevaba al 43 por 100. No obstante, el prefecto parecía más preocupado con la vertiente moral del hecho de que padres e hijos compartiesen un mismo lecho: «Nos enfrentamos a una enorme crisis de implicaciones sociales desastrosas... La vida de familia se da en un ambiente de desintegración en el que el grado de promiscuidad resulta terrible».

Las oleadas migratorias anteriores a la guerra inundaron la ciudad de Saint-Denis, tan hermosa como antigua, situada junto al límite septentrional de París. «Se hace difícil —escribió Gravier— perdonar a los arquitectos, los promotores y las compañías inmobiliarias que construyeron las viviendas de renta barata en Saint-Denis y transformaron así una ciudad henchida de vida e historia en un sórdido campo de refugiados para inmigrantes.»[374]

Una porción nada despreciable de los que emigraron a París procedían de Bretaña y Auvernia. A pesar de ser católicos devotos, tenían, una vez llegados a la ciudad, muchos menos hijos que la media de las comunidades de las que procedían. En un país obsesionado con incrementar su tasa de natalidad tras la carnicería de la primera guerra mundial, París estaba considerado como un vampiro que despoblaba las zonas rurales al atraer a sus jóvenes y reducir de golpe su fertilidad. Cierto escritor argumentaba que el descenso de nacimientos que había provocado la migración interna en dirección a la capital entre 1921 y 1936 venía a ser equivalente al total de las víctimas sufridas por Francia durante la segunda guerra mundial. Las principales causas de este abrupto cambio demográfico eran de una simplicidad brutal: las restricciones que imponían los diminutos apartamentos de las casas de vecinos y el coste de los alimentos. Eran demasiadas las esposas jóvenes que habían de recurrir a medicastros de callejón para que les provocasen un aborto.

Al este de París se extendían los distritos de Belleville y Ménilmontant, entre el Pare des Buttes Chaumont, la Porte des Lilas y el cementerio de Pére-Lachaise, de triste memoria a causa de la masacre de los comuneros, sucedida en 1871. Las callejuelas, los caminos escarpados de adoquines y las casas de

postigos grises y enlucido ceniciento y descascarillado daban testimonio de una historia muy diferente de la de un centro urbano tan grandioso como amplio.

Tras la gruesa capa de nieve derretida que había dejado el invierno, el único color que aportaba la primavera provenía de un puñado de lilas atrofiadas y contaminadas o de optimistas retoños nacidos de plátanos desmochados de un modo despiadado. La fachada románica manchada de hollín de Nôtre-Dame-de-la-Croix, que se erigía en la plaza de Ménilmontant, parecía más propia de una ciudad industrial del norte que de París. Apenas había edificios que coincidiesen en altura, lo que daba lugar a un perfil de tejados que nada tenía que ver con la disciplina que Haussmann había impuesto en el centro de la capital. Tampoco había muchos comercios: tiendas de ultramarinos mal abastecidas que se anunciaban con el optimista rótulo de *Alimentation Genérale*, establecimientos lóbregos y minúsculos dirigidos por inmigrantes de Auvernia que vendían vino, leña y carbón, y cafés vacíos con tan sólo un mostrador de zinc que frecuentaban aquellos que, vestidos con un mono azul y gorra de tela, necesitaban un *petit vin blanc* para comenzar el día. Las amas de casa seguían haciendo la mayor parte de la compra en los mercados callejeros, como el de la calle de Ménilmontant.

Además de las talabarterías judías y los talleres de zapateros y sastres de Belleville, la zona estaba llena de artesanos de todo tipo: relojeros, tallistas, canasteros, ebanistas, marmolistas para las lápidas de Pére-Lachaise, etc., que trabajaban en locales diminutos y de iluminación pobre, que en la mayoría de los casos no pasaban de ser un cuchitril con un banco de trabajo, casilleros y una simple bombilla colgada de un cable.

De las alcubillas que daban al cementerio de Belleville hasta los campos empantanados y los talleres ferroviarios de La Chapelle, pasando por los mataderos de La Villette, el este y el norte de París eran zonas en la que la clase trabajadora daba muestras de una gran solidaridad, por fragmentada que pudiese estar su población.

En el 18.° *arrondissement*, que incluía los talleres centrales de los ferrocarriles franceses, los jóvenes comunistas adoraban como a héroes a sus hermanos mayores que habían tomado parte en la Resistencia. (El centro de actividades de estos últimos había sido el club de baloncesto.)

Los domingos por la mañana, los varones de la familia Gager se ponían sus mejores ropas y salían a vender periódicos del Partido Comunista. Hersz Gager, el padre, vendía *L'Humanité*, y su hijo mayor, Georges, *L'Avant-Garde*. Cada uno tenía su propio puesto en la rué de l'Olive, al lado del mercado.

Las actividades de las juventudes comunistas se tomaban tan en serio como las que realizaban en la iglesia los jóvenes católicos. Se organizaban excursiones para ver obras de teatro cuyo contenido político hubiese sido aprobado por el partido, participar en el programa cultural de l'Association France-URSS —que por lo general consistía en la proyección de películas

acerca del heroísmo del Ejército Rojo— o acampar en un ambiente de puritanismo entre chicos y chicas. La única oportunidad de esparcimiento real tenía lugar cuando los jóvenes comunistas del 18.° *arrondissement* organizaban los bailes conocidos como *la Goguette*, cuyo nombre provenía de las fiestas organizadas las noches de los sábados a orillas del Marne antes de la primera guerra mundial. Allí bailaban *le swing* y disfrutaban con *le bebop*. El Partido Comunista decidió no aplicar de un modo demasiado estricto su política contra el jazz, dada la necesidad que tenía de atraer a los jóvenes.

La reunión semanal de la célula a la que pertenecía el cabeza de familia de los Gager se celebraba en la calle Jean Robert y comenzaba después de cenar. Antes de ponerse en camino, Hersz se afeitaba con gran cuidado. (Las células se reunían también en las fábricas, después de la jornada laboral; sin embargo, la mayor parte de los obreros prefería evitar unirse a una célula ligada a su trabajo, ya que el que era descubierto por el patrono no tardaba en ser despedido.)

El año comunista contaba también con sus días festivos y sus días de observancia política. El más feliz de todos, según cabe suponer, era *la féte des remises de caries*, algo semejante a un antiguo rito primaveral. Se trataba de un acontecimiento familiar, en el que no faltaban los pasteles y el vino ni las canciones y el baile al compás de un acordeón. El secretario de la célula pronunciaba un discurso y otorgaba los carnés del partido con comentarios jocosos como: «¡A ver si este año te las arreglas para vender algunos ejemplares más de *L'Huma!*»[375] Entre otras fiestas destacadas cabe señalar el Primero de Mayo, la peregrinación masiva al Mur des Federes de Pére-Lachaise, donde fusilaron a los comuneros, y la Féte de l'Humanité. Aun las marchas de protesta se convertían en un acontecimiento social, por serios que fuesen sus propósitos.

En el extremo de París opuesto al de los talleres artesanales de Belleville se extendía el complejo Renault de Boulogne-Billancourt, no por vasto menos disciplinado. Las sirenas regulaban el día. Cada mañana se congregaba una multitud de trabajadores con la cabeza cubierta ante las altas puertas de la entrada y, cuando éstas se abrían, avanzaban sin prisas ante la mirada de los guardias de seguridad. Entonces, las puertas volvían a cerrarse. Un joven intelectual que se unió a la plantilla a fin de compartir la experiencia de los trabajadores lo comparó en un artículo para *Les Temps Modernes* al hecho de entrar en una prisión un día tras otro.

La comida seguía siendo la principal causa de preocupación en los distritos pobres de París. Sus habitantes, fueran trabajadores industriales o empleados del estado, eran los más vulnerables de toda Francia. Tal como indicaba un informe del SHAEF, el país sufría de «una escasez crónica de alimentos, empeorada por un desequilibrio en el consumo». Los ingresos medios seguían siendo un 20 por 100 más bajos que antes de la guerra, y los pobres de la ciudad y quienes dependían de salarios semanales recibían un 30 por 100 menos de la parte que les correspondía de los ingresos nacionales.

Nueve meses después de la liberación, el SHAEF advirtió que «la situación alimentaria de Francia sigue siendo grave. La Francia urbana aún no se ha acercado en ningún momento a las 2.000 calorías per cápita».[376] La ración que pretendía obtenerse para la «población no agrícola» en el verano de 1945 consistía en 350 gramos de pan al día, 100 gramos de carne a la semana y 500 gramos de grasas al mes. En abril, la media de los habitantes de París llegaba tan sólo a 1.337 calorías diarias, aunque esta cifra general oculta terribles desequilibrios entre los *beaux quartiers* y los distritos obreros, en los que abundaban quienes morían prácticamente de hambre, en especial entre la población anciana. De cualquier manera, los efectos que tenía la desnutrición entre los jóvenes tampoco deben infravalorarse. La altura media de los niños, por otra parte, estaba abocada a descender de un modo drástico.

Las mejoras posteriores llevadas a cabo durante 1945 resultaron efímeras. El anuncio de que, tras un relajamiento relativo, se pretendía introducir de nuevo el racionamiento del pan el 1 de enero de 1946 había provocado cierta confusión durante las últimas semanas de la administración De Gaulle. Ante esta medida, pusieron el grito en el cielo grupos que no tenían nada en común en el ámbito político, desde el recién formado Comité de Défense de la Petite et Moyenne Boulangerie hasta la Union des Femmes Francaises, organización dominada por los comunistas. Y justo antes de Año Nuevo, el pueblo asaltó las panaderías llevado de un frenético afán por comprar que, por ejemplo, impulsaba a los clientes que esperaban al final de la cola a atacar a los que salían con varias barras, aun cuando ellos tuviesen pensado hacerse con otras tantas cuando les estuviera permitido.

Quienes tenían familiares campesinos a no mucha distancia de París gozaban de muchas más posibilidades de obtener provisiones. Los menos afortunados debían poner en juego todo su ingenio para sobrevivir. Al igual que había sucedido durante la ocupación, se hizo necesario recurrir al *Systéme D*, consonante que hacía referencia a (*se) débrouiller*, es decir, salir de una situación problemática por cualquier medio. Este método lo abarcaba todo, desde criar conejos y gallinas hasta hacer negocios en el mercado negro con artículos robados del lugar de trabajo y, sobre todo, evitar la compraventa en efectivo. Casi todo el mundo intercambiaba bienes y servicios: las prostitutas, los mecánicos, los fontaneros y los artesanos cobraban muy raras veces en dinero contante. A menudo, incluso los empleados de las fábricas cobraban en productos de su lugar de trabajo, que venían a sustituir a los salarios. En consecuencia, no resulta sorprendente que al gobierno le resultase tan difícil recaudar los impuestos.

La miseria aquejaba por igual a quienes contaban con unos ingresos fijos y a los trabajadores industriales. La esposa de un diplomático estadounidense que lanzó un cigarro a medio fumar enfrente del Ritz se sintió avergonzada en lo más íntimo al ver a un anciano bien vestido abalanzarse sobre él. Llegó a organizarse incluso un comercio de colillas, que se vendían por decenas. Los que disfrutaban de un salario escaso se defendían tan bien como les era

posible. Los revisores de trenes atestados requerían propina si habían de encontrar un asiento libre para algún pasajero, práctica que llevaba a los miembros de la clase media a protestar ante lo que consideraban una forma de extorsión.

Algunos tenderos, y en especial los carniceros, eran famosos por esconder el género para venderlo a clientes más ricos y aumentar así sus ingresos. «Si quiere usted entrecot, señora, queda algo... *auprix fort.*» En Barbizon, población cercana a París, se vendió a dueños de tales establecimientos al menos media docena de las mejores propiedades inmobiliarias. Uno de ellos ofreció por una casa en venta tres millones y medio de francos en billetes usados a condición de que los propietarios la dejasen libre al día siguiente. En enero de 1946, el ministro de Abastecimiento ordenó al jefe de policía que arrestase a cuatro de los dirigentes del Syndicat de la Boucherie, aunque esto no pasó de ser un gesto.

El mayor escándalo de todos estuvo relacionado con la desaparición de grandes cantidades de vino importadas por el Ministerio de Abastecimiento de Argelia, en un tiempo en que la ración de dicha bebida se reducía a tres litros por adulto y mes. Como de costumbre, por las manos de quienes observaban la ley pasó muy poco vino, mientras que el resto sacó provecho de la situación, desde los que se inscribían en varias bodegas a fin de multiplicar su ración o mantenían en el registro a los familiares fallecidos («Los muertos, por lo general, prefieren beber seco», señaló el secretario general de la Confédération des Agriculteurs)[377] hasta los mayoristas de renombre que obtenían, según se comentaba, enormes beneficios de la exportación ilícita de su producción. Yves Farge, ministro de Abastecimiento, expulsó a cuarenta miembros de la junta directiva que negociaban con vino, si bien lo más probable es que su culpabilidad se derivase más de la inexperiencia que de la maldad. La *épuration administrative* había dejado a la administración sin buena parte de sus funcionarios competentes, cuyos puestos habían recaído a menudo sobre candidatos que contaban con una buena hoja de servicios en cuanto a militantes de la Resistencia, pero que apenas eran aptos para tales menesteres.

El asunto en cuestión avanzó de manera rápida, y en él se vio implicado un número cada vez mayor de nombres destacados del Partido Socialista. Finalmente acabó por quedar manchado el mismísimo Félix Gouin, antiguo primer ministro. La única que se benefició de verdad con el sonado escándalo del vino de 1946 fue la prensa, que disfrutó a sus anchas.[378]

Casi todo aquel a quien pescaban con productos obtenidos en el mercado negro afirmaba ser el cabeza de una familia numerosa que intentaba alimentar a sus famélicos pequeños. Muchos no dudaban en decir la verdad, pero al menos la mitad de la población parecía estar implicada en hurtos y negocios de un tipo u otro. Así, por ejemplo, se descubrió a una cuadrilla de escolares del Lycée Condorcet, cuyo jefe no había cumplido siquiera los catorce, que compraba chicle en grandes cantidades a los estadounidenses para venderlo

después a un precio elevado, lo que les reportaba colosales beneficios. El tesorero del grupo llevaba consigo diez mil francos cuando lo detuvieron.

Nadie se limitaba de manera escrupulosa a los bienes de su propio negocio si tenía la oportunidad de obtener un producto diferente que pudiera revender *au prixfort*. El barbero de Galtier-Boissiére, verbigracia, le ofreció chocolate estadounidense a ochocientos francos. Un par de días después, su esposa Charlotte le dijo que había conseguido cierta cantidad de pescado. «¿Dónde?», quiso saber él. «En la carnicería.»

Los que tenían algún contacto con el mundo de la hostelería se las ingeniaban siempre para sobrevivir. Durante la ocupación, por ejemplo, quienes componían el ballet de Roland Petit, que tenía por estrella a Zizi Jeanmarie, comían gratis en el restaurante que poseía en Les Halles el padre de aquél, quien apenas cabía en sí del orgullo que le producía el éxito de su hijo. Los diplomáticos, jefes y oficiales que disponían de un vehículo y combustible no dudaron en buscar a un granjero que pudiese abastecerlos con regularidad, de manera que, un fin de semana tras otro, salían al campo a comprar huevos, mantequilla y aun jamón. Ni siquiera se molestaban en ocultar lo que habían obtenido, ya que era frecuente que se detuviese a los coches, y en especial a los vehículos oficiales.

No puede decirse que los diplomáticos pasasen precisamente penalidades. «Estoy aquejado de una pequeña resaca —escribió tras una fiesta en la Embajada Turca uno de los invitados—. Los otomanos nos trataron a cuerpo de rey. La mesa parecía querer ceder ante el peso de tanta comida. Me habría sentido avergonzado *en pleine revolution*, pues es así como se refieren aquí a estos días, ante tal cantidad de langostas, paté rosado, ostras y alas y pechugas de pollo flotando en salsa turca de nueces.»[379]

Algunos hacían gala ante la situación de una frivolidad que resultaba vergonzosa. Noel Coward describió en su diario cierto banquete ofrecido a los duques de Windsor: «Los regalé con un delicioso ágape compuesto de consomé, calabacín en tostadas, langosta a la parrilla, turnedó con salsa bearnesa y *soufflé* de chocolate. Pobre Francia famélica».[380] No faltaron quienes encontrasen actitudes como ésta difíciles de perdonar. Yves Montand, que cantaba en Le Club des Cinq, se sintió tan furibundo al ver a uno de los espectadores situados ante el escenario pedir una langosta entera y, después de tomar un trozo sin ganas, apagar el puro que se estaba fumando en el crustáceo a medio comer, que no dudó en bajar a propinarle un puñetazo.

El resentimiento se hizo aún mayor debido a la existencia de tres tipos de reglas diferentes: uno para los pobres, otro para los ricos y un tercero para estadounidenses y británicos. Los parisinos avispados que poseían una casa en el campo podían permitirse complementar la escasísima ración de carne con lo que cazaban y llevaban a la ciudad. Como quiera que se habían sacrificado pocos ciervos tras la prohibición del uso de armas de fuego durante la ocupación, todo aquel que se las ingeniara para conseguir munición tenía garantizadas grandes cantidades de carne de venado. No podía desperdiciarse

un solo disparo, ya que la ración de cartuchos estaba limitada a veinte por año. Puestas así las cosas, no resulta extraña la alegría de cierta parisina al descubrir dos cajas de tales proyectiles colocadas bajo un montón de libros en su ático antes de la guerra. Por mediación de un complicado trueque efectuado con un amigo experto en las artes venatorias, logró transformarlas en «dos faisanes, un kilo de mantequilla y un asado de ternera».[381]

Los británicos y los estadounidenses gozaron de un número aún mayor de privilegios durante el invierno de 1946, toda vez que el dólar había alcanzado en el mercado negro un precio de 250 francos, y la libra esterlina se cotizaba a 1.000 en una época en la que podían obtenerse los servicios de una ama de llaves cocinera por 2.500 francos al mes. Hubo algunos diplomáticos y periodistas que hicieron honrosos intentos por no tener nada que ver con el mercado negro. Cy y Marina Sulzberger, por ejemplo, no dejaban a su hija jugar siquiera con niños cuyos padres recurrían a la compraventa clandestina. Bill Pat-ten prohibió a quienes habitaban su casa cualquier trato con dicho mercado. Expuso a su cocinera, madame Vallet, cómo había de tostar galletas con las raciones proporcionadas por el Ejército. Sin embargo, en cuanto se dio la vuelta, la sirvienta no dudó en dirigirse a Susan Mary y ponerla al corriente sin ambages de la necesidad de hacer uso de la compra clandestina sin que el señor se enterase.

La tentación de sucumbir resultaba abrumadora en una época en la que todos los demás daban por sentado que, bajo el *Systéme D*, las normas estaban para transgredirlas. Cuando Susan Mary Patten acudió a una agencia de trabajo con la intención de contratar a una criada, la patrona observó con cierto destello en la mirada: «Naturellement Madame aura les provisions de l'armée américaine». La importancia de las raciones del Ejército estadounidense había sido evidente desde un principio, a pesar de que llegaban cada seis semanas y en cantidades poco oportunas (en colosales latas de verduras cocinadas, zumo de frutas, tocino entreverado y huevos y leche en polvo, conocida esta última como *Klim*). No había mucha variedad, pero para los franceses constituían verdaderos tesoros en una época en la que un pomelo equivalía al sueldo de cuatro días de un trabajador cualificado. El ama de llaves de Susan Mary Patten «acariciaba las latas con lágrimas en los ojos».[382]

Durante el otoño de 1946, las prostitutas sintieron una necesidad aún mayor de recurrir al *Systéme D*, ya que, para consternación de muchos hombres y la mayoría de la profesión médica, las autoridades decidieron declarar ilegales los prostíbulos.

Los lupanares parisinos recibían en ocasiones el nombre de *maisons d'illusions*, un eufemismo como otros de los muchos a los que ya se habían acostumbrado los extranjeros que vivían en la ciudad. Más técnicas resultaban las expresiones *maison de tolérance*, que designaba el lugar en el que vivían, comían y trabajaban las busconas, y *maison de rendez-vous*, donde «acudían las mujeres para trabajar de prostitutas, normalmente por la tarde».[383]

La Brigada Anticorrupción (el Service des Moeurs) era la responsable de hacer respetar la abundante legislación al respecto. Las ventanas y los postigos debían permanecer cerrados; los bajos y los primeros pisos debían tener contraventanas de madera maciza en lugar de persianas, y cada una de las pupilas debía estar registrada por la policía y poseer una cartilla sanitaria actualizada, de lo que se encargaba dos veces a la semana un médico designado para tal misión.

El 13 de abril de 1946 se aprobó la nueva ley que proscribía las mancebías y que entraba en vigor el 6 de octubre. Una de las principales razones que motivaron esta medida no tenía nada que ver con la moral o la salud. Marthe Ricard, edil de la ciudad de París que se encontraba entre los candidatos del MRP elegidos para la Asamblea Constituyente, presentó el proyecto de ley que ordenaba la expropiación de las casas de lenocinio y su conversión en residencias para estudiantes sin recursos económicos. La capital francesa adolecía de una escasez desesperada de alojamiento para estudiantes, aunque este hecho no hizo sino complicar el debate relativo a las ventajas y desventajas de las mancebías registradas.

La batalla más importante se centró, al parecer, en una cuestión sanitaria: si se suprimían los burdeles oficiales, las siete mil prostitutas registradas pasarían directamente a engrosar el número de «clandestinas» que recorrían las calles, lo que favorecería una rápida propagación de diversas enfermedades. Con todo, la mayor parte de los que secundaron la medida lo hicieron porque consideraron que el antiguo sistema (bajo el que «les pouvoirs publics organisaient la prostitution») reprensible en lo moral y susceptible de dar pie al abuso de autoridad por parte de la policía.

Para muchos tradicionalistas, la citada legislación suponía un ataque a la cultura francesa. Pierre Mac Orlan señaló: «Lo que se está derrumbando no es otra cosa que los pilares de una civilización milenaria»[384].

Galtier-Boissiére sufría también nostalgia de los chismorreos y las bromas de la vida de los prostíbulos. Sus *maisons de tolérance* favoritas se hallaban en las calles Sainte-Apolline y Blondel. Se trataba de lugares como Aux Belles Poules (uno de los que recogía la lista elaborada para las tropas estadounidenses) y Aux Belles Japonaises, que frecuentaba junto con el pintor Jean Oberlé y Claude Blanchard, grandes amigos y colegas de la revista *Crapouillot*. Ambos se mostraban mucho menos encantados que su cabecilla. A éste lo fascinaba el París clandestino (*ble Mílieu*), y aprovechaba las salidas de los tres a fin de reunir para una novela información acerca de los ambientes y diálogos de dicho mundo. «Las pupilas de la mayor parte de estos burdeles —escribió Oberlé— me sorprendían por su aspecto horripilante, su rostro maquillado con violencia y sus combinaciones chillonas de seda, que ocultaban lo que en la mayoría de los casos no eran sino cuerpos lamentables.»[385]

Oberlé y Blanchard se sentían mucho más felices cuando acompañaban a Galtier-Boissiére a los *bals musettes*, menos afectados, del As de Coeur, en la

rué des Vertus; de La Java, en el Faubourg du Temple, y del Petit Balcón, en la calle de Lappe. Los tres elegían una mesa y pedían una de las bebidas básicas de la época: un *biabolo-menthe* o un vaso de vino blanco agriado. Cuando acababa cada uno de los bailes, y mientras los músicos descansaban unos instantes, el dueño del establecimiento gritaba: *Passons la monnaiel*, y recorría el local para hacer la colecta con una bolsa atada a la cintura. Una vez acabada la recaudación, gritaba a los tres músicos —acordeón, banjo y armónica— del anfiteatro: *Allez, roulez*! Entonces, las parejas volvían a sumergirse en un vals o una java. Las prostitutas que acudían a estos lugares para descansar de su trabajo en las calles se abrían camino por entre las mesas para dar unos cuantos pasos de baile sobre la superficie bien encerada del suelo de parqué por mero placer, sin intención alguna de atraer a la clientela.

Cualquier ilusión que pudiesen haber albergado los ciudadanos durante el verano de 1946 de que Francia había pasado ya lo peor se fue al traste pocos meses después, durante un invierno que a menudo se ha descrito como el más inclemente del siglo. Para muchos, el recuerdo del frío ha perdurado con mucha más fuerza que el del hambre. La tremenda escasez de combustible (no faltaban las zonas que recibían tan sólo un tercio o un cuarto de lo que les correspondía) dejó sin calefacción a escuelas y oficinas por igual. Los niños tenían tales sabañones que no podían escribir, en tanto que las secretarias del Quai d'Orsay tan sólo eran capaces de usar sus máquinas de escribir si vestían mitones. A Nancy Mitford le era imposible trabajar en casa. Escribió a Gastón Palewski —ya que los teléfonos no funcionaban— para rogarle el envío de tres o cuatro troncos, por cuanto sus manos estaban tan frías que no bien le permitían sostener la pluma. «Cada inspiración duele como una espada», escribió a una de sus hermanas.[386]

Ante la necesidad de recortar el consumo de electricidad, se prohibieron todos los letreros luminosos, se dejaron sin iluminar los escaparates de los comercios y se apagaron de forma arbitraria las farolas. En realidad, se ofrecía al pueblo una información tan escasa de cuándo se iba a cortar la corriente que, en los hospitales, los cirujanos se encontraban con frecuencia a oscuras en plena operación.

En este sentido también eran de gran ayuda las influencias, aun cuando en ocasiones surgiesen de una situación involuntaria. Susan Mary Patten quedó avergonzada en lo más hondo cuando cierto general estadounidense que había reparado en un sabañón que tenía en un dedo durante una cena en la residencia caldeada en exceso de los Windsor le hizo llegar a la mañana siguiente un camión de carbón, que descargó para ella un grupo de prisioneros de guerra alemanes.

La falta de combustible dio pie a un desdichado círculo vicioso: las ventiscas de nieve detenían la producción de carbón e impedían avanzar a los trenes que transportaban el combustible. Las cañerías se congelaban, reventaban y dejaban escapar su contenido, que volvía a congelarse en forma

de colosales carámbanos. «Nunca he visto nada semejante a las tuberías reventadas de esta ciudad —escribió Nancy Mitford a su hermana Diana—. Todas las casas tienen su propia cascada.»[387]

Una mañana tras otra, docenas de niños, bien envueltos en ropa a excepción de las rodillas, que asomaban azules sobre los gruesos calcetines, salían de sus casas para comprar leche con bidones metálicos. Dado el peligro de tuberculosis, se hervía la leche en un enorme tanque dispuesto en la *laiterie* antes de que el lechero vertiese la humeante ración en los recipientes de los niños con la ayuda de un cazo con capacidad para un litro exacto.

Es inevitable que el racionamiento en tiempos de gran escasez dé lugar a transacciones en el mercado negro, y existen demasiados ejemplos de los efectos contraproducentes que tuvo esta actividad sobre la economía francesa. Uno de los más llamativos podía verse en los puertos pesqueros bretones, en los que los propietarios de las embarcaciones ganaban más dinero vendiendo su asignación de combustible en el mercado clandestino que enviándolas a la mar.

Por otra parte, el no haber mantenido el racionamiento habría desencadenado peligrosas tensiones y acabado con —cualquier gobierno que intentase seguir esta política. Las desigualdades se daban de un modo mucho más terrible en Francia que en Gran Bretaña, donde el sistema de distribución se aplicaba de manera más meticulosa y efectiva. De cualquier manera, cabe alegar que esta eficacia contribuyó en gran medida a la lentitud con que se recuperó la economía británica tras la posguerra.

La francesa, pese a haberse dejado llevar de forma extraoficial hacia el libre mercado que originó tanta miseria, se encontró en una posición mucho mejor llegada la hora de despegar en 1949, una vez obtenida la ayuda extranjera en cantidades suficientes para dar un empellón a la actividad comercial. «Es un triunfo para la empresa privada —escribió Diana Cooper—, si bien a largo plazo puede que sucumba a causa de la inmoralidad.»[388]

22 El contraataque frente a los comunistas

«Da la impresión de que los comunistas se están saliendo con la suya en todas partes —escribió en 1946 el embajador británico—. Juegan con la gran ventaja de saber qué es lo que quieren.»[389] Aunque generalizada, esta creencia no era del todo cierta. La cúpula comunista francesa seguía recibiendo poquísimas instrucciones de Moscú, y el relativo éxito obtenido en el seno del sistema democrático le había infundido una falsa sensación de seguridad.

Sobre el papel, el poder de los comunistas resultaba abrumador. Benoit Frachon, durante las conversaciones secretas que mantuvo en junio con Suslov en Moscú, aseguró que el movimiento sindical controlado por el partido superaba los cinco millones y medio de militantes; y aunque hubiese inflado la cifra, su aserto de que «el Partido Comunista hace real su influencia sobre la clase obrera a través de la CGT» era cierto en gran medida.[390]

Los comunistas franceses, empero, hicieron lo posible porque no saliera a la luz el poder que ejercían sobre la citada federación sindical, tal como reconoció uno de los altos cargos del partido en una carta dirigida al Kremlin: «Tras el congreso de la CGT hemos acabado por tener un comité constituido por siete comunistas y seis reformistas, un resultado condicionado por nuestra propia situación, pues no debemos brindar argumentos a nuestros enemigos reaccionarios al dejar que puedan calificar a la CGT de comunista».[391]

En el informe que hizo ante Suslov, Frachon no pintó una situación demasiado optimista. Cabe, claro está, la posibilidad de que se tratase de una medida defensiva ante las exigencias de Ponomarev, que insistía en la necesidad de que el partido dirigiese la zona francesa de Alemania. Éste ejercía, según le hizo saber Frachon, una influencia «muy débil» sobre un Ejército «lleno de pétainistas», lo que explicaba «la política reaccionaria de la administración militar francesa en Alemania y Austria». A esto añadió que, con independencia de cuáles fueran los contactos con que contasen en el Ejército, «no creo que las fuerzas reaccionarias estén tramando emplearlo en nuestra contra en un posible golpe de estado».

La presencia cada vez más palpable de De Gaulle en las esferas políticas comenzó a alarmar por igual a la izquierda y al centro. Tras el discurso pronunciado en Bayeux en junio de 1946, el general permitió a Rene Capitant fundar la Union Gaulliste, una forma de tantear el terreno sin poner en peligro su propia dignidad. Este prototipo, sin embargo, se derrumbó prácticamente bajo su propio éxito repentino, tras atraer en septiembre a medio millón de miembros y a veintidós integrantes de la asamblea constituyente. Los comunistas renovaron sus acusaciones de que *le general factieux* deseaba regresar al poder en calidad de dictador. Los democristianos del MRP

comenzaron asimismo a temer que los gaullistas se apropiasen de sus seguidores.

Bidault, primer presidente del consejo de ministros perteneciente al MRP, esperaba formar una alianza con De Gaulle; pero éste no había olvidado la debilidad de que había dado muestras su partido durante la crisis ministerial de noviembre de 1945.

El general centró su ira en la propuesta de la nueva Constitución, que criticó en un mordaz comunicado el 20 de diciembre a través de la Agence France-Presse. Nueve días más tarde, se celebró una votación relativa al borrador por mediación de la asamblea. Resuelto a no darse por vencido, De Gaulle habló pocas horas después en Epinal e instó a los votantes franceses a rechazarla. «*Franchement non*! —exclamó—. Un acuerdo como ése no nos parece el marco más indicado para la República.»[392] Para el canon gaullista, transigir seguía siendo un pecado mortal.

Por irónico que resulte, De Gaulle estaba incurriendo en el mismo error que habían cometido los comunistas en mayo al convertir el referéndum de la Constitución en un plebiscito a favor o en contra de su persona. Cuando se cerraron los colegios electorales el 13 de octubre, pudieron computarse tres millones de abstenciones más que en mayo. A pesar de todo, se aprobó el esbozo propuesto para la Constitución de la Cuarta República. El general, empero, no desistió, y dado que sólo había votado en su favor el 35 por 100 de los que gozaban del derecho al voto, decidió crear su propio movimiento de masas.

El gobierno de Bidault dimitió tras unas nuevas elecciones legislativas, celebradas el 10 de noviembre, en las que los comunistas volvieron a ganar el mayor número de escaños. En total habían incrementado la proporción de votos al 29 por 100, por lo que Maurice Thorez exigió, a fuer de dirigente de *le premier parti de France*, ser nombrado primer ministro.

El Partido Socialista se enfrentaba a un dilema nada sencillo que empeoró la estudiada moderación de que dio muestras Thorez mientras presionaba con dignidad y poniendo en juego todo su encanto a fin de obtener respaldo. Se cuenta que uno de sus dirigentes alzó la voz entre sollozos diciendo: «¡Antes me corto las muñecas que votar a Thorez!».[393] Sin embargo, Gouin alegó que no tenían otra elección si querían conservar su credibilidad, pues los trabajadores no entenderían que, tras haber secundado al democristiano Bidault, se negasen a respaldar a un comunista. Con todo, tenía razón al afirmar que, aun contando con su apoyo, Thorez no iba a lograr nunca la mayoría absoluta que necesitaba. Vincent Auriol, socialista de la vieja escuela, tan lúcido como experimentado, se mostró de acuerdo con él.

La votación del 4 de diciembre dejó bien claro que se hallaban en lo cierto: Thorez había perdido. Jacques Duelos, que defendió su candidatura pocos días después en la Asamblea Nacional, cometió un error poco común al elogiarlo en cuanto «un hombre invicto en la batalla».[394] Sonoras carcajadas llenaron

los escaños no comunistas ante tal descripción del desertor más famoso de toda Francia. Los diputados comunistas hubieron de permanecer sentados e intentar que sus rostros no reflejasen la cólera que sentían. Tras el de Thorez, llegó el turno de Bidault; mas éste recibió menos votos aún.

Una semana después, y tras la dimisión de Blum, el presidente Auriol eligió a Paul Ramadier para que formase un nuevo gobierno, no sin antes consultar a Félix Gouin por cubrir las apariencias, a modo de expresión de confianza tras el escándalo del vino. Las barbas de chivo de Ramadier y su aire de profesional quisquilloso lo convertían en blanco fácil de los caricaturistas. Tenía fama de hombre dado a transigir y tomar decisiones de forma demasiado lenta y meticulosa. Sin embargo, no se dejaba llevar por la ambición, y era escrupulosamente honrado en una profesión que no destacaba por su probidad. Había aceptado el cargo de ministro de Abastecimiento en el gobierno de De Gaulle aun sabiendo que lo convertiría en alguien impopular. Además era un trabajador incansable, que a menudo seguía sentado frente a la mesa de su despacho a las cuatro de la mañana. Cuando comenzaba a telefonear a sus ministros poco después, se sorprendía de encontrarlos aún en la cama.

En la Embajada Estadounidense, no obstante, cundió la intranquilidad cuando el recién investido primer ministro puso al comunista Frangois Billoux al frente del Ministerio de Defensa Nacional. También quienes lo criticaban desde la derecha pasaron por alto el que Ramadier se las hubiese ingeniado para restringir la posición de Billoux a un papel poco más que simbólico.

Caffery se había vuelto mucho más alarmista en el transcurso de los últimos nueve meses. En marzo, tras una oleada de huelgas en las que participaron incluso los sindicatos de prensa y la policía parisina, advirtió al secretario de estado que, si bien los comunistas no tenían la fuerza suficiente para «alinear a Francia con los soviéticos en contra de Occidente», el país podía rechazar a las potencias occidentales. «La acción armada de los comunistas, sumada a las huelgas paralizadoras, el sabotaje y otras actividades subversivas pueden allanar el terreno a una intervención soviética mayor aún que la efectuada durante la guerra civil española.»[395] No todos los estadounidenses veían las huelgas de un modo tan dramático, empero. «Los franceses parecían encantados de tener a la policía en huelga —escribió a una amiga Susan Mary Paiten—. Se lo pasaron en grande conduciendo por las calles en el sentido contrario. La cocinera decía que ya era hora; que, al fin y al cabo, la policía no era más que una gavilla de asesinos.»[396]

Los comunistas, por su parte, se hallaban también recelosos ante el rumbo que estaban tomando los acontecimientos. El pacto franco-británico al que se oponían de un modo tan resuelto se hizo realidad el 4 de marzo de 1947 con el nombre de Tratado de Dunkerque, lugar elegido por Bidault para simbolizar el momento más aciago de la guerra. Para socialistas como Blum o Depreux, suponía un contrapeso al pacto franco-soviético firmado por De Gaulle. Después, Duff Cooper, que tanto había trabajado por esta expresión de

amistad entre los dos países, se sintió capaz de escribir en su diario: «Nunc dimittis». Había alcanzado el principal objetivo que ansiaba lograr en su último puesto de trabajo.

Seis días más tarde se reunieron en Moscú los ministros de Asuntos Exteriores de los Cuatro Grandes: el general Marshall, Bevin, Bidault y Molotov. Sólo los dos primeros sabían que las relaciones de posguerra estaban a punto de experimentar un giro decisivo. Para Bidault, la conferencia de Moscú constituyó un acto de traición por parte de los soviéticos. Tenía la impresión de haberse conducido con toda corrección con Molotov. No obstante, el ministro soviético, que le había hecho albergar esperanzas de que se cedería el Saar a Francia, cambió de actitud y se negó a respaldar a Bidault. Este nunca olvidó lo que consideró una terrible humillación personal, aunque Molotov tampoco se mostró dispuesto a perdonar un tratado que, para él, no era más que un ataque directo a la Unión Soviética.

El general George C. Marshall, uno de los funcionarios más honrados y desinteresados de Estados Unidos, había aceptado la cartera de Secretario de Estado el 21 de enero de 1947. A pesar de no contarse entre los que preferían la fuerza militar a la diplomacia, tenía mucha más determinación que James Byrnes, amén de una actitud pragmática y concienzuda. Esperaba de sus subordinados que se comportasen guiados de una «sinceridad brutal», y les aseguraba que no tenía sentimiento alguno, «a excepción de los que reservo para la señora Marshall».[397]

Cuando el mes de febrero tocaba a su final, la Secretaría de Estado estadounidense recibió del embajador británico en Washington la advertencia de que, a consecuencia del derrumbamiento de su economía, a Gran Bretaña le resultaba imposible seguir proporcionando ayuda a Grecia, que a la sazón se hallaba sumergida en una guerra civil, ni a Turquía, aún amenazada por los tanteos que estaban llevando a cabo los soviéticos en su frontera nordeste. El presidente Truman convocó a los dirigentes del Congreso a una reunión en la Casa Blanca la mañana del miércoles, 26 de febrero. Como para señalar hasta qué punto habían cambiado las cosas, quien abogó de forma más apasionada en favor de la intervención estadounidense a fin de frustrar la amenaza soviética fue el subordinado inmediato de Marshall, Dean Acheson (el mismo hombre que se había horrorizado ante el plan de trasladar las tropas a Francia el anterior mes de mayo). «Cuando se solicitó nuestra presencia para empezar a tratar aquel asunto —escribió en tono dramático—, yo ya sabía que nos hallábamos ante la guerra del fin del mundo.»[398]

«La presión ejercida por la Unión Soviética sobre el estrecho [de los Dardanelos] —refirió a los miembros del Congreso—, sobre Irán y sobre la Grecia septentrional había llevado a los Balcanes a un punto en el que un más que posible ataque de este estado estaría en condiciones de exponer tres continentes a la penetración soviética. Del mismo modo en que una manzana podrida acaba estropeando a las demás, la corrupción de Grecia acabaría por inficionar a Irán y a otros países de Oriente, así como a África, a través de

Asia Menor y Egipto, y a Europa, por mediación de Italia y Francia, amenazadas ya por los partidos comunistas nacionales más poderosos de la Europa occidental.» A su intervención «siguió un prolongado silencio», tras el cual, el senador Vandenberg observó en ademán solemne: «Señor presidente, si dice eso ante el Congreso y el país, puede contar con mi apoyo, y me atrevería a afirmar que con el de la mayor parte de sus miembros».

Las predicciones que hablaban de un conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética fueron tomando, en ambos bandos, la forma de una profecía que acabaría por hacerse realidad por sí misma. En Washington eran pocos los que ponían en duda que estaban asistiendo a «un punto de inflexión de primer orden en la historia estadounidense». El 12 de marzo, el presidente Truman se dirigió a la Cámara de Representantes. «Creo —les indicó— que la política de Estados Unidos debe basarse en respaldar a los pueblos libres que resisten a la subyugación que pretenden imponer las minorías armadas o la presión extranjera. Creo que debemos ayudar a los pueblos libres a trazar sus propios destinos como ellos juzguen conveniente.»[399] Esta declaración no tardó en conocerse como la Doctrina Truman.

En Francia se había hecho patente una «nueva resistencia» ante la infiltración comunista a raíz del discurso del presidente de Estados Unidos. Algunos ministros estaban empezando a hacer cambiar la postura de varios ministerios así como la de la policía parisina.

Edouard Depreux, ministro socialista del Interior y gran admirador de Léon Blum, no dejó pasar una sola oportunidad de reducir la influencia que ejercían los comunistas sobre la administración. Había destituido de su cargo al prefecto comunista de Haute-Vienne en julio de 1946 tras acordar una compensación financiera. Sin embargo, su mayor preocupación seguía siendo la policía de París, en la que se habían infiltrado los comunistas durante la liberación y después de ésta. Depreux responsabilizaba a Charles Luizet, jefe de policía nombrado por De Gaulle en agosto de 1944, de no haber hecho lo suficiente por atajar esta situación. La oportunidad que esperaba se la brindó el escándalo del célebre traidor Joanovici, que había estado sobornando a diversos oficiales de policía, con quienes jugaba al póker para perder generosas sumas.[400] A Joanovici, que había testificado contra sus antiguos camaradas de la banda de Bonny y Lafont, le resultaba tan grato ganar dinero de los comunistas como de los nazis. El ministro dio de inmediato órdenes de arrestar a dos comunistas de relieve pertenecientes al cuerpo de policía que tenían tratos con él, lo que no dejó de ser una iniciativa arriesgada, habida cuenta de las pocas pruebas que poseía a la sazón. La prensa comunista montó en cólera, pero Depreux no perdió la calma.

Su otra jugada consistió en sustituir a Luizet por Roger Leonard, persona de firmes convicciones anticomunistas y reputación de «administrador muy eficiente».[401] Durante la ocupación, Leonard había sido funcionario de la administración de Vichy; sin embargo, tuvo la suerte de que sus superiores lo

expulsaran con suficiente antelación para pasar inadvertido ante los comités de depuración durante la liberación. La Embajada Estadounidense señaló que, con toda probabilidad, había llegado a fingir simpatía por los comunistas «por razones de oportunismo político provisional».

El propiciar un retroceso de la infiltración de los comunistas era tan sólo un aspecto de la estrategia de Depreux. Lo que más temían él y sus colegas era una intentona golpista por parte de la derecha, que dejaría paso franco a los comunistas para arrogarse el papel de salvadores de la libertad de la República. Depreux sabía que, por encima de todo, debía evitar que lo considerasen un mero anticomunista. En consecuencia, llevó a cabo llamativas acciones en contra de los conspiradores de derecha, lo que incluía maniobras tan cínicas como el arresto de un grupo de sacerdotes y monjas que habían ofrecido refugio a colaboracionistas.

Depreux y sus colegas tenían razones de peso para temer una conspiración de la derecha que acabase por hacer el juego a los comunistas. En mayo de 1947, la Embajada Estadounidense recibió un informe relativo a dos coroneles del Ejército de Estados Unidos asignado a Alemania que se habían ofrecido a armar a grupos derechistas. Sin embargo, se prefirió echar tierra a este turbio asunto. Aun así, Depreux sacó a la luz una conjura diferente conocida como el *Plan Bleu* a causa del color azul del papel en que se hallaba el documento en cuestión.

La policía llevaba varios meses recogiendo pruebas, aunque Depreux decidió esperar al último momento antes de hacer pública ninguna información al respecto. La oportunidad se le presentó en junio de 1947, poco antes de que los comunistas abandonasen el gobierno de Ramadier. El instante que eligió para anunciar que se había frustrado un complot contra la República perjudicó, tal como lo había planeado, a elementos de su propio partido, toda vez que el ala izquierda de los socialistas pretendían atacar la postura anticomunista de sus ministros.

Los detalles de la conspiración eran demasiado poco sólidos para resultar convincentes. En ella se hallaban implicados, según parecía, el general Guillaudot, inspector general de la Gendarmerie Nationale, y varios anticomunistas veteranos entre los que se incluía Loustaunau-Lacau, único miembro de la Resistencia que declaró en favor del mariscal Pétain. El general De Larminat también quedó separado de su cargo por sospechoso de confabulación. La sublevación en contra del gobierno iba a iniciarse, según se suponía, en Bretaña, donde una serie de grupos reducidos se encargaría de tomar los arsenales y los almacenes estadounidenses de provisiones a fin de equipar a las formaciones rebeldes. «Al mismo tiempo pensaban avanzar hacia París cuatro grupos tácticos, uno de ellos blindado.»[402]

Caffery temía que Depreux hubiera ido demasiado lejos. La dramática versión que había ofrecido del complot había permitido a los comunistas «explotar la conjura al máximo y difamar a todos los elementos comunistas, reales o en potencia, como los generales De Larminat, Koenig o De Gaulle, e

incluso ampliar su ataque para incluir al MRP, "partido de las sotanas y el Occidente reaccionario"».

El siguiente movimiento de Depreux, efectuado diez días más tarde, consistió en privar a la Compagnie Républicaine de Sécurité, la policía antidisturbios, de sus metralletas y morteros. La CRS contaba con una fuerte representación comunista, conformada por miembros del partido provenientes de la Resistencia que se habían afiliado tras pertenecer a las FFI. El Partido Comunista francés acusó de inmediato esta medida de intento de dejar indefensa a la República frente a aspirantes a dictadores militares.

Frangois Mitterrand, nuevo ministro de los Anciens Combattants et Victimes de la Guerre, impresionó también a muchos por la energía y efectividad de sus empeños por reducir la presencia comunista en su jurisdicción, que había ido creciendo desde la época en que se hallaba al frente de esta cartera Laurent Casanova.

En el Ministerio de Defensa, el general Revers, principal enemigo de los comunistas, se las ingeniaba para resistir ante quienes pedían su destitución en cuanto jefe de estado mayor del Ejército francés. Sin dejar de mostrar una meticulosa actitud cortés hacia el nuevo ministro de Defensa Nacional, Revers se apresuró a retirar a comunistas y simpatizantes de los cargos de relevancia. También depuró la Gendarmerie Nationale, que pasó a estar bajo control del ministerio. Muchos de los dos mil oficiales del Ejército —procedentes en su mayoría de las FFI— considerados afines al Partido Comunista se habían visto ya marginados mediante mecanismos tales como la llamada «Opération de Tarbes». Ésta no consistía en otra cosa que en destinar a los oficiales que simpatizaban con la izquierda a puestos avanzados como el de Tarbes, en los Pirineos, donde languidecían en trabajos inexistentes sin acceso alguno a la información confidencial.

El de marzo de 1947 fue un mes azaroso en París tanto como en Washington. El mismo día en que Truman se dirigió al Congreso, el Partido Comunista francés se encontró en una posición difícil en lo relativo a la cuestión indochina, donde había estallado la lucha durante el anterior mes de diciembre entre las fuerzas galas y los seguidores de Ho Chi Minh, dirigidos por el general Giap. Moscú había dado instrucciones explícitas al respecto: los diputados comunistas habían de respaldar al Viet Minh y oponerse a la política establecida por el almirante Thierry d'Argenlieu.

El 18 de marzo, la asamblea guardó silencio en memoria de los soldados franceses muertos en Indochina. François Billoux, ministro comunista de Defensa Nacional, permaneció sentado, gesto que se convirtió al punto en una cuestión de patriotismo.

Cuanto mayor era el número de comunistas excluidos, más se encerraban en sí mismos. Si los discursos pronunciados por los comunistas en la Asamblea Nacional ocupaban la mayor parte del tiempo no era tanto por su contenido como por el hecho de que sus diputados hiciesen de alabarderos para aplaudir

las intervenciones de sus dirigentes cada vez que éstos hacían una pausa. Alguien observó con cinismo que sus manos estaban callosas, no de trabajar, sino de aplaudir.

Fueron varios los factores que alentaron al general De Gaulle a regresar a la palestra política durante la primavera de 1947. Uno de los más inmediatos fue el nombramiento de Billoux como ministro de Defensa Nacional llevado a cabo por Ramadier. La idea del destino que tenía el general (en cierta ocasión admitió que pasaba varios minutos al día preguntándose cómo vería la historia sus acciones) le dijo que el pueblo de Francia reclamaría en breve su presencia en el poder.

Para alivio de quienes lo secundaban, De Gaulle comenzó a pasar cada vez más tiempo en París. Las tres horas en coche que separaban la capital de Colombey-les-deux-Eglises los llenaba de espanto. A esto se sumaba la atmósfera de la casa, La Boisserie, tan lúgubre como su emplazamiento. Allí, fumando un cigarrillo tras otro, rodeado de recuerdos de guerra, redactaba el general sus memorias y firmaba fotografías de antiguos dirigentes mundiales mientras «la señora De Gaulle hacía sonar sus agujas de hacer punto y la lluvia golpeaba las ventanas».[403]

En París, De Gaulle estableció su cuartel general en La Perouse, el hotel situado a poca distancia del Arco de Triunfo que había usado su servicio secreto de tiempos de guerra como sede inicial durante la liberación. El domingo, 30 de marzo de 1947, pronunció un discurso en Bruneval, Normandía, lugar donde se produjo la incursión de un comando durante la conflagración. Como si de una conmemoración oficial se tratase, la ocasión atrajo a los embajadores de Gran Bretaña y Canadá, así como a destacamentos de las fuerzas armadas de ambos países. Con todo, la idea de tal celebración había surgido del coronel Rémy, que la había concebido como un modo de reunir a los antiguos militantes de la Resistencia bajo el nuevo estandarte del general De Gaulle. Ramadier estaba exasperado; sin embargo, cualquier intento que hiciese el gobierno de limitar al Libertador (tal como llamaban los gaullistas a su líder) constituiría una falta de consideración. Los comunistas, mientras tanto, aseguraban que su público estaba compuesto de «damas con abrigos de visón y viejos coroneles que olían a naftalina».[404]

De Gaulle decidió a la postre seguir con el plan de crear un movimiento de masas, el Rassemblement du Peuple Francais. Tal como acostumbraban decir sus asociados durante la guerra: «On va refaire la France Libre, les hommes de Londres». Con todo, el que se tendiera a referirse al movimiento por sus iniciales disgustaba al general. El RPF sonaba a otro de los partidos políticos que él tanto odiaba, por lo que insistía en llamarlo *le Rassemblement* sin más.

La creación del RPF se comunicó al pueblo francés en Estrasburgo el día 7 de abril. Soustelle fundó aquella tarde el primer grupo en la capital alsaciana. Una semana después se registró oficialmente el movimiento. Las celebraciones de Estrasburgo volvieron a ligarse a un acontecimiento

semioficial que hizo viajar a Jefferson Caffery, embajador estadounidense, desde París. Éste pasó revista junto con De Gaulle a la guardia de honor, lo que vino a confirmar las sospechas de los comunistas. Aun así, franceses y rusos se equivocaban al dar por hecho que la asistencia de Caffery equivalía a que el gobierno de Estados Unidos había decidido respaldar a De Gaulle. En circunstancias normales, el embajador se negaba siempre a encontrarse con el general, y sólo hacía una excepción en ocasiones como aquélla.

Entre tanto, se había desatado una batalla propagandística en un ámbito trivial en extremo. Cuando Nancy Mitford había querido dedicar su novela *En busca del amor*, que había obtenido un éxito inesperado, a su adorado «coronel», éste, halagado, le había pedido que pusiese su nombre completo en la dedicatoria, y no sólo sus iniciales. Tuvo tiempo de arrepentirse cuando los comunistas se dieron cuenta de que Nancy era hermana de Unity Mitford. En febrero, cierta publicación del partido editó un artículo inexacto bajo el titular, no más certero, de: «La hermana de la amante de Hitler dedica un osado libro al señor Palewski», al que siguieron otros escritos.[405] Ante el temor de despertar la ira del general, Palewski persuadió a Nancy a marchar al extranjero hasta que se aplacase el alboroto. Ella, obediente, se exilió durante un tiempo y, a mediados de abril, le escribió desde Madrid: «Como el arcángel Gabriel, me expulsas del celestial París». Sin embargo, añadía, para volver las tornas con los comunistas pensaba dedicar su próximo libro a Jacques Duelos: «A ver si es capaz de hacer chistes al respecto».[406]

A finales de abril, el primer ministro socialista, Paul Ramadier, había llegado a pensar que, a fin de cuentas, iba a ser posible gobernar sin los comunistas. El fin del *tripartisme* se aceleró a raíz de la contradicción en que incurrieron los diputados comunistas al votar contra el gobierno en que se hallaban, en calidad de ministros, sus propios dirigentes. Ramadier, con estudiada cortesía, insistió en el principio de responsabilidad colectiva en el interior de un gobierno.

El 25 de abril se extendió como la pólvora una huelga no oficial de una fábrica Renault a otra, lo que cogió desprevenidos a los comunistas. Éstos acusaron a los trotskistas de fomentar el desorden, pero el paro alcanzó tal popularidad que sus dirigentes hubieron de cambiar de postura si pretendían conservar alguna credibilidad entre los trabajadores. El Politburó del partido atacó a la administración por negarse a subir los salarios. Thorez, vicepresidente del gobierno, no pareció preocuparse ante una paradoja tan evidente. Se negó a creer que Ramadier estuviese acariciando la idea de un consejo de ministros sin comunistas.

No era el único que pensaba así: los seguidores de De Gaulle estaban convencidos de que a los socialistas les resultaría imposible seguir en el gobierno, lo que los llevó a pensar con optimismo que la subsiguiente crisis sólo podría resolverse si el general volvía a hacerse con el poder. Por su parte, los socialistas situados más a la izquierda nunca imaginaron que pudiese darse un paso tan trascendental sin su consentimiento.

Bidault, al regresar de Moscú, no calló ante sus camaradas comunistas del Consejo de Ministros lo que pensaba de Molotov y Stalin. Thorez no dudó en expresar su adhesión a Stalin y rechazó el comunicado del gobierno. La víspera de la manifestación del Primero de Mayo, Ramadier convocó al general Revers y le pidió que pusiese el Ejército en estado de alerta con discreción y preparase el transporte militar por si se daba una huelga general. Entonces se sacó de Rambouillet una serie de vehículos blindados pertenecientes a la 2e DB para ocultarlos en la Ecole de Guerre.

El domingo, 4 de mayo, fue un día decisivo. Los comunistas habían retirado de manera oficial el respaldo a la política gubernamental de congelación de salarios, por lo que Ramadier había solicitado un voto de confianza a la Asamblea Nacional, que ganó por amplia mayoría (360 votos frente a 186) merced al apoyo del democristiano MRP. Poco después de las nueve de la noche, se convocó a los ministros comunistas a la reunión del Consejo celebrada en la residencia del presidente de éste, el *hotel* Matignon. Ramadier se mostró cortés pero inflexible. Thorez se negó a dimitir, a lo que aquél respondió leyendo el apartado de la Constitución por el que se le otorgaba el derecho de retirar las carteras que juzgase convenientes. Thorez y sus cuatro compañeros de partido salieron de la habitación, y el resto de ministros permaneció sentado, presa del asombro al ver lo sencillo que había resultado todo.

Esta reestructuración no fue exclusiva de Francia: en Bélgica los ministros comunistas habían abandonado el gobierno en marzo, en tanto que, en Italia, habían sido expulsados en abril. La Europa occidental estaba entrando, a todas luces, en una nueva etapa de su historia.

Seis días después, Paul Ramadier hubo de cumplir con una obligación menos ardua: la entrega de la Médaille Militaire a Winston Churchill. Se trata del más alto galardón militar francés, que sólo puede otorgar un hombre que ya se encuentre en posesión de una. Ramadier era un candidato impecable a este respecto, pues se había hecho merecedor de tal condecoración siendo sargento durante la defensa de Verdún.

Ataviado con el uniforme de su viejo regimiento, el 4.° de húsares, Churchill fue recibido al entrar al amplio patio de Les Invalides por una reducida guardia de soldados con las bayonetas caladas. Entonces lo condujeron hasta donde lo esperaba Ramadier con un batallón al completo en formación de revista. El galardonado lloró de emoción durante el discurso del primer ministro francés.

Aquella noche, el presidente Auriol organizó una cena en su honor en el palacio del Elíseo. «Churchill —escribió en su diario Jacques Dumaine— se paseó, con el frac cubierto de condecoraciones y un puro asomando en mitad de su sonrisa, por la calle Faubourg Saint-Honoré de camino al banquete. Ante una visión como ésta, las ventanas se llenaron de gente que lo vitoreaban al pasar.»[407] El anciano hombre de estado estaba encantado con la anécdota de dudosa autenticidad que afirmaba que cualquiera que estuviese en posesión

de la Médaille Militaire gozaba del derecho de volver a casa conduciendo, aun en el caso de estar bebido, sin que la policía pudiese multarlo.

Al día siguiente, Churchill fue objeto de una enardecedora acogida por parte de la multitud durante el desfile celebrado en Vincennes para conmemorar el segundo aniversario de la derrota alemana. Después, Duff Cooper lo llevó a cenar al castillo de Saint-Firmin, en Chantilly. Allí conoció a Odette Pol Roger, una de las tres hijas del general Wallace, cuya célebre belleza las había hecho merecedoras del sobrenombre colectivo de «la colección Wallace». La señora Pol Roger se convirtió en el último amor de Churchill.

El gobierno de Ramadier había ofrecido asimismo la Médaille Militaire al general De Gaulle, pero él había declinado el honor con brusquedad. También hizo otro tanto con la invitación que le envió Auriol para que acudiese al ágape celebrado en honor de Churchill. A pesar de que las circunstancias no le permitían admitirlo, lo exasperaba la postura que mantenía Ramadier en contra de los comunistas. De cualquier modo, se negó a cambiar su cantinela. «No os equivoquéis —refirió a Claude Mauriac—: estamos inmersos en otra República de Weimar.»[408]

El pacto que había firmado con Stalin tres años antes lo había desacreditado a los ojos de muchos seguidores potenciales de derecha. Sin embargo, el 27 de julio atacó sin ambages a los «separatistas» en Rennes. Describió el Partido Comunista francés como «un grupo de hombres cuyos dirigentes supeditan todo lo demás al servicio a un estado extranjero. Y lo digo con todas mis fuerzas, porque yo mismo he intentado, por todos los medios que me han permitido la ley y los límites de lo posible, atraerlos al servicio de Francia».

En tanto que De Gaulle comparaba la administración de Ramadier con Weimar, los comunistas hacían otro tanto con los multitudinarios encuentros organizados por el RPF y el mitin de Núremberg. Nancy Mitford fue al Vélodrome d'Hiver el 2 de julio con la intención de ver a su adorado «coronel» dirigirse a una nutrida concurrencia. Palewski obtuvo un éxito mucho mayor de lo que nadie esperaba. Según escribió Claude Mauriac, «quedó transfigurado de súbito». Llegó después el turno de Malraux, que comenzó su discurso del modo habitual, difícil de entender, aunque «fue encontrando su ritmo poco a poco, como un torrente que fuese excavando su lecho. Entonces salió a la superficie una poderosa voz profética que electrizó a todos los presentes. Era la voz de un sabio, un poeta, un líder religioso».[409]

23 Funestos augurios

El sábado, 7 de junio de 1947, el general Marshall, secretario de Estado estadounidense, pronunció un discurso en Harvard a causa de la concesión de un título honorífico. Nunca habían tenido tanta significación unas palabras de agradecimiento dichas en una universidad. Sin siquiera avisar de forma explícita a sus subordinados, Marshall había decidido que aquél era el momento de presentar la iniciativa más importante en el ámbito de la política exterior de todo el período de posguerra.

El terrible invierno de 1946 había dejado en evidencia que Europa era incapaz de salir por sí sola de la miseria en que se hallaba sumida. El desmoronamiento de su economía era inminente, y podía afirmarse con una seguridad casi completa que poco después se produciría una catástrofe política. Marshall declaró que Estados Unidos debía esforzarse al máximo para combatir «el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos». Sin embargo, la iniciativa debía proceder de la propia Europa, toda vez que «no resultaría apropiado ni eficaz que este gobierno elaborase de forma unilateral un programa diseñado para volver a poner al continente en pie en lo económico».

El mensaje que había tras las palabras pronunciadas en Harvard por el general Marshall ya había sido formulado por otros, incluidos Eisenhower, Jean Monnet o Dean Acheson. Sin embargo, el modo de plantearlo, que evitaba todas las minas que sembraban un campo tan peligroso, era suyo por entero. Asimismo —y esto es lo más importante—, dejó bien clara su intención de hacer extensivo el proyecto a toda Europa, lo que incluía los países ocupados por el Ejército Rojo.

Una vez conscientes de su significación, los gobiernos europeos quedaron electrizados por la breve alocución de Marshall, que suponía la única esperanza que les quedaba. Rusia había quedado baldía tras la invasión alemana, por lo que no estaba en condiciones de prestar ninguna ayuda. Francia no contaba con reservas monetarias, y el déficit de la *balanza* de pagos ascendía a los diez billones de francos. Desde septiembre de 1944 había recibido una cantidad cercana a los dos billones de dólares en concepto de créditos para carbón, alimentos y materias primas, aunque no había servido más que para que el país pudiese sobrevivir. El Plan Marshall, empero, le ofrecía la oportunidad de llevar a cabo una reconstrucción económica. «Ejemplos de solidaridad como éste no se repiten a menudo en la historia», escribió Hervé Alphand.[410] Con todo, el Departamento de Estado insistía entre bastidores en que «Estados Unidos debe dirigir este espectáculo».

Ernest Bevin, ministro británico de Asuntos Exteriores, fue, según se dice, el primero en aferrarse a esta oportunidad. Tras un fin de semana de

discusiones y deliberaciones, envió un telegrama tan urgente como secreto a Duff Cooper en plena noche por el que le indicaba la conveniencia de hablar con Bidault al respecto por la mañana. Una semana más tarde, el propio Bevin tomó un avión a París junto con un nutrido grupo de asesores pertenecientes a varios ministerios. La ciudad seguía sufriendo una interminable sucesión de huelgas. Tras cenar en la Embajada Británica con Ramadier, Bidault, Massigli, Chauvel, Alphand, Marjolin y Monnet, prosiguieron la ronda de discusiones. «Casi todos estaban de acuerdo en la postura que habíamos de adoptar —escribió Duff Cooper a la mañana siguiente—. Lo más importante es hablar con los rusos al respecto. Debemos invitarlos a participar y, al mismo tiempo, evitarles cualquier oportunidad de retrasar el proceso. Esto no va a ser nada fácil.»[411]

El 27 de junio se inició en el Quai d'Orsay una conferencia entre Bidault, Bevin y Molotov a fin de discutir el Plan Marshall. Al carácter asfixiante de la ola de calor que había sumido a toda la capital en un estado de apatía se sumaban las sospechas del representante soviético, que hacían la atmósfera aún más irrespirable. Molotov estaba persuadido de que Bidault y Bevin le habían tendido algún tipo de trampa durante la reunión privada que habían mantenido diez días antes. En este sentido no había ayudado en absoluto la imprudente declaración que había hecho para la prensa el Quai d'Orsay antes de comunicar a los rusos lo que estaba sucediendo.

Bevin se hallaba de un humor excelente a despecho del calor. Molotov intentó desde un principio, como era de esperar, obstaculizar las negociaciones. Bidault calificó su actitud de «flagrante et obstinée».[412] (En lugar de *niet*, el representante ruso decía *no K*, convencido de que se trataba del antónimo de *OK*.)

Un violento temporal desatado la noche del sábado, 28 de junio, aplacó el calor de forma pasajera, aunque la atmósfera amaneció más cargada aún la mañana del lunes. Haciendo caso omiso del objetivo de la propuesta, Molotov leyó una declaración que llevaba preparada, basada en un telegrama que, obviamente, acababa de llegar del Kremlin y que exigía que el gobierno estadounidense indicase por adelantado cuánto estaba dispuesto a conceder y si el Congreso iba a mostrarse de acuerdo.

A la caída de la tarde, Jefferson Caffery acudió a la Embajada Británica con el fin de comparar las distintas reacciones. Bevin, instado por Duff Cooper, «le hizo comprender la importancia de ayudar a Francia en aquel momento».[413] Aun así, la respuesta de Caffery fue inequívoca: si los comunistas regresaban al gobierno, el país no recibiría un solo dólar de Estados Unidos. En palabras de Duff Cooper, aquélla fue «una noche interesante».

Bevin también se había decidido. Los empeños de Bidault por tender un puente sobre el abismo que los separaba de la Unión Soviética no fueron más que una pérdida de tiempo. No tolerarían más obstrucciones por parte de Molotov. A la mañana siguiente, había decidido «seguir a los franceses e

invitar al resto de naciones de Europa a unirse a ellos».[414] Aquella tarde, Duff Cooper voló a Londres a fin de poner al corriente de lo sucedido al primer ministro, Clement Attlee. Éste mostró su conformidad ante todo lo que estaba haciendo Bevin y solicitó su consejo en relación con el siguiente paso. Cooper respondió que las circunstancias no requerían una reunión del gabinete gubernamental, pero que el ministro de Asuntos Exteriores estadounidense sabría agradecer sin lugar a dudas una declaración de apoyo por su parte.

El 3 de julio se puso fin de un modo abrupto a la conferencia. Alphand escribió en su diario al día siguiente: «Al ver a Molotov bajar las escaleras del Quai d'Orsay, me dije que estábamos inaugurando una nueva era que podía prolongarse por mucho tiempo e incluso dar un giro inesperado».[415]

No se perdió el tiempo: se invitó a veintidós países europeos a una conferencia que se celebraría una semana más tarde y en la que iba a formularse un plan europeo que presentar al gobierno de Estados Unidos. No obstante, si cualquier estado del otro lado del telón de acero expresó interés al respecto, éste no tardó en disiparse a raíz de la presión de Moscú, lo que no sorprendió a nadie. Con todo, lo más importante era mantener el ímpetu de la cooperación. «Hasta ahora, todo va bien —apuntó el embajador británico el 7 de julio—, y el gobierno de Ramadier sobrevive.»[416]

El día 11 comenzaron a reunirse los ministros de Asuntos Exteriores para la conferencia, que tuvo lugar en el comedor del Quai d'Orsay. La mesa era tan larga que a los de un extremo les resultaba imposible oír lo que se decía en el otro. De cualquier manera, y a pesar de los problemas acústicos, la ausencia de Molotov garantizaba que no sería difícil llegar a un acuerdo por unanimidad. Las sesiones duraban a menudo menos de dos horas en lugar de días enteros, como de costumbre. Esto, claro está, no siempre quería decir que todos se comportaban de un modo ejemplar. A decir de Isaiah Berlin, que se había unido a la delegación británica a instancias de lord Franks, la actitud de los europeos ante la oferta estadounidense era la propia de «pedigüeños altaneros y exigentes que abordasen a un millonario aprensivo».[417] Por otro lado, se observaba también una tendencia a caer en los estereotipos nacionales. Así, en determinado momento, el delegado italiano exclamó en tono dramático: «¡Si no lo logramos, correrá la sangre por las calles de Roma!». Dag Hammarskjóld, delegado sueco, repuso: «¿No cree que... tal vez... está usted exagerando?».

El buen tiempo había mejorado el humor de los parisinos, pese a que la sequía prometía ser aciaga para los granjeros y las provisiones alimentarias del invierno. La noche anterior al 14 de julio, día en que se conmemoraba la toma de la Bastilla, la gente bailaba en la calle cuando Duff y Diana Cooper regresaban alrededor de la medianoche, acompañados de Pierre Balmain, de una cena ofrecida en Verriéres por Louise de Vilmorin y sus hermanos. «Cerca de la Porte d'Italie, nuestro automóvil se vio rodeado por una multitud de jóvenes que, sin dejar de bailar, hicieron un corro a nuestro alrededor. Algunos se acercaban y nos besaban a través de las ventanillas. Todos tenían

una actitud tan divertida, amistosa y encantadora... Aquélla era una noche cálida, y nosotros estábamos muy felices.»

Las conversaciones relativas al Plan Marshall concluyeron el 15 de julio para satisfacción de todos, aunque habían salido a la superficie dos motivos de fricción: el intento, por parte de los británicos, de mantener el límite de la emigración judía a Palestina —era la época del éxodo sionista— los había llevado a enfrentarse a los franceses, que habían permitido que los refugiados embarcasen en la Francia meridional a pesar de haberse acordado lo contrario.

A Bidault y sus funcionarios del Quai d'Orsay, por otro lado, los preocupaba más el saber que los estadounidenses planeaban llegar a un acuerdo privado con los británicos en relación con Alemania. Bevin intentó explicar la situación, aunque sin demasiados resultados. Al regresar a la embajada, él y Duff Cooper solicitaron la presencia de Caffery y Averell Harriman, que se hallaba en París a la sazón. Aquéllos les aseguraron que Bevin se había visto obligado a reconocer que se estaba llevando a cabo una serie de conversaciones en torno a Alemania, aun a pesar de que el general Lucius Clay se hubiese «opuesto de forma tajante a que se hiciera saber a los franceses nada al respecto».[418]

A la mañana del día siguiente, 17 de julio, Bevin fue a despedirse de su homólogo francés. «Bidault tenía aspecto de estar triste y cansado —escribió el embajador británico—, a pesar de que aún no sabía lo peor.» Aún hubo de transcurrir buena parte de aquella mañana para que el propio Duff Cooper se enterase de que británicos y estadounidenses habían «llegado a un acuerdo para elevar el nivel de la industria alemana y ceder la dirección de ésta a su propio pueblo entre otras cosas». Y no ignoraba que éste sería «un golpe terrible para los franceses».

Cuando, aquella tarde, llegó la noticia a oídos de Chauvel, Alphand y Maurice Couve, del Quai d'Orsay, «fue recibida de muy mala manera».[419] Los temores que De Gaulle había expresado en Marly a Hervé Alphand una tarde de invierno habían acabado por materializarse en ocho meses: sería Alemania, y no Francia, la que iba a ser resucitada en cuanto motor de la recuperación europea. No resultaba difícil imaginar cuál sería el siguiente paso: Alemania se convertiría en la pieza fundamental de la estrategia antisoviética de Estados Unidos. El pacto Clay-Roberston, como se conoció en honor de los gobernadores militares norteamericano y británico en Alemania, dio pie al siguiente titular en *L'Humanité*: «Las madres francesas deben empezar a temblar de nuevo».

El hermoso verano de 1947, que resultó desastroso para la agricultura, fomentó en París todas las formas imaginables de hedonismo. «La estación se ha tornado vertiginosa —escribió Nancy Mitford—. La gente hace todo tipo de cosas de las que acabará por arrepentirse. La otra noche en una fiesta, cierto individuo a quien todos conocemos se desprendió del cuello de la

camisa y la corbata para dejar al descubierto su garganta bronceada y el adorno que llevaba alrededor: un collar de tres hileras de rubíes con una borla de esmeraldas y carbunclos que le caía por la espalda. Su protector, también presente, observó a secas: "X es un buen tipo, pero no podemos esperar que viva siempre de su encanto".[420] (Al enseñar aquella joya, X había declarado: "No está mal para una chica de clase obrera".)»[421]

El verano proporcionó asimismo una nueva oleada de visitantes. Uno de ellos fue la señora Eva Duarte de Perón, que había ido de viaje oficial, oportunidad inmejorable para llevarse consigo a Argentina el *new look* de Dior. El gobierno francés, en señal de cortesía, le otorgó una condecoración de poca relevancia: lo que se conocía como «medalla de cena». Hervé Alphand fue el encargado de entregársela en el Quai d'Orsay. Sin embargo, cuando Evita Perón se despojó de su abrigo de verano dejó al descubierto un vestido tan escotado que el diplomático no supo dónde prender el galardón. Por fin se decidió por un lugar entre el pecho y la cintura.

Otro visitante del París de aquel estío fue el cineasta Alexander Korda, que accedió a comprar por un millón de francos los derechos cinematográficos del libro que había escrito Duff Cooper sobre el rey David. Resultaba irónico que lo hiciese cuando el autor se acababa de ver envuelto en la crisis del éxodo. Tras revisar el borrador del informe relativo al Plan Marshall con su autor, Isaiah Berlín, el embajador salió a cenar con Korda, Rita Hayworth y Cary Grant al Véfour para celebrar el trato. «Rita Hayworth es muy hermosa —escribió en su diario—, pero no me gusta el pelo teñido de rubio. Sus manos también son muy bonitas, aunque tiene las uñas demasiado largas y sucias. Se hace raro que una estrella de cine pueda ser tan descuidada.»[422]

La obra de teatro que más llamó la atención en 1947 fue, sin lugar a dudas, *Las criadas*, de Jean Genet. La idea de escribir una historia acerca de dos sirvientas que planean asesinar a su señora rondaba por su cabeza desde el otoño de 1943. Genet negó que estuviese basada en el tristemente célebre caso de las hermanas Papin, ocurrido antes de la guerra, y si bien existían coincidencias superficiales entre éstas y aquéllas, el argumento era por entero obra suya.

Bérard y Kochno hablaron en primer lugar con Louis Jouvet, excelente actor y director del Théâtre de l'Athénée, de la obra de Genet cuando se encontraban en el Mediodía francés. Jouvet no quiso considerar la idea hasta haber llegado a París. A su regreso lo asaltaron Cocteau y Marie-Blanche de Polignac, entre otros, para hacerle una ferviente alabanza de la obra, Cocteau le tendió el manuscrito «como si de un tesoro se tratara».[423]

Durante el tiempo que estuvo en cartel en primavera, la obra escandalizó al público y la crítica. Genet llegó incluso a golpear a un periodista de *Le Fígaro* por lo que había escrito al respecto. Sartre y otros amigos lo respaldaron lealmente, hasta el punto de ingeniárselas para hacer que el jurado del Prix de la Pléiade le otorgase el galardón aquel año, a pesar de que Genet no reunía en rigor todos los requisitos.

Sartre no mostró una disposición tan buena hacia André Bretón, que, tras regresar a Francia, había comenzado a organizar con Marcel Duchamp la segunda exposición internacional parisina de surrealismo en la nueva Galerie Maeght. Tenía pensado construir una escalera en la que cada peldaño estuviese modelada a la manera de la portada de un libro cuyo título estuviese ligado a la baraja del tarot. Habría una *salle de superstitions*, y otra detrás de ésta con una docena de celdas octogonales, dedicada cada una de ellas a un signo del zodíaco y provista de un altar vudú. La última sala estaría constituida por una cocina que serviría «un almuerzo surrealista, distinguido sobre todo por su nuevo sabor».[424]

Bretón y sus amigos surrealistas pusieron fin a los preparativos de la exposición durante la primera semana de julio. Cuando madame Maeght, propietaria de la galería, vio lo que habían hecho, no pudo menos de gritar: «¡Estamos arruinados!».[425] Con todo, el evento atrajo a un público multitudinario y, en su lugar, se creó la Galerie Maeght. No hubo de pasar mucho tiempo antes de que los Maeght expusiesen a Braque, a Miró y a Chagall, y —lo más importante— consiguiesen el monopolio de la obra de Giacometti al pagar por todos sus vaciados.[426]

La exposición incluía obras de Max Ernst, Miró y Tanguy; aunque Breton hubo de reconocer que el movimiento surrealista en conjunto no mostraba demasiados signos de vida, si no era, tal vez, en Rumania y Checoslovaquia. De cualquier modo, tuvo la oportunidad de consolarse con la controversia que había provocado la exposición a lo largo de tres meses. «Resulta maravilloso —observó— que lo injurien a uno con esta edad.»[427]

Desde que los ministros comunistas abandonaron en mayo el gobierno de Ramadier se había apoderado de la cúpula del partido un peligroso aire de irrealidad. Thorez y sus colegas seguían hablando y actuando como si su salida del Consejo de Ministros constituyese tan sólo un percance temporal. En parte, habían sucumbido a la seducción de la arrogancia y todo lo demás que conllevaba el pertenecer a la clase ministerial; aunque no era menos poderoso en este sentido el instinto que les aseguraba que acabaría por adoptarse de nuevo una situación de *tripartisme*. En consecuencia, la única manera que tenía el partido de hacerse con el poder consistía en trabajar desde dentro. De cualquier modo, el verdadero problema tenía un carácter bien distinto: la ausencia de una dirección firme procedente de Moscú les había hecho sumergirse en una falsa sensación de seguridad. Aun Thorez y Duelos, que conocían de sobra la lógica caprichosa del Kremlin, parecían haber olvidado lo que podía hacer Stalin —quien anteponía la Unión Soviética a todo lo demás— con tal de subordinar a los partidos extranjeros. No tardarían en despertar a una realidad brutal.

En septiembre de 1947, se invitó a nueve partidos comunistas de Europa a enviar delegados a Varsovia, donde se iba a celebrar una reunión secreta. El verdadero organizador de esta conferencia no era otro que Andrei Zhdanov, quien había dirigido la implacable defensa de Leningrado ante los alemanes.

El 22 de septiembre llegaron las distintas delegaciones a un espacioso refugio cinegético situado en Sklarska Poreba, en el suroeste de Polonia. Las únicas que provenían de fuera del bloque soviético eran la francesa y la italiana. En ellas no estaban ni Thorez ni el dirigente del comunismo italiano, Palmiro Togliatti. Jacques Duelos, acompañado de Etienne Fajon, se mostró afable y pagado de sí mismo. Todo hacía pensar que, como veterano en conferencias comunistas internacionales, confiaba en que sabría defenderse de un modo satisfactorio.

Zhdanov situó este encuentro secreto dentro de su contexto internacional tras la disolución del Komintern en mayo de 1943. No hizo mención alguna de la organización que había sucedido a ésta, la Sección Internacional de la Secretaría del Comité Soviético Central. Saltaba a la vista que, habida cuenta del abrupto cambio en la línea del partido que estaba a punto de revelar, resultaba más conveniente hacer ver que apenas habían existido más contactos entre Moscú y sus partidos satélite. Zhdanov, empero, alegó que «una separación tal entre partidos es negativa y no hace ningún bien, amén de no ser natural».[428]Dicho de otro modo: la dejadez de la inmediata posguerra había llegado a su final.

No deja de resultar asombroso que un veterano del Komintern como Jacques Duelos no fuese capaz de percibir todo lo que implicaba el discurso de Zhdanov. Cuando negó su turno de palabra, hizo un resumen complaciente en extremo de las actividades del Partido Comunista francés desde la liberación. Zhdanov dejó que la delegación yugoslava, formada por Edvard Kardelj y Milovan Djilas, fuese la encargada de efectuar la humillación ritual de los comunistas galos. Duelos no pudo menos de horrorizarse al ver cuán honda era la trampa en la que habían caído. La única opción que les quedaba era humillarse sin vacilación.

La médula de la conferencia había quedado bien clara: a instancias de Stalin, Zhdanov estaba constituyendo un nuevo Komintern, que recibiría el nombre de Kominform y que tenía por objeto movilizar a los partidos comunistas del extranjero para que defendieran la Unión Soviética frente a una Alemania reconstruida y al respaldo económico en favor de una hegemonía estadounidense en Europa (el «Plan Truman-Marshall»). «Francia ha sacrificado la mitad de su autonomía —aseguró—, ya que los créditos ofrecidos por Estados Unidos en marzo de 1947 estaban condicionados a que se retirase a los comunistas del gobierno.»[429] Por ende, tanto Francia como Inglaterra se habían convertido en «víctimas del chantaje de los estadounidenses».[430]

«El camarada Stalin ha dicho —citó Zhdanov—: "En resumidas cuentas, la política de la Unión Soviética ante el problema alemán se reduce a la desmilitarización y la democratización de Alemania. Estas condiciones son fundamentales si se quiere establecer una paz sólida y duradera". Esta política soviética en relación con Alemania choca con la frenética resistencia de los círculos imperialistas estadounidenses e ingleses. Los primeros se han salido

del viejo camino trazado por Roosevelt para adoptar una nueva política, una política consistente en la preparación de nuevas aventuras militares.[431]

Duelos llegó a París hecho una furia. Poco después de su regreso se convocó una reunión del Politburó francés con el objeto de tratar la situación desastrosa en que se hallaba el partido. En ella resumió así las conclusiones: «Zhdanov dice que el que los comunistas estén en el gobierno o en la oposición no constituye un problema relevante, lo que nos ha preocupado sobremanera. El único objetivo es destruir la economía capitalista y unificar de forma sistemática las fuerzas vivas de la nación. En el futuro, al Kremlin le dará igual que los comunistas pertenezcan o no al Consejo de Ministros; lo que le interesa es que todos los partidos luchen contra la ayuda económica procedente de Estados Unidos. Además, insiste en la necesidad de desestabilizar al gobierno».

Thorez debió de haber reprimido una sonrisa irónica al recordar la orden que dio el propio Stalin de no poner las cosas difíciles a De Gaulle y la aprobación por parte de Ponomarev de la política que estaban siguiendo. Con todo, al igual que Duelos, tenía demasiada experiencia para quejarse. No había tiempo que perder: se hacía necesario darle la vuelta al Partido Comunista francés. Aun cuando fuesen capaces de ganar las siguientes elecciones, no podían contemplar la idea de formar parte del gobierno, un hecho que se asemejaría «demasiado a hacer concesiones».

El Kominform iba a tener su sede en Belgrado «para evitar problemas» como el de la «calumnia» de que el Kremlin intervenía en los partidos comunistas extranjeros y el de la «mentira» de que la nueva organización no era más que el viejo Komintern remozado.[432] El plan no duró mucho (Tito fue tachado de herético al año siguiente), pero las disposiciones básicas, y en especial el recién intensificado control sobre los partidos extranjeros, no se vieron afectadas. «Allí [en Belgrado] se cotejará y pondrá en orden la información relativa a grupos de ataque, centros de entrenamiento para oficiales y depósitos de armas. París y Roma pueden presentar sus propias propuestas, pero deberán acatar las decisiones tomadas por el Kominform en Belgrado. Duelos subrayó la importancia de esto último, dado que Moscú dominará por completo la actividad del Partido Comunista francés.»[433]

Auguste Lecoeur recibió instrucciones de Thorez para tomar todas las medidas necesarias a fin de acatar la orden de prepararse para la actividad clandestina, cuando no para la guerra de guerrilla. Se adquirieron garajes, así como vehículos que no pudiesen ser localizados por ningún miembro del partido; se obtuvieron o restauraron imprentas y transmisores secretos; se ordenó a una serie de grabadores expertos que preparasen juegos de documentos de identidad, pasaportes o cartillas de racionamiento, y se rescataron y limpiaron las armas que habían estado escondidas desde el otoño de 1944.

La mayoría permaneció indiferente, ajena a estos peligros, a pesar de los

indicios que teñían el ambiente. Koestler y Mamaine Paget regresaron a París a finales de septiembre, lo que coincidió con la reunión que mantenía el Kominform en Polonia. La noche del 1 de octubre de 1947 se encontraron con André Malraux y su esposa, Madeleine, en el bar del Plaza-Athénée, que a decir de Mamaine estaba «lleno de sofisticados aspirantes a hombres de mundo ataviados con extravagantes vestidos». Tras una prolongada indecisión, Malraux resolvió llevarlos al Auberge d'Armailhés, donde comieron caviar con fruta de sartén rusa y *soufflé sibérien*, y bebieron vodka. El novelista francés acabó por emborracharse, y les refirió «que al servirse de su reputación de hombre de izquierda para ayudar a los reaccionarios estaba haciendo una apuesta muy arriesgada, que pensaba que iba a ganar. Sin embargo, en el caso de que no fuese así (es decir, si De Gaulle no actuaba como él suponía una vez en el poder), sentiría que había traicionado a la clase trabajadora y que no tendría más alternativa que *se faire sauter la cervelle* ("saltarse la tapa de los sesos"). Cuando K. dijo: "Y ¿qué hay del entorno del general?, Malraux contesto: "L'entourage du General, c'est moi". Nos pareció una respuesta estúpida por demás, aunque más tarde nos enteramos de que, en realidad, él es la única persona que se atreve a aconsejar a De Gaulle, que lee sus discursos antes de que los pronuncie, etc.».[434]

Había transcurrido exactamente una semana de esto cuando Albert Camus y su esposa Francine organizaron para Koestler y Mamaine un almuerzo campestre para el que todos llevaron comida y bebida. Dando muestras de su compulsiva generosidad, rayana en la ostentación, Koestler aportó un pollo asado frío, un bogavante y champán para los demás, y almejas y camarones para él y para Mamaine. Los acompañaban la hermana gemela de ésta, Celia, y el periodista estadounidense Harold Kaplan, así como Sartre y Simone de Beauvoir.

Koestler, que apenas había visto a Sartre desde la crítica de su libro aparecida en *Les Temps Modernes* el otoño anterior, no pudo sustraerse a la tentación de provocar otra discusión. Después de que se marchase Harold Kaplan, Sartre lo tachó de «antisemita, enemigo de los negros y de la libertad».[435] Koestler se sintió tan ofendido por el comentario «que se abalanzó sobre Sartre y le espetó que él no era nadie para hablar de libertad, después de haber dirigido durante años una revista *communisant* y justificar, en consecuencia, la deportación de millones de personas pertenecientes a los estados bálticos». Según Mamaine Paget, «su reacción cogió a Sartre por sorpresa, y dado que la atmósfera se había tornado irrespirable de todos modos, nos despedimos».

A la mañana siguiente, Koestler envió a Sartre una carta por la que le pedía disculpas, y «recibió a cambio una larga misiva escrita con su característica letra pequeña y pulcra, que resultaba tan entrañable».[436] Con todo, tal como demostrarían en breve los acontecimientos, la amistad de Sartre no podía ir más allá de sus condiciones políticas, lo que en parte se debía a la influencia de Simone de Beauvoir.

La aversión que sentía Koestler por De Beauvoir se volvió aún más intensa. «En ocasiones, pensar en ella me hacía pensar en las *tricoteuses.*»[437] Al regresar a Gales, decidió escribir un artículo en torno a los intelectuales parisinos «en el que estarían representados por Le Petit Vieux Ivan Pavelitch, jefe de los Existenchiks, y Simona Castorovna y otros amigos».[438]

De cualquier manera, lo cierto es que Sartre seguía oponiéndose a los comunistas. Así, en el número de julio de *Les Temps Modernas* había escrito: «La política estalinista es incompatible con un planteamiento honrado de la profesión literaria». De hecho, los ataques procedentes del partido de que había sido objeto llevaron incluso al gobierno de Ramadier a ofrecer al Consejo Editorial de la revista un espacio semanal en la radio. No obstante, la sátira mordaz que dedicó a los gaullistas después de que el RPF se hiciese con una sensacional victoria en las elecciones municipales de octubre dio pie a enconados enfrentamientos. Algunos sugirieron que Sartre debía ser encarcelado, pero De Gaulle, guiado por el tradicional respeto a las ideas profesado por los franceses, repuso: «On n'embastille pas Voltaire» («Nadie encierra a Voltaire en la Bastilla»).[439] El más enojado de todos los que rodeaban al general fue André Malraux, quien prometió vengarse.

De Gaulle no hizo nada por ocultar el desdén que sentía por la coalición de socialistas y democristianos a que pertenecía Ramadier y que se había ganado el nombre de Tercera Fuerza por el hecho de hallarse entre el gaullismo, a la derecha, y el comunismo, a la izquierda. Tenía buena parte de sus esperanzas puesta en una huelga general, pues estaba convencido de que provocaría el colapso necesario para persuadir al país de la necesidad de que regresara al poder. Su «égocentrísme vertigineux», como lo describió Claude Mauriac, parecía verse ratificado por el éxito del que gozaba su Rassemblement.[440] El discurso que pronunció durante un mitin del RPF celebrado en Vincennes el *5* de octubre y que se centraba en una crítica a la dictadura soviética tuvo «una aceptación espectacular», a decir de un informe remitido a Washington que se hacía eco de una opinión compartida por muchos.[441]

Otros mítines del partido resultaron menos decorosos, en especial cuando tenían lugar en barrios obreros. Gastón Palewski había ingeniado «una nueva burla maravillosa para los comunistas —escribió Nancy Mitford a su hermana —. Hace que el cabecilla de los agitadores suba al estrado y luego anuncia que tan sólo desea hacerle una pregunta: "*Si les blindes russes invahissaient la France*, lucharías para defender *le territoire?"*. De este modo, el pobre *type* no sabe qué responder, por lo que siempre acaba organizándose una refriega general».[442] El 17 de octubre, cuando un socialista acusó a Thorez de desertor a voz en cuello, el fornido minero retirado le contestó con un golpe en la cara y dejó después que sus guardaespaldas acabasen la tarea.

El mayor triunfo para el RPF llegó con los resultados de los comicios del domingo, 19 de octubre. En ellos, los candidatos del Rassemblement se hicieron con el 38 por 100 de los votos, frente al 30 por 100 de los

comunistas. Los socialistas, por su parte, sólo lograron un 19 por 100. Estos resultados, que se agravaron merced a un viraje aún más marcado en favor de los gaullistas durante la segunda ronda, levantó la moral de los conservadores.

Pocos días después, mientras almorzaban en el Escargot, Duff Cooper y Louise de Vilmorin supieron de las últimas noticias acerca del Rassemblement por mediación de Malraux, que los informó de que los gaullistas estaban «encantados con la historia según la cual, cuando empezaron a retransmitir por radio los resultados de las elecciones del domingo, [el general] apagó su receptor y se dedicó a hacer solitarios».[443]

Al margen de cuáles hubiesen sido los logros de los gaullistas, lo cierto es que la verdadera batalla se estaba librando entre el Partido Comunista y la CGT, de un lado, y el gobierno, del otro. El objetivo de los primeros consistía en destruir la economía francesa antes de que pudiera ponerse en funcionamiento el Plan Marshall.

Gran Bretaña, que seguía teniendo las obligaciones propias de una potencia mundial, fue a la bancarrota en octubre, y Europa en su conjunto quedó arruinada aquel invierno tras la sequía y el carácter desastroso de la cosecha. Para muchos, desde que Vyshinsky había acusado a los estadounidenses y los británicos de estar preparándose para combatir, la pregunta no era si el Plan Marshall tenía posibilidades de funcionar, sino más bien si no estallaría antes una tercera guerra mundial. La señora De Gaulle interrumpió con timidez una discusión de sobremesa para señalar que el enemigo no dudaría en lanzar tropas en paracaídas por los alrededores de Colombey-les-deux-Eglises durante las primeras horas de las hostilidades.

En casi todas las reuniones celebradas en París durante aquel otoño podía palparse la tensión en el ambiente. «¡Nadie habla de otra cosa que no sea la inminencia de una guerra! —escribió Roger Martin du Gard a André Gide, a quien acababan de conceder el Premio Nobel—. Todos están de acuerdo en que va a haber una: sólo discuten acerca de la fecha en que estallará. Se hace difícil reaccionar frente a un ambiente así de catástrofe inevitable.»[444] En las fiestas, los funcionarios y embajadores se veían acosados por mujeres y hombres asustados que deseaban saber cuánto tardarían los rusos en llegar a los puertos del canal de la Mancha o a los Pirineos.

La fiebre de la guerra fría se había propagado por ambas costas del Atlántico. A decir de Duff Cooper, resultaba depresivo, si no sorprendente, el que ni siquiera Bidault fuese a librarse de quedar contagiado «cuando personas como el senador estadounidense Bridges, que se suponen responsables, hacen callar a los comensales reunidos en torno a la mesa de su embajada para gritar: "Díganos, Bidault: queremos saber qué piensa hacer cuando lancemos nuestro primer huevo atómico sobre Moscú"».[445]

24 La República bajo control

La intranquilidad que había experimentado Francia durante el verano de 1947 se hizo menor llegado el otoño. El 28 de octubre estalló una batalla campal en las calles circundantes a la Salle Wagram, cercana a la plaza d'Étoile. Los anticomunistas habían organizado un mitin en la sala (que habían empleado hasta hacía muy poco los soldados estadounidenses para los bailes de los martes) a fin de denunciar los crímenes de Stalin. Unos diez mil comunistas se dispusieron a atacar a los asistentes. Sin embargo, su avance chocó con el cordón de seguridad establecido por las numerosas fuerzas de la policía, la gendarmería y las brigadas antidisturbios de la CRS. El brutal enfrentamiento se saldó con un muerto y trescientos heridos, entre los que se incluían concejales y alcaldes comunistas. La policía no se mostró menos severa con los fotógrafos de prensa y los equipos de los noticiarios.

Aquel día fue también testigo de una sesión agitada en la Asamblea. Jacques Duelos había acusado a los miembros del gobierno de haberse convertido en siervos pétainistas de Estados Unidos. «Fue una actuación parlamentaria notable —escribió un observador— en la que logró sacar a todos de sus casillas mientras él permanecía sosegado por completo.»[446]

Dos semanas más tarde estallaron los disturbios en Marsella. A raíz de una subida de las tarifas del tranvía, los comunistas declararon una guerra sin cuartel al alcalde gaullista, el señor Carlini, vencedor de las últimas elecciones municipales.

La multitud saqueó los tribunales de justicia al intentar liberar a los prisioneros detenidos durante anteriores manifestaciones. Después se congregó en el Ayuntamiento, que tomó por asalto, y propinó una paliza a Carlini. La situación era tal que Gastón Defferre, magnate socialista de la ciudad, no se atrevía a salir en coche si no era con una metralleta en el regazo.

El 17 de noviembre, las regiones mineras del norte y el Pas-de-Calais se declararon en huelga sin previo aviso. En cuestión de cinco días se cerraron todos los yacimientos de Francia. La situación se tornó igual de inestable en París y sus alrededores. Los metalistas, incluidos los de la Renault, dejaron de trabajar a mediados de noviembre en demanda de un *25* por 100 de incremento salarial. De Gaulle advirtió a los suyos del peligro de que se desplomase el franco. El gobierno contaba tan sólo con un consuelo: al parecer, las depuraciones efectuadas en la policía de París habían surtido efecto. Depreux pudo enviar con toda tranquilidad a los agentes a evacuar la fábrica de Citroën ocupada por los huelguistas.

De Gaulle estaba cada vez más convencido de la inminencia de su regreso al poder. El gobierno de socialistas y democristianos presidido por Ramadier se estaba desmoronando a todas luces, así que el general hizo lo posible por

considerar los resultados de los comicios municipales como el equivalente a un referéndum que había dado un voto de confianza al Rassemblement. Exigió la disolución de la Asamblea y la convocatoria de elecciones generales. Sin embargo, este hecho no hizo sino reforzar la resolución de los socialistas y el MRP a la hora de resistir.

Del entorno gaullista surgían señales contradictorias. Así, en tanto que uno de los asociados del general aseguraba a la Embajada Estadounidense que no tenía prisa por «retirar en este momento el respaldo brindado al gobierno», el propio De Gaulle anunció: «no hemos llegado al Rubicón para ponernos a pescar».[447] Jacques Soustelle refirió el 3 de noviembre a un contacto de la Embajada Estadounidense que el general no quería hacerse con el poder antes de que hubiese acabado el crudo invierno, y Gastón Palewski repitió el mismo mensaje al día siguiente. Diez días más tarde vieron al coronel Passy almorzando con De Gaulle y Soustelle. También existía el convencimiento, compartido al parecer por gaullistas y estadounidenses, de que los comunistas estaban tratando de provocar una crisis «concebida para que De Gaulle llegue al poder antes de [estar] preparado».[448]

Paul Ramadier, agotado, siguió en el cargo tan sólo en respuesta a las súplicas del presidente Auriol. Los resultados de las elecciones municipales habían supuesto un duro golpe para su posición y su moral. Durante la segunda semana de noviembre sufrió un violento acceso de gripe en unas fechas en las que se veía sometido a la presión de sus compañeros del MRP, que lo instaban a efectuar una serie de cambios de ministros a fin de responder a los gaullistas. Finalmente, la tarde del 19 de noviembre, volvió a presentar su dimisión tras haberse enterado de que no contaba con el pleno apoyo de su propio partido. En esta ocasión, el presidente Auriol no tuvo más remedio que aceptarla. A la mañana siguiente (la del día en que la princesa Isabel contraía matrimonio con el príncipe Felipe de Grecia en la *abadía* de Westminster), Francia se hallaba sin gobierno y paralizada por causa de las huelgas.

Léon Blum, que contaba entonces setenta y cuatro años y cuya salud no se había recuperado aún de su cautiverio en Alemania, era, por las trazas, el único candidato capaz de reunir el respaldo necesario. El 21 de octubre advirtió, en el discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional para presentar su candidatura a la presidencia del Consejo de Ministros, del doble peligro al que se enfrentaba el sistema político. Cuando se contaron los votos, poco antes de la media noche, Blum quedó a nueve del mínimo. Llegó entonces el turno de Robert Schuman, ministro de Hacienda. Al día siguiente, por la tarde, obtuvo la mayoría que necesitaba después de que sólo se opusieran a su candidatura el Partido Comunista y el no del todo oficial grupo de diputados gaullistas.

Schuman, sobrio católico soltero y firme moderado, tenía el rostro algo torcido y de aspecto gomoso, la coronilla calva y las orejas grandes. En cierta ocasión en que un oficial no supo reconocerlo, se quitó el sombrero para afirmar que sin duda reconocería su cráneo, anécdota que no pasaron por alto,

ni mucho menos, los caricaturistas de los periódicos. Era originario de Lorena, lo que significaba que durante la primera guerra mundial se había visto obligado a servir en el ejército del kaiser, y de este avatar de su destino se sirvieron sin pudor los comunistas a la hora de criticarlo. Tampoco se abstuvieron en hurgar en la herida del brevísimo papel que representó en la primera administración de Pétain, en julio de 1940. Sin embargo, en ningún momento mencionaron que Schuman fue uno de los primeros políticos arrestados por los alemanes.

El otro miembro crucial del gobierno era Jules Moch, que se hizo con la cartera del Interior. Las gafas de concha redondas, el rostro demacrado y el bigote de cepillo le conferían el aspecto de un maestro de escuela provinciano. En realidad, era politécnico, y no había estadística ni cálculo matemático que pudieran resistírsele. Con todo, su predecesor, Édouard Depreux, lo describió como «un hombre sensible, leal y fiel a sus amigos», que poseía —lo que resultaba de vital importancia en los tiempos que estaba a punto de vivir— «un hondo sentido del estado».[449]Los comunistas lo tenían difícil para atacarlo: a fuer de judío, anticlerical y socialista, profesaba un odio sincero al régimen de Vichy, y su hijo había sido asesinado por la Gestapo.

Moch se enfrentó a la labor ministerial más complicada que se había conocido tras la liberación. La huelga otoñal del carbón, sumada a la escasez de suministros que venía arrastrando el país desde el terrible invierno anterior, dejó al gobierno en una posición en extremo vulnerable. Los mineros del norte de Francia adoptaron un espíritu combativo cuando se ordenó a las tropas coloniales que interviniesen para proteger las minas de sabotajes; pero los *geules noires*, como se hacían llamar aquéllos, recibieron un empuje inesperado cuando los espahíes de la guarnición de Senlis apilaron sus fusiles en el andén de la estación de Lens y se negaron a recogerlos a pesar de las amenazas que proferían sus oficiales. El Ministerio del Interior envió al punto a la policía antidisturbios de la CRS para que se incautara de sus armas y los introdujese en un tren que los devolviera a su cuartel.

En el yacimiento de Bully se unieron a los sublevados unos treinta prisioneros de guerra alemanes ataviados con sus abrigos de color gris campaña en contra de la CRS. Los mineros capturaron algunas carabinas de las fuerzas policiales e hicieron prisioneros a tres miembros de las CRS. Al parecer, estaban tan asustados que no dudaron en contar a sus captores todo lo que sabían. Cierto veterano de la Resistencia se mostró indignado: «¿Sabéis que algunos de nuestros amigos murieron bajo tortura sin haber dicho una sola palabra?».[450] Los mineros los soltaron, aunque no sin antes sustraerles los documentos de identidad a fin de poder perseguirlos si rompían su promesa de no decir nada a sus superiores.

La idea de que los espahíes y los alemanes estuviesen ayudando a los mineros dio pie a grandes esperanzas en lo referente a la solidaridad internacional. La prensa del Partido Comunista alentó a sus seguidores a considerar esta batalla como el último empellón que se necesitaba para

derrocar un régimen tambaleante.

Cuando la huelga se tornó más seria y las familias de los mineros se quedaron sin dinero para comprar alimentos, el partido organizó la evacuación de sus hijos a diversos hogares comunistas. El minero que, haciendo caso omiso de la convocatoria de huelga, acudía a su puesto de trabajo, recibía el nombre de *canaripor ser jeune* («amarillo», y también «esquirol»). Lo más normal era que a su esposa le tendiesen emboscadas las de los huelguistas en el exterior de las tiendas.

Cuando Moch tomó posesión del cargo de ministro del Interior, el 24 de noviembre, se encontró con que no disponía de los agentes antidisturbios necesarios para controlar los diversos brotes de violencia. También pudo comprobar que había heredado un sistema centralizado en exceso, que en ningún momento se había diseñado para arrostrar emergencias simultáneas en varios puntos del país. La situación resultaba desesperante, aunque este hecho obligó al gobierno a adoptar una actitud valiente.

El Ministerio del Interior se hallaba sumido en el caos más absoluto. Moch debía mantener un contacto permanente con no menos de noventa prefectos de *départements*. Muchos de éstos, temiendo no obtener refuerzos del Ministerio del Interior, recurrían al general que comandaba su distrito militar y, sin siquiera informar a París, solicitaban la presencia de sus tropas. Tampoco faltaban los que, al recibir instrucciones de proporcionar ayuda a sus homólogos asediados, cuestionaban las órdenes o retrasaban su cumplimiento por si estallaba una revuelta en su propia zona. Durante la última semana de noviembre y la primera de diciembre, el Ministerio recibió una media de novecientos telegramas diarios. En un período de veinticuatro horas, según informó más tarde Moch a los prefectos, llegaron a contarse 2.302. Como quiera que la mayor parte de los mensajes estaban en clave, no resulta extraño que los encargados de descifrarlos estuviesen desbordados.

Moch contaba con un número tan reducido de efectivos que en determinado momento se vio enviando cuerpos de policía antidisturbios formados por menos de cincuenta hombres de un lugar a otro del país, para después hacer que regresaran de nuevo al punto de partida. La comisaría de Brive, verbigracia, acabó por recibir la ayuda de cincuenta hombres de una compañía que tenía su sede en Agen y cien destinados en el macizo Central. Aún más alarmante resultó el que, a despecho de las purgas llevadas a cabo por el predecesor de Moch, aún quedasen unidades de la CRS con tantos comunistas procedentes de los FTP que hubo de prescindir de ellas por no considerarlas dignas de confianza.

«Las huelgas se han debido —escribió en una serie de instrucciones destinadas a los prefectos— a que la situación económica ha proporcionado a la clase trabajadora motivos de sobra para quejarse.[451] El Partido Comunista ha dado muestras de gran astucia al explotar estas protestas legítimas a fin de poner en marcha un movimiento general con un carácter político e

internacional definido, que contaba entre sus objetivos principales con el de disuadir a los estadounidenses de brindar a Europa su ayuda económica.»[452]

La Embajada de Estados Unidos se mostró inquieta sobremodo ante la determinación de los líderes sindicales comunistas. El modo en que destrozaban los huelguistas la maquinaria de las fábricas a fin de asegurarse de que a los patronos no les serviría de nada contratar a esquiroles hacía evidente su resolución de sabotear la economía antes de que pudiese hacer efecto el Plan Marshall. James Bonbright, Douglas MacArthur hijo y Ridgway Knight rogaron a Caffery que colaborase en la financiación de Forcé Ouvriére, una escisión no comunista de la CGT; pero éste se negó a considerar una intervención tal en los asuntos internos de Francia. En realidad, acabaron por obtenerse fondos de otras fuentes, que se hicieron llegar a su destinatario por mediación del movimiento sindical estadounidense.

La atmósfera de violencia se hizo más sofocante. Henri Noguéres, editor del diario socialista *Le Populaire*, recibió de Moch la advertencia de que los comunistas podrían efectuar una incursión contra su periódico. Sabedor de que la policía parisina se encontraba demasiado falta de personal para poderle ofrecer una protección permanente, Moch le hizo llegar dos cajas de armas con la intención de que la plantilla del diario pudiese defender el edificio con sus propias manos.[453] También hubo personajes de relieve del Rassemblement gaullista que se sintieron en peligro de sufrir un ataque sorpresa. «El coronel [Palewski] duerme con una pistola enorme al lado de la cama —escribió Nancy Mitford a su madre—, y lo más terrible, como puedes imaginar, es que no tiene ni idea de manejar una arma.»[454]

Por causa de un curioso acaso del destino, pocos días después murió en un accidente una de las figuras destacadas asociadas con De Gaulle. El 28 de noviembre, un día de niebla en que no había faltado la nieve en París, llegó por la noche la noticia de que el general Leclerc, que tres años atrás se había encontrado al frente de los libertadores de la ciudad, había muerto en un accidente aéreo cuando contaba tan sólo cuarenta y cuatro años. No tardó en extenderse el rumor de que alguien había puesto azúcar en el combustible del aparato, y muchos compararon su muerte con la del general Sikorski. «No hay en París —escribió Nancy Mitford, generalizando en exceso— quien no esté convencido de que ha sido un acto de sabotaje que, además, ha perjudicado en gran medida a los comunistas.»[455] No cabe duda alguna de que se estaba haciendo eco del firme convencimiento del coronel.

Palewski, cuyo cuñado murió también en el accidente, había cenado con Leclerc una semana antes de su muerte, y aseguraba que Leclerc le había dicho aquella noche: «En estos momentos, todos estamos en peligro». También corrió la voz —casi con toda seguridad a partir de la periferia menos sensata del Rassemblement— de que Leclerc había inducido a De Gaulle a hacerse con el poder. El hecho de que *L'Humanité* dedicase tan sólo un par de líneas a dar cuenta de la muerte de Leclerc fue para los gaullistas una prueba suficiente de la responsabilidad que habían tenido los comunistas al respecto.

Cuando ocurrió la muerte de Leclerc, las operaciones relativas al orden público estaban adquiriendo un cariz cada vez más militar. El Ministerio del Interior se hallaba en contacto permanente con el de Defensa, con el que intercambiaba información y discutía las distintas opciones. Se reforzaron las tropas francesas destinadas en el norte a fin de evitar que los comunistas belgas cruzasen la frontera de manera subrepticia para sabotear las minas e impedir así su apertura. No obstante, ni siquiera el Ejército disponía de hombres suficientes para las tareas que se les habían asignado. En total, se había llamado a ciento dos mil reservistas de los reemplazos de 1946 y 1947 desde mediados de noviembre. Además, el Ejército francés había reagrupado a las tropas senegalesas que custodiaban a los prisioneros de guerra alemanes en otros nueve batallones listos para el despliegue. Sin embargo, estos refuerzos no se consideraron suficientes: el 30 de noviembre, el gobierno anunció que iba a volver a llamar a otros ochocientos mil reservistas de la quinta de 1943.

En París se había producido un número relativamente bajo de disturbios. En el 18.° *arrondissement* tuvo lugar una insurrección de poca importancia cuando un oficial del cuerpo de bomberos encabezó a trescientos comunistas en un intento de capturar la central telefónica. Antes del asalto, los comunistas, de los cuales muchos eran hijos de ferroviarios, destrozaron todos los teléfonos de que disponía en la zona la policía. Los que no fueron arrestados tuvieron que afrontar una enérgica reprimenda de sus superiores en el partido por haber actuado sin recibir orden alguna. Roger Leonard, comisario de policía, apenas podía creer la suerte que había tenido de que los comunistas no se hubiesen implicado en más aventuras de este estilo, pues tan sólo contaba con ciento cincuenta policías reservados para toda la ciudad.

La capital, por otra parte, era en especial vulnerable a la acción de las huelgas. Para los que trabajaban en el centro de París y habían de llegar allí en metro o mediante el suburbano, la vida se trocó en poco menos que intolerable. «El tren va abarrotado y tiene que parar a menudo, ya debido al sabotaje, ya a la acción de las mujeres y los hijos de los huelguistas, que se tumban en las vías.»[456] Los paros en los servicios públicos afectaban al correo, a la recogida de basura y al suministro eléctrico. Cocinar se había vuelto imposible; la electricidad se cortaba sin previo aviso, tal como había ocurrido durante el invierno anterior, y la presión del agua era tan baja que en los pisos superiores de los edificios ni siquiera salía un hilo de agua del grifo.

De cualquier modo, la verdadera amenaza se hallaba en el exterior de París. Moch pensó que era su deber elaborar un plan de contingencia que concentrara todos sus efectivos en la capital y las rutas que iban de ésta a El Havre, Bélgica, Lyon y Marsella. La zona del país que quedaba fuera de estos corredores en forma de y quedaría abandonada hasta que pudiese recuperarse un número suficiente de las tropas enviadas a Alemania.

El 29 de noviembre, el día posterior al accidente aéreo del general Leclerc, el palacio Borbón —acordonado por policías y militares— se convirtió en el escenario de las discusiones más virulentas de que hubiese sido testigo la Asamblea Nacional. El gobierno de Schuman presentó una serie de medidas concebidas para defender la República que incluía un proyecto de ley antisabotaje. El aire de tranquilidad de Robert Schuman impresionó a todos durante este tiempo. Y la actitud de Jules Moch no era menos resuelta. Era consciente de que tenía menos de una semana para dominar la situación del país. Si se desmoronaba el orden público, De Gaulle estaría en condiciones de hacer una jugada que podría soliviantar a los comunistas y sumergir el país en una guerra civil. Sin embargo, el general prefería esperar en un segundo plano mientras se veían las caras sus dos enemigos: los comunistas y el gobierno.

En el hemiciclo de la Asamblea Nacional, los comunistas insultaban a gritos a Robert Schuman y su gobierno. Así, se echaba en cara al primero el que hubiese servido al Ejército alemán durante la primera guerra mundial.

—*Boche*! —lo increpaba Duelos a voz en cuello.

—¿En qué bando luchó usted en 1914, señor primer ministro? —exclamaba Charles Tillon, uno de los amotinados en 1920 en el mar Negro.

—¡Prusiano! ¡Alemán! —vociferaba Alain Signor, autor de la servil misiva remitida a Stepanov al Kremlin.

El aluvión de insultos fue fluctuando en el transcurso de aquella sesión maratoniana. Los diputados de otros partidos tampoco se abstenían de lanzar sus pullas a los comunistas, a quienes recordaban la alianza entre Stalin y Hitler. De este modo, fueron saliendo a la superficie todo el resentimiento y las sospechas acumuladas desde la ocupación.

El domingo, 30 de noviembre, segundo día de la sesión, amaneció frío y neblinoso. Las calles de París estaban vacías. «Se diría que todo está tranquilo hoy —recogió en su diario el embajador británico—. No hace tiempo de revolución.»[457] Marie-Blanche de Polignac se negó a cancelar su tradicional salón musical del domingo por la noche.

El lunes también hubo niebla. Los aeroplanos no podían aterrizar ni despegar, de modo que, habida cuenta de la huelga ferroviaria, las valijas diplomáticas quedaron inmovilizadas. Desmoralizado por las comidas frías y la falta de agua y calefacción, Roger Martin du Gard no pudo menos de encontrar «siniestra» la atmósfera de la ciudad: anhelaba poder escapar a Niza, cosa que pensaba hacer en cuanto volvieran a funcionar los trenes. Nancy Mitford, que, como muchos, oscilaba entre la alarma y el desdén por los alarmistas, expresó su exasperación ante el modo en que informaba la prensa británica de los problemas franceses, no exento de cierta alegría del mal ajeno. «Le he dicho al hombre del *Times* —escribió a su hermana Diana — que tiene el deber de señalar que la sangre no ha llegado al río.»[458] La electricidad volvió a fallar, y el concierto de Artur Rubinstein programado para aquella noche hubo de celebrarse a la luz de las velas.

El tercer día de sesión de la Asamblea Nacional, Raoul Calas, diputado

comunista, subió a la tribuna para hablar. Hizo un llamamiento al Ejército para que no obedeciera a los asesinos del pueblo, lo que constituía de forma evidente una instigación al motín. Édouard Herriot, presidente de la Asamblea, puso en conocimiento de todos que era su deber mantener el respeto a la ley. Por ende, se aprobó una resolución para expulsar a Calas a despecho de las protestas de los comunistas. La sesión hubo de suspenderse en medio de una gran confusión.

De cualquier modo, Calas se negó a bajar de la tribuna, protegido por sus compañeros de partido, que se arracimaron en derredor para secundar su iniciativa. El punto muerto se prolongó así durante toda la noche. Poco antes de las seis de la mañana hizo acto de presencia el coronel Marquant, de la Garde Républicaine, con una orden de desalojar a Calas firmada por Herriot. Sin embargo, cada vez que el militar hacía ademán de avanzar hacia él, los comunistas rompían a cantar la *Marsellesa*, de modo que, al oír el himno nacional, había de cuadrarse y saludar. En cuanto dejaban de cantar, intentaba proseguir su camino, pero enseguida volvía a reanudarse el himno y él había de hacer el saludo de nuevo. Por fin, el coronel acabó por llegar a la tribuna y tomó a Calas por un brazo con suavidad. «Je cede a la forcé», señaló el diputado.

La sesión que se había abierto el 29 de noviembre no se levantó hasta el 3 de diciembre. Durante este tiempo, la balanza del poder se inclinó de forma decisiva en favor del gobierno. Ya habían comenzado a surgir indicios del final de las huelgas, pues los no comunistas regresaban a sus puestos de trabajo pese a las amenazas y la violencia de que eran víctimas. Entonces, en la madrugada del 3 de diciembre, un reducido grupo de mineros comunistas del norte acabó por destrozar su propia causa. Al oír que se dirigía hacia ellos un tren cargado de policías antidisturbios, y por iniciativa propia, decidieron sabotear la línea Lille-París, cerca de Arras. Sin embargo, en lugar de un ferrocarril policial, hicieron descarrilar el expreso París-Tourcoing. En el accidente murieron dieciséis personas, y treinta más sufrieron heridas de gravedad. Las noticias del desastre llegaron a la capital por la mañana. Por la tarde ya no quedaba tráfico en los Campos Elíseos, y la ciudad parecía hallarse en estado de sitio, con policías armados apostados en cada uno de los cruces del centro.

Cuando se conoció la noticia en la Asamblea Nacional, los diputados comunistas no expresaron pesar alguno por las víctimas. En lugar de eso, acusaron al gobierno de haber llevado a cabo el sabotaje y compararon el incidente con el incendio del Reichstag, que provocaron los nazis para culpar a los comunistas. La táctica no los benefició en absoluto. Hasta el lugar del accidente habían llegado a toda prisa las cámaras de los noticiarios. Las lentas panorámicas que tomaron de los restos proporcionaron crudas imágenes en blanco y negro de vagones destrozados en cuyo interior podían verse los cuerpos machacados. El comentarista hablaba, con la voz teñida de

indignación, de un «abominable ataque» perpetrado por «criminales anónimos». El noticiario, proyectado en los cines de todo el país, tuvo un efecto muy poderoso. El descarrilamiento del expreso jugó en favor del gobierno de un modo inimaginable.

El día anterior a que se levantase la sesión de la Asamblea, Maurice Thorez se dirigió al norte para hablar a los mineros de Hénin-Liétard y hacer por conservar su respaldo. En ningún momento mencionó el descarrilamiento. Durante su ausencia explotó una granada —alemana— en el jardín de su residencia de Choisy-le-Roi. Lo más seguro es que constituyese un intento de desviar la atención de las víctimas del accidente ferroviario.

Tal vez el efecto más decisivo de aquel desastre fuese la división que provocó entre los huelguistas en torno a la cuestión del empleo de métodos violentos. Los carteros, que acababan de volver a trabajar, recibieron protección policial. Otros trabajadores, que seguían secundando el paro, se vieron sometidos a la creciente presión de sus esposas, que los instaban a regresar a sus puestos antes de las Navidades. Tras el accidente se extendió con mayor celeridad aún el recelo que muchos profesaban a las intenciones del Partido Comunista y que demostró no ser infundado. Poco antes de morir, en 1993, Auguste Lecoeur admitió flemático al ser entrevistado por el realizador Mosco que los planes para sabotear la economía francesa y dividir Francia en lo político no eran sino parte de «la lucha contra el imperialismo estadounidense».

Cada vez era mayor el número de obreros que se sentía utilizado por los comunistas con fines políticos y exigía la convocatoria de votaciones secretas en las que se dirimiese si seguir o no con la huelga. En un principio, los comunistas lograron contenerlos por medio de la intimidación; pero durante la segunda semana de diciembre, la presión llegó demasiado lejos. «En estas circunstancias —escribió Moch en las instrucciones remitidas a los prefectos —, a los directores comunistas del CGT no les quedaba otra alternativa que iniciar una estrategia de retirada o sufrir una derrota total. Si hubiesen tardado otras cuarenta y ocho horas en dar la orden de que se volviera al trabajo, habrían perdido todo el control que poseían sobre los afiliados del CGT. El final de la huelga, en consecuencia, debe considerarse una retirada de los comunistas que les ha supuesto una derrota seria, pero no definitiva.»[459]

Las exequias del general Leclerc se habían programado para el día 8 de diciembre, e iban a celebrarse en Nôtre-Dame. El acto había adquirido, dadas las circunstancias, un fuerte cariz político. «Todos los muchachos de Leclerc están afluyendo a la ciudad —indicó en una carta Nancy Mitford a su hermana — en algo semejante a una movilización. A Nôtre-Dame acudirán dos mil.»[460]

El presidente Auriol y la mayor parte del cuerpo diplomático estuvieron también presentes. «La ceremonia fue magnífica, digna de encomio —escribió Duff Cooper en su diario—; aunque los doce desdichados ataúdes que acompañaban a la figura central quedaron a la sombra de su grandiosidad sin

siquiera sacar provecho de ella. Uno no podía menos de lamentar su presencia al tiempo que sentía una compasión doble por ellos. El funeral de un hombre constituye su última aparición, conque debería tener todo el escenario para sí.» El embajador británico guió después al cuerpo diplomático a pie desde Nôtre-Dame a Les Invalides bajo dos chaparrones nada despreciables. La pérdida de Leclerc se sentiría sobre todo en la dirección de la política francesa en Indochina, por cuanto era uno de los pocos realistas que quedaban en los cuadros superiores. La insistencia con que había aconsejado que se negociase la independencia con Ho Chi Minh había enturbiado su relación con el almirante D'Argenlieu, su superior. Los políticos de París, incluidos los del Partido Socialista, se habían sentido en la obligación de respaldar a este último, sin llegar a darse cuenta siquiera de lo mucho que había cambiado el mundo.

La última huelga se vino abajo la mañana del 10 de diciembre. El titular de *L'Humanité* («Esta mañana han vuelto al trabajo 1.500.000 combatientes como una pina») suponía un intento desesperado de presentar la derrota como algo semejante a una victoria. En las calles de París aún se amontonaba la basura.

Aquella noche, Duff y Diana Cooper ofrecieron un baile de despedida en la Embajada Británica, «celebración que habría sido inimaginable hace una semana».[461] Nancy Mitford señaló en una carta a su madre que la Embajada había recibido seiscientas confirmaciones «a pesar de que hace una semana que no se reparte el correo».[462]

Churchill llegó en avión procedente de Londres la mañana de la fiesta. Hacía un día espléndido. La noticia de su visita hizo que se congregase toda una multitud en el exterior de la embajada, en la rué du Faubourg Saint-Honoré, y pidiese a coro su presencia. Cuando salió para dirigirse a la concurrencia en su inimitable versión del idioma francés, fue objeto de una sonora ovación, «algo que siempre agradece», según anotó su anfitrión con divertida solemnidad.

El baile comenzó a las diez y media. A él asistió casi la totalidad del cuerpo diplomático, con la «obvia excepción» de los embajadores ruso, polaco y yugoslavo.[463] Churchill entró, con una sonrisa de oreja a oreja, frac y todas sus condecoraciones, en el salón en el que habían contraído matrimonio sus padres, lord Randolph Churchill y Jenny Jerome. Del brazo llevaba a la hermosa Odette Pol Roger, ataviada con un espectacular vestido de satén rojo.

Los invitados recorrían presas de la admiración las salas de altos techos y profusos dorados. Al igual que Churchill, todos los hombres iban cargados de condecoraciones, de tal modo que las cintas y los fajines resaltaban sobre el frac negro y el chaleco almidonado. Diana Cooper había invitado a varios amigos diseñadores —Dior, Balmain, Rochas y Molyneux—, que se pasaron la noche mirando sus propias creaciones y las de los demás con ojo crítico.

Susan Mary Patten vestía un modelo de Schiaparelli de «tupido gorgorán

color marfil con un enorme polisón, muy al estilo de *El abanico de lady Windermere*». Christian Dior se inclinó ante ella para declarar: «Uno de los vestidos más admirables que he visto en mi vida. Ojalá fuera mío».[464]

Los gaullistas que se hallaban presentes aquella noche, como era el caso de Gastón Palewski y Pierre de Bénouville, hicieron patente el orgullo que les había producido la declaración que había hecho John Foster Dulles el día de antes y que afirmaba que De Gaulle era «el próximo hombre de Francia». Dulles había llegado incluso a hacer cuanto estaba en sus manos por no hacer caso de Bidault durante la conferencia de Londres. Jefferson Caffery fue sólo uno de los muchos que se mostraron exasperados ante una intervención tan poco prudente en la política francesa. Un mensaje así de apoyo a De Gaulle habría resultado oportuno en 1944; en diciembre de 1947 no equivalía a otra cosa que a un insulto dirigido a Schuman y Moch, que habían actuado durante las dos semanas y media precedentes con una resolución y una energía admiradas incluso por Malraux y Palewski.

Susan Mary Patten no pudo menos de avergonzarse cuando se acercó a ella el dramaturgo Henri Bernstein para decirle a muy poca distancia de Robert Schuman: «Gracias a Dios, han acabado ustedes, los estadounidenses, por declararse en favor de De Gaulle. ¡Bravo por el señor Dulles!».

Tal vez aguijado por el encomio de Dulles a De Gaulle, Jules Moch se aseguró de que Estados Unidos apreciara los esfuerzos que estaba haciendo su gobierno por defender el orden de la República. Con todo, su principal objetivo era presionar a los estadounidenses para que acelerasen la ayuda financiera que pensaban prestar a Francia antes de que volviesen a surgir tensiones sociales. En el caso de Caffery, claro está, no hubo de afanarse, pues el embajador ya estaba convencido de su aptitud. Los informes que enviaba a Washington ponderaban las «medidas valientes y enérgicas tomadas por Moch, que están logrando fortalecer el gobierno y su propio prestigio personal».[465]No obstante, también creía firmemente que si no se hubiese anunciado el Plan Marshall, el gobierno de Schuman nunca habría sido capaz de inspirar en sus funcionarios y colegas políticos la determinación suficiente para hacer frente a los violentos ataques de los comunistas.

El ministro del Interior, de cualquier modo, no se durmió sobre sus laureles durante los meses que quedaban de aquel invierno: bombardeó a los prefectos con informes y planes para mejorar el aparato de seguridad de todo el país. La Instrucción de Orientación Política n.° 1, del 26 de diciembre de 1947, exponía los antecedentes de las recientes huelgas. En ella, Moch advertía de que la mayoría de la población seguía sufriendo penalidades, y de que los comunistas intentarían aprovechar la situación. Las autoridades civiles, por ende, debían estar preparadas para arrostrar nuevas revueltas al año siguiente, tal vez entre mediados de febrero y mediados de marzo, por cuanto sería ése el período de mayor escasez de alimentos y carbón. (En realidad, la siguiente oleada seria de disturbios no se produciría hasta junio.)

Moch aceleró el plan de eliminar a los comunistas de la policía parisina y de la CRS concebido por su predecesor, con tanto éxito que logró invertir por completo la balanza. Llegado el verano de 1948 había, según los cálculos, diecinueve mil policías anticomunistas de los veintitrés mil de que disponía la capital. El Ministerio del Interior, mientras tanto, había modificado la distribución del cuerpo de antidisturbios por el país, de tal manera que se destinaron más efectivos cerca de las principales zonas de peligro: los yacimientos de carbón del norte y los centros industriales más extensos del este. Moch solicitó también al Ministerio de Defensa la formación de nuevas brigadas de Gardes Républicaines de la gendarmería. En las regiones críticas, el Ejército debía colocar batallones de infantería a modo de reservas permanentes para misiones de seguridad.

La idea de establecer comandantes de regiones militares con poder le repugnaba. Decía que quería evitar «las desventajas psicológicas y políticas que iban ligadas a menudo a la declaración de la ley marcial».[466] Sin embargo, tampoco confiaba en nadie más que pudiese dominar las sublevaciones civiles, pues en este sentido no podía contar, ni mucho menos, con el Ministerio de Defensa. Ni él ni Robert Schuman perdieron de vista en ningún momento el hecho de que el único modo de reducir el poder de los comunistas consistía en una verdadera mejora de los niveles de vida, lo que dependía sobre todo del Plan Marshall.

25 El apogeo de Saint-Germain-des-Prés

Los bares, *bistros* y cafés de París llevaban mucho tiempo haciendo las veces de incubadoras intelectuales, aunque nunca en la medida en que lo fue Saint-Germain-des-Prés tras la guerra. En tan sólo dos kilómetros cuadrados de la ciudad se había concentrado una extraordinaria selección de talentos en una época en la que el intercambio y la profusión de ideas parecían tener más interés e importancia que en ninguna otra, y en la que todas las artes semejaban a punto de emprender un nuevo viaje. Todo esto no habría sido posible sin la existencia de lugares en los que la gente pudiera reunirse, hablar, discutir y escribir desde por la mañana hasta altas horas de la noche.

Las ideas eran nuevas, pero el escenario del café resultaba familiar de un modo tranquilizador. Con independencia de que el suelo fuese de madera o embaldosado, los ceniceros triangulares anunciasen Byrrh o Dubonnet, los carteles de las últimas obras de teatro y exposiciones estuviesen fijadas con chinchetas en la puerta o con alfileres en los visillos, el olor era siempre el mismo: a un tiempo cálido y sociable, construido a través de los años por la acción de cuerpos aseados de un modo no muy perfecto, del humo del tabaco Caporal y del vino barato. Entrar en un café conocido era como volver a casa.

La vida en este tipo de establecimientos de Saint-Germain seguía determinadas convenciones. Sartre observó que «la gente entraba y se encontraba con que conocía a todo el mundo. Todos conocían los más mínimos detalles de la vida privada de sus vecinos, pero ni siquiera se molestaban en decir *bonjour*, como hubieran hecho de inmediato si se hubiesen encontrado en cualquier otro lugar».[467]

Antes de que los efectos de su fama le impidieran concentrarse, Sartre acostumbraba trabajar en el Café de Flore tres horas por la mañana y otras tres por la tarde. La sesión matinal comenzaba cuando atravesaba la puerta a la carrera, con los bolsillos llenos de libros y papeles. Entonces se dirigía por entre las mesas hasta su favorita, situada en un rincón, y, tras sentarse, encender su pipa y echarse al coleto un par de coñacs mientras distribuía sus papeles, comenzaba a escribir.

En un principio, el propietario del café, Paul Boubal, desconocía por entero la identidad de su cliente. A menudo acudía al establecimiento con una mujer de cabello oscuro que escribía también, en la misma esquina, aunque en una mesa diferente. Ambos se marchaban a las doce para volver después de almorzar y trabajar en la sala situada en la primera planta hasta la hora de cerrar.

Cierto día se recibió una llamada telefónica para monsieur Sartre. Boubal, que tenía un amigo llamado Sartre, informó a la persona que esperaba al otro lado de la línea de que no se encontraba en el café. Ante la insistencia de ésta,

Boubal preguntó en voz alta en el local, a lo que se levantó el hombrecillo de la pipa y las gafas de cristal de roca. «Desde ese momento nos hicimos amigos, y a menudo charlábamos por las mañanas. Más tarde, las llamadas de teléfono se multiplicaron de tal forma que me pareció necesario instalar otra línea sólo para él.»[468]

La *famille Sartre* y la *bande Prévert* frecuentaban tanto el Flore como el Deux Magots. Éste había tenido su gran momento en el período de entreguerras, cuando, a decir de Vercors, el café estaba tan lleno de artistas, políticos y hombres de letras célebres que resultaba casi imposible encontrar un sitio libre, sobre todo cuando los jóvenes discípulos aparecían con sillas para sentarse alrededor de las diminutas mesas en dos y hasta tres filas a fin de no perder detalle de la conversación de las grandes figuras. Con todo, a finales de los años treinta el Flore había congregado también a un impresionante grupo de parroquianos entre los que no sólo se encontraba la *bande Prévert*, sino también André Bretón, Picasso y Giacometti. Cuando la tarde tocaba a su final, no era extraño que la clientela pusiese rumbo al Deux Magots, donde podía disfrutar de lo que quedaba de la luz del sol.

Cuando no estaban en el apartamento de Marguerite Duras, los comunistas frecuentaban el Bonaparte, sito en el lado norte de la plaza de Saint-Germain, por donde pasaban los músicos de camino al Royal Saint-Germain, frente al Deux Magots, en el lado sur del bulevar. Caída la noche, cobraban vida otros lugares como la Rhumerie Martiniquaise, el Bar Vert y el bar del hotel Montana.

El centro de esta vida de los cafés se hallaba en el cuadrado que se extendía entre el Deux Magots y la vetusta abadía de Saint-Germain-des-Prés, reconstruida en buena parte. Los límites de este *quartier* estaban claramente definidos: al este, el bulevar Saint-Michel; al oeste, la rué des Saints-Péres; al norte, los *quais* del Sena, y al sur, la calle de Vaugirard. Las estrechas calles, aún adoquinadas, se introducían con suavidad por entre las altas casas que se inclinaban a un lado y a otro. Los tejados, los estucados, los ladrillos, los adoquines, los postigos y la pintura conferían al lugar todos los tonos de gris imaginables, desde el del cinc hasta el del hollín. De cuando en cuando, si estaba abierta la puerta de alguna *porte cochére*, podía vislumbrarse un patio con arbustos y geranios en macetas. De lo contrario, los únicos tonos verdes los proporcionaban las hojas de los plátanos de sombra que poblaban los anchos bulevares.

Como quiera que se consideraba un rasgo burgués el tener un apartamiento, los jóvenes intelectuales vivían en hoteles ruinosos que se convirtieron en el símbolo de la vida desarraigada y alejada del materialismo que llevaban los existencialistas. El Louisiane, en la rué de Seine; el Montana y el Crystal, en la Saint-Benoit; el Pont-Royal, en la Montalambert, o el Madison, en la plaza Jacques Copeau, eran lugares económicos que ofrecían poco más que una cama y un aguamanil. El conserje —las más de las veces la misma propietaria del establecimiento—, ser iracundo apostado tras el mostrador de recepción,

era un personaje al que había que temer y apaciguar, más aún si uno iba atrasado en el pago de su habitación. A Juliette Gréco le producía tanto miedo la dueña del Louisiane que apenas si se atrevía a pedir su llave o su correo. Con todo, estos hotelitos tenían el ambiente feliz y familiar propio de una residencia universitaria.

Dado que en la mayoría de estos establecimientos estaba terminantemente prohibido cocinar en las habitaciones, los *bistros* cobraron gran importancia en la vida de Saint-Germain. En el Cheramy, Le Catalán, el Petit Saint-Benoít, Les Assassins, L'Escapule, etc., todos se conocían, si no en profundidad, sí al menos para intercambiar un: *Bonjour, ça va*?, en la calle o compartir citas de los *Ejercicios de estilo* de Raymond Queneau. Esta obrita de arte constituía una brillante demostración de la versatilidad del lenguaje, amén de ser uno de sus libros más divertidos y al alcance de todos.

A despecho del frío y la falta de dinero, los minúsculos teatros de Saint-Germain, como el Théátre de la Poche, el Vieux-Colombier, la Huchette y Les Noctambules, florecieron en aquella época. En ellos se daba vida al *anti-théátre, le théátre de l'absurde, le théátre révolutionnaire, le théátre des idees*, «más ideas que teatro», según la crítica rezongona del especialista Jean-Jacques Gautier. Una de los dramaturgos más originales e ingeniosos de la escena de posguerra era Jacques Audiberti. Sus obras eran célebres por la fertilidad de su lenguaje, que lograba ser musical sin apartarse de lo cotidiano.

Estas pequeñas producciones funcionaban a modo de cooperativas en las que los actores hacían también las veces de tramoyistas y cosían los trajes, barrían el teatro y pintaban los decorados. En ocasiones, no era difícil convencer al «manitas» de la esquina para que preparase a la carrera un escenario o improvisara otro foco. En cuanto al público, se trataba de gente que llevaba la misma vida bohemia que los actores y, de un modo u otro, encontraba el puñado de francos que necesitaba para aplaudir a un amigo o ver el última montaje del que todos hablaban.

La juventud de Saint-Germain vivía de café, emparedados, cigarrillos, vino barato y préstamos nada cuantiosos procedentes de algún amigo. Era fácil reconocer a los varones por la camisa de tejido escocés a la estadounidense, el rapado cuartelero y las zapatillas de deporte. El tartán era el tejido más solicitado en los años cuarenta, en tanto que en los crudos inviernos que siguieron a la liberación, la *canadienne* —una chaqueta de fieltro concebida para los leñadores— gozaba de la doble ventaja de ser cálida y de aspecto proletario. Las mujeres ya no llevaban el pelo recogido por encima de la frente: se habían puesto de moda los flequillos y la melena larga y suelta. En cuanto al vestido, se estilaban las blusas y los jerséis ceñidos y de cuello vuelto, las faldas negras y cortas y las zapatillas de ballet. Después de 1946 se fue imponiendo el negro como color de moda para ambos sexos.

El rostro y la voz que vinieron a personificar a la juventud de finales de los años cuarenta fueron los de una actriz sin experiencia llamada Juliette Gréco.

Su padre era comisario de policía de Montpellier y su madre había estado en un tris de perder la vida en el campo de concentración de Ravensbrück. Juliette había llegado a Saint-Germain en 1943. Durante un tiempo militó en la organización juvenil comunista y vendió su periódico; pero acabó por abominarla. En cuatro años no había visto avanzar su carrera interpretativa, aunque más adelante habría de convertirse en el mascarón de proa de la juventud corrupta parisina sin llegar a perder el aire inocente, ingenuo, que la hacía tan atractiva. Cuando Christian Bérard diseñó para ella un par de pantalones de tartán ribeteados de visón a la altura de los tobillos, Gréco preguntó qué era el visón.

Entró a formar parte de *la famille Sartre* por mediación de Maurice Merleau-Ponty, hombre tranquilo de poderoso encanto a quien Boris Vian describió como «el único filósofo que sacaba a bailar a las mujeres». A Gréco le llamaba la atención el modo en que los camareros del lugar predilecto de él estaban acostumbrados a quedarse con su encendedor hasta que podía pagar lo que debía. Una noche, en el Bal Négre de la calle Blomet, se la presentó a Sartre y a Simone de Beauvoir. La actriz encontró al filósofo una persona accesible. «Tenía un gran talento para los chistes y le resultaba muy fácil hablar con los jóvenes», amén de contestar cualquier pregunta que se le formulara. Simone de Beauvoir, por su parte, tenía «un aspect plus difficile».[469] En la mesa de Sartre y De Beauvoir se sentaba también una muchacha pelirroja con un conjunto de terciopelo negro llamada Anne-Marie Cazalis.

Cazalis era poetisa. También era dura y ambiciosa. Boris Vian la juzgaba semejante a una cabra «por su risa y su expresión maliciosa, algo obstinada, pero siempre diabólica». Simone de Beauvoir le profesaba una gran desconfianza, pues, según afirmaba, «llevaba el chismorreo a extremos indecentes».[470] Gréco, a quien Cazalis brindó su protección, la describe como una mujer «llena de ideas ingeniosas y una imaginación fantástica, aunque maquiavélica».[471] No hubo de pasar mucho tiempo antes de que las dos compartiesen habitación en el hotel Louisiane y fuesen conocidas por «las musas de Saint-Germain-des-Prés». Gréco describe su vida en aquellos días como «une période nocturne mais lumineuse».[472]

El mejor jazz en directo de París era el de la banda Claude Luter, conocida como Les Lorientais, que actuaba en el club homónimo, situado en el sótano del Hotel des Carmes. Habían empezado tocando en *surprise-parties* durante la ocupación, y se trasladaron al citado hotel en junio de 1946 en calidad de poco más que entusiastas aficionados que tocaban tan sólo entre las cinco y las siete de la tarde.

Aun después de hacerse famosos, Luter y su banda seguían actuando en fiestas celebradas por sus amigos, como la que se organizó con motivo del regreso de Simone de Beauvoir de Estados Unidos en febrero de 1947. Era lo que Michel Leiris y Sartre gustaban de llamar un festival. Boris Vian se encargó del bar, que servía demoníacas mezclas alcohólicas. Giacometti se

quedó dormido, tal vez a consecuencia de éstas, y cuando los organizadores recogieron el lugar tras la fiesta, alguien encontró un ojo de cristal en el piano.

Vian era tal vez quien poseía más talento de los jóvenes *Germano-pratins*. Había recibido la formación propia de un ingeniero, aunque también era escritor, novelista, poeta, fanático de los coches y trompetista de jazz, y su obra —tanto musical como literaria— gozaba de la admiración de Sartre, Prévert y Queneau. Los de 1946 y 1947 fueron para él dos años de frenética actividad. Amén de tocar la trompeta en la banda de Claude Abadie, tenía una sección en *Jazz Hot*, en la que no sólo escribía de música, sino también acerca de la ignorancia, la injusticia, el racismo y los horrores de la guerra. Vian no era un intelectual (fingía estar convencido de que Heidegger era una nueva marca de tractor austríaco), aunque Sartre reconoció en él de inmediato a un *écrivain engagé*. Durante un breve período escribió también una columna para *Les Temps Modernes* titulada «Chronique du Menteur». La amistad de ambos se deterioró cuando Sartre comenzó la que iba a ser una larga aventura con Michelle, la esposa de Vian, a pesar de que, a la sazón, el matrimonio de éste estaba en las últimas.

Escupiré sobre vuestra tumba, la tercera novela de Vian —y la más escandalosa—, salió a la luz en noviembre de 1946. Apareció bajo el pseudónimo de Vernon Sullivan, un supuesto joven estadounidense a quien el autor decía haberse limitado a traducir. El libro, escrito en quince días, constituye una obra dura, enojada e iconoclasta acerca de la venganza erótica de un hombre negro sobre la raza blanca no exenta de escenas de asesinato y sexo explícito. La prensa se mostró indignada, el libro se convirtió en un clamoroso éxito de ventas y Vian mantuvo su anonimato durante tanto tiempo como le fue posible. Pero en abril de 1947, la campaña en contra de la novela se tornó seria cuando un hombre asesinó a su amante en un remedo de una escena sacada de *Escupiré sobre vuestra tumba*. Por si esto fuera poco, el asesino dejó un ejemplar abierto por la página exacta, con la escena subrayada, antes de apuntarse a sí mismo con la pistola. Vian se vio obligado a reconocer finalmente la autoría del libro, que fue prohibido. Asimismo, las autoridades le impusieron una multa de cien mil francos.

Por la noche no había ningún sitio al que se pudiese ir en Saint —Germain-des-Prés si no eran los cafés. Gréco y Cazalis frecuentaban, junto con sus amigos, el Bar Vert, sito en la calle Jacob, hasta más o menos la una de la madrugada, que era cuando cerraba. Entonces se creaban grupitos apiñados en el exterior, que golpeaban los pies contra el suelo para entrar en calor mientras encendían el último cigarrillo antes de separarse.

Sólo había un establecimiento que tardase más en cerrar que el Bar Vert: el Tabou, un cafecito situado en la calle Dauphine que servía café y cruasanes hasta bien entrada la madrugada. En 1946 se convirtió de forma progresiva en refugio de insomnes y noctámbulos, entre los que no faltaban Cazalis, Sartre, Camus, Merleau-Ponty y el cineasta Alexandre Astruc.

Bernard Lucas, del Bar Vert, persuadió a los propietarios del Tabou a dejarle disponer del sótano de su local. Se trataba de una sala en forma de túnel, de unos quince metros por ocho, con paredes de ladrillo visto que se curvaban para formar un techo abovedado a escasa distancia del suelo. Lucas instaló una barra, un piano a medio afinar, un gramófono y un puñado de mesas y sillas. Le puso por nombre Le Tabou, como el café de arriba, y delegó la labor de hacerlo popular y encargarse de la barra en Gréco, Cazalis y Marc Doelnitz, un actor joven, inquieto y pelirrojo, jaranero insaciable procedente de una familia muy bien situada, lo que le permitía sentirse tan en casa en la orilla derecha del Sena como en la izquierda.

La elección de Lucas había sido acertada: en el interior de todo grupo de personas hay siempre un reducido grupo de miembros que, de un modo u otro, personifican su espíritu. Doelnitz, Gréco y Cazalis se hallaban en el centro de la vida de Saint-Germain, y lo sabían muy bien. Le Tabou se inauguró el 17 de abril de 1947. Al cabo de pocas noches había logrado despertar un entusiasmo nada despreciable, a lo que habían colaborado en gran medida las sesiones de jazz improvisado y baile desmedido. Boris Vian tocaba a veces la trompeta. Entonces todos sabían que era el autor de *Escupiré sobre vuestras tumbas*, y este hecho confirió a Le Tabou una reputación aún más subversiva. Aquel establecimiento atestado de eufóricas parejas sudorosas y denso por el humo no tardó en convertirse en el único lugar que abría hasta más tarde de la medianoche en Saint-Germain. «El formar parte de la propia estructura de la vida *Germano-pratin* proporcionaba un satisfactorio sentido de superioridad», escribió Doelnitz.[473]

Apenas había pasado un mes de su inauguración cuando apareció un artículo, por instigación de Cazalis, que hizo que todo París supiese —escandalizado— de Le Tabou y sus *habitúes*. Este escrito ilustrado vio la luz el 3 de mayo de 1947 en *Samedi-Soir*, encabezado por el siguiente titular: «Así viven los trogloditas de Saint-Germain». La fotografía principal mostraba a un joven despeinado (Roger Vadim) que sostenía una vela encendida y a una muchacha vestida con pantalones y con la cabeza llena de telarañas (Juliette Gréco), descritos como «dos pobres existencialistas». Estos jóvenes «existencialistas», según escribió el periodista Robert Jacques, vivían en los sótanos de noche y estafaban a sus caseras por el día. «Dilapidan sus vidas bebiendo, bailando y amando en las bodegas, y seguirán así hasta que caiga sobre París la bomba atómica (algo que anhelan con perversa fruición).»[474]

Sin llegar a decirlo de modo explícito, el *Samedi-Soir* daba a entender sin grandes dificultades que a sus bailes enérgicos, sus vestidos negros y su estilo de vida propio de indigentes había que sumar el que los existencialistas se entregasen a prácticas sexuales desenfrenadas. Con todo, la vida de la mayor parte de los jóvenes *Germano-pratins* era sorprendentemente casta. Así lo creía, sin duda alguna, un mujeriego incorregible como Sartre, que describía el baile del *jitterbug* como «una forma violenta de ejercicio, a un tiempo

despreocupado y saludable, que les reporta un enorme bienestar físico y los deja demasiado cansados para albergar pensamientos lascivos».[475] De cualquier modo, cabe pensar que Sartre estaba intentando restar importancia a todo el fenómeno de Saint-Germain, del que la prensa parecía querer responsabilizarlo. Lo acusaban de alentar el crimen y el suicidio entre los jóvenes. Los ataques contra su persona llegaron a ser tan virulentos que la revista *Combat* llegó a publicar un artículo con el irónico título de: «¿Habría que quemar a Sartre en la hoguera?».

A lo que sí presentaron objeciones Sartre y su círculo fue al empleo que hacía el artículo del término *existencialista*, que había pasado, de la noche al día, de representar un conjunto de ideas filosóficas a denominar de un modo genérico a fanáticos del jazz y el bebop. Esto se debió en parte a los jóvenes amigos de Sartre, que se describieron a sí mismos en el *Samedi-Soir* como «existencialistas».

El efecto más inmediato del artículo fue convertir Le Ta-bou y a sus exóticos moradores en una atracción turística. El local se tornó aún más frenético; el gramófono se sustituyó por una banda, y los curiosos y amantes de la moda bajaban como podían las estrechas escaleras a fin de ver a los «existencialistas». Los turistas regresaron a casa escandalizados de un modo delicioso después de una noche concreta en que competían muchachas en bikini por el título de «Miss Tabou».

El Partido Comunista francés comenzó a considerar que el fenómeno del existencialismo constituía una amenaza de primer orden a su propio influjo sobre la juventud del país. Maurice Thorez había criticado la escritura existencialista por juzgarla «la expresión de una burguesía putrefacta», y cualquier profano que pensase que los jóvenes rebeldes pseudoexistencialistas de Saint-Germain-des-Prés podían calificarse de comunistas habría arrancado una amarga carcajada a un estalinista convencido. Los rígidos puritanos comunistas estaban persuadidos de que los jóvenes deberían ver *El acorazado «Potemkin»* en lugar de abandonarse a las corruptas importaciones estadounidenses. Los informes de Moscú revelan una verdadera consternación y un gran enojo ante la idea de que la juventud parisina pudiese hallarse cautiva de tantos aspectos de la vida norteamericana. Dos periodistas soviéticos que aseguraban haber visitado Le Tabou escribieron más tarde en la *Literary Gazette*: «Aquellos jóvenes sumidos en la pobreza viven en la miseria y piden a quien se les acerca que pague sus bebidas. Se trata de una mocedad que se regocija en la más vulgar de las sexualidades».[476]

El ascenso meteórico de Le Tabou sólo puede compararse a la velocidad de su caída. Las autoridades hubieron de atender un número cada vez mayor de quejas a causa del ruido y otras alteraciones, por lo que acabaron por obligar al establecimiento a cerrar a medianoche. En consecuencia, pronto se vio más lleno de turistas que de *Germano-pratins*. Su época de esplendor no había llegado al año, pero sus efectos fueron más allá. Así, en diferentes partes de Francia surgieron establecimientos a imitación de Le Tabou, desde Toulouse,

al suroeste, hasta Charleville, en las Ardenas.

En la capital no tardaron en aparecer diversos locales que ocuparon su lugar. Marc Doelnitz recibió el encargo de decorar y lanzar el Vieux-Colombier en el sótano del teatro homónimo. En junio de 1948 se inauguró el Club Saint-Germain. Boris Vian se unió a Marc Doelnitz para hacer de éste la atracción más novedosa de las ciudad. Todos los grandes músicos de jazz que pasaban por París —incluidos Duke Ellington, Charlie Parker y Miles Davis— acudían allí en calidad de invitados de Vian.

En verano de 1948, la invasión turística de Saint-Germain-des-Prés se había convertido en una realidad incontestable. Los curiosos llegaban al Café de Flore y pedían que les enseñaran la mesa de monsieur Sartre (quien hacía mucho que había huido al bar del Pont-Royal). Janet Flanner describió el lugar como «un *drugstore* para chicas monas del interior con téjanos azules poco favorecedores y sus ligues de los estados centrales, que se han dejado crecer la apresurada barba propia de un estudiante de Bellas Artes».[477] [478]

Aquel otoño, las orillas izquierda y derecha del Sena se reunieron en torno a una nueva empresa: el ballet *La Rencontre*, que comenzó a representarse ante un público nutrido en el Théátre des Champs-Élysées. Se trataba de una versión de la historia de Edipo y la Esfinge. Lichine se había encargado de la coreografía; Henri Sauguet, de la música, y Sartre, de la descripción del programa. El ballet estaba ambientado en un circo tan colosal como lúgubre, y el decorado era uno de los últimos que logró completar Bérard antes de su muerte, que acaecería a principios del año siguiente. La Esfinge, apostada en una plataforma elevada bajo un trapecio, estaba interpretada por Les-lie Carón, vestida con una malla negra, que saltó así a la fama a la edad de diecisiete años.

Alexandre Astruc trató también de adaptar una tragedia griega, en este caso al cine, con *Ulysse, ou les Mauvaises Rencontres*. Se rodó en el Vieux-Colombier, durante los meses fríos y neblinosos de 1948, y la relación de participantes constituye un homenaje a una época en la que la gente de éxito no dudaba en participar en una aventura por el mero hecho de encontrarla curiosa o divertida. Jean Cocteau hizo el papel de Hornero, Simone Signoret era la Penélope del Ulises interpretado por Marc Doelnitz y Juliette Gréco actuó como Circe. Jean Genet iba a hacer del Cíclope, pero acabó por retirarse, y el propio Astruc se vio obligado a quedarse con el papel. No hubo ensayos, y «Astruc era el único que comprendía lo que estaba pasando».[479]

Gréco aún no había cantado nunca de modo profesional, y seguía considerándose actriz. Con todo, Anne-Marie Cazalis estaba convencida de que debía dedicarse a la canción, y así se lo indicó a Sartre una noche, cuando regresaban a pie de una cena. El filósofo no pudo menos de reírse antes de contestar: «Si quiere cantar, debería hacerlo». La aludida, que caminaba por delante de ellos, les aseguró por encima del hombro, irritada por el tono de su conversación, que no tenía intención alguna de dedicarse a cantar. Cuando Sartre quiso saber el porqué, ella repuso:

—No sé cantar. Y además, no me gustan las canciones que se oyen por la radio.

—Y si no te gustan ésas, ¿cuáles son las que te gustan?

Ella mencionó los nombres de Agnés Capri e Yves Montand. Sartre zanjó la conversación diciendo:

—Ven a verme mañana, a las nueve de la mañana.[480]

Cuando Gréco llegó a la calle Bonaparte a la hora convenida, Sartre le había buscado algunos libros de poesía. Entre los poemas que eligió ella se hallaban «C'est bien connu», de Queneau, y «L'éternel féminin», de Jules Laforgue. Sartre le dio también un poema que había escrito él mismo para *A puerta cerrada*. Le dijo que fuera a ver al compositor Joseph Kosma, que vivía en la rué de l'Université. Éste puso música al poema de Queneau (al que llamaron «Si tu t'imagines»), al de Laforgue y a «La rué des blancs manteaux», de Sartre. Por estas canciones, y por otras como la versión de «Les feuilles mortes» de Prévert, a la que también puso música Kosma, se recuerda aún a Juliette Gréco.

Casi a la vez que sucedía todo esto, Marc Doelnitz había recibido la propuesta de resucitar el cabaré más famoso del París de entreguerras: Le Boeuf sur le Toit. La ocupación, el apogeo de Saint-Germain y la muerte de Louis Moyses, su creador, lo habían dejado al borde de la desaparición.

Doelnitz contrató a una bailarina, y tampoco carecía de cantante y trombón; pero lo que necesitaba era una estrella. No había fondos suficientes para pagar a Edith Piaf, Yves Montand o Charles Trenet; con que se decidió a poner toda la carne en el asador para crear una: Juliette Gréco. Ella contaba con no pocas recomendaciones, amén de con una buena voz. Por otra parte, había aparecido tantas veces en la prensa popular que la gente la paraba en la calle para pedirle su autógrafo y poseía un magnetismo inconsciente, lo que tal vez fue el factor que más influyó en la elección de Doelnitz.

No deja de resultar irónico el que Gréco triunfase por fin como cantante en la orilla derecha, en la rué du Colisée, cerca de los Campos Elíseos, y no en Saint-Germain-des-Prés. Tan sólo dispuso de unos cuantos días para ensayar, y los nervios de la primera noche se vieron intensificados de forma incalculable por el hecho de que *le tout Saint-Germain* hubiese cruzado el río para aplaudir su estreno. La noche siguiente, sin embargo, hubo de pasar la prueba definitiva, por cuanto el público estaba constituido en exclusiva por espectadores de la *rive droite*. Juliette Gréco no había hecho concesión alguna a la idea que se tenía del modo en que debía vestir una cantante. Así, salió al escenario con pantalón negro y sin más calzado que unas sandalias doradas. Las damas que habían ido a verla ataviadas de sombreros de plumas no pudieron menos de ofenderse, convencidas de la falta de decoro que suponía presentarse en público de tal guisa. Con todo, ni siquiera ellas pudieron sustraerse a la seducción, y salieron a la calle tarareando «Si tu t'imagines».

Para algunos, el salto de Gréco a la orilla derecha fue equivalente a una deserción, aunque en realidad no permaneció allí mucho tiempo. En cuestión

de pocas semanas se halla en el sur de Francia con la banda de Claude Luter. A finales de 1949 habían pasado los años dorados de Saint-Germain-des-Prés. De cualquier modo, la fiesta había sido memorable. «En París, tal vez resulte necesaria una guerra para impulsar un *quartier*», señaló Jacques Prévert.

26 Un triángulo curioso

El de 1948 fue sin duda el año más peligroso de la guerra fría. Hoy, tras el repentino desmoronamiento del poder soviético, resulta cada vez más difícil imaginar el temor que debió de sentir el pueblo ante la posibilidad de una nueva guerra mundial y una segunda ocupación, protagonizada esta vez por el Ejército Rojo. Los acontecimientos se habían precipitado de tal manera que, para muchos, la reivindicación marxista-leninista del carácter inevitable de la historia comenzaba a parecer incontestable.

Nancy Mitford, que en 1946 se había permitido burlarse de los Windsor por aconsejar a la gente que guardaran las joyas en un lugar seguro antes de salir de Francia, escribió en marzo de 1948 una carta a Evelyn Waugh en un tono bien diferente, convencida de la inminencia de una invasión rusa. «Incapaz de enojarme con ellos —decía—, me encuentro asustada sin más. A veces me despierto en mitad de la noche empapada de un sudor frío. Gracias a Dios, no tengo hijos; así que siempre puedo tomar una píldora y decir adiós.»[481]

Tras el derrumbamiento de las huelgas, el Partido Comunista francés se preparó para volver a la clandestinidad. Auguste Lecoeur, joven cabecilla de los mineros que había dirigido la seguridad comunista con una inflexibilidad tan efectiva durante la Resistencia, no perdió el tiempo tras recibir sus instrucciones acabada la reunión del Kominform en la población polaca de Sklarska Poreba.

A los estibadores comunistas de los puertos más importantes —como, por ejemplo, el de El Havre— se les encomendó la misión de obstaculizar la entrada de embarcaciones que transportasen suministros militares a las fuerzas estadounidenses desplegadas en Europa. El espionaje constituía la piedra angular de la guerra clandestina para ambos bandos, de tal modo que se restauraron las redes de informadores, procedentes en su mayoría de los grupos existentes durante el conflicto bélico. Los miembros del partido que pertenecían al sindicato de trabajadores de correos organizaron la interceptación del correo destinado a personajes de relieve. Con todo, los topos de mayor utilidad eran los militantes del partido sin identificar que trabajaban en los servicios de seguridad, en especial en los Renseignements Généraux, y los oficiales de menor graduación del Ministerio del Interior.

El golpe de Praga del 20 de febrero supuso la señal más evidente en Occidente del verdadero inicio de la guerra fría. El diplomático Hervé Alphand equiparó la toma de poder en Checoslovaquia por parte de los comunistas con la de Hitler en marzo de 1939, si bien reconoció que había sido algo menos tosca. Los demócratas del gobierno checo hicieron de un modo pésimo lo que tal vez no era más que una jugada imposible. Presentaron sus dimisiones en protesta ante la actuación del ministro comunista del

Interior, dando por hecho que tal iniciativa obligaría al presidente Benes a destituirlo junto con el primer ministro, Klement Gottwald, también comunista. Sin embargo, siguiendo órdenes de la Unión Soviética, los comunistas no dudaron en aprovechar la oportunidad que se les brindaba. Organizaron un mitin de masas que hizo patente la amenaza de una guerra civil, y Benes acabó por ceder y permitió a Gottwald formar un nuevo gobierno compuesto por comunistas y simpatizantes. Jan Masaryk, ministro de Asuntos Exteriores ajeno al partido, cayó de una ventana del palacio Czernin para morir poco después. A pesar de que la tragedia constituyó tal vez un suicidio, provocado por la desesperación y la presión intolerable a que lo habían sometido los comunistas, no fueron pocos los parisinos que repararon con consternación en la coincidencia de que Jean-Louis Barrault estuviese representando entonces su versión de *El proceso*, de Kafka, en el Théâtre de Marigny.

El 23 de febrero, tres días después del golpe de Praga, tuvo lugar la conferencia de Londres sobre el futuro de Alemania. Hervé Alphand y Couve de Murville tomaron en París el tren Golden Arrow, que enlazaba con el barco a fin de conectar Francia e Inglaterra. El tiempo siberiano, que combinaba un viento frío y cortante con ráfagas de nieve, parecía un símbolo del momento. El alivio que les produjo la llegada al Claridge's disminuyó sobremanera cuando se encontraron con que la escasez de carbón de Gran Bretaña era semejante a la de su país.

El golpe de Praga tuvo al menos una consecuencia positiva para la Europa occidental, por cuanto logró horrorizar a Washington e impedir que la implantación del Plan Marshall volviera a verse sujeta a más actos de prevaricación. De hecho, el Congreso aprobó el proyecto de ley con una rapidez insólita. Por otra parte, el suceso sirvió para unir a los gobiernos europeos. El 17 de marzo se firmó el tratado de Bruselas, en el que participaron Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Truman anunció aquel mismo día al Congreso su firme respaldo. Esto culminó, un año más tarde, en el tratado del Atlántico Norte, que sirvió de piedra fundamental a la OTAN. La mayoría de los dirigentes europeos aceptaron a la sazón que, si querían sobrevivir, «debían atraer a Estados Unidos hacia Europa».[482]

En Francia, los comunistas se enfrentaban a un problema de estrategia: no sabían si centrar sus ataques en el gobierno o en De Gaulle. Instados por el Kremlin, presentaron al gobierno en cuanto un segundo régimen de Vichy en el que los estadounidenses representaban el papel de nueva fuerza de ocupación. Con todo, profesaban un mayor temor instintivo al general. Jacques Duelos pidió que se disolviese «la organización paramilitar de De Gaulle, ilegal y fascista, que no tiene otro objetivo que el establecimiento de una dictadura».[483]

Los encuentros del RPF se vieron interrumpidos desde entonces por la aparición de nutridos grupos de comunistas. Después de que los estudiantes acallaran a gritos a Raymond Aron, Malraux organizó un mitin aún mayor,

aunque en esta ocasión se recurrió a un grupo numeroso de guardias de seguridad voluntarios pertenecientes al *service d'ordre* del Rassemblement con objeto de demostrar «que disponíamos de la fuerza necesaria para imponer respeto y organizar nuestros mítines cuando y donde quisiésemos».[484]

De Gaulle se condujo como si la suya fuese la única fuerza política capaz de impedir que los comunistas se hicieran con el poder. Seguía sin tener intención alguna de reconocer el papel que habían representado Schuman y Moch a la hora de contenerlos en noviembre. La Embajada Estadounidense, sin embargo, seguía impresionada por la firmeza de que estaba dando muestras el gobierno. Caffery señaló en un informe que «han pensado con mucho detenimiento en proscribir el Partido Comunista, en caso de una nueva ofensiva por su parte, y arrestar a todos los dirigentes que puedan ser detenidos».[485]

En abril siguieron circulando rumores alarmistas que hablaban de lanzamientos de armas en paracaídas que se estaban produciendo en la zona de Lyon y que, según las diversas versiones, tenían por destinatario a los comunistas, a la derecha o incluso a agentes sionistas. De cualquier modo, a esas alturas los estadounidenses confiaban en que Francia no se derrumbaría. El Plan Marshall debía empezar a hacer efecto en el transcurso del año siguiente.

Los gaullistas pusieron a sus «tropas de choque» a disposición de los prefectos por si había de llevarse a cabo alguna acción contra los comunistas. Los prefectos, sin embargo, sabían que tendrían problemas con el Ministerio del Interior si aceptaban. El gobierno llegó incluso a pedir a Jefferson Caffery que no mantuviese ningún encuentro con De Gaulle. El embajador se mostró comprensivo y, tras consultarlo con Washington, envió un mensaje a través del general De Bénouville por el que se advertía a De Gaulle que cualquier intento por su parte de derribar el gobierno de Schuman se consideraría «una prueba de que antepone la ambición personal a los intereses vitales de su país».[486]

El mensaje llegó a su destino y fue asimilado. Ridgway Knight, asesor político de Caffery, se reunió en privado con el coronel Passy, que le aseguró que De Gaulle sólo pretendía hacerse con el poder por medios no legales en la eventualidad de una invasión de los soviéticos o si el gobierno vigente no conseguía resistir ante el ultimátum de éstos.

Passy trató asimismo de convencer a Knight de que los integrantes más impulsivos del RPF se estaban apartando del partido a fin de unirse a grupos paramilitares de extrema derecha. El estadounidense, empero, estaba mucho más informado de lo que él pensaba, y a pesar de que había algo de verdad en la afirmación de que algunos de los mencionados elementos habían comenzado a separarse del Rassemblement, Knight conocía al jefe de estado mayor del *service d'ordre* gaullista parisino, el coronel Tchenkeli, quien le había hablado de todos los grupos de derecha a los que podían recurrir los

gaullistas.

Los discursos del general De Gaulle se centraron cada vez más en la política exterior, lo que en la primavera de 1948 no era otra cosa que Alemania. En el que pronunció el 7 de marzo ante un encuentro del Rassemblement en Compiégne volvió a pedir que se dividiese el país en estados separados a fin de evitar que se crease de nuevo el Reich. Con todo, los acontecimientos ocurridos en cuestión de dos semanas en Alemania lo cogieron de improviso.

El 19 de marzo, cuarenta y ocho horas después de que Francia, Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y Luxemburgo hubiesen firmado el tratado de Bruselas, el mariscal Sokolovski, comandante soviético en Alemania, se salió de la Comisión de Control Aliado en Berlín, un gesto que puso fin a la cooperación mantenida durante la guerra.

Robert Schuman, entre tanto, comenzaba a sentirse incómodo con la velocidad con que el ministro de Asuntos Exteriores aceptaba las posturas estadounidenses y británicas en lo referente a Alemania. Churchill había alentado a Bidault en octubre para que aceptase el carácter inevitable de la reconciliación.

La fuerza de cambio del interior del gobierno era, de hecho, Georges Bidault, aun a pesar de que algunos de sus colegas lo considerasen más bien un vagón enganchado al expreso anglo-estadounidense. Lo establecido en el Acuerdo de Londres en relación con Alemania quedó ratificado en la Asamblea Nacional por una mayoría de tan sólo catorce votos tras el debate del 16 de junio. Los comunistas, de un lado, y los gaullistas, del otro, ejercieron al respecto una implacable oposición. En una emisión radiofónica del 16 de junio, De Gaulle afirmó que el Acuerdo de Londres suponía «la formación de un Reich en Frankfurt», y que no había nada que pudiese «evitar el surgimiento de un estado totalitario en tales circunstancias».[487]

Muchos jefes del Ejército estaban persuadidos de que, a la postre, acabaría por prevalecer la postura del general. Era evidente que el gobierno de Schuman estaba a punto de caer, y el director del Departamento Europeo del Quai d'Orsay predijo que De Gaulle estaría en el poder en cuestión de uno o dos meses.

Había algo de cierto en estas predicciones: el que Bidault firmase en Londres acarreó la caída del gobierno de Schuman, acontecimiento que tuvo lugar el 19 de julio. Con todo, ni siquiera la subsiguiente crisis política permitió a De Gaulle hacerse con el poder. Después de esto, surgieron varias administraciones inestables que acabaron por derrumbarse. Francia estuvo sin un gobierno firme hasta el 11 de septiembre. Robert Schuman no pudo menos de horrorizarse ante las discusiones que se entablaron cuando Europa se hallaba al borde de la guerra y de las cuales el Partido Socialista era el principal culpable.

En Berlín, la introducción de una nueva moneda —el marco alemán— en los sectores estadounidense y británico el 23 de junio fue recibida de

inmediato con un bloqueo de la ciudad por parte del Ejército Rojo. El mariscal Sokolovski anunció que el gobierno militar aliado había dejado de existir. Por su parte, el general Lucius D. Clay, el comandante estadounidense autocrático e irascible conocido en el Ministerio de Asuntos Exteriores de su país como *el Kaiser*, manifestó su intención de abrirse camino hasta Berlín a través de la zona soviética a fin de restaurar los corredores de tierra que llevaban a la ciudad. Afortunadamente, Truman rechazó su petición en favor del transporte aéreo. El 29 de junio, las fuerzas aéreas estadounidenses y la RAF inauguraron el puente aéreo con el aeropuerto de Tempelhof, en el que aterrizaba una media de un avión de mercancías cada ocho minutos.

Entonces volvieron a intensificarse los rumores que hablaban de un enfrentamiento armado. En sus visitas a la capital francesa, los diplomáticos y oficiales estadounidenses que habían estado en Berlín hablaban de «la última posición de Custer».[488] Bogomolov, el embajador ruso, no hizo nada por disimular lo peligroso de la situación. «Están ustedes siguiendo una política muy equivocada —refirió a un periodista—, y van a arrepentirse muy pronto, antes de que acabe el año.»[489]

Francia regresaba entonces a un estado de confusión que recordaba al del otoño anterior. El 25 de junio, un día antes de que comenzase el bloqueo de Berlín, se desató la batalla en Clermont-Ferrand. Los comunistas, a decir de Moch, intentaron sacar de la ciudad a las fuerzas gubernamentales. Resultaron heridos más de ciento cuarenta policías, algunos de ellos por quemaduras con ácido.

En agosto, el Ejército de Francia dio inicio a su participación en el puente aéreo al construir un nuevo aeropuerto en Te-gel, en la zona de Berlín controlada por ellos. El Partido Comunista lanzó una campaña propagandística con carteles y comenzó una oleada de manifestaciones en las que se coreaban consignas como: «Abajo la guerra antisoviética», o: «El pueblo francés no luchará nunca contra la Unión Soviética». Los estibadores del bastión comunista de El Havre se negaron, a instancias de Lecoeur, a descargar los suministros militares destinados al Ejército estadounidense. De este modo, las renovadas luchas intestinas y los acontecimientos de Berlín aumentaron los temores y provocaron la fuga de capitales.

Aquel verano, los dirigentes del Rassemblement tuvieron aún más presente que durante el anterior mes de noviembre la amenaza que se cernía sobre ellos. El general De Bénouville recibió cierta noche una visita inesperada y anónima. El visitante resultó ser el coronel Deglian, cabecilla comunista al que había conocido en la Resistencia. «No me pregunte por qué he venido a verle —le dijo el recién llegado—. Pero dígame: ¿Es usted capaz de defenderse?»[490]

Los comunistas, a la sazón, habían ido más allá de los actos menores de sabotaje para perturbar los mítines del Rassemblement. Así, los grupos de militantes atacaban siempre que se les presentaba la oportunidad. Y el *service d'ordre* gaullista no dudaba en responder. Tras los ataques sufridos en los

alrededores de Nancy y Metz, los miembros del RPF se jactaban de haber enviado «a unos cuarenta comunistas al hospital».[491]

Uno de los ayudantes de Malraux hizo saber a un funcionario de la Embajada Estadounidense de que el RPF había decidido «programar una serie de mítines en otras regiones de Francia en las que los comunistas podrían tratar de llevar a cabo serias tácticas de obstrucción». Caffery informó a Washington de que los comunistas parecían estar tratando de provocar un movimiento en falso de los gaullistas.

La gira electoral rápida que protagonizó De Gaulle por el sureste francés en septiembre constituyó la respuesta del Rassemblement al desafío de los comunistas. Tras un inicio bien orquestado en la Costa Azul, la organización del partido se desmoronó de un modo desastroso en Grenoble. La noche del 17 de septiembre, De Gaulle llegó a las afueras de la ciudad, donde, en el transcurso de una breve ceremonia, depositó una corona de flores en el monumento a los caídos. A la mañana siguiente, mientras se dirigían al centro de la población, el general y quienes lo acompañaban se encontraron con que habían esparcido clavos por toda la calzada. Al entrar a Grenoble, salió a su encuentro una manifestación comunista tan nutrida como ruidosa. Apenas había un solo miembro de la escolta del RPF en su lugar, y no se veían demasiados policías. El coche de De Gaulle no tardó en convertirse en blanco de proyectiles de todo tipo lanzados desde las ventanas. El alcalde de la ciudad, militante del Rassemblement, fue alcanzado mientras se hallaba al lado del general.

Aquella tarde, De Gaulle pronunció su discurso tal como estaba planeado. Sin embargo, más tarde, mientras salía de Grenoble, los miembros del servicio del orden se vieron atacados por los comunistas, con tal violencia que hubieron de buscar refugio en un gimnasio. Hay quien asegura que la policía se hizo a un lado cuando los comunistas intentaron prender fuego a las instalaciones. Entonces acudió en ayuda de los sitiados un grupo de ayudantes de organización del RPF que no dudó en abrir fuego, al igual que hicieron algunos de los gaullistas que se hallaban en el interior del edificio. En el tiroteo resultaron heridas varias personas, a lo que se sumó una víctima mortal perteneciente al bando comunista.

No existe una conexión clara entre incidentes como los de Grenoble y el estado de tensión internacional que se vivía alrededor de Alemania. No obstante, en Moscú, Foy Kohler, uno de los «kremlinologistas» más reputados del Ministerio de Asuntos Exteriores estadounidense, había estado observando lo sucedido en Francia con un recelo cada vez mayor.

Kohler sabía que el miedo que profesaba Stalin a Alemania era del todo visceral. La declaración que había hecho en 1943 durante la conferencia de Teherán y según la cual hacía falta ejecutar entre cincuenta y cien mil jefes alemanes no era tan sólo una frase ingeniosa concebida para impresionar a los presentes. Asimismo, tampoco sorprende la actitud paranoica de la cúpula

soviética a que dieron pie las prisas con que los estadounidenses pretendían cambiar el Estatuto de Ocupación. La invasión alemana de Rusia había supuesto un duro trauma para Stalin, lo que se debía sobre todo al hecho de que hubiese subestimado de un modo tan desastroso la amenaza de invasión.

Merece la pena transcribir por entero el telegrama de Kohler:

> *A/at. Sr. Secretario de Estado n.° 2325,15 de octubre, 17.00*
>
> *Desde Moscú, las algaradas promovidas en Francia por los comunistas parecen estar, a todas luces, concebidas de un modo deliberado para precipitar la llegada de De Gaulle al poder, un resultado que tiene por objetivo principal propiciar la destrucción de las decisiones de Londres y perturbar la unidad de las potencias occidentales, que resulta tan peligrosa para el Kremlin. Los dirigentes soviéticos dejaron bien claro durante las conversaciones de Moscú que lo que más les preocupa es la restauración de la Alemania occidental. Al mismo tiempo, se dieron cuenta de que no había posibilidad alguna de evitar esta restauración por medio de las negociaciones, ni siquiera si hacían concesiones en lo referente a Berlín. Habida cuenta de las opiniones que ha expresado de manera tan inequívoca, De Gaulle se presenta, al parecer, como única alternativa plausible a un gobierno comunista en Francia a la hora de poner en práctica estos objetivos soviéticos, y los comunistas franceses que puedan sufrir las consecuencias de su llegada al poder son sin duda «reemplazables».*[492]

En Moscú, dos días antes de los sucesos de Grenoble, Georges Soria, miembro del Partido Comunista galo, había comunicado a Kamenov que, «en la situación actual, las labores del partido resultan complicadas sobremanera. Thorez ha advertido en un mitin de la inminencia de una lucha pertinaz, de un conflicto que podría incluso ser armado».[493]La declaración, huelga decirlo, puede ser interpretada de modos diversos. De cualquier modo, el contenido general —así como las labores complicadas cuya naturaleza no especifica Thorez— es del todo compatible con el análisis de Kohler.

Cierto es que el Partido Comunista francés podía considerarse el «hijo mayor de la Iglesia estalinista», pero también lo es que Stalin no estaba precisamente dispuesto a rehusar el papel de Abraham. Sabía que si los gaullistas se hubiesen hecho con el poder —eventualidad que resultaba más probable en aquel momento que desde la perspectiva actual— no habrían dudado en reprimir a los comunistas galos. Sus planes de acorralar a los militantes del partido no era sino un secreto a voces. El coronel Rémy confirmó más tarde a Ridgway Knight que «el arresto de quinientos comunistas paralizaría, por decapitación, al movimiento, y el RPF sabe con exactitud dónde encontrar a esos quinientos hombres».[494] El coronel Passy

refirió a varios diplomáticos estadounidenses que el general debería empezar por fusilar a varios centenares de personas, pero que, «por desgracia, no tiene estómago para hacerlo».[495]

La hipótesis de Kohler, de ser cierta, da mucho que pensar. Es casi seguro que Stalin juzgó mal las intenciones de De Gaulle. Por más que éste abominase el pacto firmado en relación con Alemania o despreciara a los políticos, lo cierto es que sólo estaba dispuesto a tomar el poder si el gobierno cedía ante los comunistas o ante un ultimátum soviético. Los disturbios civiles, aun cuando se manifestasen en forma de ataques al Rassemblement, no constituían un motivo suficiente.

La crisis política parisina, que se había prolongado durante la mayor parte del verano dada la incapacidad demostrada por los sucesivos estadistas a la hora de formar gobierno, no llegó a su final hasta el 11 de septiembre. El doctor Henri Queuille, médico rural del Partido Radical cuya falta de gracejo resultaba proverbial, acabó por alcanzar su objetivo. Una de las primeras cosas que hizo fue restituir a Moch el cargo de ministro del Interior.

Los empeños llevados a cabo aquel otoño por el Partido Comunista, y que supusieron de nuevo la explotación de quejas razonables con fines políticos, volvieron a estar dirigidos por mediación de la CGT. Moch y otros miembros del gobierno pretendían desesperadamente reducir los precios de los alimentos, pero la situación económica aún no lo permitía. El 17 de octubre, el franco iba a devaluarse en un 17 por 100.

A partir del 8 de octubre comenzaron a extenderse las huelgas en el sector ferroviario, a las que no tardaron en sumarse otras industrias. El Partido Comunista, sin embargo, no se atrevía a hacer sentir su autoridad en el paro de Renault, después de haber salido de allí escaldado el año anterior. París se vio menos afectada por estas huelgas que entonces, toda vez que la mayoría de la población de la ciudad siguió trabajando como de costumbre. Para Samuel Beckett, éste fue probablemente el período más fecundo. El 9 de octubre de 1948 comenzó a escribir *Esperando a Godot*, obra con la que pretendía escapar del poco éxito logrado con sus novelas. La acabó antes de que hubiesen transcurrido cuatro meses, el 29 de enero de 1949.

Una vez más, los disturbios se centraron sobre todo en los distritos mineros de la Francia septentrional. El 20 de octubre se declaró el estado de sitio en la zona. Se llevaron a cabo cientos de arrestos, entre los que se incluía el del diputado comunista Rene Camphin. Los mineros ocuparon los pozos y cabrestantes, y se atrincheraron en las entradas de las minas. Aseguraron estar respetando las instalaciones, pero, habida cuenta del sabotaje del que había sido objeto la maquinaria durante los tumultos del año anterior, Moch se negó a creer su palabra e hizo llegar tropas y vehículos blindados de los destinados en Alemania para que derribasen las barricadas.

Esta guerra de desgaste, que se propagó a la industria pesada de Lorena y

otras zonas, acabó por prolongarse hasta noviembre. Según informó a Londres el nuevo embajador británico: «Francia se ha erigido por el momento en la primera línea de frente de la guerra fría».[496] Moch dio muestras de una resolución comparable a la del año anterior, dispuesto como estaba a no admitir otra cosa que la rendición incondicional. «El gobierno ha decidido mantener el orden con todas sus fuerzas y restablecer la autoridad del estado», recordó el ministro del Interior a uno de sus colegas.[497] El nuevo primer ministro, Henri Queuille, ordenó formalmente a Moch que prohibiese a todos los prefectos y los inspectores generales «cualquier tipo de negociación con los sindicatos» que no contase con su autorización.[498]

Moch recibió un número de informes más que suficiente para convencerse de que se enfrentaba a una operación dirigida contra la República desde el extranjero. Estaba decidido a localizar la fuente de los fondos que estaba empleando el Partido Comunista con objeto de prolongar las huelgas. En un mensaje enviado al ministro de Hacienda con el sello de *Tres Secret* le pidió que investigara todos «los permisos de importación sin pagar».[499] Estaba convencido de que la Unión Soviética estaba exportando, a través de rutas indirectas, bienes que posteriormente vendían los frentes comerciales del Partido Comunista francés sin pagar por ello.

Las predicciones de una guerra civil y del regreso del general De Gaulle dieron pie a una honda sensación de *deja vu*. Durante un almuerzo que había congregado a una variopinta concurrencia —compuesta, entre otros, por el subordinado más inmediato de Bevin, Héctor MacNeill (que había llevado consigo a París a su protegido, Guy Burgess), Loelia, duquesa de Westminster, y Esmond y Ann Rothermere—, Raymond Aron predijo «seis meses de huelgas y miseria; después, el regreso de De Gaulle».[500] Los gaullistas, movidos tanto por convicción como por interés, tendían a exagerar la magnitud de los disturbios.

A pesar de que la popularidad personal del general estaba en decadencia, las elecciones del 7 de noviembre supusieron para el Rassemblement un éxito inesperado. La viuda del general Leclerc, la señora de Hauteclocque, «aceptó su inclusión en la lista de candidatos del RPF porque le garantizaron que no saldría elegida, y no pudo menos de quedar pasmada al encontrarse con un cargo político».[501] De cualquier modo, la agrupación estaba condenada a declinar, por cuanto el otoño de 1948 supuso el último arrebato de paranoia en lo referente a la guerra civil. Pese a todas las predicciones de De Gaulle, la Cuarta República no se había derrumbado.

Mientras tanto, los comunistas habían visto esfumarse toda posibilidad de hacerse con el poder por medios constitucionales. Tras el golpe de Praga y las amenazas en relación con Berlín, la mayor parte de la población francesa sabía —con independencia de que le gustase o no la idea— que el único lugar posible se hallaba en el bando occidental. No obstante, hasta la década de los sesenta, Francia siguió siendo el «principal objetivo» del KGB en el seno del

«proyecto consistente en propiciar una escisión interna en la OTAN».[502] Y el encargado de obligar a Francia a abandonar la organización no era otro que Boris Ponomarev.

27 La traición de los intelectuales

En el interior de los círculos —principalmente de izquierda— de la vida intelectual francesa empezaba a hacerse notar un enfrentamiento comparable al de David y Goliat entre un puñado de libertarios y la mayoría que se declaraba a favor del régimen estalinista. Sólo cuando la guerra fría comenzó a desarrollar su propia lógica maniquea se encontró el Partido Comunista a la defensiva.

Los comentarios de Thorez tras el golpe de Praga, que comportaban su admisión de que los comunistas respaldarían al Ejército Rojo en caso de guerra, los relegó a un gueto ideológico semejante al que trajo consigo la postura que adoptaron en 1939 tras el pacto nazi-soviético. Gran parte de la admiración por la Unión Soviética que se había dado en Francia durante los años 1944 y 1945 se tornó en desconfianza, y aun miedo, cuando la década tocaba a su final. El sector de la sociedad francesa que se resistió del modo más evidente a este cambio fue el de los intelectuales progresistas, que vieron su determinación alentada por la retórica en contra de Estados Unidos. Si bien el Partido Comunista no podía ya presentarse como el abanderado del patriotismo francés, aún le quedaba la posibilidad de erigirse en defensor de su cultura frente a la invasión transatlántica.

Poco después de que los ministros comunistas abandonasen el gobierno, Thorez pidió la creación de un *front littéraire*.

El partido, que estaba viendo cómo se escapaba de sus manos el poder político, quería asegurarse de tener bien asida a la élite del arte y el pensamiento. Esta resolución se hizo aún mayor al perder a un número elevado de militantes de la clase obrera a raíz de las desastrosas huelgas de 1947 y 1948. El comisario cultural, Laurent Casanova, instó a los escritores a formular nuevos valores. Bajo su dirección se reunía cada semana una comisión de intelectuales, entre los que se hallaban Annie Besse (hoy Annie Kriegel, historiadora) y Victor Leduc, hijo de un revolucionario ruso. Este, académico fanático, pasó a ser miembro de la *section idéologique*, el equivalente al santo oficio en el Partido Comunista.

Para convencer a los intelectuales se apeló al idealismo y se recurrió al chantaje moral. Defraudar al partido del modo más ligero se presentó como una traición a las esperanzas del «total de la humanidad progresista». A menudo era necesario ejercer poco más que una presión mínima, toda vez que la mayor parte de los intelectuales comunistas anhelaban ser aceptados por la clase trabajadora, y sólo el *engagement* («compromiso») en el seno de su movimiento internacional podía absolverlos de la culpabilidad burguesa.

A su regreso de Estados Unidos, André Bretón declaró: «El innoble término *engagement*, que se ha vuelto corriente desde la guerra, adolece de un

servilismo que resulta terrible para la poesía y el arte».[503] El *engagement* suponía erradicar la verdad al arbitrio del partido. Paul Eluard confesó haber rechazado un poema que había escrito acerca del bombardeo de Hiroshima después de que Aragón le hiciese saber que no seguía la línea trazada por el partido.

La política comunista de hacer que los intelectuales se mezclasen con los trabajadores era más simbólica que real. Annie Besse, que se hallaba al cargo del Quartier Latin (donde las vidas intelectual y obrera se solapaban en torno a la plaza de la Contrescarpe y la calle Mouffetard), logró la anhelada mezcla en el interior de las células. Con todo, y a pesar de que los representantes de ambos mundos vendiesen juntos *L'Humanité* los domingos en el mercado matinal de La Mouffe, el efecto resultaba forzado de manera irremediable.

Las reuniones semanales de la célula a la que pertenecía Emmanuel le Roy Ladurie se celebraban en un *bistro* o un café de la calle Gay-Lussac. Rodeados de vasos de cerveza barata, se dedicaban a «hablar sin parar durante horas en torno a la dialéctica del partido».[504] En el Quartier Latin, el Partido Comunista podía tolerar cualquier excentricidad, incluidas las de Michel Foucault, el más impredecible de sus miembros, que «ya se hallaba absorto en sus investigaciones sobre la locura».

Paul Eluard, que se interesó de verdad por la vida de la clase obrera que se desarrollaba a su alrededor en el 18.° *arrondissement*, apenas albergaba ilusiones en relación con la posibilidad de que la intelectualidad y el proletariado pudiesen mezclarse con naturalidad. En 1945, el poeta había vuelto a vivir en la calle Marx Dormoy, cerca de los sitios que solía frecuentar con anterioridad. El interés que mostraba por la vida política del barrio era auténtico. Alentaba a los hijos de los trabajadores del partido a proseguir sus estudios, y llegó aun a escribir himnos para la organización local de jóvenes comunistas. A diferencia de algunas de las estrellas del partido, Eluard era un hombre modesto por naturaleza. Jean Gager, que lo acompañó a un encuentro de ferroviarios, recuerda que no abrió la boca durante el acto porque pensaba que no tenía nada útil que decir. Sin embargo, cuando salieron, se volvió hacia él y le dijo: «¿Seguro que no han cambiado su vocabulario porque estaba yo presente?». «Sí, tienes razón», hubo de admitir Gager. Su lenguaje había sido mucho más formal de lo habitual.[505]

La sumisión de los intelectuales al dogma podía resultar sofocante a quien la observase desde fuera, pero el partido actuaba con astucia y sabía qué había de hacer para adular a los jóvenes escritores. Así, por ejemplo, Maurice Thorez llevó aparte a Pierre Daix durante un mitin para felicitarlo por su novela *La Derniére Forteresse*. Para un comunista de corta edad como él, aquél supuso el momento más importante de su vida. La compañera de Thorez, Jeannette Vermeersch, hizo aparecer a Daix en la portada de *Femmes Francaises*, la revista femenina del partido.

Los dirigentes comunistas sabían también halagar a los simpatizantes y

manipular a los escépticos que podían servirle de algún modo. Georges Soria, uno de los periodistas veteranos del partido, declaró durante la reunión a la que asistió en el Kremlin en septiembre de 1948 que habían considerado útil a Julien Benda, autor de *La traición de los clérigos*, porque, «pese a que se opone al marxismo y al comunismo, secunda la política que defiende en estos momentos el partido en Francia». Soria pasaba entonces a referir que habían lanzado varias revistas, «*Pensée*, en particular, con el objeto de atraer a simpatizantes como Benda».[506]

La primera ocasión de relieve de demostrar la lealtad al comunismo tras la guerra llegó durante la primavera de 1948. Casi de la noche a la mañana, el mariscal Tito, héroe y modelo de conducta de quienes habían militado en la Resistencia francesa, fue declarado traidor por las autoridades soviéticas. Lo acusaron incluso de «esconder a los oficiales bielorrusos que torturaron y asesinaron a las madres y los padres de los bolcheviques durante la Revolución».[507]

La cúpula del Partido Comunista francés tenía una idea muy clara de cuál era la situación y no veía la hora de cumplir las órdenes de Moscú. Con todo, algunos de los militantes del partido, como es el caso de Louis Teuléry, antiguo miembro del gabinete ministerial de Tillon, no hicieron nada por disimular su convicción de que se había cometido una injusticia con Tito, y hubieron de pagar sus ideas con la expulsión sumaria. A Teuléry le advirtió un amigo: «Te van a acusar de trotskista»[508] Después de que lo echaran, sus camaradas —entre ellos algunos que mantenían una gran amistad con él desde los tiempos de la Resistencia— se negaron a dirigirle la palabra —y sus esposas a la suya— durante más de treinta años.

Varios centenares de miembros del Partido Comunista francés corrieron la misma suerte. La novelista Marguerite Duras abandonó la organización por las mismas fechas. Daix hubo de tragarse sus opiniones acerca del brutal cambio experimentado por la línea del partido por el simple hecho de que lo hubiesen aceptado sin rechistar hombres a los que él respetaba, como Charles Tillon. «Tienes que saber apretar los dientes», le había dicho Casanova.[509]

La postración de algunos intelectuales ante el partido pudo proporcionar momentos que se hallaban más allá de cualquier sátira. Poco después de la guerra, Jacqueline Ventadour (más tarde esposa del pintor Jean Hélion) contrajo matrimonio con Sinbad Vail, hijo de Peggy Guggenheim, fundador de la revista literaria *Points*. Ella era comunista y pertenecía a la misma célula que Victor Leduc, profesor de filosofía en la *section idéologique*. Éste, a su vez, estaba casado con Jeanne Modigliani, hija del pintor y amiga íntima de Jacqueline y Sinbad. Austero y fanático, Leduc había renunciado a toda riqueza. Su esposa, desesperada por dejar el miserable apartamento de reducidas dimensiones en que vivían, necesitaba una entrada para poder mudarse a uno mejor, de modo que pidió el dinero prestado en secreto a Sinbad. Sin embargo, cuando Leduc supo que lo había obtenido de un capitalista estadounidense, sufrió un ataque de histeria por el temor de que el

partido se enterase. Sinbad y Jacqueline hubieron de jurar que nunca dirían nada, y Leduc se dedicó a pedir dinero a los camaradas del partido a fin de devolverles la suma.

No hacía mucho de la ruptura de Tito y Stalin cuando Sinbad y Jacqueline fueron a cenar con Victor y Jeanne. Junto a ellos se encontraban algunos de los principales intelectuales comunistas de Francia, así como el agregado cultural húngaro, el escritor Zoltán Szabó. Como no podía ser de otro modo, la conversación giró en torno al traidor Tito, criminal impenitente. Alguien preguntó su opinión a Sinbad Vail, olvidando sin duda que no pertenecía al partido. Irritado por lo grotesco de aquel coloquio, aseguró que seguía pensando que Tito era un gran hombre. Entonces todos se sumieron horrorizados en un silencio absoluto. Finalmente, lo rompió un golpe de risa grave, sorda, del húngaro, que dijo no haber visto nunca nada tan gracioso como los rostros aterrorizados de aquellos intelectuales franceses.[510]

Sartre se hallaba embarcado a la sazón en la única empresa política formal que emprendería en toda su vida. En otoño de 1947 se unió al Rassemblement Démocratique Révolutionnaire, partido fundado por Georges Altman y David Rousset con el fin de crear un movimiento independiente tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética.

Hacía tiempo que el Kremlin seguía los movimientos de Rousset, «trotskista y provocador».[511] El Partido Comunista francés subrayó lo que tenía de peligroso la contribución de Sartre. «Existen dos peligros ideológicos en Francia —refirió Georges Soria a Kamenov—: el primero es el fascismo militante de Malraux y su falso heroísmo (la ideología del gaullismo); el segundo, la filosofía de la decadencia expuesta por Sartre, que ahora actúa sin tapujos en contra del comunismo y en favor de lo que él llama una "Tercera Fuerza". Ambos tienen sus seguidores y cierta influencia, sobre todo entre los jóvenes.»[512]

Andrei Zhdanov fue el cerebro de los ataques dirigidos contra Sartre y su «filosofía reaccionaria burguesa».[513] La campaña más violenta fue la que surgió a raíz del estreno de *Las manos sucias*, ocurrido en abril de 1948. La obra presenta la brutal política de poder en el seno del Partido Comunista de un país balcánico durante la guerra a medida que avanza por sus tierras el Ejército Rojo. Sartre expone los argumentos de uno y otro bando mediante el uso de inteligentes diálogos, y a pesar de que sus personajes carecen de profundidad psicológica, son al menos peones intelectuales más que políticos. La elección en apariencia inverosímil de Jean Cocteau para que hiciera de director resultó ser muy acertada, y ni el montaje ni la interpretación de los actores le fueron en zaga.

Cualquiera que estuviese en contacto con la realidad habría reparado en que este escalofriante retrato de la vida del partido estaba abocado a hacer montar en cólera a los comunistas. Sin embargo, tal como observó David Rousset, Sartre «vivía en una burbuja».[514] Los comunistas franceses se hallaban aún más ofendidos, por cuanto Hoederer, el dirigente comunista asesinado por

órdenes procedentes del interior del propio partido, había estado siguiendo un derrotero similar al de Maurice Thorez durante la guerra. Ilya Ehrenburg hizo saber a Sartre que no sentía nada por él sino desprecio. El escritor francés podría haber hecho caso omiso del comentario, pero, al parecer, quedó sinceramente consternado cuando se empleó *Las manos sucias* en cuanto propaganda anticomunista. El Kremlin la prohibió en Finlandia alegando que toda propaganda hostil a la Unión Soviética contravenía las condiciones de su tratado de paz. Sin embargo, transcurridos cinco años, la postura de Sartre había cambiado hasta tal punto que sólo daba su aprobación a los montajes de la obra que contaran con el beneplácito del Partido Comunista local, lo que, claro está, equivalía a proscribirla.

El odio que profesaban a Sartre los estalinistas estalló de un modo aún más violento en Wroclaw (antigua Breslau, que a la sazón pertenecía a la Polonia ocupada por los soviéticos), en agosto de 1948, en una asombrosa puesta en escena durante la celebración del Congreso de Intelectuales para la Paz Mundial.

A este acontecimiento característico del frente comunista, organizado por Andrei Zhdanov dos meses antes de que se iniciase el bloqueo de Berlín por parte de los soviéticos, se había invitado a medio millar de participantes procedentes de cuarenta y cinco países. El objetivo principal del congreso era protestar ante el plan trazado por estadounidenses y británicos para reconstruir Alemania y presentarlo como una conspiración concebida para propiciar una nueva agresión contra las democracias populares y la Unión Soviética. La elección de Polonia en cuanto lugar de encuentro no había sido casual.

Entre los integrantes de la delegación francesa se encontraban los pintores Pablo Picasso y Fernand Léger, así como los escritores Vercors, Roger Vailland, Jean Kanapa, Pierre Daix y Paul Eluard, aún de luto por la muerte de su esposa, Nusch. Laurent Casanova hacía las funciones de organizador y acompañante. La comisión británica, más variada, estaba compuesta por el historiador AJ.P. Taylor, el científico J.B.S. Haldane, el doctor Hewlett-Johnson —*el Deán Rojo* de Canterbury— y el joven George Weindenfeld. La rusa, por su parte, incluía a Alexandr Fadeiev, presidente de la Unión de Escritores Soviéticos, el ubicuo Ilya Ehrenburg y Mijaíl Shólojov, autor de *El Don apacible*. De Brasil acudió Jorge Amado, y de Hungría, George Lukács. La presidencia del congreso estaba compartida entre el neutral Julián Huxley, director general de la UNESCO, e Irene Joliot-Curie, comunista.

A su llegada, los delegados se encontraron con un recibimiento pródigo aunque poco agradable en medio de las ruinas. Los polacos brindaron a Picasso una acogida digna de un rey y reservaron para él el dormitorio que había empleado Hitler durante la guerra. Una vez iniciado el congreso, el pintor malagueño pronunció su primer discurso político en favor de la liberación de su amigo Pablo Neruda, encarcelado en Chile. Su intervención no duró demasiado, y su sencillez tuvo un efecto poderoso. El siguiente en

salir a la tribuna fue Alexandr Fadeiev. Se hace difícil imaginar un contraste mayor.

Zhdanov había instruido de un modo concienzudo al orador, que estaba desesperado por lavar su nombre después de las críticas que había recibido su última novela, *La joven guardia*, por no haber exaltado la función del partido. En su discurso abogó por que se declarase la guerra sin condiciones a la decadencia de la literatura y el arte occidentales. Aunque no mencionó a Picasso de forma explícita, era evidente que a él se dirigía parte de su invectiva, toda vez que presentaba a los pintores del realismo socialista como los únicos dignos de aceptación al estar alineados con la clase obrera. Sin embargo, cuando describió a Sartre como un «chacal con pluma», los delegados occidentales, como movidos por un resorte, se quitaron los auriculares en ademán incrédulo. Sin dejarse intimidar por el efecto que habían tenido sus palabras en la sala, Fadeiev siguió leyendo sin más su discurso.

A despecho de la mirada vigilante de Laurent Casanova, fueron varios los miembros de la delegación francesa —Picasso, Léger y Vercors— que no hicieron nada por disimular su indignación. Para Vercors, aquél supuso un golpe tremendo para su fe en el partido, contra el que se volvería antes de que acabase el año siguiente. De hecho, acabó por convertirse en un crítico formidable de los juicios propagandísticos de la Europa oriental. Tras mantener un breve intercambio de notas con Irene Joliot-Curie, Julián Huxley abandonó la sala y tomó el primer avión a su país.

Aquella noche, en el bar del hotel Monopol, Picasso, exasperado por las discusiones en que se había enzarzado con los pintores del realismo socialista, se emborrachó. Los periodistas no se cansaban de preguntarle cuál era su opinión acerca del encuentro, pero él se negó a contestar.

El último día del congreso, los delegados quedaron conmocionados ante la noticia de la muerte inesperada de Zhdanov, que resultó en especial devastadora para Fadeiev. El periodista Dominique Desanti vio cómo le temblaban las manos al saber de su defunción. Debió de dar por hecho que habían asesinado por orden de Stalin al encargado de vigilarlo (las circunstancias del fallecimiento de Zhdanov siguen aún sin aclararse) y tal vez temía seguir su misma suerte. Fadeiev, que había vendido su alma al sistema, se suicidó después de que Jrushchov revelara en el Vigésimo Congreso del Partido los crímenes cometidos por Stalin. Su autodestrucción constituye un final apropiado —si bien de un modo muy severo— a una historia de aquellos tiempos.

Acabado el congreso, Picasso, Eluard y Daix visitaron Auschwitz, guiados por el Partido Comunista polaco, y Varsovia, donde pudieron ver —Picasso con los ojos llenos de lágrimas— los escombros de lo que había sido el gueto. Las atrocidades nazis seguían siendo uno de los pilares de la propaganda estalinista. Según afirmaba ésta, la Unión Soviética era la única potencia capaz de impedir que se repitiesen crímenes de tal magnitud.

El Partido Comunista francés, no obstante, se encontró sumido en una posición aún más difícil de defender cuando comenzó la era de los juicios propagandísticos en la Europa oriental. Todo punto negativo se transformaba en uno positivo. Cuanto mayor fuese la mentira, más grande era el esfuerzo que había que hacer para mantener la fe y con más desesperación la defendían los leales al partido. Basaban sus razones en una de las manipulaciones lógicas más desvergonzadas que se hayan conocido. El camarada Stalin y los partidos comunistas de todo el mundo luchaban por el bien del pueblo. Por lo tanto, eran incapaces de torturar a un militante fiel para obligarlo a confesar horrendos crímenes.

El mayor reto al que tuvo que enfrentarse la reputación de la Unión Soviética surgió en los albores de 1949 con el proceso judicial de Kravchenko celebrado en París, un acontecimiento que se siguió con interés obsesivo en todo el planeta.

Viktor Kravchenko, ingeniero ruso que había desertado durante una operación comercial soviética llevada a cabo en Estados Unidos en 1944, publicó sus memorias con el título de *Yo escogí la libertad*. El libro se convirtió en uno de los más vendidos del período de posguerra y se tradujo a veintidós idiomas. Fue el primer testimonio de gran difusión escrito por un ruso de las colectivizaciones forzadas de Stalin, la persecución de los kulaks y las hambrunas de Ucrania. Asimismo, ofrecía una descripción de los campos soviéticos de trabajos forzados veinticinco años antes *aú Archipiélago Gulag* de Alexandr Solzhenitsin.

El libro produjo sensación cuando apareció en Francia en 1947. Se vendieron cuatrocientos mil ejemplares, y se le otorgó el Prix Sainte-Beuve. Con todo, el poder que ejercía el Partido Comunista sobre el mundo editorial era tal que ninguna de las empresas editoras más importantes se había atrevido a publicarlo.

El partido se opuso a todas las alegaciones de la obra de Kravchenko, y en especial la idea de que hubiese campos de trabajos forzados en la Unión Soviética. *Les Lettres Francaises* fue la primera entidad en criticarlo, y lo hizo el 13 de noviembre de 1947 con un artículo firmado por un tal Sim Thomas, que supuestamente era un antiguo oficial de la OSS estadounidense. El escrito aseguraba que los autores del libro habían sido los agentes del servicio de inteligencia y no Kravchenko, a quien habían despedido por alcohólico y mentiroso compulsivo. A esta diatriba se sumaban otras surgidas de la pluma del escritor comunista André Wurmser. Al saber de estos ataques, Kravchenko, que se había establecido de forma temporal en Estados Unidos, presentó una demanda por difamación contra «Sim Thomas», André Wurmser, *Les Lettres Françaises* y su director, Claude Morgan, antiguo militante de derecha convertido al comunismo.

Cuando se inició el juicio, el día 24 de enero de 1949, el Palacio de Justicia se vio invadido por equipos de realización de noticiarios, periodistas y

fotógrafos de prensa. Hubo que recurrir incluso a una compañía de la Garde Républicaine a fin de que restableciera el orden. El alcance y la significación de la batalla que tuvo lugar en aquella sala de justicia no tardó en ponerse de relieve. Por más que la defensa intentase convertir la causa en un proceso contra la persona de Kravchenko, el proceso no dejó de ser lo que éste había pretendido: un juicio por poder a la Unión Soviética y el estalinismo. Ambas partes presentaron sus testigos, aunque todos los gastos corrieron de parte del demandante. Bien que no proporcionaron respaldo financiero alguno a Kravchenko, las autoridades estadounidenses lo ayudaron a reunir a ucranianos procedentes de los campos de desplazados de Alemania a fin de que testificaran en relación con las condiciones existentes en la década de los treinta.

Los abogados defensores de *Les Lettres Françaises* pusieron la vista en la Unión Soviética a la hora de buscar testigos. El NKVD localizó a todo aquel a quien pudiese persuadir a desacreditar el carácter y la veracidad de Kravchenko. En este sentido, la persona más vulnerable de todas era la primera esposa del querellante, dado que su padre, antiguo oficial del Ejército Blanco, seguía en prisión.

Antes de que apareciesen los testigos soviéticos, la defensa intentó valerse del patriotismo francés para volverlo en contra de un hombre que se había pasado al bando contrario y, por lo tanto, desertado en tiempos de guerra. Cuando el abogado de Kravchenko esgrimió a modo de contraataque la deserción de Thorez en 1939 y el de Wurmser, el licenciado Nordmann, pidió «un peu de respect pour ce grand homme politique francais», estallaron risas de mofa en la sala.

Dado que la inmensa mayoría del público apoyaba sin reservas a Kravchenko, la prensa comunista declaró que los bancos estaban atestados de señoras de los *beaux quartiers* vestidas con abrigos de pieles. Es cierto que el juicio había levantado tal expectación en París que los bares estadounidenses habían incluido entre sus cócteles uno llamado «Yo escogí la libertad», mezcla de whisky y vodka, a modo de ardid publicitario. Muchos de los que acudieron a la sala de justicia lo hicieron por ver cómo dejaban a los comunistas con un palmo de narices. André Gide, por ejemplo, no habría sido humano si no se hubiese deleitado pensando en esta posibilidad después de lo que había dicho de su persona *Les Lettres Françaises*. Sin embargo, también asistieron muchos que no tenían ninguna predisposición contra los acusados, como era el caso de Sartre y Simone de Beauvoir.

Nordmann convocó a los simpatizantes más destacados a fin de que expresasen el desdén que profesaban a Kravchenko —Pierre Cot, ministro de Aviación del gobierno constituido en 1936 por el Frente Popular; Louis Martin-Chauffier, presidente del Comité Nacional de Escritores; Emmanuel d'Astier de la Vigerie; el doctor Hewlett-Johnson, y el general Petit—, así como a escritores comunistas —Pierre Courtade, Vercors y Jean Cassou, cuñado de Wurmser—, a Ferdinand Grenier, antiguo ministro comunista (que

se presentó como trabajador de la panadería) y el ubicuo Frédéric Joliot, laureado con un Nobel, quien aprovechó su declaración para defender los procesos propagandísticos celebrados en Moscú durante la década de los treinta. El único testigo que la defensa no llegó a presentar fue «Sim Thomas», el supuesto autor estadounidense del artículo original, por la simple razón de que no existía: el escrito había sido obra de André Ulmann, editor de la *Tribune des Nations*, publicación respaldada por los soviéticos.

El 7 de febrero, la defensa llamó a declarar a la ex esposa de Kravchenko, Zinaida Gorlova. La atmósfera de la sala se había hecho más tensa ante la perspectiva de su intervención. «Se trata de una rubia atractiva —escribió una testigo presencial— de treinta y cinco años, con lo que solía llamarse "ventajas" ceñido fuertemente por un corsé. Lleva un vestido negro, y tiene el semblante pálido y la expresión reservada.»[515] Gorlova había sido trasladada en avión a París custodiada por una mujer —perteneciente al NKVD, según cabe suponer— que la acompañaba a todos lados cada vez que salía de su apartamento alquilado por la Embajada Soviética en el bulevar Suchet. Con una voz monótona a fuerza de ensayos, refirió a la sala que Kravchenko la golpeaba, destrozaba la vajilla y la había obligado a abortar. Era un hombre mentiroso, mujeriego y borracho.

El licenciado Georges Izard, abogado de Kravchenko, apenas hubo de esforzarse para hacer que aquella desdichada se sintiese violenta. Se negó a admitir que su padre había sido miembro de la Guardia Blanca o que estuviese confinado en un campo de prisioneros. Por el contrario, aseguró que había muerto. También dijo no haber visto jamás las escenas del hambre en Ucrania que su ex marido afirmaba haber presenciado con ella. El esfuerzo que hubo de hacer fue tal que acabó por pedir una silla para poder sentarse. Nordmann, el abogado de la defensa, intentó impedir que Kravchenko hablase con la que había sido su esposa. El presidente del tribunal lo exhortó a permanecer callado, y entre ambos estalló una furiosa riña, durante la cual, Gorlova siguió reiterando de forma mecánica los insultos dirigidos a su antiguo cónyuge. «¡Siempre repitiendo la misma grabación!», exclamó Kravchenko mientras el presidente se apresuraba a levantar la sesión.

El proceso se sumió con frecuencia en el caos. Uno de los enfrentamientos culminó cuando el demandante se abalanzó sobre Wurmser y se hizo necesaria la intercesión de un gendarme. Muchos de sus comentarios no sólo tenían la virtud de ser astutos y divertidos, sino también, para deleite de los miembros del público que lo respaldaban, sumamente directos. En otra ocasión, Claude Morgan exclamó de súbito: «¡No son espectadores: son *cagoulardsl*».[516] Tampoco André Wurmser pudo menos de expresar sinceramente su indignación ante el hecho de que se concediese audiencia pública a un traidor.

En el transcurso de los días siguientes, el aspecto de Gorlova se fue mudando. Estaba decaída, tenía el rostro cetrino y el cabello descuidado, y había perdido peso. Kravchenko no pudo evitar sentir lástima por ella, pues

sabía bien que el hecho de que no hubiese sido capaz de hacer una buena representación durante el juicio no auguraba nada bueno para ella ni para su familia. «Ella no ha venido a Francia por su propia voluntad», gritó al tribunal. Prometió cuidar de ella en Occidente por el resto de su vida: «¡Pero debe decir antes por qué ha venido!».[517] La sala de justicia estaba electrizada. Gorlova se vino abajo mientras buscaba en vano un pañuelo en el bolso. La mujer que la custodiaba permaneció rígida en el asiento de al lado. Antes de que se reanudase el proceso la llevaron a Orly, donde la esperaba un avión militar soviético para llevarla de nuevo a Rusia.

Entonces llegó el turno de los testigos de Kravchenko. Si bien casi todos provenían de campos de desplazados de Alemania, el que resultó más efectivo había llegado de Estocolmo. Se trataba de Margarete Buber-Neumann, viuda de Heinz Neumann, uno de los dirigentes del Partido Comunista alemán de preguerra. Ambos habían solicitado asilo en Rusia cuando Hitler subió al poder y habían sido enviados a los campos soviéticos de trabajos forzados, acusados de desviacionismo político.

En 1940, firmado el pacto Molotov-Ribbentrop, la Unión Soviética los entregó a los nazis junto con algunos judíos alemanes. Margarete sobrevivió cinco años en el campo de Ravensbrück, y se las ingenió para escapar poco antes de la llegada del Ejército Rojo. A decir de Galtier-Boissiére, que observaba el juicio con gran interés, Claude Morgan y André Wurmser bajaron la mirada al suelo ante la descripción que hizo la testigo de los campos de trabajo soviéticos. Ella se mostró impávida mientras presentaba con claridad cada detalle con una entereza y un valor asombrosos. Tan sólo el estalinista más fanático habría tenido valor de dudar de su testimonio. El comunista renegado Arthur Koestler no pudo menos de sentirse exultante al ver el efecto que había tenido la intervención de Buber-Neumann, a quien él y Mamaine Paget alojaron en su domicilio durante un par de días.

El veredicto del juicio, favorable a Kravchenko, se hizo público el 4 de abril, el mismo día en que se firmó el tratado del Atlántico Norte. Casi como si quisiera demostrar que el demandante estaba en lo cierto, la prensa rusa sostuvo lo contrario: que la verdad de la postura soviética había dado al traste con la causa de Kravchenko. Nada de esto, sin embargo, fue óbice para que la noticia de la derrota sufrida en Francia por los comunistas llegase a Solzhenitsin, para quien supuso un atisbo de esperanza en el campo de prisioneros de Kuibishev.[518]

El proceso vino a sumarse a los reveses sufridos por el Partido Comunista en 1947 y 1948 para empezar a convencer a Francia de que la Unión Soviética no era el paraíso obrero que pretendía ser. Los enfrentamientos de la sala de justicia propiciaron una oleada de cinismo que hizo que el pueblo perdiera el miedo a criticar abiertamente el comunismo. El último día del mes, los integrantes de la izquierda antiestalinista celebraron en la Sorbona una conferencia en torno a la guerra y la dictadura, algo que habría sido impensable dos años antes.

El 20 de abril, cuando apenas habían pasado dos semanas desde el final del juicio, la Unión Soviética probó una nueva táctica: El Partido Comunista francés fundó el Mouvement de la Paix durante un encuentro realizado en la Salle Pleyel y presidido por el profesor Joliot. La paloma de Picasso, emblema del movimiento, ocupaba un lugar destacado. El mismo día se llevó a cabo un mitin multitudinario, y las paredes de la ciudad no tardaron en quedar empapeladas con reproducciones de la paloma. Tampoco hubo de pasar mucho tiempo para que el grupo anticomunista Paix et Liberté contraatacase con su propia propaganda. Con este fin, se imprimieron carteles en que se representaba la paloma de la paz como un bombardero ruso con la leyenda: *La colombe quifait boum*!, en un intento por desafiar el monopolio que parecían tener los comunistas sobre los muros parisinos.

En la época del juicio de Kravchenko, Koestler y Mamaine se mudaron a una casa llamada Verte Rive y erigida en Fontainebleau, a orillas del Sena. Durante la mudanza estalló una nueva disputa, aunque en esta ocasión Koestler se puso del lado de Sartre y De Beauvoir y en contra de André Malraux. Este había hecho pública su indignación ante la invectiva de que había sido objeto por parte de *Les Temps Modernes*, lo que había llevado a Gastón Gallimard a retirar de inmediato el respaldo que prestaba a la publicación. Sartre y De Beauvoir descubrieron que aquél, al parecer, había amenazado a Gallimard con revelar sus antecedentes durante la ocupación si no retiraba su apoyo a *Les Temps Modernes.*

Mamaine Paget recordaba la noche del 1 de marzo de 1949, en la que Koestler «se subió a las barbas» del novelista francés. «En un principio, cuando K. le preguntó acerca del asunto, Malraux se limitó a responder con evasivas. Sin embargo, acabó por reconocer, más o menos, que tenía razón... K. sintió entonces que la gran fe que profesaba a Malraux y la amistad que lo unía a él habían llegado a su fin. Lo cierto es que había hecho algo repulsivo... chantaje, simple y llanamente.»[519]

La última salida que hicieron juntas las tres parejas —Koestler, Sartre, Camus— tenía cierto aire de *deja vu*, aunque en esta ocasión no fueron al Schéhérazade, sino al Troika, otro local nocturno de categoría dirigido por bielorrusos.

Transcurridos unos días, Camus, Sartre y Simone de Beauvoir hablaron sobre aquella noche. El primero quiso saber: «¿Creéis de verdad que podemos seguir bebiendo así y trabajar al mismo tiempo?». Cuando Sartre y De Beauvoir volvieron a encontrarse con Koestler a la salida del hotel Pont-Royal y él propuso que volvieran a quedar, Sartre sacó su agenda como por costumbre antes de detenerse y responder:

—No tenemos nada más que decirnos.

—¡No me dirás que lo vamos a echar todo a perder por razones políticas! —repuso Koestler.

—Cuando dos personas tienen opiniones tan diferentes —contestó Sartre—

ni siquiera pueden ver juntos una película.

Koestler, que no eludió su parte de responsabilidad en el fin de su amistad, volvió a coincidir con Sartre en junio de 1950 en la Gare de l'Est, donde ambos habían de tomar el tren nocturno a Alemania. Koestler y Mamaine, por aquel entonces marido y mujer, se dirigían al Congreso sobre la Libertad Cultural, en tanto que Sartre iba a Frankfurt a dar una conferencia. Lejos de la presencia condenatoria de Simone de Beauvoir, los tres compartieron lo que llevaban de comer con dos polacos anticomunistas y el guardaespaldas que había designado a Koestler la Sûreté después de que los comunistas lo amenazaran de muerte.

A pesar de que tenía aspecto de estar muy enfermo, Sartre (quien, a decir de Mamaine, vivía prácticamente de una especie de anfetamina llamada Corydrane) hizo de tripas corazón, de tal modo que tuvieron un viaje muy entretenido. De cualquier modo, Koestler y su esposa no pudieron menos de compadecerse de él. «Aquella noche, en el coche cama —escribió el primero al final de su vida—, Sartre se quejó de que apenas salían al caer la tarde, dado que no quedaba casi nadie con quien estuviesen de acuerdo en lo tocante a la política.»[520]

El año 1949 vio cómo se tambaleaba la fe en el partido de no pocos intelectuales comunistas. Tanto Vercors como Jean Cassou, el cuñado de Wurmser, abandonaron sus filas, y hubieron de enfrentarse al consiguiente ataque de *L'Humanité*, que los motejó de traidores en el número del 16 de diciembre. Para *Les Lettres Françaises*, empero, y dado que pretendía interponer un recurso de apelación contra el veredicto de la causa de Kravchenko, resultaba embarazoso que dos de sus testigos hubiesen adoptado tal decisión.

Las desavenencias de Sartre y Camus también se habían hecho mayores. En diciembre de 1949, después de que este último regresase a Francia de Suramérica, se estrenó *Los justos* en el Théátre Hébertot, el mismo en el que había triunfado en 1945 con *Calígula*. La nueva obra, que giraba en torno a la violencia revolucionaria en la Rusia zarista, marcó aún más el alejamiento de Camus con respecto a sus contemporáneos *communisants*. Algunos la consideraron un ataque velado a la Resistencia, bien que el objeto de la crítica del dramaturgo era evidente: la idea de que podía justificarse la violencia revolucionaria con la vaga promesa de un futuro mejor. El siguiente paso en el distancia-miento respecto de Sartre tuvo lugar dos años después con la publicación de su ensayo *El hombre rebelde*, un ataque directo a los intelectuales que permitían que las consideraciones políticas corrompiesen su integridad artística.

Sartre no creía siquiera que un escritor pudiera mantenerse al margen en lo político. En su caso, el compromiso político estaba ya subordinando al arte. Veía con cierto aire de superioridad los escrúpulos de Camus y su resistencia a dejarse llevar por la corriente progresista de la historia. «Sólo se me ocurre una solución para tu caso —fue su conclusión—: las islas Galápagos.»

La ruptura final no ocurrió hasta 1952. Sartre vio a Camus en el bar del Pont-Royal y le advirtió que esperase lo peor de la reseña de *El hombre rebelde* que había preparado Francis Jeanson para *Les Temps Modernes*. El comité editorial se había negado a censurar lo que había escrito.

Camus publicó su réplica el 30 de junio. Haciendo caso omiso de Jeanson, dirigió su carta a Sartre, a quien se refería como «Monsieur le Directeur». En particular, criticaba «el método intelectual y la actitud» del escrito. Cierto es que sus argumentos no rebosaba en rigor filosófico; pero también lo es que el autor formulaba preguntas certeras que dejaban a sus oponentes en una situación muy incómoda. «Uno no decide qué tiene de verdad un pensamiento considerando si es de derecha o de izquierda.»[521] Ponía de relieve lo que había de contradicción fundamental en el hecho de que los existencialistas justificasen un sistema que se oponía en redondo a la idea de la responsabilidad del individuo.

«Una polémica como ésta —comentó Raymond Aron— apenas puede entenderse fuera de Francia y de Saint-Germain-des-Prés.»[522] Allí, más que en ninguna otra parte, los intelectuales progresistas seguían haciendo la vista gorda ante los métodos estalinistas. Algunos reconocían su existencia, pero los justificaban. Otros, como es el caso de Simone de Beauvoir, reconocían su existencia y los consideraban irrelevantes. Para De Beauvoir, quien les concediese demasiada importancia resultaba sospechoso de respaldar el capitalismo estadounidense. A pesar de la antipatía que profesaba a Kravchenko, admitía que el juicio había demostrado fuera de toda duda la existencia de campos de trabajos forzados en la Unión Soviética. Sin embargo, se delataba en la siguiente descripción del escritor norteamericano Richard Wright: «Con los ojos encendidos por el brillo de un fanatismo descaminado, relataba casi sin aliento por la emoción historias de arrestos clandestinos, traiciones y asesinatos que sin duda eran ciertas. Con todo, resultaba difícil entender el sentido y el alcance de lo que estaba diciendo».[523]

Esta nueva «traición de los clérigos» se hallaba de lleno en la tradición de los jacobinos, por cuanto giraba en torno a un terrorismo intelectual que justificaba el terror físico. El régimen de Stalin sería despiadado, según argumentaban sus apologistas; pero toda revolución contaba con una majestad terrible. Lo que importaba era que la filosofía declarada por la Unión Soviética se hallase del lado de la justicia humana. Ante esto, Estados Unidos no ofrecía ningún programa ideológico ni social que no fuese el de la libertad económica, que no era otra cosa que la libertad de explotar a los demás.

Los que no se hallaban confinados en burbujas de teoría vacías desde el punto de vista moral podían haberse visto cautivados por la atracción de un partido de mártires en tiempo de guerra. Sin embargo, no pudieron cerrar los ojos ante la sospecha de que los terribles sacrificios que habían impulsado al sistema soviético habían sido —y seguían siendo— en vano. No puede construirse una Utopía sobre una fosa común.

Cuarta parte La nueva normalidad

28 La invasión de los turistas

Acabada la guerra, se hizo inevitable el deseo de viajar de paisano y no en calidad de soldado. En Gran Bretaña se extendió el anhelo de escapar a la austeridad del conflicto, el socialismo y los daños provocados por las bombas. No obstante, eran muy pocos los que podían permitirse un lujo como éste. Cuando tocaba a su fin el verano de 1945, Winston Churchill, convaleciente aún de la derrota electoral sufrida en los comicios generales, se dispuso a alojarse en el Hotel de Paris de Montecarlo. Se registró con el nombre de guerra de *coronel Warden*, y siguió «une véritable cure de Pommery Rosé 1934», a decir del sumiller, monsieur Roger, que hubo de solicitar más existencias de tan preciado champán.[524]

Gran Bretaña hubo de depender del racionamiento durante mucho más tiempo que Francia, y parecía no tener muchas más posibilidades que ésta de salir de la indigencia. El *milord anglais* era a la sazón poco más que un recuerdo del pasado remoto, que resultaba llamativo tan sólo por ser una rareza. En abril de 1945, una vez que se despejaron las minas de aquella parte de la Costa Azul, los duques de Windsor regresaron a su villa La Croe y volvieron a reunir a una plantilla de veintidós sirvientes, entre domésticos y externos. Aquel verano, los condes de Dudley se dirigieron en coche al mediodía francés con nada menos que un millón de francos obtenidos en el mercado negro parisino por mediación de Loel Guinness a setecientos francos la libra.

El principal obstáculo, para aquellos que estaban dispuestos a respetar las leyes, eran las veinticinco libras que imponía por viajar el gobierno laborista. Cada vez eran más los británicos que eludían este gravamen ante la desesperación por escapar al carácter gris y austero de la Gran Bretaña de Attlee. A diferencia de Francia, ésta daba la impresión de haber progresado muy poco fuera de las barracas prefabricadas, el corte de pelo que dejaba más despejados los lados y la nuca, y el budín de sebo. El atractivo de la moda parisina, los cafés de bulevar y los manjares suntuosos resultaba abrumador.

A partir de mayo de 1948 se había permitido a los ciudadanos estadounidenses volver a sus hogares con bienes por valor de cuatrocientos dólares; aunque la verdadera oleada turística llegó en el verano del año siguiente. Por estas fechas resultaba más sencillo organizar un viaje, y Europa se hallaba algo más preparada. «Nos han informado de que se nos van a echar encima tres millones de turistas —escribió Nancy Mitford a Evelyn Waugh en abril de 1949—. En el Ritz dicen no tener habitaciones libres hasta el 10 de octubre.»[525]

«Los norteamericanos que visitan Europa —escribió a su familia Letitia Baldrige desde su puesto de trabajo en la Embajada de Estados Unidos—

provocan en ocasiones verdaderos dolor y animadversión. Me repugna pensar en la gente descuidada, gruñona y malacostumbrada que recorre a la carrera estos países erizados de dificultades haciendo que los europeos se sientan aún más resentidos e inferiores.» De cualquier modo, todo apunta a que la queja más frecuente entre los europeos de la vieja escuela estaba relacionada más bien con la forma de vestir de los visitantes. «Tendrías que haberlos visto llegar al Ritz como los he visto yo esta mañana —refirió Nancy Mitford en una carta remitida a Waugh a finales de agosto—: vestidos con ropa de playa.»[526]

Para recibir a la invasión de turistas cargados de dólares, las tiendas de la rué du Faubourg Saint-Honoré habían basado la decoración de sus escaparates en los siete pecados capitales. Así, las naranjas y los plátanos frescos simbolizaban la gula —algo que tal vez pasasen por alto los que provenían de la tierra de la abundancia—, en tanto que en Lanvin se había representado la envidia con un maniquí sin cabeza vestido de brocado y cubierto de joyas. Cartier llegó incluso a proveerse de «palillos de oro para remover cócteles a once mil francos y una versión semiautomática a veintiún mil francos», productos que no podían sino horrorizar a los franceses.[527]

Todo el mundo se vio atraído hacia París por una combinación de razones, entre las que se incluían los comercios, los lugares turísticos, la inspiración y emoción que provocaba el lugar o la simple curiosidad. A los que soñaban con la época dorada de Montparnasse les bastaba la voz de Jacqueline Frangois cantando *La Vie en Rose* en un local nocturno para sentirse «como un personaje joven de Scott Fitzgerald empapado de romanticismo parisino».[528]

La ciudad era también un símbolo de la libertad sexual, algo que iba desde los tangas de lentejuelas de Les Folies Bergére hasta la excitación de ver a las integrantes del Bal des Quatzarts, que traían de cabeza a los estudiantes de arte. La noche del 5 de julio pululaban por Montparnasse, «vestidas o semidesnudas —anotó el embajador estadounidense al ver su coche cordialmente asaltado—, semejantes a guerreros indios o japoneses de rostro embadurnado y sin más prendas de vestir que taparrabos».

Con todo, mientras que el estadounidense más joven anhelaba tal libertad, sus compatriotas más anticuados no podían menos de hacer patente su desaprobación. La indisciplina francesa —en los ámbitos político, sexual, higiénico y gastronómico— dieron pábulo a no pocas muestras de censura moral. Durante el verano de 1948, la primera remesa de turistas arremetió contra una crisis política que llevaba trazas de ser eterna, a juzgar por la incapacidad de que daban prueba los gabinetes que se sucedieron de julio a septiembre. Por su parte, los puritanos estaban escandalizados ante el desperdicio que suponía la *grande cuisine* en un momento en el que se suponía que toda Francia estaba viviendo «de limosnas». Muchos de ellos consideraban inmorales aun las extravagancias gastronómicas de la clase media francesa, y por lo general no guardaban sus opiniones para sí. A menudo su censura surgía de su propia incapacidad a la hora de enfrentarse a

alimentos costosos o poco comunes. Cargados de remedios para las molestias estomacales, se sentían horrorizados ante la perspectiva de tener que colocarse en cuclillas sobre un agujero abierto en el suelo. La escasez del agua que trajo consigo la sequía de 1949 no supuso precisamente un alivio a su preocupación por la higiene.

Los franceses no eran los únicos sorprendidos ante los turistas intransigentes o ensimismados. En junio de 1949, una joven estadounidense que se alojaba en el Ritz telefoneó a su embajada para pedir a David Bruce que «le hiciera que le cambiasen el colchón, pues estaba lleno de bultos».[529] Más adelante lo abordó en una fiesta una modelo neoyorquina y le exigió que le presentara a franceses interesantes a fin de poder «aumentar su vocabulario».

De cualquier modo, no puede decirse, ni mucho menos, que Bruce viviera de espaldas a la cada vez más nutrida comunidad estadounidense de París. Hacía lo que estaba en sus manos por acudir a toda velada ofrecida con motivo de la inauguración de alguna exposición protagonizada por jóvenes pintores estadounidenses, por mucho que le desagradara su obra. A la que acudió el matrimonio Bruce con más entusiasmo del habitual fue a la que hacía la esposa de Edward G. Robinson en la galería de André Weill. La venta de los óleos estaba destinada a la reconstrucción de una aldea francesa. Durante las semanas que siguieron, y en tanto que Robinson se hallaba filmando en la Costa Azul, Gladys se dedicó a disfrutar de su estancia en París. Los Bruce volvieron a encontrarse con ella para almorzar en el Maxim's, «con algunos cócteles de más, pero muy divertida». Después, salió tambaleándose para probarse un vestido con Marcel Rochas.

Resulta difícil no sentirse frágil al reparar en la resistencia al alcohol que se requería en aquella época. El influjo estadounidense en París había hecho que los hoteles introdujesen la «hora del cóctel», una especie de sesión de calentamiento que tenía lugar antes de salir a cenar y a algún espectáculo. En realidad, se prolongaba hasta las dos horas y media, de las seis a las ocho y media, conque constituía un equivalente báquico del período de *cinq a sept* que se reservaba en Francia para el adulterio.

Había media docena de lugares predilectos para estos menesteres, por demás diferentes de los austeros establecimientos franceses, dotados de un mostrador de cinc y suelo de baldosas. El bar Crillon, lleno de periodistas y personal del Plan Marshall, tenía fama de ofrecer el mejor Tom Collins de todo París. El barman del Ritz, André Guillerin, era célebre por sus cócteles de champán. Quienes pasaban por la ciudad procedentes de Hollywood acostumbraban alojarse en el Georges V o el Prince de Galles, cuyo barman, Albert, recordaba los gustos y la resistencia aun del cliente menos asiduo. El Meurice y el Claridge disponían de bares tranquilos y pequeños en los que se podía conversar, mientras que el del Plaza Athénée ofrecía la ventaja de poder tomar un tentempié antes de ir al teatro.

Los visitantes que podían permitírselo gustaban de acudir a los lugares de

mayor renombre. Albert, *maitre d'hótel* del Maxim's, restituido ya a su antiguo puesto, hacía hondas reverencias al oír crujir los dólares, la moneda de lo que los comunistas llamaban «la nueva fuerza de ocupación». El Tour d'Argent seguía siendo famoso por su pato prensado y por las vistas nocturnas que ofrecía de Nôtre-Dame. En las cálidas noches estivales, los románticos de mediana edad no podían sustraerse a la tentación de visitar el Pavillon d'Arménonville, situado en el Bois de Boulogne, donde podían cenar a orillas del lago acompañados de la música cíngara que interpretaban los ubicuos violinistas a la luz de farolillos chinos colgados de los árboles. Cerca de éste se hallaba también el Pré Catalán, erigido en el terreno que se había elegido tradicionalmente para batirse en duelo.

Para la mayoría de los visitantes anglosajones poco duchos en la lengua francesa, las salidas al teatro se reducían a Les Folies Bergére, el Lido o el Casino más que a la Comédie-Francaise. Sin embargo, para los que no tenían este problema, el teatro parisino tenía mucho que ofrecer en el otoño de 1949. Jean Gabin ofreció, al parecer, una brillante interpretación en *La Soif*, de Henri Bernstein, en Les Ambassadeurs. David Bruce la describió como «una pieza sensual, algo anticuada, en el sentido de que es una repetición de todas las de Bernstein».[530]

El sábado, 1 de octubre, inauguró su temporada el Ballet de Montecarlo, dirigido por el marqués de Cuevas. La actuación de Támara Tumanova y Rosella Hightower, una de las *prime ballerine* que había llevado aquél de Estados Unidos, digna de encomio, mereció el calificativo de soberbia. Jorge de Cuevas, chileno casado con una de las herederas de Rockefeller, se había hecho en 1947 con el ballet de Serge Lifar, con quien supuestamente se había batido en duelo. Nijinska era la *maitresse de ballet* de Cuevas, que reclutó también a Lichine y Markova. Como el hombre caprichoso y egocéntrico que era, no tardó en cambiar el nombre de su compañía por el de Grand Ballet du Marquis de Cuevas.

Al mes siguiente se estrenó *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams, para convertirse en uno de los éxitos del año a pesar de las críticas desfavorables. Para los que habían visto el polémico montaje original neoyorquino, en el que aparecía Marión Brando con la célebre camiseta rasgada, la versión francesa no dejaba de resultar original a su modo. Jean Cocteau, que fue quien la adaptó, introdujo muchos cambios. Para empezar, hizo una curiosa evocación de Nueva Orleans, para lo cual empleó «extraños bailes negros, que no tenían poco de erótico».[531]David Bruce asistió al estreno formando parte de un nutrido grupo que incluía a Paule de Beaumont, quien se había encargado de traducir la obra. La escenografía era fabulosa, como no podía ser menos, toda vez que competía con otro invierno europeo. Cuando se abría el telón, el público oía el cantar de los grillos que lo transportaba a una asfixiante noche de calor sureña, a pesar de que en el teatro todos estaban congelados.

Si bien los críticos recibieron el montaje con cierta indiferencia, Arletty estuvo maravillosa en el papel de Blanche (personaje que al mismo tiempo estaba interpretando en Londres Vivien Leigh). Era la primera vez que pisaba un escenario desde que le prohibieron actuar. Su película *Portrait d'un Assassin*, con Maria Montez y Erich von Stroheim, se estrenó el 25 de noviembre, cuando la obra seguía en cartel.

Cierta noche, Arletty tuvo una visita inesperada en el camerino tras la actuación. Se trataba de Marión Brando, que se encontraba en París disfrutando de unas largas vacaciones después de que su interpretación de Kowalski en el montaje original estadounidense lo hubiese lanzado a la fama. Tenía buenas razones para querer verla: *Los niños del Paraíso* era su película favorita, y adoraba la actuación de Arletty en el papel de Garance. En Estados Unidos le habían dado el papel del campesino criminal de *El águila de dos cabezas*, que Cocteau había escrito para su amante, Jean Marais. Sin embargo, la interpretación que hizo Marión Brando del campesino, basada por completo en «el método» del Actor's Studio, resultaba tan grosera (comportaba gestos como el de hurgarse la nariz o rascarse la entrepierna) que Tallulah Bankhead, quien representaba el papel de la reina de la que se enamora aquél —y que en el montaje parisino interpretaba Edwige Feuillére— había llegado a tomar su vasta despreocupación por una afrenta para con su persona. En gran medida, se debió a su insistencia el que se excluyera a Brando cuando se llevó la obra a Broadway.

Sus nociones de diplomacia no habían mejorado con el tiempo. Así, cuando fue a conocer a Arletty se presentó en vaqueros y con una camiseta. La actriz, que en lo tocante al vestuario se comportaba como una verdadera parisina, no pudo menos de sentirse ofendida, y le correspondió con un recibimiento glacial. Él se limitó a encogerse de hombros y centrar su atención en Le Boeuf sur le Toit, aquella nueva colonia de la orilla izquierda del Sena en la orilla derecha, donde pasaba las horas con *Germano-pratins* de costumbres más relajadas en el vestir. Se procuró una modesta Mobylette, desde la que, sentada en la parte trasera, Juliette Gréco pudo hacerle visitas guiadas por París. Con todo, la cantante de la que se enamoró en el Boeuf fue Eartha Kitt.

Los clubes nocturnos parisinos ofrecían una variedad de espectáculos más amplia que los de cualquier otra ciudad del mundo. El Bal Tabarin era tal vez el más el más efectista. De entrada, daba la impresión de ser igual que cualquier otro local, provisto de mesas y sillas dispuestas en derredor de una pista de baile. Sin embargo, el espectáculo de semidesnudos constituía por sí solo un acto imponente, merced a las trampillas, los trapecios, las luces, los sonidos, los espejos y los animales circenses que creaban efectos mágicos. El Carrousel, sito en el número 40 de la rué du Colisée, a muy poca distancia de Le Boeuf sur le Toit, tenía por principal atracción a un grupo de imitadoras ataviadas con hermosos vestidos, aunque la noche acababa con un cancán interpretado por las muchachas de Les Folies Bergére, que acudían al local tras su actuación.

También había infinidad de establecimientos para homosexuales de uno y otro sexo, como era el caso de Le Monocle, en Montparnasse; pero La Vie en Rose, a pesar de que se conociese asimismo con el nombre menos romántico de *la salle viande*, o «sala carnal», era sin duda el más entrañable y excéntrico. Sir Michael Duff y David Herbert, eminentes filenos ingleses, llevaron allí una noche a Louise de Vilmorin, Diana Cooper y su joven hijo, John Julius. «Se trata de una sala de baile no muy grande —escribió Diana—, con orquesta y parejas de dentistas de mediana edad que bailan muy bien juntos, no mejilla con mejilla, como acostumbran los lánguidos jóvenes con las señoritas, sino con soltura y cierta formalidad. Un *patrón* con un dedo de pintura en la cara va de un lado a otro esperando a que llegue el momento de cambiar camisa y pantalón por un traje de noche eduardiano de lentejuelas y un sombrero a la Boldini. Entonces, a una señal de la orquesta, sale en tropel un grupo de ballet formado por caballeros entrados en años, maquillados y con escote, que se deleitan cuanto pueden mientras las parejas de hombres (y alguna que otra de mujeres vestidas de *tweed*) andan pavoneándose de un lado a otro.»[532]

Otro local nocturno bielorruso que venía a sumarse al Schéhérazade y el Troika era el Dinarzade, dirigido por Alexis de Norgoff y el coronel Tchikacheff, en el que no faltaban el caviar, el *shashlik*, el vodka y el champán. Les Grands Seigneurs, situado en la calle Daunou, cerca del Harry's Bar, también conocido como Ciro's, disponía de cortinas de terciopelo, paredes del color del vino tinto, enormes garapiñeras y violinistas gitanos que tocaban casi al oído del comensal. Al igual que sucedía con el vetusto Monseigneur, sito en la rué d'Amsterdam, al que se asemejaba, no era conveniente acudir a él si no era para iniciar una relación, a no ser que lo que se buscara fuese una ruina financiera.

Suzy Solidor ofrecía un espectáculo menos oneroso —a la par que menos predecible— en su Club de l'Opéra de la calle Joubert. El establecimiento tenía una colección de más de cien retratos de la dueña, entre los que no faltaban obras de Christian Bérard, Cocteau, Dufy y Van Dongen. Los que gustaban de los ritmos tropicales podían elegir entre La Cabane Cubaine, en Montmartre, o Canne a Sucre, local martiniqués de Montparnasse. Entre los clubes de jazz informales destacan el de Honey Johnson o el Chez Inez de la calle Champollion, en el que la dueña, Inez Kavanagh, procedente del Harlem, contrataba a músicos en paro. Cuando disminuían los pedidos de pollo frito o costillas de cerdo, la propia jefa «cantaba una o dos melodías con voz estentórea».[533]El Lapin Agüe, sito en la rué des Saúles, de Montmartre, lugar al que había llevado Koestler a Mamaine durante la primera noche que pasaron juntos en París, tenía fama de estar atestado de pintores sin blanca, aunque habían acabado por buscar otro sitio a raíz de la afluencia de turistas.

El espectáculo que más solicitaban los extranjeros a principios del verano de 1949 era la gran reaparición de Joséphine Baker en Les Folies Bergére, donde protagonizaba una fastuosa actuación llamada *Féeries et Folies*. En junio, el

actor Michael MacLiammoir describió la primera salida que hizo por París con una de sus amistades. La experiencia comenzó con un plato de caracoles en el Méditerranée. Luego fueron a ver a «Joséphine Baker, que interpretaba una serie de papeles a fin de representar la búsqueda del amor a través de los tiempos, desde una Eva tropical (acompañada por un Adán de cabello rubio ceniza, varias palomas y un brumoso amanecer en la selva edénica bajo una cascada gigante) hasta toda una sucesión de asombrosas encarnaciones de princesas griegas, emperatrices orientales y reinas de Francia. Después, se recrea en la interpretación de la emperatriz Josefina y María Estuardo. El espectáculo culmina en una catedral de color púrpura oscuro, donde la ejecutan públicamente (vestida de terciopelo negro suelto), tras lo cual aquella preciosidad decapitada, ataviada entonces con un reluciente vestido negro de estrás, canta el *Ave María* de Gounoud a los poderosos acordes del órgano mientras veintenas de ángeles descienden luminosos de sus vidrieras para celebrar el triunfo del de arriba sobre la materia, y ejecutan una majestuosa zarabanda rodeados de rayos violeta. Todo esto resulta *émouvant* en extremo. Nos encontramos demasiado cansados para ir a un club nocturno, metemos en la cama al pobre Paul, destrozado pero contento, y nos tomamos un chocolate en el Dome para calmar los nervios».[534]

Para los más resistentes, siempre quedaba la opción de acudir a Les Halles («la panza de París», a decir de Zola) por una sopa de cebolla antes del amanecer. Tras ingerir el caldo apenas líquido y un *petit vi blanc*, las elegantes parejas observaban a los mozos de cuerda de brazos fornidos y nariz colorada que transportaban, embutidos en monos azules, costillares de ternera. Después, caminaban sin prisas por el mercado de las flores, donde compraban ramos para llevarlas al hotel a su regreso. Allí, el conserje nocturno, a punto de acabar su jornada, las recibía con una mirada indulgente.

A principios de julio, el Consejo Municipal de la ciudad decidió culminar la Grande Semaine con una Grande Nuit de Paris. Se encendieron e iluminaron las fuentes de la capital y de Versalles. También se alumbró con focos, por vez primera, la torre Eiffel y se llevaron elefantes del circo para que actuasen bajo ella. Las autoridades organizaron una cena especial al precio de tres mil francos el cubierto, y las celebridades asistentes —entre las que se incluían Edward G. Robinson e Ingrid Bergman— pudieron observar el espectáculo que tenía por colofón una exhibición de fuegos de artificio desde el Pont d'Iéna. La celebración, como cabe esperar, estaba en parte concebida para los extranjeros; sin embargo, constituía también una maniobra política que pretendía demostrar al pueblo de París que volvían los buenos tiempos.

29 París sera toujours París

Francia comenzaba a notar los efectos de la ayuda proporcionada por el Plan Marshall, que había impulsado la recuperación económica con más rapidez de lo que nadie se había atrevido a esperar. Ya en 1948 podían observarse signos de una nueva actitud incipiente. «Parece que mi comunidad empieza a dejarse llevar por un espíritu nuevo —señaló a Jacques Dumaine el gran rabino—. Hoy los padres ya no eligen a sus yernos entre los funcionarios estatales, cuando hace dos años hacían todo lo contrario. Tal vez se trata de un indicio de que la actividad comercial empieza a resucitar en Francia.»[535] Janet Flanner reparó en que, por vez primera desde antes de la guerra, los estantes de las tiendas habían dejado de estar vacíos. «El francés medio puede encontrar ahora en los establecimientos casi cualquier cosa que desee, excepto los medios para pagar lo que busca.»[536]

En noviembre de aquel año, el general Marshall visitó Francia con la intención de supervisar el desarrollo del proyecto que llevaba su nombre. Paul Claudel pronunció un discurso de bienvenida en el que decía: «Hasta ahora, la palabra *plan* no sonaba muy bien a nuestros oídos: para un pueblo agotado y sobrecargado, no significaba otra cosa que el sometimiento del ser humano a una serie de objetivos distantes. Sin embargo, el Plan Marshall lo podemos entender con gran facilidad, del mismo modo que entendemos, por ejemplo, la Cruz Roja».[537]

El país avanzaba hacia la recuperación una vez fracasada la última racha de huelgas. A despecho de todo el daño que había sufrido su economía, Francia se hallaba en una posición más ventajosa que Gran Bretaña a la hora de sacar provecho de la ayuda estadounidense a causa de la existencia del plan ideado por Monnet para reformar la industria nacional. Jean Monnet persuadió tanto al gobierno como a David Bruce, a la sazón director en Francia de la Administración Europea de la Cooperación Económica, entidad responsable de la ejecución del Plan Marshall, de la necesidad de destinar una porción considerable de los fondos disponibles a la regeneración industrial. En este sentido, se habían establecido una serie de prioridades que afectaban al acero, el carbón, la energía hidroeléctrica, los tractores y el transporte. Apenas se desaprovechó el tiempo, en tanto que el gobierno británico se dejó llevar por las ilusiones propias de un vencedor, convencido de no necesitar un plan a largo plazo para reconstruir su industria. En consecuencia, orientó las inversiones hacia la producción existente en lugar de dirigirlas hacia la creación de nuevas fábricas y nueva maquinaria para el futuro.

En los albores de 1949, Francia comenzó a ver cómo todo se iba encauzando. En enero, cuando apenas habían pasado unas semanas del final de las huelgas, se suscribió por completo un préstamo estatal, el primero tras

la liberación. Se suprimió el racionamiento del pan, lo que se debió en gran medida a la ayuda brindada por el Plan Marshall, toda vez que la sequía de 1948 había reducido la cosecha de un modo drástico. Los productos lácteos dejaron de racionarse el 15 de abril de 1949, coincidiendo con el primer aniversario del Programa de Reconstrucción Europea. Los precios se tornaron menos inestables, las demandas salariales se calmaron y se frenó la inflación. Aun la cautela de que daban muestras los estadounidenses se hizo menos marcada, tal como puede inferirse del siguiente informe remitido a Washington por la embajada: «Bien que no pretendo hacer en ello más hincapié del necesario ni exagerar, creo que puede decirse que Francia presenta al fin signos de una mayor organización y parece estar en vías de recuperación».[538]

El año resultó tan exento de sobresaltos, en comparación con los anteriores, que los periodistas extranjeros enviados a la capital francesa se quejaban de no tener nada de lo que escribir. Este nuevo espíritu de inactividad se achacó al primer ministro, el doctor Henri Queuille, médico rural y veterano de los radicales. Tal vez tuviese una personalidad poco interesante, pero era más hábil de lo que parecía, y supo proporcionar al país la estabilidad que éste necesitaba con tanta desesperación. El nombramiento más importante que llevó a cabo fue el de Maurice Petsche, a quien hizo ministro de Finanzas y quien comenzó, sin ningún tipo de fanfarronería política, a liberalizar la economía y también el franco al reducir el tipo de cambio entre el mercado negro y el índice oficial.

Las importaciones procedentes de Estados Unidos habían sido por demás numerosas durante 1948 merced a la afluencia de productos agrícolas al país propiciada por el Plan Marshall; «pero, a finales de 1949 —informó más tarde a Washington Averell Harriman—, las exportaciones ascendieron a más del doble», mientras que se redujo el déficit comercial.[539] La producción de carbón se hallaba en aumento, y la de acero estaba cada vez más cerca de igualar las insólitas cotas de 1929 y, por ende, de alcanzar el ambicioso objetivo que se había fijado Monnet. Por su parte, la producción de vehículos se elevó de los cinco mil automóviles de 1947 a más de veinte mil a finales de 1949. El rápido aumento del tráfico —y del ruido de las bocinas— propició uno de los cambios más chocantes de la época, en especial en el centro de París, donde cada vez era menor el número de bicicletas que podían verse circulando.

Los comunistas ya no se atrevían a criticar de frente el Plan Marshall, dado que hacerlo no suponía sino llamar la atención acerca del modo en que habían tratado de sabotear la recuperación del país. En consecuencia, las pancartas que salieron a la calle en la manifestación del Día del Trabajador se centraban en la campaña de paz. Los observadores de la Embajada Estadounidense comprobaron con moderada satisfacción que el número de participantes era muy inferior al del año anterior: «El Primero de Mayo más tranquilo que se ha dado desde la liberación refleja no tanto una mayor satisfacción por parte de

los obreros en lo relativo a sus condiciones de vida como una creciente apatía por su parte y una falta de fe cada vez mayor en las consignas, fórmulas y organizaciones».[540] Al otro lado de París, en el Bois de Boulogne, se congregó una multitud constituida por cien mil gaullistas y convocada por el RPF a fin de contrarrestar los efectos de la manifestación organizada por los trabajadores. Los partidarios del general acabaron por dispersarse sin más alteraciones. El día parecía subrayar el hecho de que, al menos por el momento, se habían calmado las pasiones políticas. Por otra parte, y como si quisieran confirmar la impresión de que los peligros más inmediatos habían dejado de existir, las fuerzas soviéticas destinadas en Alemania levantaron el bloqueo sobre Berlín antes de que hubiese acabado el mes.

La cosecha de 1949 resultó ser mucho mejor que la del año anterior, algo que se debió en parte a la excelente recolección de trigo. En septiembre, Queuille y su gobierno continuaron con su política de mayor libertad monetaria y dejaron que el franco se devaluase en un veinte por 100 con respecto al dólar. Los británicos, que se hallaban en una posición mucho más grave, se vieron obligados a devaluar la libra en un treinta por 100.

Ni siquiera la caída del gobierno de Queuille en octubre (lo que formaba parte de una maniobra socialista concebida para zafarse de las críticas procedentes de la clase obrera) repercutió demasiado en el mercado de valores. No había amenaza alguna de una posible huelga en el sector del carbón, y las reservas de combustible casi se habían doblado durante el año anterior. Lo más preocupante era el conflicto en Indochina, al que se habían destinado otros dieciséis mil reclutas, de tal modo que el número de soldados enviados a la zona ascendió a ciento quince mil.

A partir de la tercera semana de noviembre, los comunistas dejaron de centrar sus empeños en los asuntos nacionales para apuntar a lo que el partido consideraba un acontecimiento gozoso del ámbito internacional: la celebración, el 21 de diciembre, del septuagésimo cumpleaños de Iósiv Stalin. El comité central emitió órdenes de que todos colaborasen en el evento, de modo que el período que precedió al gran día se hizo semejante a la campaña electoral de un candidato a la presidencia, sin que faltasen treinta mil carteles con la imagen del heroico dirigente ni el medio millón de panfletos que se imprimió para la ocasión.

En la sede del sindicato de obreros del metal, sita en la calle Jean-Pierre Timbaud, se organizó una exposición de regalos más propia tal vez de una boda real. La sala, dotada de veintitrés paneles concebidos para ilustrar la vida del homenajeado, acogía unas cuatro mil aportaciones: bordados y todo tipo de manualidades, entre las que se incluían un gorro para muñeca confeccionado por una niña muerta en Auschwitz; la partitura de un *Chant a Stalin* compuesto para la ocasión; un buen número de poemas —entre ellos, uno de Eluard—, y obras de arte, casi todas pertenecientes al realismo socialista. Cierto pintor comunista de renombre se mostró horrorizado al

encontrarse con un cuadro que había regalado con orgullo a Maurice Thorez para que lo colgara en su residencia de Choisy-le-Roi. Este rarísimo cargamento de baratijas acabaría por ser enviado a Moscú en un vagón de ferrocarril. Lo más seguro es que Stalin no llegase siquiera a molestarse en mirar su contenido ni el del libro de felicitaciones que habían firmado los cuarenta mil visitantes de la exposición.

El 19 de diciembre, los Bruce ofrecieron un almuerzo en honor de Ernest Hemingway, quien había luchado codo a codo con el embajador durante la liberación de París un lustro antes. Entre los invitados se encontraban Duff Cooper, Marie-Louise Bousquet, Pauline de Rothschild y Christian Dior. El plato fuerte consistía en perdiz con Romanee Conti. Hemingway se jactó de haber cazado más de ocho mil patos con un grupo de amigos cerca de Venecia. Con todo, el escritor no se hallaba entonces en su mejor momento. Estaba escribiendo *Al otro lado del río y entre los árboles* y padecía una crisis de impotencia que ni siquiera había podido aliviar aquella masacre cinegética. Al igual que el coronel estadounidense de su novela, era incapaz de asumir el hecho de que hubiese acabado la guerra.

El último año de la década tocaba a su fin y la política de la Cuarta República seguía recorriendo un sendero resbaladizo. Georges Bidault, que había logrado formar un nuevo ministerio a partir de retales tras la caída del gobierno de Henri Queuille, se preguntaba qué encontraría en su calcetín aquellas Navidades: «Fruta, supongo: una naranja, un plátano... o al menos su piel».[541]

La orilla izquierda se sumió en una atmósfera de celebración cuando se reunieron de forma espontánea Jean-Louis Barrault, Jean Galtier-Boissiére y otros amigos de Jean-Louis Vaudoyer, literato y director de la Comédie-Française durante la guerra, para felicitarlo por haber sido elegido para formar parte de *les Immorteh*. Dispuestos en el sofá se hallaban los *habits verts* —los fraques verdes que constituían el uniforme de la Académie Française— que también el abuelo y el bisabuelo del recién elegido habían tenido el privilegio de vestir.

Para Galtier-Boissiére, la noche más memorable fue la de Nochebuena, en la que reunió en torno a su persona a todos sus amigos en el apartamento que poseía junto a la plaza de la Sorbona. Aquel hombre colosal y generoso, fácil de reconocer por su bigote, sus «gros yeux affectueux» y su rostro colorado a golpe de una cosecha tras otra de Bouzy tinto, tenía un gran don para la amistad que no estaba reñido con su irreverencia convulsiva. Su esposa, Charlotte, mujer sacrificada y devota, se pasaba la vida reprendiéndolo por su proverbial mala conducta. En cierta ocasión, mientras se hallaba firmando libros en provincias, borracho como una cuba, se había dedicado a escribir dedicatorias eróticas a las mujeres que se acercaban a él con ejemplares de su obra. Sus maridos, indignados, no habían tardado en arrancar las páginas en que se hallaban tales escritos.

El amor que sentía Galtier-Boissiére por el París de los lupanares, los *bals*

musettes y los restaurantes anticuados —un París que comenzaba a desaparecer a ritmo acelerado— tan sólo es comparable al odio que profesaba a la demagogia de la política moderna. Los estalinistas como Aragón, por ende, volvieron a convertirse en el principal objetivo de su revista satírica mensual *he Crapouillot*, que había vuelto a lanzar en junio de 1948 con otra fiesta que duró toda la noche y en la que no faltaron la bebida y sus canciones favoritas: *Coeur Apache, L'Hirondelle du faubourg*, etc. El escritor surrealista ya se había desquitado de los insultos de que había sido objeto antes de la guerra. Así, en su novela *Aurélien*, publicada poco después de la liberación, había descrito al altísimo y valiente Galtier-Boissiére como el miserable e insignificante Fuchs, editor de una revista llamada *he Cagna*, que era como se denominaba, en la jerga de los *poilus*, el bunker-trinchera, como término opuesto a *crapouillot*, «mortero de trinchera».[542]

Aquella Nochebuena, Galtier-Boissiére y sus amigos rieron, bebieron, departieron y cantaron mientras esperaban para recibir la última Navidad de la década. Uno de sus invitados resultó ser un cómico brillante, y pasó la noche de número en número para conformar una piéce de résistance, «una asombrosa actuación de ventriloquia para la que empleó como compañero una de sus manos decorada con maquillaje. El climax llegó cuando el domador de leones hizo entrar a la famosa leona Saida en la jaula principal para que mostrase al público lo que sabía hacer... De pronto, reparamos en que habían dado las siete de la mañana».[543]

30 La fiebre recurrente

El fin de 1949 cerró a todas luces el período de posguerra inmediata. Sin embargo, no podemos decir, ni mucho menos, que las grandes cuestiones de esta época acabasen con la década. Las tres principales en las que se ha centrado el presente libro (la ocupación y la *épuration* como parte de la *guerre franco-Française*; la admiración que profesaba la clase intelectual al carácter implacable de los revolucionarios, y la compleja relación mantenida entre Francia y Estados Unidos) bien siguieron afectando a la vida parisina, bien resurgieron más adelante.

Si es cierto que el Partido Comunista fue el primero en sufrir las consecuencias de la recuperación económica de 1949, no lo es menos que el gaullismo no tardó en convertirse en víctima de la calma política. «Al igual que sucede con el precio del oro —escribió Frank Giles—, el valor bursátil del general tendía a subir en tiempos de agitación y a caer cuando se restablecía el orden.»[544] El recuerdo de la infausta batalla callejera de Grenoble, unido a las apocalípticas declaraciones de De Gaulle, había pasado a intranquilizar al pueblo. No obstante la renovada inestabilidad del gobierno (pocos gabinetes duraban más de seis meses), su Rassemblement se redujo con gran rapidez a principios de los años cincuenta. El majestuoso *J'attends* que había pronunciado tras dimitir en 1946 habría de durar doce años, hasta que la crisis surgida en torno a la guerra colonial en Argelia le brindara una nueva oportunidad.

El mayor beneficiario de la estabilidad política de f 949 fue la planificación económica. Jean Monnet aprovechó al máximo el Plan Marshall y su objetivo de resucitar la actividad económica. Desde su despacho del Commissariat du Plan, hizo cuanto pudo por alcanzar algo más que la recuperación de Francia: la unificación de Europa, proyecto que había concebido cuando la guerra aún no había llegado a su fin. El continente, a su parecer, necesitaba ser fuerte y estar unido si no quería acabar bajo el dominio de las superpotencias.

Tomando como precedente los comités conjuntos creados por el Plan Marshall, Monnet lanzó una ofensiva diplomática durante la primavera de aquel año a fin de persuadir a políticos y funcionarios británicos de la necesidad de extender la cooperación económica. Estos, empero, quedaron pasmados por la determinación de que daban muestras los franceses, y la idea en conjunto hizo que se sintieran intranquilos o escépticos. De hecho, ya habían visto con malos ojos los empeños de Averell Harriman por hacer que Gran Bretaña se acercase más a los gobiernos europeos. El persistente apego al Imperio y a un papel internacional en la Alianza Atlántica venía a indicar que no tenían las miras puestas en Europa.

Convencido a finales de 1949 de que Gran Bretaña no iba a ser un

colaborador útil, Monnet centró su atención en Alemania. Su principal proyecto estratégico, la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero, recibió el nombre de Plan Schuman, en honor de Robert Schuman, quien había sido el ministro de Asuntos Exteriores más influyente de toda Europa. Su objetivo consistía en unir Francia y Alemania «en un abrazo tan fuerte que impida a cada uno de los dos países alejarse lo bastante para atacar al otro».[545] Konrad Adenauer, que a la sazón se perfilaba en cuanto dirigente de la recién creada República Federal, paró mientes enseguida de la oportunidad que ofrecía el plan para la rehabilitación del país, por lo que no dudó en secundarlo con entusiasmo. Monnet, al igual que Schuman, no pensaba dar a los británicos la oportunidad de responder con evasivas o suavizar las propuestas. Presentó un ultimátum a cada uno de los países que reunían los requisitos necesarios para formar parte del plan, aunque su objetivo principal era el gobierno de Gran Bretaña. Los que deseasen aceptarlo sin reservas debían responder antes de las ocho de la mañana del 2 de junio de 1950 si no querían ser excluidos. Bevin criticó duramente esta iniciativa, persuadido de que un plan así no podría funcionar, y se vio respaldado por el gabinete y la mayor parte de los funcionarios. De este modo, quedó decidida la evolución de la Europa de posguerra y se puso fin a cualquier pretensión que albergase Gran Bretaña de erigirse en cabecilla del continente.

Francia se había podido permitir un suspiro de alivio en 1949, una vez disipada en gran medida la amenaza comunista en el interior y finalizado el bloqueo de Berlín. Sin embargo, en 1950 se inauguró una nueva fase de la guerra fría. Seis meses después de que Mao Zedong, vencedor de la guerra civil china, firmara en Moscú un pacto chino-soviético, estalló la guerra de Corea, lo que hizo resurgir de forma espectacular el temor a la bomba atómica y a la irrupción de los tanques rusos en la plaza de la Concordia.

El Partido Comunista francés prosiguió con gran intensidad su campaña propagandística en favor de la paz, hasta convertir la paloma de Picasso en la imagen más usada de la época. Con todo, y a pesar de lo crucial del momento, la rivalidades personales disfrazadas de diferencias ideológicas alcanzaron cotas nunca vistas. La pureza doctrinal en el arte no tardó en proporcionar un *casus belli* para los partidarios de la línea dura.

La decisión tomada por Picasso en 1944 de afiliarse a un partido que seguía tildando oficialmente el arte no figurativo de decadente había complicado la situación a los comunistas. En un principio, los puristas suscritos al realismo socialista habían limitado su actitud crítica a ataques velados; pero el cambio en la línea del partido dictado por Moscú en 1947 afectó a casi todo. «El aire fresco del arte soviético —declaró el *Pravda* aquel verano— está contaminado por el hedor viciado de la bancarrota artística del capitalismo.»[546] Se responsabilizó a Picasso y a Matisse, a pesar de que la principal acometida iba dirigida a la influencia de Estados Unidos. Según

afirmaban, el arte abstracto estaba corrompido por la cultura norteamericana. Era el «imperialismo estadounidense» el que dirigía «la abstracción, al igual que todo lo que el mundo tiene de podredumbre».[547] Esto brindó a Louis Aragón, gran defensor de la obra de Picasso, la oportunidad de desviar los ataques. Así, sirviéndose de un giro patriotero de ciento ochenta grados, describió el arte moderno de Estados Unidos como «la imitación en cadena de la vanguardia que vio la luz en París».[548] [549]

Tras el Congreso de Intelectuales celebrado en Wroclaw en 1948, el comunismo francés retomó con más ahínco el respaldo que había brindado al realismo socialista. En este sentido, se dejaron bien claras algunas distinciones: Pablo Picasso y Fernand Léger no eran pintores comunistas, sino pintores afiliados al partido. En el Salón d'Automne de 1949, las obras de los adeptos al realismo socialista se expusieron agrupadas en la primera sala, y André Fougeron fue objeto de las loas de los críticos comunistas, que lo consideraron el Jacques Louis David del proletariado moderno. De hecho, el partido escogió como uno de los principales regalos que enviaría a Stalin aquel mes de diciembre por motivo de su septuagésimo cumpleaños el *Hommage à André Houllier*, óleo en el que el mentado autor retrataba a la familia Houllier llorando en el lugar en que había caído su hijo víctima de la policía mientras pegaba un cartel comunista. Picasso, por su parte, le regaló un rápido bosquejo de una mano en forma de cara que levantaba un vaso con la leyenda: *Staline à ta santé*. La solución que se dio para no ofender a ninguno de los bandos consistió en declarar a Fougeron pintor oficial del partido, y a Picasso, del movimiento pacifista.

Al año siguiente, Auguste Lecoeur, cuya zona de mayor respaldo político se hallaba en los yacimientos de carbón septentrionales, encargó a Fougeron una serie de pinturas en torno a la vida de los mineros que recibiría el nombre de *Au Pays des Mines*. En enero de 1951, sin molestarse en consultar las fechas con nadie, anunció en *L'Humanité* qué día iba a inaugurarse esta exposición, que coincidía con la nueva de Picasso. Lo más probable es que se tratase de un error, fruto de la casualidad, y no de una acción intencionada; pero, sea como fuere, lo cierto es que hizo salir a la luz el enfrentamiento entre la escuela del realismo socialista y los seguidores de Picasso. Y el que la muestra de este último obtuviera un éxito mucho mayor que la de Fougeron resultó humillante para Lecoeur, que hubo de esperar más de dos años para vengarse.

Cuando, el 7 de marzo, se tuvieron noticias de la muerte de Stalin, Aragon llamó a Pierre Daix y le recitó toda una lista de personalidades que podían colaborar en un homenaje de *Les Lettres Françaises* al dirigente soviético: «un artículo de Joliot, uno mío, uno de Courtade, otro de Sadoul, uno tuyo... Tenemos que conseguir algo de Picasso».[550]

Habida cuenta de que el pintor se había negado siempre a hacer un retrato de Stalin a partir de una fotografía, Daix le envió un telegrama a Vallauris con el siguiente texto: «Haz lo que quieras», y firmado: «Aragón». El dibujo

resultante representaba a Stalin como un joven de curiosos ojos abiertos y llegó cuando el número de *Les Lettres Françaises* estaba a punto de entrar en prensa. Daix lo mostró a Aragon, que le dio el visto bueno y declaró que el partido sabría valorar el gesto. Estaba destinado a aparecer en la portada, y ordenanzas y mecanógrafos no pudieron evitar arracimarse en derredor del dibujo. Todos pensaban que era «digno de Stalin». Daix no cabía en sí de gozo ante la idea de haber sido quien había encargado a Picasso su primer retrato del dirigente soviético, por lo que se apresuró en darlo a la imprenta. Sin embargo, pocas horas después, completada la edición, el júbilo de quienes se hallaban en el edificio se había mudado en terror. Algunos periodistas de *L'Humanité* que pasaban por allí vieron la obra y expresaron su indignación ante el hecho de que una publicación comunista hubiese albergado la idea de imprimir una representación como aquélla de *le Grand Staline.*

Pierre Daix telefoneó enseguida al apartamento de Aragón. Fue Elsa Triolet quien descolgó el aparato, y le espetó hecha una furia que había cometido una locura al pensar siquiera en encargar a Picasso un dibujo como aquél. «Pero Elsa, créeme —la interrumpió él—: ¡Stalin no es Dios Padre!» «Sí que lo es, Pierre —repuso ella—. Nadie va a reflexionar mucho acerca de lo que significa ese retrato de Picasso. Ni siquiera ha deformado la cara de Stalin, e incluso la ha tratado con respeto. Pero ha osado tocarla. Ha osado tocarla, Pierre. ¿No lo entiendes?»

Aragon se puso a la altura de las circunstancias y asumió toda la responsabilidad al respecto. Era como si alguien hubiese de enfrentarse a un Consejo de Guerra acusado de traición. Con todo, para el personal de *Les Lettres Françaises* aún quedaba por llegar lo peor. Daix se encontró con secretarias que lloraban como una Magdalena tras sufrir las increpaciones de leales comunistas que telefoneaban airados para protestar ante tamaño sacrilegio. Alguno llegó incluso a afirmar que el retrato representaba a Stalin como una persona cruel de rasgos asiáticos, de tal modo que no lograba sino hacer el juego a sus detractores.

Los que pretendían vengarse de Aragon no perdieron el tiempo. El más importante de todos era Auguste Lecoeur, qué no estaba dispuesto a conformarse con menos de la condena pública de *Les Lettres Françaises*. Aragon, como era de esperar, acabó por redactar una humillante disculpa.

Los comunistas que se vieron excluidos del partido durante el frenesí surgido a raíz de la herejía de Tito eran semejantes a almas perdidas. De forma automática, se habían visto privados de la inmensa mayoría de sus amistades, ya que no habían hecho ni mantenido demasiadas fuera del partido. Asimismo, habían perdido la razón que guiaba sus vidas al tiempo que el sentido de camaradería que proporcionaba una comunidad acusada. Los verdaderos comunistas decían tener la intención de morir con el carné del partido en el bolsillo (*mourir la carte dans la poche).*

Quienes habían tomado la decisión de abandonar el partido porque se sabían

incapaces de seguir digiriendo sus mentiras y *serrer les dents* tampoco escapaban a un desasosiego comparable. En el caso de algunos, tal certeza llegó ligada a los juicios propagandísticos de la Europa oriental, mientras que otros muchos hubieron de esperar hasta 1956. Jrushchov denunció los crímenes cometidos por Stalin el 26 de febrero, durante el Vigésimo Congreso. No obstante, el Partido Comunista francés, aún estalinista hasta la médula, hizo lo posible por simular que no había ocurrido nada. Así, la noticia no halló eco ninguno en *L'Humanité* en un momento en el que el resto de la prensa no hablaba de otra cosa.

Jacqueline Ventadour-Hélion, que había leído en *Le Monde* el discurso de Jrushchov, lo sacó a colación durante el siguiente encuentro del partido al que asistió. Por única respuesta obtuvo un violento silencio que sólo se rompió cuando alguien cambió de tema a la carrera. Más tarde, uno de los integrantes de la cúpula le hizo saber con firmeza que «no siempre conviene decir las verdades en voz alta».[551] Esto bastó para indicarle que había llegado el momento de abandonar el partido. En realidad, ella ya se hallaba bajo sospecha por haber visitado a algunos amigos en Estados Unidos. A los comunistas nunca se les concedían visados (de hecho, ella había logrado el suyo por mediación de un conocido de la Embajada Estadounidense que hizo la vista gorda con respecto a la legislación vigente), de modo que, según la lógica del partido, debía de ser simpatizante de John Foster Dulles. A diferencia de los que aborrecían la idea de perder el carné del partido, Ventadour-Hélion experimentó un inmenso sentido de liberación al verlo roto en pedazos.

Aquel otoño, durante la crisis de Suez, los tanques soviéticos aplastaron la sublevación en Hungría. La Embajada Soviética se vio entonces asaltada por manifestantes furibundos. Entre la multitud, el general De Bénouville se encontró con el coronel Deglian, el comunista que lo había visitado aquella noche de 1948 para advertirle que estuviese preparado ante la posibilidad de un ataque.

La muchedumbre rodeó asimismo el cuartel general del Partido Comunista, donde se encontraron con los guardias de seguridad bien preparados. Más seria, sin embargo, resultó la arremetida contra las oficinas de *L'Humanité*. En ella, los asaltantes se subieron en grupos a los tejados para lanzar cócteles Molotov. En el interior, el personal y los voluntarios comunistas que habían acudido a defender las instalaciones sofocaban las llamas y rechazaban a todo el que lograba acceder desde fuera. Lanzaban cualquier objeto arrojadizo que pudiesen encontrar a su alrededor: botellas, sillas e incluso un busto de Karl Marx que, a decir de algunos, logró derribar a uno de los agresores. Con todo, el arma más efectiva eran los tipos de imprenta de gran tamaño. En los disturbios murieron tres comunistas, lo que propició que se volviesen a rememorar los días de la Resistencia. Más tarde, *L'Humanité* aseguró, por intentar dignificar los acontecimientos, que los trabajadores legales al partido

habían acudido enseguida a París desde el *ceinture rouge* con tal de defender «a su partido [y] su periódico... como quien se arroja a las llamas de un incendio por salvar a su esposa y sus hijos».[552]

Los sucesos de 1956 desembocaron en un drástico descenso de la influencia que ejercía el partido sobre la vida intelectual de la ciudad, lo que no quiere decir que disminuyese la fascinación que sentía la intelectualidad de izquierda por la violencia revolucionaria. Durante la década siguiente, de hecho, se encumbró a nuevos ídolos y teóricos (incluidos Mao, Marcuse y Che Guevara) a fin de ocupar el lugar del estalinismo.

París siguió siendo una Meca literaria y cultural para el resto del mundo. Las *patronnes* de los hoteles baratos no dejaron de rezongar ni consiguieron prosperar. Gabriel García Márquez, que había logrado que *El Espectador*, el periódico colombiano para el que trabajaba, lo enviase a la capital francesa, se alojó en la habitación de servicio situada en el ático del hotel de Flandre, en la calle Cujas. Allí vivió de espaguetis fríos, fumando tres paquetes de Gauloises cada vez que pasaba una noche trabajando y arrebujándose pegado al radiador mientras intentaba evocar el calor tropical de la costa caribeña de Colombia. El resultado fue *La mala hora*, novela que echó al mundo merced a una vieja máquina de escribir. Por toda decoración tenía una fotografía de su prometida Mercedes, a quien había dejado en la Barranquilla.

No contaba con radio alguna ni con dinero para comprar periódicos: la única información que recibía acerca de la sublevación de Castro frente a Batista provenía del poeta Nicolás Guillén, que acostumbraba ponerlo al corriente a voz en cuello desde su ventana. No se permitía otro lujo que la copa que consumía tras los cristales empañados de La Chope Parisienne, entre ajedrecistas sumidos en el silencio. La Nochebuena de 1957 vio la nieve por primera vez, y no dudó en echar a correr hacia la calle y ponerse a bailar como un poseso bajo los suaves copos.

La señora Lacroix, *patronne* del Flandre, era una persona por demás tolerante, que no sólo fió a García Márquez un año completo, sino que permitió al aún desconocido escritor peruano Mario Vargas Llosa permanecer en su establecimiento dos años sin pagar. En determinado momento, el colombiano hubo de rebajarse a pedir por las calles tras la quiebra de *El Espectador*. Sin embargo, un día se vio alentado por un curioso incidente: en el bulevar Saint-Michel vio a Hemingway, a quien aún idolatraba en cuanto escritor, caminando por la otra acera. Sin pensárselo dos veces, lo llamó: «¡Emming-way!». El novelista estadounidense ni siquiera se volvió: se limitó a levantar la mano. Con todo, el optimista suramericano concibió este gesto como una bendición.

El azar había querido que llegase al Quartier Latin al mismo tiempo una nueva oleada de escritores procedentes de Estados Unidos. Varios miembros de la generación *beat*, incluidos William Burroughs y Alien Ginsberg, se alojaron en lo que acabó por conocerse como el Beat Hotel, en el número 9 de

la calle Gít-le-Coeur. Ambicionaban conocer a Louis-Ferdinand Céline, cuyo *Viaje al fin de la noche* los había emocionado e inspirado en igual medida. Ginsberg y Burroughs, que habían acordado encontrarse con él merced a su editor, fueron a visitarlo en Meudon, barrio residencial en decadencia. Más que entablar un debate literario, pretendían rendir homenaje a su persona.

Desde que había regresado de Dinamarca, Céline no recibía muchas visitas, excepto las de Arletty, que no había dejado de escribirle durante el exilio y seguía manteniendo con él una fiel amistad. Ella comprendía sus depresiones; además, ambos tenían mucho en común, aparte de haber nacido en Courbevoie. La actriz había realizado una grabación de su *Muerte-a crédito*, en tanto que él escribió para ella un argumento cinematográfico *Ornado Arletty, Jeune Filie Dauphinoise, una*\especie de aventura picaresca a la manera dieciochesca con ciertas reminiscencias del *Cándido* de Voltaire. A Céline, de cualquier modo, no le quedaba mucho tiempo de vida: murió el 1 de julio de 1961, el mismo día que Hemingway.

La tortuosa relación que mantenía Francia con Estados Unidos no mejoró en 1954, cuando la guerra en Indochina, imposible de ganar, concluyó con la ignominiosa derrota de Dien Bien Fu. El dominio francés sobre el África septentrional estaba también condenado al fracaso: una combinación fatal de fanatismo, debilidad, mala fe y una obstinada falta de visión de futuro desembocaron en un rosario de humillaciones que, en conjunto, pueden compararse con la derrota de 1940. De nuevo, De Gaulle surgió como el único candidato capaz de rescatar Francia de las consecuencias del orgullo nacional y emprender la labor de reconstruirla.

Los violentos alborotos ocurridos en Argel le permitieron regresar al poder en mayo de 1958, a raíz de un golpe de estado que apenas contó con resistencia. El coronel Passy voló de inmediato a Londres, donde volvió a visitar los lugares que le eran conocidos en calidad de enviado del general ante los grupos de espionaje. Así, concertó un discreto almuerzo con el antiguo jefe de sección del SIS de París, que a la sazón se hallaba al cargo del Departamento Europeo. Como lugar de encuentro, eligió el Savoy, donde pidió arenque ahumado y una cerveza Bass a fin de rememorar las curiosidades gastronómicas londinenses. Lo que lo había llevado a la capital inglesa, sin embargo, era la intención de propagar entre los antiguos colegas el mensaje de que De Gaulle se había hecho con el poder movido tan sólo por la intención de resolver la crisis argelina y que no pretendía, en absoluto, perpetuarse en el cargo.

En realidad, el general no pensaba en otra cosa. Su regreso le permitía poner fin a la Cuarta República que tanto había despreciado desde su concepción. Esta vez estaba en situación de exigir que se crease la Constitución que él quería, que concentraba casi todo el poder en las manos del presidente. La Quinta República, que reducía a los políticos a meros autómatas, fue a todas luces creación suya.

La desconfianza que profesaba a británicos y estadounidenses no se había atenuado con los años. En 1961, el presidente Kennedy le envió un mensaje en el secreto más absoluto a París por medio de un emisario especial. La misiva ponía al presidente francés al corriente de que la CIA estaba comenzando a pedir informes a un exiliado ruso, y de que éste había revelado los nombres de algunos topos soviéticos infiltrados en altos cargos de la administración francesa. Si el presidente De Gaulle tenía a bien seleccionar a un oficial superior que hablase inglés y contara con experiencia en el ámbito del espionaje, éste podría acudir a Estados Unidos y unirse a las sesiones. De Gaulle convocó al punto al general Jean-Louis de Rougemont, que se hallaba al frente del estado mayor de inteligencia del Ejército, al palacio Elysée. Tras hacer hincapié en el carácter secreto de toda la operación, le expuso con pormenor lo que debía hacer.

—En cualquier caso —le dijo—, deberá usted averiguar si se trata de una trampa.

—¿De los rusos? —quiso saber Rougemont.

—¡No, de los estadounidenses! —fue la exasperada respuesta del general.[553]

Si la actitud de De Gaulle para con los estadounidenses no había cambiado un ápice, otro tanto puede decirse de la estrategia concebida por el Kremlin en lo tocante a Francia. Tal como hemos visto, el Politburó soviético asignó a Borís Ponomarev el cometido de persuadir a Francia a abandonar la OTAN.

Ponomarev trabajaba codo a codo con Andrei Gromyko, ministro soviético de Asuntos Exteriores. En 1965 y 1966, este último lanzó una campaña diplomática concebida para incitar a Francia a firmar con Rusia el mayor número posible de tratados y acuerdos en lo referente a toda una serie de cuestiones, entre ias que se incluían un trato que permitía a la Unión Soviética tomar el sistema galo de televisión en color y una oferta que capacitaba a los franceses para poner en órbita sus satélites con la ayuda de cohetes rusos. Couve de Murville visitó la Unión Soviética a finales de octubre de 1965 con objeto de discutir algunas materias como la mejora de relaciones entre los dos países, cuestiones europeas y el problema de Alemania. En junio de 1966, De Gaulle aceptó visitar Moscú poco después de haber alcanzado un acuerdo por el que los dos países se comprometían a compartir sus respectivos avances en la investigación nuclear. Tocaba a su fin el mes de septiembre cuando se constituyó en París una Cámara de Comercio franco-soviética, y once días después se firmó un pacto de colaboración técnica entre la industria soviética, por una parte, y la Renault y la Peugeot, por la otra. Todas estas iniciativas estuvieron acompañadas por una campaña relativa a la amistad franco-soviética lanzada por la prensa soviética y la de los comunistas franceses.

«Existía un segundo canal clandestino —escribió Aleksei Myagkov, desertor de la policía secreta rusa que la inteligencia británica consideraba una fuente fiable—: la actividad del KGB. Haciendo uso de los agentes con que cuenta entre los periodistas y los funcionarios de las diversas agencias de Francia», así como entre los integrantes de la asociación France-URSS,

«propagaba de forma activa entre los políticos la idea de que la independencia política del país estaba sufriendo por ser éste miembro de la OTAN, y les recordaba que su territorio tenía aún apostadas tropas extranjeras, estadounidenses en su mayoría. Algo parecido se hacía ver a los ciudadanos franceses reclutados en círculos políticos».

La decisión tomada por De Gaulle el 1 de julio de 1967 de retirar Francia de la estructura militar de la OTAN fue «recibida con gran satisfacción en Moscú». Los dirigentes del KGB «no hicieron nada por ocultar su contento al ver reconocido el papel que también ellos habían interpretado en los acontecimientos». Aunque aún resulta imposible evaluar hasta qué punto fue efectiva esta participación, es evidente que el KGB la consideraba un gran éxito, como hace suponer el que, desde 1968, se emplease la operación a modo de «ejemplo instructivo en los cursos destinados a los oficiales» de la organización.[554]

Si bien sus seguidores lo aclamaban en cuanto libertador de Francia, el general De Gaulle prefería verse a sí mismo en el papel monárquico de unificador de la patria y sanador de las heridas nacionales. En ningún momento olvidó que el capítulo de Vichy resultaba para el país más traumático en potencia que la derrota de 1940 o la ocupación alemana, por cuanto era la propia Francia la que lo había creado.

Amén de no satisfacer a los agraviados, los juicios y depuraciones llevados a cabo tras la liberación no habían logrado parecer justos a la población. Con todo, las conciencias intranquilas en lo relativo a la ocupación y las depuraciones ayudaron a De Gaulle a crear un mito de unidad nacional, una versión de los acontecimientos que logró cuajar por el hecho de expresar lo que necesitaba creer la mayoría de la población.

El traslado de los restos de Jean Moulin al Panteón en diciembre de 1964 constituyó la apoteosis del mito de que Francia se había liberado a sí misma y, por ende, había lavado su honor de la vergüenza de 1940. Una vez más, el general logró manipular los acontecimientos para hacer que la Resistencia pareciese una unidad militar medianamente bien entrenada y comandada por él. Las ceremonias duraron dos días. En el transcurso del primero, los restos permanecieron en el monumento dedicado a los mártires, custodiados con gran pompa por relevos de los Compagnons de la Libération. A las diez en punto de la noche se trasladó el féretro en procesión a los escalones del Panteón después de recorrer el corazón de la ciudad, y allí lo velaron toda la noche veteranos de la Resistencia.

Al día siguiente, André Malraux pronunció, flanqueado por De Gaulle y Georges Pompidou, un panegírico desde una tribuna situada frente al ataúd. Su discurso, empero, se centraba más en el general De Gaulle, *le premier résistant*, que en el propio Moulin, quien lo había acaudillado en el campo de batalla. El presentar la Resistencia como un ejército estatal en pugna frente al enemigo extranjero no era más que un modo mítico de desviar la atención de la realidad de una guerra civil. El acto se completó con un desfile

protagonizado por unidades de la Gar— de Républicaine y los institutos armados. Para presenciar esta parte de la ceremonia, De Gaulle, Pompidou y Malraux abandonaron la tribuna para situarse en los escalones del Panteón, al lado del ataúd, de tal manera que quienes tomaban parte en la parada pudiesen «saludar con un solo movimiento a los restos mortales de Jean Moulin y al presidente de la República».[555]

En realidad, el mito no fue puesto en entredicho hasta después de los acontecimientos de mayo de 1968, momento en que la nueva generación comenzó a plantear incómodas preguntas. Algunos lo hicieron de un modo sesgado, en tanto que otros se mostraron inflexibles ante la realidad de la ocupación. De un modo u otro, lo cierto es que ésta hubo de someterse a una revisión. El documental *Le Chagrin et la Pitié*, de Marcel Ophuls, estrenado en 1969, fue una de las primeras películas que hicieron frente a los aspectos menos heroicos de la ocupación, lo que suscitó reacciones airadas entre los de más edad. De hecho, las autoridades prohibieron su emisión en la televisión francesa. A pesar de los defectos de que pueda adolecer, *Le Chagrin et la Pitié* constituyó en su época un ejemplo tan poderoso de cine testimonial que llevó a toda una generación de investigadores más jóvenes a escudriñar nuevos datos, así como a tamizarlos y volver a examinar los ya existentes, lo que no deja de ser una labor ardua, habida cuenta de que los archivos seguían aún cerrados a cal y canto. A despecho de los obstáculos, no tardó en hacerse evidente que lo más vergonzoso del período de Vichy fue el modo en que trató el régimen a los judíos.

En 1978, *L'Express* publicó una entrevista con el octogenario Darquier de Pellepoix, comisario de Asuntos Judíos del gobierno de Vichy, que dio pie a una oleada de protestas. Pese a que había sido condenado *in absentia* en 1947, las autoridades francesas no llegaron a solicitar en ningún momento a España su extradición. Darquier, que no había abjurado de su violento antisemitismo, mencionó la sorpresa que le producía el odio que se le profesaba a él en Francia cuando el responsable de la tristemente célebre redada de judíos parisinos (René Bousquet, antiguo jefe de la policía de Pétain) campaba por sus respetos convertido en un próspero banquero.

En 1980, tres ex oficiales de las SS testificaron que la deportación de judíos procedentes de Francia se había beneficiado de un respaldo entusiasta por parte de los funcionarios de Vichy. Muchos seguían negándose a creerlo, pero la declaración de los alemanes quedó demostrada de manera irrevocable tras las investigaciones de Serge Klarsfeld, el sabueso más resuelto y de más éxito de los especializados en crímenes de guerra cometidos en Francia. Tras un meticuloso escrutinio de los archivos germanos, Klarsfeld dio con las minutas que habían conservado las autoridades de la ocupación tras mantener reuniones con altos cargos del gobierno de Vichy que colaboraban con la deportación de judíos. Las más desoladoras estaban relacionadas con la visita de Adolf Eichmann a París, ocurrida a principios de julio de 1942. René Bousquet, jefe de policía de Vichy, no se limitó a prestar su conformidad para

que los hombres a su cargo efectuaran las detenciones, sino que propuso que se hicieran extensivas las expulsiones a los judíos no franceses que se encontraban en el país. Klarsfeld dio a conocer asimismo los telegramas que Bousquet había enviado a los prefectos de los *départements* de la zona no ocupada para ordenarles que deportasen no sólo a los judíos adultos, sino también a los niños, algo que los nazis no habían llegado siquiera a solicitar.

Bousquet era un administrador, y no un ideólogo antisemita. Aseguró haber actuado del modo en que lo hizo con la intención de salvar a los judíos franceses, y lo cierto es que el número de personas enviadas a Auschwitz era menor que el que habían esperado los alemanes. Con todo, no lo es menos que sobre sus hombres y él recae la responsabilidad de la infamante redada que acabó con el confinamiento de unos trece mil judíos en el Vélodrome d'Hiver entre el 16 y el 17 de julio de 1942, incluidos cuatro mil niños.

La existencia próspera y despreocupada de Bousquet se vio trastornada a raíz de la entrevista de Darquier. Hubo de renunciar a los diversos cargos que ocupaba y soportar las manifestaciones organizadas por los judíos frente al edificio de la avenida Raphaél en que vivía. Sin embargo, no fue sometido a juicio hasta 1989, cuando se le acusó de crímenes contra la humanidad. La investigación relativa a su causa no había concluido cuando, el 8 de junio de 1993, logró entrar en su piso Christian Didier, enfermo mental de cincuenta años que lo mató de un disparo.

También había salido a la luz información relativa a Maurice Papon, prefecto pétainista de Burdeos. Tras la liberación apenas había tenido problemas, lo cual no deja de resultar sorprendente. Poco después de que De Gaulle regresara al poder fue nombrado comisario de la policía parisina, puesto que ocupaba cuando, en octubre de 1961, se arrestó a once mil argelinos por manifestarse en la capital francesa. De éstos, se dice que unos sesenta perdieron la vida durante los días siguientes. Al parecer, los cadáveres de la mayoría fueron arrojados al Sena. Más adelante, Papón llegó a ministro de Presupuesto bajo la presidencia de Giscard d'Estaing. Su ascensión no se detuvo hasta 1981, año en el que *Le Canard Enchaîné* hizo pública una serie de documentos que ponían en evidencia su responsabilidad en la deportación de mil seiscientos noventa judíos durante la guerra.

Paul Touvier, jefe de la Milice de Vichy en Lyon y socio de confianza de Klaus Barbie, fue sentenciado a muerte después de la liberación, aunque recibió ayuda para escapar del penal en que se hallaba recluido. Durante años estuvo escondido merced al cobijo que le brindaron algunos grupos católicos tradicionalistas. El presidente Pompidou le concedió el indulto en 1971, si bien hubo de volver a ocultarse en 1981, cuando se hizo evidente que podría ser procesado por crímenes de lesa humanidad. Finalmente sufrió arresto en 1989. Con todo, su juicio y la subsiguiente condena a prisión de por vida se pospusieron hasta abril de 1994 dadas las evasivas del sistema judicial. Hasta entonces, la única persona juzgada en Francia por crímenes contra la humanidad había sido Klaus Barbie, que era alemán.

Es poco probable que la guerra civil entablada entre los historiadores tenga un final cercano. Los autores de mayor edad y más conservadores, que aún mantienen el respeto que profesaban al mariscal Pétain, se niegan a aceptar que el de Vichy fuera un régimen fascista. De hecho, en el sentido estricto del término no puede ser definido como tal, por cuanto poseía un carácter demasiado reaccionario y católico, pese a abogar de boquilla por una revolución nacional. Sin embargo, en un sentido más amplío, el culto personal tributado a Pétain, las leyes antisemitas, las organizaciones paramilitares y la ausencia total de derechos democráticos podrían justificar tal denominación, Esta escuela más indulgente es también de la opinión de que se ha concedido una importancia excesiva a las fotografías tomadas durante la reunión que mantuvo el mariscal con Hitler en Montoire en 1940. «Si Mitterrand —alega uno de ellos— estrechó la mano de un criminal de guerra como Milósevic, ¿por qué no iba Pétain a hacer otro tanto con Hitler en Montoire?»[556] Lo que más lamentan es que el mariscal no pusiese a buen recaudo su reputación huyendo al norte de África en noviembre de 1942, cuando los alemanes invadieron la zona no ocupada.

A quienes se encuentran del otro lado —y en especial los historiadores más jóvenes congregados en torno al Institut d'Histoire du Temps Présent y el historiador estadounidense Robert Paxton, especializado en la Francia de Vichy— no les preocupa tanto el hecho de que Pétain siguiese brindando su prestigio personal al colaboracionismo tras 1942 como la responsabilidad de Vichy en la deportación de judíos franceses y extranjeros a los campos de la muerte. «La colaboración del estado [de Vichy] fue atroz —afirmó Paxton en una entrevista concedida el día después del asesinato de Bousquet—. Toda vez que las órdenes procedían del Ministerio del Interior, los prefectos y el resto de las partes de la administración las obedecían, sin excepción. Se convirtió así en una maquinaria formidable para los nazis, que en consecuencia no necesitaban más que un puñado de hombres para poner en práctica sus planes.»[557]

La verecundia de Vichy —la vergüenza de la generación de sus padres— ayudó de un modo evidente a perpetuar la atracción por el estilo revolucionario entre los jóvenes, que no han hecho sino cambiar los modelos que consideran dignos de imitación. Así, el desprecio del avanzado anquilosamiento del sistema soviético se vio acompañado de la admiración por los movimientos guerrilleros latinoamericanos.

Al hablar de los intelectuales franceses comprometidos en lo político —ya sea de Drieu, Brasillach, Malraux o Sartre—, el profesor Judt ha observado que la fascinación que sentían respecto a la violencia no estaba exenta de una «carga casi erótica».[558]

El estudio hace hincapié en el hecho de que, si bien durante mucho tiempo ha resultado sencillo burlarse de Hemingway, la postura de los intelectuales franceses, aunque más sofisticada, adolecía de una irresponsabilidad arrogante mucho más peligrosa y deshonesta. Sartre trató de reconciliar el

existencialismo con su nueva etapa de compromiso político; sin embargo, como era de esperar, no consiguió nada más que ejercicios de prolija sofistería. Al final de su vida, llegó incluso a justificar las acciones terroristas.

Saint-Germain-des-Prés y el Quartier Latin siguieron siendo durante la década de los cincuenta y la de los sesenta caldo de cultivo de diversos *ismos*. El movimiento del *nouveau román*, que incluía las novelas de Nathalie Sarraute, Michel Butor y Alain Robbe-Grillet, llegó incluso a propiciar el *chosism* o «cosismo»: la descripción exhaustiva de objetos inanimados a fin de poner de relieve los extremos de despersonalización alcanzados por el mundo moderno. Con todo, el enemigo materialista se hallaba siempre al acecho. El Deux Magots acabó por venderse al comercio turístico como *rendez-vous des intellectuels*. El bulevar Saint-Michel no tardó en llenarse de comercios en los que podía adquirirse ropa de moda a bajo precio y de hamburgueserías. Tampoco hubo de pasar mucho para que en los quioscos del bulevar Saint-Germain ocupase la revista *Playboy* el lugar de *Les Temps Modernes*. «De este modo —escribió Marc Doelnitz—, hemos pasado del culto a la cabeza al culto al culo.»[559]

Al igual que el resto del mundo, Francia había comenzado a ganar su independencia cultural tras una enérgica acción de retaguardia, una batalla librada por comunistas y tradicionalistas por diversos motivos. De cualquier modo, y con independencia de si el «desafío estadounidense» comenzó el 6 de junio de 1944 en Normandía o en 1948 con la firma definitiva del Plan Marshall, lo cierto es que la pureza cultural de Francia estaba destinada a verse amenazada a la larga. Los acuerdos alcanzados por la izquierda durante la liberación y el entorno intelectual en que prosperaron se encontraron con muy pocas posibilidades de sobrevivir. El «dinero sucio», en forma, verbigracia, de guerra comercial en torno a las armas pesadas, estaba llamado a triunfar más tarde o más temprano.

Los sucesos de mayo de 1968 supusieron los postreros coletazos de la *guerre franco-française* y también los últimos grandes: momentos del compromiso político de la intelectualidad parisina. En esta ocasión, sin embargo, se hizo notar la ausencia del enfoque estalinista imperante tras la liberación. Louis Aragon fue el único miembro del Comité Central del partido que salió a la calle para dirigirse a los manifestantes, que lo acogieron con gritos de: «¡Cierra el pico, viejo chocho!». El propio Partido Comunista, convertido en la única organización seria de izquierda, hubo de implicarse a regañadientes en lo que consideraba una aventura trotskista o anarquista.

Hoy parece extraordinario que el presidente De Gaulle y sus ministros hubiesen podido temer que Francia se hallase de nuevo al borde de una guerra civil. Por otro lado, se dieron reminiscencias —curiosamente falsas— de la liberación ocurrida veinticuatro años antes. Con la intención de intimidar a los estudiantes, se desviaron los tanques de la 2.ª División blindada a través de los barrios periféricos siguiendo un *itinéraire psychologique*.[560]

Las huelgas y los disturbios minaron la confianza del gobierno hasta tal

punto durante las dos semanas siguientes que, el 29 de mayo, De Gaulle abandonó la capital francesa sin ponerlo siquiera en conocimiento de sus colegas más allegados. Éstos llegaron al palacio Élysée poco antes de las diez para celebrar una reunión del Consejo de Ministros y quedaron horrorizados al saber que el presidente se hallaba en paradero desconocido. Enseguida se extendieron rumores de que se había retirado a Colombey-les-deux-Eglises con objeto de anunciar su dimisión. Los parisinos permanecieron atentos a los informes contradictorios que emitían sus transistores con una aprensión comparable a la que los embargaba durante el levantamiento de agosto de 1944, cuando temían que los Aliados no llegasen a tiempo a la ciudad. Hubo incluso *paniquards* lo bastante pudientes para obtener combustible para sus vehículos que tomaron la carretera que llevaba a Suiza con todas sus pertenencias de valor.

Lo cierto es que De Gaulle había volado a Baden-Baden a fin de reunirse con el general Massu en el cuartel general de las fuerzas francesas destacadas en Alemania. Su yerno, el general Alain de Boissieu, se había encargado de concertar el encuentro. El presidente necesitaba que le garantizasen con toda seguridad que contaba con el firme respaldo de un Ejército que había mostrado su descontento a raíz de la decisión adoptada en 1962 de retirar las tropas de Argelia. El precio que hubo de pagar fue la liberación del general Salan, encarcelado después de que fracasase en el último momento el golpe de estado que preparaba aquel mismo año y que contaba con la participación de paracaidistas listos para embarcar en Argelia y tomar París.

A la mañana siguiente, la del día 30 de mayo, De Gaulle volvió a aparecer en el palacio Elysée tras aterrizar en helicóptero en Issy-les-Moulineaux. Se hizo público un comunicado. Tras la reunión del Consejo de Ministros, el presidente se dirigió por radio a la nación, lo que dio pie a inevitables comparaciones con el discurso emitido desde Londres el 18 de junio de 1940. Los seguidores gaullistas, enterados de que su dirigente estaba decidido a contraatacar, comenzaron a congregarse en el centro de la capital francesa armados de banderas tricolor y transistores. La alocución del general, que tuvo lugar a las cuatro y media, fue breve. Lejos de dimitir, había decidido disolver la Asamblea Nacional y designar a los prefectos para que asumieran el cargo de *commissaires de la République*, creado tras la liberación. De cualquier modo, entre líneas, su texto constituía un desafío a la izquierda: si lo que buscaba ésta era una guerra civil en lugar de un gobierno constitucional, no tardaría en conseguirla. Esta fue la última intervención dramática de De Gaulle. Al año siguiente dimitió de presidente de la República, a consecuencia del adverso resultado obtenido en un referéndum, para trasladarse a Irlanda. La sucesión, sin embargo, quedó garantizada por el nombramiento de Georges Pompidou como sustituto. La Quinta República, amparada por la Constitución dirigista que había ansiado De Gaulle en 1945, mantuvo su estabilidad mucho después de la muerte de su creador, acaecida dieciocho meses más tarde.

La tarde del 30 de mayo de 1968, día en que se emitió el comunicado

radiofónico, los seguidores del general se reunieron exultantes en la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos. «¡De Gaulle no está solo!», gritaban. De la multitud, constituida por casi un millón de personas, surgieron otras muchas consignas, de las que la favorita era: *Le communisme ne passera pas*! No cabe duda de que muchos de los congregados habían respaldado en otro tiempo al mariscal Pétain. Sin embargo, la inmensa mayoría estaba formada por ciudadanos que se consideraban franceses medios, hartos de las huelgas políticas y el caos que reinaba en el Quartier Latin. El camino sartreano de la libertad había llegado a su final. Las ideas radicales no habían logrado vencer a la burguesía.

Referencias

FUENTES INÉDITAS AN Archives Nationales, París AVP Archives de la Ville de París BD Diario de David Bruce, Virginia Historical Society CDJC Centre de Documentation Juive Contemporaine, París DCD Diario de Duff Cooper DCP Papeles de Duff Cooper DD Diario del general de brigada Denis Daly, agregado militar británico ICG Instituí Charles de Gaulle, París IFOP Instituí Français d'Opinion Publique JO Journal Officiel LC-AHP Biblioteca del Congreso, papeles de Averell Harriman LDCP Papeles de lady Diana Cooper LDCP-CR NARA[561] Correspondencia de Diana Cooper con Conrad Russell National Archives and Records Administration, Washington D.C. NMP Papeles de Nancy Mitford PRO Public Record Office, Kew RCCSMHR Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de Documentos Históricos Modernos, Moscú

Bibliografía

Abramson, Rudi, *Spanning the Century: The Life ofW. Averell Harri-man*, Morrow, Nueva York, 1992. Acheson, Dean, *Present at the Creation*, Hamish Hamilton, Londres, 1970.

Alean, Louise, *Satis Armes et sans Bagages*, Les Imprimes d'Art, Limoges, 1946.

Alphand, Hervé, *L'Étonnement d'Etre*, Fayard, París, 1977. Alsop, Susan Mary, *To Marietta from Parts*, Doubleday, Nueva York,

1975. Ambrose, Stephen, *Eisenhower, 1890-1952*, vol. I, Alien & Unwin, Londres, 1984.

Amory, Mark (ed.), *The Letters ofEvelyn Waugh*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1980. Amouroux, Henri, *La Grande Histoire des Frangais sous l'Occupation: Joies et Douleurs du Peuple Liberé*, vol. VIII, Laffont, París, 1988.

—, *Les Réglements de Comptes*, vol. IX, Laffont, París, 1991.

Apuleyo Mendoza, Plinio, «García Márquez á París», en *Sílex*, Grenoble. 11(1982).

Ariotti, Philippe, *Arletty*, Henri Veyrier, París, 1990. Aron, Raymond, *Mémoires*, Julliard, París, 1983. (Hay trad. cast.:*Memorias*, Alianza, Madrid, 1985.)

—, *L'Opium deslntellectuels*, Calmann-Lévy, París, 1986. Aron, Robert, *Histoire de Vichy*, Fayard, París, 1954.

—, *Histoire de la* Liberation *de la Vrance*, Fayard, París, 1959.—, *Les Grands Dossiers de l'Histoire Contemporaine*, Perrin, París, 1969.

—, *Histoire de l'Épuration*, 6 vols., Tallandier, París, 1977.

—, *Fragments d'une Vie*, Plon, París, 1981.

Assouline, Pierre, *L'Épuration des Intellectueh*, Complexe, Bruselas, 1990.

Astoux, A., *L'Oubli*, Lattés, París, 1974.

Auriol, Vincent, *Hier... Demain*, Armand Colín, París, 1945.

Ayer, A.J., *Part Life*, Collins, Londres, 1977. (Hay trad. cast.: *Parte de mi vida*, Alianza, Madrid, 1982.)

Azéma, Jean Pierre, *De Munich a la Liberation*, Seuil, París, 1979.

—, «La Milice», *20éme Siécle*, n.° 28 (diciembre de 1990).

Bair, Deirdre, *Samuel Beckett*, Cape, Londres, 1978.

—, *Simone de Beauvoir*, Cape, Londres, 1990.

Baldrige, Letitia, *Diamonds and Diplomáis*, Robert Hale, Londres,

1969.

Ballard, Bettina, *In My Fashion*, David McKay, Nueva York, 1960.

Barrault, JeanLouis, *Memories for Tomorrow*, Thames & Hudson, London, 1974.

Baumann, Denise, *La Métnoire des Oubliés*, Albin Michel, París, 1988.

Beach, Sylvia, *Shakespeare & Company*, Harcourt Brace, Nueva York, 1959. (Hay trad. cast.: *Shakespeare y compañía*, Universidad de León, León, 2000.)

Béhar, Henri, *André Bretón: Le Grandlndésirahle*, Calmann-Lévy, París, 1990.

Benoist-Méchin, Jacques, *De la Défaite au Desastre*, vols. I y II, Paris: Albin Michel, 1984 y 1985.

—, *A lÉpreuve du Temps*, vol. II, Julliard, París, 1989.

Berberova, Nina, *LA/faire Kravtchenko*, Actes Sud, París, 1990. (Hay trad. cast.: *El caso Kravchenko*, Circe, Barcelona, 1993.)

Bergeron, André, *Tant qu'il y Aura du Grain á Moudre*, Laffont, París, 1988.

Bernard, Jean Pierre, *Paris Rouge: Les Communistes Frangais dans la Capitule*, Champ Vallon, París, 1991.

Bidault, Georges, *D'une Résistance á l'Autre*, Presses du Siécle, París, 1965.

Billoux, Francois, *Quand Nous Étions Ministres*, Editions Sociales, París, 1972.

Boegner, Philippe (ed.), *Carnets du Pasteur Boegner, 1945*, Fayard, París, 1992.

Bohlen, Charles, *Witness to History*, Norton, Nueva York, 1973.

Boissieu, Alain de, *Pour Combatiré avecDe Gaulle*, Plon, París, 1982.

—, *Pour Servir le General*, Plon, París, 1982.

Bonnefous, Édouard, *La Vie de 1940 a 1970*, Nathan, París, 1987.

Bothorel, Jean, *Louise — La Vie de Louise de Vilmorin*, Grasset, París, 1993.

Bouchinet-Serreulles, Claude, «Pour accompagner mon General», en *La Kevue des Deux Mondes*, octubre-noviembre 1980.

Bourdrel, Philippe, *L'Épuration Sauvage: 1944-1945*, Perrin, París, 1988.

Bourget, Pierre, *París Année 1944*, Plon, París, 1984.

Brasillach, Robert, *Journal d'un Homme Occupé*, en *Oeuvres Completes*, vol. vi, Club de l'Honnéte Homme, 1964.

Brassai, *Conversations avec Picasso*, Gallimard, París, 1964. (Hay trad. cast.: *Conversaciones con Picasso*, Aguilar, Madrid, 1966.)

Brinkley, Douglas, y Clifford Hackett (eds.), *Jean Monnet, The Path to European Unity*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991.

Brissac, duque de, *Mémoires, La Suite des Temps (1939-1958)*, Grasset, París, 1974.

Bruce, David K., *OSS against the Reich: The World War II Diaries of Colonel David K.E. Bruce*, Kent State University Press, Kent (Ohio), 1991.

Buchwald, Art, *París after Dark*, Herald Tribune, París, 1950.

Buton, Philippe, «Le PCF, l'Armée et le Pouvoir á la Liberation», en *Communisme*, Presses Universitaires de France, París, 1983.

—, *La France et les Frangais de la Liberation: 1944-1945*, Le Musée,

París, 1984.
—, *Le Couteau entre les Dents*, Chéne, París, 1989.
Cadogan, sir Alexander, *Diaries*, Cassell, Londres, 1971.
Capote, Truman, *Answered Prayers*, Random House, Nueva York, 1987. (Hay trad. cast.: *Plegarias atendidas*, Anagrama, Barcelona, 1987.)
Cassin, R., *Les Hommes Partís de Ríen*, Plon, París, 1987.
Caute, David, *Communism and the French Intellectuals*, Deutsch, Londres, 1964. (Hay trad. cast.: *El comunismo y los intelectuales franceses*, Oikos-Tau, Barcelona, 1967.)
Cazalis, AnneMarie, *Les Mémoires d'une Anne*, Stock, París, 1976.
Chalón, Jean, *Florence et Louise les Magnifiques*, Le Rocher, París, 1987.
Chambrun, Rene de, *Pierre Laval devant l'Histoire*, France-Empire, París, 1983.
Charbonneau, Henry, *Mémoires de Porthos*, Editions du Clan, París, 1967.
Charles-Roux, Edmonde, *Le Temps Chanel*, Grasset, París, 1980.
Chariot, J., *Le Gaullisme d'Opposition*, Fayard, Paris, 1983.
Charpentier, Jacques, *Au Service de la Liberté*, Fayard, Paris, 1949.
Chastenet, Jacques, *De Pétain a De Gaulle*, Fayard, París, 1970.
Chebel d'Appollonia, Ariane, *Histoire Politique des Intellectuels en France 1944-1954*, vols. I y II, Complexe, Bruselas, 1991.
Chisolm, Anne, *Nancy Cunard*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1979.
Closon, Louis, *Le Temps des Passions*, Presses de la Cité, París, 1974.
—, *Commissaire de la République*, Presses de la Cité, París, 1980.
Cocteau, Jean, *]ournal 1942-1945*, Gallimard, París, 1989.
Codou, Roger, *Le Cabochard: Mémoires d'un Cotnmuniste*, Maspéro, París, 1983.
Cohen Solal, Annie, *Sartre, 1905-1980*, Gallimard, París, 1985. (Hay trad. cast.: Edhasa, Barcelona, 1990.)
—, con Henriette Nizan, *Paul Nizan, Cotnmuniste Impossible*, Grasset, París, 1980.
Colette, *Autobiographie*, Fayard, París, 1968.
Colville, John, *The Fringes of Power*, Hodder & Stoughton, Londres,
1985. Cooper, Duff, *OldMenForget*, Hart-Davis, Londres, 1953. (Hay trad. cast.:*Memorias*, AHR, Barcelona, 1954.)
Cotta, Michéle, *La Collaboration, 1940-1944*, Armand Colin, París, 1963.
Courtois, Stéphane, *Le PCF et la Guerre*, Ramsay, París, 1980.
Coutau-Bégarie, Hervé, y Claude Huan, *Darían*, Fayard, París, 1989.
Crick, Bernard, *George Orwell-A Life*, Secker & Warburg, Londres, 1980.
Daix, Pierre, *Aragón, une Vie a Changer*, Seuil, París, 1975.
—,*]'Ai Cru au Matin*, Laffont, París, 1976.
—, *L'Ordre et I'Aventure*, Arthaud, París, 1984.
Dansette, Adrien, *Histoire de la Liberation de Paris*, Fayard, París, 1946.
De Beauvoir, Simone, *La Forcé de I'Age*, Gallimard, París, 1960. (Hay trad. cast.: *La plenitud de la vida*, Edhasa, Barcelona, 1982.)

—, *La Forcé des Choses*, Gallimard, París, 1963. (Hay trad. cast.: *La fuerza de las cosas*, Edhasa, Barcelona, 1982.)

De Gaulle, Charles, *Mémoires de Guerre*, 3 vols. (*LAppel, 1940-1942; L'Unité, 1942-1944*, y *Le Salut, 1944-1946*), Plon, París, 1962. (Hay trad. cast.: *El llamamiento: 1940-1942, La unidad] 1942-1944 y La salvación: 1944-1946*, Noguer y Caralt, Barcelona, 1970.)

—, *Lettres, Notes et Carnets (Mai 45-Juin 51)*, vol. VI, Plon, París, 1984.

De Jouvenal, Bertrand, *EAmérique en Europe*, Plon, París, 1948.

Debré, Michel, *Trois Républiques pour une frunce*, Albin Michel, París, 1985. '

Depreux, E., *Souvenirs d'unMilitant*, Fayard, París, 1972.

Desanti, Dominique, *Les Staliniens: Une Expérience Politique, 1944-1956*, Fayard, París, 1975.

—, *Drieu la Rochelle*, Flammarion, París, 1978.

—, *Sacha Guitry*, Grasset, París, 1982.

Desjardins, Thierry, *Trancois Mitterrand, un Socialiste Gaullien*, Ha-chette, París, 1978.

D'Harcourt, duque, *Regarás sur un Passé*, Laffont, París, 1989.

D'Harcourt, Pierre, *The Real Enemy*, Longmans, Londres, 1967.

Dior, Christian, *Dior by Dior*, Weidenfeld, Londres, 1974. (Hay trad. cast.: *Christian Dior y yo*, Marfil, Alcoy, 1963.)

Dodds-Parker, Douglas, *Setting Europe Ablaze*, Springwood, Londres, 1983.

Doelnitz, Marc, *Ea Tete á Saint-Germain-des-Prés*, Laffont, París, 1979.

Dronne, Raymond, *Ea Eibération de Paris*, Presses de la Cité, París, 1970.

Duelos, Jacques, *Mémoires, 1945-1952: Sur la Breche*, Fayard, París, 19791.

Dumaine, Jacques, *QuaidOrsay 1945-51*, Chapman & Hall, Londres, 1958.

Duras, Marguerite, *LaDouleur*, POL, París, 1985. (Hay trad. cast.: *El dolor*, Plaza & Janes, Barcelona, 1985.)

Egen, Jean, *Messieurs du Canard*, Stock, París, 1973.

Elgey, Georgette, *La République des lllusions, 1945-51*, Fayard, París, 1965.

Elleinstein, Jean, *Histoire du Phénomene Stalinien*, Grasset, París, 1975. (Hay trad. cast.: *El fenómeno estaliniano*, Laia, Barcelona, 1977.) '

—, *Goliath contre Goliath: Histoire des Relations Américano-Sovietiques*, Fayard, París, 1986.

Fabre-Luce, *Alíred, Journal de la Trance*, Editions du Cheval Ailé, Ginebra, 1946.

—, *Deux Crimes d'Alger*, Julliard, París, 1979.

Farge, Yves, *Le Pain de la Corruption*, Editions du Mail, 1947.

Faucigny-Lucinge, príncipe Jean-Louis, *Un Gentilhomme Cosmopoli-te*, Perrin, París, 1990.

Fauvet, J., *La Trance Déchirée*, Fayard, París, 1957.

—, *La IVe République*, Fayard, París, 1959.
Flanner, Janet, *París, Journal 1944-65*, Gollancz, Londres, 1966.
Foot, M.R.D., *SOE in Frunce*, HMSO, Londres, 1966.
Frenay, Henri, *La Nuit Finirá*, AbélardSchuman, París, 1983.
Funk, Arthur, *The Politics ofTorch*, University Press of Kansas, Law-rence, 1974.
Galtier-Boissiére, Jean, *Mon Journalpendant l'Occupation*, La Jeune Parque, París, 1944.
—, *Mon Journal depuis la Liberation*, La Jeune Parque, París, 1945.
—, *Mon Journal dans la Dróle de Paix*, La Jeune Parque, París, 1947.
—, *Mon Journal dans la Grande Págate*, La Jeune Parque, París, 1950.
Gellhorn, Martha, *The Honeyed Peace*, André Deutsch, Londres, 1954.
Gerbet, Pierre, *Le Relévement, 1944-1949*, Imprimerie Nationale, París, 1991.
Gide, André, *Journal, 1939-1949*, Gallimard, París, 1954.
—, *Correspondance 1885-1950*, vol. II, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1990.
Gide, André, y Roger Martin du Gard, *Correspondance, 1935-1951*, Gallimard, París, 1968.
Giles, Frank, *Sunday Times*, John Murray, Londres, 1986.
—, *The Locust Years, The Story ofthe Fourth Republic*, Secker, Londres, 1991.
Gilíes, Christian, *Arletty ou la Liberté d'Étre*, Seguier, París, 1988.
Giraud, Henri-Christian, *De Gaulle et les Communistes*, vol. II, Albin Michel, París, 1988.
Goodman, Celia (ed.), *Living with Koestler, Mamaine Koestler's Letters, 1945-1951*, St. Martin s Press, Nueva York, 1985.
Gorce, Paul Marie de la, *L'Aprés Guerre, 1944-1952*, Grasset, París, 1978.
Gravier, Jean Francois, *Paris, le Desert Franqais*, Le Portulan, París, 1947.
Gréco, Juliette, *Jujube*, Stock, París, 1982. (Hay trad. cast.: Argos Vergara, Barcelona, 1984.)
Green, Julien, *Journal, 1928-1949*, Plon, París, 1969.
Groussard, G., *Service Secret 1940-45*, La Table Ronde, París, 1964.
Guitry, Sacha, *Quatre Ans de l'Occupation*, vol. II, Solar, París, 1954.
—, *Soixante Jours de Prison*, Perrin, París, 1964.
—, *Si J'aiBonne Mémoire*, Perrin, París, 1980.
Gun, Nerin, *Pétain, Laval, De Gaulle*, Albin Michel, París, 1979.
Hamon, Hervé, y Patrick Rotman, *Tu Vois, Je n'Ai pas Oublié*, Seuil/Fayard, París, 1990.
Hastings, Selina, *Nancy Mitford*, Hamish Hamilton, Londres, 1985. Haute Cour de Justice, *Les Procés de la Collaboration*, Albin Michel, París, 1948.
—, *Le Procés du MaréchalPétmn*, Albin Michel, París, 1976.
Hennessy, Peter, *Never Again: Britain 1945-1951*, Londres, Cape, 1992.ª.
Herriot, Édouard, *Épisodes, 1940-1944*, Flammarion, París, 1950.

Hobhouse, Janet, *Everybody Who Was Anybody*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1975.
Hoffman, Michael, *Gertrude Stein*, Prior, Londres, 1976.
Hogan, Michael, *TheMarshallPlan 1947-1952*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
Holban, Boris, *Testament*, Calmann-Lévy, París, 1989.
Hostache, Rene, *De Gaulle 1944: Victoire de la Légitimilé*, Plon, París,
1978. Isorni, Jacques, *Le Procés de Robert Brasillach*, Flammarion, París, 1946.
—, *Philippe Pétain*, La Table Ronde, Paris, 1973.
—,*Mémoires*, vols. I y II, Laffont, París, 1984 y 1986. Jeannelle, Sophie (ed.), «Jean Chaintron, le PCF et le 70e Anniversaire de Stalin», en *Communisme*, PUF, París, 1983.
Joxe, L., *Victoire sur la Nuit*, Flammarion, París, 1981.
Judt, Tony, *Marxism and the French Left*, Clarendon Press, Oxford, 1986.
—, *Resistance and Revolution in Mediterranean Europe, 1939-1948*, Routledge, Londres, 1989.
—, *Un Passé Impafait: Les Intellectuels en France, 1944-1956*, Fayard, París, 1992.
Jünger, Ernst, *Premier Journal Parisién*, Christian Bourgois, París, 1980.
—, *Second Journal Parisién*, Christian Bourgois, París, 1980.
Kennan, George, *Memoirs 1925-1950*, Little Brown, Nueva York, 1967. (Hay trad. cast.: *Memorias de un diplomático*, Luis de Caralt, Barcelona, 1972.)
Kersaudy, F, *Churchill and De Gaulle*, Athenaeum, Nueva York, 1981.
Kochno, Boris, *Christian Bérard*, Herscher, París, 1987.
Koestler, Arthur y Cynthia, *Stranger on the Square*, Hutchinson, Londres, 1983. (Hay trad. cast.: *Extraños en la plaza*, Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1988.)
Kravchenko, Victor, *I Chose Freedom*, Scribner, Nueva York, 1946. (Hay trad. cast.: *Yo escogí la libertad*, Nos, Madrid, 1946.)
—, *I Chose Justice*; Roben Hale, Londres, 1951. (Hay trad. cast.: *Yo elegí la justicia*, Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1950.)
Kriegel, Annie, *Communismes au Miroir Frangais*, Gallimard, París, 1974.
—, *Ce que J'Ai Cru Comprendre*, Laffont, París, 1991.
Kupferman, E, *Les Procés de Vichy*, Complexe, Bruselas, 1980.
—, *Les Premiers Beaux Jours, 1944-1946*, Calmann-Lévy, París, 1985.
—, *PierreLaval*, Balland, París, 1987.
Lacouture, *Jean, AndréMalraux*, Seuil, París, 1973. (Hay trad. cast.: *André Malraux: Una vida en el siglo*, Alfons el Magnánim, Valencia, 1991.)
—, *Frangois Mauriac*, Seuil, París, 1980.
—, *De Gaulle, Le Politique*, Seuil, París, 1985. (Hay trad. cast.: *De Gaulle*, Salvat, Barcelona, 1988.)
—, *De Gaulle, theRebel*, Collins-Harvill, Londres, 1990.

—, *The Ruler*, Collins-Harvill, Londres, 1991.
Ladurie, Emmanuel Le Roy, *Paris-Montpellier*, Gallimard, París, 1982.
Laloy, Jean, *Yalta*, Laffont, París, 1988.
Latour, Anny, *La Résistance Juive en France*, Stock, París, 1970.
Lattre deTassigny,J., *Nepas Subir,V\on*, París, 1984.
Laval, Michel, *Brasillach ou la Trahison du Clerc*, Hachette, París, 1992.
Le Boterf, Hervé, *La Vie Parisienne sous l'Occupation*, France-Empire, París, 1974.
Lecoeur, Auguste, *Le Partisan*, L'Actuel, París, 1963.
Lewin, Christophe, *Le Retour des Prisonniers de Guerre Frangais*, Sorbonne, París, 1987.
Lifar, Serge, *Les Mémoires d'Icare*, Filipacchi, París, 1989.
Lippmann, Walter, *The Cold War*, Hamish Hamilton, Londres, 1947.
Lord, James, *Giacometti*, Faber, Londres, 1983.
Lottman, Herbert, *Albert Camus*, Seuil, París, 1978. (Hay trad. cast.: Taurus, Madrid, 1987.)
—, *The Let Bank*, Heinemann, Londres, 1982. (Hay trad. cast.: *La rive gauche: La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, Tusquets, Barcelona, 1994.)
Mackinnon, Lachlan, *The Lives of Lisa Triolet*, Chatto, Londres, 1992.
MacLiammoir, Michael, *Put Money in thy Purse*, Columbus, Londres, 1976.
Malaurie, G., *LAffaire Kravchenko*, Laffont, París, 1982.
Malraux, André, *Antimémoires*, Gallimard, París, 1967. (Hay trad. cast.: *Antimemorias*, Sur, Buenos Aires, 1968.)
—, *De Gaulle par Malraux*, Club du Livre, París, 1980.
Marnham, Patrick, *The Man Who Wasn't Maigret*, Bloomsbury, Londres, 1992.
Marwick, Arthur (ed.), *Total War and Social Change in Trance*, Macmillan, Londres, 1988.
Mauriac, Claude, *Un Autre De Gaulle: Journal 1944-1954*, Hachette, París, 1970.
Mauriac, Frangois, *Journal*, vol. IV, Flammarion, París, 1950.
—, *Journal*, vol. y, Flammarion, París, 1958.
—, *De Gaulle*, Grasset, París, 1964. (Hay trad. cast.: Sarpe, Madrid, 1985.)
—, *Mémoires Politiques*, Grasset, París, 1967.
Merleau-Ponty, Maurice, *Signes*, Gallimard, París, 1960. (Hay trad. cast.: *Signos*, Seix Barral, Barcelona, 1973.)
Michel, Henri, *Les Courants de Pensée de la Resístame*, PUF, París, 1962.
—, *París Allemand*, Albin Michel, París, 1981.
—, *París Résistant*, Albin Michel, París, 1982.
Milward, Alan, *The Reconstruction of Western Europe, 1945-51*, Met-huen, Londres, 1984.
Mioche, Philippe, *Le Plan Monnet: Genése et Elaboration*, Sorbonne, París, 1985.

Mitford, Nancy, *The Blessing*, Hamish Hamilton, Londres, 1951.

Monnet, Jean, *Mémoires*, Fayard, París, 1976. (Hay trad. cast.: *Memorias*, Siglo XXI/ Asociación de Periodistas Europeos / Banco Hispano Americano, 1985.)

Morand, Paul, *Lettres du voyageur*, Le Rocher, París, 1988.

Mosley, Charlotte (ed.), *Lovefrom Nancy: The Letters of Nancy Mitford*, Hodder & Stoughton, Londres, 1993.

Moulin de Labarthéte, Henri du, *Le Temps des lllusions*, Éditions du Cheval Ailé, Ginebra, 1947.

Muggeridge, Malcolm, *Chronicles ofWasted Time*, vol. II: *The Infernal Grove*, Collins, Londres, 1973.

Murphy, Robert, *Diplomat Among Warriors*, Doubleday, Nueva York, 1964. (Hay trad. cast.: *Diplomático entre guerreros*, Diana, México, 1964.)

Myagkov, Aleksei, *Inside the KGB An Exposé hy an Officer of the Third Directorate*, Foreign Affairs Publishing, Londres, 1976.

Myers, David, *George Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*, Oxford University Press, Oxford, 1988.

Myers, Jeffrey, *Hemingway*, Macmillan, Londres, 1986.

Neave, Airey, *Saturday atMI9*, Hodder, Londres, 1969.

Noguéres, Henri, *Historie de la Résistance*, vol. 5, Laffont, París, 1981.

—, *La Vie Quotidienne des Résistants*, Laffont, París, 1984.

Noirot, Paul, *La Mémoire Overte*, Stock, París, 1976.

Novick, Peter, *The Résistance versus Vichy*, Chatto & Windus, Londres, 1968.

—, *L'ÉpurationFrancaise, 1944-1949*, Balland, París, 1985.

Oberlé, Jean, *La Vie dArtiste*, Denoél, París, 1956.

Ostrovsky, Erika, *Céline and his Vision*, New York University Press, Nueva York, 1967.

Palewski, Gastón, *Mémoires dAction, 1924-1974*, Plon, París, 1988.

Pannequin, Roger, *Ami, si Tu Tombes*, Le Sagittaire, París, 1976.

—,*Adieu Camarades*, Le Sagittaire, París, 1977.

Passy, Colonel (André Dewavrin), *2e Bureau Londres, Souvenirs*, Solar, París, 1947.

—, *10 Duke Street, Souvenirs*, Solar, París, 1947.

Paulhan, Jean, *Lettre au Directeurs de la Résistance*, Editions de Minuit, 1951.

Paxton, Robert, Vichy *Trance: Oíd Guard and New Order, 1940-44*, Columbia University Press, Nueva York, 1982. (Hay trad. cast.: *La Francia de Vichy: Vieja guardia y nuevo orden, 1940-1944*, Noguer, Barcelona, 1974.)

—(ed.), *Fragments de Mémoire [Fierre Drieu La Rochelle]*, Gallimard, París, 1982.

Payne, Graham, y Sheridan Morley (eds.), *The Noel Coward Diaries*, Weindenfeld & Nicholson, Londres, 1982.

Penrose, Antony, *The Lives ofLee Miller*, Thames & Hudson, Londres, 1985.
Péri, Gabriel, *Une Vie de Combat*, Editions Sociales, París, 1947.
Perrault, Gilíes, *Varis sous l'Occupation*, Belfond, París, 1987.
Pompidou, Georges, *Pour Rétablir une Vérité*, Flammarion, París, 1982.
Pryce Jones, David, *Varis in the Third Reich*, Collins, Londres, 1981.
Purtschet, C, *Le Rassemblement du Veuple Frangais, 1947-1953*, Cujas, París, 1965.
Ragache, Jean Robert, *La Vie Quotidienne des Écrivains et des Artistes sous l'Occupation, 1940-1944*, Hachette, París, 1988.
Rebatet, Lucien, *Les Mémoires d'un Fasciste*, Société Nouvelle des Editions J.—J. Pauvert, París, 1976.
Reynaud, Paul, *Au Coeur de la Mélée: 1930-1945*, Flammarion, Paris, 1951.
Rioux, Jean-Pierre, *La France de la Quatriéme République*, vol. I: *L'Ardeur et la Nécessité, 1944-1952*, Le Seuil, París, 1980. — (ed.), *La Vie Culturelle sous Vichy*, Complexe, Bruselas, 1990.
Rist, Charles, *Une Saison Gatee*, Fayard, París, 1983. Robrieux, P, *Maurice Thorez*, Fayard, París, 1975.
—, *Histoire Intérieure du Partí Communiste*, vols. I y II, Fayard, París, 1980 y 1984.
—, *L'AffaireManouchian*, Fayard, París, 1986.
Rothschild, Guy de, *The Whims ofFortune*, Granada, Londres, 1985. (Hay trad. cast.: *Los caprichos de la fortuna*, Quarto, Barcelona, 1988.)
Rousso, Henry, Un *Cháteau en Allemagne. La France de Pétain en Exil — Sigmaringen, 1944-1945*, Ramsay, París, 1980.
—, *The V Vichy Syndrome*, Harvard, Cambridge (Massachusetts), 1991.
—, «L'Épuration en France: Une Histoire Inachevée», *Vingtiéme Sié-cle. Revue dHistoire, n.* ° 33 (enero-marzo 1992).
Rousso, Henry, y Claude Roy, *Somme Toute*, Gallimard, París, 1969.
Ruffin, "*Raymond, Journal d'un J3*, Presses de la Cité, París, 1979.
—, *La Vie des Franqais au Jour le]our, de la Liberation a la Victoire*, Presses de la Cité, París, 1986.
Saint-Germain-des-Prés, catálogo de la exposición *Saint-Germain-des-Prés*, 1945-1950, Pavillon de Marsan, 1989-1990, Pavillon des Arts, París, 1989.
Sawyer-Lau§anno, Christopher, *The Continual Pilgrimage: American Writers in París*, Bloomsbury, Londres, 1992.
Schoenbrun, D., *Maquis*, Hale, Londres, 1990.
Serré, Rene, *Croisade a Coups de Poings*, Martel, París, 1954.
Signoret, Simone, *La Nostalgie n'estplus ce qu Tille Était*, Seuil, París, 1976. (Hay trad. cast.: *La nostalgia ya no es lo que era*, Argos Ver-gara, Barcelona, 1983.)
Smith, Grover (ed.), *Letters ofAldous Huxley*, Chatto & Windus, Londres, 1969.
Soustelle, Jacques, *Vingt Huit Ans de Gaullisme*, J'Ai Lu, París, 1971. (Hay

trad. cast.: *Veintiocho años de gaullismo*, Ibérico Europea de Ediciones, Madrid, 1969.)

Spears, E., *Assignment to Catastrophe*, vol. II: *The Fall of France*, Heinemann, Londres, 1954. (Hay trad. cast.: *Preludio a la catástrofe*, AHR, Barcelona, 1956.)

Stein, Gertrude, *París France*, Batsford, Londres, 1940.

—, *Wars IHaveSeen*, Random House, Nueva York, 1945. (Hay trad. cast.: *Guerras que he visto*, Alba, Barcelona, 2000.)

—, *Brewsie and Willie*, Random House, Nueva York, 1946.

Stéphane, Roger, *Fin d'unejeunesse*, La Table Ronde, París, 1954.

—, *AndréMalraux, Entretiens et Précisions*, Gallimard, París, 1984.

—, *Tout est Bien*, Quai Voltaire, París, 1989.

Strauss, D., *Menace in the West: The Rise of French Anti-Americanism in Modern Times*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1978.

Sulzberger, Cyrus L., *A Long Row ofCandles*, Macdonald, Londres, 1969.

Sulzberger, Marina, *Letters and Diaries ofMarina Sulzberger*, Crown, Nueva York, 1978.

Teitgen, Pierre-Henri, *Faites Entrer le Témoin Suivant*, Ouest France, París, 1988.

Thorez, *Fils du peuple*, Editions Sociales, París, 1949. (Hay trad. cast.: *Hijo del pueblo*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1962.)

Tillon, C, *On Chantan Rouge*, Laffont, París, 1976.

Train, Susan (ed.), *Le Théatre de la Mode*, Le May, París, 1990.

Triboulet, Raymond, *Un Gaulliste de la IVe*, Plon, París, 1958.

Veillon, Dominique, *Le Franc-Tireur*, Flammarion, París, 1978.

—, *La Mode sous l'Occupation*, Payot, París, 1990.

Vendroux, *J., Souvenirs de Famille et Journal Politique*, Plon, París, 1974.

Verdés-Leroux, Jeannine, *Au Service du Partí Le Partí Communiste, les Intellectueh et la Culture (1944-1956)*, Fayard-Minuit, París, 1983.

Vernier, Claude, *Tendré Exil*, La Découverte-Maspéro, París, 1983.

Vian, Boris, *Manuel de Saint-Germain-des-Prés*, Chéne, París, 1974.

Villon, P., *Résistant de la Premiére Heure*, Editions Sociales, París, 1983.

Voldman, Danielle, *Attention Mines, 1944-46*, France-Empire, París, 1985.

Wall, Irwin, *French Communism in the Era of Stalin*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1983.

—, *The United States and the Making o fPost-War France (1945-1954)*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

White, Edmundjea» *Genet*, Chatto & Windus, Londres, 1993.

White, Sam, *Sam White's Paris*, New English Library, Londres, 1983.

Wieviorka, Annette, *lis Etaient Juifs, Résistants, Communistes*, Denoél, París, 1986.

—, *Déportation et Génocide*, Plon, París, 1992.

Wilson, Edmund, *A Literary Chronicle of the Forties*, W.H. Alien, Londres, 1951.

Wurmser, André, *Fidélement Vótre. Soixante Ans de Vie Politique et Littéraire*, Grasset, París, 1979.

Ziegler, Philip, *King Edward VIH*, Collins, Londres, 1990.

Zolzhenitsin, Alexandr, *Gulag Archipiélago*, vol. III, Collins & Harvill, Londres, 1978. (Hay trad. cast.: *Archipiélago Gulag*, Tusquets, Barcelona, 1998.)

Créditos de las ilustraciones

Las ilustraciones 4,5,6 y 13 se reproducen con autorización de Roger-Viollet; las fotografías 1 y 2, obra de Robert Doisneau, y las 12 y 16, de Willy Ronis, con autorización de Rapho. La número 3 pertenece a los herederos de Brassa'I; la 8, a los de Horst. La 9 aparece con el permiso de Keystone; la 10, con el del Archivo Christian Dior © ADAGP, París, y DACS, Londres, 1994; la 11, con el de *París Match*; la 17, con el de los herederos de André Ostier, y la 19, con el del Service des Musées ©DACS, 1994.

Hemos de agradecer profundamente a la señora de David Bruce el habernos permitido disponer de la fotografía número 18. El resto procede de los álbumes de lady Diana Cooper y su familia, por lo que, en caso de que algún fotógrafo o archivo se halle en posesión de los derechos de autor de cualquiera de ellas, deberá ponerse en contacto con el editor.

Ilustraciones

1. La Resistencia planea el levantamiento contra los alemanes en París.

2. Los ciudadanos levantan el asfalto de la plaza Saint-Michel a fin de reforzar una barricada el 22 de agosto de 1944.

3. El elenco de la obra de Picasso *El deseo atrapado por la cola* en el estudio de éste: (*delante*) Sartre, Camus, Michel Leiris y Jean *Auber;(detrás)* Cécile Eluard, Fierre Reverdy, Louise Leiris, Zanie de Campan, Picasso, Valentine Hugo y Simone de Beauvoir.

4. Las Navidades de 1944, tristes y dominadas por la penuria. Papá Noel reparte puerros en nombre de una asociación benéfica de la Resistencia.

5. Dirigentes comunistas franceses: Duelos, Thorez, Frachon y Marty en el funeral del coronel Fabien, celebrado el 3 de enero de 1945.

6. Lo que los comunistas llamaban la «nueva potencia de ocupación»: Policía militar estadounidense en París.

7. «Soy víctima de una injusticia», rezaba una de las intervenciones de Arletty en la película antes de que la encarcelasen por «colaboración horizontal».

8. Gertrude Stein en un pase de Pierre Balmain, con el que había trabado amistad durante la ocupación.

9. De Gaulle, con la cabeza descubierta bajo la lluvia, pronuncia su discurso contra la indisciplina de la política de partido en Bayeux el 16 de junio de 1946.

10. El *new look*, triunfo de Dior.

11. Mujeres escandalizadas en la calle Lepic hacen jirones un modelo de Dior durante la primavera de 1947.

12. Mercado callejero de la calle de Menilmontant.

13. Elsa Triolet, Louis Aragón, el general Petit, Picasso, Charles Tillon y Laurent Casanova durante la inauguración de la exposición Art et Résistance, respaldada por el Partido Comunista.

14. La lucha en los yacimientos de carbón.

15 El dramaturgo Jacques Audiberti en el exterior del Théátre de la Huchette.

16. Baile en el sótano del Vieux-Colombier.

17. Juliette Gréco, Anne-Marie Cazalis y Marc Doelnitz leen acerca de su repentina celebridad en el exterior del Café de Flore.

18 El Plan Marshall llega a París. David Bruce firma el documento ante la mirada de Jacques Dumaine. Detrás, Robert Schumann departe con Jefferson Caffery.

19. El retrato que hizo Picasso de Stalin y que tanta indignación causó en las filas comunistas.

París después de la liberación: 1944-1949
Traducción castellana de David León Gómez
CRITICA
Título original: *París after the Liberation: 1944-1949*
© Antony Beevor and Artemis Cooper, 1994
© 2006 de la traducción castellana para España y América: Critica, S. L.
Avinguda Diagonal, 662, 664, 7. planta. 08034 Barcelona (España)
Diseño de la cubierta: Hans Geel
lustración de la cubierta: © Keystone/Contacto
Primera edición en Colección Booket: marzo
Depósito legal: B. 10.733-2006
ISBN: 8484327752
Composición: Pacmer, S. A.
Impresión y encuademación: Litografía Roses, S. A.
Printed in Spain — Impreso en España
Generado con: QualityEbook v0.75, XML Copy Editor
Generado por: 261200, 14/06/2014

notes

Notas a pie de página

1 Monnet, p. 261.

2 De Gaulle, 1962, I, p. 53.

3 Ibid., p. 44.

4 Spears, p. 138.

5 Ibid., p. 143.

6 Ibid., p. 150.

7 Reynaud, p. 743.

8 Ibid.

9 Spears, p. 288.

10 La idea de la unión procedía, en realidad, de un francés: Jean Monnet, uno de los hombres más influyentes de su tiempo. Este notable experto de planificación económica, que en esas fechas se hallaba en Londres, en una misión de compra de armas, había logrado ya granjearse la confianza y el respeto de Churchill y también de Roosevelt. Más tarde inspiró el plan de la victoria en Estados Unidos ningún momento se le pasó por la cabeza que el mariscal Pétain fuese a autorizar su arresto en cuestión de semanas, organizarle un juicio y encarcelarlo para dejar después que quedase en manos de los alemanes.

11 Novick, 1968, p. 17.

12 Lacouture, 1990, p. 212.

13 Moulin de Labarthéte, p. 50.

14 22 de diciembre de 1940, AN F/la/3657.

15 Cuando el religioso fue arrestado tras la liberación, la Embajada Británica de París informó de que la Santa Sede había expresado su «sorpresa ante las acusaciones formuladas contra el obispo de Arras, por cuanto en el Vaticano siempre ha sido célebre por sostener opiniones en extremo

democráticas». (23 noviembre 1944, PRO FO/371/42102/Z8288.)

16 15 de mayo de 1943, AN F/1 a/3 657.

17 Citado en Azéma, 1990.

18 Ladurie, p. 14.

19 Cassin, p. 76.

20 Péri, p. 126.

21 Herriot, p. 75.

22 Claude Bouchinet-Serreulles, conversación, 23 de noviembre de 1992.

23 Dimitrov a Dejanazov, comisario segundo del pueblo para Asuntos Exteriores, 8 de febrero de 1943, RCCSMHR 495/74/532.

24 General de BénouviUe, conversación, 21 de enero de 1993.

25 Henri Noguéres, conversación, 6 de octubre de 1989.

26 De Beauvoir, 1960, p. 591.

27 Alphand, p. 177.

28 Amouroux, 1988, p. 546.

29 De Gaulle, 1962, p,376.

30 Palewski, p. 216.

31 En español en el original, aquí y en adelante. (N. del t.)

32 Amouroux, 1988, p. 650.

33 Proclamación del 22 de agosto de 1944, citada en Dansette, p. 508.

34 Galtier-Boissiére, 1944, p. 259.

35 Ibid.y p. 261.

36 AN F/la/3254.

37 Boegner, p. 287.

38 Mowinckel, conversación, 15 de octubre de 1992.

39 Las siglas MI9 corresponden al Departamento 9.° de la Military Intelligence, encargado de organizar la evasión de prisioneros de guerra británicos. (N.del t.)

40 Myers, Jeffrey, p. 408.

41 De Gaulle, 1962, p. 302.

42 Aquel día, la división de Leclerc perdió a 71 hombres, a los que hay que sumar los 225 heridos; se destruyeron 117 vehículos sin contar los 35 blindados. (Amoroux, 1988, p. 684.)

43 Composición en la que Chaikovski describe la retirada de Moscú de las huestes napoleónicas. (N. del t.)

44 De Beauvoir, 1960, pp. 609-610; en cuanto a la cita de Camus: Combat, 25 de agosto de 1944, citado en Gorce, p. 10.

45 Green, p. 669.

46 Galtier-Boissiére, 1944, p. 276.

47 Ibid., p. 280.

48 Boegner, p. 295.

49 Los autores omiten, tal vez debido tan sólo a un salto de igual a igual, un fragmento importante del discurso —consignado aquí entre corchetes—, a juzgar por la entonación enfática que emplea De Gaulle y que en la presente traducción se marca con el uso de cursiva. (N. del t.)

50 Léonard Rist, citado en Rist, p. 432.

51 René Brouillet, conversación, 15 de octubre de 1992.

52 25 agosto 1944, BD.

53 De Beauvoir, 1963, p. 13.

54 Las estimaciones acerca del número de caídos varían sobremanera, y no son pocas las que parecen demasiado elevadas. Los Archives de la Ville de París hablan de 2.873 parisinos, incluidos los habitantes de los barrios periféricos más cercanos al centro, muertos durante el mes de agosto.

55 25 agosto 1944, BD.

56 En el primer sondeo de opinión efectuado desde antes de la guerra, el Institut Francais d'Opinion Publique se encontró con que el 56 por 100 de la muestra de París aseguraba haber estado presente aquel día. C'est un plebiscite, había sido uno de los comentarios más extendidos. (IFOP, Boletín n.° 1,1 octubre 1944.)

57 De Gaulle, 1962, p. 313.

58 De Beauvoir, 1960, p. 612.

59 Cocteau, p. 534.

60 Galtier-Boissiére, 1944, p. 284.

61 Muggeridge, p. 211.

62 Boegner, p. 301.

63 Robrieux, 1984, p. 20.

64 Citado en Robrieux, 1980, p. 519.

65 De Beauvoir, 1960, p. 599.

66 Galtier-Boissiére, 1945, p. 43.

67 Ibid., 1944, p. 251.

68 De Beauvoir, 1960, p. 597.

69 Le Boterf, p. 414.

70 Muggeridge, p. 211.

71 En total vistieron uniforme alemán unos ocho mil quinientos franceses, lo que constituye una proporción per cápita menor que la de otras naciones ocupadas de la Europa septentrional.

72 Muggeridge, p. 221.

73 Brassa'f, p. 150.

74 Cleve Gray, conversación, 24 de noviembre de 1992.

75 De Beauvoir, 1963, p. 29.

76 Paul Potts, Dante Called You Beatrice (Eyre & Spottiswoode, 1960), citado en Crick, p. 324.

77 De Beauvoir, 1963, p. 27, y Magouche Fielding, conversación, 18 de febrero de 1992.

78 5 de octubre de 1944, DD.

79 Gellhorn, p. 74.

80 6 de febrero de 1945, AN F/la/3255.

81 28 de junio de 1944, BD.

82 Galtier-Boissiére, 1945, p. 11.

83 Sir Isaíah Berlín, conversación, 12 de agosto de 1993.

84 Muggeridge, p. 217.

85 Director general del SNCF, AN F/la/3208.

86 Interventor general Robineau al inspector general de policía, 23 de noviembre de 1945, AN F/la/3246.

87 Madame du Bouétiez, representante de la Cruz Roja francesa en las prisiones de París, conversación, 29 de junio de 1992.

88 Informe del inspector general de prisiones al ministro de Justicia, 21 de julio de 1945, AN F/la/4611.

89 Roger Codou, conversación, 13 de marzo de 1993.

90 AVP, Per 55.

91 Direction de Renseignements Généraux, 25 de agosto de 1945, AN F/la/3349.

92 Citado en Galtier-Boissiére, 1945, p. 210.

93 Rioux, 1980, p. 32.

94 Henry Rousso, conversación, 30 de junio de 1992.

95 Kozirev a Ponomarev, Sección Internacional del Comité Central, 9 de julio de 1945, RCCSMHR, 17/128/802.

96 Dimitrov y Ponomarev, 30 de noviembre de 1944, RCCSMHR 17/128/14.

97 Closon, 1980, p. 69.

98 Citado en Foot, p. 420.

99 Jacques Baumel, conversación, 6 de agosto de 1992.

100 Amouroux, 1991, p. 165.

101 Uno de sus guardaespaldas señaló que tenía «más motes que una bolera marsellesa»: su escolta lo conocía por el mal nombre de la Lavande, debido al abrumador perfume de su colonia; en Le Canard Encharnelo llamaban Lodoiska, sobrenombre dado a la censura, y, en tanto que para los políticos era lEmpereur, las secretarias —de entre las cuales eran pocas las que sin duda habían sido objeto de sus enérgicas atenciones— se referían a él con el irónico apodo de le Beau Gastón. (Serré, p. 142.)

102 Bidault, p, 70.

103 Alphand, p. 181.

104 13 febrero 1947, DCD.

105 NARA 851.00/1-2045.

106 Direction Générale de la Sûreté Nationale, informe del 2 de febrero de 1945, AN F/la/3249.

107 Mauriac, 1950, p. 8:

108 AN F/la/3250.

109 AN F/la/3249.

110 Farge, p. 10.

111 26 marzo 1945, AN F/la/3250.

112 AN F/la/3208.

113 Informe sobre actividades de la CGT, octubre de 1945, RCCSMHR, 17/128/16.

114 Ministro de Trabajo Público, 17 de octubre de 1944, ÁN F/la/3208.

115 L'Humanité, 22 de agosto de 1944, citado en Assouline, p. 22.

116 Citado en Palewski, p. 228.

117 Smith (ed.), p. 516.

118 14 de septiembre de 1944, DCD.

119 Cadogan, p. 675.

120 24 de octubre de 44, DCD.

121 14 de septiembre de 1944, DD.

122 21 de marzo de 1947, DCD.

123 20 de noviembre de 1945, LDCP-CR.

124 7 de noviembre de 1944, DCD.

125 Bidault, p. 72.

126 24 de febrero de 1945, DD.

127 Juego de palabras que parte de la locución latina In vino ventas («En el vino está la verdad») y la pronunciación francesa del apellido Bidault (bidó). (N.del t.)

128 Dumaine, pp. 2-3.

129 28 de noviembre de 1944, DCD.

130 Muggeridge, p. 217.

131 11 de noviembre de 1944, DCD.

132 Ibid.

133 Los que se oponían a De Gaulle desde la derecha y aseguraban que no era más que una marioneta de los soviéticos estaban errados de medio a medio. El detallado documento elaborado por Dimitrov acerca de esta visita a instancias de Molotov y Stalin no deja lugar a dudas al respecto: «Aun cuando mantiene una actitud hacia los comunistas [franceses] correcta de puertas afuera, se mostró dispuesto a emplear todos los medios de lucha secreta que estuvieran a su alcance para combatirlos». (RCCSMHR 17/128/14.)

134 De Gaulle, 1962, p. 61.

135 Alphand, p. 180.

136 Relaciones Exteriores de EE.UU., The Conferences at Cairo and Teherán, pp. 484-485, citado en Elleinstein, 1986, p. 97.

137 De Gaulle, 1962, p. 56.

138 Lady Rothschild (Tess Mayor), conversación, 1 de diciembre de 1992.

139 Leg befare wicket («pierna ante el palo» u «obstrucción»): en el juego del criquet, expulsión de un bateador cuya pierna se ha interpuesto entre la bola y el wicket que se pretendía derribar con ésta. (N. del t.)

140 Alphand, p. 182.

141 4 de enero de 1945, DCD.

142 Boegner, p. 324.

143 Ponomarev, RCCSMHR17/128/748.

144 NARA 751.00/5-1245.

145 Farge, p. 12.

146 NARA 851.04413/1-545.

147 27 junio 1945, AN F/la/3249.

148 Caffery, NARA 851.5017/1-2947.

149 De Beauvoir, 1963, p. 26.

150 Cabo Bob Baldrige, carta, 7 de marzo de 1945.

151 De Beauvoir, 1963, p. 13.

152 NARA 711.51/3-945.

153 Apéndice E, misión del SHAEF, informe del 16-31 de mayo de 1945.

154 3 mayo 1945, DCD.

155 3 octubre 1944, DD.

156 21 septiembre 1944, DCD.

157 8 mayo 1945, DCD.

158 NARA 851.00/2-1445.

159 Informe de la Embajada Estadounidense, NARA 851.00/4-245.

160 18 junio 1945, DCD.

161 Misión del SHAEF en Francia, informe n.° 19, 1-15 de junio de 1945, NARA 851.00/6-2145. '

162 Billoux, p. 39.

163 Galtier-Boissiére, 1945, p. 136.

164 Alsop,p.53.

165 15 enero 1946, F/la/3349.

166 Fabre-Luce, 1946, p. 667.

167 De Beauvoir, 1963, p. 28.

168 Fabre-Luce, 1946, p. 653.

169 Aron, Robert, 1954, p. 685.

170 Franc-Tireur, 24 de agosto de 1944.

171 Carta a Victoria Ocampo, 2 de abril de 1945, en Grover Smith (ed.), Letters ofAldous Huxley, p. 518.

172 Brasillach, vol. vi, p. 560.

173 Baronesa de Rothschild, conversación, 30 de octubre de 1992.

174 Dramaturgo, actor, director de teatro y compositor inglés de estilo ingenioso y mordaz. (N. del t.)

175 Galtier-Boissiére, 1945, p. 16.

176 Gilíes, p. 39.

177 Citado en Faucigny-Lucinge, p. 183.

178 Benoist-Méchin, 1989, p. 392.

179 2 noviembre 1944, PRO/FO 371/42013/Z7349.

180 Céline, Copenhague, 6 noviembre 1946, NARA 851.00/6-2847.

181 Galtier-Boissiére, 1945, p. 38.

182 Id., 1944, p. 290.

183 Teitgen, p. 248..

184 Benoist-Méchin, 1989, p. 396.

185 Citado en Teitgen, p. 250.

186 Combat, 20 enero 1945.

187 Palewski, p. 225.

188 Goodman, p. 60.

189 Boegner, p. 316.

190 Cohen-Solal, 1980, p. 253.

191 Galtier-Boissiére, 1945.

192 Duras, p. 15.

193 De Gaulle, sin embargo, tenía fama de no mostrar demasiado interés por la suerte de los deportados. Marguerite Duras no pudo perdonarle nunca que hubiese dicho el 3 de abril: «Los días de las lágrimas ya han pasado, y han vuelto los días de gloria». (Duras, p. 41.)

194 Flanner, p. 26.

195 Galtier-Boissiére, 1945, p. 244.

196 Alean, p. 118.

197 Mary Vaudoyer, conversación, 23 de noviembre de 1992.

198 En realidad sólo hubo 91 casos en toda la capital, y aquel año no murieron sino 77 parisinos, la mitad de los fallecidos veinte años antes.

199 Wieviorka, 1992, p. 88.

200 Galtier-Boissiére, 1945, p. 231.

201 Reclusos encargados de vigilar a los demás prisioneros. En ocasiones los trataban de un modo más brutal que los propios guardias nazis. (N. del t.)

202 Dvojetski, Revue d'Histoire de la Médecine Hébraique, París, n.° 56 (julio de 1962), pp. 55-91, CDJC.

203 Daix, 1976, p. 143.

204 Dvojetski, CDJC.

205 Ruffin, 1986, p. 171.

206 Stein, 1945, p. 174.

207 Chisolm, p. 207.

208 Bair, 1978, p. 207.

209 Green,p. 668.

210 Muggeridge, p. 220.

211 Alsop, p. 46.

212 Claude Bouchinet-Serreulles, conversación, 23 de noviembre de 1992.

213 Boegner, p. 335.

214 Artículo 3 del decreto del 28 de noviembre de 1944, citado en Charpentier, p. 256.

215 Alsop, p. 27.

216 Boletín del 16 de agosto de 1945, trabajo de campo llevado a cabo del 11 al 25 de julio, IFOP.

217 30 abril 1945, DD.

218 Charpentier, p.267.

219 Las siglas MRP correspondían al Mouvement Républicain Populaire; Le Canard Enchainé, sin embargo, aseguraba que eran las iniciales de Machine á Ramasser les Pétainistes («Máquina de Recoger Pétainistas»),

220 Versión taquigrafiada del informe elaborado por la camarada Popova para la Sección Internacional del Comité Central, 16 julio 1945, RCCSMHR, 17/128/748.

221 La delegación de Popova, formada por diez mujeres, constituía, en teoría, una muestra representativa de la población femenina soviética. Estaba formada por una escultora, una escritora, una médica, una actriz, una profesora, la directora de la Biblioteca Lenin, una heroína de la Unión Soviética y una trabajadora.

222 Isorni, 1973, p. 477.

223 Teitgen no menciona en sus memorias su encuentro con el embajador de Estados Unidos, e insiste con vehemencia, bien que de un modo muy poco convincente, en que De Gaulle no influyó en la forma en que había que llevar

la causa de Pétain.

224 Charpentier, p. 267.

225 Citado en Haute Cour de Justice, 1976.

226 Flanner, p. 39.

227 Citado en Isorni, 1973, pp. 400-401.

228 Citado en Azéma, 1990, p. 104.

229 Haute Cour de Justice, 1976, p. 257.

230 Citado en Isorni, 1973, p. 476.

231 Ibíd.,p.793.

232 Conde Rene de Chambrun, conversación, 16 de octubre de 1992.

233 Artículo de Madeleine Jacob, Yranc-Tireur (6 de octubre de 1945).

234 Charpentier, p. 268.

235 Boegner, p. 352.

236 Ibid.

237 Baronesa de Rothschild, conversación, 30 de octubre de 1992.

238 Alsop, p. 52.

239 DeBeauvoir, 1963, p. 19.

240 Ladurie, p. 25.

241 Doelnitz, p. 98.

242 25 julio 1945, DCD.

243 A.A. Zhdanov, 11 de junio de 1946, RCCSMHR 17/125/454.

244 Ayer, p. 284.

245 De Beauvoir, 1960, p. 576.

246 Citado en Saint-Germain-des-Prés, p. 14.

247 DeBeauvoir, 1960, p. 589.

248 Citado en Bair, 1990, p. 345.

249 Sartre, «Merleau-Ponty», en Les Temps Modernes, octubre de 1961.

250 De Beauvoir, 1960, p. 586.

251 White, Edmund, p. 196.

252 De Beauvoir, 1960, p. 595.

253 Id., 1963, p. 29.

254 Ibid.,p. 87.

255 Cocteau, pp. 554-565.

256 L'Humanité, 30 de octubre de 1944.

257 26 de marzo de 1947, DCP.

258 Signor a Stepanov, 22 de abril de 1946, RCCSMHR 17/128/967.

259 Desanti, 1975, p. 6.

260 Dumaine, p. 27.

261 Gravier, p. 87.

262 Wilson, p. 112.

263 Galtier-Boissiére, 1945, pp. 254-255.

264 Alsop, p. 31.

265 De Beauvoir, 1963, p. 42.

266 Galtier-Boissiére, 1945, p. 252.

267 Stepanov a Dimitrov, recibido el 2 de febrero de 1945, RCCSMHR, 17/128/43.

268 NARA 851.00/2-1445.

269 Desanti, 1975, p. 53.

270 NARA 851.00/6-2245.

271 NARA 851.00/6-1445.

272 Musée des Deux Guerres, Buton, p. 154.

273 15 de junio de 1945, RCCSMHR 17/128/748.

274 9 de junio de 1945, DCD.

275 NARA 851.00/6-1545.

276 Claude Bouchinet-SerreuUes, conversación, 23 de noviembre de 1992.

277 Boegner, p. 343.

278 DeGaulle, 1962, III, p. 181.

279 28 de junio de 1945, DCD.

280 27 de junio de 1945, DCD.

281 Citado en Giles, 1986, p. 20.

282 Winant al secretario de estado, NARA 851.00/6-1845.

283 De Gaulle, 1962, III, p. 210.

284 Impresión general acerca de Francia, NARA 851.00/8-2445.

285 13 de noviembre de 1945, DCD.

286 Citado en Lacouture, 1985, p. 217.

287 Informe de Luizet al Ministerio del Interior, 20 de noviembre de 1945,ANF/la/3201.

288 Del director de los RG al DG de SN, 21 de noviembre de 1943, ANF/ la/3201.

289 3 de diciembre de 1945, DCD.

290 Caffery, telegrama secreto al secretario de estado, 6 de diciembre de 1945, NARA 851.00/12-745.

291 Monnet, p. 270.

292 1 de enero de 1946, DD.

293 Astoux, p. 79.

294 Claude Bouchinet-Serreulles, conversación, 23 de noviembre de 1992.

295 Cooper, p. 365.

296 21 enero 1946, DD.

297 22 enero 1946, DCD.

298 NARA 851.00/1-2046.

299 NARA 851.00/2-2546.

300 ANF/la/3201.

301 Alphand, p. 192.

302 Muggeridge, p. 213.

303 Brigadier Daly al subdirector del servicio de inteligencia militar (alto secreto), 21 abril 1946, DD.

304 4 de abril de 1946, DD.

305 Boegner, p. 323.

306 22 de noviembre de 1945, DCD.

307 17 de diciembre de 1945, DD.

308 Citado en una carta remitida al subdirector de Inteligencia Mili tar, 4

abril 1946, DD.

309 El 3 de julio de 1945 firmaron en París un acuerdo para compartir datos de inteligencia militar el general Bloch-Dassault (hermano del fabricante de aviones Marcel Dassault) y el general de brigada Betts, del servicio militar de espionaje de Estados Unidos, si bien este último país dio a conocer poca cosa.

310 4 de febrero de 1946, DCD.

311 NARA 851.00/2-2546.

312 NARA 851.011/5-146.

313 Philip Ziegler, biógrafo del duque, piensa que, dada la fama de indiscreto que poseía, ni siquiera «a una cuadrilla de aficionados se le habría ocurrido confiarle sus planes».

314 7 de mayo de 1946, DD.

315 Ibid.

316 Finalmente, acabó por verse obligada a prescindir del agente varios años después, cuando el Politburó trató como primer punto del orden del día las actas de la última reunión celebrada por el Comité Francés de Defensa Nacional. Marie-Madeleine logró que se publicasen, lo que provocó gran indignación en todo el país y el arresto del secretario permanente del comité.

317 15 de marzo de 1946, DD.

318 NARA 851.00/3-1446.

319 NARA751.61/5-146.

320 NARA 851.00/3-1446.

321 Del Ministerio de Defensa al general MacNarney (alto secreto), NARA 851.00/5-346.

322 NARA 851.00/5-346.

323 NARA 851.00/3-1247.

324 Galtier-Boissiére, 1947, p. 251.

325 Caffery, NARA 851.00/4-2046.

326 NARA 851.00/5-146.

327 NARA 851.00/5-846.

328 Mauriac, Claude, p. 190.

329 Dumaine, p. 59.

330 El gobierno de Gouin no sólo se había propuesto reorganizar el Servicio de Inteligencia y transformarlo en el Service de Documentation Extérieur et de Contre-Espionage, sino que había acabado con los procónsules gaullistas surgidos tras la liberación, los commissaires de la République.

331 Dewavrin, conversación, 20 de noviembre de 1992.

332 NARA 851.00/6-1846.

333 12 mayo 1946, DCD.

334 Mauriac, Claude, p. 194.

335 11 mayo 1946, DCD.

336 Murphy al secretario de estado, alto secreto, NARA 851.00/5-2446.

337 NARA 851.00/5-2546.

338 Murphy al secretario de estado, alto secreto, NARA 851.00/2566.

339 NARA 851.00/6-2046.

340 Dumaine, p. 47.

341 Ibid.,p.55.

342 1 mayo 1946, DCD.

343 2 mayo 1946, DCD.

344 30 abril 1946, DCD.

345 Dumaine, p. 60.

346 25 de abril de 1946, LDCP-CR.

347 Dumaine, p. 58.

348 9 de mayo de 1946, DCD.

349 16 de mayo de 1949, BD.

350 1 de mayo de 1946, DCD.

351 2 de diciembre de 1944, DCD.

352 4 de mayo de 1946, DCD.

353 3 de junio de 1946, LDCP-CR.

354 4 de junio de 1946, DCD.

355 17 de mayo de 1946, DCD.

356 26 de mayo de 1946, DCD.

357 27demayodel946,ANF/la/3364.

358 Ponomarev a Molotov y Malenkov, 16 de febrero de 1946, RCCSMHR 17/128/967.

359 A Diana Mosley, 9 de agosto de 1946, NMP.

360 10 de agosto de 1946, LDCP-CR.

361 Sulzberger, Cyrus, p. 295.

362 Dumaine, p. 60.

363 25 de septiembre de 1946, DCD.

364 21 de octubre de 1946, NMP.

365 Princesa Ghislaine de Polignac, conversación, 1 de julio de 1992.

366 Resulta difícil culpar a Koestler por estar orgulloso de tal volumen de ventas, sobre todo después de oír que «el Partido Comunista francés tenía

orden de acaparar de inmediato todos los ejemplares de El cero y el infinito», de tal manera que se vio «enriquecido indefinidamente gracias a los fondos del Partido Comunista». (Mamaine Paget, citado en Goodman, p. 36.)

367 De Beauvoir, 1963, p. 126.

368 Ibid.,p. 129.

369 Ibid.,p.U.

370 Laurent, Paul, en L'Avant-Garde, 20 de diciembre de 1950, citado en Bernard, p. 10.

371 Gravier, p. 171.

372 Prefecto del Sena al Consejo Municipal, AVP 51 Db.

373 Gravier, p. 191.

374 Jean Gager, conversación, 14 de marzo de 1993.

375 Misión del SHAEF, informe de progresión n.° 19, 1-15 de junio

376 de 1945, NARA 851.00/6-2145. '

377 Citado en Elgey, p. 181.

378 Félix Gouin demandó a Farge por las acusaciones difundidas contra su persona en Le Pain de la Corruption, aunque perdió el caso en marzo de 1948, un revés que acabó por completo con cualquier ambición política que pudiese albergar aún.

379 1 enero 1946, LDCP-CR.

380 Payne y Morley, p. 55 (6 de abril de 1946).

381 Flanner, p. 48.

382 Alsop,p.24.

383 ANF/la/3255.

384 Galtier-Boissiére, 1950.

385 Oberlé,p. 93.

386 A Diana Mosley, 26 de diciembre de 1946, NMP.

387 Ibid.

388 15 marzo 1946, LDCP-CR.

389 12 de abril de 1946, DCD.

390 Suslov a Zhdanov, informe acerca de la reunión del 19 de junio de 1946, RCCSMHR 17/128/967.

391 Alain Signor a Stepanov, 22 de abril de 1946, RCCSMHR 17/128/967.

392 Citado en Astoux, p. 93.

393 André Philip, citado en Elgey, p. 231.

394 Citado en Galtier-Boissiére, 1950, p. 36.

395 NARA 751.61/3-447.

396 Alsop, p. 92.

397 Acheson,p.213.

398 lbid.,p.2Y).

399 lbid.,p.222.

400 Se trataba de un judío de Besarabia llegado a Francia en 1925, donde erigió un próspero negocio de chatarra. Fue arrestado durante el transcurso de las investigaciones llevadas a cabo por Depreux, aunque acabaron por dejarlo en libertad. En 1947 huyó a la zona estadounidense de Alemania. Finalmente, fue juzgado en 1949, condenado a cinco años de prisión y a pagar una multa de seiscientos mil francos.

401 NARA 851.105/5-2147.

402 NARA 851.00/7-947.

403 Soustelle, p. 45.

404 Ibid., p. 48.

405 Mosley, p. 180.

406 A Gastón Palewski, 12 de abril de 1947, NMP.

407 Dumaine, p. 120.

408 Citado en Mauriac, Claude, p. 283.

409 Ibid.,p.289.

410 Alphand, p. 198.

411 17 de junio de 1947, DCD.

412 Bidault.p. 152.

413 30 de junio de 1947, DCD.

414 1 de julio de 1947, DCD.

415 Alphand, p. 201.

416 7 de julio de 1947, DCD.

417 Sir Isaiah Berlin, conversación, 12 de agosto de 1993.

418 16 de julio de 1947, DCD.

419 17 de julio de 1947, DCD.

420 La palabra empleada en el original, charm, significa tanto «encanto» como «amuleto» o «dije». (N. del t.)

421 A Mark Ogilvie-Grant, 10 de julio de 1947, NMP.

422 25 de agosto de 1947, DCD.

423 White,Edmund,p.344.

424 Citado en Béhar, p. 382.

425 Citado en Lord, p. 311.

426 Aimé y Marguerite Maeght habían llevado a cabo sus primeras transacciones lucrativas en el ámbito del arte al canjear óleos por comida durante la ocupación (los padres de Marguerite pertenecían al ramo de la alimentación). De este modo se hicieron con cierto número de obras de Bonnard y Matisse.

427 Béhar, p. 383.

428 RCCSMHR 77/3/94.

429 Si bien Caffery reveló a Bevin y a Duff Cooper que Francia no recibiría, casi con toda seguridad, ninguna ayuda económica si se permitía que volviese a haber comunistas al frente de algún ministerio, no existen pruebas en absoluto que respalden la afirmación de que el gobierno de Estados Unidos chantajease a Ramadier para que los expulsara de su administración.

430 Ibid.

431 RCCSMHR 77/3/95.

432 Duelos, RCCSMHR 77/3/98, y Thorez, 1 de octubre de 1947, RCCSMHR 17/128/265.

433 RCCSMHR 77/3/95.

434 Goodman, p. 58.

435 Citado ibid.,p. 60.

436 Koestler, pp. 68-69.

437 Ibid.,p.l2.

438 Mamaine Paget, carta del 4 de noviembre de 1947, citada en Goodman, p. 62. Se publicó en 1948, en la revista Occident, con el título de «Les Temps Héroiques».

439 Philippe Dechartre, conversación, 1 de julio de 1992.

440 Mauriac, Claude, p. 286.

441 NARA 851.00/10-647.

442 23 de octubre de 1947, NMP.

443 25 de octubre de 1947, DCD.

444 GideyDuGard,p.391.

445 A Bevin (alto secreto), 13 de noviembre de 1947, DCP.

446 28 de octubre de 1947, DCD.

447 Caffery, 24 de octubre de 1947, NARA 851.00/10-2447.

448 NARA851.00/10-2947.

449 Depreux, p. 248.

450 Pannequin, 1977, p. 92.

451 Los salarios habían crecido en un 17 por 100, mientras que la media de los precios había aumentado un 51 por 100.

452 Traducción realizada por la Embaj ada Estadounidense de la Ins trucción de Orientación Política n.° 1, 26 de diciembre de 1947, NARA 851.00/1-948.

453 Henri Noguéres, conversación, 6 de octubre de 1989.

454 A lady Redesdale, 25 de noviembre de 1947, NMP.

455 A Diana Mosley, 1 de diciembre de 1947, NMP.

456 Alsop, p. 119.

457 30 de noviembre de 1947, DCD.

458 A Diana Mosley, 1 de diciembre de 1947, NMP.

459 Traducción realizada por la Embaj ada Estadounidense de la Instrucción de Orientación Política n.° 1, 26 de diciembre de 1947, NARA 851.00/1-948.

460 A Diana Mosley, 5 de diciembre de 1947, NMP.

461 Alsop, p. 120.

462 2 de diciembre de 1947, NMP.

463 10 de diciembre de 1947, DCD.

464 Alsop, pp. 121-122.

465 NARA 851.00/3-1247.

466 NARA 851.00/4-1048.

467 Citado en Saint-Germain-des-Prés, p. 58.

468 Paul Boubal, citado en Vincent Gille, «Night and Day», 57.

469 Juliette Gréco, conversación, 30 de octubre de 1993.

470 DeBeauvoir, 1963, p. 158.

471 Juliette Gréco, conversación, 30 de octubre de 1993.

472 Ibid.

473 Doelnitz, p. 163.

474 Ibid., p. 165.

475 Cazalis, p. 83.

476 Citado en Samedi-Soir, 15 de enero de 1949.

477 Flanner, p. 92.

478 Drugstore: establecimiento propio de Estados Unidos en el que, además de bebidas, pueden obtenerse medicamentos, revistas y otros artículos. Los términos que emplea la periodista para referirse al interior (upstate) y a los estados centrales (Middle West) son asimismo estadounidenses. (N. del t.)

479 Juliette Gréco, conversación, 30 de octubre de 1993.

480 Gréco, p. 139.

481 2 de marzo de 1948, NMP.

482 Citado en Elgey, p. 380.

483 NARA 851.00/4-1048.

484 Aron, 1983, p. 230.

485 NARA 851.00/3-2448.

486 NARA 851.00/5-1248.

487 PRO/FO371/72947/Z4745.

488 Nombre por el que se conoce la batalla de Little Bighorn (1876), en la que perdieron la vida el teniente coronel George Armstrong Custer y sus hombres a manos de guerreros siux y cheyenes. (N. del t.)

489 Citado en Alphand, p. 210.

490 General De Bénouville, conversación, 21 de enero de 1993.

491 NARA 851.00/8-948.

492 NARA 851.00B/10-1448.

493 RCCSMHR 17/128/595.

494 NARA 851.00/1-1749.

495 Alsop, p. 133.

496 2 de noviembre de 1948, PRO/FO 371/72953/Z8941.

497 2 de noviembre de 1948, al ministro de Información, AN F/la/4745.

498 AN F/la/4745.

499 17 de noviembre de 1948, ibid.

500 Alsop, p. 131.

501 NARA 851.00/12-2948.

502 Myagkov, p. 23.

503 12 de marzo de 1947, citado en Galtier-Boissiére, 1950, p. 212.

504 Ladurie, p. 46.

505 Jean Gager, conversación, 14 de marzo de 1993.

506 Soria a Kamenov, 16 de septiembre de 1948, RCCSMHR 17/128/595.

507 Informe de Baranov para Pravda, 18 de abril de 1949, RCCSMHR 17/128/1186.

508 Louis Teuléry, conversación, 15 de marzo de 1993.

509 Daix, 1976, p. 216.

510 Carta a Rudolf Fischer, 15 de marzo de 1992; Ivan Boldizsar, «On Zoltán Szabó», New Hungarian Quarterly, vol. XXX, n.° 114 (ve rano 1989).

511 Fitin a Suslov, 27 de junio de 1946, RCCSMHR 17/128/967.

512 16 de septiembre de 1948, RCCSMHR 17/128/595.

513 11 de junio de 1946, RCCSMHR 17/125/454.

514 Cohen-Solal, 1985, p. 310.

515 Berberova, p. 77.

516 Ibid.,p. 96.

517 Ibid.,p. 79.

518 Solzhenitsin, p. 48.

519 Goodman, p. 100.

520 Koestler, p. 72.

521 Les TempsModernes, n.° 81 (julio de 1952).

522 Áron, 1986, p. 70.

523 DeBeauvoir, 1963, p. 189.

524 Copia de una carta de F. Roger a Pomméry & Greno Champagne, 29 de

septiembre de 1945, DCP.

525 14 de abril de 1949, NMP.

526 31 de agosto de 1949, NMP.

527 Buchwald, p. 67.

528 Alsop, p. 163.

529 9 de junio de 1949, BD.

530 20 de septiembre de 1949, BD.

531 Alsop, p. 154.

532 18 de febrero de 1947, LDCP-CR.

533 Buchwald, p. 83.

534 MacLiammoir, pp. 81-82.

535 Dumaine, p. 151.

536 Flanner, p. 82.

537 NARA 711.51/11-848.

538 NARA 851.00/2-1049.

539 LC-AHP,954.

540 NARA851.00(W)/5-649.

541 Giles, 1991, p. 112.

542 El adjetivo francés poilu («peludo») se empleaba para designar a los soldados de esta nacionalidad que lucharon en la primera guerra mundial. Aquí, el uso se hace extensivo a los combatientes de la segunda. (N. del t.)

543 Galtier-Boissiére, 1950, pp. 278-279.

544 Giles, 1991, p. 111.

545 Schuman a sir Oliver Franks, citado en Hennessy, p. 399.

546 Citado en Galtier-Boissiére, 1950, p. 135.

547 Daix, 1984, pp. 233-234.

548 Ibid.

549 Los representantes de la escuela de Nueva York habían exhibido sus obras por vez primera en la Galerie du Luxembourg en 1947, si bien la primera exposición parisina de Jackson Pollock, organizada por el crítico de arte Michel Tapié, no tuvo lugar hasta 1951.

550 Daix, 1975, p. 372.

551 Jacqueline Ventadour-Hélion, conversación, 22 de enero de 1993.

552 L'Humanité, 9 noviembre 1956; citado en Bernard, p. 54.

553 Manuscrito inédito del general Jean-Louis du Temple de Rouge-mont.

554 Myagkov, pp. 23-24.

555 Del gobernador militar de París, citado en Rousso, 1991, p. 89.

556 Henri Amouroux, conversación, 12 de marzo de 1993.

557 Paxton, entrevista en Liberation, 9 de junio de 1993.

558 Judt, 1992, p. 352.

559 Doelnitz.p. 11.

560 El diario Combat advirtió el 12 de mayo, tras «la noche de las barricadas», que París acabaría por convertirse en «Budapest-sur-Seine».

561 Los dígitos finales de los documentos extraídos de NARA hacen referencia a la fecha de recepción, siguiendo el orden: mes, día, año. Así, el dossier n.° 851.00/12-448 se recibió el 4 de diciembre de 1948.